

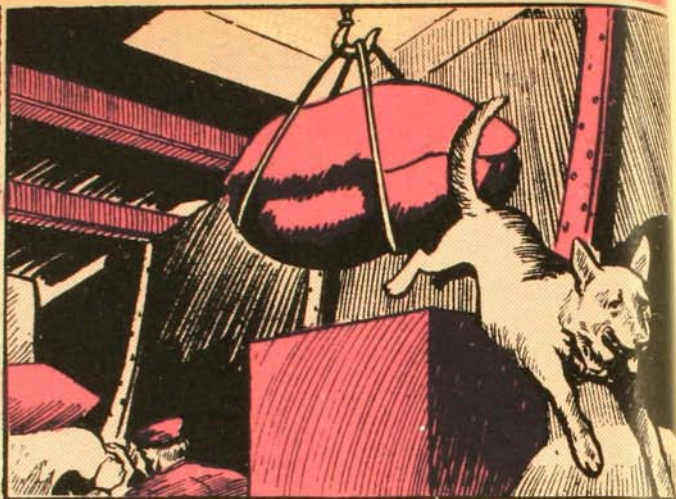
Simbad

N.º 314



FOIRIER

RIVALES EN EL CIRCO



CAPITULO IX.—DOS "PAVOS"

1. Kim estaba ansioso por regresar al Canadá. Allí encontraría a su amita Alicia Landy. Ocultamente subió a bordo de un barco. En él viajaría de "pavo" para atravesar el gran lago que lo separaba de los bosques del norte. En la bodega repleta de fardos y cajones oyó un ruido sospechoso.



2. No tardó en descubrir a un niño rubio, que dijo, acariciándole: "—¡Oh! ¿Cómo te llamas? Yo soy Tito Corani y viajo porque quiero ser marino como mi papá". Su voz temblaba. Conteniendo los deseos de llorar, añadió: "—Estaba muy triste y tenía miedo. Pero ahora estás conmigo. ¡Ay!, perrito, tengo hambre..."

(Continúa en la penúltima página.)

El país de las maravillas

CAPITULO IV.— El Gran Consejo de los animales.

Como esta historia pertenece a remotos tiempos, hemos de repetir que entonces los animales y los humanos se comprendían perfectamente.

Mirko, el blanco lebel, continuaba informando a las afligidas princesitas de cuanto ocurría en el Palacio de Mármol Rosa.

—Lo importante —dijo Mirko— es que ustedes dos escojan a los príncipes gemelos.

—¿Pero cómo vamos a reconocer a esos príncipes gemelos? —preguntó Alina.

—Ya lo veremos —dijo el lebel blanco—. Yo vuelvo a la sala del trono a continuar escuchando la conversación de vuestros reales padres. Después me reuniré con los cisnes, palomas y lebreles de palacio. Entre todos trabajaremos para que nadie las separe a ustedes.

Confiadas en tan buenos protectores, las princesas durmieron tranquilas esa noche.

Entretanto, lebreles, cisnes, palomas, gallos y gallinas tuvieron



—¿Por qué están tristes, mis queridas princesitas? —preguntó el lebel Mirko.

Año VII - 7-IX-1955 - N.º 314

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane)

Visión de Imp. y Ed.
6 SEP 1955
Deposito Legal

una reunión nocturna de mucha importancia. Todos se habían organizado para salvar a las princesas Maritza y Alina, las que preferían morir a verse separadas con motivo de su matrimonio —Escúchenme bien —decía Mirko, el presidente de la reunión— tenemos que procurar que los príncipes mellizos sean los novios de nuestras princesas.

—Pido la palabra —dijo una perrita nueva—; parece que la condesa Isabel de Liana quiere casarse con uno de los príncipes de Carelia, es decir, con uno de los donceles mellizos que Mirko destina a nuestras princesitas.

—Un dato importante, mi querida Blanquita —declaró el presidente Mirko—. Vigila a la condesa Isabel de Liana y trata de conocer el seudónimo del príncipe de Carelia, de quien esa mujer está enamorada. Porque han de saber ustedes, hermanos, que todos los príncipes que aspiran a la mano de Alina y Maritza han adoptado seudónimos de flores y nadie les conocerá sino por esos seudónimos, hasta después del real torneo del domingo.

—¿Y ahora cómo conocer el seudónimo del otro príncipe de Carelia? —preguntó la perrita Lysia.

—Pido la palabra —suplicó un lebrél cojo—, yo hice amistad con el camarero del príncipe Claudio de Carelia. ¿Será ése el príncipe que agrada a la condesa Isabel de Liana?

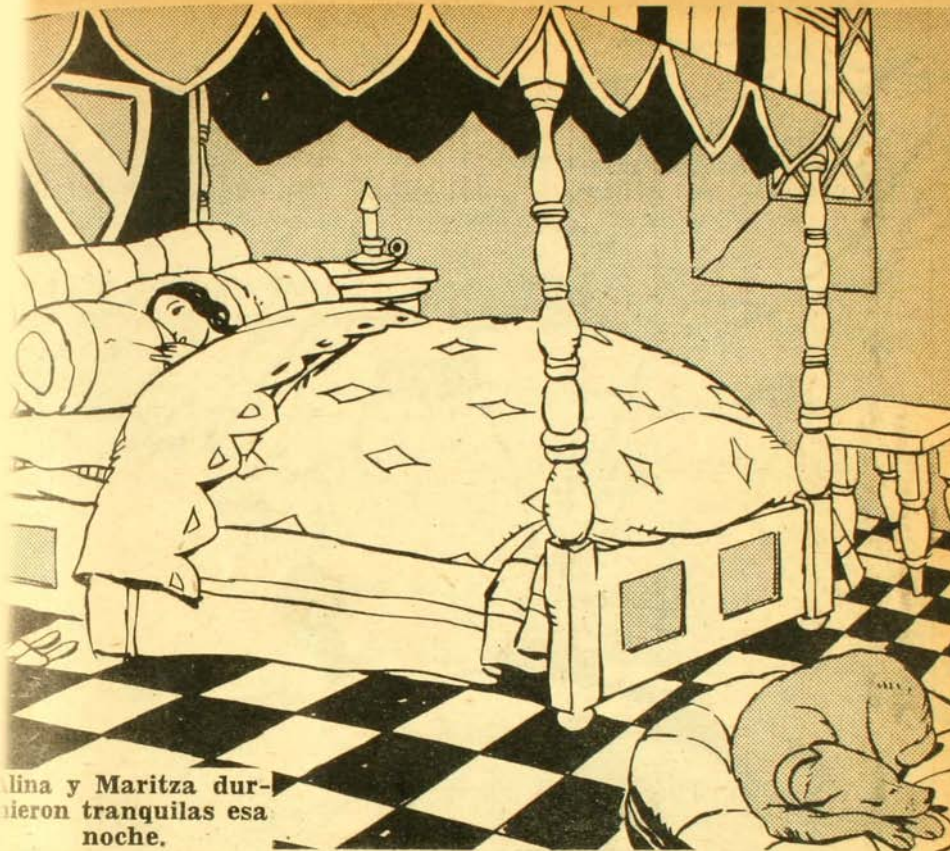
—No —dijo Blanquita—, ahora me acuerdo que la condesa hablaba del príncipe Cristián.

—Bien —dijo el presidente Mirko—, ahora sabemos que los príncipes de Carelia se llaman Cristián y Claudio, pero no sabemos bajo qué seudónimo se presentarán al torneo matrimonial. Son cincuenta los pretendientes de Maritza y Alina. Es importante saber el nombre de las flores que corresponden a los gemelos Cristián y Claudio.

—Yo sé que el camarero del príncipe Claudio se llama Orión —dijo el lebrél cojo—. Algunos compañeros podrían seguirle la pista.

—¿Quién quiere indagar este asunto? —preguntó el presidente Mirko.

—Permítanme ingresar a este noble consejo —dijo un quiltro lanudo y sucio—. Soy extranjero en este palacio, pero tengo buen corazón, y al saber que las nobles princesitas Maritza y Alina están muy afligidas, he venido a prestar a ustedes mi concurso. Soy muy alerta y vivo. Puedo deslizarme a todas partes y, como



Alina y Maritza durmieron tranquilas esa noche.

ni pelo está mal cuidado, no temo entrar en las caballerizas y hundirme en el fango. Nadie desconfía de un quiltro y ni siquiera lo miran. En tanto que un lebrél real, hermoso y gallardo, llama la atención.

—¿Qué propones, joven extranjero? —preguntó el presidente Mirko.

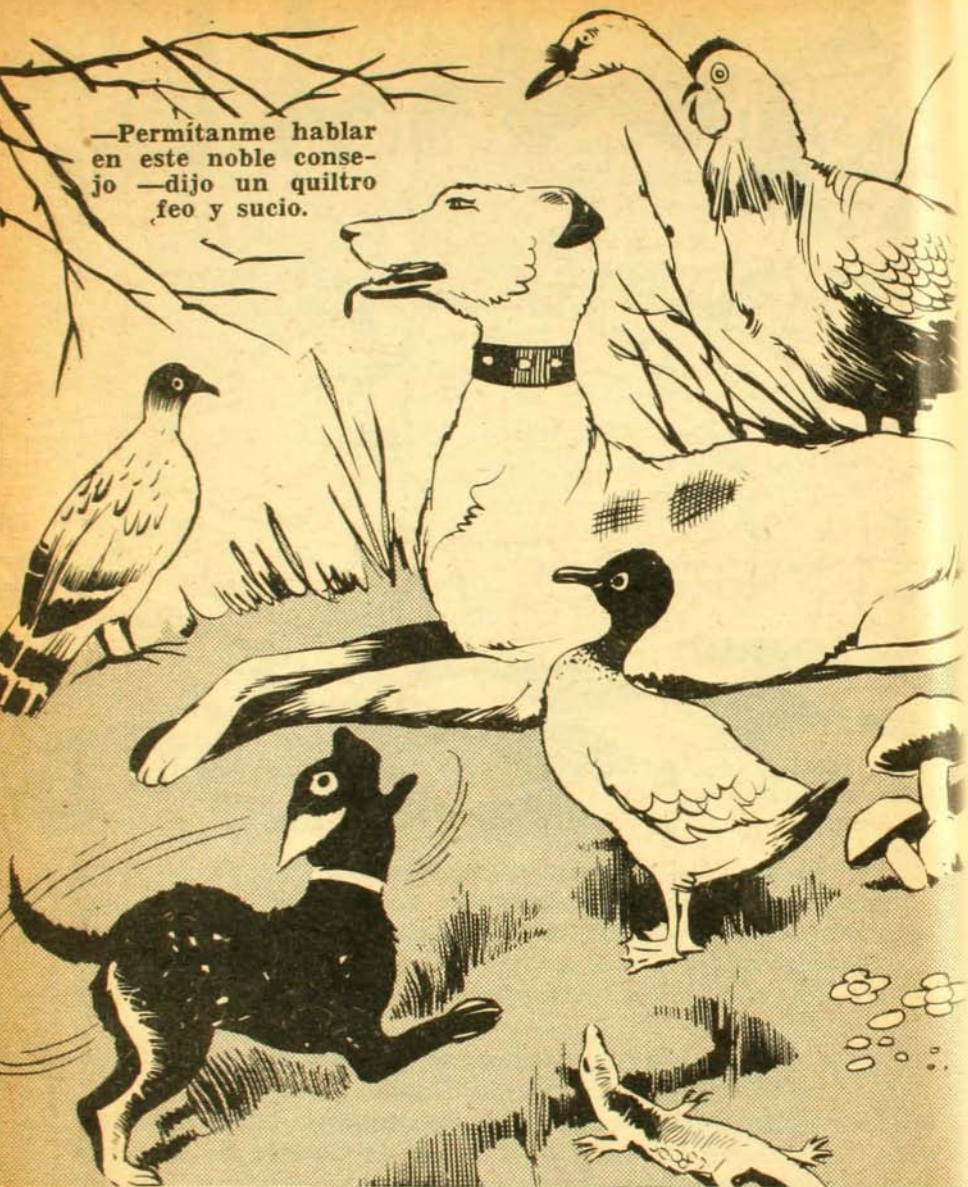
—Reclamo el honor de hacer las averiguaciones en el asunto del amarero Orión, criado del príncipe Claudio.

—Bien —replicó Mirko—; tu deber es descubrir bajo cuál nombre de flor se oculta el príncipe Claudio de Carelia. Se suspende la sesión del consejo hasta las tres de la tarde, momento fatal en el cual se iniciará el torneo. Lysia y el amigo Fido —agregó Mirko, dirigiéndose al quiltro roñoso— nos traerán las indicaciones precisas.

En seguida Mirko se dirigió a las palomas blancas, que hasta ese instante no habían participado en las discusiones, y les dijo:

—Dos de ustedes se posarán sobre los cascos de los príncipes de

—Permitanme hablar
en este noble conse-
jo —dijo un quiltro
feo y sucio.



Carelia, en el momento en que las princesas Maritza y Alina tengan que escoger a sus novios. Y vosotros, compañeros cisnes, comunicaréis a vuestras amitas estos acuerdos. Ahora falta saber qué seudónimo o qué flor representan los dos príncipes Cristián y Claudio.

—Muy fácil comisión —declaró el cisne blanco—. Cuando la

princesa Alina venga a traernos la comida, la impondré de vuestras órdenes, presidente Mirko.

Las aves y los animales iban a dispersarse cuando llegó el mirlo negro y se posó a orillas del estanque.

—¿Y a mí? —preguntó el hipócrita *Genio de la Discordia*—.

¿No me dáis alguna misión? ¿Me encontráis muy pequeño o muy negro?

—¡Cielos! —exclamó una tímida paloma—; el malvado mirlo negro...

—Este pájaro es un mal educado —declaró la perrita Lysia—; se mezcla en reuniones sin que nadie le invite...

—¿Le muerdo la cola? —preguntó el quiltro Fido.

—Guárdate de ofenderle —aconsejó Mirko—. Por medio de artes mágicas el Genio de la Discordia ha tomado la forma de ese mirlo negro. Nada podemos contra él y mejor es desconfiar...

Tiemblo al pensar que haya escuchado nuestra conversación. El Genio de la Discordia se entretiene y divierte haciendo el mal. Su oficio es separar, dividir y cortar las amistades más fieles.

—¿Qué tal, qué tal? —preguntó el satírico mirlo—. ¿Parece que he caído mal aquí?... ¿Se trataba de un pequeño complot? No importa... Desconfíen... Yo averiguaré todo y destruiré vuestra obra. Sépanselo que yo triunfo siempre.

Y al decir esto, el malvado genio se perdió entre los árboles.

—No nos ocupemos más de ese pajarraco —dijo Mirko—. Que cada cual cumpla su misión. Les recomiendo mucha discreción. Adelante, Lysia; buena suerte, Fido.

Una hora después la princesa Alina bajaba las escalinatas del palacio de Mármol Rosa llevando el desayuno para sus queridos cisnes.

(CONTINUARA)

El pícaro mirlo negro quiso mezclarse también en el gran consejo de los animales.





EL BURLADOR

CAPITULO V.—LAS P



1. Nasdine Hodja relataba a Mechub una historia muy triste. Cierta anciano perdió su único camello, y con él las humildes telas que vendía para ganarse la vida. Alá no escuchó sus lamentaciones y el viejo mercader se encaminó al desierto, para morir. Los buitres se abatieron sobre él.



2. “—¿Estás seguro de que ése es el fin de la historia?”, preguntó Mechub, con una semisonrisa, ocultando el temblor de su voz. Nasdine comprendió que había triunfado y, con una alegre carcajada, repuso: “—No, el anciano recuperó su camello”. Mechub gritó al rumiante: “—¡Levántate, que volvemos a Ispahan!”

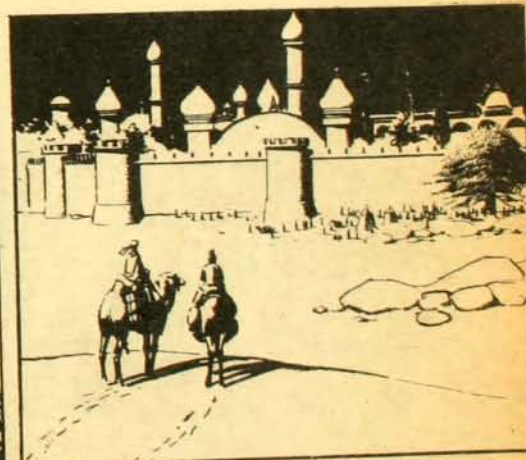
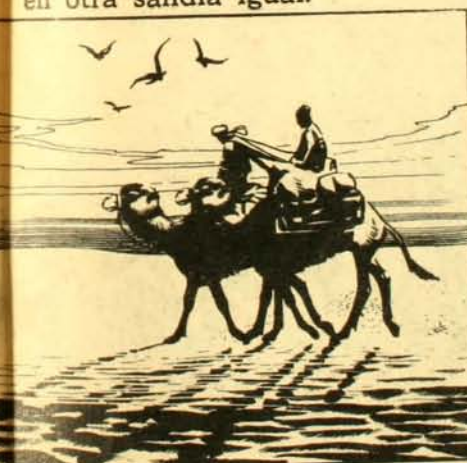
DE ORIENTE



RTAS SIGUEN CERRADAS



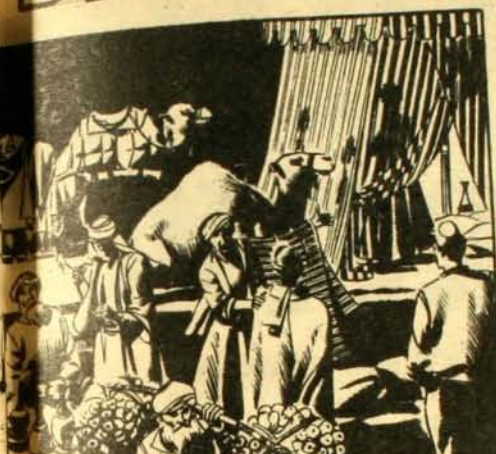
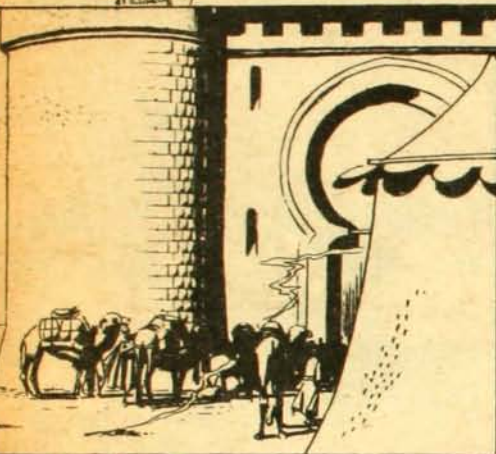
3. Se había resistido a regresar a la ciudad, pero después de oír el cuento de Nasdine, decidió devolver el camello al pobre mercader que estuvo en peligro de morir en el desierto. El misterioso mensaje que Nasdine halló en una sandía hueca fué deslizado en otra sandía igual.



4. Los dos aventureros cabalgaron durante toda la noche, guiándose por las estrellas. Mechub en el camello pobre, Nasdine en el que lucía arneses de oro y cuero fino. Al rayar el día avistaron Ispahan. Con gran asombro vieron que las caravanas aún acampaban ante las puertas cerradas.

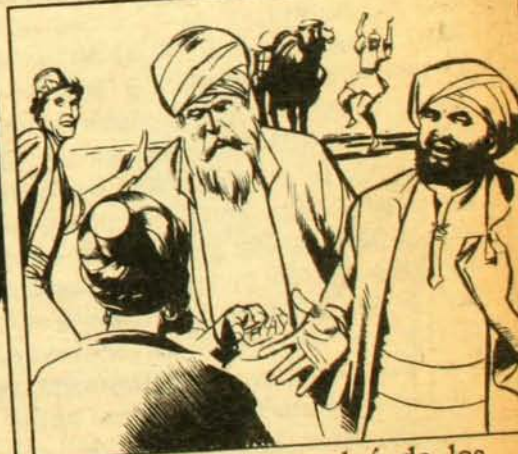
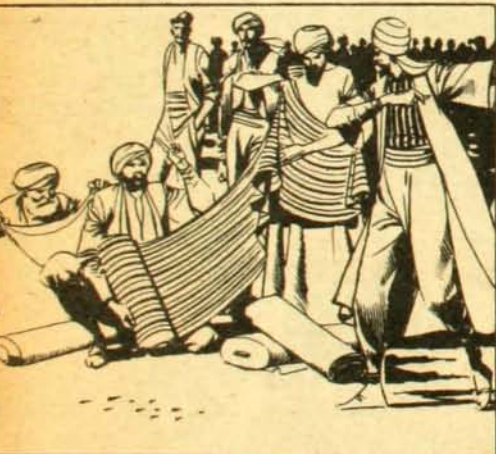


EL BURLADOR DE ORIENTE



5. "—Tenemos suerte —susurró Nasdine—. Si todos hubieran entrado ya, nos hubiera sido difícil pasar." Dieron a los camellos una palmada en la grupa y ambos ruminantes trotaron hacia la multitud. "—No les quitemos el ojo de encima", advirtió Nasdine Hodja.

7. Avanzaba la noche. El camello enjaezado con riqueza se reunió a sus congéneres. Orgulloso de su aventura nocturna, permaneció erguido. Pero nadie se ocupaba de él, excepto Nasdine y Mechub, que no lo perdían de vista. De pronto Mechub lanzó un alarido de alegría.



6. En realidad un solo camello le interesaba: el de las sandías. Fingiendo despreocupación, Mechub y Nasdine se acercaban a los grupos de mercaderes. Por doquier oían las mismas palabras quejosas: "—¿No abrirán hoy tampoco las puertas? Mis frutas se echarán a perder... ¡Esto es mi ruina!"

8. "—¡Mira! —dijo a Nasdine—. ¡El anciano que salvé de los buitres!" Un viejo mercader saltaba de gozo ante el camello que Mechub había traído de regreso. Nasdine tuvo que calmar a su amigo para que no atrajera la atención. Pero los demás estaban dedicados a lamentarse porque las puertas seguían cerradas.

(CONTINUARA)

An illustration at the top of the page shows an elephant on the left, wearing a small hat with a number '3' on it. A woman in a dark, sleeveless outfit is standing next to the elephant, holding its trunk. To the right of the elephant, another woman in a similar dark outfit stands with her hands on her hips. The background is a simple, dark, irregular shape. The title 'RIVALES EN EL CIRCO' is written in large, bold, black letters across the top, with the elephant and women integrated into the design.

RIVALES EN EL CIRCO

CAPITULO I.—*El rey del trapecio.*

Mimí Duval, la joven trapecionista francesa, y Diana Marcy trabajaban en el Circo Mundial y eran sinceras amigas.

Ideaban nuevos actos y estaban siempre alegres. El enano Taquito decía:

—Mimí y Diana son las princesas del circo.

El Gran Julio, el prestidigitador, las adoraba, lo mismo que el domador, los payasos, la mujer con barba, los acróbatas, el hombre de goma.

Mimí parecía volar cuando se lanzaba de un trapecio a otro.

Diana era también muy ágil, y, aunque no poseía la experiencia de la artista francesa, daba pruebas de audacia.

Un día decidieron ensayar un número con el elefante Pachá, el más grande e inteligente de la troupe.

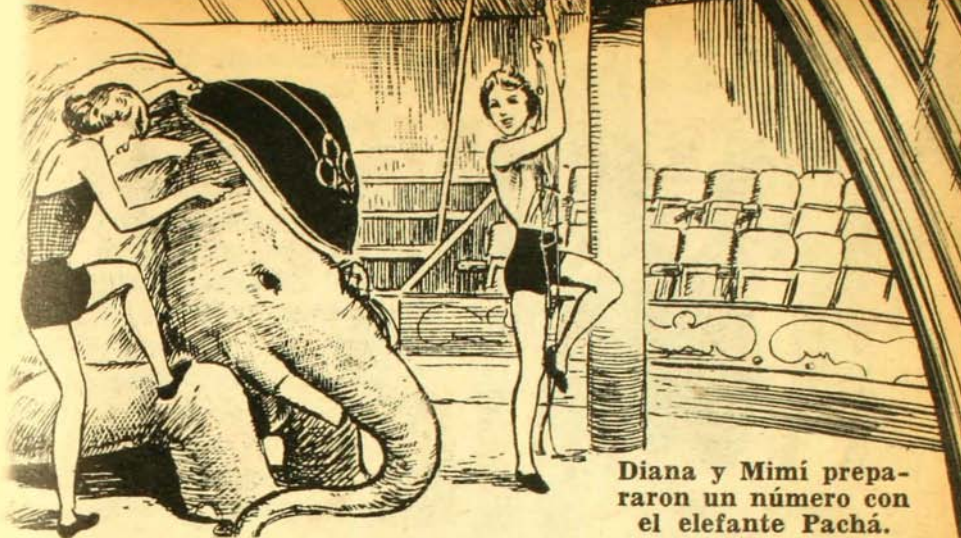
El paquidermo rodeó la pista, mientras Diana ejecutaba acrobacias sobre él. De pronto Mimí surcó el aire, cogida por los pies de un trapecio y, sosteniendo de las manos a Diana, la depositó sobre una elevada plataforma.

—¡Bravo! —aprobó el empresario Larosa.

Los demás artistas aplaudieron también sin reservas. Pero entre aquellos compañeros leales había una persona consumida por la envidia. Rita, la amazona del circo, guardó silencio, mientras rumiaba con rencor:

“Ahora son aplausos y pueden sonreír, pequeñas idiotas. Pero pronto esos actos que inventan parecerán insignificantes.”

El buen Larosa dijo:



Diana y Mimí prepararon un número con el elefante Pachá.

—Ya saben que debo ausentarme por algún tiempo. Voy en busca de algunas jaulas...

—...de canarios —completó riendo el tony.

—Leones y tigres —corrigió Larosa—. En mi ausencia, me reemplaza Jaime Libor.

—Vuelva pronto —sonrió la traviesa Mimí—. ¿Por qué no envía al señor Libor?

—Porque le quitaría la jaula a algún pájaro para meterse él dentro —dijo Taquito, con seriedad.

Todos rieron. Libor se distinguía por poseer una larga nariz que le daba gran semejanza con el perfil de una grulla o de un flamenco.

Una semana más tarde se oyó gran sonido de fanfarria.

—¿Llega otro circo? —preguntó Mimí. Sonaban las trompetas y el eco de los tambores atronaba los oídos. Detrás de la banda de músicos avanzaba un auto cubierto de carteles. Grandes letras anunciaban: "Hugo, el rey del trapecio".

—¿De dónde sale ése? —dijo la francesita.

Diana observaba en silencio. ¿Quién

Mimí era una acróbata muy hábil.





había contratado al nuevo acróbata? Quizás Libor.

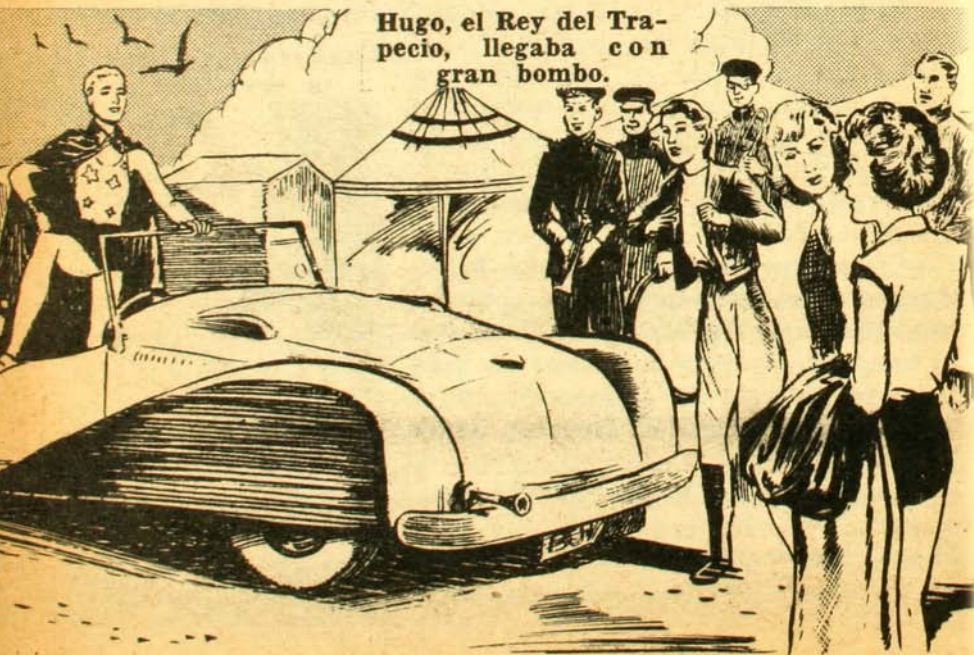
De pie en el coche, se lucía un joven de diecisiete o dieciocho años, vestido con un llamativo traje. Una capa negra destacaba su cuerpo atlético. El cabello rubio lanzaba destellos, como oro bruñido. Los ojos azules miraban con jactancia y una sonrisa orgullosa flotaba en sus labios.

Despidió a los músicos con un gesto de príncipe y bajando de un salto avanzó con gallardo andar.

—¿De dónde salió ése? —murmuró Mimí, conteniendo la risa.

—¡Saludos a todos! —dijo, abarcando con un ademán a los artistas del Circo Mundial, que le contemplaban entre atónitos y divertidos—. Ha llegado Hugo, el Rey del Trapecio. Desde esta noche habrá un lleno completo en el circo. Se venderán todas las entradas.

—¿Qué esperas, Gran Julio, para hacerlo desaparecer en tu sombrero de copa? —rió Taquito.



Hugo, el Rey del Trapecio, llegaba con gran bombo.

prestidigitador hizo gesto agrio. El Hé-les dió un paso y, al revertir aquella peli-osa cercanía, Hugo cedió brevemente. Pero no retrocedió, pues vanidad le mantuvo el mismo lugar. Li-ur, temiendo un inci-ente, intervino con ra-dez:



—Desde esta noche se venderán todas las entradas al circo — declaró Hugo, con jactancia.

—Amigos, les presento un nuevo compañero. Me he contratado, pues el circo necesita novedades sensacionales.

—Pero éste es un tonto sensacional —masculló el tony entre dientes.

—¿Qué ha dicho? —dijo Hugo.

Libor se apresuró a añadir:

—Bien, ya están presentados y trabajaremos en armonía. Faltan pocas horas para la función. No perdamos más tiempo.

En su carromato, Mimí dijo riendo:

—¿Has visto un fante más original que ése? No es feo, ¿verdad?, pero está lleno de humo. Eso le ayudará a volar de un trapecio a otro. Por lo tanto, es más ágil y liviano que yo y me destronará fácilmente.

Con gesto ampuloso, declamó:

—“Ha llegado Hugo, el Rey del Trapecio. Salúdenme, esclavos.” Pero Diana no reía. La llegada del acróbata la inquietaba. Presentía que el joven fanfarrón les causaría dificultades.

(CONTINUARA)

Por cada suscripción anual a “Simbad” obsequiamos cuarenta boletos para nuestro sorteo. Escribe a Av. Santa María 076, Sección Suscripciones o llama al teléfono 391101.

El prestidigitador hizo un gesto agrio. El Hércules dió un paso y, al advertir aquella peligrosa cercanía, Hugo vaciló brevemente. Pero no retrocedió, pues su vanidad le mantuvo en el mismo lugar. Libor, temiendo un incidente, intervino con rapidez:

—Amigos, les presento a un nuevo compañero. Le he contratado, pues el circo necesita novedades sensacionales.

—Pero éste es un tonto sensacional —masculló el tony entre dientes.

—¿Qué ha dicho? —dijo Hugo.

Libor se apresuró a añadir:

—Bien, ya están presentados y trabajaremos en armonía. Faltan pocas horas para la función. No perdamos más tiempo.

En su carromato, Mimí dijo riendo:

—¿Has visto un fante más original que ése? No es feo, ¿verdad?, pero está lleno de humo. Eso le ayudará a volar de un trapecio a otro. Por lo tanto, es más ágil y liviano que yo y me destronará fácilmente.

Con gesto ampuloso, declamó:

—“Ha llegado Hugo, el Rey del Trapecio. Salúdenme, esclavos.”

Pero Diana no reía. La llegada del acróbata la inquietaba. Presentía que el joven fanfarrón les causaría dificultades.

(CONTINUARA)



Por cada suscripción anual a "Simbad" obsequiamos cuarenta boletos para nuestro sorteo. Escribe a Av. Santa María 076, Sección Suscripciones o llama al teléfono 391101.

EL fantasmita

EL FANTASMITA Y SUS PROTEGIDOS LLEGAN AL FIN DE SU VIAJE.

ESCALOFRÍO ME CORRE AL VER LA SINIESTRA TORRE.



NO TEMAS, LIRILAY. SI EL MARQUÉS DEL CAMOTE SE PORTA MAL CON VOSOTROS, YO LO ARREGLARÉ.

YO VOY TRANQUILO...



...CON LA VIDA EN UN HILO.

EL CASTILLO DEL CRUEL

MARQUÉS



HASTA YO TIRITO DE MIEDO

POR OTRO CAMINO LLEGAN EL CAPITÁN TANTÁN Y SUS SOLDADOS



AHÍ ESTÁ EL COMANDANTE MANDÓN. LE DARÉ UN INFORME FALSO PARA NO SER CASTIGADOS.

BUEN CASTIGO PARA LOS VASALLOS QUE SE NIEGAN A PAGAR TRIBUTO AL SEÑOR MARQUÉS... PERO, ¡OH! ¡AH!



¿VUESTRA MISIÓN?



¡CUMPLIDA! ESTÁN MUERTOS.

LOS DOS "MUERTITOS" DEL CAPITÁN TANTÁN SE ACERCAN SILBANDO, FELICES.



CONTINUARÁ



BÚFALO BILL

CAPITULO VI.—LA AMAZA DE CABALLO LOCO



Ese que está primero es Caballo Loco. ¡Hum! ¡Mala señal!



¡Salud, hermano!

1. Las siete tribus sioux cabalgaban hacia el fuerte Lincoln. Se detuvieron ante las murallas y esperaron en completo silencio. El general Custer ordenó abrir el portón y avanzó con dos capitanes. Al ver al guerrero sioux, Caballo Loco, susurró: "—Presiento que habrá líos".



No sé de qué hablas, Caballo Loco.

3. "—Dicen que se desvaneció en el aire, pero yo no lo creo —añadió con fiera—. Está escondido aquí, y si tú no lo entregas, mis guerreros dejarán tu fuerte convertido en ruinas. Caballo Loco ha hablado." Custer protestó: "—¡Esto es absurdo! Pa-E-Has-Ka, es decir, Búfalo Bill..."

¡Hay muerte y traición entre nosotros, jefe rostro pálido!



Tres hermanos de mi raza claman venganza.



2. Alzando su mano, dijo: "—¡Salud, Caballo Loco! ¿Vienes en son de paz?" En respuesta, el piel roja clavó su lanza en la tierra, vociferando: "—Tres bravos de la tribu oglala yacen asesinados: Zorro Blanco, Pequeño Halcón y Ciervo Corredor. Pa-E-Has-Ka fué visto junto a los cadáveres".



¡Bendito sea el cielo! ¡Ahí viene Búfalo Bill!

El nos explicará este enigma.



4. En ese instante, el capitán Miles, señalando hacia la extensa pradera, gritó: "—¡Ahí viene!" En efecto, el famoso explorador se acercaba, con dos prisioneros y dos grandes atados de valiosas pieles. Aquellos eran los asesinos que mataron a los cazadores indios para apoderarse de las pieles.

BUFFALO BILL



Prometo que estos infames serán severamente castigados.



Habla, Pa-E-Has-Ka

5. Explicó rápidamente la captura de los criminales y el general Custer dijo a Caballo Loco: "—Estos son los culpables. Serán castigados según las leyes de los blancos. Tienes mi palabra de honor." El soberbio guerrero interrogó: "—¿Tengo también la palabra de Pa-E-Has-Ka?"



Bill, usted evitó que la guerra estallara.



Felicite a Torbellino, mi general. El hizo la mayor parte de la tarea.

6. "—Sí", replicó Búfalo Bill. Esa contestación bastó al altivo jefe de los sioux. Con un simple gesto de su mano ordenó la retirada de su ejército. "—¡Uf! —suspiró Custer—. Bill, llegó justo a tiempo para evitar una guerra!" Búfalo Bill repuso: "—Torbellino es el héroe de esta jornada".



Su falta es muy grave, sargento.



Permanecerá de guardia durante dos semanas.

7. Días más tarde, el general Custer habló severamente con el joven sargento Bob Maning. Una de las faltas más graves de un soldado de caballería era perder su caballo. Bob, durante una carga, fué despedido de la silla, y luego, en la confusión, no pudo recuperar su cabalgadura.



Ja, ja, cuando montes otra vez, te darán calambres en las piernas!



Tengo una idea, Jud.

8. Fué sentenced a montar guardia durante dos semanas. El sargento Kelly se burlaba de él: "—Menos mal que tu caballo regresó solo. Llegó a la puerta y preguntó por ti. Te andaba buscando". Dos individuos que oyeron esas palabras, suspiraron: "—Lástima que no se pierdan bestias más seguidas".

(CONTINUARA)



LA AMIGA DEL PIEL ROJA

CAPITULO IX. — *Ciervo
Veloz prisionero de Cortis.*

Antonio Forter, remeciendo los hombros de Viviana, le decía furioso:

—Usted me calumnia y no volverá a acusarme de crímenes y robos. ¿Entiende usted?

Y al decir esto Antonio Forter arrastraba a Viviana hacia el precipicio.

—¡Suélteme! —gritó Viviana, temiendo que sus pies resbalaran por la áspera pendiente de la montaña.

Antonio, en vez de soltar a su enemiga, la empujaba con fuerza hacia el abismo.

De súbito apareció la esbelta y fina silueta del piel roja Ciervo Veloz sobre lo que podríamos llamar la techumbre de la caverna. Ni Viviana ni Forter podían verle.

El ágil indio saltó como un tigre sobre las espaldas de Antonio Forter y le arrojó al suelo.

—Ciervo Veloz, me has salvado la vida —balbuceó Viviana.

RESUMEN: Viviana Montal y su tío Juan, acompañados de Antonio y Malva Forter, se dirigen a las montañas del Alto Canadá en busca del explorador Edmundo Montal, que ha desaparecido. Viviana traba amistad con Ciervo Veloz, un piel roja perseguido por el patrullero Aliro Cortis. Creyendo que Viviana lo ha traicionado, Ciervo Veloz rapta a la joven Montal. Viviana quedó encerrada en una caverna al cuidado de Flor de Luna, hermana de Ciervo Veloz. Malva Forter ofrece a Viviana llevar un mensaje a su tío Juan. Ciervo Veloz lo descubre y proyecta vengarse del patrullero Cortis. Viviana y Flor de Luna encuentran herido a Cortis, pero ambas aseguran que no fué Ciervo Veloz quien lo hirió y robó importantes documentos. Antonio Forter se enfrenta con Viviana en la caverna del piel roja.

Antonio se puso de pie en un segundo y, enfrentándose con Ciervo Veloz, exclamó:

—Maldito indio, otra vez te interpones en mi camino, pero esta vez te castigaré como mereces.

Forter había cogido por la cintura a Ciervo Veloz y le arrastraba al abismo.

—¡Socorro! —gritó Viviana.

Su grito de angustia se trocó en estupor al observar que el joven piel roja levantaba a su asaltante como si fuera una pluma y le arrojaba montaña abajo.

En ese preciso instante se oyó ruido de espuelas en el monte.

Antonio Forter, con el semblante congestionado por la ira, había logrado asirse de unas ramas y gritaba a Viviana Montal:

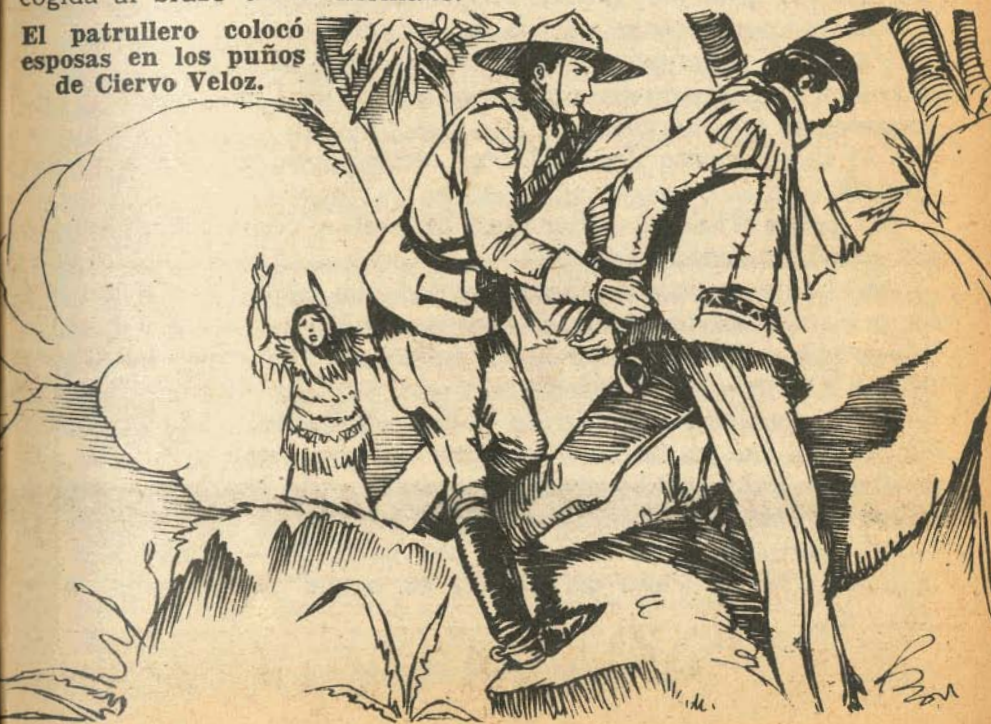
—No olvidaré esta afrenta, señorita Montal, y tú, Ciervo Veloz, ya tienes mi venganza a la espalda.

El piel roja presintió un peligro y su mano apretó el arco con flechas que colgaba de su pecho. Al sentir un peso sobre su hombro, comprendió que el patrullero le había cogido.

—Ciervo Veloz, por fin eres mi prisionero —dijo Aliro Cortis.

—No me lo quiten, no me lo lleven —sollozaba Flor de Luna, cogida al brazo de su hermano.

El patrullero colocó esposas en los puños de Ciervo Veloz.



—Aliro —intervino Viviana—. Ciervo Veloz me ha salvado la vida. No puedes arrestarlo.

—Retírese, Viviana —ordenó el joven Cortis—; prometí capturar a Ciervo Veloz y un patrullero no falta a su palabra.

Ciervo Veloz dió un paso atrás, y, tendiendo el arco, exclamó: —Mi flecha dará la respuesta y ésta es la muerte. Apártese, buena cervatilla.

El piel roja saltó sobre la roca, pero al colocar la flecha en el arco, éste se dobló por mitad. Durante su lucha con Antonio Forter, el frágil madero se había quebrado.

Una mano pesada cayó sobre el hombro del piel roja.

—Eres mi prisionero —declaró Cortis—. Te arresto por delito de asalto y robo. Tendrás que seguirme.

—¡No! —gritó Flor de Luna, desesperada—. Ciervo Veloz no me abandonará.

Entretanto, el patrullero Cortis colocaba esposas en los puños de Ciervo Veloz.

—¡Qué ignominia! —protestó Viviana—. Ciervo Veloz no puede llevar grillos como un criminal.

El hijo del gran jefe NUBE ROJA miraba con indignación a su captor, pero mantenía erguida su hermosa cabeza.

—Vamos al campamento —ordenó Aliro Cortis.

Viviana, sosteniendo en sus brazos a Flor de Luna, siguió al prisionero en su amargura.

En el campamento Juan Montal recibió a su sobrina con gran alegría.

—Mi pobre Viviana —murmuró Montal—, cómo habrás sufrido en poder de esos salvajes.

—Me han tratado con mayor bondad que la que recibe hoy día el prisionero de los blancos —respondió Viviana—. Tío Juan, le ruego que ordene a Cortis quitar esos grillos infamantes a Ciervo Veloz.

—Este prisionero es peligroso —declaró Cortis—. Me atacó por la espalda con un hacha y sólo por milagro estoy vivo.

—Ciervo Veloz no ha atacado al cazador de hombres —replicó Ciervo Veloz.

—Mi hermano no es capaz de una cobardía —añadió Flor de Luna—. Ciervo Veloz no llevaba su hacha cuando salió de la caverna.

—¿Y los papeles que me robó? —preguntó Cortis.

—Ciervo Veloz no sabe de papeles —dijo el piel roja.

—Estoy convencida de que fué Antonio Forter quien robó los papeles y lanzó traidoramente el hacha —insistió Viviana Montal.

—Flor de Luna lo probará —dijo la indiecita—. Flor de Luna sabe rastrear a las fieras y a las serpientes. Esta noche probará la inocencia de su hermano.

El patrullero encerró a Ciervo Veloz en una cabaña de rústicos troncos y durante toda la noche mantuvo guardia.

Viviana condujo a Flor de Luna a su carpa y allí estuvo consolándola y prometiéndole salvar a Ciervo Veloz.

—Yo creo que si descubriéramos la guarida de Antonio y Malva Forter podríamos encontrar los papeles robados al patrullero —decía Viviana a Flor de Luna.

—Explíqueme lo que debo hacer —suplicó Flor de Luna a Viviana— y yo iré a visitar a esa mala gente esta noche.

Cerca de medianoche, la indiecita entreabrió la tela de la carpa y salió tan sigilosamente del campamento que Aliro Cortis no sintió el ruido de sus pasos.

Largo rato anduvo Flor de Luna bordeando el río, husmeando el aire, hasta que de improviso se detuvo. Hasta ella venía el olor de una fogata. Escurriéndose por los matorrales subió al monte y por fin divisó, a la luz incierta de la luna, un fuego casi extinguido y una carpa blanca.

“Allí están los enemigos de mi hermana blanca”, se dijo Flor de Luna.

Espiando el campamento, avanzó reptando. Antonio Forter y su hija Malva dormían envueltos en mantas dentro de la carpa.

Flor de Luna se deslizó como una sombra a pocos pasos de la fogata y estuvo allí, inmóvil, examinando todos los objetos del campamento. Un saco de cuero le pareció el sitio más a propósito para guardar papeles.

La india, como todos los de su raza, obraba sin precipitación. Su mano se extendió hasta el saco y palpó la cerradura; en seguida la abrió y sacó de allí un legajo de papeles amarillentos y una

AHORa atención: Invitamos a los numerosos lectores de “SIMBAD” al **GRANDIOSO SORTEO DE FIESTAS PATRIAS** el 10 de septiembre, a las 4 de la tarde, en Avenida Santa María 0120.

cartulina arrugada y rota. Se diría que habían pretendido quemarla.

“Esta hoja tiene los signos de mi raza”, se dijo Flor de Luna, examinándola rápidamente a la luz de la fogata.

Antonio Forter hizo un movimiento en su lecho y dejó de roncar. “El hombre blanco puede despertar de un momento a otro — pensó Flor de Luna—. Me llevo estos papeles, y si no son los que necesita mi hermana blanca, volveré otra noche.”

La indiecita corrió con la ligereza de un ciervo hasta el campamento de Juan Montal y entregó a Viviana el legajo de papeles. —Son los papeles de mi padre —exclamó Viviana, al examinar el legajo que le entregaba Flor de Luna.

—¿Ciervo Veloz quedará entonces en libertad? —preguntó Flor de Luna.

—Seguraménte —declaró Viviana Montal—. Duerme, hermana, mientras reviso estos documentos.

A la luz de una linterna eléctrica, Viviana fué examinando los papeles y las traducciones que había hecho su padre de los signos y jeroglíficos de la tribu CHOAMA.

“Aguila Gris debe ser el nombre que adoptó mi padre”, pensaba Viviana.

Continuando la revisión, Viviana descifró algunos párrafos tal como el que sigue:

“La caverna de la tribu de fuego... donde el río tiene su fuente... , la sombra de un alto pino al atardecer... Aguila Gris espera... Nube Roja, el jefe bueno... Caverna secreta...”

Viviana continuó su estudio hasta que el sueño rindió sus fuerzas. Sólo despertó cuando Flor de Luna le anunció que estaba servido el desayuno.

—Aliro —dijo Viviana al patrullero—, ya tenemos las pruebas de la inocencia de Ciervo Veloz. Flor de Luna fué a buscar los papeles al campamento de los infames Forter. Mire, tío Juan, aquí tengo también el plano que Antonio Forter aseguraba que le había robado Ciervo Veloz.

El joven piel roja, desde su prisión, miraba a Viviana con pupilas centelleantes de alegría, pero no despegaba sus labios.

—Cortis —dijo Juan Montal—, parece que Viviana tiene razón. Este es el plano que robaron de nuestro primer campamento y éstos los papeles de mi hermano Edmundo. Descubro la letra de Antonio Forter; parece que estaba efectuando un estudio de ellos.

Viviana revisaba los documentos de su madre a la luz de una linterna.



—Efectivamente —declaró Aliro Cortis—, estos papeles amarillentos son los que me robó el alevoso asaltante después de herirme con el hacha. Compruebo que Ciervo Veloz no cometió ese delito.

—Entonces, Ciervo Veloz puede volver a su tribu —insinuó Viviana.

—Es posible que Ciervo Veloz no haya robado el mapa, ni me haya atacado criminalmente —expresó el patrullero—; eso no me corresponde. Yo he venido a las montañas del Alto Canadá en busca de este piel roja por otros cargos muy graves y serios. Debo cumplir con mi deber.

Flor de Luna lanzó un agudo grito que conmovió a Juan Montal y a Viviana.

—Si Ciervo Veloz es inocente en este asunto, también lo será en los otros cargos que se le imputan —objetó Viviana Montal.

—Puede ser —replicó el testarudo patrullero—, pero lo probará ante la justicia. Lo lamento mucho, Viviana. Mis superiores me enviaron en busca de este piel roja, proscrito por la ley.

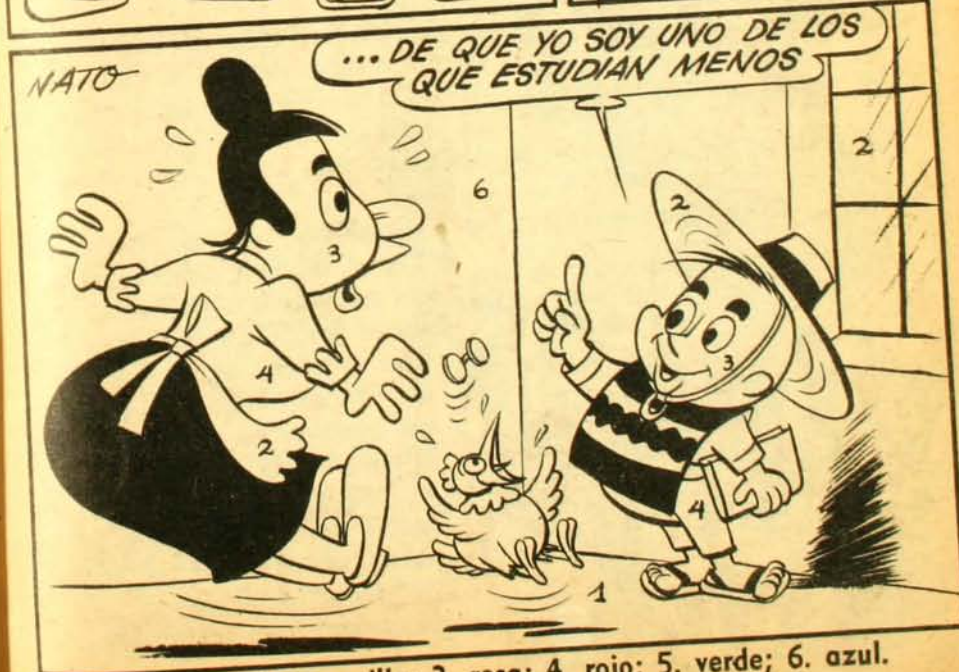
(CONTINUARA)

Ponchito



Estos dibujos están hechos especialmente para colorear:

POR NATO



1. celeste; 2. amarillo; 3. rosa; 4. rojo; 5. verde; 6. azul.

CAPITULO XVII. — La emboscada.

IVES EL LOBO



Ives el Lobo rescató el cuerpo del enano Rani, bufón de la corte de Ergil. Al paso lento de su mula, el falso peregrino se encaminó hacia el bosque donde se ocultaban los leales de la princesa Guenal. Nadie le detuvo, porque vestía el hábito de un santo caminante o quizás porque en sus ojos oscuros brillaba un rayo de contenida ira. Los barones de Ergil dieron sepultura al pequeño héroe y, desfilando ante su tumba, juraron vengar su muerte.

Mientras tanto, el rey Juan Sin Tierra era presa de una violenta cólera.

—¡Maldición! Han robado el cuerpo del enano ante mis reales ojos. Alguien se atreve a desafiarme en mi propio castillo. ¿Nadie pudo

detener la mano insolente? ¿Nadie clavó una lanza en el corazón corrompido del traidor?

Llamó al usurpador Gaurán y se encerró con él para deliberar.

Los aldeanos se sentían intrigados por el secreto.



Los guardias oían temblando sus rugidos de furor. Durante los tres días siguientes una intensa agitación reinó en el patio del ala derecha del castillo. Se guardó el más impenetrable secreto sobre aquella actividad y los habitantes de la villa que se acercaban a curiosear se encontraban ante la puerta cerrada y ante el torvo silencio de los guardias.

Cincuenta hombres armados salieron del castillo.



Al amanecer del cuarto día, un ejército de cincuenta hombres franqueó las murallas. Iban bien armados y su atavío era grueso, revestido de pieles. Marchaban a pie y los dirigía el propio Gaurán. Dos guías, que podían caminar con los ojos cerrados en la floresta de Carnavón, formaban la vanguardia.

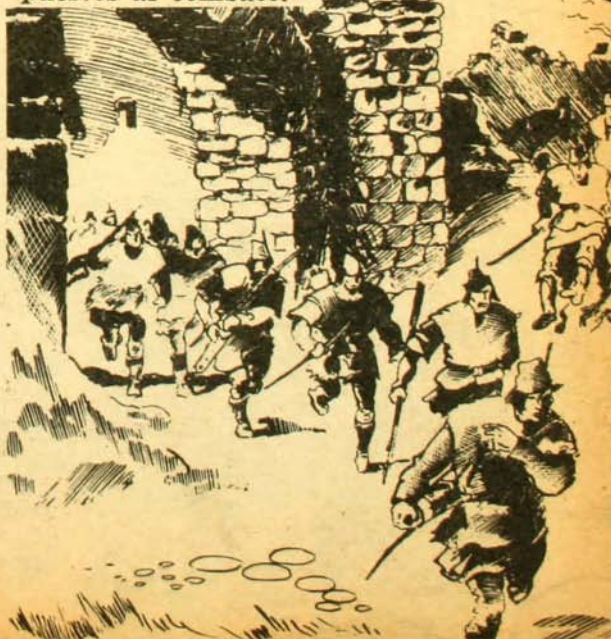
El primer centinela de los barones de Ergil dió la alarma, imitando el grito del milano. El aviso se repitió, de puesto en puesto, hasta llegar al castillo en ruinas donde se refugiaban los rebeldes.


Al oír el alerta, salieron con sus armas en la mano, dispuestos al combate. Edgardo, el jefe, indicó:

—El encuentro será entre las colinas, en los bosquecillos de enebro. Lucharemos como gatos monteses, y los traidores verán que hemos afilado las garras en el destierro.

Gaurán y sus mercenarios avanzaban penosamente por los faldeos cubiertos de nieve. Heladas ráfagas golpeaban sus rostros. Los guías, indiferentes al frío y al

Los rebeldes abandonaron su refugio, dispuestos al combate.





Los dos guías marchaban a la vanguardia.

cansancio, proseguían su marcha. Uno era viejo y nudoso, el otro joven, recto como como un álamo, vibrante de fuerza y de reprimida ansiedad. A veces hablaban entre sí, en voz baja. Gaurán, desconfiado, clavaba en ellos su aviesa mirada.

—¿Qué mascullan, villanos?

El anciano hizo un gesto vago. Su hijo Valliant apretó los labios. En ese instante bordeaban un barranco. Detrás de ellos se alzaba el monte. El guía viejo dió la voz de alto y después gritó:

—¡Nobles barones de Ergil, no temáis transpasarnos con vuestras flechas!

A veces hablaban entre ellos en voz baja.



—¡Traición! —aulló Gaurán—. ¡Matad a ese perro! El guía cayó bajo el golpe mortal de una espada. Valliant clavó su cuchillo de monte en el corazón del asesino de su padre y en seguida saltó al vacío. Una lluvia de flechas diezmaba ya la fila de soldados. Los sobrevivientes se desbandaron aterrados.

Las flechas silbaban en el aire, arrasando a los esbirros de Juan Sin Tierra. Ives el Lobo apoyó su gigantesco

arco entre las rocas. La cuerda vibró como un arpa y, a trescientos pasos, a una distancia que una flecha corriente no puede cruzar, se abatió un fugitivo.

Escudado detrás de un enorme peñasco, Gaurán contaba furiosamente los muertos: quince entre los mejores soldados.

No vió al joven guía que, oprimiendo con firmeza su "penbaz" o palo de boj, se arrastraba silenciosamente sobre la nieve.

Valliant asestó un potente golpe en el yelmo del odiado tirano. En seguida alzó su cuerpo, como un águila que coge un cordero, y se alejó, escudándose con el inanimado Gaurán. Los soldados que intentaron detenerlo caían bajo las flechas de Ives el Lobo.

Un soldado mató al guía que les había conducido a una emboscada.



(CONTINUARA)

A trescientos pasos de distancia cayó un fugitivo.



GRANDIOSO SORTEO de MAYO

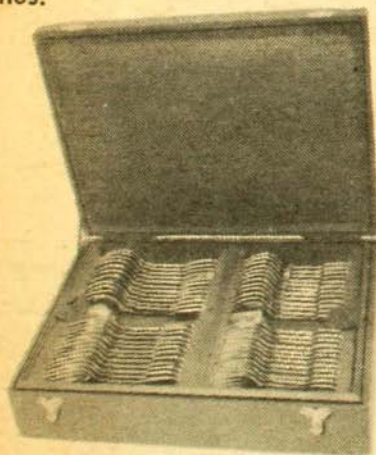
"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

\$ 300.000.-

En útiles y valiosos premios que se repartirán únicamente entre los lectores de "SIMBAD", el 26 de mayo próximo.

PREMIO MAYOR: Un estuche de cuchillería para 12 personas, compuesto de 96 piezas de alpaca.

Próximamente daremos mayores detalles de nuevos y valiosos premios.



¿LO SABES TU ?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:

¿De qué país es originario el co-pihue?

Solución a "SIMBAD" N.º 312: Hay universidades en Valdivia, Concepción, Santiago y Valparaíso.

Entre los niños que enviaron soluciones exactas salieron favorecidos los siguientes nombres:

CON CINCUENTA PESOS: Juan Mora; Angol; Mario Muñoz, Valparaíso; Amanda Proust, Traiguén; José Sáez, Angol; Elisabeth Zapata, Chillán; Manuel Muñoz, Santiago; Juan Silva, Santiago; Gilda Torrealba, Cauquenes; Guillermo González, Los Andes; María Inés del Prado, Lanco.

SUSCRIPCIÓN TRIMESTRAL: Elena Medel, Rengo; Mireya León, Santa Cruz; Dina Gottliet, Santiago; Lucía Camiruaga, Chimbarongo; Olga Cammas, Santiago; Graciela Pacheco, Los Angeles.

UN LIBRO: Hernán Cid, Concepción; Alicia Scheiding, Santiago; Rosa Ceroni, Los Angeles; Zoila Aiguer, San Javier; María Eugenia Illanes, Temuco; Arturo Barrera, Quillota; Isabel Silva, Talca; Leonor Cortés, Rancagua; Jaime Araya, Santiago; Gerardo Osorio, Quillota.

Los niños de Santiago pueden retirar sus premios, diariamente de 10 a 13 horas, en Avda. Santa María 076, 2.º piso. Los de provincias recibirán sus premios por correo.



CUPON N.º 1 — SERIE N.º 1
GRAN SORTEO DEL

26 de mayo

CUPON N.º 1 — SERIE N.º 1
7 de septiembre de 1955

CUPON DEL
CONCURSO
Semanal

SIMBAD N.º 314



3. Kim resolvió salir en busca de alimento. Guiándose por el olfato, llegó a la cocina. Los cocineros, entre bocado y bocado, conversaban ruidosamente. Uno de ellos dejó aparte una cesta con la cena para algún pasajero. Kim decidió que ese pasajero debía ser el pequeño Tito.



4. Por cierto que el "pavito" hizo los honores a la apetitosa merienda, sin olvidar compartirla con Kim. Después se instaló entre los sacos para dormir. Kim velaba el plácido sueño del niño y de pronto advirtió un grave peligro. ¡El agua penetraba por una brecha!

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO



Simbad

N.º 315



ELENA FORRIER

EL PAIS DE LAS MARAVILLAS



CAPITULO X.—LA LUZ SALVADORA

1. Kim vió aterrado que el agua penetraba a torrentes en la cala del barco. La escotilla estaba cerrada, y tanto el perro como su pequeño protegido, Tito Corani, enfrentaban un mortal peligro. Kim ayudó a Tito a trepar a los fardos más altos, mientras la bodega seguía inundándose.



2. Seguro de que el niño estaba a salvo por el momento, Kim buscó desesperadamente una salida. Recordaba que bajó por una especie de compuerta. Era necesario que la ubicara, para intentar abrirla. Un pequeño resquicio de luz se filtraba desde arriba. Saltó con frenético impulso.

(Continúa en la penúltima página.)

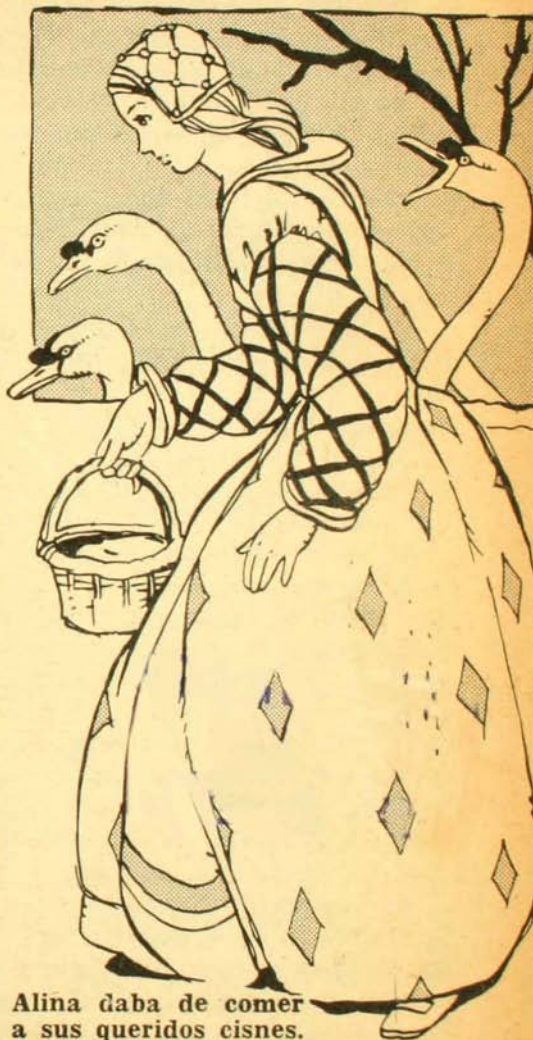
El país de las maravillas

CAPITULO V.—Intrigas del pérfido mirlo negro.

Maritza y Alina debían sufrir una terrible prueba aquel día. Sus padres, los reyes Alberico y Karini, habían traído al palacio de Mármol Rosa cincuenta jóvenes que pretendían la mano de la rubia Alina y de la morena Maritza. Ellas no podrían escogerlos sino al final de un torneo guerrero, en el cual todos los donceles llevarían la cara cubierta con un casco de hierro. Esos príncipes escogerían por seudónimo una flor, y como las princesas deseaban casarse con los príncipes gemelos Cristián y Claudio de Carelia, era preciso que conocieran el nombre de la flor que esos príncipes escogerían como símbolo o seudónimo.

Todos los animales y aves del palacio se congregaron para hacer triunfar a sus queridas princesitas.

Era aún muy de mañana cuando la rubia Alina bajó las escalinatas del palacio lle-



Alina daba de comer a sus queridos cisnes.

vando el desayuno para sus queridos cisnes.

—Mi querido cisne —balbuceó Alina, acariciando al ave favorita—, hoy es un día trágico para mí. ¿Qué haré para escoger al novio que no me separe de mi adorada Maritza?

—Escucha y repite mis palabras a la princesa Maritza —respondió el cisne—. Cuando llegue la hora de la elección, tú y Maritza elegiréis sin vacilar a los dos caballeros en cuyos cascos se posen dos palomas blancas. Escogedlos sin vacilar, aunque lleven cubierto el rostro por los cascos. Mirko, el presidente de nuestro consejo, así lo ordena.

—Gracias, mi buen cisne —dijo Alina—. Maritza y yo te agradeceremos mucho el favor que nos haces.

Alina corrió velozmente a dar la grata noticia a su adorada prima Maritza.

—El hada Fidelia no nos abandona —suspiró la morena Maritza—, seguramente ella ordenó que nos transmitieran este mensaje.

Pero las imprudentes princesitas olvidaron que faltaban muchas horas para el torneo y que en esas horas el *Genio de la Discordia* podía entorpecer sus planes y condenarlas a una triste separación. De pronto Alina exclamó aterrada:

—El mirlo negro. Allí está... Si ha escuchado nuestras confidencias, estamos perdidos.

En efecto, el mirlo negro, que era el Genio de la Discordia, iba a hacer mal uso del relato de Alina.

Mientras tanto, la perrita Lysia, encargada también de favorecer a las princesas en tan dura prueba, entraba en la habitación de la condesa Isabel de Liana, quien estaba enamorada de Cristián de Carelia, uno de los príncipes gemelos candidatos a la mano de Maritza o Alina.

La perrita Lysia se escabulló tras un biombo y oyó que una doncella decía a la condesa:

—Está usted muy linda, condesa Isabelita, y seguramente el príncipe Cristián le declarará hoy su amor.

La condesa se miró al espejo y dijo a su doncella:

—Para completar mi atavío necesito un ramo de claveles rojos porque ésa es la flor de mi amado Cristián. Los buscaremos en los jardines del palacio.

La perrita Lysia apenas pudo dominar su júbilo al descubrir el secreto de la flor que distinguía a Cristián de Carelia.

Como hemos dicho, en esos tiempos remotos los animales habla

dan a los seres humanos y se hacían comprender de ellos.

—Noble condesa —dijo la astuta Lysia—, yo sé dónde hay claveles rojos. ¿Quiere que la acompañe?

—Gracias, Lysia —expresó Isabel de Liana—. Vamos en busca de claveles.

Isabel de Liana cogió por el collar a la bella Lysia y bajó con ella al jardín. La condesa recogió un ramillete de claveles y los colocó sobre su pecho.

—¿Por qué le gustan tanto los claveles? —preguntó la astuta perrita.

Los cisnes rodeaban
la linda rubia prin-
cesa.



—Porque el príncipe Cristián de Carelia, de quien estoy enamorada, ha escogido como su insignia un clavel rojo —dijo Isabel— y yo deseo llevar esta flor en el torneo de esta tarde.

—Le deseo buena suerte —dijo la perrita Lysia, alejándose de la condesa para ir a comunicar al lebel Mirko el éxito de su misión.

La condesa Isabel volvía al palacio cuando la detuvo un mirlo negro.

Isabel de Liana iba con la perrita Lysia en busca de claveles.



—Déjame pasar, horrible pajarraco —exclamó la orgullosa Isabel. —Me tratas de horrible pajarraco, cuando yo lo deseo tu felicidad —protestó el mirlo negro—. Yo sé por qué has recogido esos claveles rojos. Quieres llamar la atención del joven a quien amas.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque soy adivino y poseo grandes poderes mágicos —replicó el mirlo negro—. Recoge todos los claveles que puedas abarcar tus manos...

—¡Pobre condesa!... ¿No has advertido el interés que profesa la princesa Alina por el príncipe Clavel? Es muy posible que la rubia Alina escoja esta tarde al príncipe Cristián por eso.

—¿Entonces para qué me aconsejas que recoja todos los claveles del jardín? —preguntó Isabel.

—Obedece —ordenó el mirlo negro—, y prométeme que si yo te ayudo a vencer a la rubia Alina, tú me ayudarás a derrotar a la morena Maritza...

—Te lo prometo —declaró la condesa Isabel.

—Bien —indicó el mirlo negro—, al pasar por el jardín recoge un ramillete de lirios violetas, igual a los que lucía ayer el príncipe Claudio de Carelia, y guárdalos junto con el manojito de claveles. Ahora vuelve a tus habitaciones y llévame sobre tu hombro. Cuando estemos entre cuatro paredes te comunicaré mi secreto.

El maligno mirlo, que, como sabemos era el *Genio de la Discordia*, no quería hablar en medio del jardín, porque sabía que todos los cisnes, las palomas, las aves domésticas y los lebreles eran aliados de las princesas Alina y Maritza.

El pérfido mirlo quería destruir la felicidad de las dos primas que habían jurado amarse toda la vida y jamás separarse.

(CONTINUARA)



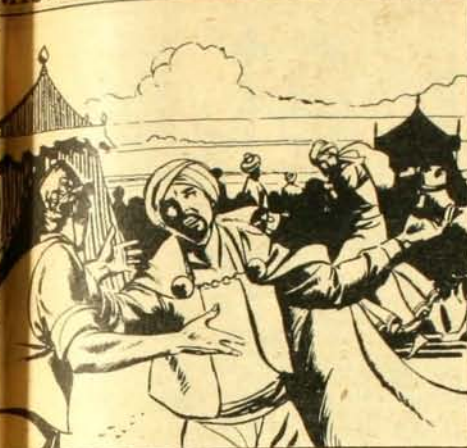
—Retírate, horrible pajarraco —dijo Isabel al mirlo negro.



EL BURLADOR DE ORIENTE

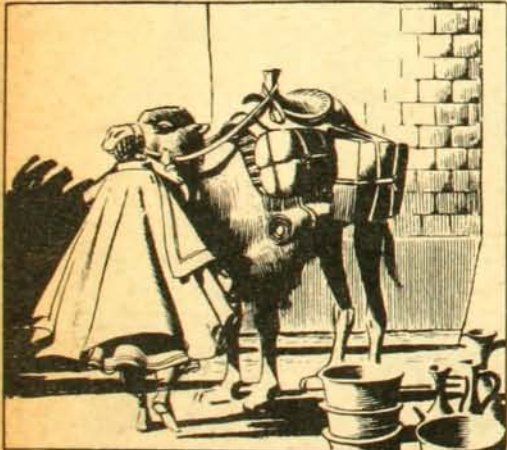


CAPITULO VI.—MISTERIO DE ISPAHAN



1. Mechub casi estallaba de orgullo mirando al anciano mercader que abrazaba a su camello. “—¡Alá me lo devolvió! —decía el viejo, con lágrimas de alegría—. Bendito sea Alá.” En ese momento, Nasdine susurró: “—Mira, Mechub. El dueño del otro camello. Ese no da gritos de júbilo”.

3. Ambos aventureros fingieron discutir. “—¡Apestoso chacal! Te digo que hoy abrirán las puertas”, gritaba Nasdine. Mechub le respondía con igual furia: “—Hijo de cerdo, nadie entrará aún a Ispahan”. El hombre lanzaba recelosas miradas y se detuvo ante una tienda.



2. En efecto, un hombre se había acercado al segundo rumiante. Luego de lanzar una furtiva mirada en torno suyo, cogió el saco de sandías y se alejó con rápido paso. “—Ese es nuestro hombre —indicó Nasdine—. Vamos con prudencia. No debe sospechar que le seguimos.”

4. Se deslizó dentro de ella, seguro de que nadie le seguía. No advirtió que la discusión de los violentos mercaderes había cesado. Una lámpara fué encendida y la silueta del desconocido se dibujó sobre la tela de la tienda. Su sombra danzó, con la llama vacilante, y después permaneció inmóvil.



EL BURLADOR

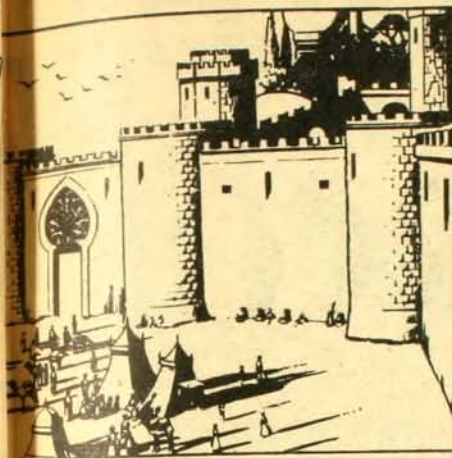
DE ORIENTE



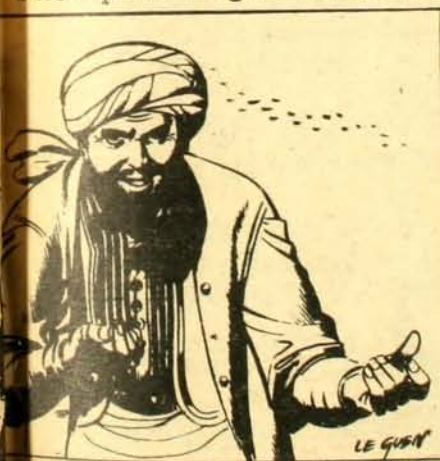
5. "—¿Qué hace?", murmuró Mechub. Nasdine le impuso silencio con un gesto. Apartando levemente la cortina, observó al hombre. Inclinado junto al saco, extraía las sandías y las pesaba una por una en su mano. De pronto sonrió. ¡Había hallado la que buscaba!



6. Nasdine lo vio sacar el mensaje de la sandía hueca, leerlo rápidamente y depositarlo de nuevo en su escondite. En seguida puso otra vez las sandías en el saco. De súbito, sintiéndose espiado, se levantó y sopló bruscamente la lámpara para apagarla. Nasdine se había reunido ya con Mechub.



7. Los primeros rayos del sol iluminaron las dunas con un reflejo de incendio. Detrás de los muros de la ciudad vibraron sonos de trompeta. "—¡Van a abrir las puertas!", gritó un mercader y este anuncio causó gran agitación entre las caravanas. Pero aquella alegría fué muy breve.



8. El mercader añadió: "—Hablé con los guardias. Nadie entrará. Las puertas se abren sólo para que salga la caravana de la princesa". Nasdine y Mechub se miraron. Recordaban las palabras del mensaje: *En el tercer oasis atacaremos vuestra caravana...*

(CONTINUARA)

An illustration at the top of the page depicts a circus scene. On the left, a woman in a dark, sleeveless outfit stands next to an elephant, holding its trunk. The elephant is wearing a dark cap with a white number '8' on it. On the right, another woman in a light-colored, sleeveless outfit stands with her hands on her hips, looking towards the elephant. The background is a simple line drawing of a circus tent or structure.

RIVALES EN EL CIRCO

CAPITULO II.—*La hazaña del chimpancé.*

Hugo, el Rey del Trapecio, había llegado al son de tambores y flautas, con carteles que le proclamaban como al trapecista más brillante y audaz del mundo. Jaime Libor le contrató en ausencia del empresario Larosa. Los demás artistas del circo acogieron fríamente a Hugo. El, indiferente a esa hostilidad, afirmaba:

—Tal vez ahora no me creen, pero después de mi primera actuación, cuando el público me aplauda con delirio, entonces comprobarán que no los he engañado, que soy un genio del equilibrio. Verán que entre ustedes vive un verdadero ídolo.

Luego, mirando a Mimí Duval, preguntó:

—¿Usted es la acróbata del circo? Recuerdo vagamente haber oído su nombre: Mimí Duval. Tiene una compañera que es sólo una principiante.

Diana Marcy no se sintió ofendida por aquel desdeñoso comentario. Era verdad que Mimí la había iniciado en los secretos del trapecio y no pretendía transformarse en primera figura.

Mimí contestó riendo:

—Cuando vea trabajar a la “principiante”, su importante boca, monsieur Hugo, quedará abierta.

El joven acróbata guardó silencio, desconcertado. No sabía si Mimí se burlaba de él.

El enano Taquito prorrumpió en agudas risas. Libor, inquieto de nuevo por su protegido, lo invitó:

—Vamos a recorrer el circo.

—Sí, está bien que conozca mis dominios —asintió Hugo.

Cuando ambos se alejaban, Francisca, la encargada del guardarropa, dijo:

—Ahí van la modesta violeta y su jardinero. Mimí observó:

—Es un personaje extraordinario. El fanfarrón perfecto.

Diana murmuró:

—Espero que sólo sea un vanidoso inofensivo.

—Por supuesto, Diana.

¿Qué temes? ¿Que sea un forajido escapado de

presidio? —repuso Mimí, con su habitual alegría—. No te preocupes. En un circo puede haber varios trapezistas. La presencia del rutilante Hugo no nos obligará a abandonar la carpa.

Diana sabía que el rey del trapecio no lograría eclipsar a Mimí Duval. Era tal vez un prodigio del salto y dominaba quizás el espacio, pero Mimí continuaría siendo superior a él.

Mientras la francesita se alejaba con Francisca, Diana condujo a Pachá junto a Alí, el amaestrador de elefantes.

—He oído decir que llegó un acróbata nuevo.

¿Trabajará con ustedes? —preguntó el hindú.

—No, Alí. Actúa solo.

—Dicen que no es un sahib agradable.

—Aún no le conocemos.

Tal vez cambie con el tiempo...

La débil esperanza de

Diana no tardó en eva-

porarse. La vanidad de

Hugo no tenía límites.

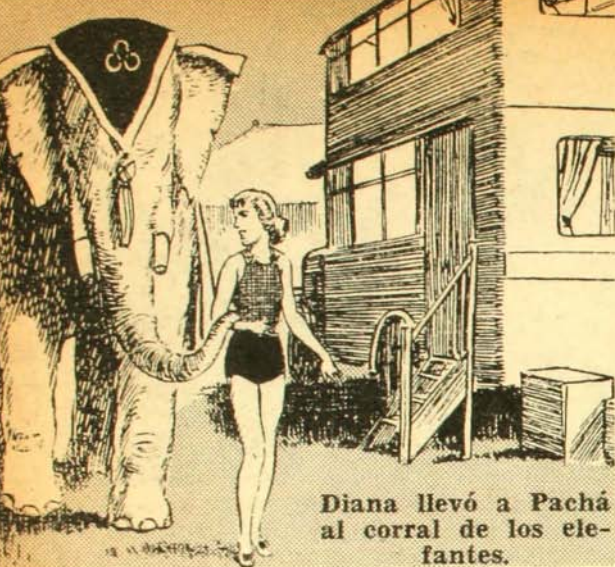
En ese momento se



—¿Usted es la acróbata del circo? —preguntó Hugo a Mimí Duval, sin dignarse mirar a Diana.

—Ahí va la modesta violeta —dijo Francisca.





Diana llevó a Pachá al corral de los elefantes.

en sus azules ojos, Hugo inquirió:

—¿Quién me dirige la palabra? ¡Ah!, la pequeña asistente de Mimí. No me interrumpa, jovencita. Estoy muy atareado.

—No tiene derecho a colocar esos carteles. Mimí es...

—Era la estrella principal —corrigió Hugo—. Pero ahora estoy yo aquí.

Sus rubias cejas se alzaron en un gesto de orgullo.

Diana comprendió que su indignación no turbaría al vanidoso



—Mi nombre debe figurar sobre el de todos —murmuraba Hugo.

ocupaba de pegar carteles con su nombre sobre los afiches que anunciaban a Mimí.

—Este es el lugar que me corresponde. La parte más alta del programa —decía convencido.

Al verle, Diana protestó:

—¿Qué hace usted? Mimí es nuestra estrella. No puede dejarla en segundo plano.

Con un fulgor de burla

Hugo. En su desconcierto miró a Chimpi, el chimpancé del circo, que la había seguido dócilmente. Recordó que en un acto con el tony, el inteligente simio cogía un cubo y salía corriendo con él. Diana hizo la señal precisa y entonces Chimpi se apoderó del balde con engrudo y escapó a todo correr. En vano Hugo gritaba:



—No me interrumpa, jovencita. Estoy muy atareado —advirtió el insoportable rey del trapecio.

—¡Vuelve acá, mono idiota! ¡Regresa, bribón de la selva! Chimpi no regresaría y, sin engrudo, Hugo no podría pegar sus carteles de propaganda.

Al observar la sonrisa de Diana, Hugo desahogó contra ella su furia:

—No se ría, Diana. Puede arrepentirse muy amargamente. Nadie se burla de mí, ¿comprende? ¡Nadie! Estoy en la cumbre; llegaré aún más alto y no existe la persona que pueda detenerme.

(CONTINUARA)



Chimpi huyó con el cubo de engrudo.

—Nadie se burla de mí, ¿comprende? ¡Nadie! —rugió el acróbata.



El fantasmita

EL COMANDANTE MANDÓN ESTÁ FURIOSO.



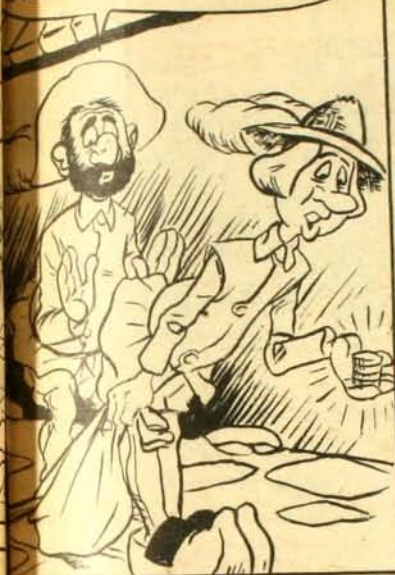
CAPITÁN TANTÁN, HABÉIS PRETENDIDO ENGAÑARME. ID Y COBRADLES LAS TRES PISTOLAS QUE DEBEN AL SEÑOR MARQUÉS



BUENOS DÍAS, SU SEÑORÍA, MANDANDIRUN DIRUNDAN

¡AJÁ! PAGÁIS O...

DESCANSEN EN PAZ LOS TRES SOLDADITOS DEL MARQUÉS



¿QUÉ PASA AQUÍ? ¿VOSOTROS SOIS LOS VILLANOS QUE OS NEGÁIS A PAGAR?

APENAS MANDÓN COGE EL ORO, PARTE A TODO GALOPE EN SU VELOZ CORCEL



POR SUPUESTO. AQUÍ ESTÁN LAS TRES PISTOLAS Y UNA MÁS PARA VOSOTROS

¡ORO!



ANTE TAMAÑA EMOCIÓN, LOS TRES SE DESMAYAN

¡PAM! ¡PIM! ¡PUM!



POR SUPUESTO QUE NO QUEREMOS PAGAR. PERO AQUÍ TENÉIS CUATRO MONEDAS DE ORO



DESCONFIÓ DE ESE PILLO QUE GALOPA HACIA EL CASTILLO

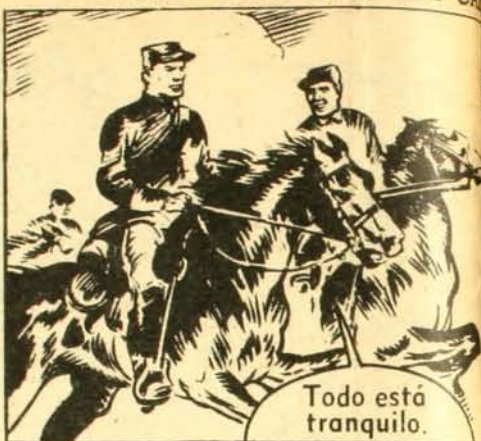
CONTINUARÁ

BUFFALO BILL

CAPITULO VII.—LA CABALLADA DESAPARECIDA



Haremos una fácil fortuna.



Todo está tranquilo.

1. Jud, el tratante de caballos, y su amigo el mestizo Moe tramaron un plan para robar caballos del ejército. Una mañana abandonaron el fuerte Lincoln. Nadie sospechaba de ellos. El sargento Kelly salió al día siguiente, con una patrulla que se dirigía al reducto de los indios pawnees.



¡Despierten, imbéciles! Han robado los caballos.

2. Al anoecer, los soldados acamparon en el lindero de un bosque de pinos. Un centinela quedó de guardia mientras sus compañeros dormían. Casi al alba despertaron alarmados. El sargento rugía: "—¡Maldición! ¡Los caballos han desaparecido!" El centinela yacía inerte sobre la nieve.



Regresaremos al fuerte y espero no extraviarme en esta condenada región.



¡Ay, mis pies! ¡Me matan!

3. Su herida era grave. Rápidamente se fabricó una camilla, con dos rifles y una casaca. La patrulla emprendió el regreso. Los soldados de caballería, que no estaban habituados a marchar a pie, avanzaban con dificultad. Kelly vociferaba: "—¡Más rápido, tortugas! Al primero que se detenga, lo lleno de plomo."



¡Hurra!... ¡Búfalo Bill!



¿Qué le sucedió, sargento?

4. La fatiga y el desaliento empezaban a vencerlos, cuando vieron en la lejanía la gallarda figura de un explorador. Junto a él, con igual arrogancia y audacia, se erguía otro jinete, pero más esbelto: eran Búfalo Bill y Juana Calamidad. Kelly les informó sobre el robo de la caballada, culpando a los indios.



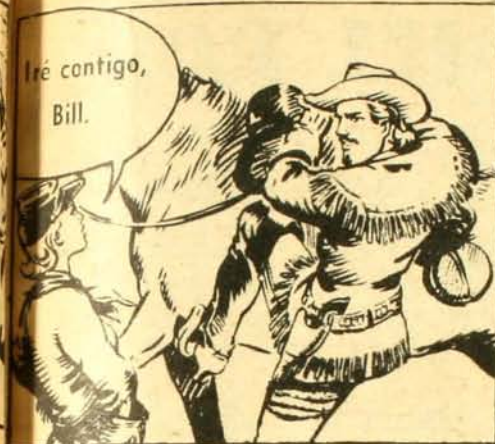
BUFALO BILL



5. El explorador guió a la cansada tropa hasta el fuerte Lincoln, pues en su confusión habían extraviado el camino. Antes de presentarse ante el general Custer, Búfalo Bill dijo: "—Creo que se equivoca, sargento, al suponer que los pawnees robaron los caballos. Oso Erguido, el jefe de la tribu, es nuestro amigo".



6. El general Custer se demostró irritado. "—Sargento —dijo a Kelly—. Será juzgado ante una corte marcial, a menos que las cabalgaduras sean recuperadas. Enviaré otra patrulla y, si los pawnees son culpables, serán castigados." Búfalo Bill intervino: "—General, con su permiso, saldré a investigar".



7. Mientras la segunda patrulla se preparaba para salir, Búfalo Bill saltó a la montura de Torbellino, diciendo a Juana Calamidad: "—No insistas en seguirme, Jane. Esta es tarea de hombre. Espera aquí mi regreso, como una niña juiciosa". Y en seguida el héroe de la frontera se alejó como un huracán.



8. Horas más tarde se hallaba en el lugar donde acampó la patrulla. Aún se distinguían en la nieve las confusas huellas de los cascos. Este rastro se dirigía hacia las colinas. Búfalo Bill reflexionó: "—Si los ladrones son pieles rojas, eso bastaría para encender la guerra entre blancos e indios".

(CONTINUARA)



LA AMIGA DEL PIEL ROJA

CAPITULO X.—*Visita a la caverna sagrada.*

A pesar de que Viviana y Flor de Luna habían probado la inocencia de Ciervo Veloz en los delitos que

le imputaba el patrullero Aliro Cortis, este porfiado policial insistía en mantenerlo prisionero.

—Ciervo Veloz ha desafiado las leyes —insistía el patrullero.

—¿Y si el piel roja prueba que no las ha desafiado le dejarás en libertad? —preguntó Viviana Montal.

—En tal caso quedaría absuelto —concedió Aliro Cortis—, pero tengo que llevarle sin demora al Fuerte Allister. Parto esta misma noche, y si quieren ustedes pueden seguirme. Por el plano-guía, que arrebatamos a Antonio Forter, advierto que vamos por el mismo camino para buscar al explorador Edmundo Montal. Para consolar a Flor de Luna, la hermana de Ciervo Veloz, Viviana dijo a la indiecita:

—Es posible que Ciervo Veloz pueda huir en el camino.

Tal vez el patrullero advirtió las palabras de Viviana, pues le dijo severamente:

—Debo advertirte, Viviana, que el piel roja viaja bajo mi custodia y que no toleraré el menor intento de evasión. Ciervo Veloz, ¿estás listo?

—Ciervo Veloz está listo —respondió el piel roja, cogiendo el

RESUMEN: Juan Montal y su sobrina Viviana se encuentran en las altas montañas del Canadá buscando a Edmundo Montal, explorador que desapareció en esa comarca. Son sus enemigos Antonio y Malva Forter, quienes impiden esas investigaciones, y acusan de todo al piel roja Ciervo Veloz. Viviana y la Indiecita Flor de Luna defienden al indio, pero el patrullero Aliro Cortis lo aprisiona en nombre de la ley...

atado de ropa que le había traído su hermana Flor de Luna. Levantado el campamento, Juan Montal, Viviana, Ciervo Veloz y Flor de Luna siguieron al incorruptible patrullero. A mediodía y cuando bordeaban el río, el cielo se llenó de nubes y a lo lejos se escuchó el trueno cordillerano.

—Sobreviene una tormenta —observó Aliro Cortis—; apresuremos el paso, a fin de buscar un sitio propicio donde refugiarnos. En el monte hay una cabaña de traficantes en pieles.

Aliro comenzó a subir el cerro llevando siempre a su lado a Ciervo Veloz. Viviana y Flor de Luna le seguían guiando de las bridas el caballo del patrullero, sobre cuyo lomo colocaron las capas y demás indumentos. Juan Montal iba detrás, con su rifle listo para la defensa.

Era tan abrupto el sendero que infundía pavor.

—El pueblo de Nube Roja —murmuró Viviana—; así lo llama mi padre en su diario. En verdad, todo parece cubierto de matices rojos, y la neblina es como un reflejo del fuego.

El patrullero hizo alto en una planicie y miró a su rededor.

—Este debería ser el sitio de la cabaña —declaró Cortis—. Espero ver el humo de la chimenea del viejo Benson. Probablemente anda de cacería. Qué bruma tan molesta.

—Allá en el bajo diviso una cabaña —exclamó Flor de Luna, cuyas pupilas, acostumbradas a la bruma montañesa, veían más claro en las tinieblas.

Momentos después llegaban a una casa construída con troncos de árboles.

Aliro empujó la puerta.

—Nadie hay en casa —dijo el patrullero—. Por Júpiter, parece que han saqueado todo. ¿Qué es esto?

Cortis se inclinó a recoger un puñal con mango de hueso curiosamente esculpido.

—Un cuchillo indígena —dijo Cortis—. ¿Sabes algo de esto, Ciervo Veloz?

—Déjeme examinarlo —respondió el piel roja.

—No tan de prisa —indicó Cortis—; puedes examinarlo a la luz de la linterna. Mira el mango, lleva la marca de tu tribu y hay un nombre grabado en él. Deletreo algo como la palabra Gris y otras letras más.

—AGUILA GRIS —murmuró Viviana, con viva emoción.

—¿Dónde vi ese nombre antes? —preguntó Aliro.

—Está escrito en el diario de mi padre —explicó Viviana—,

Ciervo Veloz, si sabes tú algo de esto, dilo, por favor.

—Entreguen a Ciervo Veloz ese puñal —dijo el indio— y déjenlo partir. Volverá con noticias.

—Jamás —contestó Aliro Cortis—. Ciervo Veloz no se apartará de mi vista. Si algo sabe, puede decirlo ahora.

Ciervo Veloz dió un salto atrás, como para huir, pero el patrullero le sujetó con brutalidad y le empujó dentro de la caverna.

—¡Quienes buscan a AGUILA GRIS perecerán! —gritó furioso el piel roja.

—Ciervo Veloz pretende amedrentarnos —dijo Aliro Cortis—. Voy a guardar este cuchillo en mi equipaje. Escuche, señor Montal, mientras más pronto entregue a Ciervo Veloz, tanto mejor será. El próximo retén está a cinco millas de aquí... Don Juan, ¿quiere usted vigilar a ese muchacho mientras galopo hasta el retén en busca de mis compañeros? Volveré dentro de dos horas.

—Vaya tranquilo —dijo Juan Montal—. Yo vigilaré a Ciervo Veloz.

Aliro Cortis despojó de su carga al overo y salió galopando por el monte.

Viviana sacó el puñal del bolso del patrullero y lo mostró a Flor de Luna.

—Es un cuchillo de caza que usaban los de la tribu CHOAMA —dijo la indiecita—. Ciervo Veloz lo sabe...

Viviana sacó de su bolsillo el diario de su padre y leyó lo siguiente:

La caverna de la tribu del fuego... donde el gran río tiene su fuente... la sombra del alto pino al atardecer. Águila Gris espera a Nube Roja, jefe bueno... Caverna sagrada.

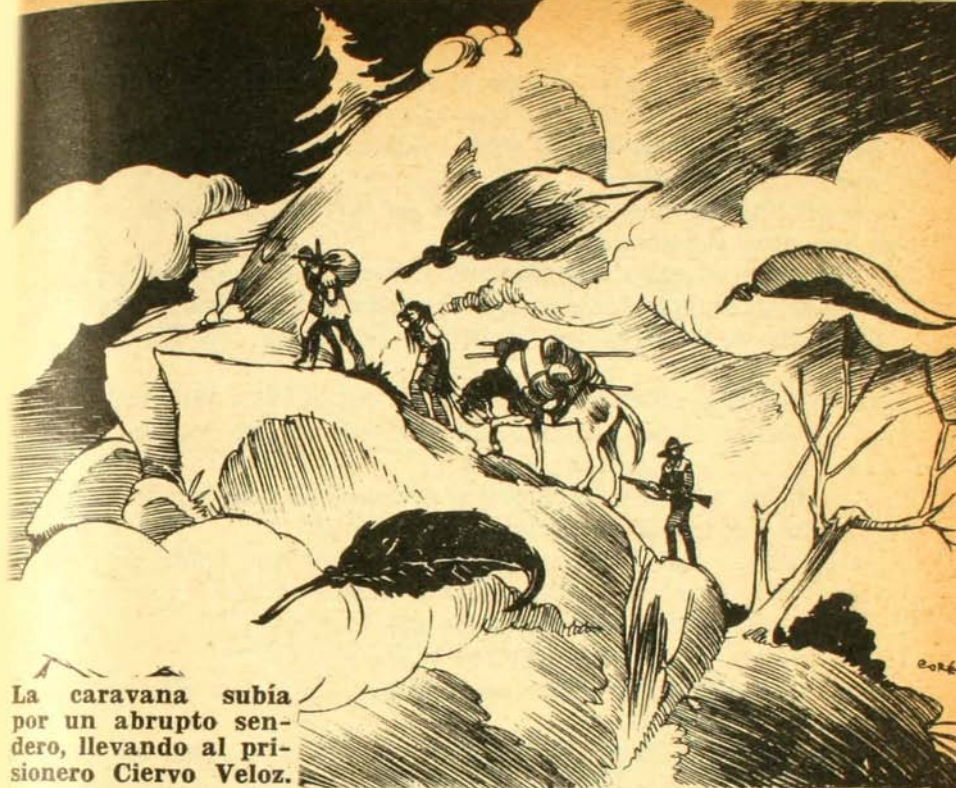
—El secreto está aquí —declaró Viviana—; si pudiéramos descubrir la caverna...

Flor de Luna apoyó su mano sobre el hombro de Viviana y exclamó:

—Mire la niña blanca el alto pino en la cresta de la roca.

Ciervo Veloz, sentado en el fondo de la caverna y vigilado por Juan Montal, parecía dormir.

ATENCION, LECTOR: SUSCRIBETE A "SIMBAD" Y RECIBIRAS PUNTUALMENTE EN TU DOMICILIO TU REVISTA PREFERIDA. ESCRIBE A EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A., CASILLA 84-D. Sección Suscripciones, o llama al teléfono 391101.



La caravana subía por un abrupto sendero, llevando al prisionero Ciervo Veloz.

—Flor de Luna —suplicó Viviana, arrastrando a la india fuera de la cabaña—, acompáñame a explorar la montaña. Puede ser que encontremos la caverna sagrada.

Cogidas de la mano ambas niñas treparon el monte abriéndose paso entre las breñas con el cuchillo indígena. Por fin descubrieron la boca de una caverna y junto a ella una vertiente de límpidas aguas.

—Este es el refugio del Gran Espíritu que vive en las montañas —dijo Flor de Luna—. No podemos entrar, hermana blanca. El Gran Espíritu puede castigarnos.

—El Gran Espíritu sabe que no pretendemos hacer daño —insistió Viviana—, y que sólo buscamos los rastros de mi padre. Flor de Luna, es posible que encontremos algo que pueda probar la inocencia de Ciervo Veloz.

—Si es así, entremos —asintió Flor de Luna.

La caverna estaba llena de extrañas figuras esculpidas en la roca, y otras estatuas de madera, de vistosos colores, se alineaban como en nichos de altares.

—Son *totems* sagrados —explicó Flor de Luna—. Esta caverna ha sido punto de reunión de una tribu piel roja.

—Mi padre también estuvo aquí —observó Viviana—, y por eso lo escribe en su diario.

Un relámpago iluminó la caverna y en seguida el trueno retumbó con pavoroso estruendo.

La luz del relámpago descubrió al extremo de la cueva un trono de granito custodiado a derecha e izquierda por dos gigantes *totems*. Sobre el trono vieron esculpida un águila con las alas desplegadas.

Viviana tenía la vista fija en uno de los *totems* de madera, en cuya garganta divisó un amuleto idéntico al que llevaba Ciervo Veloz colgado a su cuello.

Flor de Luna también había visto el amuleto y murmuraba:

—¿Qué unión habrá aquí con mi hermano?

—Lo ignoro —dijo Viviana—, pero tenemos que traer aquí a mi tío Juan y al patrullero. Ese amuleto puede explicar muchos misterios. Si lográramos arrancarlo de ese *totem*...

Otra descarga eléctrica atemorizó a las jóvenes.

—Huyamos —suplicó Flor de Luna—. El Gran Espíritu está enojado... Tengo miedo.

La tormenta se había desencadenado con tal furia que los relámpagos se sucedían y el suelo temblaba bajo los pies de las aterradas niñas.

—Flor de Luna advirtió a su hermana blanca que esta caverna era sagrada —balbuceó la india—. El cielo nos castiga. Huyamos. Cayendo y levantándose llegaron cerca de la cabaña del viejo Benson.

El viento había dispersado las telas y todos los utensilios del campamento.

El rifle de Juan Montal yacía en la puerta de la cabaña; pero el tío de Viviana no estaba allí.

—La venganza del Gran Espíritu —gritaba Flor de Luna—. Un alud..., el más terrible ciclón. Vamos a morir todos y Ciervo Veloz prisionero.

¡CON RECORD DE ASISTENCIA SE REALIZO NUESTRO GRANDIOSO SORTEO DE FIESTAS PATRIAS! Ahora, lector, a esperar con un poco de paciencia la lista de PREMIADOS que aparecerá próximamente.

—¿Dónde está la llave de la caverna? —preguntó Viviana, pálida como una muerta.

Ambas niñas remecían la puerta de la cabaña y llamaban a gritos a Juan y a Ciervo Veloz.

El piel roja respondía a sus gritos desde el interior de la cabaña, pero sus gritos se apagaban con el estruendo de la tormenta.

Frenéticamente Viviana cogió el rifle de Juan Montal y lo afirmó en la cerradura de la puerta.

—¡Retírate, Ciervo Veloz, que voy a disparar! —gritó Viviana. De esta manera se pudo abrir la puerta.

—¿Dónde está mi tío Juan? —preguntó Viviana.

—Ciervo Veloz no lo ha visto —respondió el piel roja—. Estaba encerrado aquí todo el tiempo. Los hombres blancos no quisieron escuchar a Ciervo Veloz. Ahora síganme. Hay un paso que conoce Ciervo Veloz.

—No puedo partir sin mi tío Juan —declaró Viviana.

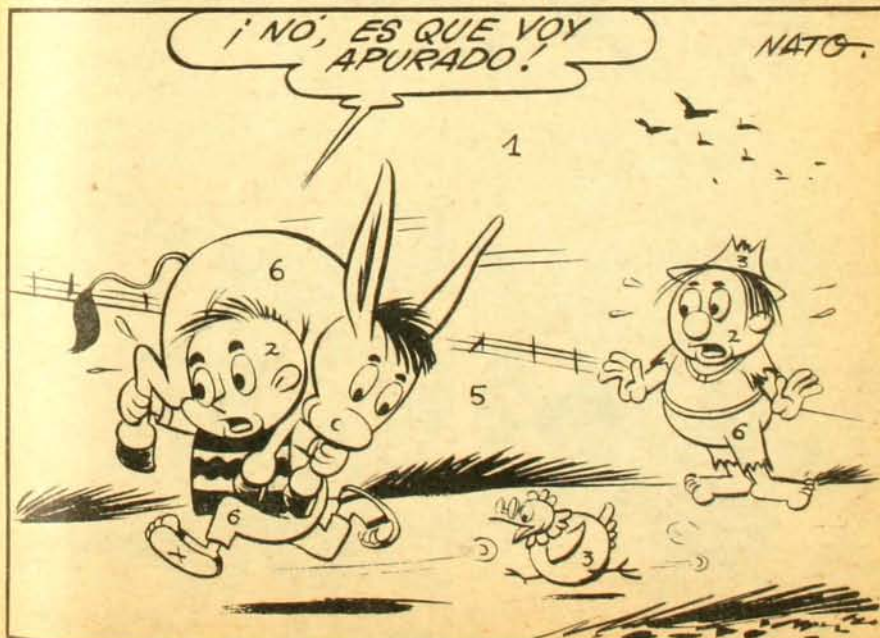
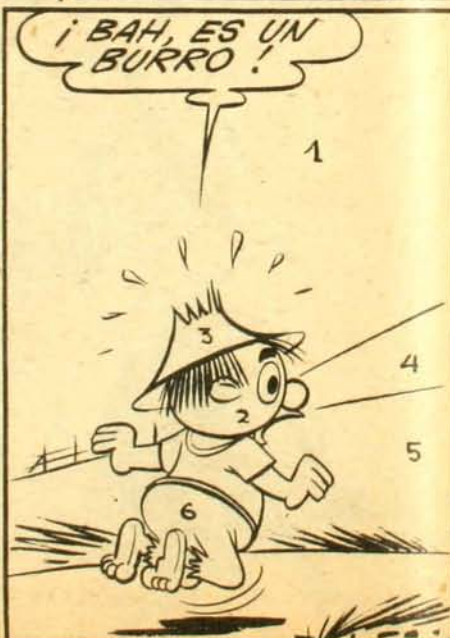
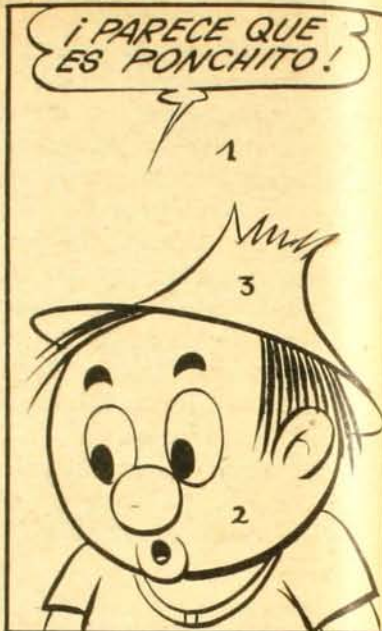
—El hombre blanco no está —insistió Ciervo Veloz—. Si permanece aquí la cervatilla blanca será aplastada por el alud.

(CONTINUARA)

—Huyamos del ciclón —decía Flor de Luna a Viviana y Ciervo Veloz.



Ponchito



Estos dibujos están hechos especialmente para colorear:

1. celeste; 2. rosa; 3. amarillo; 4. azul; 5. verde; 6. rojo.

IVES EL LOBO



CAPITULO XVIII. — La victoria de los rebeldes.

El primer asalto de los rebeldes fué desastroso para el usurpador Gaurán: perdió quince de sus mejores hombres y él cayó prisionero.

Dispuestos a libertar a su señor, los arqueros galos y los combatientes normandos eligieron una nueva táctica.

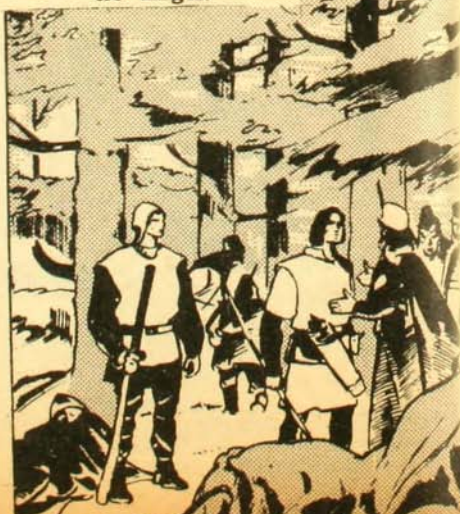
La pendiente del terreno les permitió formar bolas de nieve que iban creciendo al rodar. Ocultos detrás de esos escudos caminantes, se mantenían a resguardo de las flechas. En esta forma se acercaban al lindero del bosque de enebros, desde el cual las fuerzas de Ives el Lobo les atacaban.

Ives consultó rápidamente a los demás barones de Ergil. De pron-

Avanzaban escudándose en los rodados.



Ives consultó rápidamente a los barones de Ergil.





Ives siguió al silencioso Valliant.



Desde la cima observaron a la columna enemiga.

o el guía Valliant posó su mano sobre el hombro del héroe y, in pronunciar una palabra, le indicó la colina, coronada de rodados de nieve que bajaban veloces.

Valliant golpeó con su bastón el suelo, comprobando que estaba congelado. No era natural, por lo tanto, aquel alud de nieve. Se internó entonces en el bosque. Ives lo siguió. Treparon los montes. La nieve dificultaba su marcha. Las ramas sobrecargadas de hielo herían sus manos. El viento cortante les azotaba el rostro. Pero ambos continuaban su camino con igual decisión. Era preciso detener al ejército de Gauán.

Desde la cima, dominaron con su mirada a la compañía enemiga. El viento barría furiosamente la nieve sobre la elevada planicie.

De un solo impulso, Valliant introdujo su "penbaz" en la base de una gran piedra que se equilibraba sobre otra más pequeña. Por su parte, Ives alzó el extremo de la roca con sus poderosos hombros. El inmenso bloque se precipitó entonces por la pendiente.

El fragoroso derrumbe de piedras denunció a los mercenarios que de-



El triunfante grito del lobo surgió de la garganta de Ives.

bían abandonar su táctica. En desordenada fuga huyeron, mientras su muro defensor caía destrozado. Desde el monte Ives y Valliant vieron las fugitivas sombras que se perdían en la lejanía.

—No intentarán otra vez el rescate de Gaurán —señaló el joven pastor.

Ives lanzó un grito que vibró largamente entre los roquedales. Era el grito de los lobos cuando han obtenido una victoria.

Los rebeldes, atónitos, oyeron después el triunfante aullido de los lobos de la montaña, que respondían al grito del hombre que era para ellos un hermano desconocido, pero que sin duda pertenecía a la fiera camada.

Ives, alerta, marchaba a la retaguardia.



Gaurán marchaba con la cabeza inclinada, bajo la vigilante mirada de Valliant.

Así terminó el primer encuentro entre los fieles de la princesa Gueñal y los esbirros de Juan Sin Tierra.

Gaurán, con las manos atadas a la espalda, marchaba sombríamente, seguido por la columna de rebeldes que volvían al castillo en ruinas.

Valliant vigilaba al prisionero. Los ojos azules y relampagueantes no se apartaban de la abatida figura de Gaurán. Este, sintiéndose observado, no se atrevía siquiera a levantar la frente. Aquel gigantesco y silencioso mancebo lo atemorizaba.

“¡Maldito villano! —reflexionaba

con furia—. ¿Por qué no sospeché antes de él y de su condenado padre? Nos llevaron a una emboscada. El viejo murió y espero que algún día pueda colgar de la torre más alta de Ergil a este rufián, después de atormentarlo como a Rani. El gigante después del enano. Es una buena perspectiva para distraer a mi señor el rey.”

Ives marchaba a la retaguardia. Temiendo una sorpresa, aunque había presenciado el desbande del enemigo, lanzaba escrutadoras miradas a las colinas y al bosque. En su mano, presto para el ataque, sostenía su gran arco.

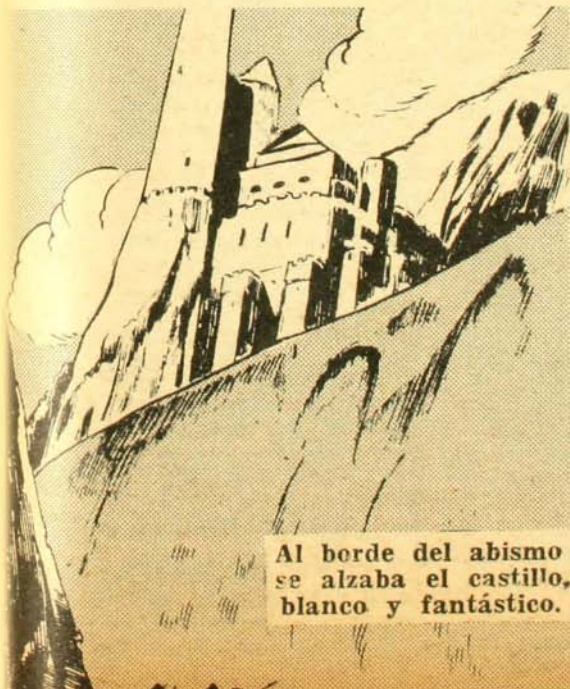
Los vencedores hicieron un rodeo, para no dejar huellas que pudieran ser rastreadas más tarde.

Por fin llegaron al profundo desfiladero. Al borde de un abismo se erguía el castillo con sus derruidas torres cubiertas de nieve. El blanco manto que lo cubría le daba un aspecto irreal.

La princesa Guenal saludó a sus súbditos que regresaban victoriosos después del esforzado combate.

Ives contempló con admiración la frágil figura, vestida con el traje regional. Bajo la larga capa, asomaba la espada, en su vaina recamada de oro.

(CONTINUARA)



Al borde del abismo se alzaba el castillo, blanco y fantástico.



La princesa Guenal saludó a sus súbditos, que regresaban victoriosos.

GRANDIOSO de SORTEO MAYO

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

\$ 300.000.-

PREMIO MAYOR: UN ESTUCHE DE CUCHILLERIA PARA 12 personas, compuesto de 96 piezas de alpaca, con un valor de \$ 50.000.—

OTROS PREMIOS: UNA BICICLETA, RADIOS, PREMIOS EN DINERO, UTILES DE ESCRITORIO, PELOTAS DE GOMA, CHOMBAS, ACUARELAS, PATINES y numerosos otros regalos.

Para obtener cualquiera de los obsequios enumerados, sólo tendrás que juntar los cupones que aparecen semanalmente al pie de esta página. Por cada serie de CINCO cupones numerados del 1 al 5 obtendrás un **BOLETO** para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" el 26 de **MAYO** próximo.

Y AHORA, LECTORES, A JUNTAR MUCHOS BOLETOS PARA GANAR ALGUNO DE LOS REGALOS QUE "SIMBAD" OFRECE EN ESTE GRANDIOSO SORTEO DE MAYO.



CUPON N.º 2 — SERIE N.º 1
GRAN SORTEO DEL
26 de mayo.
CUPON N.º 2 — SERIE N.º 1
14 de septiembre de 1955

¿LO SABES TU?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:

¿QUE CELEBRAMOS EL 18 DE SEPTIEMBRE?



Solución al "Simbad" 313: Los 4 primeros héroes de la Concepción fueron Ignacio Carrera Pinto, Luis Cruz, Arturo Pérez Canto, Julio Montt.

Entre los niños que enviaron soluciones exactas salieron favorecidos los siguientes nombres: **CON CINCUENTA PESOS:** Hilda Moreno, Rancagua; Ricardo Pellicer, Los Angeles; Patricia Valenzuela, Angol; Rosa Muñoz, Valparaíso; Claudio A. Silva; Concepción; Ledda Valdés, Contulmo; Sergio Ferrada, Valparaíso; Ana González; Santiago; Arnoldo Castro; Talca; Lidia González, Victoria.

SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Carmen Paniagua, Los Andes; Luis A. Urrutia, Santiago; Luis Jaque, Constitución; Carmen Solari, Los Andes; Oscar Torrealba, Cauquenes; José Ahumada, Rancagua.

UN LIBRO: Vivi Forbech, Santiago; María Cecilia Cortés, Santiago; Yelda Neira, Contulmo; Margot Angelbech, Lautaro; Félix Cárcamo, Valdivia; Luis Gómez, Villa Alemana; Hilda Rivera, Valparaíso; Blanca Duhart, Chillán; Silvia Villegas, San Fernando; Juan Bta. Pavez, Teno.

Los niños de Santiago pueden retirar sus premios, diariamente, de 10 a 13 horas, en Avda. Santa María 072, 2.º piso. Los de provincias recibirán sus premios por Correo.

CUPON DEL
CONCURSO
Semanal
SIMBAD N.º 315



3. Falló en el salto y cayó de cabeza, sin alcanzar la puerta de la escotilla. En su caída causó el derrumbe de unos cajones. Había fracasado y se sintió deprimido, pero con gran asombro oyó la alegre voz de Tito, que decía: "—¡Estupendo, perrito! Estamos salvados."



4. El gran cajón que se rompió al caer Kim, contenía linternas eléctricas. Tito cogió una antes que cayera al agua. Por su parte Kim lo sostenía con los dientes. Tito encendió la linterna y dijo desilusionado: "—No veo ninguna salida". Pero la luz sería vista desde la cubierta.

(CONTINUARA)



Simbad

N.º 316

KIM





CAPITULO XI.—LA NIÑA DEL BOSQUE

1. Dos marineros que conversaban en la cubierta del “Reina Isabel” vieron un rayo de luz que surgía de la escotilla. “—¿De dónde vendrá esa luz?”, se preguntaron, intrigados, corriendo a abrir la puerta. Instantes más tarde descubrían que la bodega estaba inundada.



2. Vieron también que un perro sostenía a un niño sobre el agua. No lo dejó caer ni siquiera cuando un pesado cajón se derrumbó sobre él, haciéndole vacilar. Uno de los marinos bajó, y Tito Corani, al verlo, gritó: “—¡Papá! Salve al perrito”. Las fuerzas de Kim ya estaban agotadas.

(Continúa en la penúltima página.)

El país de las maravillas

CAPITULO VI.—Los príncipes Lirio y Clavel.

Mientras el mirlo negro urdía una pérfida maquinación para evitar que la princesa Alina pudiera casarse con el príncipe Cristián de Carelia, el quiltro Fido salía en busca del ayuda de cámara del príncipe Claudio de Carelia.

Ya sabemos que ese día iba a efectuarse un torneo, en el cual todos los príncipes pretendientes de la rubia Alina y de la morena Maritza debían presentarse con cascos de acero que cubrirían sus rostros y sólo se les reconocería por la insignia de una flor.

La perrita Lysia descubrió que la flor del príncipe Cristián de Carelia era un clavel rojo.

El quiltro Fido siguió a Orión, el ayuda de cámara del príncipe Claudio de Carelia, y le vió recogiendo lirios violetas.

—Estas son las flores que mi amo ha escogido de emblema —dijo Orión al quiltro Fido—. Las llevará en su coraza de acero.

Lysia y Fido se encontraron reunidos con el gran lebel Mirko, a quien participaron el éxito de sus misiones.

—Bravo, hermanos —dijo Mirko, el presidente del consejo de los animales—, ya podemos actuar conforme al programa esbozado en nuestra reunión.



El lebel Mirko se informó de que la flor del príncipe Claudio era un lirio violeta.

Año VII - 21-IX-1955 - N.º 316

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane)

20 SEP 1955

deposición

Por lo tanto, si los malos genios no se interponían con sus intrigas, Cristián se casaría con la rubia Alina y Claudio con la morena Maritza.

Los cuarenta pretendientes, que habían venido de lejanas tierras, estaban inquietos y desanimados, porque advertían la preferencia de las princesas Alina y Maritza por los príncipes gemelos de Carelia.

—No queremos separarnos jamás —decían las dos primas—, por eso preferimos a los príncipes gemelos de Carelia.

Sin embargo, por orden de sus padres los reyes Alberico y Karin, tenían que someterse al fallo del torneo.

—No me conformo —decía el sultán Rurur a un joven alto, de cabellos albinos y rostro de nivea palidez— que esas princesas prefieran a los insulsos príncipes de Carelia.

—Yo pienso igual cosa —declaró el albino príncipe Kovna, monarca de tierras del polo Norte—. A mí me gusta la morena Maritza.

—Y a mí la rubia Alina —afirmó el sultán Rurur—. ¿Qué haremos para que esas doncellas olviden a los princesillos de Carelia?

—Aquí estoy yo, mis nobles señores —chilló el diabólico mirlo negro—. A ustedes les han engañado, amigos... Todo está arreglado para que Alina y Maritza se casen con los príncipes cuyos emblemas son el Lirio y el Clavel.

—¿Qué dices? —rugió el negro Rurur—. Sería capaz de asesinar...

—Mi venganza sería terrible —interrumpió el príncipe Kovna.

—Calma, calma —insinuó el mirlo negro—. Id en busca de la condesa Isabel de Liana. Ella os ayudará, no sólo para vengarnos del engaño que os han inferido, sino también para que podáis casaros con Maritza y Alina.

Ambos príncipes se precipitaron a la estancia de la intrigante Isabel de Liana, quien, como sabemos, estaba enamorada de Cristián de Carelia.

El conciliábulo fué largo y secreto. Los príncipes Rurur y Kovna salieron radiantes de felicidad de aquella secreta entrevista.

Mientras el lebrél Mirko daba la siguiente orden a sus dos pe-lomas favoritas:

—Cada una se posará sobre la cabeza de los dos príncipes que lleven en sus corazas un ramo de claveles rojos o un manojo de lirios violetas. Esos pretendientes son los príncipes Cristián

Claudio de Carelia y es preciso que nuestras princesas los escojan al final del torneo.

Todo iba de bien en mejor. Las gentiles princesitas ya sabían que debían escoger a sus príncipes preferidos aun cuando no les vieran los rostros cubiertos por los cascos guerreros, por la flor que ostentarían en sus corazas. Las pobres niñas ignoraban las intrigas que tejían el mirlo negro y la condesa Isabel de Liana.

Llegó el momento fatídico del torneo. Los reyes Alberico y Karini tomaron colocación en una tribuna adornada con tapices y banderas. Alina y Maritza acompañaban a sus reales padres.

Cada proeza de los guerreros era aplaudida frenéticamente por la concurrencia. Maritza y Alina seguían anhelantes las hazañas guerreras de los príncipes Clavel y Lirio. A cada momento mira-



El pérfido mirlo negro quitaba a los príncipes la flor que constituía su insignia.



Dos palomas blancas se posaron sobre los cascos de los guerreros.



Las princesas se horrorizaron al ver a los que habían elegido.

ban hacia el espacio, a fin de descubrir a las dos palomas blancas que al final del torneo las guiarían en su elección.

—Las palomas no aparecerán hasta que terminen los combates—murmuró Alina al oído de su prima—. Mirko ha dicho que ellas se posarán en los cascos de nuestros preferidos en el momento del desfile frente a los reyes.

Con motivo del magno desfile se levantó mucho polvo en el rondel y hubo gran tumulto para formar filas.

Por eso nadie advirtió que un mirlo negro se acercaba a dos guerreros y les quitaba con su pico la flor que constituía su insignia. Justamente en ese preciso instante, otros dos jinetes arrancaban de su pecho, el uno un jazmín y el otro un heliotropo y se colocaban en el dormán el uno un clavel rojo y el otro un lirio violeta. Estos cambios se efectuaron con tal rapidez que nadie descubrió la intriga.

Los guerreros de casco y coraza de acero se alinearon a ambos lados de la tribuna de honor, a fin de que las princesas Alina y Maritza efectuaran la elección.

En ese instante dos palomitas blancas volaron por el espacio y fueron a posarse sobre los cascos de los guerreros que ostentaban en sus pechos el manojo de claveles rojos y el ramillete de lirios violetas.

Maritza y Alina se pusieron de pie y bajaron solemnemente las gradas de la tribuna, señalando, sin vacilación alguna, a los dos guerreros que ostentaban las antedichas flores.

—Alcen sus viseras, dichosos jóvenes —ordenaron los reyes Alberico y Karini.

Alina y Maritza lanzaron un grito de espanto al ver los rostros de sus elegidos.

Uno era el negro sultán Rarur y el otro el albino príncipe Kovna. ¿Las palomas se habían equivocado o eran ellas víctimas de una terrible intriga?

(CONTINUARA)

Correspondencia

ANDY CARDENAS.—Ya sabemos que usted es una niña, y seguramente hermosa. Agradecemos sus felicitaciones por el progreso evidente de esta pequeña gran revista "SIMBAD".

MONICA GOMEZ.—Simpática serena de la tierra de las papayas y de las chirimoyas; a pesar de sus 16 años, espera ansiosa que llegue el día viernes para recibir "SIMBAD". Suscribase y le llegará antes.

PATRICIA MENDOZA LILLO.—Para la solución del sorteo semanal es preciso enviar inmediatamente la respuesta. Nos complace que tanto le gusten nuestras seriales.

RODRIGO CARO.—Es un admirador apasionado de Búfalo Bill, Kim y Ciervo Veloz. Da felicitaciones a Elena Poirier por su premio como primera dibujante de Chile.

ELENA TORRES BUSTAMANTE.—Declara estar muy contenta con "La Amiga del Piel Roja", cuyo héroe, Ciervo Veloz, la enamora. Placilla de Peñuelas, su ciudad de Placilla, también le encanta. Usted es muy novelesca, Elenita.

MARIA BARRERA, ANDRES STUARDO, VICTOR GALLEGOS, todos admiradores de esta pequeña gran revista; les agradecemos sus elogios por las seriales "Ives el Lobo", "Búfalo Bill" y "En el País de las Maravillas".

CARMEN Y NORA CAMPUSANO.—Ustedes nos felicitan por el buen gusto y elegancia con que presentamos la revista "SIMBAD". En verdad, siempre tratamos de superarlos en nuestra misión de dar alegría y cultura a los pequeños.

ROXANE



EL BURLADOR

CAPITULO VII.—LA



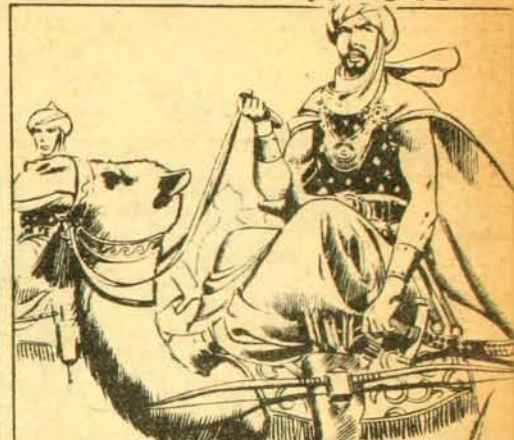
1. Las puertas de Ispahan sólo se abrirían para dar paso a la princesa Yamila. Este anuncio causó gran desaliento a las caravanas que aguardaban ante los muros. Nasdine Hodja dijo a Mechub: “—Hablé con los guardias. Ninguna otra caravana saldrá de la ciudad. Por lo tanto...”



2. No había duda. El misterioso mensaje de la sandía hueca se refería a la caravana de la princesa Yamila. Sería atacada en el tercer oasis. Nasdine y Mechub decidieron defenderla. Mientras tanto los guardias dispersaban a latigazos a la multitud y las pesadas puertas de Ispahan se abrieron.

DE ORIENTE

PRINCESA YAMILA



3. Estalló después, como una tempestad de bronce, el eco de cien trompetas. Apareció el gran visir con su escolta y luego los vasallos de la princesa, ataviados de púrpura y plata. Mechub susurró: “—¿Cuál será el traidor de las sandías? ¡Por las barbas de Mahoma!, quisiera...”



4. En ese instante pasaba el palanquín de la princesa, conducido por diez guardias vestidos de blanco. Bajo el velo entretejido de oro, Yamila sonreía con una vaga tristeza. La comitiva de médicos, adivinos y servidores cerraba la marcha. De pronto resonó un gran vocerío.



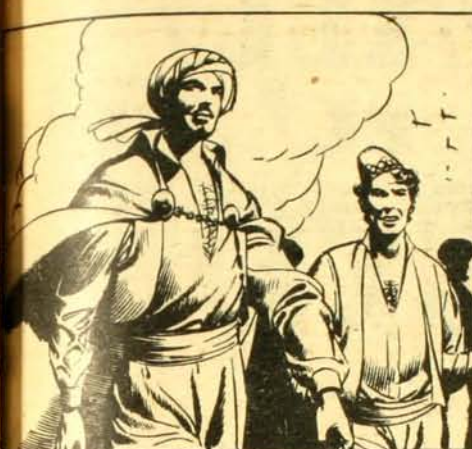
EL BURLADOR DE ORIENTE



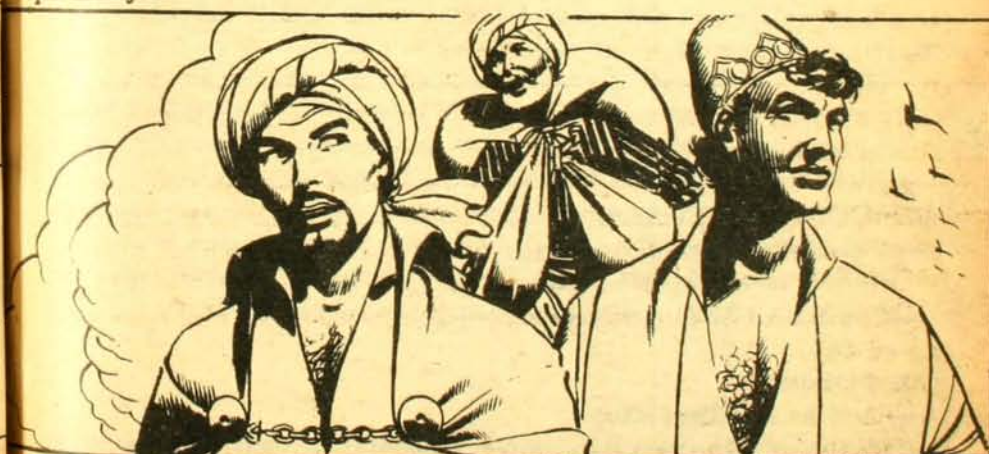
5. Los mercaderes se precipitaron hacia el palanquín de la princesa, para ofrecerle telas, dátiles, alfombras, jarrones, velos y las más diversas mercancías. En aquella confusión, el hombre de las sandías ofreció una a un muchacho de la servidumbre, que acompañaba a la hermosa Yamila.



6. "—¡Mira! Ese rapaz me inspira sospechas —exclamó Mechub—. Es un cómplice del que va a asaltar la caravana de la princesa." Nasdine sonrió y dijo: "—Sigamos a la bella y noble Yamila para ver qué sucede en el tercer oasis... Mechub, el demonio de la aventura nos llama".



7. "—Nos conviene pasar inadvertidos —continuó el burlador de Oriente—. Nadie debe sospechar que no pertenecemos a la comitiva." Mechub se encogió de hombros. ¿Quién se ocuparía de ellos en esa larga caravana donde se mezclaban los más diversos personajes?



8. Además, nadie les conocía. Nasdine Hodja no estaba tan seguro como su confiado compañero. En su agitada existencia había aprendido a ser cauteloso. "—Vigila al muchacho —murmuró—. En la primera ocasión lo obligaremos a confesar." Un rugido de furia inmovilizó a Nasdine, mientras Mechub palidecía.

(CONTINUARA)



RIVALES EN EL CIRCO

CAPITULO III.—El desafío.

—Nadie me impedirá escalar la cumbre más alta del éxito —había susurrado Hugo con voz amenazante—. Y el que se cruce en mi camino tendrá que lamentarlo.

Diana Marcy no respondió. Desde prudente distancia, Chimpi lanzó un chillido burlón. Aún tenía en su mano el balde con el engrudo y la brocha. Sin ellos, Hugo, el rey del trapecio, no podía fijar sus carteles de propaganda.

El chimpancé observó pensativamente al enfurecido acróbata y a la silenciosa Diana. Luego, al ver que no le perseguían, hundió la mano en el engrudo y probó la mezcla. Era desabrida, y luego de dar unos saltos de protesta, Chimpi se marchó.

Mimí Duval y el empresario Libor se acercaban. Hugo, apartándose desdeñosamente de Diana, saludó a la francesita y dijo:

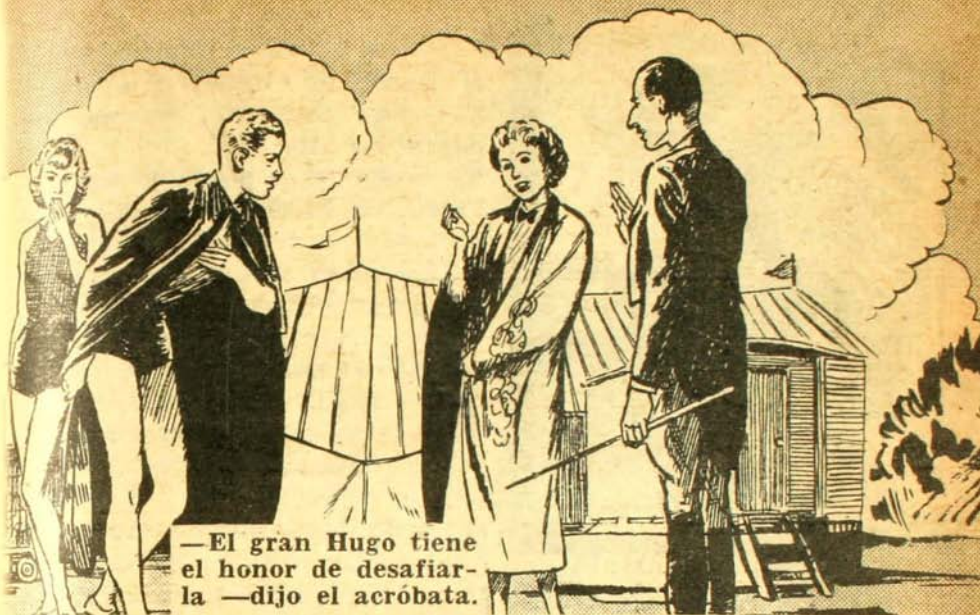
—*Mademoiselle*, el gran Hugo tiene el honor de desafiarla.

—¿Cambió su título, *monsieur*? —dijo la sonriente Mimí—. ¿Ya no es rey?

Libor preguntó:

—¿Cuál es su idea, Hugo?

—Desafío a Mimí en este mismo instante y lugar —pronunció el vanidoso trapecista—. Si yo realizo un acto más arriesgado, una prueba más brillante, exijo que mi nombre aparezca primero en los programas y anuncios. El que triunfe será la estrella máxima del circo. ¿Aceptado?



—El gran Hugo tiene el honor de desafiarla —dijo el acróbata.

Libor, desconcertado, miró a Mimí. Ella exclamó:

—¿Por qué no?

Diana se sentía indignada. ¿Por qué un recién llegado se permitía desafiar a Mimí? Tenía fama sin duda y había trabajado en grandes circos, pero Mimí Duval era superior a él.

La noticia del reto se extendió rápidamente. Los artistas y el personal de servicio se agolparon en la pista, para presenciar esa prueba que no tendría público.

Hugo avanzó, confiado y orgulloso. Su cabellera fulgía como un casco de oro y su rostro era una máscara de superioridad.

“Tengo que vencer a Mimí —reflexionaba—.

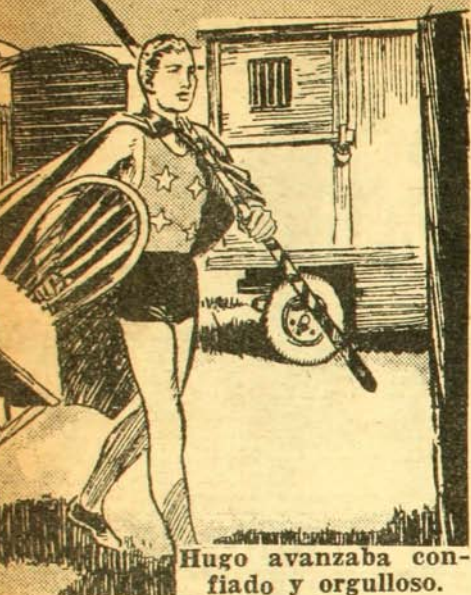
Hugo, el rey del trapecio, nunca falla.”

Todos los ojos se fijaban en él, con un reflejo de burla. Sólo la mirada de la amazona Rita era admirativa.

—Les proporciono a r é una emoción inolvidable —anunció Hugo.

—Acepto —contestó la sonriente Mimí.





Hugo avanzaba con-
fiado y orgulloso.

—No se balancee mucho, porque el aserrín que tiene en la cabeza nos caerá en los ojos —suplicó el payaso Lechuga.

El trapeceista no se dignó oírlo. Francisca, la cuidadora del guardarropía, comentó:

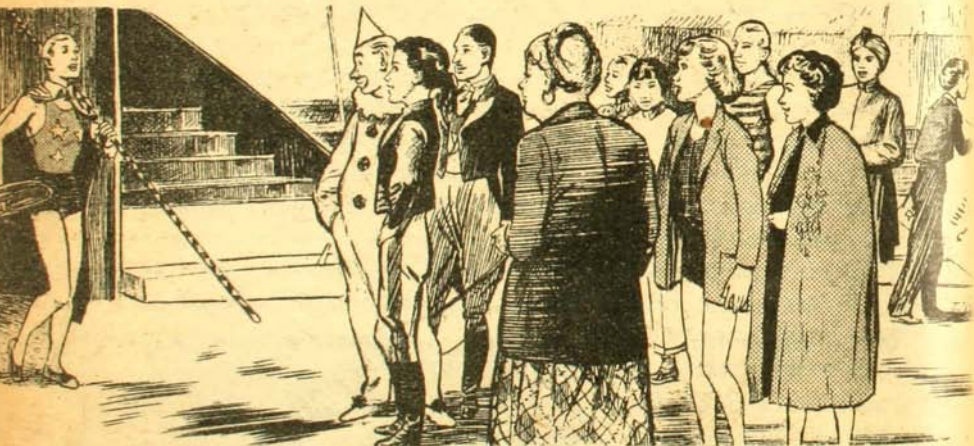
—Lleva una silla y una vara de equilibrio. ¿Qué pensará hacer?

—Ya lo veremos —dijo Mimí.

—Colocaremos la red de seguridad —decidió Libor.

Hugo lanzó una ruidosa carcajada.

—Las redes son para los peces — señaló, disponiéndose a subir por la escala de cuerdas—. Hugo sólo necesita un redoble de tambores para dar suspenso a su acto.



—Les brindaré una emoción inolvidable
—anunció el rey del trapecio.

SIMBAD OFRECE A SUS LECTORES \$ 300.000.— EN SU GRANDIOSO SORTEO DE MAYO. PRIMER GRAN PREMIO: UNA CUCHILLERÍA DE ALPACA COMPUESTA DE 96 PIEZAS, CON UN VALOR DE \$ 50.000.—

Lee las bases en la última página.

Un murmullo de asombro se alzó entre los asistentes.

—Tal vez no sea sólo un fanfarrón —dijo el Hércules.

El mismo pensamiento recorría la mente de los demás. Esa idea general pareció envolver a Hugo en una nube de incienso. Con una sonrisa de satisfacción, alcanzó la elevada plataforma. Desde la altura contempló a su público. Se resistían a admirarlo, pero él los obligaría a retener el aliento de emoción y luego a aplaudir con delirante entusiasmo.

—¡Estoy listo! —gritó—.

¡Suenen los tambores!

Resonaron los tambores.

Ante los ojos incrédulos, Hugo, sentado en la silla, la balanceaba sobre las patas traseras que estaban apoyadas sobre la barra del trapecio.

—¡Increíble! —exclamó Li-bor.

Con un impulso irreprimible, los aplausos resonaron estruendosos, mientras las exclamaciones poblaban el aire. La sonrisa de Hugo se acentuó. La rubia cabeza se inclinó un poco, para observar a los espectadores. En su arriesgada posición, a que el

movimiento podía significar la muerte, pero Hugo, el rey del trapecio, no renunciaba al placer de mirar bajo sus pies, vencidos por la admiración, a sus hostiles compañeros.

—Están aclamándome: Yo sabía que podía obligarlos a aplaudirme.



—Están aclamándome —sonrió Hugo.

(CONTINUARA)

ATENCIÓN, LECTOR: SUSCRIBETE A "SIMBAD" Y RECIBIRAS PUNTUALMENTE EN TU DOMICILIO TU REVISTA PREFERIDA. ESCRIBE A EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A., CASILLA 84-D. Sección Suscripciones, o llama al teléfono 391101.

El fantasmita

EL COMANDANTE MANDÓN CABALGA VELOZMENTE HACIA EL CASTILLO, PARA DECIR AL MARQUÉS QUE LIRILAY Y LOLO TIENEN ORO A MONTONES.

ESTE TÍO TIENE CARA DE MALO

SI NO TROTAS, CABALLEJO, TE HE DE ARRANCAR EL PELLEJO

TAMBIÉN SE CREE UN POETA LIRILAY EL CARGANTE



MIENTRAS TANTO, NUESTROS DOS AMIGOS LLEGAN A SU VIEJA CASA.



POR EL REGRESO FELIZ, ¿GRAN EMOCIÓN NO SENTÍS?

EN ESTA VIEJA FÁBRICA VIVEN MIS PROTEJIDOS. ME REUNIRÉ CON ELLOS



¡EH! ¡EHICOS, ¿DÓNDE ESTÁN? SE ESCONDIERON



NO SE ASUSTEN. SOY YO, EL BLANCO FANTASMA TERRIBLÍN



¡AH! VERDAD QUE ES TERRIBLÍN CON UN POQUITO DE HOLLÍN



BUFALO BILL

CAPITULO VIII LECHAS INDIAS



Estos indicios señalan ladrones de la raza blanca.



¿Cómo va esa investigación, coronel?

1. Búfalo Bill examinaba con penetrante mirada el rastro dejado por los ladrones de caballos. "Una colilla de cigarro, huellas de botas de montar y marcas de herraduras", murmuraba, cuando de pronto una cristalina risa vibró a sus espaldas. Rápidamente su mano se dirigió a la cartuchera.



Lo ayudaré a cazar coyotes, mi coronel.

2. "—No dispaes, Bill. No soy cómplice de los ladrones "blancos". Porque has descubierto que no son indios, ¿verdad?", sonrió Juana Calamidad, pues era ella el silencioso jinete que se aproximó al explorador. La nieve acalló el eco de los cascos de su caballo. "—Voy contigo", añadió. decidida.



Nuestras sospechas se confirman. ¡Esos son caballos del ejército!



¡A la carga!

3. Mientras tanto, la patrulla enviada por el general Custer llegaba al campamento de los indios pawnees, presuntos culpables del robo. Desde la colina se distinguían los caballos, con la marca del ejército. Los soldados "cuchillos largos", llamados así a causa de sus sables, se lanzaron al ataque.



Las manos quietas, amigos.

¡AY!

4. A dos millas de distancia, en un recodo del desfiladero, Búfalo Bill y Jane se encontraron súbitamente con Jud y el mestizo Moe, los tratantes de caballos. Con un rugido, Jud y su cómplice empuñaron sus armas, pero Búfalo Bill fué más rápido. "—Un momento —dijo después—. Tenemos que hablar."



BUFAILO BILL



5. De un salto bajó de la montura, y, cogiendo a Moe, añadió: "—Tú primero. Vienes del campamento pawnee. ¿Qué hacías allá?" Jud cogió una piedra con su mano sana, pero no pudo atacar a traición a Búfalo Bill. Silbó el látigo de Jane y su voz dijo con igual restallido: "—No interrumpas la conversación".



6. Los puños de hierro de Búfalo Bill, su revólver y el silbante látigo de Juana Calamidad formaban una combinación demasiado peligrosa. Comprendiéndolo, Jud y Moe confesaron que habían vendido a los pawnees los caballos robados. Jane sugirió: "—Hay que devolver el oro y recuperar las monturas".



7. "—Es preciso devolverlo antes de que estalle un conflicto — asintió Búfalo Bill—. Jane, no hay tiempo que perder. Regresa al fuerte con estos dos coyotes y vigíalos." Ella repuso: "—No te preocupes. Si se sublevan, los amansaré con mi látigo". El explorador se alejó velozmente en su caballo Torbellino.



8. Cuando Búfalo Bill llegó al campamento indio, los soldados derribaban las estacada y los pawnees se lanzaban enfurecidos sobre ellos. Mientras los espantados caballos corrían en desorden, una lluvia de flechas oscureció el aire. "—¡Alto!", gritó Búfalo Bill, surgiendo como una súbita aparición.

(CONTINUARA)



LA AMIGA DEL PIEL ROJA

CAPITULO XI.—Heroica
actitud de Ciervo Veloz.

Juan Montal había desaparecido misteriosamente, pero a pesar de la inquietud de Viviana, Ciervo Veloz y Flor de Luna la instaron a que huyera, porque la tempestad les arrastraría al abismo.

—No puedo partir sin mi tío Juan —gemía Viviana.

—El hombre pálido no está aquí —declaró Ciervo Veloz—. La muerte nos espera si permanecemos en estos parajes. Batallando por abrirse paso entre los animales que huían del ciclón, Ciervo Veloz guiaba a las dos niñas hacia las riberas del río.

Iban atravesando un estrecho sendero, cuando a la luz de un relámpago divisaron a un jinete galopando en el mismo sentido que los fugitivos.

—¡Aliro! —gritó Viviana, al reconocer al patrullero.

Cortis se detuvo y al divisar a Ciervo Veloz bajó del caballo, exclamando:

—Has aprovechado la tormenta para huir, bellaco. Por suerte te he descubierto. ¿Adónde llevas a estas muchachas?

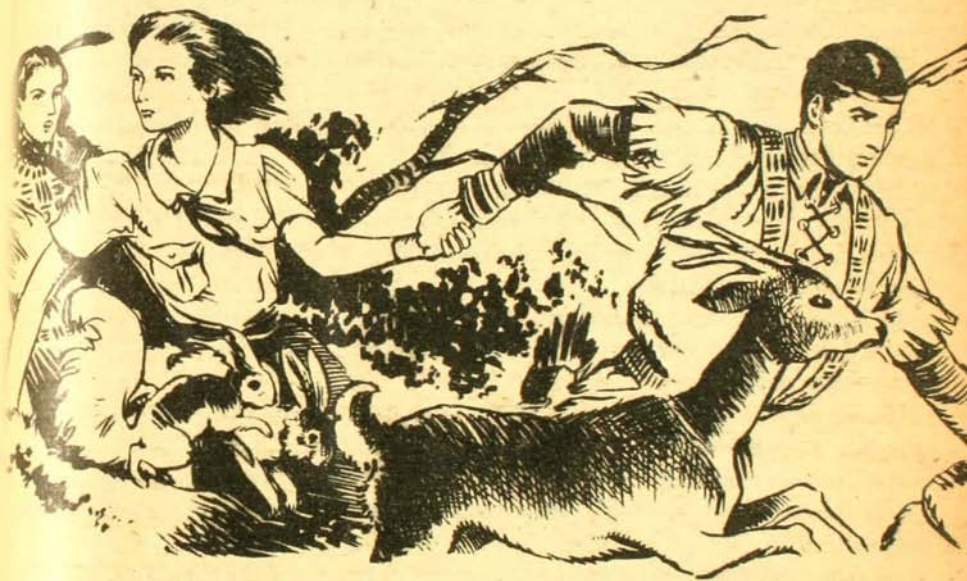
RESUMEN: Juan Montal y su sobrina Viviana se encuentran en las altas montañas del Canadá buscando a Edmundo Montal, explorador que desapareció en esa comarca. Son sus enemigos Antonio y Malva Forter, quienes impiden esas investigaciones y acusan de todo al piel roja Ciervo Veloz. Viviana y la indiecita Flor de Luna defienden al indio, pero el patrullero Aliro Cortis lo aprisiona en nombre de la ley. Flor de Luna se introduce en el campamento de Antonio Forter y le sustrae los papeles robados, probando así la inocencia de Ciervo Veloz; pero el patrullero insiste en llevarlo prisionero. Sobreviene un ciclón cuando llegan a la montaña.

—Cazador de hombres —respondió el piel roja—. Vuelve atrás. El alud nos persigue.

En ese momento Ciervo Veloz y Viviana advirtieron que un enorme pino se desarraigaba e iba a caer sobre el patrullero.

—¡Cuidado! —gritó Ciervo Veloz a su enemigo.

El piel roja, con admirable heroísmo, cogió por un brazo al patrullero y lo arrastró hacia abajo, pero ya una gruesa rama de pino golpeaba la espalda de Cortis, con tal fuerza, que le tumbó en la roca, dejándolo aturdido.



Viviana, Flor de Luna y Ciervo Veloz, huían del ciclón.

—Ha muerto —murmuró Viviana, sollozando.

Ciervo Veloz podía huir ya que su enemigo estaba malherido; sin embargo, el generoso piel roja apartó a Viviana y cargó sobre sus hombros al inerte patrullero.

—Flor de Luna y niña blanca, síganme —ordenó el muchacho—. Aún es tiempo de salvarnos.

El ruido de la catarata de nieve, mezclado con el silbido del viento, era cada vez más estruendoso.

Nunca se había mostrado más heroico el joven Ciervo Veloz. A pesar de la carga que llevaba sobre sus hombros, el muchacho

sonreía como desafiando al huracán y en los pasos más difícil tendía su mano a Viviana o a su hermana.

Por fin los fugitivos de la tempestad se detuvieron al abrigo de un inmenso peñasco y allí depositó el piel roja al herido patrullero.

—Hasta acá no llegará el alud —dijo Ciervo Veloz a las temblorosas niñas.

En seguida el piel roja recogió un montón de hojas secas en una pequeña caverna, formando con ellas un lecho para Aliro Cortis. Entretanto, Viviana y Flor de Luna examinaban el brazo del patrullero, y, felices, comprobaban que no había fractura. La hija de Edmundo Montal lavó la frente magullada de Cortis y le vendó el brazo con su pañuelo.

Ni Flor de Luna ni Ciervo Veloz trataban como enemigo al patrullero. El código de honor de su tribu les ordenaba atender al enemigo cuando estuviera desvalido.

Para evitar el frío y el viento, Ciervo Veloz levantó una especie de ruca con los árboles derribados por el huracán y luego encendió una fogata.

—Flor de Luna —ordenó el muchacho a su hermana—. Dame la jarra para hervir agua. La cervatilla blanca probará nuestra bebida indígena.

La indiecita sacó de su bolsón algunas hojas amarillentas y con ellas preparó una infusión que Viviana encontró deliciosa.

—Qué bueno eres, Ciervo Veloz —murmuró Viviana—; Aliro Cortis te debe la vida. Ahora ya no podrá detenerte como prisionero.

—Así lo espero —replicó Ciervo Veloz—. Cuando pase la tormenta debo irme lejos.

—¿Nos abandonarás? —preguntó Viviana.

—Por corto tiempo —expresó el muchacho—. Ciervo Veloz debe ir en busca de Juan Montal, quien puede necesitar su ayuda. Ahora vamos a preparar la comida, Flor de Luna.

Viviana comenzó a arreglar el morral del patrullero, porque había tenido que registrarlo para extraer de allí vendas y otros medicamentos.

De pronto descubrió un papel sellado con timbres de la policía. Fué tal su curiosidad, que desplegó la hoja y leyó lo siguiente: *Patrullero Aliro Cortis está comisionado para arrestar al prisionero Ciervo Veloz, dándosele como plazo máximo un mes desde*

ta fecha. Esta prueba le servirá de ascenso en la patrulla. En caso de fracasar, perderá toda opción para mejorar su grado. Viviana no leyó más. La carta estaba fechada tres semanas atrás, de manera que restaban pocos días para que el patrullero Corcumpliera la orden de prisión. Tentada estuvo Viviana de estrozar el oficio y arrojarlo al torrente.

Instintivamente miró a Ciervo Veloz, con sus piernas cruzadas tanto al fuego, su hermoso y bronceado semblante iluminado por el fulgor de las llamas, preparando un trozo de carne seca e búfalo con hierbas aromáticas.

Aconsejaría al piel roja que huyera mientras el patrullero permanecía inconsciente? Sería una deslealtad para Aliro Cortis.

Por suerte en ese momento el patrullero abrió los párpados y lanzó un quejido. Perplejo y aún aturdido, miró a Viviana y a Flor de Luna, y después fijó sus pupilas en las del piel roja.

—Ciervo Veloz —dijo Aliro Cortis—, eres mi prisionero. Quedas retenido.

—Ciervo Veloz lo sabe —respondió el piel roja—. El hombre blanco debe beber esta infusión.

Con fraternal solicitud, Ciervo Veloz alzó la cabeza de su enemigo y colocó en sus labios la jarra con agua caliente.

—Ciervo Veloz te salvó la vida —dijo Viviana al patrullero—. Te cargó sobre sus hombros y te trajo a este refugio.

—Sólo recuerdo que un árbol cayó sobre mi cabeza —murmuró el patrullero— y que una mano me sujetó al caer al abismo. Ciervo Veloz, te doy las gracias. Ahora estoy en tu poder. ¿Qué harás conmigo?

—Ciervo Veloz —dijo el generoso muchacho— no puede enseñarse en un hombre indefenso ni atacar al enemigo caído.

—Mi deber es arrestarte —declaró Aliro Cortis, incorporándose con dolor—, por eso te aconsejo que huyas ahora que no puedo hacerlo.

—Ciervo Veloz se irá —replicó el piel roja—, pero para volver con auxilio. Va en busca del tío de Viviana y de otro que le espera. Entonces todo se aclarará.

Diciendo esto, el piel roja volvió junto al fuego y terminó de asar la carne de búfalo, que en seguida ofreció a Viviana sobre hojas verdes y aromáticas.

—Exquisito manjar —declaró sonriendo Viviana—. Ciervo Ve-

loz, eres un magnífico cocinero y la infusión me parece mejor que una taza de té.

—Acostumbrados a la vida errante —explicó Ciervo Veloz—, siempre llevamos estas carnes secas y yerbas medicinales.

Durante la noche, Viviana y Flor de Luna se turnaron para atender al patrullero herido, mientras Ciervo Veloz montaba guardia fuera del refugio.

Al amanecer cesó la tormenta. Ciervo Veloz se aproximó a la ribera del río, que se había transformado en un torrente con la nieve de los cerros.

Cuando volvió al refugio dijo al patrullero:

—Ciervo Veloz ha encontrado una canoa; esto significa que hay otros pieles rojas en las cercanías; pero no son indios *choamas*. Son enemigos nuestros.

—¿Serán éstos los indios que dejaron el cuchillo de *Aguila Gris* en la choza del traficante de pieles? —preguntó Viviana.

—Ciervo Veloz no lo sabe —dijo el muchacho—. Ahora va a servirse de la canoa para surcar el río.

—No vayas —suplicó Flor de Luna—. Las cataratas te sumergerán en el abismo.

Ciervo Veloz desoyó la súplica de su hermana y bajó hasta la orilla del río.

—Se ahogará —murmuró Viviana con angustia.

Una mano se posó sobre el hombro de la joven. Aliro, conmovido con la heroica acción del proscrito piel roja, murmuró:

—Es el muchacho más valiente que haya conocido. Merece su libertad.

—Ciervo Veloz volverá —aseguró Flor de Luna—. El lo prometió y nunca falta a su palabra.

Transcurrió un largo día y Ciervo Veloz no volvió. Aliro y las dos niñas pasaron el día junto a la fogata, pensando en el intrépido piel roja.

Al amanecer de la subsiguiente mañana, Cortis dispuso que abandonaran el refugio de la montaña.

—Tenemos que buscar a don Juan Montal —expresó el patrullero—. Si se ha salvado estará inquieto por nuestra suerte.

—¿Y Ciervo Veloz? —preguntó Viviana.

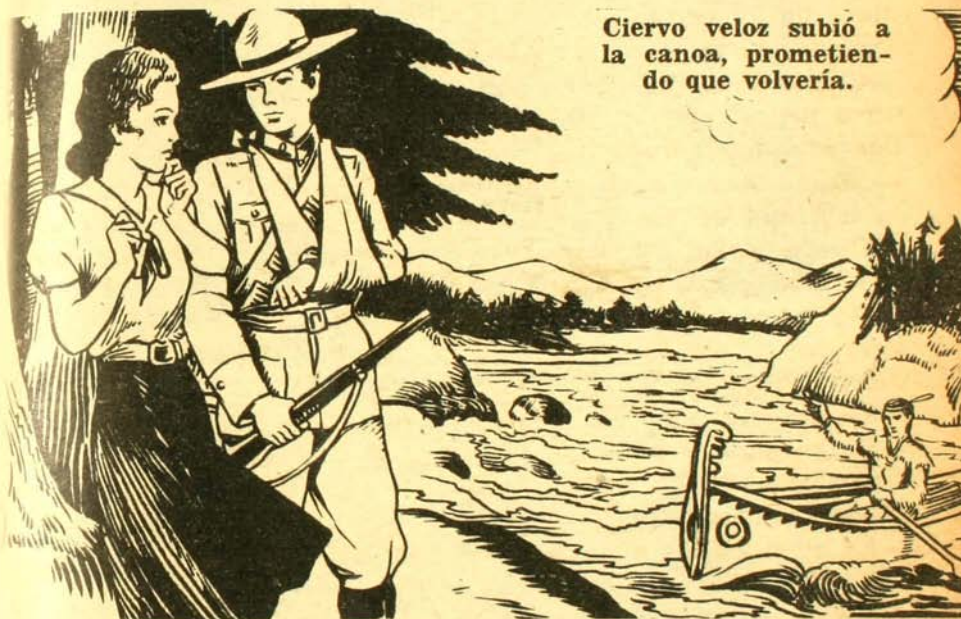
—Es inútil esperarlo más —respondió Cortis—. Viviana, trata de

convencer a Flor de Luna para que venga con nosotros. No podemos abandonarla.
Después de largo batallar, Flor de Luna decidió seguir a los blancos.

—¿Ustedes ayudarán a Flor de Luna a buscar a su hermano? —preguntó la indiecita.

—Por cierto —prometió Viviana—. Aliro lo buscará.

—Dime, Flor de Luna —preguntó el patrullero—. ¿Ciervo Veloz iba en busca de una persona determinada?



Ciervo veloz subió a la canoa, prometiendo que volvería.

—Sí —confesó Flor de Luna—. Ciervo Veloz me habló de *Aguila Gris* el día que el cazador de hombres lo capturó. Mi hermano asegura que *Aguila Gris* es amigo de la tribu *Choama* y que sólo él podría ayudarle a probar su inocencia.

—Todo converge a la figura de *Aguila Gris* —dijo Viviana—. Siempre hay rastros de él, ya sea en las chozas de la montaña como en la caverna sagrada. Yo creo que la suerte de mi padre está ligada con *Aguila Gris*.

(CONTINUARA)

Ponchito

VAMOS AL PUEBLO, PONCHITO,
A VER LAS FONDAS DEL '78



¡QUE BUENO,
ABUELITA!



¡YO TENGO MUCHAS
GANAS DE BAILAR
CUECA!



¡MIRE,
ABUELITA!

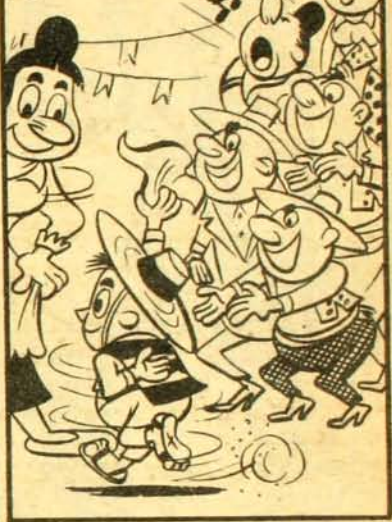


POR NATO

... ARREMÁNGATE
EL VESTIDO...

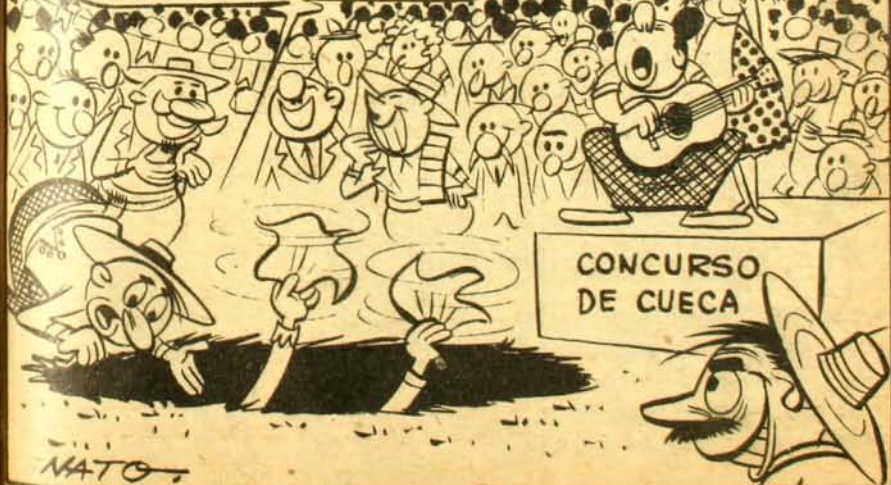


¡VOY A ELLA!
¡CHAUCHA Y MEDIA!



HORAS DESPUES...

¡BASTA, BASTA! ¡POR FAVOR!
¡GANARON USTEDES!



IVES EL LOBO



CAPITULO XIX.—Fuga al amanecer.

Ives el Lobo y los barones de Ergil vencieron a los soldados de Juan sin Tierra. El traidor Gaurán cayó prisionero. Con la mirada sombría y un torvo gesto en los pálidos labios llegó al castillo en ruinas donde se refugiaban los rebeldes.

Después que su ejército, fatigado pero triunfante, desfiló ante ella, la princesa Güenal aguardó a Ives, que venía a la retaguardia. Posando su mano en el

hombro del héroe, pronunció:
—Gracias, caballero del rey Arturo.

El Hijo del Lobo repuso:

—Vuestros vasallos cumplieron como valientes.

Cuando ambos se dirigieron al castillo, vieron que los desterrados rodeaban a Gaurán. Prisionero en aquel círculo de odio, el usurpador guardaba silencio, intimidado.

La princesa atravesó el cerco de hombres sedientos de venganza y fijando sus azules ojos en el semblante contraído por el temor, dijo:

—Mis tutores murieron por tu culpa y los más nobles hijos de

—Vuestros vasallos cumplieron como valientes —dijo Ives.





Un círculo de odio
cercaba a Gaurán.

Carnavón sucumbieron bajo la crueldad de tus verdugos o los colmillos de tus perros. La hora de la justicia ha sonado, Gaurán. El usurpador se sintió acorralado. Sus ojos de pupila estrecha y enrojecida parecían los de un jabalí que enfrenta a un cazador implacable.

El barón Edgardo sentenció:

Ha sonado la hora
de la justicia, Gau-
rán —pronunció la
princesa.





Un centinela quedó de guardia.

—El traidor comparecerá ante el tribunal de los ancianos y será castigado de acuerdo a sus crímenes.

Un murmullo de aprobación acogió esas palabras.

Se dibujaban ya las sombras de la noche. Gaurán, maniatado, fué recluído en una celda ruinosa que no tenía puerta. Tres vigas cruzadas en el umbral y un centinela resguardaban al prisionero. En las torres también se apostaron guardias, que velaban con mirada alerta.

La princesa Güenal, abrigada por cálidas pieles, dormía plácidamen-

te, mientras en el exterior rugía la tormenta de nieve.

Dos milanos que combatían furiosamente despertaron a Ives. Contempló un instante a las aves, cuyas plumas oscuras y erizadas se destacaban contra el frío cielo, y después, lanzando sobre sus hombros una piel de lobo, salió a recorrer el castillo. La luz del alba se filtraba por las ruinas.

Con un vago presentimiento, Ives se dirigió a la celda de Gaurán. De pronto se detuvo. ¡El guardia yacía muerto y Gaurán había huido!

(CONTINUARA)



Dos milanos combatían furiosamente.



ROXANE, presidiendo el sorteo.



Parte del numeroso público asistente.

Como estaba anunciado, el sábado 10 de septiembre se llevó a efecto el gran sorteo de SIMBAD, ante numerosa concurrencia.

LISTA DE PREMIADOS EN NUESTRO GRANDIOSO SORTEO DE FIESTA PATRIAS

2025	1 sweater de lana	5902	1 delantal
2076	1 caja de lápices de colores	7013	2 cuadernos
2077	1 par de calcetines	7034	\$ 200
2084	1 par de calcetines	7072	1 blue jean
2295	1 caja de lápices de colores	7200	1 pelota de goma
2435	1 pelota de goma	7399	1 caja de lápices de colores
2519	1 caja de lápices de colores	7403	1 sweater de lana
2539	1 delantal	7505	1 sweater de lana
2576	1 billetera	7553	2 cuadernos
2909	1 pato Donald	7557	1 servilletero
4036	1 caja de lápices de colores	7733	1 muñeco de goma
4040	1 muñeco de goma	7789	2 cuadernos
4291	1 delantal	7794	1 muñeco de goma
4354	TOCA DISCOS	7932	1 pelota de goma
4356	1 pato Donald	8198	1 acuarela
4441	1 servilletero	8199	1 acuarela
4444	1 blue jean	8200	1 acuarela
4509	2 cuadernos	8828	2 cuadernos
4560	2 cuadernos	8975	1 acuarela
4561	2 cuadernos	9240	1 par de calcetines
4698	2 cuadernos	9243	2 cuadernos
4830	2 cuadernos	9319	1 muñeco de goma
5071	2 cuadernos	9325	1 servicio de té
5088	RADIO PHILIPS	9326	1 muñeco de goma
5168	1 pelota de goma	9512	1 sweater de lana
5170	1 blue jean	9667	1 muñeco de goma
5355	2 cuadernos	9744	1 pelota de goma
5399	1 pato Donald	9783	1 par de calcetines
5564	2 cuadernos	9885	2 cuadernos
5733	1 pato Donald		

(CONTINUARA)

GRANDIOSO de SORTEO MAYO

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

\$ 300.000.-

PREMIO MAYOR: UN ESTUCHE DE CUCHILLERIA PARA 12 personas, compuesto de 96 piezas de alpaca, con un valor de \$ 50.000.—

OTROS PREMIOS: UNA BICICLETA, RADIOS, PREMIOS EN DINERO, UTILES DE ESCRITORIO, PELOTAS DE GOMA, CHOMBAS, ACUARELAS, PATINES y numerosos otros regalos.

Para obtener cualquiera de los obsequios enumerados, sólo tendrás que juntar los cupones que aparecen semanalmente al pie de esta página. Por cada serie de CINCO cupones numerados del 1 al 5 obtendrás un BOLETO para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" el 26 de MAYO próximo.

Y AHORA, LECTORES, A JUNTAR MUCHOS BOLETOS PARA GANAR ALGUNO DE LOS REGALOS QUE "SIMBAD" OFRECE EN ESTE GRANDIOSO SORTEO DE MAYO.



Cupón N.º 3 - Serie N.º 1
GRAN SORTEO DEL
26 de mayo.

Cupón N.º 3 - Serie N.º 1
21 de septiembre de 1955

¿LO SABES TU?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:

¿En qué fecha se fundó la ciudad de Santiago?



Solución a "SIMBAD" N.º 314: El copihue es original de Chile.

Entre los niños que enviaron soluciones exactas salieron favorecidos los siguientes nombres: CON CINCUENTA PESOS: Enrique Hernández, Santiago; Luzmira Muñoz, Talcahuano; Edith Bernez, Santiago; Arturo Barrera, Quillota; María A. Abarca, Rengo; Félix E. Morandé, Talcahuano; Adelfa Quintanilla, Viña del Mar; Ibis Sepúlveda, Chillán; Jaime Cárdenas, Limache; Luisa Pailahué, Temuco; SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Heriberto Urbina, Teno; Pastoriza Montes, Quillota; Mireya Reyes, Rengo; Raúl Dávila, Santiago; Ivonne Solís, Curicó; Isabel Rojas, Talca.

UN LIBRO: Eugenio Valenzuela, Santiago; María I. Ateaga, Quillpué; María Luisa Casanueva, San Javier; Blanca Díaz, San Fernando; Luisa Medina, Sewell; Gustavo Resemberg, Santiago; Héctor Jara, Talcahuano; Iván Semicic, San Bernardo; José Severino Jofré, Llay-Llay; Sergio Vidal, El Monte.

Los niños de Santiago pueden retirar sus premios, diariamente, de 10 a 13 horas, en Avda. Santa María 072, 2.º piso. Los de provincias recibirán sus premios por Correo.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**
SIMBAD N.º 316



3. Kim había salvado no sólo la vida de Tito, sino también al barco. Las bombas funcionaron con rapidez, la brecha fué reparada y en seguida la tripulación festejó a Kim. Tito decía orgulloso: “—Es mi perrito. Bajaré con él a tierra”. Su padre sonrió: “—¿Y olvidarás que quieres ser marinero?”



4. Pero Kim tenía una sola dueña en el mundo: Alicia Landy, y estaba decidido a reunirse con ella. Aunque Tito era un niño adorable, Kim, al desembarcar, siguió su camino. Atravesaba un bosque de pinos cuando vió a una rubia niña, que se parecía extraordinariamente a su amita.

(CONTINUARA)



Simbad

EL BURLADOR DE ORIENTE

N.º 317

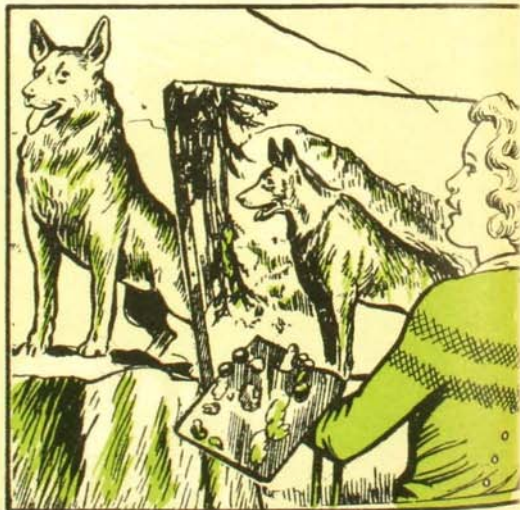


POIRIER



CAPITULO XII.—KIM POSA PARA UN CUADRO

1. En sus andanzas para reunirse con su amita, Kim vió, en un bosque de pinos, a la joven pintora Doris Lener. Mientras ella descansaba a la sombra de un árbol, un desconocido se acercó al caballete e intentó destruir el cuadro, que representaba un paisaje canadiense.



2. Kim saltó, gruñendo furiosamente, y el malvado huyó. Doris acudió junto al perro y, acariciándole, murmuró: “—Eres un magnífico amigo. Defendiste mi cuadro y te lo agradezco, aunque ese paisaje me parecía bastante mediocre. ¡Oh, si tú quieres posar! Eres muy hermoso y tal vez logre pintarte bien”.

(Continúa en la penúltima página.)

El país de las maravillas

CAPITULO VII.—Rurur el negro y Kovna el albino.

Las princesas Alina y Maritza miraban con ojos desorbitados por el espanto a los príncipes Rurur y Kovna.

Los escogidos por ellas mismas no eran los hermosos príncipes gemelos de Carelia.

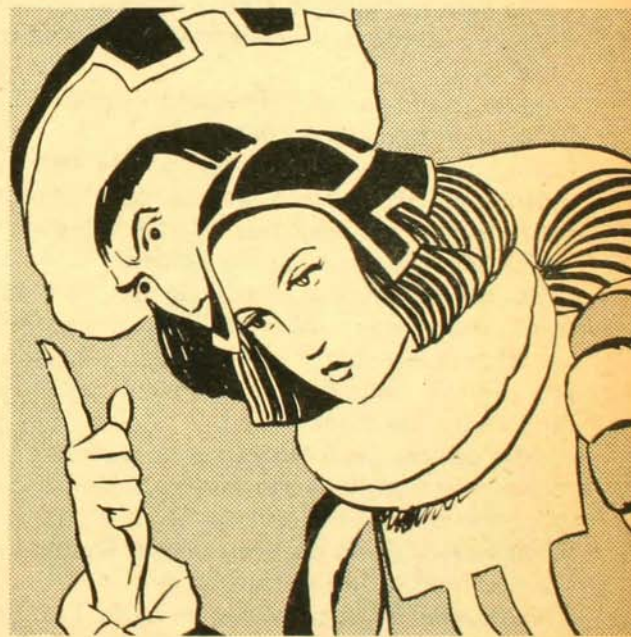
Uno, el príncipe Kovna, era tan blanco y tan pálido como si le hubieran hecho con nieve y algodón, y el sultán Rurur era más negro que azabache.

La desesperación de Alina y Maritza era tan atroz que el hada Fi-

delia, que observaba la escena desde una nube rosa, pensó bajar a tierra y revelar a los reyes Alberico y Karini las intrigas infames del mirlo negro. Y tal vez lo habría hecho; pero Maritza se lo impidió porque, faltando a sus promesas, dió rienda suelta a su carácter violento, golpeó el suelo y, con imperioso ademán, gritó furiosa:

—No, y no, y no... Jamás me casaré con ese estafermo, cara de oso polar, ni me llevará él a sus tierras nevadas. Ha sido un error.

—Hija mía —respon-



—Maritza —dijo el rey Alberico—, tienes que casarte con el príncipe Kovna.

dió el rey Alberico—, tienes que cumplir tu palabra. Yo te obligaré a ello. . .

Por su parte, la rubia Alina decía a su padre el rey Karini:

—Yo tampoco me casaré con ese negro *jetón*... Antes de separarme de mi prima me dejaré morir de hambre.

—Pobrecitas —suspiró el hada Fidelia desde la nube rosa—. Ambas han faltado a sus promesas y me obligan a abandonarlas a su destino.

—Hija mía —dijo el rey Karini a la llorosa Alina—, tienes que cumplir tu palabra. Tú misma escogiste a tu prometido.

—No lo hemos escogido —vociferó Maritza—. Esos sujetos nos horripilan. Nos dejaremos morir. Nos arrojaremos al lago. ¡Mal-ditos sean!

En ese instante se dejó oír el chillido del mirlo negro.

—Ha sido ese pérfido *Genio de la Discordia* quien nos hunde en el dolor —dijeron las acongojadas princesitas—. Evoquemos al hada Fidelia.

—Demasiado tarde —les gritó el malvado mirlo negro—; el hada Fidelia ya no podrá protegerlas.

Como los reyes advirtieran que la escena de llantos y gritos se prolongaba demasiado, ambos ordenaron a sus hijas que se retiraran a sus habitaciones y que fueran custodiadas de día y de noche por los guardias de palacio.

Ante las miradas atónitas de los cortesanos y de los cincuenta príncipes, Alina y Maritza fueron conducidas como prisioneras a sus departamentos y allí lloraron amargamente su aciago destino. De pronto, una diáfana claridad iluminó la estancia y una voz muy dulce les dijo:

—Mis pobres princesitas, ya no puedo favorecerlas porque han roto las promesas que me hicieron. Vuestras pruebas comienzan hoy día, pero no olvidéis que os he dado un talismán en forma de hoja de hiedra cuajada de esmeraldas. Cuando estéis en peligro evocadme por medio de ese talismán.

Terminadas estas palabras, el hada Fidelia desapareció sin que las princesas pudieran hablar con ella.

Tan enojado o más que las princesas estaba el lebrél Mirko, quien convocó a consejo general de los animales del palacio para investigar los sucesos.

—Palomas idiotas, necias, estúpidas —vociferaba Mirko—, ¿cómo se atreven a comparecer a mi presencia?

—Nosotras cumplimos nuestra misión y nos posamos sobre las cabezas de los caballeros que ostentaban en su coraza un ramo de claveles rojos y un manojito de lirios violetas —dijeron las dos palomas.

Mirko ignoraba toda la intriga del mirlo negro, quien, como dijo-

—Qué será de nosotras ahora —sollozaban las dos princesitas.



mos, había sacado con el pico los claveles y lirios de los príncipes Claudio y Cristián de Carelia. También ignoraba Mirko que la condesa Isabel de Liana había dado al negro sultán Rurur y al albino Kovna esas mismas flores a fin de que las palomas se equivocaran.

—Tal vez el mirlo negro cambió esas flores —argumentó el cisne blanco.

—Así fué —dijo el quiltro Fido—. Yo alcancé a ver la intriga del mirlo negro, pero ya era tarde para avisar a las palomas.

—Y ahora —exclamó el lebrél Mirko—, las pobres princesitas tendrán que separarse. Una irá al Africa y otra al polo norte. Todo por culpa del mirlo negro, que es el *Genio de la Discordia*.

Mientras tanto, entre los otros príncipes que habían pretendido la mano de las princesas Maritza y Alina, se hacían variados comentarios y algunos discutían acaloradamente.

—Peleen —decía el infame mirlo negro—; eso me gusta a mí y ojalá que todos se trabaran en batalla y se mataran.

Sólo los príncipes Claudio y Cristián de Carelia guardaban silencio y rondaban el palacio a fin de tratar de ver a sus queridas princesas. Ellos ignoraban que los reyes Alberico y Karini las tenían encerradas en sus aposentos.

La condesa Isabel de Liana recibía en su gabinete privado al sultán Rurur y al rey Kovna, quienes le ofrendaban su gratitud por haberles proporcionado la manera de triunfar.

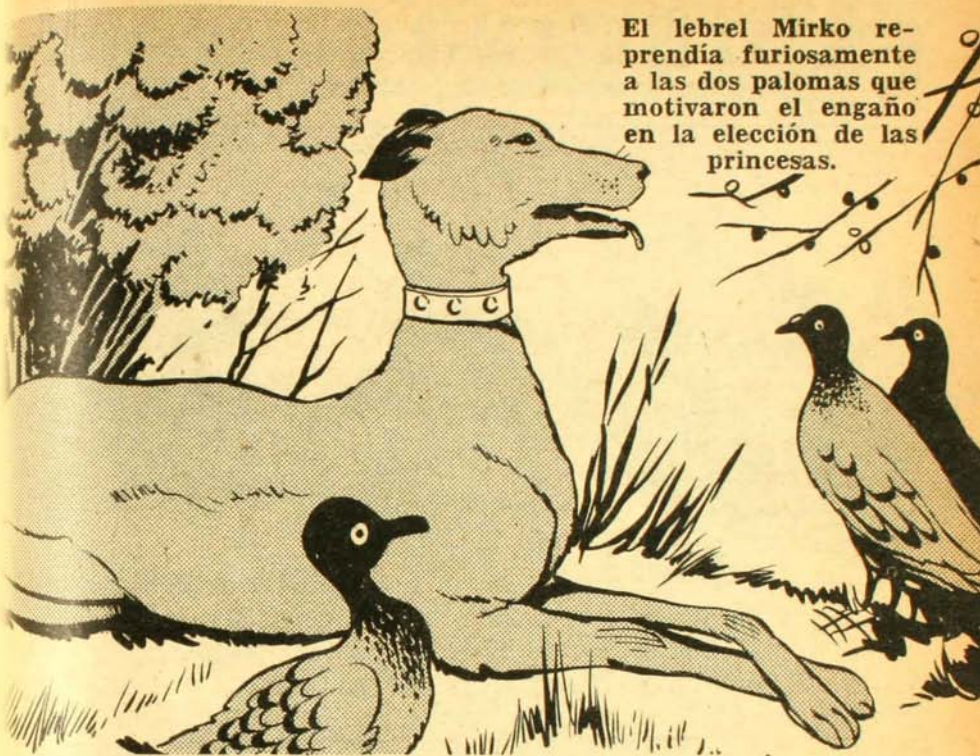
—Volved a vuestros aposentos —orde En ese instante se oyó
nó el rey Alberico—. Quedaréis prisió- una voz en la puerta del
neras allí. gabinete:

—¿Qué tienen que agradecer ustedes a la condesa Isabel? —preguntó la diáfana y pura voz—. ¿En qué forma ha ayudado Isabel a Rurur y Kovna?

La intrigante condesa volvió el rostro y al ver frente a ella a los príncipes Cristián y Claudio de Carelia tembló de miedo.



El lebel Mirko re-
prendía furiosamente
a las dos palomas que
motivaron el engaño
en la elección de las
princesas.



—La condesa Isabel —dijo el príncipe Kovna, que era más astuto que su compadre, el africano Rurur— nos ayudó con sus votos y con sus oraciones. Por eso le dábamos las gracias.

—¿Verdad? —preguntó el príncipe Claudio con mordacidad—. Yo creí que Isabel habría hecho algo más.

—¿Qué cree usted? —gritó violentamente el albino Kovna.

—Retirémonos de este nido de víboras —suplicó a su hermano el príncipe Cristián—. Condesa Isabel, algo muy feo y desleal ha ocurrido aquí. Le retiro para siempre mi amistad.

Bien castigada estuvo Isabel, pues por conquistarse a Cristián cometió esa horrible intriga.

(CONTINUARA)

ATENCIÓN, LECTOR: SUSCRIBETE A "SIMBAD" Y RECIBIRAS PUNTUALMENTE EN TU DOMICILIO TU REVISTA PREFERIDA. ESCRIBE A EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A., CASILLA 84-D Sección Suscripciones, o llama al teléfono 391101.



EL BURLADOR

CAPITULO VIII.



1. La caravana que acompañaba a la princesa Yamila en su viaje a través del desierto avanzaba con lentitud, serpenteando entre las dunas. Los muros de Ispahan habían desaparecido en la lejanía. El aventurero Nasdine Hodja hablaba en voz baja con Mechub, cuando a su espalda resonó un aullido de furor.



2. "—¡Más de prisa, puercos! —rugía un guardia—. Tenemos que estar en Ouchna antes del anoecer." Azotó brutalmente a Nasdine, y en seguida, guiando a su camello hacia la retaguardia de la columna, fustigó a los rezagados. Mientras Nasdine contenía su ira, Mechub ayudó a un anciano.



DE ORIENTE

EL PRIMER OASIS



3. Se ofreció para llevar su atado. El viejo aceptó, agradecido. "—Soy alfarero —dijo—. Las ollas y escudillas pesan bastante para mis débiles brazos." Nasdine marchaba sumido en un hosco silencio. De pronto susurró: "—¿Por qué el mensaje no se transmitió oralmente? Sospecho..."



4. Fingiéndose tropezar, golpeó el atado que Mechub llevaba. Los cacharros resonaron con estrépito. Los viajeros de la caravana volvieron la cabeza para saber la causa de aquel ruido. Sólo el mensajero que intrigaba a Nasdine continuó caminando sin inmutarse.





EL BURLADOR

DE ORIENTE



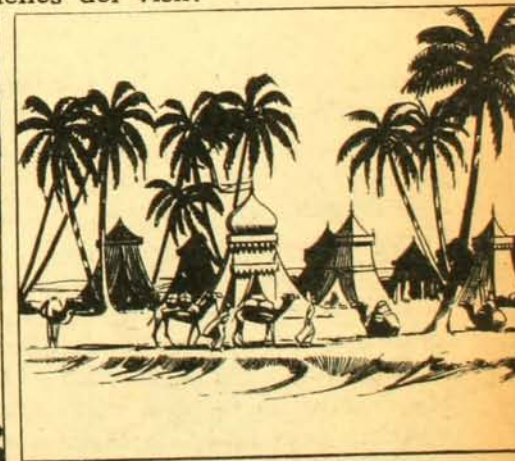
5. "—¡Lo sabía! Es sordo —murmuró el burlador—. Por ese motivo no le dijeron el mensaje, sino que se lo entregaron escrito y escondido en una sandía hueca. Eso nos prueba que no hay en la caravana otros cómplices de Harum, el bandolero que asaltará en el tercer oasis la caravana de la princesa."



6. "—Si hubiera otro cómplice, habría sido más fácil entenderse con él de palabra. Aunque es posible que el sordo sirva de enlace entre Harum y el otro cómplice", deducía Nasdine. Mechub gritó: "—¡Basta! Mi pobre cabeza va a estallar con tantos misterios. Esperemos los acontecimientos"



7. En el horizonte se dibujaba ya el oasis de Ouchna. El gran visir apresuró su camello para colocarse junto al palanquín de Yamila y anunció: "—Hemos llegado al primer oasis, princesa. Dispondré que levanten vuestra tienda". Veinte camelleros se adelantaron para cumplir las órdenes del visir.



8. Cuando los guardias que abrían la marcha llegaron al oasis, se alzaba ya la tienda de seda y oro, que ostentaba la bandera con los colores de la princesa. La caravana acampó bajo las palmeras. Nasdine y Mechub buscaron un lugar tranquilo para descansar. Pero sólo dormirían con un ojo.

(CONTINUARA)

An illustration at the top of the page shows an elephant in the center, facing right. To its left, a woman in a dark, sleeveless dress and shorts is holding a rope attached to the elephant's harness. To its right, another woman in a light-colored, sleeveless dress and shorts stands with her hands on her hips, looking towards the elephant. The background is simple, suggesting an outdoor circus arena. The title 'RIVALES EN EL CIRCO' is written in large, bold, black letters across the top, with the elephant and women integrated into the lettering.

RIVALES EN EL CIRCO

CAPITULO IV.—*La victoria de Mimí.*

El engreído rey del trapecio había causado profunda admiración a sus compañeros de circo. Ejecutó una prueba increíble, a gran altura, y se negó a que la red fuera extendida sobre la pista. Sentado con el orgullo de un monarca, se equilibró sobre el trapecio. El único punto de sostén eran las dos patas traseras de la silla.

—¡Asombroso! ¡Increíble! —exclamaba el empresario Libor.

—¡Espléndido! —aplaudió Mimí Duval.

Diana Marcy guardaba silencio. Por cierto que admiraba a Hugo, pero seguía desconfiando de él.

La amazona Rita gritaba:

—¡Es único, es prodigioso!

Taquito, el enano, susurró:

—No lo digas tan alto. Puede oírte y perder su modestia.

El presuntuoso acróbata bajaba con lentitud la escala de cuerdas, rodeado por su halo de vanagloria.

—Magnífico —le dijo Libor—. Causarás sensación en el público. Me felicito de haberte contratado.

—Ahora es el turno de Mimí —señaló Hugo—. Debe intentar una prueba que supere a la mía, para seguir ocupando el primer lugar en el programa. Ese fué el convenio.

Sus rubias cejas se alzaron levemente en un gesto de compasión al agregar:

—Quiero consolarte por anticipado, Mimí. No debes sentirte

amargada por el fracaso. Piensa que tu rival soy yo, y no un trapeceista común. El Hércules del circo rugió como un león que siente el látigo en su pie. Mimi le dirigió una mirada sonriente.

—C a l m a —le indicó—
¿Te enfureces porque un amable joven me ofrece consuelo y ánimo?

Dejando caer su capa, se acercó a la escala. Diana murmuró, suplicante:

—Usa la red de seguridad, Mimi, por favor.

—¿La red para peces, como la llamó graciosamente el gran Hugo? —rió la francesita—. No, Diana. El desafío es en iguales condiciones.

Ascendió con agilidad, mientras el corazón de Diana parecía detenerse. Conteniendo la respiración, observó la frágil figura de su amiga, que se veía más pequeña en la alta plataforma. Bajo ella quedaba el vacío, la pista de arena donde acechaba la muerte. Pero Mimi sonreía, tranquila.

—Casi diría que tiene mi propio valor —dijo Hugo. Mimi saludó alegremente desde la altura. Diana gimió:

—Oh, Mimi, ten cuidado, por Dios.

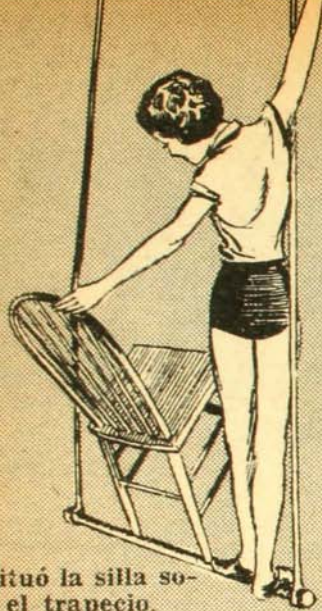
Miró a Hugo. Sus hermosas facciones se veían rígidas y un gesto cruel contraía sus labios. En los ojos azules se reflejaba una mirada expectante. Diana



—Usa la red, Mimi,
por favor —suplicó
Diana.

Diana se estremeció,
horrorizada.





Mimí situó la silla sobre el trapecio.

Mimí situó la silla sobre el trapecio, en la misma forma que lo había hecho Hugo... , pero sin usar la vara para mantener el equilibrio.

—¡Es un crimen! ¡Deben impedirselo! —gritó el tony, mientras su pintado rostro se contraía de espanto y ansiedad.

Ante la mirada incrédula de sus amigos, Mimí se sostuvo de cabeza sobre la silla.

Todos se sentían demasiado angustiados para aplaudir. Un silencio impresionante dominó al aterrado público. Cuando Mimí saltó para quedar de pie en el trapecio, sosteniendo la silla en su mano, parecieron revivir. Sin embargo, los aplausos aun no resonaban. Sólo la respiración más profunda, el suspiro de alivio, el murmullo de gratitud porque Mimí no

se estremeció horrorizada. ¿Esperaba él acaso que Mimí cayera? ¿Su vanidad era tan monstruosa que no vacilaba ni siquiera ante un pensamiento criminal? Recordó sus palabras, proferidas con dureza: “Nada me detendrá; nada ni nadie”.

Mimí se demostraba tan serena y alegre como si practicara un ejercicio rutinario.

—Debieran haber colocado la red —protestó la buena Francisca.

La francesita ejecutó una prueba más arriesgada que la de Hugo.



había fracasado en su peligrosa prueba.

—¡Maldición!

Era la voz del rey del trapecio, cuyo rostro se veía albo de furia.

Rita murmuró también algo entre dientes.

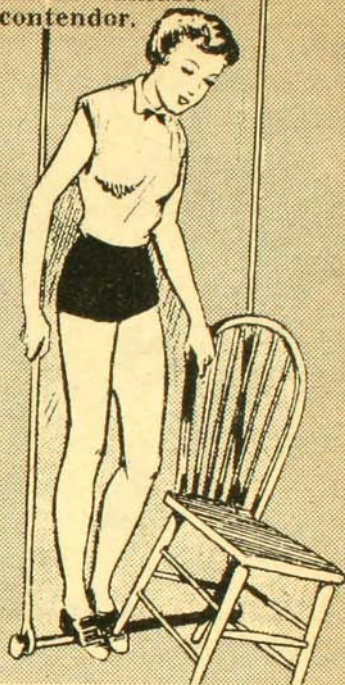
La alegre y lejana voz de Mimí gritó:

—¿No les agradó? ¿Ni siquiera un ¡bravo! para la pequeña Mimí?

Como una tempestad que estalla, repercutieron en la carpa los aplausos estruendosos y los gritos de júbilo. ¡Mimí había triunfado sobre su vanidoso contendor!

(CONTINUARA)

Mimí había triunfado sobre su vanidoso contendor.



Correspondencia

ANGELICA PEÑAILLO.—Le gustan sobremanera Ponchito, que ahora tiene una gallinita amiga, y Pelusita. Nato, nuestro gran dibujante, le agradece sus felicitaciones.

MARIA ANGELICA GUZMAN.—Envía muchos elogios a la revista "SIMBAD", por sus historietas "La Amiga del Piel Roja" y "Kim". Nos alienta mucho que le gusten nuestras seriales.

ESTRELLA MCINTOSH.—Es una gran admiradora de esta pequeña gran revista y nos dice que en Villa Alemana es muy apreciada por todos los niños.

IBIS SEPULVEDA.—Es una lectora más de la revista "SIMBAD", y felicita especialmente a Nato y E. Poirier por sus hermosos dibujos.

VICTOR GASTON TEJEDA.—Nos dice: 'Soy un gran admirador y lector de la pequeña gran revista "SIMBAD", la que se edita bajo su dirección. Además, me emocionan mucho las aventuras de Kim'. Agradecemos sus elogios a "SIMBAD" y por esta serial que, en realidad, es una de las más felicitadas. Nuestro lema es superarnos cada día y hacer la felicidad de los niños de todo Chile, entregándoles nuestros mejores esfuerzos.

ROXANE.

El fantasma

LIRILAY Y LOLO BAÑAN A TERRILÍN QUE, POR BAJAR POR UNA CHIMENEA, QUEDÓ NEGRO.



VEO QUE LA ESCOBILLA TE HACE COSQUILLA

MIENTRAS TANTO EN EL CASTILLO DEL MARQUÉS

¿QUIÉN VA? NO SEAS IDIOTA. NADIE VA, YO VENGO



EL COMANDANTE MANDÓN ES CONDUcido A PRESENCIA DEL MARQUÉS DEL CAMOTE Y DE SU CONSEJERO RICOTE EL DEL BIGOTE, DESCENDIENTE DE RIQUETE EL DEL COPETE



¡SALUD, ALTEZA!
MEJOR DICHO,
¡SALUD Y PISTOLAS!
HAY DOS VILLANOS
QUE POSEEN
UNA FORTUNA

DETENEDLOS Y CONFESARÁN DONDE LA CONSIGUIERON

① MONEDAS DE ORO

Y SI NO HABLAN, ¡AY DE ELLOS!



MANDÓN SALE TAN APRESURADO A CUMPLIR LA ORDEN, QUE TROPIEZA CON UN COCINERO



...SE ACABA DE CAER

AHORA TE SECARÁS COLGADO DE ESTE CORDELITO



SE ME VA EL AGUA A LA CABEZA



¡OH! ¡AH! ¡INCREÍBLE!
¿ESTOV VIENDO VISIONES?

CONTINUARÁ



BUFALO BILL

CAPITULO IX.—EN LA LEGENDA DE LOS LEONES



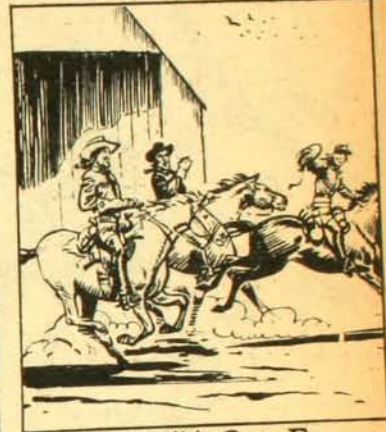
1. La súbita aparición de Búfalo Bill evitó la guerra entre los indios pawnees y una brigada de soldados. El jefe Oso Erguido denunció con voz solemne: "—Estos "cuchillos largos" intentaron robar nuestros caballos". Indignado, el teniente Clive rugió: "—¡Ustedes son los ladrones, Oso Erguido!"



2. Búfalo Bill se apresuró a explicar la situación. Los verdaderos culpables eran Jud y el mestizo Moe, que robaron las cabalgaduras para venderlas a los pieles rojas. "—Aquí está el oro que pague por esos caballos, hermano Oso Erguido —terminó diciendo el explorador—. Y ahí viene Jane con los reos."



3. "—Gracias a ti, valiente Pa-E-Has-Ka —respondió Oso Erguido—, muchos de mis bravos se libraron de ir de caza a las praderas eternamente verdes del Gran Manitú." Búfalo Bill se despidió sonriente del majestuoso piel roja y, junto con sus acompañantes, regresó al Fuerte Lincoln.



4. Ni Búfalo Bill ni Juana Calamidad podían estar sin aventuras. Por lo tanto, se alegraron cuando el general Custer dispuso una salida para cazar leones. El perro Héroe, mascota del regimiento, siguió a los cazadores. Habían matado tres leones, cuando de pronto resonó una andanada de balas.





BUFAILO BILL



Rápido, si queremos salvar la cabellera del que huye.



Se acercan otros rostros pálidos... ¡Mátenlos!

5. Una partida de guerreros cheyenes perseguía a un hombre blanco. Los tres cazadores espolearon sus caballos. Custer dijo: "—No tiren a matar. Se supone que estamos en paz con la tribu cheyene". Búfalo Bill observó: "—Esos no parecen muy pacíficos. ¡Ah!, reconozco a Halcón Rojo y le oigo maldecirnos".



¡Fuerza y puños, Bill! Ahorre las balas

¡GRRR!

6. Aunque el general Custer estaba dispuesto a evitar la violencia, comprendió que sus métodos suaves no darían resultado contra los enfurecidos cheyenes. Por lo tanto, dió la orden de batalla. Búfalo Bill la aceptó encantado, lo mismo que Jane. Por su parte, Héroe combatía a colmillo limpio.

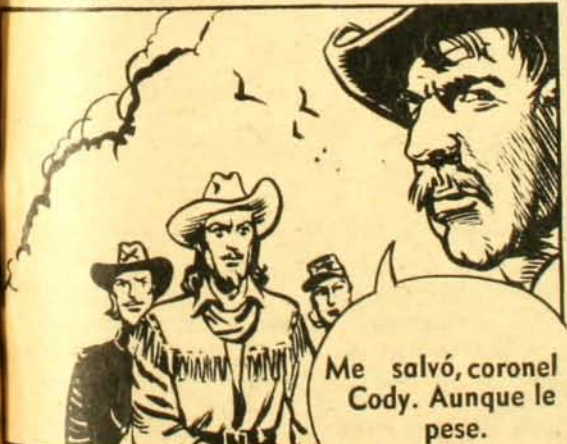


¿Te quedarás tranquilo ahora, Halcón Rojo?

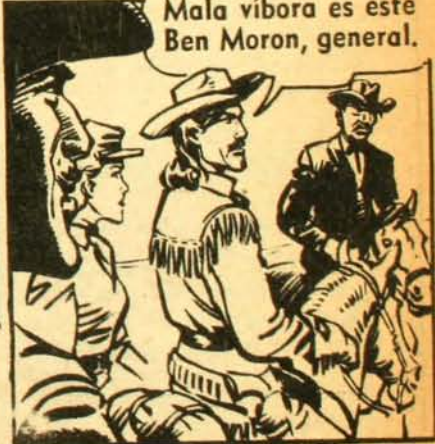


¡Truenos! Hemos salvaa a una rata.

7. El látigo de Jane derribó a Halcón Rojo. Uno de sus guerreros lo ayudó a levantarse y a montar y en seguida los pieles rojas dejaron el campo libre. Al advertir que el peligro había desaparecido, el fugitivo se reunió con sus salvadores. Búfalo Bill gruñó: "—Ben Moron, el traficante de licores".



Me salvó, coronel Cody. Aunque le pese.



Mala víbora es este Ben Moron, general.

8. "—No valía la pena haber ahuyentado a los cheyenes, ¿eh, Ben? —continuó con voz dura—. ¿Trataste de venderles aguar-diente?" Moron replicó: "—Sí, y los malditos mataron a mis ayudantes y me robaron los dos vagones". Bill agregó: "—Hace tiempo que estás haciendo méritos para morir en la horca, Moron".

(CONTINUARA)



LA AMIGA DEL PIEL ROJA

CAPITULO XII. — *Traición de Antonio Forter.*

Habían transcurrido tres días sin que volviera Ciervo Veloz al refugio de la montaña.

El patrullero, Viviana y Flor de Luna decidieron por fin seguir su ruta e investigar el secreto de la caverna sagrada.

A pesar de su herida en el brazo, Aliro Cortis avanzaba, por los escarpados senderos de la montaña, con vigor y energía. La entrada a la caverna sagrada fué de fácil acceso.

Aliro encendió su linterna eléctrica para examinar los ídolos de piedra y de madera de ese recinto que debió ser punto de reunión religiosa de alguna tribu indígena. Se erguía allí un trono de granito con dos inmensos *totems* a sus costados. En uno de éstos se encontraba el amuleto que buscaban.

—Sostén la linterna, Viviana, mientras subo a la estatua —dijo Cortis.

Flor de Luna vió con terror que Cortis, trepando hasta la cabeza del ídolo, le sacaba el amuleto del cuello.

RESUMEN: Juan Montal y su sobrina Viviana se encuentran en las altas montañas del Canadá buscando a Edmundo Montal, explorador que desapareció en esa comarca. Son sus enemigos Antonio y Malva Forter, quienes impiden esas investigaciones y acusan de todo al piel roja Ciervo Veloz. Viviana y la indiecita Flor de Luna defienden al indio, pero el patrullero Aliro Cortis lo aprisiona en nombre de la ley. Flor de Luna se introduce en el campamento de Antonio Forter y le sustrae los papeles robados, probando así la inocencia de Ciervo Veloz; pero el patrullero insiste en llevarlo prisionero. Sobreviene un ciclón cuando llegan a la montaña. Ciervo Veloz salva la vida del patrullero, y éste le permite que vaya en busca de auxilio, bajo la promesa de que volverá.

—Aquí está —dijo el patrullero mostrando a Viviana la medalla de cobre con jeroglíficos indígenas—. ¿Qué hago con esto?

—Este amuleto es igual al que Ciervo Veloz lleva en su garganta —explicó Viviana—, pero tiene signos diferentes. Flor de Luna, ¿puedes descifrarlos tú?

—Aquí dice que hay dos jefes que guardan un secreto —descifró Flor de Luna—. Son *AGUILA GRIS* y *NUBE ROJA*. . . Parece que se trata de un tesoro. Mi padre era *Nube Roja*, gran jefe de la tribu *choama*, y, por lo que aquí leo, *Aguila Gris* era un hombre blanco. . . Las palabras están algo borradas. . .

Un grito de alarma interrumpió las palabras de Flor de Luna. Una silueta alta había salido de la penumbra y cogía a la india por los hombros. Al mismo tiempo otro individuo apresaba a Viviana Montal, mientras Aliro Cortis luchaba fieramente con dos pieles rojas de rostros feroces y pintarrajeados.

Uno de los asaltantes fué lanzado lejos por el puño derecho del patrullero, pero como su brazo izquierdo estaba inválido, el otro indio logró capturarlo.

—¡Vamos, muchachas! —gritó Aliro Cortis—. No se asusten con estos indios, que han sido pagados para capturarlos.

Flor de Luna estaba aterrada porque conocía a esos pieles rojas *pawnees*, que eran enemigos de los *choamas*.

Viviana mantuvo su sangre fría y, recordando la importancia del amuleto, lo apretó en su mano hasta que salieron de la caverna. "He de ocultarlo donde nadie lo encuentre", se dijo la hija de Edmundo Montal.

Al pasar junto a un tupido matorral, Viviana arrojó disimuladamente el amuleto entre las matas y siguió a su captor.

Los tres prisioneros fueron conducidos a un campamento donde había muchas rucas indianas.

A la entrada de una carpa divisaron al pérfido Antonio Forter.

—Canalla, tendrás que responder de este atropello —gritó Aliro Cortis con enojo—. No creas que tu victoria dure mucho.

—Nada tengo que ver con usted, joven patrullero —respondió Forter—. Mi asunto concierne únicamente a la señorita Montal. Volviéndose a Viviana, agregó con irónica dulzura:

—Encantadora Viviana, debe usted comprender que la he vencido. Su tío Juan es mi prisionero y *otro* también. No deseo hacerle mal ni a usted ni a Flor de Luna. Todo depende de que usted

me diga dónde está el amuleto de cobre que completa esta medalla.

Al decir esto, Forter mostraba el medallón de Ciervo Veloz.

—No responderé —declaró Viviana.

—Lo veremos —dijo Antonio Forter, descorriendo la tela de su carpa para dejar a la vista al piel roja Ciervo Veloz, atado a un poste de pies y manos.

Flor de Luna corrió hacia su hermano, pero se lo impidieron los salvajes de cara pintada.

—Si usted no responde, Ciervo Veloz será torturado. Aquí hay varios miembros de una tribu rival que están deseosos de venganza. *Zorro Plateado*, inicia el suplicio.

El indio *Zorro Plateado* avanzó con el hacha homicida. Flor de Luna lanzó un agudo grito y Viviana vaciló.

—Viviana —suplicó Ciervo Veloz—, no respondas. La suerte de un ser querido para los dos depende de tu silencio.

—¿A quién te refieres, Ciervo Veloz? —preguntó Viviana.

—A *AGUILA GRIS*, el amigo de los *choamas*, y tu padre.

—¿*AGUILA GRIS* es mi padre? —preguntó Viviana—. Explícate, Ciervo Veloz.

—No puedo decirlo, pero está escrito en el amuleto —indicó el piel roja—. Que no lo encuentren nuestros enemigos.

—¡Silencio! —ordenó Antonio Forter—. *Zorro Plateado*, coloca una mordaza a ese lobezno y enciérralo en la cueva.

—¡Basta! —gritó indignada Viviana por la brutalidad del verdugo—. ¿Dígame, Forter, qué mal le han hecho a usted Ciervo Veloz y Flor de Luna?

—Ambos han intervenido en mis asuntos, igual que usted —replicó Forter—. Si quiere salvarlos, entrégueme el amuleto.

—No lo entregaré —afirmó Viviana.

—En tal caso, Flor de Luna y Ciervo Veloz serán entregados a los indios *pawnees*. El tratamiento que reciban no es de deseárselo ni a su peor enemigo.

—Flor de Luna, no puedo más —gimió Viviana—. Debo confesar... El amuleto está...

Sus palabras fueron interrumpidas por el estampido de una bala. Aliro Cortis, con sobrehumano esfuerzo, había logrado libertarse de sus captores y confrontaba a Forter con su humeante revólver.

—Arriba las manos, bandido —ordenó el patrullero al infame Forter—, y manda a esos salvajes que se retiren.

El renegado mordió sus labios, pero obedeció.

—Flor de Luna, coge ese puñal y ve a libertar a tu hermano —ordenó el patrullero, sin dejar de apuntar al traidor Forter—, y tú, Viviana, toma mi fusil y busca a tu tío Juan. Me imagino que ha de estar en esa cabaña de madera.



Flor de Luna y Viviana contemplaban los ídolos de la caverna sagrada.

En efecto, allí estaba Juan Montal, atado y amordazado. Su furor era indecible y estaba decidido a matar a Antonio Forter.

—Dame el rifle —dijo Juan a Viviana.

Aliro Cortis impidió la venganza y expresó que él llevaría preso a Forter al retén de Allister.

Entretanto, Ciervo Veloz quitaba sus armas a los indios *pawnees*.

—Acércate, facineroso —ordenó Cortis a Foster—. Voy a adornarte con un par de grillos.

—¡Cuidado! —alcanzó a decir Viviana a tiempo que Forter, acercándose al patrullero, bajaba las manos y asestaba un formidable golpe al brazo herido de Cortis, obligándole a soltar el revólver.

Sin perder un segundo, el facineroso Antonio se lanzó por entre los matorrales y se perdió de vista.

—¡Maldición! —gritó el patrullero, tocando su brazo herido—. Ya lo cogemos y entonces tendrá que arrepentirse de haber nacido. En cuanto a los indios, creo que sin armas son inofensivos. —Tiene razón el hombre blanco —asintió Ciervo Veloz—. Esos indios son chacales que siguen el paso del lobo. Los dispersaré con dos golpes de hacha.

En efecto, los *pawnees* se dispersaron cobardemente por el monte. Cuando quedaron solos, Viviana dijo a Ciervo Veloz:

—Tú me has dicho que *AGUILA GRIS* y mi padre son una misma persona. . .

—Sí —afirmó Ciervo Veloz—. Cuando yo era un niño mi padre, *NUBE ROJA*, fué asesinado por un hombre blanco. Entonces *AGUILA GRIS*, que era amigo de mi padre, pasó a ser el jefe de la tribu. Ciervo Veloz busca a *AGUILA GRIS* para que le diga quién mató a su padre. Cuando la cervatilla blanca le mostró el plano-guía, Ciervo Veloz vió en él algunos signos iguales a los que hacía *AGUILA GRIS*; pero para conocer toda la verdad necesita el otro amuleto.

—Vamos a buscarlo —dijo Viviana, corriendo hacia la caverna sagrada.

Pronto encontraron el amuleto y Ciervo Veloz lo comparó con el amuleto que pendía de su cuello.

—Cervatilla blanca —dijo Ciervo Veloz, después de examinar ambos amuletos—, ya puede Ciervo Veloz llevarla adonde encontrará a *AGUILA GRIS*. Venga conmigo.

De súbito se escuchó el rumor de caballería y Aliro dijo:

—Son los patrulleros de Allister. Ciervo Veloz y Flor de Luna, ocúltense en la caverna.

Momentos después llegaba el jefe del retén, quien preguntaba a quemarropa:

—¿Encontraste al piel roja proscrito, sargento Cortis?

—Le aprisioné en la cabaña del traficante de pieles, pero huyó —dijo Cortis.

—Mal comienzo, Cortis —respondió severamente el capitán Sales—. Si en veinticuatro horas no has capturado a Ciervo Veloz, serás degradado.

La patrulla se alejó y Juan Montal dijo a su sobrina:

—Cortis es un valiente. Pudo delatar a Ciervo Veloz y no lo hizo. Viviana corrió en busca de su amigo el piel roja y le suplicó que huyera de los patrulleros que le buscaban.

—No —dijo el valiente indio—, Ciervo Veloz ha prometido a su amiga blanca conducirla a la morada de **AGUILA GRIS** y cumplirá su promesa. Después podrá irse lejos de los blancos. Consultando a cada momento los dos amuletos, Ciervo Veloz guió a Juan Montal, a Flor de Luna y a Viviana por un senderillo del monte casi oculto entre los pinares y las altas rocas. Por fin se detuvo en una alta piedra que estorbaba la ruta.



Ciervo Veloz dijo a Viviana que en ese templo estaba el secreto de **AGUILA GRIS**.

—Que el hombre blanco ponga sus hombros en esta pesada piedra —ordenó Ciervo Veloz—. Tenemos que arrojarla fuera del camino.

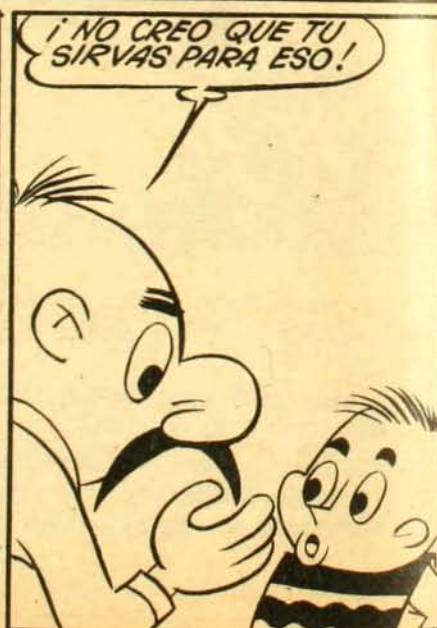
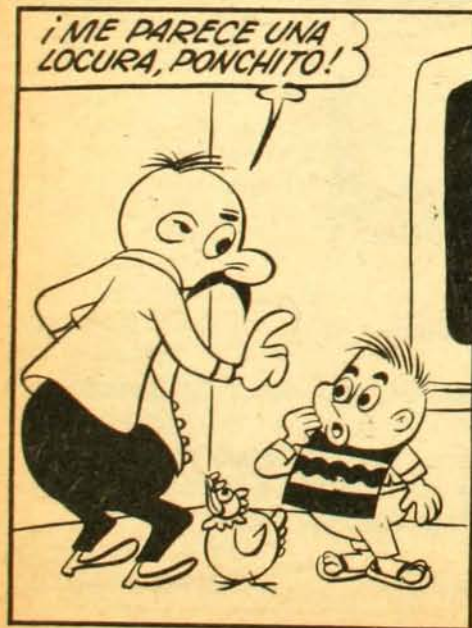
El fornido piel roja, ayudado por Montal, lanzó el peñasco al abismo.

—Cervatilla blanca —dijo entonces Ciervo Veloz, señalando un viejo templo indígena—, estamos en la senda que revelará todos los secretos y misterios de **AGUILA GRIS**.

(CONTINUARA)

Ponchito

POR NATO





IVES EL LOBO

Ives, el Lobo, dormía en el castillo en ruinas, cuando lo despertaron los graznidos de dos milanos que luchaban furiosamente en el aire. Las plumas caían como una oscura nevada de malos presagios. Inquieto, Ives recorrió el castillo sumido en el silencio.

Encontró muerto al guardia que custodiaba a Gaurán. El prisionero se sirvió del cordón de su calzado normando para ahorcar al desventurado centinela.

El héroe subió precipitadamente la escalera de piedra. Al llegar al aposento de la princesa Guenal, descubrió el lecho vacío. ¡La heredera de Ergil había sido raptada por su mortal enemigo!

Vibrante de cólera y desesperación, Ives hizo resonar el cuerno de caza. Los ecos repercutieron en

la ruinoso mansión, despertando alarmados a todos sus moradores. Casi instantáneamente se reunieron al pie de la escalera, con sus arcos en la mano.

—Hombres de Carnavon —pronunció Ives—. El usurpador ha huído y se llevó secuestrada a vuestra princesa.

Un murmullo amenazador se elevó entre los leales súbditos. Seguirían tenazmente la huella del traidor y arrebatrían de sus garras a Guenal.

En esos instantes, Gaurán, comprendiendo que cualquier retraso significaba un peligro de muerte, obligaba a Guenal a avanzar sobre la nieve. Los desnudos pies de la princesa dejaban un leve rastro, siguiendo las pesadas huellas de su raptor. Una piel cubría sus hombros y sobre aquel pelaje sembrado de nieve se esparcían como una sombra de oro los cabellos rubios.

—¡Más de prisa! —rugió Gaurán—. Ya estamos cerca del bosque.



—¡Vuestra princesa ha sido raptada por el villano Gaurán!—
anunció Ives.



—¡Más de prisa!—
rugía Gaurán.

Al llegar a la floresta, donde podía acelerar su paso, el usurpador cogió a Guenal y, llevándola sobre su espalda, continuó la marcha a través de los árboles, por silvestres senderos recubiertos de hojas. Los perseguidores de Gaurán llegaron también al lindero. Desde allí se abrieron en un amplio abanico para explorar el paraje. Ningún indicio hallaron sobre la tierra entrecruzada de raíces y ramas. La búsqueda resultó inútil. Era como si buscaran el paso de una serpiente sobre el agua.

El lastimero aullido de los lobos vibró en la lejanía. Un resplandor iluminó el semblante de Ives. Deteniéndose, susurró algunas palabras al oído del barón Edgardo. Este ordenó entonces a sus hombres que se apartaran dejando solo al joven caballero.

Asombrados por aquella orden, los vasallos de la princesa Guenal obedecieron en silencio. Edgardo, luego de dirigir una pensativa mirada a Ives, les siguió, marchando a la retaguardia. Una o dos veces volvió la cabeza, para mirar de nuevo a Ives y en cada



Continuó la marcha con la princesa sobre su espalda.



Luego de oír a Ives, Edgardo ordenó la retirada de sus hombres.

oportunidad vió los ojos relampagueantes y la sonrisa fría y decidida.

Ives reanudó su camino. Minutos después, el grito del lobo solitario se elevó en la floresta, cercano y nítido. Los guerreros de Ergil se estremecieron. Edgardo observó entonces:

—No temáis, es Ives que llama a sus hermanos los lobos.

Mientras tanto, Ives, situado detrás de una roca, esperaba la llegada de los lobos.

Desde que se separó de su fiel Barto, sólo una vez se reunió con los lobos, en las heladas laderas de los Pirineos.

Con oído atento captó los mil susurros de la selva, sobre los arbustos espinosos y el denso ramaje de los enebros.

Entre esos rumores no reconoció el que esperaba. Se incorporó entonces, para lanzar un segundo llamado salvaje. Sabía que los lobos se encontraban allí, replegados contra el suelo, las orejas erguidas. Se acercaban arrastrándose, estremecidos por su ferocidad y su ansia combativa.

Porque creció entre lobos, protegido por el fiero amor de hermano que le brindó Barto, Ives no ignoraba aquel avance plagado de silencio y amenaza.

Entonces, como si sufriera una transformación atávica, se identificó con los lobos. Avanzó, inclinado, con la mirada alerta, murmurando:

—Hermanos lobos, la ley de la selva es la misma para mí que para vosotros. . .

Y súbitamente, en la claridad del alba, surgió la manada. Altos y vigorosos, los lobos aullaban, alzando sus agudos hocicos hacia los pinos cubiertos de nieve.

(CONTINUARA)

La manada de lobos
aullaba.



LISTA DE PREMIADOS EN NUESTRO GRAN SORTEO DE FIESTAS PATRIAS

(Continuación)

		16846	1 servilletero
		16854	1 costurero
9897	2 cuadernos	20128	1 billetera
9951	1 acuarela	20180	2 cuadernos
11029	2 cuadernos	20306	\$ 200
11036	1 caja de lápices de colores	20727	1 muñeco de goma
11191	1 acuarela	20728	1 acuarela
11448	1 delantal	20743	2 cuadernos
11584	1 par de calcetines	20899	1 pelota de goma
11725	\$ 200	22170	2 cuadernos
11726	\$ 200	22280	1 pelota de goma
11845	1 muñeco de goma	22617	\$ 200
11851	2 cuadernos	22618	1 servilletero
11928	2 cuadernos	22638	1 sweater de lana
11935	1 acuarela	22646	1 LAPIZ AUTOMATICO
12215	1 blue jean	22466	2 cuadernos
12277	1 pelota de goma	22937	1 par de calcetines
12284	2 cuadernos	24056	\$ 200
12399	1 sweater de lana	24087	1 pelota de goma
12405	1 blue jean	24268	1 servicio de té (de juguete)
12407	1 pato Donald		
12449	1 billetera	24494	1 pato Donald
12600	2 cuadernos	24521	1 muñeco de goma
13317	1 billetera	24635	2 cuadernos
13468	1 caja de lápices de colores	24755	\$ 200
13512	1 PAR DE PATINES	24759	2 cuadernos
13528	1 muñeco de goma	24769	1 par de calcetines
13561	1 sweater de lana	24898	1 muñeco de goma
13563	1 sweater de lana	25117	1 par de calcetines
13579	1 sweater de lana	25133	1 acuarela
13585	1 sweater de lana	25378	1 par de calcetines
13588	1 sweater de lana	25451	1 par de calcetines
13821	2 cuadernos	25569	2 cuadernos
13844	1 servicio de té (de juguete)	25645	1 acuarela
		25736	1 acuarela
13845	\$ 500	25829	1 muñeco de goma
16240	1 delantal	25831	1 servicio de té (de juguete)
16272	1 acuarela		
16297	1 caja de lápices de colores	25862	1 par de calcetines
16353	1 sweater de lana	27148	1 caja de lápices de colores
16532	1 acuarela	27158	2 cuadernos
16560	1 muñeco de goma	27193	1 servicio de té (de juguete)
16574	1 sweater de lana		
16647	1 sweater de lana	27200	1 pelota de goma
16694	1 par de calcetines	27220	1 delantal
16699	1 par de calcetines	27264	1 billetera
16807	1 billetera		

(Continuará)

GRANDIOSO de SORTEO MAYO

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

\$ 300.000.-

PREMIO MAYOR: UN ESTUCHE DE CUCHILLERIA PARA 12 personas, compuesto de 96 piezas de alpaca, con un valor de \$ 50.000.—

OTROS PREMIOS: UNA BICICLETA, RADIOS, PREMIOS EN DINERO, UTILES DE ESCRITORIO, PELOTAS DE GOMA, CHOMBAS, ACUARELAS, PATINES y numerosos otros regalos.

Para obtener cualquiera de los obsequios enumerados, sólo tendrás que juntar los cupones que aparecen semanalmente al pie de esta página. Por cada serie de CINCO cupones numerados del 1 al 5 obtendrás un **BOLETO** para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" el 26 de MAYO próximo.



Cupón N.º 4 Serie N.º 1
GRAN SORTEO DEL
26 de mayo.

Cupón N.º 4 Serie N.º 1
28 de septiembre de 1955.

¿LO SABES TU?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:

¿Cuál es el nombre verdadero de nuestra poetisa Gabriela Mistral? Solución al "Simbad" 315. El 18 de Septiembre celebramos la primera Junta Nacional de Gobierno.



Entre los niños que enviaron soluciones exactas salieron favorecidos los siguientes nombres: **CON CINCUENTA PESOS:** Inés Romero, Casablanca; Eduardo Astorga, Valparaíso; Norma Saavedra, San Carlos; Luis H. San Martín, Bulnes; Marta Ramírez, Loncoche; María Bernardita Guzmán, Santiago; María E. Leiva, Santiago; Guillermo Solar, Parral; Blanca Frías, Puente Alto; Flor M. Martínez, Hualqui. **SUSCRIPCION TRIMESTRAL:** María E. Gautier, Santiago; Floridor González, Concepción; Rebeca Ahumada, Rancagua; Sylvia Arriagada, Santiago; María Mancilla, Cartagena; Graciela Muñoz, Santiago.

UN LIBRO: Enrique Haquin, Santiago; María A. Hernández, Lo Ovalle; Patricio Tobar, Viña del Mar; Myrian Quezada, Temuco; Alejandro Kengmé, Santiago; Juana Valencia, Rancagua; Alicia Scheiding, Santiago; Raúl A. Valdivia, Catapilco; Inés Garrido, Padre Las Casas; Isaac Alaluf, Valparaíso.

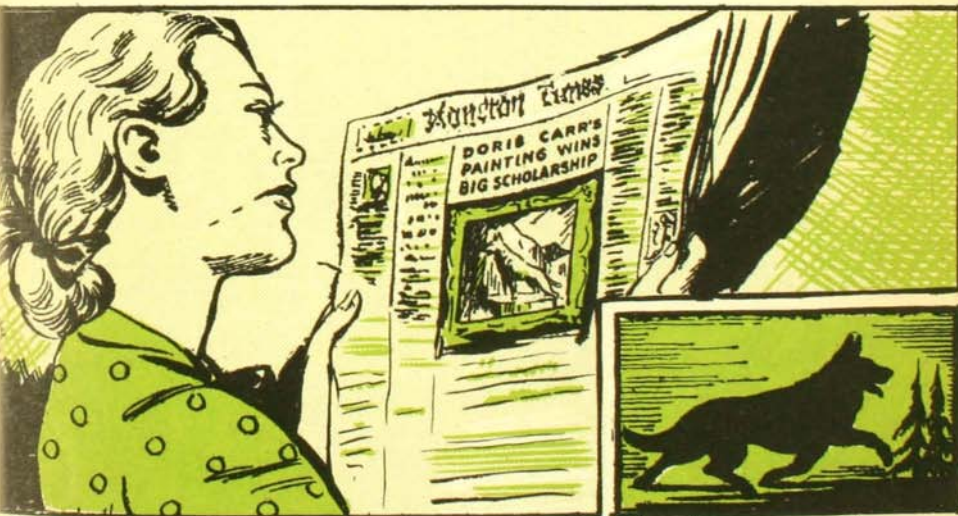
Los niños de Santiago pueden retirar sus premios diariamente, de 10 a 13 horas, en Avenida Santa María 072, 2.º piso. Los de provincia recibirán sus premios por Correo.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 317



3. El padre de Doris, cuando vió el cuadro, exclamó: “—Seguramente ganarás el concurso, hija mía. ¡Esa pintura es maravillosa!” Doris repuso: “—El modelo es maravilloso, papá. No sólo posó para mí, sino que me defendió de un enemigo: el pintor Carval, quien teme ser derrotado por mí”.



4. En efecto, Doris ganó el primer premio. Su obra apareció en todos los periódicos, y en un lejano hogar, al norte del Canadá, fué vista por Alicia Landy. “—¡Es Kim! —susurró emocionada—. ¡Qué alegría! Le escribiré a Doris Lener.” Pero ya Kim había proseguido su errante camino, separándose de Doris.

(CONTINUARA)



Simbad

N.º 318

EL FANTASMITA

\$ 20.-





CAPITULO XIII.—LA VIAJERA RUBIA

1. El único anhelo de Kim era reunirse con su dueña, Alicia Landy. Caminó a pleno sol y sólo se detuvo junto a una pequeña laguna para apagar la sed. No vio el automóvil que se acercaba, guiado por su enemigo Lisandro.



2. El cruel individuo, despedido del circo Ronda, trabajaba ahora en otro circo y decidió capturar a Kim. Una red envolvió sorpresivamente al perro. “—¡Ja, ja! —reía Lisandro—. Tendré un éxito sensacional. No está aquí el estúpido Keller, para impedirme que amaestre a Kim a latigazos.”

(Continúa en la penúltima página.)

El país de las maravillas

CAPITULO VIII.—Protesta de Claudio y Cristián de Carelia.

Los príncipes de Carelia salieron furibundos del gabinete de la intrigante Isabel de Liana.

—¿Por qué me impediste replicar a ese impertinente albino Kovna? —dijo Claudio a Cristián.

—No es de caballeros reñir con los rivales triunfantes —respondió Cristián con tristeza—. Al venir al palacio de Mármol Rosa aceptamos las condiciones del torneo y debemos acatar el fallo de las princesas Maritza y Alina.

—¿Y si la elección adoleciera de fraude?

—insinuó Claudio—.

Tengo la impresión de que usaron armas vedadas. La conversación de Isabel de Liana con el negro sultán Rurur y con el príncipe Kovna confirma mis dudas.

—En tal caso —propuso Cristián—, no nos alejemos del palacio y tratemos de dilucidar el misterio. Yo también quedé estupefacto al ver que las princesas escogían a ese par de



La pérfida Isabel de Liana, era causante de todas las desgracias.

Año VII - 5-X-1955 - N.º 318

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane)

Suscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada. Anual: \$ 60. Semestral: \$ 30.

intrigantes. Creí que la princesa Maritza sentía predilección por mí.

—Yo también tuve la ilusión de agradar a la rubia Alina —suspiró Claudio.

Al comunicarse sus impresiones, ambos jóvenes inclinaron sus cabezas, y sólo en ese instante advirtieron que las flores que les servían de insignia habían desaparecido de sus pechos.

—Mi manojo de claveles —exclamó Cristián.

—Mi ramo de lirios —murmuró Claudio.

¿Quién les había substraído esos distintivos? ¿Cuándo los habían perdido? ¿Sería en el momento del combate guerrero? ¿Entonces no tenían sus distintivos en el momento que las princesas efectuaron su elección?

—Corramos a dar parte de estos sucesos a los reyes Alberico y Karini —dijo el impetuoso Claudio.

Los reyes dieron audiencia inmediata a los príncipes de Carelia. —Altezas —dijo Claudio, plegando su rodilla ante los monarcas—, mi hermano, Cristián y yo venimos a poner en vuestro conocimiento que nuestras flores-insignias han desaparecido de nuestras casacas. Vuestras hijas han podido creer que nosotros no nos colocamos en la fila de sus pretendientes, y de esta manera escogieron a otros candidatos que tal vez no nos hubieran vencido.

—¿Qué dice este petimetre? —rugió el negro sultán Rurur—. ¿Quiere insinuar este jovenzuelo que ellos habrían sido sus preferidos?

—Tal vez —replicó con altivez el impetuoso Claudio—. En todo caso el enigma queda sin solución, ya que la pérdida de las flores-insignias nos dejó fuera del torneo matrimonial. Las princesas no podían escogernos si no llevábamos ese emblema.

—Es muy fácil averiguar el asunto —interpuso el albino Kovna—; si esos caballeros han perdido sus flores en el terreno de la lucha, aún deben encontrarse allí esos ramilletes. Si no se encuentran, quiere decir que estos mozalbetes han inventado una fábula porque no se resignan a la derrota.

—Estos principillos son malos caballeros porque no saben perder —exclamó el sultán Rurur.

—Gracioso sería que cada uno de los vencidos iniciara una protesta —intervino la intrigante Isabel de Liana.

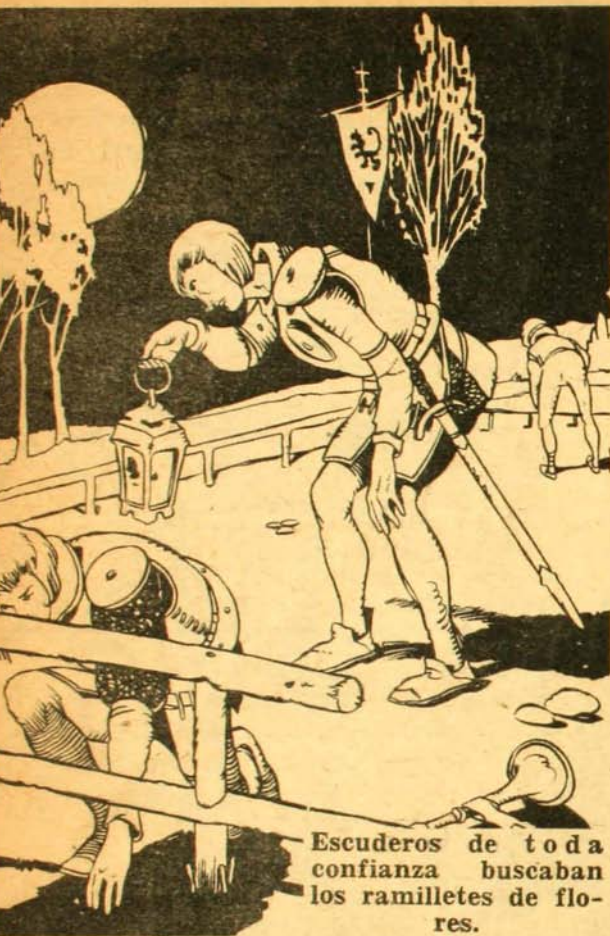
Cristián lanzó una mirada de furia a Isabel. Jamás se casaría con esa mujer, aunque no hubiera otra en el mundo.

Entretanto, el mirlo negro, *Genio de la Discordia*, gozaba con esas querellas que el mismo había provocado.

—Paz, paz —suplicó el rey Alberico—. Inmediatamente se procederá a la búsqueda de las flores perdidas en el redondel. Si las encuentran, volveremos a efectuar la elección, y si no están

Los príncipes Cristián y Claudio, estaban tristes y anonadados:





allí quiere decir que no ha y lugar a reclamo. ¿Aceptáis esta decisión? —Sí —dijeron los pretendientes.

Los reyes Alberico y Karini enviaron a un grupo de escuderos de toda su confianza en busca del manojito de claveles y del ramo de lirios.

Por cierto que esas flores no se hallaron en la pista, puesto que el mirlo negro se las había llevado en el pico y las había arrojado al estanque.

Los escuderos volvieron a dar parte de su infructuosa misión.

Esos individuos sentían viva simpatía por los gentiles príncipes de Carelia, pero no podían mentir, y menos a la vista de todos los que seguían la búsqueda de

las flores desde las tribunas del redondel.

—Príncipes de Carelia —dijo entonces el rey Alberico—, nos vemos en la triste necesidad de no poder satisfacer vuestra petición. Nuestras hijas se casarán con el sultán Rurur y con el príncipe Kovna, tal como ellas mismas lo decidieron.

—Y nosotros pedimos —indicó el sultán africano— que se fije inmediatamente la partida de nuestras novias. Mis estados me reclaman y aguardan con impaciencia la llegada de la sultana para darle la bienvenida. Nos prepararán bodas magníficas.

—Yo también tengo prisa por llegar a mis tierras polares —agregó el albino Kovna.

En esos tiempos la novia de un monarca debía ir a casarse al

país de su esposo y el viaje debía efectuarse apenas se elegía al novio.

Los reyes Alberico y Karini, a fin de no contristar demasiado a sus hijas, ordenaron que se hicieran en secreto los preparativos de viaje y que sólo les comunicaran la víspera la infausta noticia de su partida. Entretanto Maritza y Alina, encerradas por orden de sus padres en una habitación de la torre, lloraban y se desesperaban.



Después de consolar a las princesas, el Hada Fidelia se perdió en una nube.

Al verlas tan afligidas, el lebrél Mirko dijo a las princesas:

—Recuerden ustedes que el hada Fidelia les obsequió esas preciosas esmeraldas en forma de hoja de hiedra, las cuales tienen un poder mágico. Si están en grave peligro, pueden recurrir a dichos talismanes.

—Hada Fidelia —murmuraron las princesas, mirando hacia el diáfano cielo.

Inmediatamente apareció el hada Fidelia entre nubes color rosa.

—Mis pobres hijas —díjoles el hada—, no tengo poder para libraros de esta prueba que vosotras mismas provocasteis. Pero puedo dulcificarla. Pedid a vuestros padres que os permitan llevar a vuestros animales favoritos. Tal vez os sean de gran utilidad en vuestro destierro. Adiós, niñas, y continuad queriéndoos con la misma ternura de antes.

Y al decir esto, el Hada Fidelia desapareció envuelta en nubes radiantes de color.

(CONTINUARA)

ATENCIÓN, LECTOR: SUBSCRIBETE A "SIMBAD" Y RECIBIRAS PUNTUALMENTE EN TU DOMICILIO TU REVISTA PREFERIDA. ESCRIBE A EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A., CASILLA 84-D Sección Suscripciones, o llama al teléfono 391101.

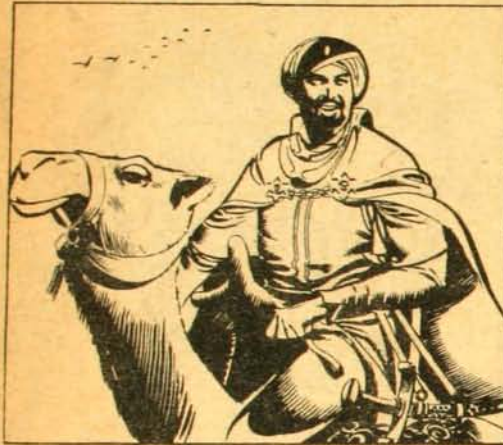


EL BURLADOR

CAPITULO IX

DE ORIENTE

OSCIENTOS AZOTES



1. El gran visir anunció: “—¡Hombres de la caravana!, sólo pasaremos una noche en el oasis de Ouchna. Todos deben estar dispuestos a partir al alba. Que los genios del desierto protejan a nuestra princesa”. Nasdine y Mechub seguían alertos. Por un camellero supieron que el traidor se llamaba Michli.



3. Luego echó mano a su cimitarra, añadiendo: “—Soy uno de los guardias del emir, a quien ustedes, en Ispahan, cegaron con arena”. Ambos aventureros se estremecieron. Nasdine fue el primero en reaccionar y dijo con expresión ingenua: “—¿Qué dices, noble soldado de nuestro bendito emir?”



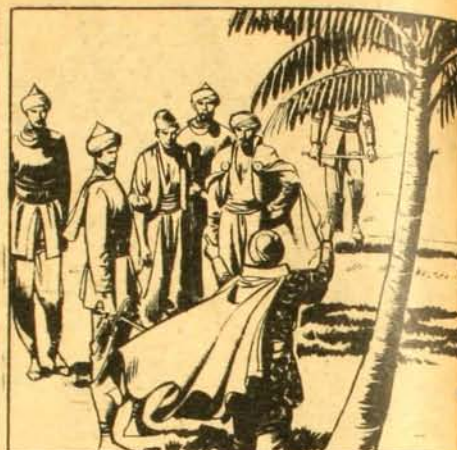
2. “—Michli colocó su tienda muy próxima a la de la princesa —advirtió Nasdine—. Tal vez sólo sea una casualidad, pero desconfío de ese mensajero sordo.” De súbito una voz tronó con furia: “—¡Ah!, los reconozco, tunantes. ¿Qué hacen en la caravana?” Un guardia les señalaba con dedo acusador.



4. “—¿Viste a mi hermano en Ispahan? ¿A mi hermano gemelo? Se parece a mí como...” El guardia le interrumpió burlescamente mientras señalaba a Mechub: “—¿Sin duda también vi en esa ocasión al hermano gemelo de éste?” Mechub murmuró: “—Sí..., por cierto...” Naturalmente, el gran visir fue llamado.

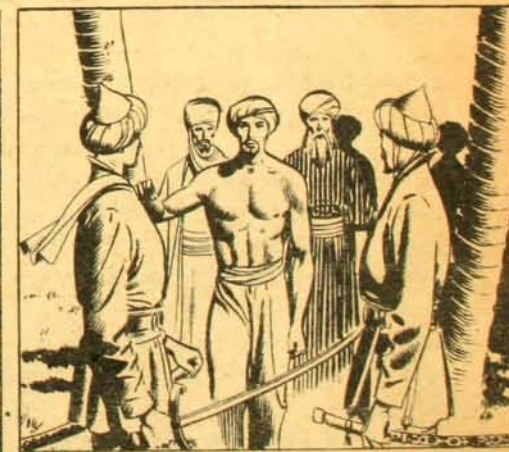
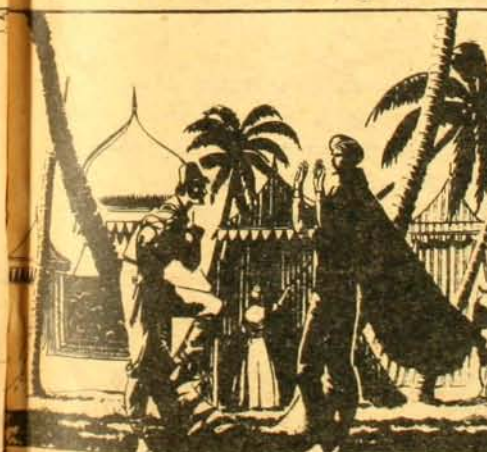


EL BURLADOR DE ORIENTE



5. Acudió presuroso al saber que en la caravana viajaban dos desconocidos a quienes la guardia real perseguía. Los prisioneros advirtieron que el importante personaje era bizco. Sofocado por el calor, pronunció rápidamente la sentencia: “—Cien latigazos a cada uno”.

7. Nasdine y Mechub quedaron en libertad. La fuga era imposible. Los camellos estaban vigilados. “—Yo recibiré los doscientos azotes —decidió Mechub—. Al fin y al cabo, el tangas falso era mío.” Nasdine sonrió: “—Pero yo lancé la arena a los ojos de los guardias. Y de eso se quejan los muy cerdos”.



6. Estaba ansioso de huir del sol, pero añadió: “—Siempre he sido justo y doy a los acusados una oportunidad. Uno de ellos no sufrirá castigo si el otro admite ser más culpable y recibe los doscientos azotes”. Luego de meditar un instante, agregó: “—Tienen una hora para decidir”.

8. “—El principio del conflicto fue la moneda de plomo —insistió Mechub, que empezaba a irritarse con aquella discusión—. Yo...” Nasdine interrumpió, conciliador: “—De acuerdo, Mechub, de acuerdo...” Sin embargo, cuando se cumplió la hora, fue Nasdine Hodja quien se presentó a los guardias.

(CONTINUARA)



RIVALES EN EL CIRCO



CAPITULO V.—El cuerno de marfil.

Disimulando su furia, el trapecista Hugo avanzó hacia la triunfadora Mimí Duval.

—Reconozco lealmente que me venciste, Mimí —dijo—. Somos dignos de trabajar juntos. Conquistaremos al público y en este circo no habrá más ídolos que Hugo y Mimí, los reyes del trapecio volador.

La francesita sonrió.

—Gracias, Hugo. Pero ya tengo compañera. Es Diana Marcy.

—Una malabarista —comentó él, con un gesto desdeñoso—. ¿Por qué te empeñas en transformarla? Cuando no se ha nacido para cruzar el aire, es difícil y arriesgado subir a un trapecio.

—Diana es mi compañera, —insistió Mimí suavemente—. Declino el honor de trabajar contigo, rey.

—Sin duda, hay gustos plebeyos —sonrió Hugo—. Está bien, trabajaremos en diferentes pistas. Pero yo atraeré la atención de todo el público. Hoy tuviste mucha suerte.

—Tal vez —asintió la niña—. No empecemos otra vez con desafíos.

—No, ya ganaste, Mimí. Tu nombre es el primero en el programa. Ese fue el acuerdo. Soy buen perdedor.

Mimí sonrió de nuevo y, cogiendo de la mano a Diana, se alejó con ella. Cuando estuvieron lejos de las miradas de sus compañeros, la alegre Mimí, haciendo un gesto de herida vanidad, exclamó:



—Somos dignos de trabajar juntos, Mimi —declaró Hugo.

—¿Es posible que rechaces el trono que el gran Hugo te ofrece en el aire? Sin duda, hay gustos plebeyos.

Imitaba la voz de Hugo y luego prorrumpió en carcajadas.

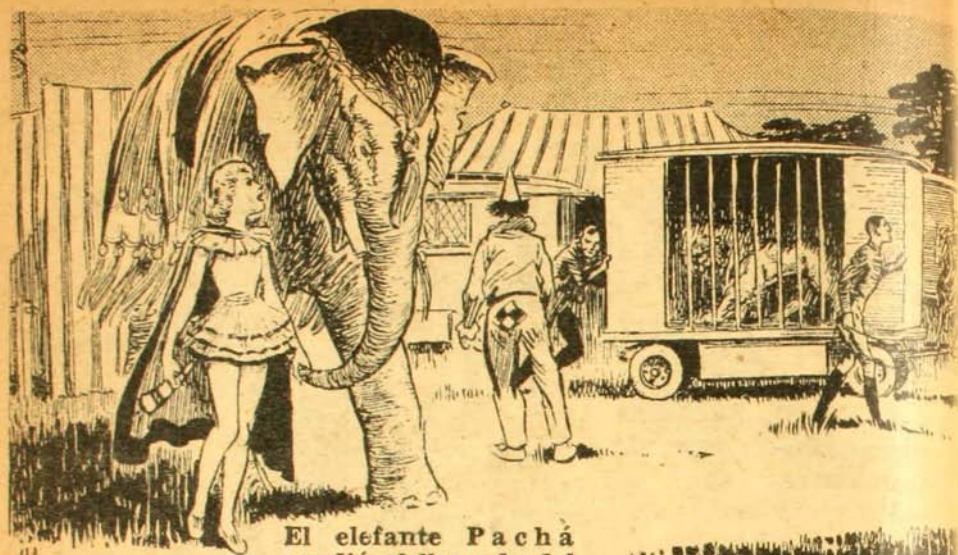
—Es el fanfarrón perfecto, ¿verdad? Lo admiro, Diana. Jamás ve las sonrisas burlonas ni las miradas hostiles. No comprende las indirectas y ni siquiera sospecha que es malquerido. Aunque... tal vez alguien lo quiere: Rita. ¿La has observado? Parece que fueran amigos. Quizás se conocen de antes.

Por cierto que Hugo no se resignaba a su fracaso. La idea de que Mimi lo había rechazado como compañero lo enfurecía aún más.

—No pude vencerla en la prueba —mascullaba, mientras sus azules ojos lanzaban rayos de ira—. Pero juro que la separaré de Diana. Yo

La alegre Mimi hacía una imitación del gran Hugo.





El elefante Pachá
acudió al llamado del
cuerno.

ocuparé el lugar de esa muchacha. En alguna forma la haré desaparecer.

El circo recuperó su vida habitual. Mimí y Diana ensayaban su nuevo acto con el gran elefante Pachá. Un día Alí dijo a Diana, entregándole un cuerno de marfil:

—Hágalo sonar en la pista y verá qué sucede.

La rubia niña observó:

—¡Qué expresión tan misteriosa! ¿De qué se trata?

—Véalo usted misma, Diana.

—¿Por qué no trabaja con Alí, de domadora de elefantes? — dijo Hugo.

Ella obedeció, dirigiéndose hacia la pista. Allí estaban los artistas, ensayando sus números. Diana hizo resonar el cuerno. Se oyó un pesado trote que hizo retremblar la tierra y apareció Pachá.

Riendo, Diana murmuró:

—Alí le enseñó a obedecer al sonido de este cuerno. ¡Qué hábil es!

No advirtió que Hugo se acercaba. Inclinandose con exagerada galantería, él declaró:

—Gentil domadora de elefan-



tes, ¿me permite felicitarla? Pachá la obedece como un dócil perrito. Su voz se endureció al añadir:

—¿Por qué no trabaja con Alí? ¿Por qué se interpone entre Mimí y yo?

Diana repuso:

—Es Mimí quien me eligió, Hugo, y no la abandonaré.

—Recuerde mi advertencia. No es ésta la primera vez que le prevego...

—No intente atemorizarme, —interrumpió Diana.

Se apartó en seguida del orgulloso acróbata. Por segunda vez había visto en sus ojos una sombría amenaza.

Procurando olvidar el odio implacable que se leía en las azules pupilas, Diana se reunió con Mimí, para comunicarle la nueva habilidad de Pachá.

—Podemos usar esa llamada en nuestro número —sonrió la trapecista—. Alí es un leal amigo. Sin duda, adiestró a Pachá para dar más brillo al acto que nosotras preparamos.

Unos minutos antes de que se iniciara la función del circo, Alí anunció a Diana:

—El cuerno de marfil desapareció.

—¡Qué extraño! —murmuró Diana—. ¿Lo ha buscado bien?

—Sí.

—Quizás aparezca más tarde, Alí. Me llevo a Pachá.

El elefante caminó con su pesado andar junto a la esbelta figura de Diana.

—Mi buen Pachá, —murmuraba la joven—. Esta noche obtendremos un gran triunfo.

Pero alguien, en la sombra, había planeado una vil intriga para malograr el número de Mimí Duval. Pachá, inquieto, se detuvo. Sacudió con nerviosidad sus grandes orejas.



Pronto se iniciaría la función del circo.

(CONTINUARA)

El fantasmita

TERRIBLÍN, COMO UNA SÁBANA
QUALQUIERA, ESTÁ COLGADO
DE UN CORDEL, SECÁNDOSE AL
SOL, CUANDO VE ALGO QUE LO
ASOMBRA.



AUNQUE VEO TODO AL REVÉS,
RECONOZCO A ESOS PICAROS.

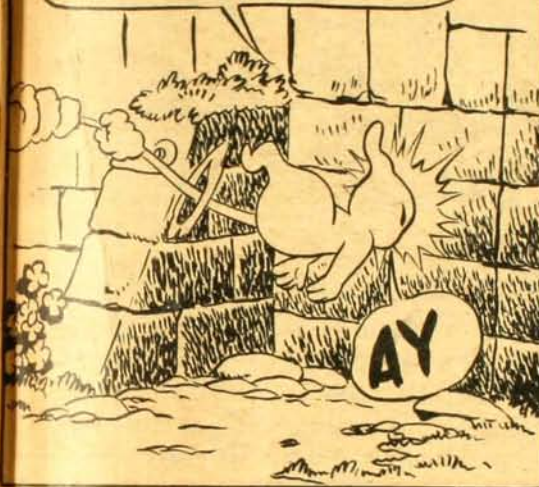


NO HAY DUDA. SON
DE LA BANDA DEL
COJO FALSO.



EL FANTASMITA ILEGÓ PLACÉ

¡AY! ¿CUÁNDO APRENDERÉ A
ATRAVESAR PAREDES?



A VER, PENSEMOS. ¡OH, UNA
IDEA LUMINOSA! ENTRARÉ
POR OTRA PARTE.



¿HACIA DÓNDE IRÁN?
LOS SEGUIRÉ.



LOS BANDOLES
IRAN AL CASTILLO Y UNO
DE ELLOS PRESIONA UN BOTÓN
NO MUY SECRETO

¡ENTREN
RÁPIDO!



¿Y ESTE
BICHO QUE
VUELA?

VOLANDO HACIA EL TORREÓN
ENTRARÉ DE UN SOPETÓN

¿DÓNDE ENCONTRARÉ A ESOS
BANDIDOS?



¿AL MARQUÉS
Y A SUS COR-
TESANOS?
ALLÁ.

CONTINUARÁ

BUFALO BILL

CAPITULO X. AGUA DE FUEGO



No se preocupe de esa peste, mi general.



Tenemos una tarea más urgente.

1. Búfalo Bill, el general Custer y Juana Calamidad salvaron a Bob Moron, que era perseguido por los pieles rojas. Cuando Búfalo Bill lamentó haberlo rescatado, Custer intentó detener al traficante de licor, pero éste huyó. "—Déjelo, mi general —dijo el explorador—. Vamos al campamento de los cheyenes."



Tengo un plan para apoderarnos de los vagones.

2. Era mucho más importante recobrar los vagones con licor que los indios robaron a Bob Moron. Ese alcohol, bebido por los cheyenes, podía desencadenar una guerra. Al llegar al reducto indio, Búfalo Bill propuso: "—General, aparezca por esas colinas para atraer la atención de los cheyenes".

Allá veo el regimiento fantasma. Vamos, Bill. Es hora.



3. "—Haga todo el ruido que pueda y mientras usted se afana por parecerse lo más posible a un regimiento, Jane y yo nos apoderaremos de los vagones." Acordado el plan, la marcial figura de Custer, montado en su espléndido alazán, apareció en la cumbre. Su revólver tronaba.



¡Los rostros pálidos!



¡Muerte a los malditos blancos!

4. "—¡Los rostros pálidos nos atacan! —gritó Lobo Aullador—. Los malditos blancos vienen a robarnos el agua de fuego." Los bravos de la tribu saltaron a sus cabalgaduras y minutos después cabalgaban monte arriba, lanzando salvajes aullidos y blandiendo sus *tomahawks* (hachas de guerra).



BUFAILO BILL



5. Jane y Búfalo Bill irrumpieron entonces en el campamento. El jefe Cuchillo Quebrado les vio. Intentó detenerlos, seguido de varios guerreros. Los puños del explorador y el látigo de la valiente colona abrían camino. "—¡Engancha a Torbellino y a Negrita, Jane!", gritó Búfalo Bill.



7. "—Okey, Jane —respondió él—. Nos llevaremos al jefe." Colocó sobre sus hombros a Cuchillo Quebrado y corrió con él hacia el carromato. "—Los vapores del ron prolongarán tu sueño", sonrió, lanzándolo al vagón. En seguida rechazó a un guerrero que intentaba detenerlo.



6. Un potente golpe del rey de la frontera dejó inconsciente al jefe cheyene. De pie ante aquel cuerpo inerte, Búfalo Bill disparaba sus armas, con fría serenidad. Ningún guerrero pudo acercarse a él. Jane anunció: "—¡Ya, Bill! Los vagones están listos para partir cuando tú quieras".



8. Sobre la colina se unió a la caravana el "regimiento" Custer y su mascota Héroe, que eran perseguidos por los guerreros. "—El plan resultó perfecto —dijo Búfalo Bill—. Ahora sólo nos falta dejar perdidos a nuestros perseguidores. ¡Más rápido, Torbellino! ¡Vuela, Negrita!"

(CONTINUARA)



LA AMIGA DEL PIEL ROJA

CAPITULO XIII.—*Viviana encuentra a su padre.*

—¡Qué maravilla! —exclamó Viviana, al divisar aquel templo indígena que coronaba la montaña.

Entre la profusión de ídolos de piedra, marfil y madera los viajeros divisaron, como guardián del templo, a un enorme león, cuya inmóvil postura le asemejaba a las estatuas. Al sentir ruido de pasos, la fiera se levantó, movió la cola y miró con pupilas centelleantes a los invasores del sagrado templo.

—No dispare, hombre blanco —dijo Ciervo Veloz a Juan Montal—. Ese león es el fiel guardián de *Aguila Gris*. El gran jefe está aquí.

—¿Quién es *Aguila Gris* y qué clase de hombre es? —interrogó Viviana.

—Ya lo sabrá la cervatilla blanca —indicó Ciervo Veloz—. Síganme todos.

El león rugió y su lomo se enarcó a pocos pasos del piel roja; en seguida movió la cola y dejó pasar al grupo de exploradores.

Flor de Luna, aterrorizada por la fiera, se colgaba del brazo de Viviana, en tanto que Juan Montal apretaba nerviosamente su rifle. Así llegaron hasta una grande y maciza puerta.

—¡*Aguila Gris*! —gritó Ciervo Veloz.

—¿Quién llama? —respondió una voz trémula.

—Ciervo Veloz, el hijo del jefe *Nube Roja*.

—Ciervo Veloz —balbuceó la temblorosa voz—, el hijo de mi

RESUMEN: Viviana Montal y su tío Juan, viajan por las montañas del Alto Canadá en busca del explorador Edmundo Montal, misteriosamente desaparecido. Ciervo Veloz y su hermana Flor de Luna son sus amigos. Antonio y Malva Forter, sus enemigos. Interviene también el patrullero Aliro Cortis, quien pretende capturar al piel roja Ciervo Veloz. Tras muchas aventuras, llegan a la montaña sagrada de los pieles rojas...

gran amigo... He estado muy enfermo... Entra sin temor; mi fiel guardián no te hará daño.

El león había seguido a los visitantes cual un manso animal doméstico.

La escena que se presentó a la vista de Viviana fué patética. Sobre un lecho de campaña yacía un individuo de cabellos blancos y prematuramente envejecido por la enfermedad y los sufrimientos. Su indumentaria indígena y el aderezo de plumas estaban junto a la cama.

—¡Padre mío! —exclamó Viviana con dolorosa emoción.



A pesar de su demacrada fisonomía, Viviana le reconoció:

—¡Padre mío! —exclamó la niña, con dolorosa emoción.

—¡Edmundo! —murmuró Juan Montal.

—Viviana, Juan —suspiró el solitario del templo indígena—.

¿Estaré soñando otra vez?

—No estás soñando, padre mío —murmuró Viviana, cogiendo las manos del anciano—. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Por qué no enviabas noticias tuyas en estos últimos años?

—¿Años dices tú? —respondió Edmundo Montal, con honda angustia—, Esos años se han borrado de mi mente. Luché para de-

fender una aldea indígena y ayudé a la valiente tribu de mi amigo *Nube Roja*. Me di un terrible golpe al caer de un caballo y lo demás se borra de mi memoria como una pesadilla.

Ciervo Veloz avanzó entonces erguido y ceremonioso.

—*Águila Gris* —dijo el muchacho—, amigo de mi padre, el gran jefe *Nube Roja*, yo te saludo. Ciervo Veloz también ha buscado al hombre blanco, que mi padre amaba, y por fin le encontró.

En seguida, doblando la rodilla, el gallardo piel-roja exclamó:

—*Águila Gris*, he venido a conocer la verdad.

Edmundo hizo un esfuerzo para responder, pero sólo consiguió decir:

—Agua, agua.

Ciervo Veloz llevó a los labios del anciano una jarra que estaba junto al lecho.

—Escucha, Ciervo Veloz, y tú también, Viviana —dijo por fin Edmundo Montal—. Estuve muy enfermo. Un fiel criado me trajo aquí. Salió en medio de una gran tormenta y no volvió. Antes yo vivía con el resto de la tribu *choama*, pero estas pieles rojas fueron desapareciendo, perseguidos por salvajes *paunis*.

—¿Quién mató a mi padre, el gran jefe *Nube Roja*? —preguntó Ciervo Veloz—. ¿Un indio enemigo o un hombre blanco?

—Un hombre blanco.

—Amigo de mi padre, buen *Águila Gris*, dime su nombre —suplicó Ciervo Veloz.

Hubo un instante de silencio. El anciano parecía extenuado, pero de pronto se incorporó en el lecho y dijo claramente:

—Forter... Antonio Forter, bandido y renegado. El amotinó a los indios *paunis* para quitar a los *choamas* su tesoro.

—Forter —murmuraron al unísono Viviana y Juan Montal.

Ciervo Veloz había levantado sus brazos al cielo mientras su faz radiaba como la de un iluminado.

—Ciervo Veloz ha escuchado —exclamó el muchacho con voz potente—. Entonces acusaron falsamente a un patrullero.

—Fue una mentira —dijo el enfermo—. La patrulla trató de hacer cesar la lucha entre *paunis* y *choamas*, y entretanto Antonio Forter robó el uniforme de un patrullero para matar a *Nube Roja*.

—¿Comprendes ahora que un patrullero no es un asesino? —dijo Viviana a su amigo.

—Ciervo Veloz comprende —respondió el piel roja—. Mi padre *Nube Roja* será vengado y el tesoro de los *choamas*...

Un grito de Flor de Luna interrumpió a Ciervo Veloz.
—Allá vienen los *paunis* —dijo la india—, con Antonio Forter a la cabeza. Están todos armados.

Ciervo Veloz corrió a la puerta del templo indígena. Una nube de flechas cayó a su lado; una de éstas se clavó en su hombro, a tiempo que Juan Montal y Viviana obligaban a retroceder al valiente muchacho.

Juan y Viviana cerraron la puerta y colocaron todos los cerrojos. Tras ella la voz de Antonio se alzaba con tonalidades victoriosas.

—Todo ha terminado, Ciervo Veloz —decía el malvado Forter—. Juan Montal, abre la puerta y entrégnos al piel roja.

—¡Jamás! —respondió Juan Montal.

—¡Les doy tres minutos para reflexionar! —gritó Antonio Forter—. Si no entregan a Ciervo Veloz, incendiaré el templo.

Viviana miraba horrorizada el lecho de su padre inválido y enfermo.

Ciervo Veloz, sin preocuparse de su hombro herido, estaba colocando una flecha en su arco. Sus negras pupilas brillaban como ascuas.

—Abran la puerta —ordenó el intrépido indio—. Ciervo Veloz irá a enfrentarse con sus enemigos.

Viviana y Flor de Luna no le dejaban moverse.

De nuevo resonó la voz airada de Antonio Forter.

—¿Estás ahí, Ciervo Veloz? —decía el bandido—. Entrégamelo, Juan Montal, o moriréis todos.

—¡La sangre de mi padre *Nube Roja* clama venganza! —gritó Ciervo Veloz—. Odiado rostro pálido, allá voy.

—No saldrás —expresó Juan Montal—. Ellos te matarán a ti, Ciervo Veloz.

El joven piel roja parecía una fiera acorralada. La sangre de su herida manchaba su blusa de cuero y sus fuerzas flaqueaban. Flor de Luna, arrodillada junto a su hermano, curaba su herida y acariciaba sus negros cabellos.

Entretanto, el cadavérico Edmundo Montal se había levantado de su lecho y vestía su indumentaria de piel roja.

—Viviana, hija mía —murmuró el enfermo—, dame el fusil. Está en ese rincón, y llama a Juan. Necesito hablarle.

—Padre mío, no tienes fuerzas —suplicó Viviana.

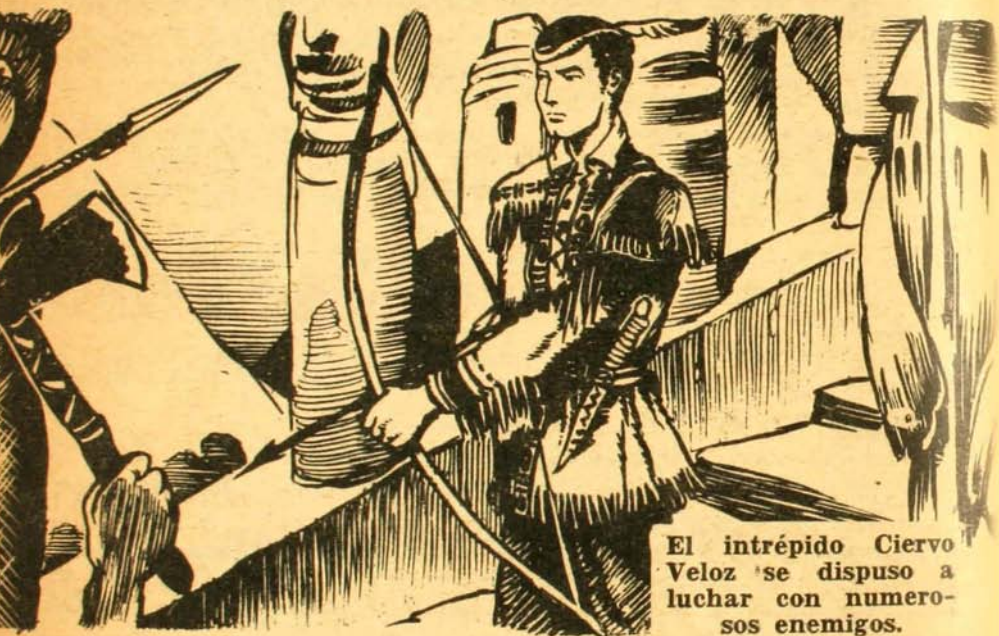
—Hay que proceder —dijo Edmundo Montal, dando algunos pasos—. Cada minuto es de vital importancia.

Viviana corrió en busca de su tío Juan, quien montaba guardia en la puerta.

Ambos se acercaron a Edmundo Montal.

—Juan —expresó *Aguila Gris*—, conozco a los indios *paunis*. Son feroces, y, guiados por Antonio Forter, no tendrán piedad de nosotros. Debemos huir todos.

—Forter ha pedido que le entreguemos a Ciervo Veloz —explicó Juan—. El muchacho quiere salir...



El intrépido Ciervo Veloz se dispuso a luchar con numerosos enemigos.

—Está loco, pero es una locura semejante a la de su valiente padre *Nube Roja* —dijo Edmundo—. No debe salir...

Fue interrumpido por un grito de Flor de Luna y el salvaje alarido de los *paunis*.

—No pude sujetarle —sollozaba Flor de Luna.

Juan Montal cogió su fusil avanzando hasta la puerta, pero los indios le obligaron a retroceder. Viviana alcanzó a divisar a Ciervo Veloz erguido en la escalinata del templo desafiando las flechas de sus enemigos.

Dos, tres veces vibró su arco y su flecha cayó en medio de los

atacantes, pero se vió dominado por el número y dos indios le arrastraron escalinata abajo.

—Ciervo Veloz vencido —gimió Viviana—, ¿qué podemos hacer nosotros?

Juan Montal intentó abrir la gran puerta para seguir a Ciervo Veloz, pero comprobó que la habían cerrado por fuera con las barras de metal.

—Forter nos dejó encerrados —murmuró Juan—. Cumplirá su amenaza de incendiar el templo. Ciervo Veloz hizo en vano el sacrificio de su vida.

Flor de Luna lloraba como si su corazón se rompiera a pedazos.

—Algo tenemos que hacer —decía Viviana—. No es posible que todo esté perdido.

—Tienes razón, hija mía —respondió Edmundo Montal—. Aún no está todo perdido. Hay una esperanza de salvar a Ciervo Veloz si no perdemos tiempo.

—Mi pobre hermano —suspiraba Flor de Luna—. Antonio Forter le matará como mató a nuestro padre el gran jefe *Nube Roja*.

—Yo lo salvaré —declaró *Aguila Gris*, haciendo esfuerzos por caminar en la estancia—. Ven, Juan, ayúdame.

Aguila Gris se detuvo en medio del cuarto y golpeó una baldosa con su rifle. Se escuchó un sonido hueco.

—Cuidado, Edmundo —exclamó Juan al ver que su esquelético hermano vacilaba sobre sus pies y tambaleaba.

(CONTINUARA)

Correspondencia

LUMINANDA MATUS.—Agradecemos sus felicitaciones por el éxito de esta pequeña gran revista, "SIMBAD". Nato agradece sus elogios por "Ponchito" y "Pelusita".

ANA SANDOVAL.—Usted considera a "SIMBAD" la revista infantil más bonita del mundo. Le agradecemos su concepto y nos complace saber que vamos obteniendo un éxito creciente entre los niños.

WLADIMIRO VARGAS.—Ya sabemos que en Iquique todos los niños se mueren por "SIMBAD". Pedire-

mos a los agentes que les proporcionen a tiempo su querida revista.

CARLOS FUENTES.—También los temucanos son adictos a esta pequeña gran revista "SIMBAD" y a sus lindas novelitas. Esperamos que haya tenido suerte en el sorteo.

LUCIA TRUJILLO.—La directora de "SIMBAD" es Elvira Santa Cruz, conocida con el seudónimo de Roxane. Fué directora de "El Peneca" durante treinta años.

ROXANE.

Ponchito



Estos dibujos están hechos especialmente para colorear:

1. amarillo; 2. rosa; 3. celeste; 4. azul; 5. rojo; 6. verde

NATO

IVES EL LOBO



Restregó su gran ca-
beza rojiza contra
las piernas del héroe.



Ives el Lobo, siguiendo las huellas del traidor Gaurán, percibió los aullidos de sus hermanos los lobos. Respondió a aquel grito salvaje y esperó que la manada acudiera a su llamada.

Bajo los pinos coronados de nieve aparecieron las fieras. Los labios del doncel emitieron un sonido suave. Después caminó hacia la horda, con paso lento y cauteloso. En sus ojos fulguraba la misma fiera que ardía en los ojos de los caninos.

Esa expresión se dulcificó pausadamente. El jefe de los lobos, vencido por el poder misterioso de aquel hermano a quien no conocían y que venía de la manada de los hombres, se acercó a él y restregó su gran cabeza rojiza contra

las altas piernas. Ives, arrodillándose, sobre la nieve, cogió entre sus manos la cabeza fraternal y susurró:

—Sígueme, hermano lobo. Sígueme con tu manada.

Manteniendo su mano sobre el cuello de la fiera, empezó a correr. Detrás de ellos se desplazó la gran masa oscura que formaban los lobos.

El vigía del castillo en ruinas, donde se refugia-

ban los desterrados de Ergil, vió aquella escena fantástica: un doncel que corría ágilmente seguido por una horda silenciosa. Su asombro fué tan profundo, que no tuvo aliento para hacer resonar el cuerno de alarma.

Al sentir la proximidad de otros hombres, los lobos se detuvieron al pie de la muralla, gruñendo sordamente. Ives dió suaves golpes en el flanco del jefe. La manada se calmó entonces y penetró al castillo.

Mudos de asombro, los barones, agrupados en la torre, miraban a Ives y a su inquietante escolta.

El Hijo del Lobo recogió del lecho de la princesa las pieles que le servían de abrigo y las acercó al lobo cabecilla, para que las olfateara. En seguida las lanzó entre la horda, a fin de que todas las fieras conocieran aquel aroma suave, cuyo rastro debían seguir sobre la nieve.

El gran lobo recorrió el enorme patio. De súbito se detuvo y, erguido, con la piel erizada, lanzó un largo aullido. ¡Había encontrado la pista!

Ives se aprestó a partir, colocándose junto al lobo. Los demás se situaron también, dispuestos para la marcha. Los vasallos de la princesa Guenal, comprendiendo que en ese instante se iniciaba la búsqueda, cogieron sus arcos. Pero al verles avanzar, los lobos gruñeron. No querían más hombres cerca de ellos. El único que aceptaban era Ives, un hermano que vivía entre los humanos, pero que creció, sin duda, en una camada de lobos.



Seguido por las fieras, emprendió la marcha.



(El lobo olfateó las pieles que habían abrigado a la princesa.)



—Esta es tarea de lobos —sonrió Ives.

—Esta es tarea de lobos —sonrió Ives, deteniendo con un gesto a los barones, que permanecían indecisos.

En seguida, sin advertir la expresión pesadosa de los desterrados, se alejó velozmente. Sus huellas en el camino eran borradas casi instantáneamente por el confuso tropel de garras. Un rabioso coro de aullidos poblaba el aire. El jefe de los lobos corría en línea recta hacia la floresta.

A tres o cuatro leguas de distancia, el tirano Gaurán obligaba a la princesa Guenal a caminar con rapidez.

Habían cruzado ya la selva y avanzaba ahora por los pantanos helados. Los pies descalzos de Guenal sangraban.

—¡Maldición! —rugía Gaurán—. ¿No creciste en un bosque salvaje, entre rudos árboles y sobre una tierra áspera? Debieras tener la resistencia de una plebeya.

Ató un cordón de cuero a la mano azulada de frío y con una cruel sonrisa prosiguió:

—Así podré alzarte cada vez que caigas. Animo, princesa. En el castillo de Ergil, *mi* castillo, podré ofrecerte un descanso digno de tu estirpe real.

Siguieron caminando, penosamente. Con una rápida mirada a aquel rostro blanco, semidescubierto por los dorados cabellos, Gaurán reflexionó:

—Quizás no sea mala idea ofrecerte mi nombre. Así los estúpidos rebeldes tendrían que aceptarme como rey indiscutible. ¿O piensas quizás en otro príncipe consorte? ¿Alguien que tiene en su escudo la cabeza de un lobo?

Como si aquellas palabras fuesen un conjuro, se oyó en la lejanía un vibrante aullido. Luego un coro endemoniado resonó con salvaje intensidad. Palideciendo, Gaurán murmuró:

—¡Lobos! Princesa, debes apresurar tu paso o te dejaré abandonada, para que esas fieras te devoren.



Con impaciencia, la arrastró detrás de él. Llegaron a la ribera de un río congelado. Sobre aquella superficie fría, Guenal cayó sin fuerzas.

—¡Vamos! —urgió su verdugo—. Ya has oído mi amenaza. Levántate, reina maldita.

Mientras tanto, los lobos se detenían al borde del pantano. El agua había absorbido los olores. Pero la fiera logró aun orientarse y reanudó la persecución. Minutos después, luego de atravesar el río, avistaban un laberinto de rocas.

Gaurán obligaba a su prisionera a escalar los peñascos. Guenal vaciló. No oía ya los latidos de su corazón y cerró los ojos, vencida.

(CONTINUARA)

LISTA DE PREMIADOS EN NUESTRO GRAN SORTEO DE FIESTAS PATRIAS

27850	1 servilletero	32036	1 par de calcetines
28123	2 cuadernos	32224	1 servilletero
28215	2 cuadernos	32391	1 par de calcetines
28602	1 servicio de té (de juguete)	32579	1 pelota de goma
28802	1 pelota de goma	32663	1 acuarela
28814	1 delantal	32682	1 servicio de té (de juguete)
28870	2 cuadernos	32731	1 muñeco de goma
28871	1 pato Donald	32784	\$ 200
28876	1 servilletero	32785	\$ 200
28987	1 acuarela	32798	1 BICICLETA
30034	1 billetera	32861	1 muñeco de goma
30074	1 pelota de goma	32933	1 acuarela
30240	1 par de calcetines	32935	1 pelota de goma
30406	1 muñeco de goma	33024	\$ 200
30446	\$ 500	33041	1 billetera
30456	1 pelota de goma	33043	2 cuadernos
30687	1 billetera	33160	1 billetera
30772	1 muñeco de goma	33234	2 cuadernos
30953	1 servicio de té (de juguete)	33423	1 par de calcetines
31522	1 muñeco de goma	33616	1 muñeco de goma
31195	\$ 200	33770	1 delantal
31491	1 pelota de goma	33871	1 billetera
31546	\$ 200	33775	1 delantal
31559	1 caja de lápices de colores	33783	1 servilletero
32021	1 servicio de té (de juguete)	33993	1 pelota de goma
32023	1 servicio de té (de juguete)	33996	1 pato Donald
		34105	\$ 200
		34234	\$ 200
		34265	1 billetera

(CONTINUARA)

GRANDIOSO de SORTEO MAYO

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

\$ 300.000.-

PREMIOS MAYORES: DOS BICICLETAS, RADIOS, PELOTAS DE FUTBOL, PATINES, BLUE-JEANS, JUEGO DE LUDO, LOTERIA, JUGUETES VARIOS, JARDINERAS, MUÑECAS, LAPICERAS FUENTE, PORTADOCUMENTOS, CINTURONES, PISTOLAS DE JUGUETE, PREMIOS EN DINERO, BOLSAS CON BOLITAS y muchos premios más.

Para obtener cualquiera de los obsequios enumerados sólo tendrás que juntar los cupones que aparecen semanalmente al pie de esta página. Por cada serie de CINCO cupones numerados, del 1 a 5, obtendrás un BOLETO para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" el 26 de mayo próximo.

Y AHORA, LECTORES, A JUNTAR MUCHOS BOLETOS PARA GANAR ALGUNO DE LOS REGALOS QUE "SIMBAD" OFRECE EN ESTE GRANDIOSO SORTEO DE MAYO.



Cupón N.º 5 — Serie 1

GRAN SORTEO DEL
26 de mayo.

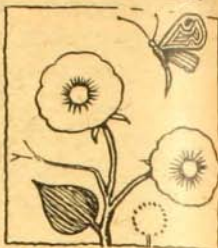
Cupón N.º 5 — Serie 1

5 de octubre de 1955.

¿LO SABES TU?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:

¿Desde cuándo y hasta cuándo dura la primavera?



Solución a "SIMBAD" 316. La ciudad de Santiago se fundó el 12 de febrero de 1541.

Entre los niños que enviaron soluciones exactas salieron favorecidos los siguientes nombres: CON CINCUENTA PESOS: Hernán Guzmán, San Fernando; María Araya, Santiago; Héctor Miranda, Santiago; Leonardo Ibáñez, Los Andes; Nancy Moya, Curicó; Higinio Moral, San Fernando; María de la Luz Figueroa, Santiago; Ivonne Osorio, Angol; Arturo Vadede, Santiago; Ruth Talamilla, Cabildo.

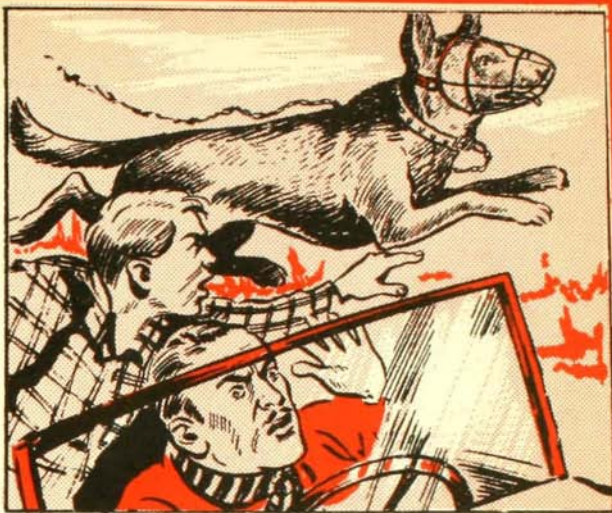
SUBSCRIPCION TRIMESTRAL: Hugo Latorre, Machalí; Marcela Fuentes, Santiago; Valeria Ramírez, Santiago; Patricio Campos, Isla de Maipo; Teresa Canales, Valparaíso; Ximena Peña, Linares.

UN LIBRO: Rebeca Pessa, Valparaíso; María L. Amunátegui, Santiago; René Ibaceta, Villa Alemana; Adriana Vásquez, Talca; Francisco A. Martínez, Concepción; Richard Orellana, Valparaíso; Anita Kroyer, Talcahuano; Carlos M. Corrales, Santiago; Miguel Marín, Talcahuano; Alvaro Espinoza, Quillota.

Los niños de Santiago, pueden retirar sus premios diariamente, de 10 a 13 horas, en Avda. Santa María 076, 2.º piso. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 318



3. El auto corría en línea paralela a un tren. En la plataforma de ésta viajaba una niña rubia. “—¡Qué hermoso perro! —murmuró la viajera—. Los hombres parecen malos. Le han colocado un bozal.” Kim la vió desde lejos y, creyendo que era Alicia, saltó con un gran impulso.



4. La carretera estaba situada a mayor altura que la vía ferroviaria. El audaz Kim calculó el salto y cayó dentro de un vagón de carga, mientras Lisandro y su cómplice Felipe quedaban petrificados de asombro. La viajera corrió al encuentro de Kim, gritando: “—¡Has huído de ellos! ¡Eres admirable!”

(CONTINUARA)



Simbad

N.º 319

LA AMIGA DEL
PIEL ROJA

\$ 20.-





CAPITULO XIV.—OTRO CIRCO

1. Lisandro y su cómplice Felipe capturaron a Kim. Este saltó a un tren en marcha porque había divisado en la plataforma a Carolina Maden, una niña rubia, a quien confundió con su amita, Alicia Landy. No era ella, pero la viajera decidió protegerlo.



2. Cuando el tren llegó a la estación, Felipe y Lisandro reclamaron al inspector. Este les dijo: “—Lo lamento, señores. He registrado todo el tren y el perro no aparece. Aquel canasto con ropas es para el circo. Pueden llevárselo”. Carolina, al oír esas palabras, quedó anonadada.

(Continúa en la penúltima página.)

El país de las maravillas

CAPITULO IX.—Fido cuenta una historia

Alina y Maritza quedaron algo consoladas con la visita del hada Fidelia y solemnemente juraron así:

—De cerca, como de lejos, siempre como hoy día, nos amaremos hasta la muerte.

Pero desgraciadamente el destino debía cumplirse.

La rubia Alina, acompañada de su primera dama de honor y de un viejo caballero que representaría a su padre en la boda, debía partir a las lejanas tierras africanas, donde se desposaría con el negro sultán Rurur. La morena Maritza, acompañada también por una dama y un caballero, debía dirigirse a las tierras nevadas de Noruega, donde se casaría con el albino y frío príncipe Kovna. Después de tiernos adioses a sus padres, a sus vasallos e institutrices, Alina y Maritza subieron a las calezas que debían conducir las respectivamente a diversas y apartadas regiones.

El último adiós de las princesas Alina y Maritza fue conmovedor y motivo para renovar sus juramentos de fidelidad.

Los dos cortejos eran magníficos. El del sultán Rurur superaba en deslumbrante fastuosidad, y el del príncipe Kovna, en fina elegancia y buen gusto.

Las literas de las princesas iban rodeadas de séquitos proporcionados por los reyes Alberico y Karini. Maritza iba, además, escoltada por lebreles del palacio de Mármol Rosa, y Alina llevaba en su litera dos cisnes, que se mostraban orgullosos de ser compañeros de la bella princesa.

En el momento de partir, y cuando los reyes Alberico y Karini unían sus lágrimas a las de los cortesanos, un perrito se dejó caer a la litera de Alina, atropellando a uno de los cisnes.

—¿Qué es esto? —gritó Alina.

—Soy yo, el quiltro Fido —dijo el roñoso perro sentándose fren-

Año VII - 12-X-1955 - N.º 319

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane)

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

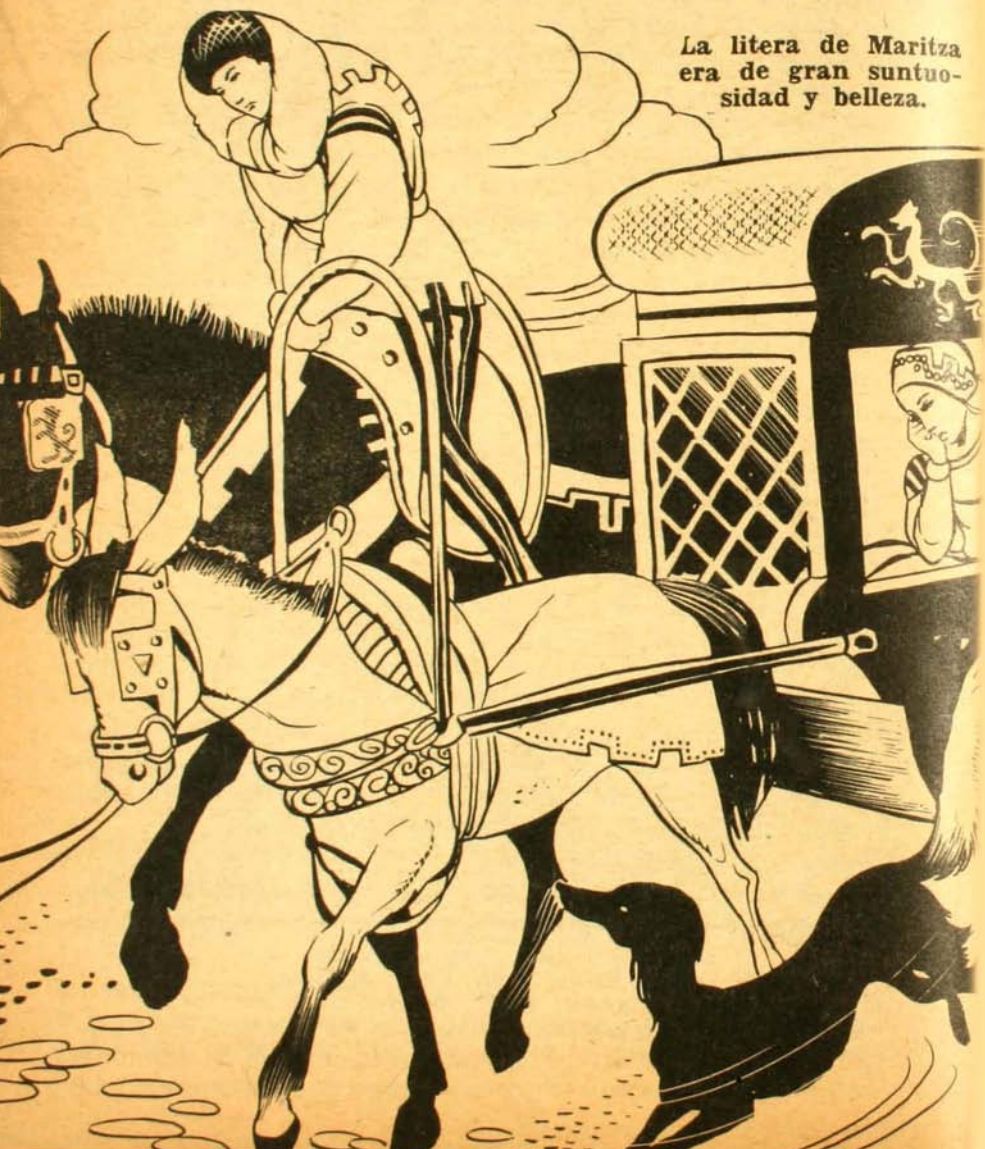
Recargo por vía certificada. Anual: \$ 60. Semestral: \$ 30.

Subscripción en el extranjero: Anual: US\$ 2,10. Semestral: US\$ 1,05.

te a la rubia princesa—. Todos los lebreles han seguido a la princesa Maritza y yo pensé que tal vez podría serte útil y servirte de compañía en tu largo viaje.

—Mi querido Fido —suspiró Alina—, es el hada Fidelia quien te ha enviado. Me habría aburrido tanto con estos negros. Tú serás mi único amigo. Yo te lavaré y peinaré para no dejarme

La litera de Maritza era de gran suntuosidad y belleza.



dominar por la pereza que es mi triste defecto. —Y te referiré lindas historias —asintió Fido—. Y su mayor mérito es que son historias reales.

—¡Qué felicidad! —murmuró Alina—.

¿Quieres empezar a contarme un cuento inmediatamente? El camino me parecerá más corto.

—Bien —dijo el quiltro Fido, acomodándose sobre los cojines de la litera—. Había una vez en un reino muy rico y muy feliz una pareja de jóvenes príncipes que

se querían mucho porque eran hermanos gemelos. Uno se llamaba Claudio y era valiente, vigoroso y alerta como el semidiós Aquiles; el otro se llamaba Cristián, y era delicado, sensible y bueno. Cuando murió el padre de estos jóvenes, el pueblo se consideró incapaz de escoger entre los dos príncipes cuál debía ser su rey, y entonces sus súbditos les suplicaron que continuaran gobernando juntos en el reino de Carelia.

—¡Cielos! —exclamó Alina, emocionada—. ¿Qué cuento es éste? —Un cuento que es una historia verdadera —respondió Fido—. Bueno, pues, ambos príncipes reinaban juntos y todos eran felices en Carelia. Pero un día el primer ministro, que era un hombre muy sabio, dijo a los dos príncipes:

—Majestades, por muy perfectos que sean ustedes como gobernantes, es preciso que cumplan un deber primordial para este reino. Deben pensar en casarse para asegurar el porvenir de Carelia.

Claudio y Cristián respondieron que eran muy felices y que no deseaban cambiar de estado.

—Un reino no debe carecer de reina —insinuó el viejo minis-



La rubia Alina llevaba por compañeros de viaje a sus queridos cisnes.

tro—, y también hay que pensar en que si alguna desgracia les ocurre, no tendremos quién herede el trono.

—Ante todo —dijo Claudio—, nosotros no queremos separarnos.

—Por ningún motivo —asintió Cristián—. Y si buscamos esposas, ellas pueden turbar nuestra amistad, querer predominar la una sobre la otra y sembrar cizaña entre nosotros.

—Por cierto —exclamó Claudio—; serían ellas las manzanas de la discordia y nos harían infelices.

”El primer ministro no se atrevió a insistir; pero con mucha diplomacia comenzó a indagar en todas las cortes extranjeras la edad, el carácter y belleza de las princesas solteras que pudieran aspirar a la mano de sus jóvenes soberanos.

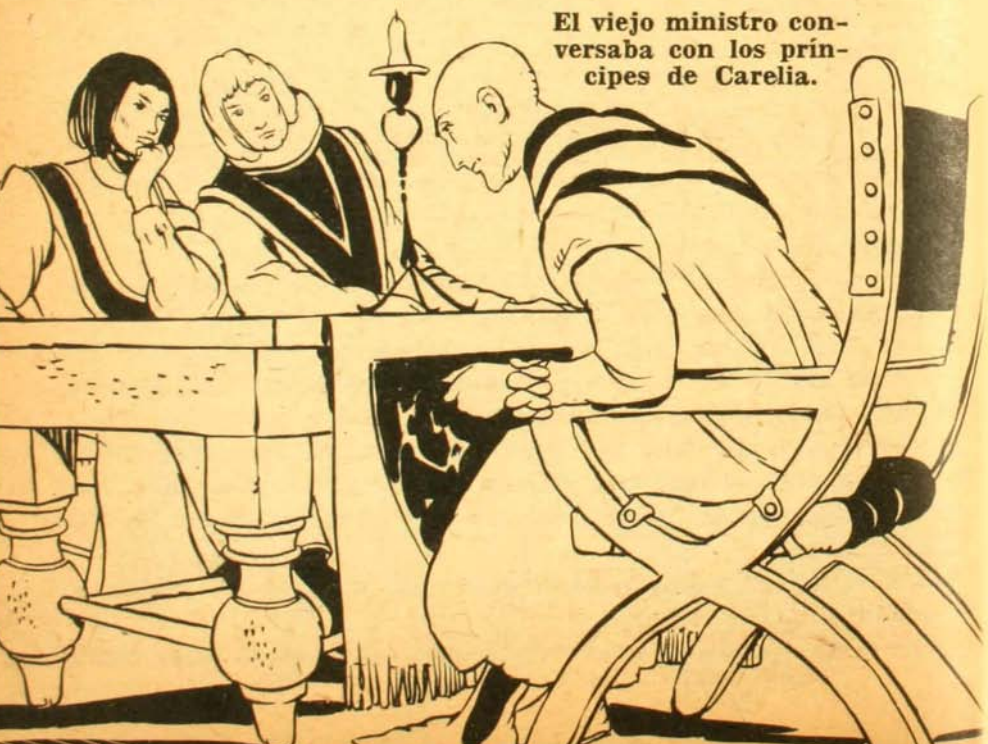
”Llegaron centenares de retratos de lindas jovencitas de la nobleza; pero ninguna satisfacía a los príncipes de Carelia.

”Por fin un día el primer ministro llegó con dos fotografías que llamaron la atención de los príncipes Claudio y Cristián.

La rubia Alina, reclinada sobre los mullidos cojines de la litera, escuchaba el interesante relato del quiltro Fido.

—El primer ministro, como iba diciendo —prosiguió Fido—, en-

El viejo ministro conversaba con los príncipes de Carelia.



regó a los príncipes Claudio y Cristián esos dos retratos y les dijo: —Escuchen ust e d e s, queridos príncipes: estas fotografías representan a dos bellas primitas que han jurado no separarse jamás. Sus padres han decidido casarlas, pero no quieren que ellas efectúen su elección por el título ni por la fortuna de sus pretendientes. Todos los aspirantes a la mano de las princesas ocultarán su nombre y tomarán el seudónimo de una flor...



Alina escuchaba la historia que le refería el quiltro Fido.

—Qué idiota eres —protestó Alina—, estás contándome mi propia historia, Fido. Yo la conozco mejor que tú.

—Paciencia, paciencia —replicó el astuto perrito—. Hay algunas cosas que tú ignoras, princesa Alina. Bueno, pues, los príncipes Claudio y Cristián de Carelia se inscribieron en la lista de pretendientes de las bellas primas. Todo parecía que resultaría de lo mejor y, según se veía, la princesa morena escogería al príncipe Claudio y la rubia...

—Fido —interrumpió con impaciencia Alina—, estás contando historias por demás conocidas.

El astuto Fido levantó una mano y dijo:

—Paciencia, paciencia. Lo que tú no sabes es que las palomas debieron posarse sobre los cascos de los príncipes de Carelia y se equivocaron por causa del GENIO DE LA DISCORDIA. Ya continuaré contándote esta historia en el capítulo siguiente.

(CONTINUARA)

ATENCIÓN, LECTOR: SUSCRIBETE A "SIMBAD" Y RECIBIRAS PUNTUALMENTE EN TU DOMICILIO TU REVISTA PREFERIDA. ESCRIBE A EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A., CASILLA 84-D Sección Suscripciones, o llama al teléfono 391101.



EL BURLADOR

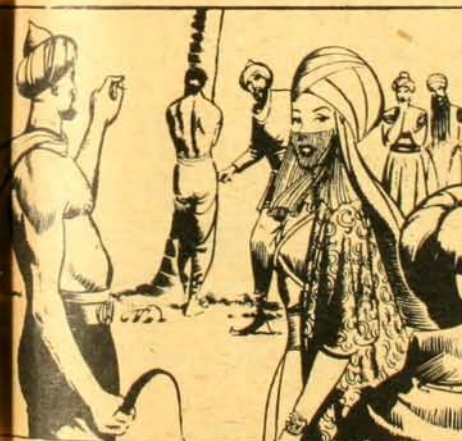
CAPITULO X.—TEMPESTAD EN EL OASIS

DE ORIENTE



1. Nasdine Hodja y Mechub fueron reconocidos por un guardia de Ispahan. Se les acusaba de burlar a los soldados del emir. El gran visir les sentenció a cien azotes. Si uno de ellos reconocía ser el más culpable, recibiría los doscientos latigazos. Una hora más tarde, Nasdine se presentaba ante el verdugo.

3. Ella, mientras el verdugo bajaba su látigo, añadió: “—¿Cuál es el motivo de este suplicio?” El gran visir, con expresión irritada, contestó: “Se burló de nuestros guardias, exponiéndolos a las risas de los mercaderes que acampaban ante las puertas de Ispahan. Es un traidor, un chacal, un cerdo...”



2. Para demostrar su habilidad, el verdugo, al primer golpe, derribó el turbante de Nasdine. Se disponía a iniciar el castigo, cuando una voz ordenó: “—¡Detente, Rafar!” Era una voz suave y, sin embargo, imperiosa. Nasdine, asombrado, alzó la mirada y vio a la princesa Yamila.

4. Relató en seguida aquel episodio, cuando los guardias quedaron cegados de arena, mientras Nasdine y Mechub huían hacia el desierto. Yamila observó: “—Yo les juzgaré. Conducidlos a mi tienda”. Cuando un servidor de la princesa cortó las ligaduras de Nasdine, el burlador de Oriente sonrió con sutil ironía.



EL BURLADOR

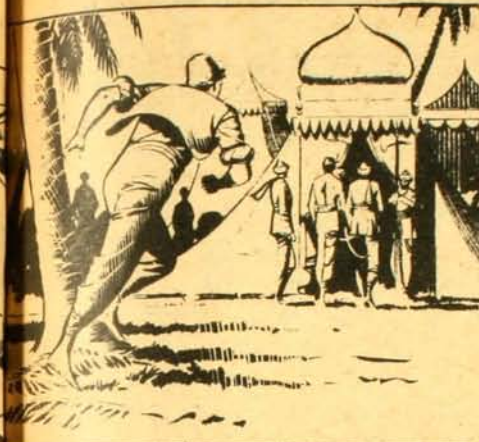


5. La noticia de que Mechub había desaparecido misteriosamente se esparció por el oasis, causando gran agitación. Por fin se descubrió al joven. Yacía atado y amordazado en una aislada tienda. Rafar, atónito, exclamó: "—¿Quién te atacó, forastero?" Mechub le dirigió una mirada furiosa.



6. Por cierto que no podía decir palabra, con sus labios presionados por la mordaza. El capitán de la guardia rugió: "—¡Desátenlo!" Apenas estuvo libre, Mechub se precipitó fuera de la tienda. Sus ojos lanzaban rayos. "—¡Por los demonios del desierto! —decía enfurecido—. ¡Me las pagará!"

DE ORIENTE



7. Nadie alcanzó a detenerlo. Con la fuerza del simún, el terrible viento de los arenales, atravesó el campamento. Había divisado a Nasdine, conducido por dos guardias. Los centinelas vieron aquel ciclón humano que se acercaba rugiendo y no tuvieron tiempo de cruzar sus lanzas.



8. Uno de los guardias atinó, sin embargo, a extender el pie. Mechub tropezó, deslizándose en seguida adentro de la tienda. Su ágil cuerpo describió una voltereta, hizo rodar vasos y cojines y finalmente quedó extendido a los pies de la princesa Yamila.

(CONTINUARA)

The illustration shows an elephant with a woman riding on its back. The elephant has a small number '8' on its forehead. To the right of the elephant, another woman stands with her hands on her hips, looking towards the elephant. The background is a simple line drawing of a landscape.

RIVALES EN EL CIRCO

CAPITULO VI.—El triunfo de Hugo.

Alí había adiestrado al elefante Pachá para que obedeciera al llamado de un cuerno de marfil. Comunicó a Diana Marcy esta habilidad del paquidermo y ella se demostró encantada.

—Podemos incluir esa prueba en nuestro número con Pachá — declaró la niña.

Faltaban pocos minutos para la presentación de las trapecistas y Diana condujo a Pachá hacia la pista. De pronto el elefante se detuvo, dando señales de inquietud. Su bramido resonó quedamente, casi apagado.

—¿Qué sucede, Pachá? —interrogó Diana, alarmada.

Vió con asombro que el elefante volvía grupas.

—¡Pachá! —llamó inútilmente. El elefante corría hacia la valla que rodeaba los terrenos del circo. Con un seco chasquido, se quebró la cerca bajo las enormes patas y Pachá se encaminó hacia el bosque cercano.

Minutos después, Jaime Libor, enfurecido, decía a Mimí Duval:

—¿Dónde está Diana? Pachá también ha desaparecido. No podemos hacer esperar al público. ¡Maldición! ¿Qué demonios sucede?

Mimí exclamó desesperada:

—No comprendo. Esta es la primera vez que Diana se atrasa.

—La primera y la última, o la despediré del circo.

Mientras tanto, Diana corría detrás de Pachá. Luego de derribar la cerca, el elefante embistió contra un grupo de árboles.

—Ha enloquecido, tal vez —susurró Diana—. ¡Qué desgracia! Debo intentar calmarlo. Quizás me reconozca.



El elefante se alejó
sin oír las voces de
Diana.

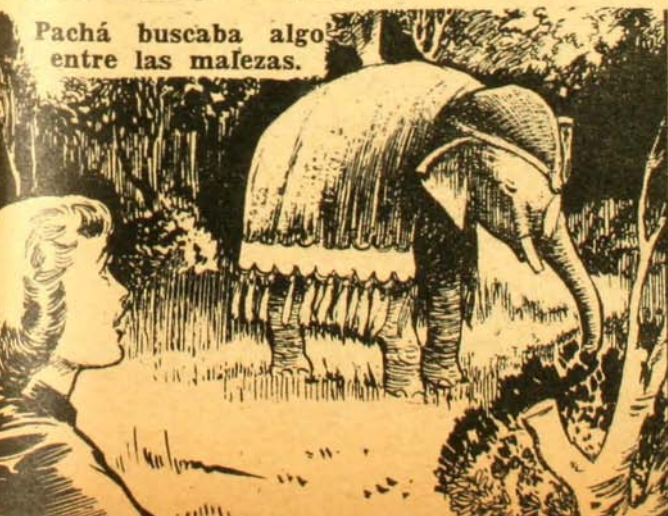
Ni por un instante penso retroceder. Corría, saltando sobre las ramas holladas por el elefante. De pronto lo divisó en un claro de la selva. Permanecía tranquilo, balanceando su trompa. Parecía buscar algo entre las malezas.

Por fin levantó un objeto blanco.

—¡El cuerno de marfil! —exclamó Diana—. Ahora comprendo. El fino oído de Pachá percibió el llamado en las profundidades del bosque. Por esto abandonó el circo.

Perpleja cogió el cuerno.

Pachá buscaba algo
entre las malezas.



Diana cogió el cuerno
de marfil.





—Puedes considerarte despedida del circo —dijo Rita con crueldad.

—Alguien lo hizo sonar para atraer a Pachá —siguió reflexionando—. ¿Quién urdió este plan?

No estaba muy distante del linde opuesto y allí distinguió marcas de ruedas.

—La persona que ideó la intriga vino en automóvil. No tengo tiempo de seguir investigando. Pachá, es preciso regresar velozmente.

Pronunció una palabra hindú. Obedeciéndola, Pachá levantó a la niña hasta su lomo. En seguida trotó hacia el circo, retornando por el camino que había abierto en su anterior fuga.

—Eres sólo una simple malabarista.

Luego de cruzar la valla, Diana desmontó y se dirigía a la pista, cuando la amazona Rita se interpuso.

—¿A dónde vas? —dijo con acento incisivo—. Mimí está trabajando en este momento... con otro compañero. A juzgar por los aplausos, él es mil veces mejor que tú.

Diana palideció:

—¿Un nuevo compañero? ¿Quién? Conocía la respuesta, aun antes de oírla:

—Hugo, el rey del trapecio.

La expresión burlesca se acentuaba en el semblante de Rita.



—Como tú habías desaparecido, él se ofreció para trabajar con Mimí. Estás desplazada para siempre. Tú sólo eres una simple malabarista. En cambio, Hugo es un as del trapecio. Riendo, añadió:

—Pachá y tú deben permanecer en tierra, mientras Hugo y Mimí cruzan el espacio.

El empresario Libor se acercó, exclamando:

—¡Por fin apareces! Por tu culpa casi sufrimos un fracaso. El público no es paciente y hubiéramos tenido que tolerar insultos y gritos de furia. Hugo salvó la situación, ofreciéndose para actuar con Mimí. Ahora llevaré a Pachá a la pista. El también está anunciado.

—Señor Libor... — balbuceó Diana—. Alguien...

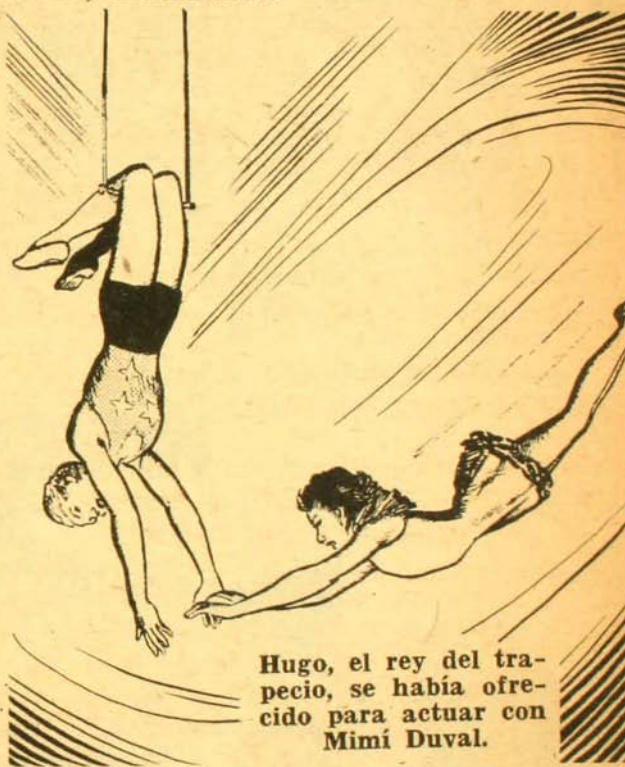
—No puedo perder tiempo oyendo explicaciones.

Se alejó, llevando a Pachá, mientras Rita sonreía con maligna alegría. Diana, humillada, guardaba silencio. Aún tenía en su mano el cuerno

de marfil. Quizás nadie le creería si acusaba a Hugo de haber alejado a Pachá minutos antes de la función.

Advirtió la malévola mirada de Rita. Tal vez ella era cómplice de Hugo.

Oía, como en un sueño, los aplausos y aclamaciones. Sobrevino un breve silencio y luego resonó un estridente grito de terror.



Hugo, el rey del trapecio, se había ofrecido para actuar con Mimí Duval.

(CONTINUARA)

El fantasmita

TERRIBLÍN ENTRA AL CASTILLO DEL MARQUÉS Y ENCUENTRA UN SOLDADO QUE HACE GUARDIA DORMIDA



PARA QUÉ LE PREGUNTO NADA A LA BELLA DURMIENTE, ME GUIARÉ SOLO.

EN LA SALA DEL TRONO, SE ENCUENTRA CON UNA SORPRESA. ¡LOS BANDIDOS INFORMAN AL MARQUÉS!



¿DECÍS QUE OS VENCIO UN ENEMIGO INVISIBLE? ¿Y QUE HAY DOS VILLANOS QUE POSEEN MONEDAS DE ORO?

¡QUÉ MARQUÉS TAN COPUHE-TO!



TAL COMO LO OÍIS, EXCELENCIA



QUIZÁS ERA UN FANTASMA EL QUE NOS ATACÓ

MIENTRAS ELLOS DISCUTEN, VISITARE EL CASTILLO. OIGO UNA MELODÍA



LA MÚSICA VIENE DE LOS SÓTANOS. ¿QUIÉN SERÁ EL PRISIONERO CANTOR?

¿QUIÉN ERES, AMIGO?



SOY EL TROVADOR LUISILLO

EL MARQUÉS ME ENCERRÓ POR QUE LE PEDÍ LA MANO DE SU HIJA, A QUIEN EL QUIERE CASAR CON EL REY.



¡OH, LÍOS DE AMOR!

CONTINUARA

BUFALO BILL

CAPITULO XI.—LA GUERRA OLVIDADA



1. Búfalo Bill y Juana Calamidad habían rescatado los vagones de licor que estaban en poder de los cheyenes. El general Custer se reunió con ellos, luego de engañar al enemigo. "—Ahora sólo tenemos que huir —sonrió Jane—. ¡Por mis botas! No es tarea fácil, pues oigo muy cerca los aullidos indios."



3. Custer, aterrado, acudió en auxilio de Torbellino. Búfalo Bill animaba a su espléndido caballo: "—¡Fuerza, Torbellino!" El general sugirió: "—Desengancha la carreta, Bill". Pero el explorador repuso: "—¡Imposible! Adentro llevo al jefe cheyene Cuchillo Quebrado. Tenemos que avanzar".



2. El carromato de Jane atravesó sin peligro el puente, pero su enorme peso y la rapidez desenfrenada con que lo atravesó desunieron los maderos. "—¡Cuidado, Bill!", advirtió el general Custer, desde el borde del abismo. El puente se hundía y de súbito se desprendió, antes de que el vagón pasara.



4. Custer no replicó. Atraía con toda su energía a Torbellino, pero las dos ruedas traseras seguían suspendidas sobre el abismo, mientras la tierra y las piedras rodaban al vacío. Cuchillo Quebrado recobró la conciencia y, de una mirada, comprendió la trágica situación. Un gruñido surgió de sus labios.

BUFAILO BILL



5. Aquella fué su única demostración de temor. El cobrizo rostro no denotaba emoción alguna, mientras sus ojos observaban los esfuerzos de los dos hombres blancos y del caballo con crines de plata. Finalmente la carreta fué izada. Al otro lado del abismo aparecieron los cheyenes.



6. Aullando de furor, vieron cómo Bill incendiaba los vagones. En esta forma, el héroe de la frontera destruyó la maléfica mercancía de Bob Moron, que hubiera trastornado a los pieles rojas, incitándolos a la guerra. Los cheyenes guardaron silencio, mientras las llamaradas se elevaban.



7. "—Gran jefe Cuchillo Quebrado —habló Custer—. Me extraña la conducta de tus bravos. Mientras nosotros matábamos los leones que hubieran atacado a tu tribu, los cheyenes pensaban desenterrar el hacha de la guerra." El piel roja murmuró: "—Mi tribu está arrepentida. No volverá a robar agua de fuego".



8. Custer, Búfalo Bill y Jane montaron en sus cabalgaduras. Cuchillo Quebrado exclamó, incrédulo: "—¿Me dejas libre, oh rostro pálido?" El general respondió: "—Por supuesto. Somos hermanos". Bill sonrió: "—Adiós, Cuchillo Quebrado, y olvida si pensaste arrancarme la cabellera".

(CONTINUARA)



LA AMIGA DEL PIEL ROJA

CAPITULO XIV. — *Fuga
hacia el Valle del Sol.*

Antonio Forter les había encerrado en el viejo templo indígena amenazando incendiarlo en un momento más.

—No todo está perdido —repitió Edmundo Montal, indicando una baldosa hueca en el piso de la estancia donde estaban encerrados—. Juan, levanta esta piedra. Por aquí hay una salida a un túnel subterráneo. Busquen la argolla. Mis ojos ya no ven. Viviana descubrió una argolla pequeñita en el suelo y, ayudada por Juan Montal, levantaron la pesada baldosa.

Juan Montal se dispuso a bajar al subterráneo encendiendo su linterna.

—Espera —insinuó Edmundo—, podríamos perdernos en esos laberintos cavernosos. Tengo un guía fiel que puede servirnos. *Kiguata*, ven acá.

Flor de Luna y Viviana temblaron de espanto al ver que el enorme león se acercaba a *Aguila Gris*.

—No se asusten —dijo el anciano—. *Kiguata* no ataca a mis amigos, aunque es feroz con los enemigos. *Kiguata* —añadió Edmundo, señalando la abertura en el pavimento—, baja y guíanos. El león saltó a la cavidad y desapareció en el subterráneo.

RESUMEN: *Viviana Montal y su tío Juan viajan por las montañas del Alto Canadá en busca del explorador Edmundo Montal, misteriosamente desaparecido. Ciervo Veloz y su hermana Flor de Luna son sus amigos. Antonio y Malva Forter, sus enemigos. Interviene también el patrullero Aliro Cortis, quien pretende capturar al piel roja Ciervo Veloz. Tras muchas aventuras llegan a la montaña sagrada de los pieles rojas. Penetran a un templo indígena y allí descubren a Edmundo Montal convertido en un esquelético anciano. Este declara que fue Antonio Forter quien mató a Nube Roja. Ciervo Veloz enfrenta a sus enemigos, pero cae vencido...*

—Vamos —ordenó *Aguila Gris*—. Juan, dame tu brazo y que las dos niñas nos sigan.

El esquelético explorador, vestido de piel roja, con su aderezo de plumas en la cabeza, bajó al subterráneo casi en brazos de Juan Montal. Era una extraña procesión. Juan y su hermano adelante; el león custodiándoles como un perro sagaz; Viviana y Flor de Luna cerrando la marcha. La atmósfera en los túneles era fresca y a veces fría.

Por fin divisaron luz exterior y el felino dio un salto hacia el valle.

—Qué hermosura —dijo Viviana, admirando la extensa pradera—. Parece un valle secreto.

—Este es el Valle del Sol —explicó Edmundo Montal—; la cuna de los indios *choamas*. Fui traído aquí hace muchos años por Nube Roja. Veníamos en busca de un tesoro, pero tuvimos que retirarnos por el ataque sorpresivo de los indios *paunis*. Fue entonces cuando Antonio Forter asesinó a mi amigo Nube Roja.

—Tenemos que buscar a Ciervo Veloz —dijo Viviana, advirtien-

El esquelético Aguila Roja bajó al subterráneo, precedido por el león KIGUATA.



do la profunda tristeza de Flor de Luna—. No puede estar lejos de aquí.

—Sería una locura ir al campamento de Forter —insinuó Juan Montal—. Si Aliro Cortis estuviera con nosotros, la situación cambiaría.

Viviana recordó entonces a su amigo el patrullero, que a esas horas andaría buscando a Ciervo Veloz, no para salvarle, sino para cumplir la orden de arresto que le había impuesto el jefe de la patrulla.

Ayudada por Flor de Luna, Viviana formó un lecho de hojas secas y acostó allí al cadavérico Aguila Gris.

Acostumbrado a la vida indígena, Edmundo Montal llevaba en su bolsón hojas de una planta semejante al té, con la cual Flor de Luna preparó una infusión que renovó las fuerzas de los cuatro aislados en el Valle Secreto.

—Padre —dijo poco después Viviana—. Flor de Luna y yo vamos a explorar el valle.

No agregó que tenía intención de buscar a Ciervo Veloz para no inquietar a su padre y a su tío Juan, pero la indiecita comprendió su generosa intención.

Ambas niñas penetraron en la maraña hasta llegar a un senderillo que conducía al viejo reducto indígena.

—Son ruinas de una antigua ciudad —expresó Viviana—. Mira, Flor de Luna, esa escalinata de piedra que parece subir hasta la montaña. Trepemos por ella para divisar lo que hay detrás de este valle.

Iban subiendo la escarpada y angosta escalera cuando Flor de Luna lanzó un grito y resbaló por una profunda hendidura.

Viviana alcanzó a sujetarla y ambas quedaron anhelantes junto a la oscura cavidad.

Mirando hacia abajo, divisaron un muro cuadrado, y en el centro de éste un cofre de metal cobrizo.

Viviana se deslizó por la cavidad, pero junto con ella cayeron pedruscos que casi taparon el cofre.

—Flor de Luna —preguntó Viviana—, ¿será éste el tesoro de los *choamas*?

—Debe ser —respondió la hermana de Ciervo Veloz— el tesoro que mi padre Nube Roja y Ciervo Veloz han buscado tanto. Odio ese tesoro que causó la muerte de mi padre y torturas a mi hermano. Está maldito por los espíritus de las montañas.

Viviana no compartía los temores supersticiosos de Flor de Luna. —Escucha, amiga —insinuó la hija de Edmundo Montal—, si en verdad es éste el tesoro, ya tenemos un medio de rescatar a Ciervo Veloz. Antonio Forter es ambicioso, y si nosotras le ofrecemos el tesoro de los *choamas* en cambio de la libertad de Ciervo Veloz, seguramente aceptará.

—No podemos confiar en el asesino de mi padre, y, además, asesinará a mi hermano.

—Sin duda lo pretenderá el facineroso —asintió Viviana—, pero nosotras obraremos con astucia. Busquemos el campamento de los *paunis* y enviemos un mensaje a Forter.

Cogidas de la mano y sosteniéndose en la difícil ascensión a la montaña, ambas niñas daban pruebas de un valor extraordinario. Cuando estuvieron en la cima del monte, Viviana señaló a Flor de Luna un campamento. A la luz incierta del crepúsculo divisaron las rucas de los indios *paunis* y el humo de sus fogatas.

Sentado fuera de las rucas y entre dos indios salvajes estaba Ciervo Veloz. De tan lejos no podían ver la expresión de su rostro, pero su actitud marcaba total abatimiento.

Flor de Luna fue en busca de su arco y de un haz de flechas.

—Es el arco de Ciervo Veloz —declaró Flor de Luna—. Puede servirnos de mensajero. Mi hermano me ha enseñado a disparar flechas con mensajes.

Viviana sacó de su bolsillo una libreta de apuntes y apresuradamente escribió el siguiente mensaje:

El tesoro de los choamas se halla en un sitio que ustedes nunca encontrarán; pero, si dan libertad a Ciervo Veloz, les revelaremos el secreto. Un mensajero les aguardará esta noche junto a los tres pinos.

Los tres pinos se erguían al pie del cerro donde las niñas se ocultaban.

—Yo misma —dijo Viviana— serviré de guía a los enemigos. Mientras tanto, mi padre, mi tío Juan y tú, Flor de Luna, os ocultaréis en la parte más densa del valle o en alguna caverna. Ahora coloca el mensaje en la punta de la flecha y lánzalo al campamento de los *paunis*.

La hermana de Ciervo Veloz dobló una rodilla y puso en tensión el arco con la flecha.

De súbito, una poderosa mano apretó el puño de Flor de Luna.

Un joven guerrero indio, envuelto en obscura manta y con una capucha que velaba parte de su rostro, arrebató el arco de la indiecita.

—¿Qué significa esto? —interrogó el piel roja, mostrando el papel atravesado en la flecha.

Viviana, molesta con la interveñción del desconocido, exclamó:

—¿Por qué interviene usted en nuestros asuntos? Devuélvame el arco y la flecha. ¿Quién es usted?

—No importa mi nombre, niña blanca —respondió el indio—. Tengo el mismo propósito que ustedes. He venido en busca de Ciervo Veloz, el jefe de los *choamas*.

—¿Es usted amigo de Ciervo Veloz? —interrogó Flor de Luna.

—Le conozco —indicó el indio—. Sus enemigos son los míos.

—¿Cómo sabremos si es usted amigo de mi hermano? —preguntó la indiecita— ¿Tiene usted algún signo de amistad?

El desconocido abrió su manta y mostró a Flor de Luna un amuleto idéntico al talismán que Ciervo Veloz llevaba en su cuello.

—¿Querrán la niña blanca y la hermana de Ciervo Veloz confiar en mí ahora? —dijo el desconocido—. Juro que soy vuestro amigo.

—Confiamos en usted —dijeron sumultáneamente Viviana y Flor de Luna.

—¿Puedo leer el mensaje? —preguntó el extranjero.

Viviana, con cierta desconfianza, le entregó el papel que había escrito momentos antes. El joven guerrero frunció el ceño y una sonrisa irónica se dibujó en sus labios.

—¿Qué piensa? —interrogó fastidiada Viviana.

—Hay una sentencia que dice que la locura de una mujer vale más que la sabiduría de un hombre —dijo el indio—. Pero este plan es una locura. . .

—¿Tendría usted alguno mejor? —preguntó Viviana, con enfado.

—Espere —suplicó el indio—; aún no había terminado la frase. Decía que el plan es una locura, pero no carece de sabiduría. Conozco al rostro pálido que se llama Antonio Forter. Si la niña blanca pretende negociar con él, la traicionará ese bandido. Sin duda se apoderaría del tesoro, pero Ciervo Veloz continuaría prisionero.

Flor de Luna y Viviana callaban.

—¿Es verdad que ustedes conocen dónde está el tesoro de los *choamas*? —preguntó el desconocido.

—Sí —declaró Viviana.

—No haré más preguntas —expresó el joven indio—, pero les pido que me obedezcan. Entrégume ese mensaje, niña blanca, y yo se lo llevaré a Forter. Cuando la luna esté iluminando aquel picacho, volveré con la respuesta. Entretanto que la niña blanca y la hermana de Ciervo Veloz no pierdan tiempo. Desentierren el tesoro y tráiganme un objeto de oro o plata para que yo lo pueda mostrar a Forter.

Flor de Luna y Viviana se miraron indecisas.

—Les juro que soy sincero —declaró el joven indio—. No desconfíen de mí. Yo esperaré aquí a la niña blanca. No pierdan tiempo, porque ya viene la noche. La suerte de Ciervo Veloz depende de ustedes. Márchense. Yo aguardo aquí a la niña blanca.

(CONTINUARA)

De súbito, una mano poderosa apretó el puño de Flor de Luna.



Ponchito



Estos dibujos están hechos especialmente para colorear:

1. celeste; 2. rosa; 3. verde; 4. amarillo; 5. rojo; 6. azul.

NATO

CAPITULO XXII.—Grito
de combate.

El traidor Gaurán obligaba a la princesa de Ergil a escalar las rocas. La veía desfallecer de cansancio, observaba su palidez y advertía en la nieve las huellas sangrantes que dejaban los pies descalzos. Pero ningún sentimiento de piedad conmovía su corazón.

—¿No quiere caminar, Su Alteza?
—masculló con furia—. ¿Se niega a seguir a quien le ha ofrecido el trono de Carnavón? ¿Piensa aún en el héroe lobo?

La ira deformaba sus rasgos. En los ojos oscuros ardió una mirada de odio.

—Un día tendré en mis manos a Ives el Lobo y le haré morir como al miserable enano bufón. ¿Re-

Otra vez resonaba el
aullido de los lobos.

cordáis a Rani, princesa? Agonizó en la rueda del tormento. Pero el nuevo día no iluminó su pequeño rostro, burlón e insolente aún en la hora de la muerte. Un villano, un hermano de fieras, lo rescató durante la noche. Ives el Lobo, ¡maldito sea su nombre!, nos arrebató al bufón. Pero a él, nadie lo rescatará. Ni siquiera los lobos.

Una risa feroz lo estremeció.

IVES EL LOBO



—¿No tienes valor para seguir? —rugió Gaurán.



—Ni siquiera todas las manadas de lobos de Bretaña y de Gales —repitió.

De pronto la risa se heló en sus labios. Otra vez resonaba el aullido de los lobos, ya no tan distante.

—Se acercan —gruñó, inquieto—. Guenal, ¿quieres apresurar el paso o prefieres que te deje abandonada?

Ella no respondió. Tenía la cabeza inclinada y Gaurán sólo pudo ver sus cabellos dorados.

El traidor la sacudió con impaciencia y luego, desenvainando su puñal, cortó la soga de cuero que ataba su mano a la de la princesa. Ella se abatió, sin un quejido.

—¿No tienes valor para seguir? —insistió Gaurán—. Quizás sea mejor. Tal vez el rey Juan Sin Tierra acepte con más agrado una reina muerta, a una reina triste y sometida, desposada con su fidelísimo y poderoso Gaurán, señor de Carnavón.

Se irguió, con expresión hosca y sin volver la cabeza, sin dar una última mirada a la figura inmóvil y blanca, se alejó rápidamente. Mientras tanto, los lobos avanzaban de roca en roca. Ives les seguía, sin vacilación. Sus codos y sus rodillas sangraban al herirse contra las duras aristas de piedra. Ante él, los lobos trepaban en línea, siguiendo a su jefe.

En algunos instantes, Ives se sentía cegado por la deslumbrante



Los lobos avanzaban
de roca en roca.

gran cuerpo se extendía como un arco.

“Encontró de nuevo la pista —dedujo Ives—. Es admirable. La había perdido en la ciénaga. Luego en la ribera del río se sintió desorientado. Pero el rastro ha sido hallado otra vez.”

Se incorporó, abarcando con su mirada los roquedales cubiertos de nieve.

No avistó a Gaurán y a su prisionera.

“Sin embargo, no deben estar lejos —reflexionó—. Mi hermano da señales de agitación. Olfatea el aire y su actitud es de asalto.

No están lejos.”

Cruzaban ahora una extensa planicie. Ninguna figura se delineaba en la lejanía. Aquel desierto blanco sólo era atravesado en ese instante por la manada de lobos que corrían como oscuras y veloces sombras, y por el joven caballero que seguía a las fieras, tan ágil como ellas y sintiendo bullir en sus venas el ávido deseo de coger a su presa.



Ives se encontró solo
en la gran extensión
nevada.

Pausadamente, Ives fué quedando rezagado. Y de pronto se encontró solo en la gran extensión nevada. Los lobos se distanciaron. Ives no pudo verlos ya corriendo delante de él. Pero en el silencio vibró de súbito un coro de aullidos feroces. Ives, con un estremecimiento, reconoció el grito de combate de sus hermanos. ¿Habían hallado a Gaurán? ¿Respetarían la vida de la rubia y frágil Guenal? Quizás el gran lobo y su manada no sabrían cuál era el enemigo perseguido y sus colmillos amenazarían también a la princesa de Ergil.

Reuniendo sus energías, Ives emprendió una desesperada carrera.

(CONTINUARA)

LISTA DE PREMIADOS EN NUESTRO GRAN SORTEO DE FIESTAS PATRIAS (CONTINUACION)

34378	2 cuadernos	35996	\$ 200
34387	\$ 200	36038	1 sweater de lana
34395	1 billetera	36067	1 par de calcetines
34446	1 muñeco	36413	1 acuarela
34524	1 delantal	36597	1 billete:a
34532	1 acuarela	36782	1 par de calcetines
34813	1 billetera	36803	2 cuadernos
34831	1 blue jean	36842	1 servilletero
34905	1 acuarela	36910	1 sweater de lana
34956	1 acuarela	36990	1 caja de lápices de colores
34957	2 cuadernos	36962	1 sweater de lana
34999	\$ 200	38017	1 pelota de goma
35017	2 cuadernos	38063	1 servicio de té (de juguete)
35146	1 acuarela	38064	1 billetera
35174	\$ 200	38168	1 caja de lápices de colores
35180	1 caja de lápices de colores	38658	1 billetera
35336	1 muñeco de goma	38691	1 pato Donald
35345	1 blue jean	38766	\$ 200
35392	1 blue jean	38773	1 billetera
35462	2 cuadernos	38775	1 pato Donald
35463	1 muñeco de goma	38784	1 pelota de goma
35470	1 acuarela	38788	1 caja de lápices de colores
35475	1 billetera	38858	1 pelota de goma
35652	1 servilletero	38876	1 billetera
35791	1 pelota de goma	38900	1 pelota de goma
35843	2 cuadernos		
35863	\$ 200		FIN

GRANDIOSO de SORTEO MAYO

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

\$ 300.000.-

PREMIOS MAYORES: DOS BICICLETAS, RADIOS, PELOTAS DE FUTBOL, PATINES, BLUE-JEANS, JUEGO DE LUDO, LOTERIA, JUGUETES VARIOS, JARDINERAS, MUÑECAS, LAPICERAS FUENTES, PORTADOCUMENTOS, CINTURONES, PISTOLAS DE JUGUETE, PREMIOS EN DINERO, BOLSAS CON BOLITAS y muchos premios más.

Para obtener cualquiera de los obsequios enumerados sólo tendrás que juntar los cupones que aparecen semanalmente al pie de esta página. Por cada serie de CINCO cupones numerados del 1 al 5 obtendrás un BOLETO para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" el 26 de mayo próximo.



CUPON N.º 1 — SERIE 2
GRAN SORTEO DEL
26 DE MAYO
CUPON N.º 1 — SERIE 2
12 de octubre de 1955.

¿LO SABES TU ?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:

¿En qué regiones se encuentran los pingüinos?



Solución a "SIMBAD" 317. El nombre de nuestra poetisa Gabriela Mistral es Lucila Godoy Alcayaga.

Entre los niños que enviaron soluciones exactas salieron favorecidos los siguientes nombres: CON CINCUENTA PESOS: Petronila Torres, Talcahuano; Dolores Gálvez, Rengo; Gabriel Morales, Viña del Mar; María I. Santarcuato, Los Andes; Víctor M. Ferreira, Lota Alto; José L. Abasolo, Chillán; Ester Guzmán, San Fernando; Alberto Salazar, Angol; Carmen Miranda, Talca; Eugenia Cordero, Viña del Mar.

SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Marcelo Vitoria, Valparaíso; Magdalena Leiva, Linares; Pedro Vera, Concepción; Jorge H. Morales, Teno; Ximena Cavada, Santiago; Antonio Martín, Chillán.

UN LIBRO: Orieta Wedel, Rengo; María Lartiga, Lontué; Ana M. Seisdedos, Valparaíso; Jorge Jiménez, Talca; Edith Arango, Coronel; Juan Selman, Mulchén; Alberto Proust, Traiguén; Alicia Fuenzalida, Curicó; Alexis Jofré, Santiago; Leticia Vásquez, Linares.

Los niños de Santiago pueden retirar sus premios diariamente, de 10 a 13 horas, en Avda. Santa María 076, 2.º piso. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

CUPON DEL
CONCURSO
Semanal

SIMBAD N.º 319



3. En ese canasto ocultó a Kim, pues comprendió que él huía de los hombres. Minutos después Kim, entre ropas de acróbatas, bailarinas ecuestres y payasos, viajaba a gran velocidad... ¡en el coche de su enemigo! Este se lamentaba: "—¡Qué lástima que hayamos perdido a Kim!"



4. Ya en el circo, Kim esperó algunos minutos antes de levantar cautelosamente la tapa del cesto. Descubrió que se hallaba en el carromato de Reina, la bailarina ecuestre. Ella contemplaba un collar. Era un recuerdo de su madre y nunca lo usaba en la pista, por temor a perderlo.

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO

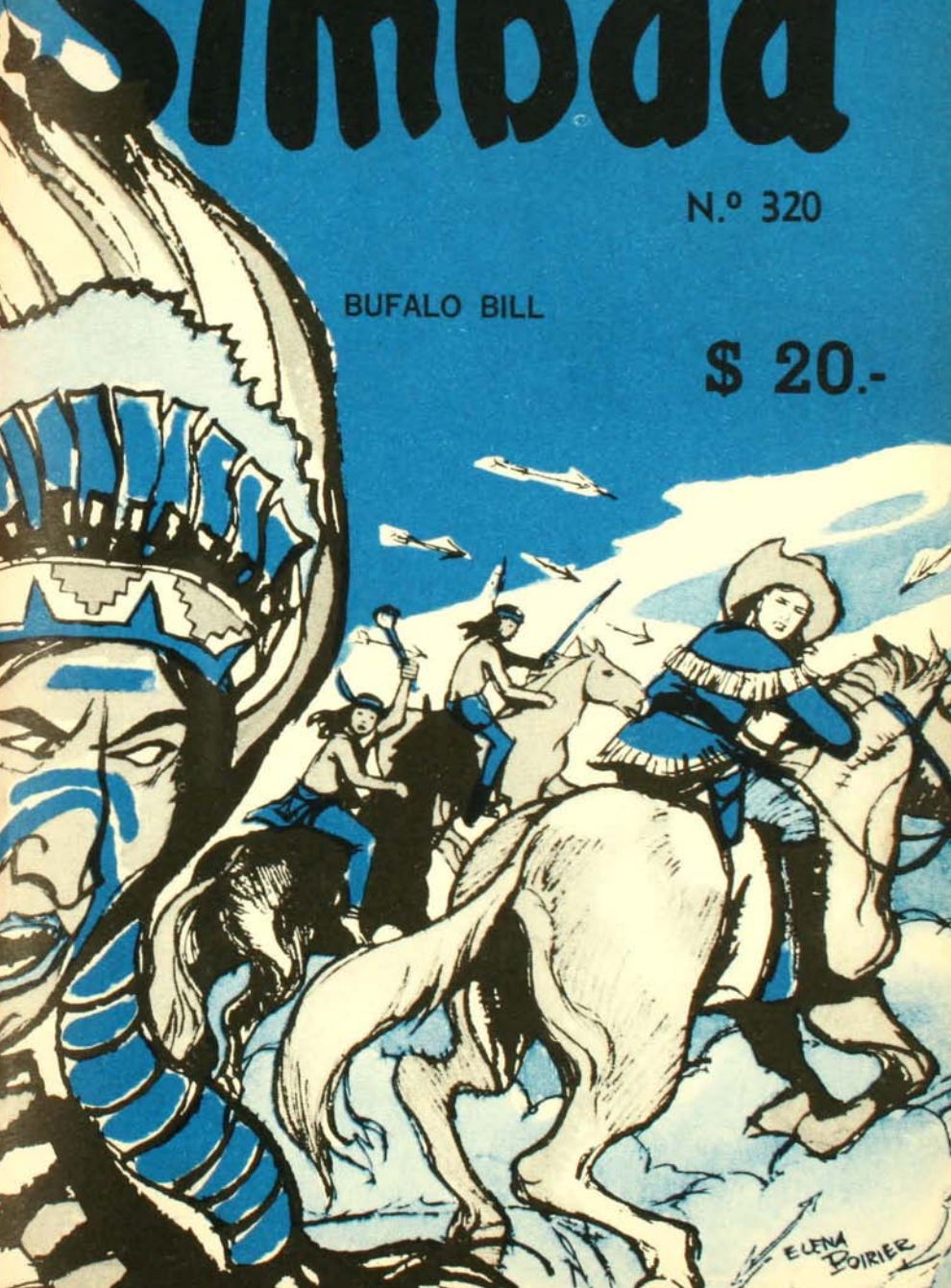


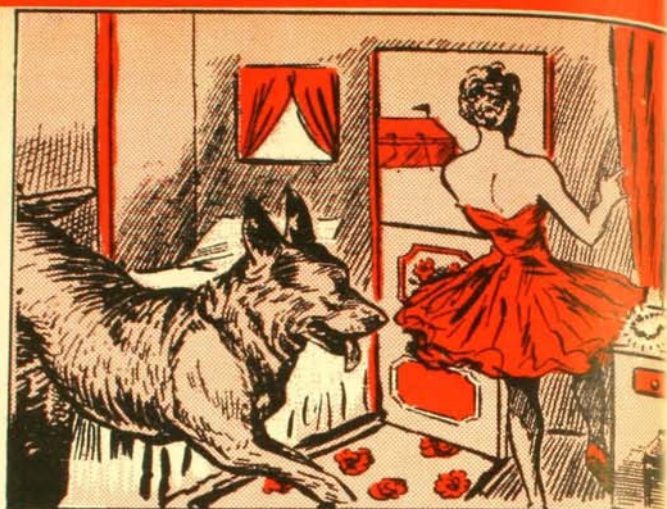
Simbad

N.º 320

BUFALO BILL

\$ 20.-





CAPITULO XV.—EL COLLAR DE LA BAILARINA

1. Reina, la bailarina ecuestre, besó el collar que era un recuerdo de su madre y abandonó el carromato. Kim aprovechó ese instante para salir de su prisión. Un rumor de pasos lo obligó a retroceder. Se abrió la puerta y apareció Lisandro.



2. “—¡Por fin Reina dejó su collar sin llave!”, murmuró el vil amaestrador, y se disponía a cogerlo, cuando un gruñido lo estremeció. “—¡Kim!”, exclamó al reconocer al perro. La respuesta de éste fué tirar con fuerza la alfombra. Lisandro perdió el equilibrio.

(Continúa en la penúltima página.)

El país de las maravillas

CAPITULO X.—La paloma mensajera.

En la magnífica carroza, que conducía a la princesa Alina hacia las tierras del Africa, el quiltro Fido continuaba entreteniéndola a su ama con una historia que interesaba sobremanera a su auditora.

—¿Quién era ese *Genio de la Discordia*? —preguntó Alina al perro Fido.

—Paciencia, paciencia —repitió el quiltro mañero—. Lo que tú no sabes es que toda la desgracia que han sufrido ustedes dos tiene por causa la intriga del mirlo negro, que es el *Genio de la Discordia* en persona. Durante el torneo matrimonial, ese malvado mirlo cambió las flores-emblemas de los dos príncipes de Carelia.

—¿Qué dices, Fido? —exclamó la rubia princesa.

—Lo que oyes... —dijo Fido—. El príncipe Clavel, que tanto te agradó, era Cristián de Carelia, y el caballero de los lirios violetas era Claudio de Carelia. Cuando las dos palomas, comisionadas por nuestro jefe, el lebrél Mirko, volaron sobre el redondel, incurrieron en un irreparable error al ver el ramillete de claveles en el pecho del negro sultán Rurur y el manojito de lirios en la casaca del príncipe Kovna. Estos magnates habían cambiado sus emblemas por esas flores que no les pertenecían.

—¿Entonces —exclamó la princesa Alina— fuimos engañadas y también lo fueron nuestros padres? Nuestra elección no vale...

—Prosigo —murmuró Fido, sin responder a la interrupción de Alina—. El maldito mirlo negro arregló tan diabólicamente las cosas, que sólo yo pude ver el cambio de las flores. Corrí entre las patas de los caballos, hice señas a las palomas para que detuvieran su vuelo, pero todo fue inútil. El daño estaba hecho.

Año VII - 19-X-1955 - N.º 320

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane)

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada. Anual: \$ 60. Semestral: \$ 30.

Subscripción en el extranjero: Anual: US\$ 2,10. Semestral: US\$ 1,05.

Recargo por vía certificada: Anual: US\$ 0,20. Semestral: US\$ 0,10.

El sultán Rurur iba cada mañana a visitar a la princesa Alina.



—¿No podríamos buscar alguna manera de remediar el mal? —interrogó Alina, con mortal desesperación.

—Por el momento no —dijo Fido—. No olvides, princesa, que el hada Fidelia vela por vosotras. Ella aceptó esta prueba que el destino os inflige, porque no supisteis obedecer sin murmurar. Por lo tanto, es preciso resignarse. Tengo idea de que el hada Fidelia me ha colocado cerca de ti para que te proteja y ayude. Ade-

más, el maldito mirlo no podrá ocuparse de ustedes, por mucho tiempo. Mientras él está ausente pediremos ayuda a los elfos y a los silfos del hada Fidelia.

La ruta hacia los países africanos era larga y peligrosa. Había que atravesar muchas selvas y orillar turbulentos ríos. Durante la noche, cuando acampaban en los bosques, Alina despertaba con los aullidos de las fieras y los tiros que disparaban los negros para ahuyentarlos del campamento.

Pasaban los días y las semanas, sin que Alina recibiera un mensaje o un consuelo del hada Fidelia.

El negro sultán venía cada mañana a saludar a su prometida. Acercándose a la lujosa litera, le ofrecía un regio obsequio y le hablaba del venturoso día en que celebrarían sus bodas en el centro del Africa. La pobre Alina temblaba ante ese hombre negro que no debía tener muy buenos sentimientos, ya que había empleado un inicuo fraude para ser su novio.

Sin embargo, Alina dominaba su repulsión para cumplir su juramento ante el hada Fidelia.

—Si tuviera noticias de mi prima Maritza —suspiraba Alina—, creo que soportaría mejor este suplicio.

Y, como si el hada Fidelia hubiera escuchado su deseo, una paloma blanca surcó el cielo azul y vino a posarse sobre la ventana de la litera.

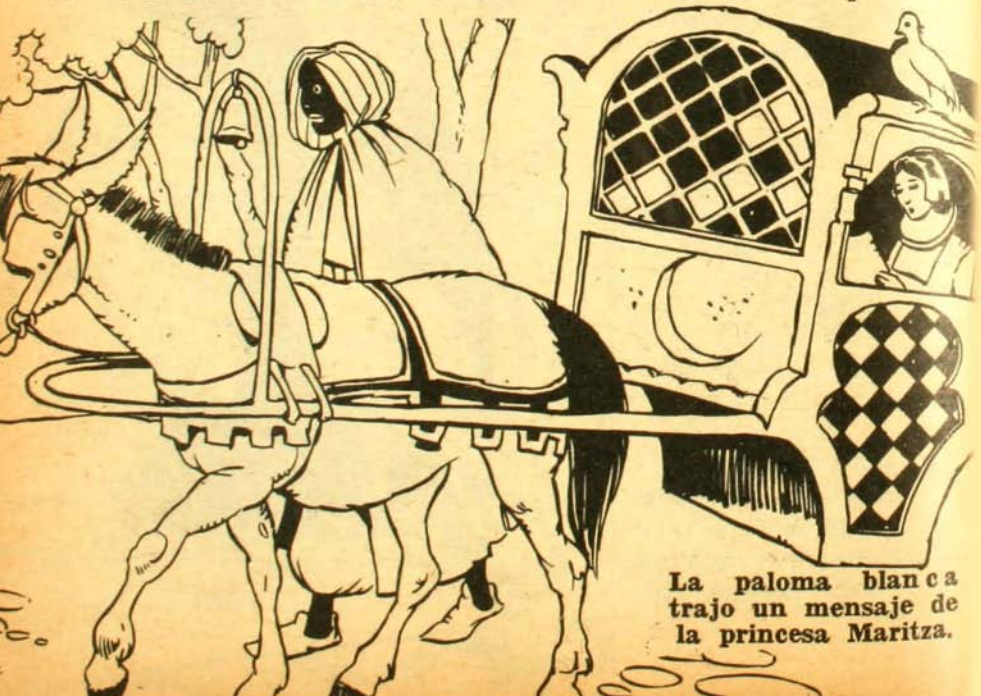
Grande fue la alegría de Alina al reconocer a una de sus palomas favoritas. La blanca ave-cilla traía atada a su cuello un pequeño tubo que la princesa se apresuró a abrir. Contenía una carta de Maritza.

Mi bien amada Alina
—decía la misiva—, *no puedo maldecir de nuestra suerte, porque pri-*

Una paloma blanca se posó en la litera de Alina.



meramente la hemos merecido y en seguida porque la buena hada que nos protege me ha permitido comunicarme contigo. Me aburría tanto que no pude resistir al deseo de colocar la hoja de hiedra mágica bajo mi almohada. Sé que mi talismán ha perdido ya uno de sus dones al usarlo en esta ocasión, pero no importa. Necesitaba saber de ti. Entonces el hada Fidelia se me apareció en sueños, con una paloma en la mano. Mostrándome el tubito de oro que colgaba del cuello de la paloma trazó en el espacio esta simple palabra: ESCRIBE... Comprendí al punto y al despertar encontré a la paloma sobre mi litera. Me apresuré a tomar la pluma convencida de que el hada Fidelia haría llegar esta carta a tus manos. ¿Cómo lo pasas tú? Yo de lo peor. El mirlo negro, genio maléfico, ronda por encima de mi litera y me infunde deseos de rabiar y de encolerizarme. Ayer le divisé planeando cerca de mí y habría deseado tener una pistola para matarle. Hasta aquí he podido contener mis violentos impulsos, ¿pero podré hacerlo siempre? Al antipático Albino, como yo llamo al príncipe Kovna, no lo puedo ver ni en pintura. Recuerdo al gentil príncipe Lirio y le comparo con esa mole de hielo. Todos los días me hace discursos pesados y ridículos y me dan ganas de reirme en su cara o de tirarle esa barba de canario anémico que alisa



La paloma blanca
trajo un mensaje de
la princesa Maritza.

con sus dedos fríos y esqueléticos, hasta dejarla como un hillo grasiento.

El país que atravesamos es frío, triste y sin sol. Pero déjame decirte algo sorprendente. El otro día me pareció divisar por entre los árboles al príncipe del manojito de lirios violetas... ¿Sería una visión? ¿Me seguirá de lejos mi amado príncipe? ¡Oh, si fuera así!... Adiós, mi bien querida Alina. Tuya

MARITZA.



Los príncipes Claudio y Cristián pernoctaron en una gruta.

No era visión la que tuvo la morena e impetuosa Maritza. Los príncipes gemelos de Carelia, Cristián y Claudio, desesperados y humillados, partieron del palacio de Mármol Rosa, y decidieron ir en busca de sus amadas princesas Alina y Maritza. Ellos sabían que Alina iba con rumbo al centro del Africa y Maritza hacia las regiones del polo norte.

La primera noche de su desengaño la pasaron en una gruta del camino y allí sus vasallos tendieron mantas y rebozos para que sus amos durmieran bien.

El príncipe Claudio, al despertar, se frotó los párpados y dijo al príncipe Cristián:

—He tenido un sueño extraordinario. Una mujer de exquisita belleza, coronada de esmeraldas en forma de hojas de hiedra, se me apareció cuando llegaba a la encrucijada de los cuatro caminos. Sin pronunciar una sola palabra, me impidió el paso y, con una varilla centelleante, me indicó el camino hacia la izquierda. En seguida desapareció.

—Yo tuve el mismo sueño —exclamó Cristián—, pero mi aparición me indicó la vía hacia la derecha. ¿Qué pueden significar estos sueños, Claudio?

(CONTINUARA)

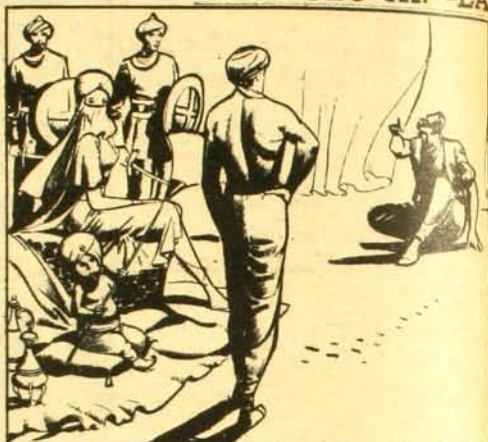


EL BURLADOR

CAPITULO XI.—LA



1. Mechub rodó al interior de la tienda de la princesa Yamila, luego de tropezar con el pie de un guardia. Yamila dijo tranquilamente: “—Si llegas con tanta prisa, debes traer noticias importantes. ¡Habla!” Mechub enrojeció, pero al ver a Nasdine olvidó su turbación.

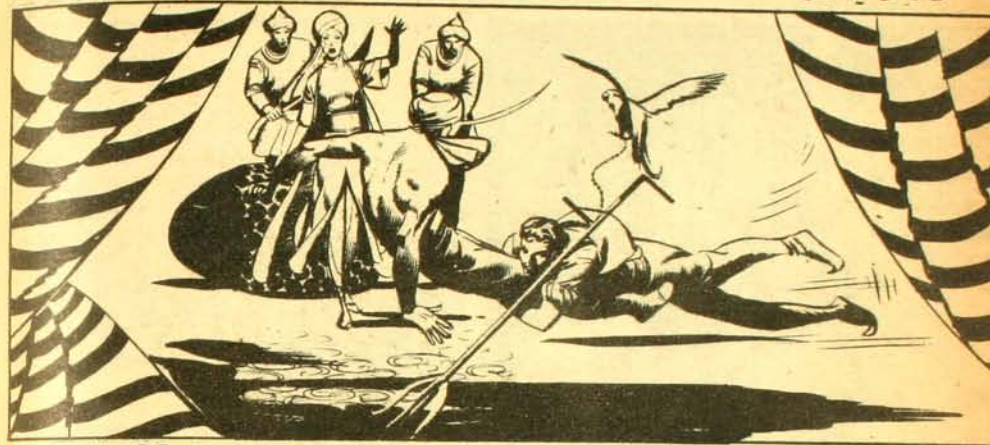


2. “—¡Ese chacal me traicionó! —rugió enfurecido—. Me sorprendió, atacándome de súbito y me dejó atado y amordazado, mientras él se presentaba a reclamar lo que era mío.” Yamila indagó, asombrada: “—¿Te robó? ¿Oro, piedras preciosas?” Mechub gritó exasperado: “—¡No! ¡Doscientos azotes!”

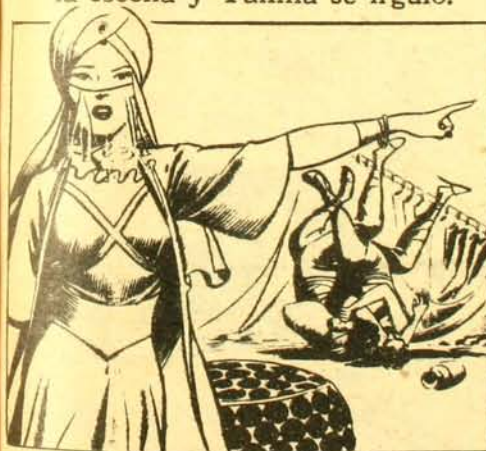


DE ORIENTE

PRINCESA SE ENFURECE



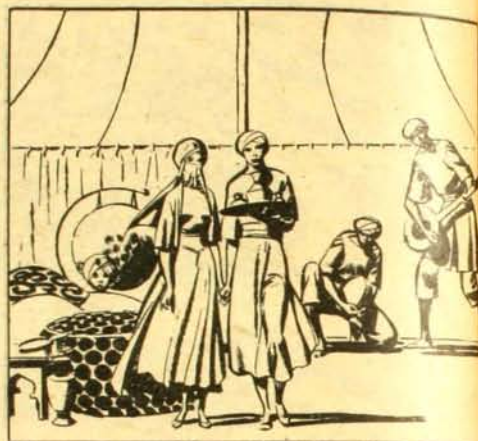
3. “—Merece un castigo y yo se lo daré aquí mismo. Os lo ruego, princesa, cerrad los ojos.” En seguida se lanzó como un rayo sobre Nasdine Hodja, derribándolo. Cayó de su percha un papagayo real que chillaba de terror. Los guardias miraban atónitos la escena y Yamila se irguió.



4. Su bello rostro se había alterado. Ya no expresaba calma. Un destello de ira fulguraba en sus pupilas. “—Separadlos”, ordenó. Pero era más fácil apartar a dos tigres monteses. Sin embargo, la lucha cesó de pronto. Mechub, con un ojo semicerrado por un golpe, miraba con estupor.



EL BURLADOR



5. Acababa de entrar en la tienda un servidor de la princesa. No era otro que Michli, el traidor que recibió la sandía hueca en la cual se ocultaba un mensaje. Este anunciaba que la caravana sería asaltada en el tercer oasis. Michli observó sorprendido a los luchadores.



6. Después deslizó un papel en la mano de la princesa. Aunque su gesto fue rápido y disimulado, Mechub y Nasdine lo vieron. Luego de cruzar entre ellos una mirada de inteligencia, reanudaron la lucha, con más bríos y violencia. Pero esta vez era fingida y Nasdine susurró su plan al oído de Mechub.

DE ORIENTE



7. "—Lánzame sobre la princesa", murmuró el burlador. Mechub lo alzó en sus brazos y lo impulsó contra la delicada princesa oriental, que no esperaba el brusco abrazo de Nasdine Hodja... El se apoderó hábilmente del mensaje y después retrocedió. Vacilaba, como si aún no recuperase el equilibrio.



8. "—Perdón, princesa", murmuró, fingiendo estar desolado. Yamila le observó un instante desconcertada y después su cólera estalló: "—¡Eres un salvaje!... ¡Los dos son unos salvajes! Les sentencio a limpiar los camellos de mi escolta. Guardias, ejecutad mi orden. No quiero verles más."

(CONTINUARA)

An illustration at the top of the page depicts a circus scene. On the left, a woman in a dark, sleeveless dress and high heels stands next to a large elephant. The elephant is wearing a dark cloth with a white number '3' on its head. On the right, another woman in a light-colored, short-sleeved top and dark shorts stands with her hands on her hips, looking towards the elephant. The background is a simple, stylized representation of a circus tent or arena.

RIVALES EN EL CIRCO

CAPITULO VII.—*Pachá da emoción al circo.*

Mediante una hábil intriga, Hugo malogró un número que debían presentar Diana, Mimí Duval y el elefante Pachá. Alejando del circo a Diana y Pachá minutos antes de la representación, se ofreció para actuar con Mimí. El público se impacientaba. Alcanzaron a oírse algunos silbidos, pero después los asistentes quedaron maravillados por la exhibición de los trapecistas.

—Hugo, el rey del trapecio, te ha vencido —señaló Rita con una burlona sonrisa.

Diana no respondió. El empresario Libor se había llevado a Pachá a la pista, y de pronto vibró un grito estridente:

—¡Auxilio! —clamaba una voz.

—Hugo —dijo Diana.

Rita, palideciendo, murmuró:

—Está en peligro.

Diana entró entonces en la arena. Pachá había cogido en su trompa a Hugo, que exclamaba:

—¡Bruto, bájame!

El público, creyendo que la inesperada escena era parte del número, esperaba el final. ¿Intenvendría un payaso, causando la risa general? Vieron aparecer a una rubia niña que se acercó al paquidermo, sin demostrar temor, ni ansiedad.

Desde la elevada plataforma, la francesita Mimí observaba.

“El rey está en apuros, pero Diana lo salvará. ¡Espléndido! Esto servirá para que Libor olvide su disgusto.”

La voz tranquila de Diana pronunció:

—Deja libre a tu prisionero, Pachá. ¡Bájalo! ¡Con cuidado, Pachá! El elefante, después de una breve vacilación, obedeció. Pero no dejó a Hugo con suavidad, sino que lo soltó desde cierta altura. El orgulloso acróbata cayó sin elegancia. Se sentía profundamente humillado. Como artista de circo, atlético y ágil, debió tocar la arena con suprema gracia. Pero en su terror no dominó sus movimientos y su caída fue desastrosa.

Dirigió una mirada fulminante a Diana. Ella, inclinándose, susurró: —¡Rápido, Hugo! Levántese y salude junto a Mimí. El público cree que esto forma parte de la función.

Hugo se incorporó con agilidad, y junto a Mimí, que se había reunido con él, saludó al público. Terminado el acto, estallaron los aplausos.

El circo había salvado su prestigio, se evitó un accidente que pudo ser fatal y Libor, complacido, indicó a Diana en voz baja:



Diana reconoció la voz de Hugo, que clamaba auxilio.



Pachá había cogido en su trompa al acróbata.



Mimí observaba desde la elevada plataforma.



—¡Bájalo! ¡Con cuidado, Pachá! —ordenó Diana al elefante.

—Salgamos con Pachá. Es peligroso que continúe en la pista. Estuviste maravillosa, Diana. Hasta ahora, Pachá sólo había obedecido a Alí.

Pero Hugo no perdonaba a Diana. Cuando ella regresó, luego de dejar al elefante en su corral, la acusó:

—Ella es la culpable de esta humillación. Amaestró a Pachá para que hiciera fracasar nuestro número.

—Esa acusación es absurda —intervino Mimí—. Pachá ensayó con nosotras, y, al ver a un extraño, se enfureció.

—No soy un extraño, sino tu compañero —dijo Hugo—. Todos deben reconocerlo, incluso los animales.

Mimí sonrió.



—Levántese —murmuró Diana en voz baja.

—Olvidemos esto, Hugo. Diana seguirá trabajando conmigo.

—¡No lo permito! —aulló él, mientras su rostro de hermosas facciones se contraía—. No acepto que una saltimbanqui me insulte. La sonrisa se borró de los labios de Mimí.

—Cuide sus palabras, Hugo. Si insiste en ser grosero, tal vez se vea obligado a abandonar el circo.

Libor la miró asombrado. Era la primera vez que la francesita perdía su alegre expresión.

Hugo se disculpó:

—No quise ofender. Pero tengo razón para enfurecerme. Ella arruinó mi presentación.

Diana guardaba silencio. La audacia de Hugo era increíble. Había urdido una vil intriga y la acusaba de ser desleal. Pensó que era inútil denunciarlo. Inquietaría a Mimí, que era tan alegre y despreocupada. Ella necesitaba

concentrarse en su trabajo, para no cometer errores que podían ser fatales.

—Olvidemos este asunto —dijo Libor, colocando su mano sobre el hombro de Hugo—. La amistad debe reinar entre todos los artistas del circo. Estas rivalidades no están bien. Mimí, Diana, den la mano a Hugo.

Ambas niñas obedecieron. Hugo presionó con fuerza la mano de Diana, pero la mirada de sus ojos azules continuaba siendo fría y hostil.

(CONTINUARA)



EN NUESTRO SORTEO DE FIESTAS PATRIAS.

La lectorcita Miryam Valker salió favorecida con un Tocadiscos. Poseía el número 4354, y reside en David Arellano 2060, Santiago.

—La amistad debe reinar entre los artistas del circo —dijo Libor.



EL fantasmita

¡TERRIBLÍN OYE INDIGNADO LA TRISTE HISTORIA DE LUISILLO. EL MARQUÉS DEL CAMOTE LO ENCERRÓ PORQUE PRETENDÍA LA MANO DE SU HIJA, LA MARQUESA CAMOTINA.



MIENTRAS TANTO, EL COMANDANTE MANDÓN CONDUCE PRISIONEROS A LOS AMIGOS DEL FANTASMITA.

¡A FE MÍA! DIRÉIS DÓNDE SE OCULTA EL TESORO, O MORIRÉIS



CUANDO SEA SUEGRO DEL REY...

¡QUÉ PAR DE...! AH, VERDAD QUE YA LO DIJE EN LA OTRA PÁGINA.

TENDRÉIS TODO EL PODER Y YO SERÉ GRAN DUQUE ¡JI, JI! ¡JE, JE!

CONTINUARÁ

BUFALO BILL

CAPITULO XII.—LOS
RES AVENTUREROS



Es inútil parlamentar con ellos.



Cuidado con las flechas, Torbellino.



¡Buenos muchachos!
Por fin se retiran.



1. Un día Búfalo Bill se dirigía al fuerte Buford, cuando se vió perseguido por una partida de indios bannok. Los guerreros espoleaban a sus caballos, lanzando amenazantes aullidos. Las pinturas de guerra tatuaban sus semblantes, acentuando la expresión feroz y el resplandor de odio que ardía en sus ojos.

3. “—No escarmentan —gruñó Bill, desmontando de un salto ante el portón—. No les basta que seis de ellos se hayan convertidos en cazadores fantasmas.” Continuó haciendo fuego contra sus atacantes, y, finalmente, éstos, atemorizados, retrocedieron. Ninguna flecha había herido al invencible Pa-E-Has-Ka.



Quieren mi cabello. Lo único que puedo darles son balas.

¡Muerte al rostro pálido!



¡Ja, ja! Huyen como ratas.



Bienvenido, Búfalo Bill.

2. Búfalo Bill se defendía a tiros, mientras las flechas silbaban junto a él. Cuando la empalizada del fuerte apareció en la distancia, seis pieles rojas habían mordido el polvo. Según la creencia india, se fueron de caza a las praderas eternamente verdes del Gran Manitu.

4. Crujieron las puertas al abrirse a espaldas del explorador. Los guardias le felicitaron por su valentía. Minutos después era conducido a presencia del general Miles, comandante del fuerte. “—Bien venido, Bill —le saludó el militar—. Supe que era usted al oír disparos y gritos.”



BUFAILO BILL



Buenas noticias para usted, Bill: Texas Jack y Hickok están aquí.



Con ellos formará un trío de demonios que será el terror de los indios.

5. "—El estallido de pólvora es su tarjeta de visita —añadió sonriendo—. Esta mañana pasó por aquí un amigo suyo: Texas Jack. Va a reunirse con Bill Hickok, en el reducto pawnee. Si no tiene que regresar de inmediato al fuerte Lincoln, le agradecerá encontrarse con sus camaradas. ¿Qué dice, Bill?"



Parece que llegué a tiempo. ¡Vamos, Torbellino!

6. Por cierto que Búfalo Bill aceptó entusiasmado la indicación. Sus amigos eran tan aventureros como él y reunirse los tres significaba entrar de galopada en una vida vertiginosa. En efecto, una hora más tarde, avistaba a Texas Jack rodeado de indios. "—Buen principio", sonrió, picando espuelas.



¡Pa-E-Has-Ka, el brujo blanco!

7. Los asaltantes eran los indios bannok que habían perseguido a Búfalo Bill. Al verle aparecer y, recordando su mortífera puntería, se retiraron, gruñendo: "—Volvamos al campamento. Pa-E-Has-Ka es demasiado peligroso". Mientras tanto, los amigos se abrazaban con ruidosa alegría.



¡Huyamos! Es inútil combatir con ellos.



¡Qué alegría verte, Bill!



Ahora, a reunirnos con Hickok.

8. "—Celebro verte, Bill —exclamó Texas Jack—. Si te demoras un poco más, habría perdido mi cabellera. Los bannok mataron mi caballo." Búfalo Bill respondió: "—Cabalgaremos juntos en Torbellino. Recoge tu silla". Minutos después se dirigían en busca de Hickok, a quien los indios llamaban "Dispara Rápido". (CONTINUARA)



LA AMIGA DEL PIEL ROJA

CAPITULO XV.—El misterioso piel roja.

—Yo creo que sí —respondió Flor de Luna—. El no pertenece a nuestra tribu, pero se me ocurre que es leal.

—Ya les mostré el amuleto de Ciervo Veloz —insistió el extranjero—. Hagan lo que les ordeno y Ciervo Veloz quedará libre. Al decir esto, el joven guerrero desapareció tan misteriosamente como había llegado.

Flor de Luna y Viviana bajaron la montaña en dirección al Valle del Sol. Antes de marcharse, la indiecita dio una mirada al campamento de los *paunis* y divisó a Ciervo Veloz tratando de incorporarse, cosa que resultó imposible, porque sus captores le tenían atado de pies y manos.

—Ciervo Veloz ha sido insultado por esos chacales —murmuró Flor de Luna—. Ahora los *paunis* se burlan de él.

RESUMEN: Viviana Montal y su tío Juan viajan por las montañas del Alto Canadá en busca del explorador Edmundo Montal, misteriosamente desaparecido. Ciervo Veloz y su hermana Flor de Luna son sus amigos; Antonio y Malva Forter, sus enemigos. Interviene también el patrullero Aliro Cortis, quien pretende capturar al piel roja Ciervo Veloz. Tras muchas aventuras llegan a la montaña sagrada de los pieles rojas. Penetran a un templo indígena y allí descubren a Edmundo Montal convertido en un esquelético anciano. Este declara que fue Antonio Forter quien mató a Nube Roja. Ciervo Veloz enfrenta a sus enemigos, pero cae vencido. Aguila Roja y sus amigos huyen por un subterráneo hacia el valle secreto. Al caer Flor de Luna en una cavidad descubre el tesoro de los CHOAMAS, y decide proponer a Forter la libertad de Ciervo Veloz en cambio del codiciado tesoro. Interviene un indio desconocido que impide este propósito...

—Ven conmigo, Flor de Luna —suplicó Viviana—. Forter no desearía otra cosa que cogernos a nosotras también.

Flor de Luna siguió a la niña blanca muy acongojada. ¿Era posible que el hijo del gran jefe *Nube Roja* se viera humillado por esos abyectos indios?

Al llegar al sitio donde reposaban su padre y Juan Montal, Viviana les refirió los recientes sucesos.

—Ustedes confiaron con mucha ligereza en ese indio desconocido —dijo Juan Montal—. Bien puede ser un espía de Antonio Forter.

—El aseguró que era amigo de Ciervo Veloz —respondió Viviana—, y nos mostró el amuleto que el piel roja lleva siempre en su cuello.

—Yo también creo que el desconocido es sincero —asintió Flor de Luna.

—Sin embargo —expresó Juan Montal—, no podemos entregar así no más el tesoro. Edmundo y Ciervo Veloz han arriesgado su vida por él.

—Juan —dijo el cadavérico *Aguila Gris*—, tenemos que arriesgarlo todo por salvar a Ciervo Veloz; pero ustedes podrían ocul-



Juan Montal, Viviana y Flor de Luna cavaban la tierra en busca del tesoro.

tar ese tesoro hasta que se compruebe la sinceridad del indio forastero.

Montal cogió un azadón y una barra de hierro y salió en compañía de Viviana y Flor de Luna; los tres caminaron hasta la hondonada donde habían divisado el cofre de bronce. Era preciso bajar a la obscura cavidad antes de que el sol se escondiera tras los montes.

Pronto removieron la tierra alrededor del cofre y en seguida levantaron la tapa.

Un grito de incredulidad y sorpresa brotó de los labios de Viviana Montal. La gran caja estaba vacía. . . Había allí sólo telarañas y polvo.

El tesoro de los *choamas* era un mito y la libertad de Ciervo Veloz se esfumaba.

Flor de Luna permanecía extática y de rodillas ante el cofre. De improviso dejó oír un sollozo y balbuceó:

—Yo lo sabía. . . Ese tesoro era una maldición. El causó la muerte de mi padre *Nube Roja* y ha separado a Ciervo Veloz de su hermana.

—No te desesperes —insinuó Viviana, abrazando a la indiecita—. Tienes que ser valiente para salvar a Ciervo Veloz.

—No puedo comprender esto —decía Juan Montal—. Si el tesoro no hubiera existido, Antonio Forter no habría regresado a estas regiones. Además, la captura de Ciervo Veloz evidencia que Forter busca todavía el tesoro de los *choamas*.

Viviana no podía conformarse. Cualquiera que fuese la explicación del misterio, quedaba en pie el trágico suceso. El tesoro, en el cual Flor de Luna y ella confiaban para salvar a Ciervo Veloz, era un mito.

—Nada más podemos hacer aquí —dijo Juan Montal, recogiendo sus herramientas—. Volvamos a la caverna a participar estos sucesos a mi hermano Edmundo.

—Flor de Luna y yo —insinuó Viviana— tenemos que acudir a la cita con el piel roja forastero. El nos aconsejará lo que debemos hacer para salvar a Ciervo Veloz.

—¿Y si es un espía de Antonio Forter? —preguntó Juan Montal.

—Estoy cierta de que no nos engaña —aseguró Viviana—. Había algo en su voz que inspiraba confianza. Nos pidió que le lleváramos una prenda de oro o plata extraída del tesoro, pero ahora sólo le llevaremos malas noticias.

—Vayan a la cita —accedió Juan Montal—, y, si en media hora más no regresan a la caverna de Aguila Gris, yo iré a buscarlas.

—Tío Juan —suplicó Viviana—, llévase a Flor de Luna. La pobrecita está desfalleciente de cansancio e inquietud.

Juan dio la mano a la hermana de Ciervo Veloz y ambos bajaron al valle, mientras la ágil Viviana se suspendía a las ramas de los pinos para ascender a la montaña.

Oculto entre las rocas alcanzaba a ver las fogatas del campamento indígena y las rucas de los *paunis*. Sentada sobre una piedra en el lugar de la cita, Viviana cavilaba ansiosamente. Una rama crujió junto a ella, a tiempo que se presentaba el misterioso indio. Venía con su aderezo de plumas y la manta envolvía su cuerpo y parte de su rostro.

—¿Trajo la prenda del tesoro. la niña blanca? —preguntó el joven piel roja.

—El cofre estaba vacío —respondió Viviana—. Tal vez lo del tesoro era solamente una leyenda. ¿Cómo libertaremos ahora a Ciervo Veloz? Forter no le dejará libre sin que le aseguremos que obtendrá el tesoro.

El misterioso indio guardó silencio por breves instantes.

—Buscaremos otro medio —insinuó por fin—. Que la niña blanca confíe en mí. He venido de muy lejos en busca de Ciervo Veloz y no me iré sin él.

—¿Por qué? —interrogó, alarmada, Viviana ante la declaración del desconocido—. ¿No es usted su amigo?

—Es mejor que la niña blanca no se preocupe de mis intenciones —dijo el desconocido, cubriéndose aún más con su manta—. Puedo asegurarle que la salvación de Ciervo Veloz me interesa tanto como a usted. Tengo un plan para libertarle. Sígame.

—¿Adónde? —preguntó Viviana.

—Vamos a acercarnos al campamento —dijo el joven indio—. Confíe en mí y obedezca.

Viviana se dejó conducir por el misterioso embozado. Bajaron las faldas de la montaña, ocultándose entre las breñas hasta llegar muy cerca del reducto indígena.

ATENCION, LECTOR: SUSCRIBETE A "SIMBAD" Y RECIBIRAS PUNTUALMENTE EN TU DOMICILIO TU REVISTA PREFERIDA. ESCRIBE A EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A., CASILLA 84-D Sección Suscripciones, o llama al teléfono 391101.

Ciervo Veloz estaba sentado en un banquillo junto a una fogata. Le vigilaba un indio armado de rifle. Otros indios se situaban en la puerta de sus rucas, pero no se divisaba al renegado Forter. El guía dijo a la joven:

—Tenemos que actuar de inmediato. Antonio Forter espera hasta la madrugada noticias del tesoro, y si no las recibe, ejercerá su venganza contra Ciervo Veloz. Todo depende de usted.

El misterioso sujeto sacó de su bolsillo un papel y escribió en él este mensaje:

Llega auxilio. Espere la señal.

—Aguarde entre estos arbustos hasta que oiga el chillido de la garza. Entonces usted tratará de atraer la atención de Ciervo Veloz. El plan consiste en que solamente Ciervo Veloz lea este mensaje. ¿Me comprende? —preguntó el desconocido.

—Sí.

—Bien, yo debo ausentarme —declaró el piel roja—; espere el chillido de la garza y actúe.

El guía se alejó sin hacer ruido y Viviana quedó en suspenso.

Una hora después Viviana escuchó el chillido de la garza y sin vacilar se arrastró fuera del matorral. Ciervo Veloz tenía la cabeza entre sus manos y el centinela que le custodiaba, tal vez alarmado con el chillido de la garza, cogió su rifle y partió a escudriñar los matorrales.

Viviana cogió una piedrecilla y la arrojó a los pies de Ciervo Veloz.

El prisionero volvió la cabeza y miró a Viviana con tal asombro como si viera a un fantasma. La niña, colocando un dedo en sus labios, le ordenó quietud y le mostró el mensaje: "LLEGA AUXILIO, ESPERE LA SEÑAL".

Ya volvía el centinela, y Viviana sólo tuvo tiempo para escuchar cuando apareció Antonio Forter.

—Ciervo Veloz —preguntó el infame Forter—, ¿has considerado mi proposición? ¿Está lista tu respuesta?

—Ciervo Veloz nada tiene que decir —dijo el muchacho con altanería.

Antonio Forter llamó al centinela y dijo a Ciervo Veloz:

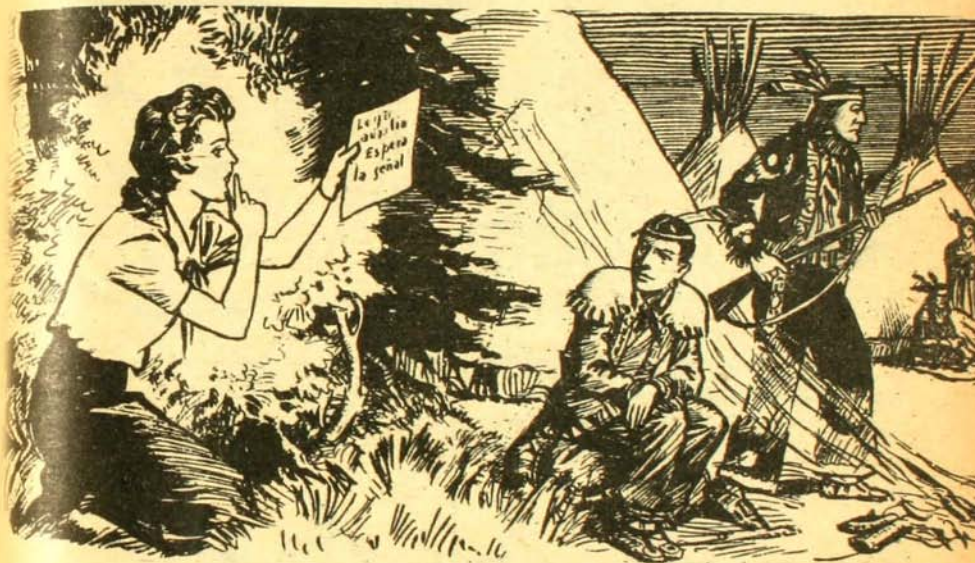
—Este hombre tiene mis instrucciones. Si no obedeces te entregaré a la venganza de los *paunis*. ¿Hablarás o no?

Viviana, oculta tras los matorrales, desfallecía de angustia al oír las amenazas de Forter. ¿Llegaría a tiempo el auxilio prometido?

—¿Hablarás, bandido? —vociferó Forter, remeciendo los hombros del cautivo.

Ciervo Veloz tembló de pie a cabeza al sentir las manos de su enemigo en su cuerpo. Hubiera deseado triturarle, pero la herida que le infligiera la flecha envenenada, le había quitado todas sus fuerzas. Con un gemido cayó inanimado a los pies de Antonio Forter.

El infame Forter lanzó una burlesca carcajada, pero ésta se atragantó en su garganta.



Ciervo Veloz recibió el mensaje que le traía Viviana.

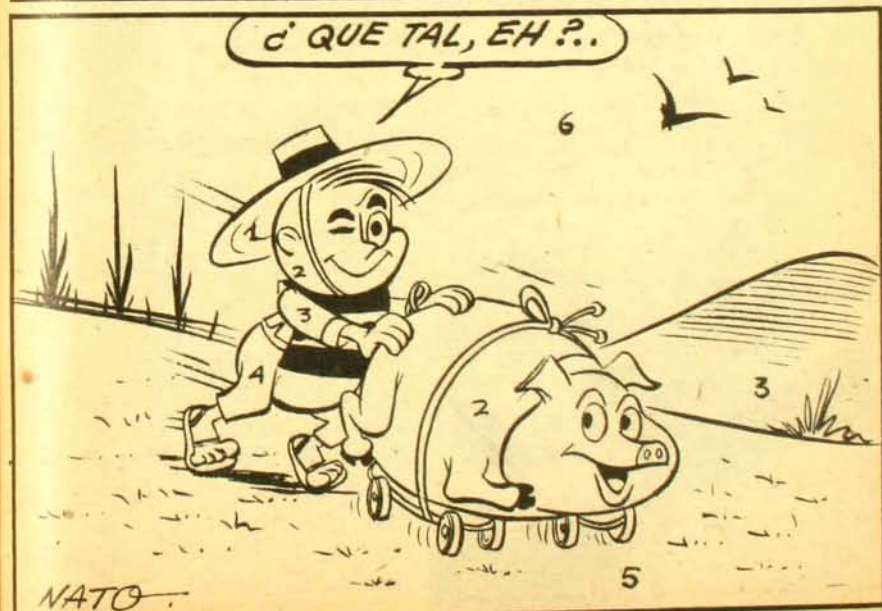
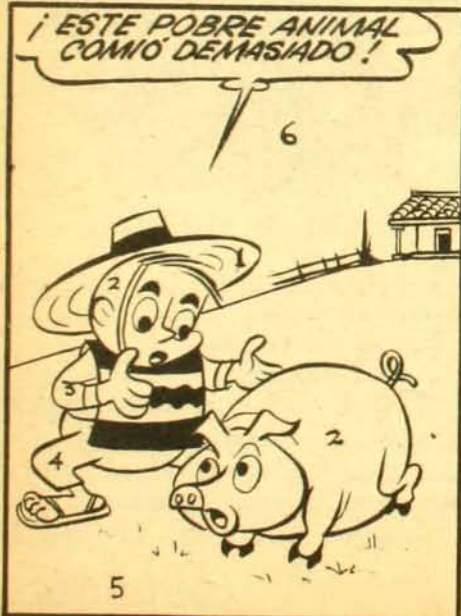
El centinela indio había caído sobre Antonio Forter y pretendía estrangularle. Dejándole casi exánime en el suelo, el indio se despojó de su aderezo de plumas y sonrió a Viviana.

—Aliro Cortis —balbuceó la hija de Edmundo Montal—. ¿Entonces usted era el indio forastero? Que bien disfrazado estaba...

—Amiga Viviana —respondió Cortis—, prometí volver y aquí me tiene. Me disfracé de piel roja para poder entrar al campamento; pero ya conversaremos. Ahora es preciso levantar a Ciervo Veloz y cargar con él a la montaña. Ayúdeme, Viviana. El pobre muchacho está malherido.

(CONTINUARA)

Ponchito

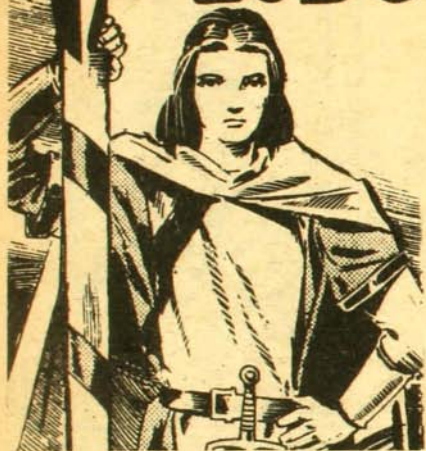


Estos dibujos están hechos especialmente para colorear:

1. amarillo; 2. rosa; 3. azul; 4. rojo; 5. verde; 6. celeste.

CAPITULO XXIII. — Lobos solitarios.

VIVES EL LOBO



El traidor Gaurán se había alejado algunos pasos de la desfallecida princesa Guenal. De pronto se detuvo.

—¿Y si no muere? —gruñó—. Los rebeldes seguirán acosándome. Regresó, deteniéndose junto a la figura inmóvil. Tenía los ojos cerrados. Su cabellera se vislumbraba como un reflejo de oro bajo la nieve.

El traidor desenvainó su puñal. —Morirás, bella Guenal —murmuró sombríamente—. Impides mi ascensión al trono de Carnavón. Eres un peligro para mis ambiciones.

Pero su brazo no pudo asestar el golpe asesino. Una mandíbula de

hierro se cerró sobre su mano, obligándole a soltar el arma con un grito de dolor.

El jefe de la manada de lobos se había deslizado sin ruido y cayó

Una mandíbula de
hierro se cerró sobre
la mano asesina.

con impulso fulmíneo sobre el malvado.

Como una silenciosa legión, las fieras de la horda trepaban a la plataforma de roca, mientras la nieve se desprendía bajo sus garras.

Gaurán intentó huir. Detrás de él se abría un abismo. Los lobos le cerraban los caminos de huida. Percibió muy cerca un gruñido furioso y vio dos ojos que brillaban como puntos de fuego. Su mirada se nubló de terror.



Recordó que su puñal había caído en la nieve. Las pupilas del lobo seguían ardiendo como llamas fosforescentes y de pronto se agitaron en el aire. La fiera había saltado y Gaurán cayó de espaldas. Vanamente pretendió aferrarse. Sus manos abrieron dos surcos profundos en la nieve. Las garras del lobo arañaron la roca y después hombre y bestia cayeron al vacío. Por largo tiempo repercutió el siniestro eco de las piedras que se desprendían. Después sobrevino un silencio mortal.

Como una silenciosa legión, los lobos trepaban a la meseta.



Cuando Ives subió a la meseta, vio a la horda que recorría inquieta el borde del abismo. Guenal, encogida y pálida, ocultaba el rostro entre sus manos.

Un coro de dolientes aullidos interrumpió el silencio. Los lobos llamaban a su jefe y guía, pero ninguna respuesta emergía de las profundidades.

Ives el Lobo se estremeció, comprendiendo que el jefe de la jauría rindió su vida, al dar a Gaurán la muerte merecida por sus villanías y codicia.

Se inclinó sobre Guenal, rodeando sus hombros. Ella suspiró débilmente. Estaba casi inconsciente, no comprendía qué estaba sucediendo. Oía la voz de Gaurán hablando con odio de Ives el Lobo. Evocaba el gruñido de una fiera y veía su cuerpo ágil y oscuro, surcando el espacio.

Sus ojos ardían como llamas fosforescentes.





**Hombre y bestia ro-
daron al abismo.**

dia... Barto... Ives... los Lobos.”

En su mente afiebrada se cruzaban los nombres y las visiones.

Ives el Lobo, alzándola en sus brazos, susurró:

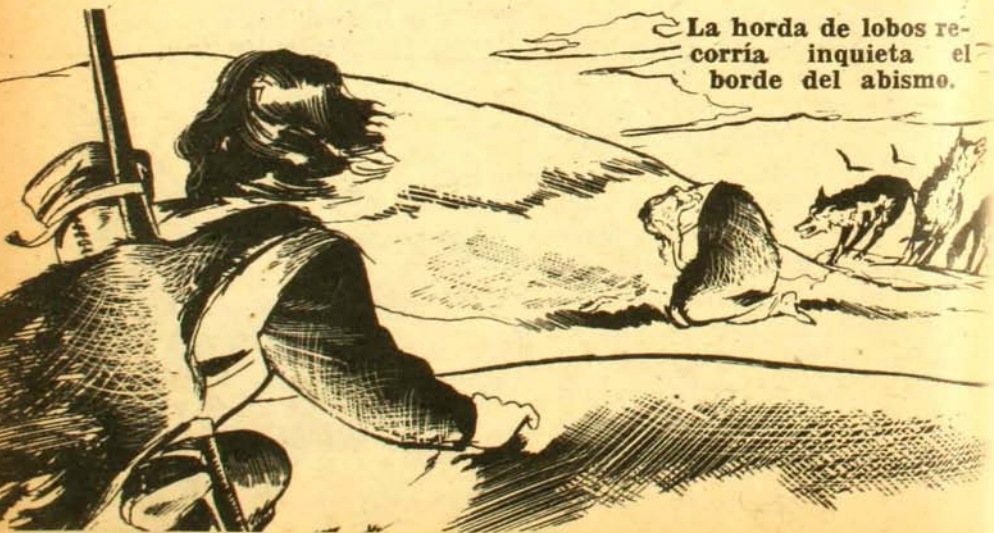
—Guenal... , despierta.

Los pálidos labios seguían inmóviles y rígidos.

Ives avanzó con grandes precauciones. El lamento de los lobos seguía elevándose lastimeramente.

—Buscaré una gruta —decidió el héroe—. Guenal necesita un

**La horda de lobos re-
corría inquieta el
borde del abismo.**



refugio abrigado.

No tardó en distinguir una caverna. Con la piel que él llevaba y la que envolvía a Guenal, formó un lecho. Luego encendió una hoguera, alimentada de ramillas que crepitaban a causa de su humedad.

—El calor devolverá la vida a Guenal —expresó Ives, observando con ansiedad el rostro blanco.

Se elevaron las llamaradas, iluminando las paredes de la extensa gruta. Uno a uno los lobos fueron llegando. Se detenían a la entrada y miraban indecisos a aquel ser de la raza humana que había corrido junto al jefe desaparecido, a través del páramo de nieve. Pertenecía a la manada y, como ellos, se sentía quizás desorientado.

Ives comprendió la soledad de los lobos. En su corazón la compartía.

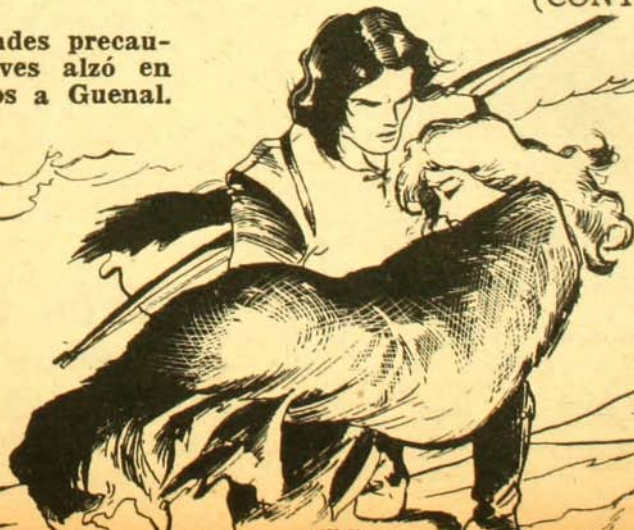
—Hermanos —murmuró con voz apagada.

Tenía no sólo que revivir a Guenal, sino también aquietar a los lobos y darles un nuevo jefe.

(CONTINUARA)

Con grandes precauciones, Ives alzó en sus brazos a Guenal.

Los aullidos plañideros se elevaron en el silencio.



GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

\$ 300.000.-

PREMIOS MAYORES: DOS BICICLETAS, RADIOS, PELOTAS DE FUTBOL, PATINES, BLUEJEANS, JUEGO DE LUDO, LOTEERIA, JUGUETES VARIOS, JARDINERAS, MUÑECAS, LAPICERAS FUENTES, PORTADOCUMENTOS, CINTURONES, PISTOLAS DE JUGUETE, PREMIOS EN DINERO, BOLSAS CON BOLITAS y muchos premios más. Para obtener cualquiera de los objetos enumerados, sólo tendrás que juntar los cupones que aparecen semanalmente al pie de esta página. Por cada serie de CINCO cupones numerados, de 1 a 5, obtendrás un BOLETO para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" EL 17 DE DICIEMBRE PROXIMO.



Y AHORA, LECTORES, A JUNTAR MUCHOS BOLETOS PARA GANAR ALGUNOS DE LOS REGALOS QUE "SIMBAD" OFRECE EN ESTE GRANDIOSO SORTEO DE NAVIDAD.

Cupón N.º 2 — Serie N.º 2
GRAN SORTEO DEL
17 de diciembre.

Cupón N.º 2 — Serie N.º 2
19 de octubre de 1955.

¿LO SABES TU?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:

¿Cuál fue el primer periódico de Chile?



Solución a "SIMBAD" 318. La primavera dura desde el 21 de septiembre hasta el 21 de diciembre.

Entre los niños que nos enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes nombres: CON CINCUENTA PESOS: Alberto Salazar, Angol; María Carmen Hernández, Valparaíso; Rabito Nilo, Rengo; Carlos Moya, Rancagua; Jorge Gatica, San Alfonso; Darinka I. Rojas, Talca; María I. Baixas, Santiago; Gonzalo Contador, Santiago; María R. Pulido, Chillán; María E. Azócar, Linares.

SUBSCRIPCION TRIMESTRAL:

Romualdo Robles, Los Angeles; Eliana Araos, Talca; Germán Roco, Santiago; Berta Montesino, San Carlos; Gabriela Medina, Concepción; Eliana Molina, La Unión.

UN LIBRO: Mario Barros, Talca; Adelina Toro, Linares; Marta E. Mesa, Viña del Mar; Margarita Vivallo, Puente Alto; Juan Rodríguez, Santiago; Mario Barra, San Vicente de Tagua-Tagua; Graciela Ortiz, Santiago; Ana María Jiménez, Valparaíso; Fidel Andrade, Santiago; Mary Contreras, San Fernando.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 320



3. Con un juramento de rabia cayó a tierra. Un clavo que sobresalía en el costado del carromato, le hirió el brazo. Con un alegre ladrado, Kim saltó, sintiéndose feliz por dos motivos: era libre y había castigado a un ladrón. Se alejó con renovadas esperanzas, en busca de su dueña.



4. Con el estruendo de la caída acudieron el empresario y algunos artistas. Para salvarse, Lisandro dijo: "—Reina, sorprendí a ese animal en tu camarín y lo expulsé. Me mordió". Más tarde, Reina, al encontrar su collar en el suelo, sospechó que Lisandro había mentado.

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO

¡ES INSOPORTABLE!



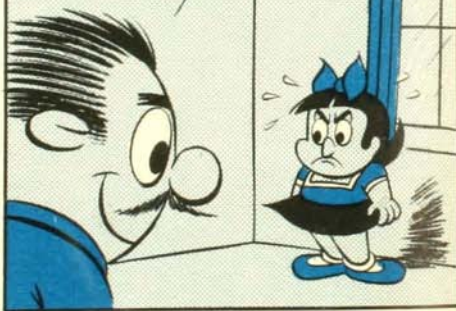
¡NO HAY DERECHO!



¿QUE TE PASA, PELUSITA?..



...¿POR QUE ANDAS TAN ENOJADA?



¡POR NADA, PAPA...



...ES QUE ACABO DE TENER UNA DISCUSION CON TU MUJER!



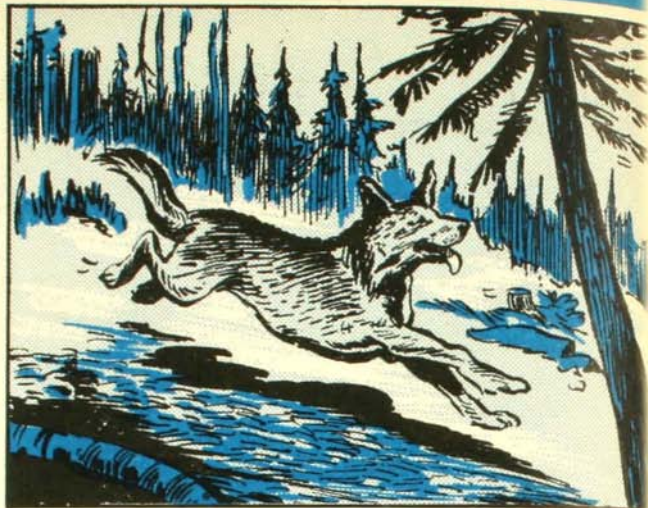
Simbad

N.º 321

EL PAIS DE LAS MARAVILLAS

\$ 20.-





CAPITULO XVI.—PERRO SALVAJE

1. Kim logró huir de su enemigo Lisandro y corría alegremente, atravesando los bosques de pinos del Canadá. Iba en busca de su adorada amita, Alicia Landy. Muchas aventuras había vivido, pero ninguna atenuó la nostalgia que sentía por su dueña.



2. Lisandro, enfurecido porque Kim lo había derrotado, se presentó a la policía para denunciarlo como perro salvaje. “—Me mordió —decía mostrando la herida que se hizo con un clavo al caer del carromato de Reina—. Debe ser eliminado, porque es un peligro para todos.”

(Continúa en la penúltima página.)

El país de las maravillas

CAPITULO XI.— *Claudio y Cristián van en busca de las princesas*

Los príncipes gemelos Claudio y Cristián de Carelia habían visto en sueños a una mujer maravillosa que les indicaba la ruta que debían seguir: uno hacia la derecha y el otro hacia la izquierda.

—Escucha —dijo Claudio a su hermano Cristián—, yo advertí que la princesa Maritza llevaba en el pecho una esmeralda en forma de hiedra, igual a la que tenía mi celeste aparición en su corona y en su cintura.

—Yo recuerdo que la princesa Alina también adornaba su pecho con una hiedra de esmeraldas —asintió Cristián—. ¿Esa misteriosa aparición querrá decirnos que sigamos a las princesas? ¿Se hallarán ellas en peligro y debemos socorrerlas?

—Si es así —respondió el impetuoso Claudio—, yo estoy pronto a volar en auxilio de mi amada Maritza. Pero, hermano querido, ¿será preciso separarnos?

—La separación es menos dolorosa cuando es motivada por el



Por fin, el príncipe Claudio divisó el cortejo de la princesa Maritza.

Año VII - 26-X-1955 - N.º 321

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane)

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada. Anual: \$ 60. Semestral: \$ 30.

Subscripción en el extranjero: Anual: US\$ 2,10. Semestral: US\$ 1,05.

Recargo por vía certificada: Anual: US\$ 0,20. Semestral: US\$ 0,10.

bien del prójimo —dijo Cristián—. Hermano mío, no podemos abandonar a esas desdichadas niñas en poder de los intrigantes que las conquistaron por fraude. Porque yo estoy persuadido de que hubo una indigna intriga en esa elección.

—Vamos entonces —declaró el ardiente Claudio—. Corre tú hacia el Oriente, como te lo indicó la aparición, y yo me dirigiré al norte. Quiera el cielo y el hada que se nos apareció anoche ayudarnos en esta empresa.

Como nunca se habían separado, fue dolorosa la decisión de los príncipes de Carelia. Caminaron, pues, hasta la encrucijada de los cuatro caminos y llegados a ese punto se abrazaron tiernamente.

En ese instante se escuchó una música celestial. Envuelta en una nube color rosa, bajó del cielo el hada Fidelia, con su resplandeciente traje azul, sus cabellos de oro flotantes y su corona de esmeraldas.

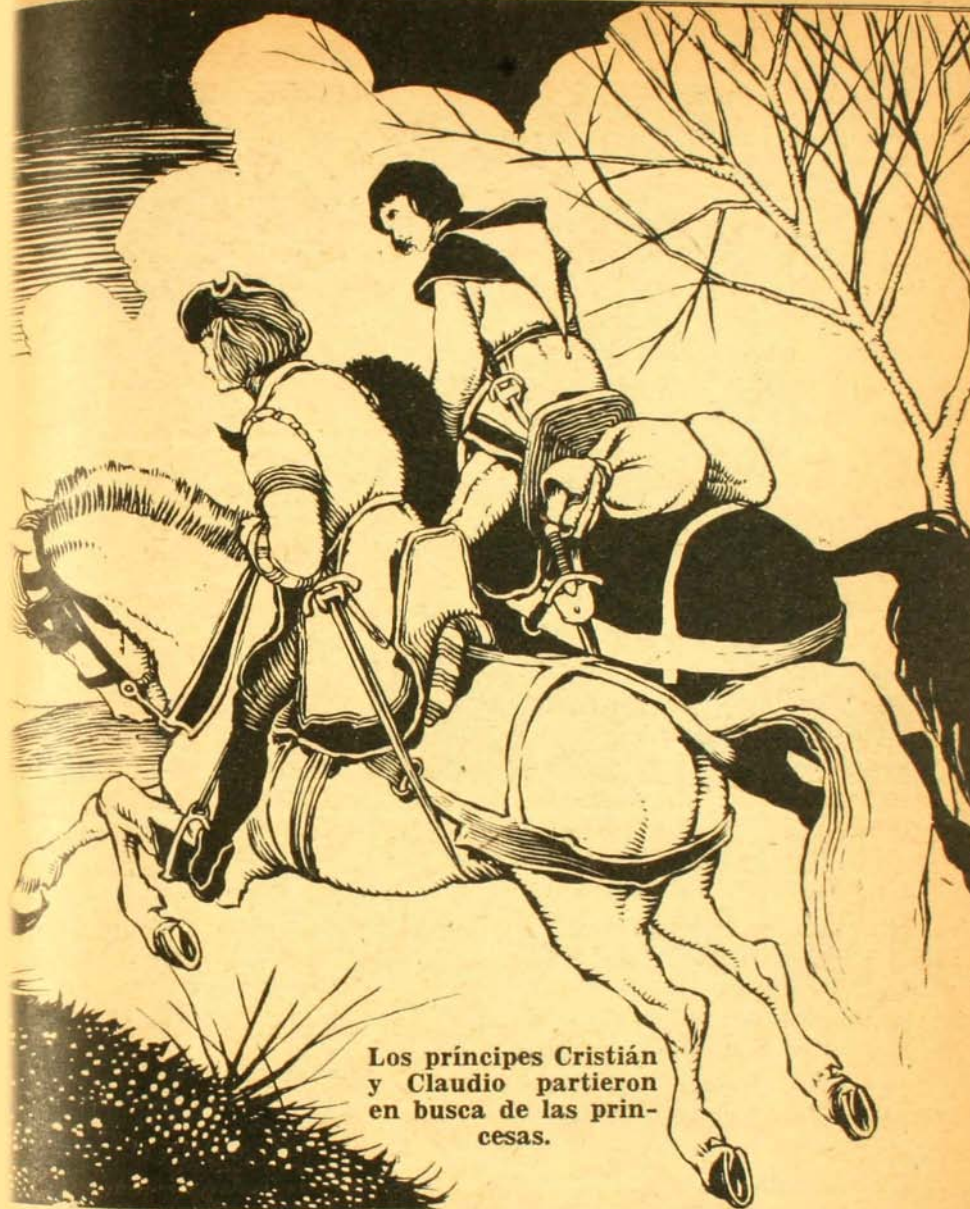
—Príncipes —dijo el hada—, nunca se me ha invocado en vano. Habéis escuchado mis consejos y seréis recompensados. Os doy a cada cual una esmeralda en forma de hoja de hiedra, igual a las que di a las princesas Maritza y Alina. Poseen un poder mágico. Conservadlas como un tesoro, porque las princesas sólo se casarán con los que les presenten esmeraldas iguales a las mías. Desconfiad sobre todo del *Genio de la Discordia*, y continuad amándoos como hasta el presente. Pronto comprenderéis por qué os he indicado rutas diversas. Al final de vuestro camino encontraréis la felicidad.

Respetuosos y agradecidos los jóvenes inclinaron sus rodillas ante el hada, y cuando ésta desapareció, cada cual tomó la senda que les había indicado.

Ambos príncipes iban acompañados de sus escuderos Orión y Galión. Llevaban sus bolsas llenas de oro; sus caballos eran veloces como el viento, sus dagas filudas y sus espadas aceradas. ¿Cómo, en esas condiciones, y teniendo veinte años, no iban a confiar en el triunfo?

Después de muchos días de marcha, luchando con los bandidos del desierto y con las bestias feroces, el príncipe Claudio divisó el cortejo del príncipe Kovna. Al punto el impulsivo príncipe decidió ir a rescatar a su amada, pero una voz interior le replicó: "PACIENCIA".

Obedeciendo a esta advertencia, el joven Claudio se conformó



Los príncipes Cristián
y Claudio partieron
en busca de las prin-
cesas.

con seguir el séquito del albino magnate, sin perder de vista la litera en que viajaba Maritza. Por lo tanto, no era una ilusión la presencia del príncipe Claudio junto a la litera de la morena Maritza, sino una encantadora realidad.



Los campos estaban floridos como en una primavera.

Cuando Alina terminó de leer la carta de Maritza, suspiró tristemente, diciendo:

—¿Por qué mi amado príncipe Clavel no viene también junto a mí para consolar mi soledad?

Pobre Clavel, o mejor dicho, pobre príncipe Cristián...

Alina no podía sospechar que su camino estaba sembrado de peligros y que el *Genio de la Discordia*, abandonando por un momento la litera de Maritza, había acudido a turbar la senda del valeroso príncipe.

Apenas Cristián se despidió de su hermano Claudio, cambió totalmente el desierto paisaje. Los campos estaban floridos como en la primavera y su fragancia embalsamaba el espacio.

—¡Qué maravilla! —exclamó Cristián—, este país es un edén.

Cuando quiso proseguir su camino, advirtió que habían brotado arbustos floridos por todos lados y que ya no quedaba ni un senderillo por donde guiar su caballo. Hasta donde podía extender la vista el panorama era igual.

Por entre las flores surgía una música melodiosa, con canciones que le brindaban elogiosas rimas.

—Gentil príncipe Cristián —decía la canción—, tú eres hermoso, tú eres valiente...

En vez de apartarse, brotaban más flores fragantes y bellas y los cánticos eran un dulce sortilegio para sus oídos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Cristián a su escudero.

—Yo me quedaría aquí —respondió Orión—. El ambiente está perfumado y nos ofrecen un concierto gratuito.

—¿Y la princesa Alina, Orión? —exclamó indignado Cristián—.

Ella necesita de nosotros. Corramos a salvarla.

Al oír estas palabras, las flores se retiraron del camino y de cada corola surgió un pequeño silfo, cantando y danzando y formando una alegre escolta al intrépido viajero.

El príncipe Cristián preguntó a esos diminutos seres:

—¿Qué hacéis aquí, jóvenes y bellos amiguitos? Sois más hermosos que los niños, más ligeros que las mariposas y más armoniosos que las avecillas.

—Somos los silfos —dijo uno de ellos.

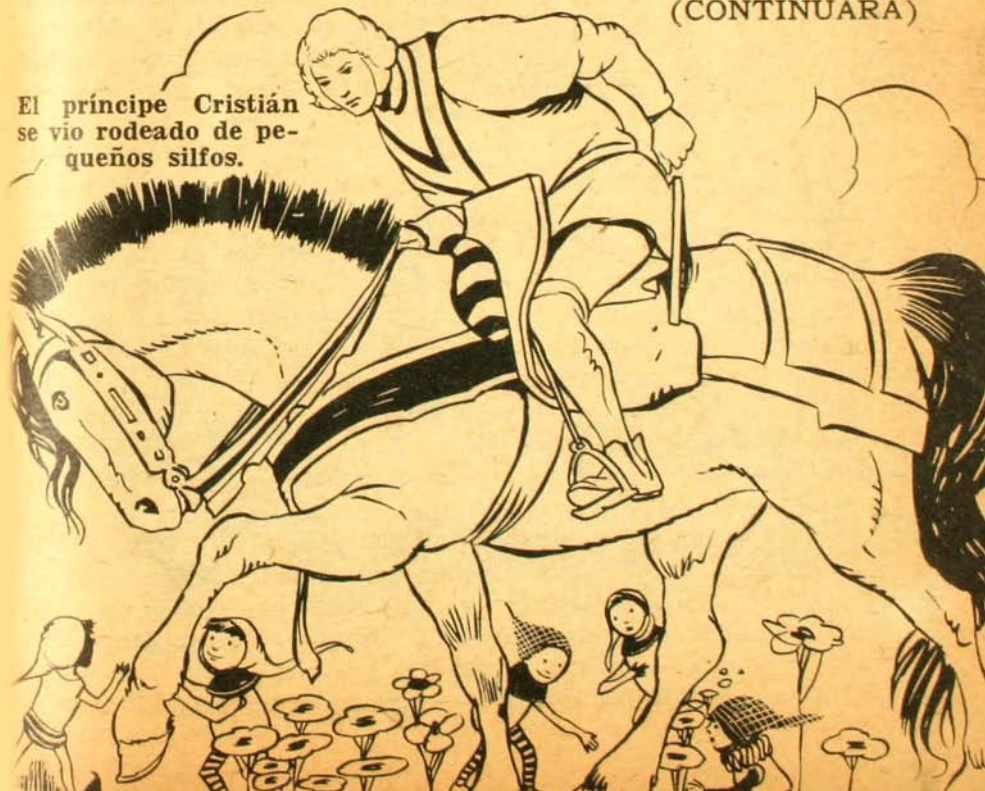
—Somos el alma de las flores —expresó otro—, y rara vez un caballero resiste a nuestros hechizos. Por oír nuestra música olvidan sus deberes y sus más ardientes amistades. Nos has vencido y seremos tus vasallos. Ordena y te obedeceremos.

—Por el momento no necesito vuestra ayuda —respondió el príncipe Cristián—, pero tal vez más tarde necesitaré de vosotros. Seguidme y os guardaré eterna gratitud.

Los silfos siguieron tras Cristián y Orión hasta la entrada de una aldea. De pronto, todos desaparecieron.

(CONTINUARA)

El príncipe Cristián se vio rodeado de pequeños silfos.





EL BURLADOR

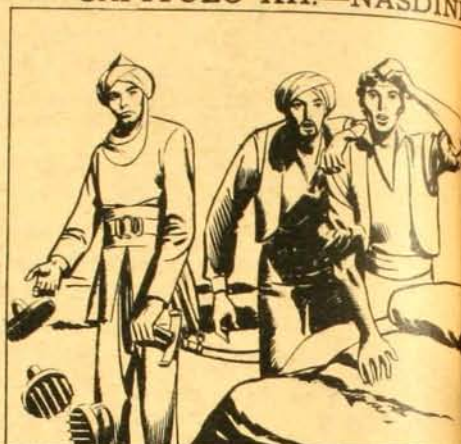
CAPITULO XII.—NASDINE

DE ORIENTE

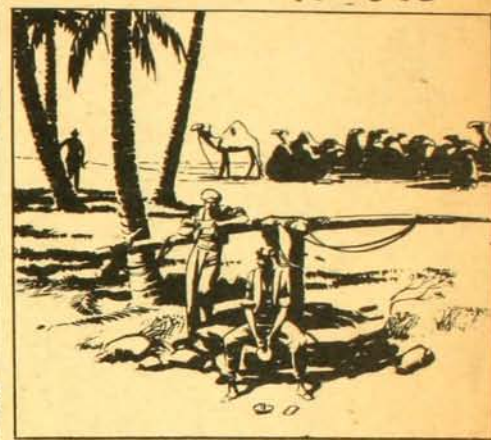
SE MUERDE LA LENGUA



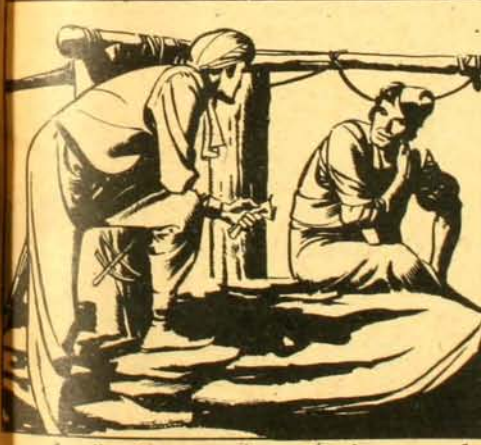
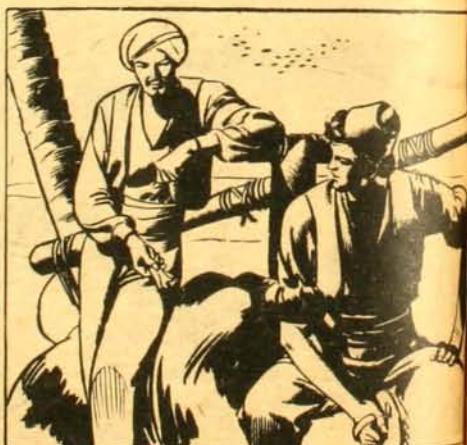
1. La princesa Yamila, furiosa porque Mechub y Nasdine habían reñido en su presencia, les aplicó un castigo: limpiar los camellos de la caravana. Los jóvenes aventureros no se inmutaron al principio, pero después, al ver la enorme tropa de rumiantes, se sintieron desalentados.



3. “—Para consolarnos, leamos el mensaje que Michli deslizó en la mano de la princesa”, sugirió el burlador. Mechub desplegó el papel y sus ojos se dilataron de asombro. ¡Aquel era el mismo mensaje que descubrieron en la sandía hueca, y que llevaba la firma de Harum!



2. El guardia, entregándoles las duras escobillas, indicó: “—Les conviene terminar antes de que llegue la noche”. Mechub gimió: “—Cincuenta, sesenta bestias, quizás más...” Cuando quedaron solos y mientras Mechub escobillaba melancólicamente a su primer camello, Nasdine se acercó a él.



4. “—Esto quiere decir que el bandolero avisa a Yamila que la caravana será atacada en el tercer oasis”, murmuró Nasdine. “—¿Estás loco? —protestó Mechub—. ¿Insinúas que ella es cómplice de la banda de Harum?” En ese instante un guardia rugió: “—¿Qué traman ustedes?”





EL BURLADOR



5. Nasidine apenas tuvo tiempo de formar una bolita de papel con el mensaje y colocarlo en su boca, debajo de la lengua. "—Berdone, soldado del ebir", balbuceó, con gran aflicción. Riendo, Mechub explicó al guardia: "—No puede hablar bien. Se mordió la lengua".



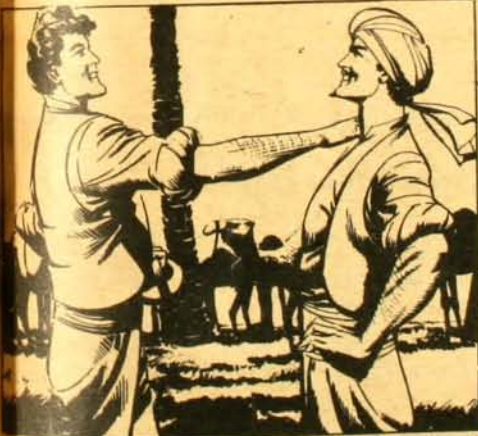
6. Nasidine lanzó una mirada de agradecimiento a Mechub. Pero después palideció, cuando el guardia dijo con expresión de sospecha: "—Quisiera ver esa lengua mordida". La alegre sonrisa de Mechub se esfumó. Con gran ansiedad observó el semblante de Nasidine y vió que sus mandíbulas se crispaban.



DE ORIENTE



7. Por fin Nasidine mostró su lengua... Dos gotas de sangre cayeron sobre su labio inferior. "—¡Qué manera tan estúpida de herirse! —comentó el guardia—. Pero eso no te salvará de tu labor. Sigue escobillando camellos." En seguida se alejó, mientras Nasidine cogía el mensaje y lo ocultaba en su cinto.



8. "—¡Eres un héroe!", aplaudió Mechub. Ambos estallaron en una sonora carcajada y luego se dedicaron a su tarea. Limpiaban el camello número veintisiete, cuando divisaron a la bella princesa, que venía a vigilar el trabajo. "—Tengo una idea para saber si ella es cómplice de Harum", susurró Nasidine.

(CONTINUARA)

The illustration at the top of the page is framed. On the left, a woman in a dark, sleeveless dress and high heels is leading a large elephant. The elephant has a decorative headpiece with a circular emblem. On the right, another woman in a light-colored, short-sleeved dress stands with her hands on her hips, looking towards the elephant. The background is simple, suggesting an outdoor setting.

RIVALES EN EL CIRCO

CAPITULO VIII.—*Un alumno difícil.*

El plan de Hugo para suplantar a Diana Marcy dio resultado, pero sólo por una noche. Mediante un ardid, alejó del circo a Diana y al elefante Pachá. El empresario Libor estaba furioso, pero cuando la jovencita libró a Hugo de Pachá, le dijo:

—Olvidemos tu falta de disciplina, Diana. Por ningún motivo debiste ausentarte minutos antes de la función. Pero salvaste a Hugo y mereces que te disculpe. Continúas en el circo, trabajando con Mimí Duval.

Una expresión de felicidad iluminó los ojos de Mimí.

—Espléndido —aplaudió—. Vamos a celebrar este triunfo. La familia Jiniver nos invita a una comida de gala. Adiós, *monsieur* Hugo.

El trapecista ocultó su furor. Con una sonrisa, aunque sus azules ojos despedían rayos, exclamó:

—La voluntad de la estrella del circo es indiscutible. Tuve el honor de ser su compañero por una noche y mi más ardiente deseo es que esa gloria se repita en el futuro. Dos ases del trapecio deben actuar juntos.

Diana advirtió que la sonrisa de Hugo era forzada. El le dirigió una fugaz mirada. En esas pupilas se leía: “Pero una intrusa se ha interpuesto entre nosotros, una vulgar malabarista, que jamás podrá dominar el trapecio”.

Ambas niñas se dirigieron al carromato de los Jiniver. Las mellizas Nina y Dolly eran equilibristas. Durante la cena, Dolly ensayó comer, manteniendo la cabeza hacia abajo y los pies apo-

yados en la pared. En esa posición vertical era difícil cenar. Con la mano izquierda en el piso, usaba la derecha para llevarse la cuchara a la boca. El plato lo situó en el suelo.

—Ven a la mesa, Dolly —dijo la señora Jiniver. —Ya voy, mamá. ¿No crees que este número sería sensacional?

De un salto recobró su posición normal, mientras el plato rodaba algunos centímetros.

—¡Cuidado! —gritó la señora Rosa—. ¿No te gustó el guiso? Entonces no te daré postre.

Mimí reía a carcajadas. Dolly, sacudiendo sus pantalones, ocupó la silla que le correspondía. En ese momento alguien llamó a la puerta.

—Visita —sonrió el señor Jiniver—. Quizás sea Taquito, el enano.

Al abrirse la puerta, apareció la alta figura de Hugo. Su cabello dorado lanzaba destellos bajo la lámpara. En sus manos sostenía un gran ramo de flores. —Perdonen —murmuró—. He trabajado con muchas trapecistas, pero la más admirable es Mimí. Quiero agradecerle que me haya permitido ser su compañero.

Ofreció las flores a Mimí, que las aceptó sonriendo. En seguida Hugo dijo a Diana:

—Tengo un mensaje para usted, de Ali. Desea verla con urgencia.

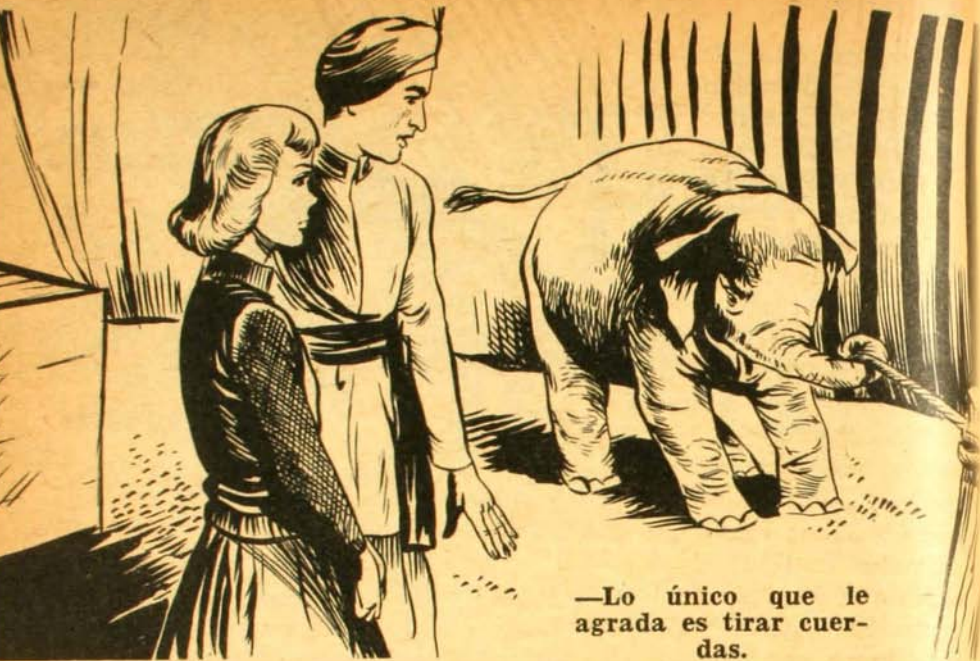
Diana abandonó el carromato de los Jiniver. Al cruzar el patio, miró hacia la ventana iluminada. La gallarda silueta de Hugo se destacaba junto a la



Mientras se alejaba, Diana observó con recelo la silueta de Hugo.



—Estoy terriblemente preocupado —confesó Ali.



—Lo único que le
agrada es tirar cuer-
das.

frágil sombra de Mimí. Reía, hablando con animación, mientras la francesita y las dos jóvenes equilibristas le oían.

“Trata de conquistar a Mimí —suspiró Diana, entristecida—. Hará cuanto sea posible para desplazarme. No temo por mí, sino por mi amiga. Finge admiración por ella, para ocultar sus malignas intenciones. Mimí le impide ser la primera figura del circo.

—Jugaremos los dos,
Bambino —anunció
Diana.



Debo permanecer alerta para protegerla de las maquinaciones de su enemigo.”

Por un instante cruzó por su mente la idea de que el mensaje de Alí era falso. Pero cuando se reunió con el amaestrador de elefantes, éste exclamó:

—Por fin llegas, Diana. Esto y terriblemente preocupado. Creo que

tendremos que deshacernos de Bambino. Señaló, con gesto desolado, al pequeño elefante. Este, al ver a Diana, sacudió alegremente sus grandes orejas y lanzó un dulce bramido. Ella protestó:

—Alí, ¿qué dices?

—No he podido enseñarle ningún truco — declaró el hindú—. Han sido vanas todas las lecciones. Libor me dijo que no puede mantener animales inútiles. Y tú sabes que él es intransigente. Si regresara el señor Larosa... no permitiría que Bambino fuera vendido.

—¿Estás seguro de que no aprende nada?

—Lo único que parece agradarle es tirar cuerdas.

—Quizás yo... —sugirió Diana—. ¿Me dejarías ensayar, Alí?

—¡Por supuesto! Precisamente pensaba suplicarte que intentaras amaestrarlo. Yo fracasé, pero tal vez tú...

—De acuerdo, Alí. Sería una pena perder a Bambino.

—Te obedecerá. El señor Hugo me dijo que sólo tú eras capaz de adiestrar a Bambino. Es verdad.

Diana miró a Alí, asombrada. Hugo le había sugerido que recurriera a ella. ¿Qué nueva intriga tramaba el trapecista?

No renunció, sin embargo, a su idea de amaestrar a Bambino. Libor no vacilaría en deshacerse de él, porque exigía que todos los componentes del circo realizaran su parte de trabajo.

A la mañana siguiente, muy temprano, acudió en busca del elefantito.

—Buenos días, Bambino —le saludó—. Sé que te agrada jugar con cuerdas. Jugaremos los dos. Aquí tienes un extremo, cógelo con fuerza. Yo tiraré hacia el otro lado y tú resistirás. A ver quién gana.



La niña estaba dispuesta a amaestrar al elefantito.

(CONTINUARA)

El fantasmita



SERÉIS SUEGRO DEL REY, SEÑOR MARQUÉS, CUANDO REUNAMOS TODO EL ORO DE LA DOTE, IREMOS A LA CORTE. CAMOTINA SERÁ REINA.



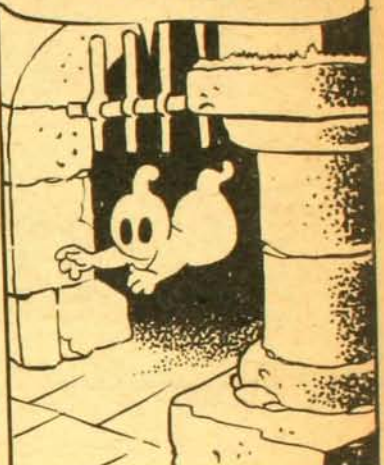
CASTIGARÉ A ESTOS AMBICIOSOS. PERO... ¿QUÉ VEO? ¡MIS AMIGOS PRISIONEROS!



CONFIESEN. ¿DE DÓNDE SACARON ESE ORO?



VALIENTES LOS MUCHACHOS. NO QUIEREN TRAICIONARME. LOS SALVARÉ



SEÑOR MARQUÉS, AQUÍ ESTÁN LOS VILLANOS DE QUIENES OS HABLÉ. TENIAN ESTA CACEROLA LLENA DE MONEDAS DE ORO



¡ORO! ¡ORO! ¡QUÉ EMOCIÓN!



EN LA SALA DEL TORMENTO, HABLAREMOS



CONTINUARÁ



BUFA LO BILL

CAPITULO XIII

"DISPARA RAPIDO"



1. Bill Hickok, el más famoso sheriff de todos los tiempos, almorzaba en la cantina, cuando entró al recinto una banda de forajidos. El jefe rugió con voz atronadora: "—¡Una botella de limonada!" El cantinero, asombrado, murmuró: "—¡Lim... limonada!" Inmediatamente se arrepintió de su exclamación.



Parece que éstos quieren jugar conmigo.



Ahí viene el otro.

3. Rápidamente, Monty ordenó: "—Colócate detrás de él, Ben. Cuando yo le lance mi jarro de limonada, golpéalo con una silla. Luego dispararemos sobre él y tendremos el camino libre para asaltar el banco". El secuaz de Monty obedeció, y aunque trató de ser disimulado, el sheriff advirtió su maniobra.

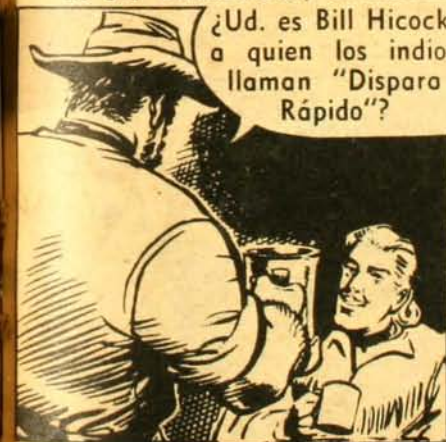


¿Te opones a que beba limonada?



Ese que está ahí puede estorbarnos

2. El hombrón, cogiéndolo del cuello de la camisa, vociferó: "—¡Sí, limonada! ¿Hay algún inconveniente?" El pobre mesonero, temblando, gimió: "—Nin... ninguno, señor. Le serviré su limonada, ahora mismo, señor". Uno de los bandidos se acercó al jefe para murmurar a su oído: "—Monty, ahí está Bill Hickok".



¿Ud. es Bill Hicock, a quien los indios llaman "Dispara Rápido"?



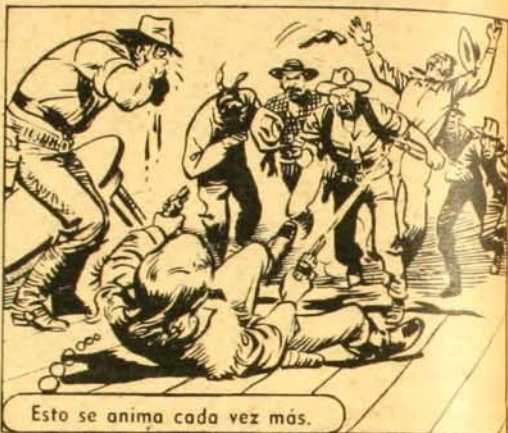
¡Lo invito a un trago!

4. Pero sólo pareció apartar la atención de su plato cuando Monty le dirigió la palabra: "—¿Es usted Bill Hickok?" El apuesto sheriff respondió: "—Sí, ¿en qué puedo servirle, forastero?" Monty dijo: "—Sólo quería invitarlo a beber". Y en seguida lanzó el contenido de su jarro al rostro del tranquilo comensal.



BUFAILO

BILL



Esto se anima cada vez más.

5. Ocurrieron en seguida varias cosas que Monty no había previsto: el jarro de latón golpeó con violencia la nariz de Ben, el plato de comida se vació sobre su faz y la silla se quebró sobre la mesa. Bill había rehuído la celada y disparó desde el suelo contra los demás proscritos.



Calma, muchachos.

¿Qué danza es ésta?



¡Ahora verás, maldito!

6. Tres bandidos saltaron con la intención de moler bajo sus botas al valiente sheriff, pero éste rodó hacia un costado, librándose del ataque. Pero Monty se había recobrado y, con un rugido de fiera, saltó sobre el esbelto cuerpo. Oprimido por aquella mole, Bill soltó sus armas.



AY!

AAAAH!

¡AY, AY.



¡A dormir, preciosuras!

7. El gigantesco Monty era dueño de la situación, pero su victoria fue breve. Cuando se aprestaba a matar a Bill Hickok, la puerta se abrió y mientras sus hojas se balanceaban con violencia, dos jóvenes arremetieron contra los bandidos, derribándoles como a débiles muñecos.



No se acerque a ellos, jefe.



¡AY!

8. "—¿No son capaces de rechazar a dos malditos intrusos?", rugió Monty. Ben, con voz temblorosa, advirtió: "—Usted no comprende, jefe. Esos son Búfalo Bill y Texas Jack. Sería mejor que nos fuéramos de aquí". No pudo hablar más, porque Bill Hickok, que ya había recobrado el aliento, le asestó un golpe demoledor.

(CONTINUARA)



LA AMIGA DEL PIEL ROJA

CAPITULO XVI.—*Perdidas en un laberinto.*

Mientras Aliro Cortis ascendía la montaña cargando sobre sus hombros al inerte Ciervo Veloz, Viviana lo acosaba a preguntas.

—Tuve que disfrazarme de piel roja para no llamar la atención —decía el patrullero—. Recordarás que me separé de ustedes en la choza del traficante en pieles, conminado por mi jefe a entregar a Ciervo Veloz antes de las veinticuatro horas. Por eso te dije esta tarde que yo tenía tanto interés como tú en libertar a nuestro amigo.

—Una perfidia —balbuceó entre dientes Viviana, pero pronto se arrepintió de su expresión y dijo—: Aliro, eres un valiente.

—El centinela ha vuelto en sí —murmuró Cortis—, y está dando la voz de alarma en el campamento. Los pawnees correrán tras nosotros, Viviana. Corramos para salvar nuestras vidas.

RESUMEN: Viviana Montal y su tío Juan viajan por las montañas del Alto Canadá en busca del explorador Edmundo Montal, misteriosamente desaparecido. Ciervo Veloz y su hermana Flor de Luna son sus amigos; Antonio y Malva Forter, sus enemigos. Interviene también el patrullero Aliro Cortis, quien pretende capturar al piel roja Ciervo Veloz. Tras muchas aventuras llegan a la montaña sagrada de los pieles rojas. Penetran a un templo indígena y allí descubren a Edmundo Montal convertido en un esquelético anciano. Este declara que fue Antonio Forter quien mató a Nube Roja. Ciervo Veloz enfrenta a sus enemigos, pero cae vencido. Aguila Roja y sus amigos huyen por un subterráneo hacia el valle secreto. Al caer Flor de Luna en una cavidad descubre el tesoro de los CHOAMAS, y decide proponer a Forter la libertad de Ciervo Veloz en cambio del codiciado tesoro. Interviene un indio desconocido que impide este propósito. Viviana y Flor de Luna abren el cofre, pero lo encuentran vacío. El indio misterioso resulta ser el patrullero Cortis, quien salva a Ciervo Veloz cuando Antonio ordena su ejecución...

Fue una fuga desenfadada por los vericuetos de la montaña. Viviana casi no podía respirar, y por fin se detuvo en la cumbre del cerro.

—La historia se repite —dijo Cortis, reposando también un instante—. No muchos días atrás, Ciervo Veloz cargó conmigo cuando caían los rodados de nieve, y ahora yo puedo pagar esa deuda. ¡Hola, amigo!, ¿cómo te sientes?

Ciervo Veloz abrió sus ojos y miraba atónito a su salvador. Viviana se arrodilló junto al piel roja, que el patrullero dejó tendido sobre el césped, y le preguntó cómo se sentía:

—¿El patrullero ha venido a rescatarme? —preguntó Ciervo Veloz, mirando a Cortis—. ¿Le debo la vida...?

—Se la debes a Viviana Montal —respondió el patrullero.

—Sin tu ayuda, Aliro, nada podía hacer yo —murmuró Viviana.

—Ciervo Veloz conoce toda la verdad —dijo el joven piel roja, extendiendo su mano para que el patrullero se la estrechara—. Ciervo Veloz y el hombre blanco pueden ser amigos. No fue un patrullero quien asesinó a mi padre *Nube Roja*.

—Aún no puedo estrecharte la mano, Ciervo Veloz —expresó Aliro Cortis—. Cuando se le confía una misión a un patrullero, está obligado a cumplirla por su honor. Yo tengo que arrestarte, Ciervo Veloz, aunque odie tal orden. Trataré de probar tu inocencia, pero tendrás que seguirme.

—No puede ser —protestó Viviana—. Es una infamia.

—Yo comprendo, mi cervatilla blanca —dijo Ciervo Veloz—. Un piel roja también cumple siempre sus promesas. Ciervo Veloz está listo. Que el hombre blanco le coloque los grillos.

Y al decir esto el piel roja tendía sus manos.

—Eso no —respondió Aliro Cortis—, yo confío en tu palabra. Traigo solamente un par de esposas y esas las destino a otra persona. Prosigamos nuestra ruta. Todavía Antonio Forter está libre y me imagino que costará capturarlo. Para él destino los grillos y acaso también las balas de mi rifle.

Una hora después el patrullero, con Ciervo Veloz a su espalda, y Viviana a retaguardia, llegaban a la caverna, donde les aguardaban, ansiosos, Juan y Edmundo Montal y Flor de Luna.

La hermana de Ciervo Veloz procedió a curar la herida del valiente piel roja con hierbas medicinales y ungüentos misteriosos que le dieron pronto alivio.

Juan Montal opinaba que debían reposar esa noche en la caverna para seguir viaje a la ciudad al día siguiente.

—No lo considero prudente —aconsejó el patrullero—. Los *pawnees* nos siguen y pronto descubrirán la entrada al Valle del Sol. Por su parte, Antonio Forter ha de imaginarse que hemos hallado el tesoro y no dejará piedra por mover para cautivarnos.

—Es muy extraña —insinuó Edmundo Montal— la desaparición del tesoro, pues si Forter no se lo robó cuando atacó a los *choamas* y mató a *Nube Roja*, ¿quién pudo sacarlo del cofre? Yo les juro que ese tesoro no era un mito.

—Acaso lo escondió en otra parte algún amigo de los *choamas* —insinuó Ciervo Veloz.

De pronto se escuchó ruido en el valle y en seguida se divisaron antorchas rojas entre los matorrales.

—Internémonos en los túneles —ordenó el patrullero—. Don Edmundo, usted conoce el camino.

—Mi león *Kiguata* es mejor guía —respondió Montal—. Ven acá, *Kiguata*. Guíanos.

El león entró en la caverna seguido de los fugitivos.

Juan Montal sostenía a su cadavérico hermano Edmundo y Cortis rodeaba con su brazo la cintura del herido piel roja.

—¿El hombre blanco se llevará a mi hermano Ciervo Veloz? —preguntó Flor de Luna a Viviana.

—Aliro está tratando de probar la inocencia de Ciervo Veloz —dijo Viviana—, y la prueba final es el descubrimiento del tesoro.

—Yo vi en el plano de *Águila Gris* un dibujo que parece indicar que el tesoro está en la cueva de los *totems* —explicó Flor de Luna.

—Vamos a comunicárselo inmediatamente al patrullero —sugirió Viviana.

Ambas jóvenes, cogidas de la mano, corrieron por los túneles, y de pronto se encontraron perdidas en un laberinto.

—Los malos espíritus se han apoderado de nosotras —gemía Flor de Luna.

Viviana trataba de dominar el pánico de la supersticiosa indiecita, asegurándole que pronto las encontrarían.

—Voy a encender mi linterna —dijo Viviana.

El aparato estaba por extinguirse, y sólo dio luz para ver que el túnel se extendía a lo lejos en tenebrosa obscuridad. Centenares de murciélagos revoloteaban sobre sus cabezas.



A la luz de un fósforo, Flor de Luna descubrió huellas frescas en la caverna.

—Malos espíritus —sollozaba Flor de Luna.

Viviana encendió entonces un fósforo y la india miró al suelo indicando huellas frescas en el fino polvo. Esto significaba que seres humanos habían atravesado esos túneles recientemente.

Siguieron adelante, pero ya no se divisaron más pisadas humanas. El polvo estaba liso como si durante muchos años ningún pie lo hubiera hollado.

—Hemos ido trepando como si atravesáramos una montaña —dijo Viviana—. Mira, Flor de Luna... , allí diviso dos luces.

Ambas niñas comenzaron a trepar una escalera de piedra hasta llegar al sitio donde se divisaban las dos luces. Eran como dos faros de plateada claridad.

—Es la luna —exclamó Viviana—, que brilla a través de una hendidura en la roca... Flor de Luna, estamos en la caverna de los *totems*... y esos dos faros luminosos son los ojos del gran ídolo que se yergue sobre el altar del sacrificio.

—Pesos —dijo de súbito Flor de Luna—, furtivos pasos de pieles rojas... Que la niña blanca no se mueva.

Momentáneamente una sombra cubrió la luz de la luna cuando una silueta oscura se escurrió por la caverna; la siguieron otras

y otras, que ocuparon los rincones de la caverna. Eran indios *pawnees*, armados de rifles y lanzas.

—¿Qué hacen aquí esos hombres y quién los manda? —preguntó Viviana a Flor de Luna.

—Oigo que les ordenan esconderse en la parte más oscura de la caverna —explicó la hermana de Ciervo Veloz— y que esperan la llegada de alguien.

“Serán los secuaces de Antonio Forter”, pensó Viviana.

Un momento después las dos niñas, que observaban la escena por los ojos del gran ídolo, vieron aparecer en la puerta de la caverna la cabeza blanca de Edmundo Montal; Ciervo Veloz y Aliro Cortis le seguían.

—No se preocupe, señor —decía el patrullero a Edmundo Montal—, las niñas seguramente siguieron por otro túnel. Yo retrocedí a buscarlas, pero ya habían desaparecido en una bifurcación del subterráneo. Espérenme afuera de la caverna mientras vuelvo a los túneles. . .

En ese preciso instante el patrullero oyó un sospechoso ruido dentro de la caverna sagrada y sacó su revólver.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó el intrépido joven entrando a la cueva.

Su voz hizo eco en la bóveda. Viviana y Flor de Luna sintieron helarse la sangre en sus venas al ver que las sombras se movían en los rincones, listas para el ataque.

Si gritaban precipitarían el desastre, y si no advertían el peligro a sus compañeros, los indios les matarían.

Las manos nerviosas de Viviana comenzaron a palpar lo que ella creía muro o roca y de súbito su mano tocó una especie de pestillo.

—Flor de Luna, ¿puedes tú gritar como los pieles rojas en el combate? —preguntó Viviana a la indiecita—. Grita con todas tus fuerzas y yo te sigo.

Flor de Luna lanzó el terrible grito de guerra a tiempo que Viviana movía el pestillo o puertecilla del ídolo.

ATENCIÓN, LECTOR: SUSCRIBETE A "SIMBAD" Y RECIBIRÁS PUNTUALMENTE EN TU DOMICILIO TU REVISTA PREFERIDA. ESCRIBE A EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A., CASILLA 84-D Sección Suscripciones, o llama al teléfono 391101.

Los *pawnees*, agazapados en los rincones de la caverna sagrada, miraron hacia la altura, y al ver que la cabeza del ídolo se movía y dejaba a la vista la espectral figura de dos muchachas cubiertas de blanco polvo, lanzaron aullidos de espanto y huyeron en tropel por los túneles.

Entretanto, la cabeza del ídolo oscilaba sobre sus goznes, haciendo aún más terrorífica la escena.

—¡Santo Dios! —exclamó Aliro Cortis, al divisar a las dos jóvenes en el hueco del ídolo—. Comprendo el espanto de los indios.

El patrullero reía a mandíbula batiente y decía a las dos heroínas:

—Viviana, Flor de Luna, ¿cómo se les ocurrió tan magnífica idea?

—No fue idea nuestra —respondió Viviana desde su encumbra-da posición—. Nos extraviáramos en los túneles, y siguiendo dos luces, llegamos frente a los ojos huecos de este ídolo.

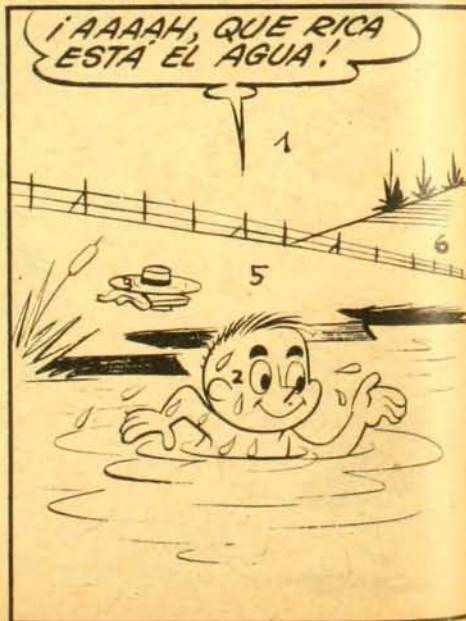
Edmundo y Juan Montal, Ciervo Veloz y el patrullero ya estaban dentro de la caverna y ayudaban a descender del gigantesco *totem* a Flor de Luna y a Viviana.

(CONCLUIRA)



La cabeza del ídolo, al moverse, dejó a la vista a las dos muchachas, cubiertas de blanco polvo.

Ponchito



Estos dibujos están hechos especialmente para colorear.

IDEA DE: ALEX BUSSI - VILLA ALEMANA

1. celeste; 2. rosa; 3. amarillo; 4. rojo; 5. verde; 6. azul.

CAPITULO XXIV. — *La fuga del rey.*

IVES EL LOBO



Ives el Lobo reanimó la fogata. Cerca de ésta yacía Guenal, princesa de Ergil. En su rostro pálido se agitaba la sombra fugaz y rojiza de la hoguera.

Los lobos, que habían perdido a su jefe, se acercaron lentamente a Ives. El acarició las cabezas hirsutas y su mirada se confundió con la de las fieras.

Les habló después en voz baja. A su voz se mezclaban sonidos extraños, que sólo surgen de gargantas salvajes, pero que no son ásperos, ni rugientes. Modulaciones con las cuales se comunican entre sí las fieras, cuando la soledad las atormenta, cuando muere un hermano o el clan ha sufrido una adversidad.

Los lobos respondían con lastimeros gañidos.

Luego la manada, siguiendo tal vez una costumbre ancestral, danzó una violenta zarabanda ante las altas llamas. Los aullidos se alzaban cada vez más potentes. Sobrevino un silencio, se elevó solitario y poderoso el grito del nuevo jefe y la horda se alejó,

Ives reanimó el fuego.



perdiéndose en la bruma.

Guenal abrió los ojos. Su mirada ansiosa se cruzó con la de Ives.

—Gaurán —murmuró atemorizada.

—Ya no existe —la tranquilizó el héroe—. Murió, despeñado en un abismo. Con él sucumbió un valiente.

—Un lobo...

—Sí, Guenal. Un hermano de Barto, un hermano mío.

Habló con orgullo y tristeza. Dominándose, añadió:

—El mal sueño ha terminado. Cuando recobres tus fuerzas, regresaremos al castillo. Duerme, princesa.

Mientras tanto, en Ergil, el rey Juan Sin Tierra se recreaba con un

juego cruel. Varios azores fueron soltados contra un grupo de indefensas avefrías, aves que tienen un corto penacho. Los pájaros de rapiña se precipitaban sobre ellas, hiriéndolas de muerte. Los cortesanos reían. Dos damas observaban, con tranquila indiferencia.

Cuando cuatro avefrías, enloquecidas, atacaron a un halcón nuevo, obligándole a huir, el semblante del rey se ensombreció. Creía en los malos presagios y aquel ataque de las avecillas significaba para él un anuncio funesto.

Al atardecer, los sobrevivientes del ejército de Gaurán arribaron a Ergil. La noticia del desastre se difundió con rapidez.

—Gaurán cayó prisionero —masculló el soberano sombríamente—. ¡Mil veces estúpido! No merecía mi protección, ni que lo elevara al trono de Carnavón. Le dejaré que solucione solo este conflicto. Regreso a mi palacio.

Guerry, jefe de la guardia real, permanecía en Ergil.



Habló a los lobos en voz baja.

La horda salvaje danzó ante la hoguera.





El cruel rey se divertía con la caza de las avecillas.

Con febril apresuramiento, se dispuso la partida del rey y de su comitiva.

Al día siguiente, un leñador trajo al castillo el cuerpo sin vida de Gaurán.

—Junto a él estaba muerto un lobo gigantesco —declaró con expresión amedrentada—. No parecía una fiera del bosque, sino un ser infernal. En sus ojos aún parecía arder un fuego maldito. Quizás...

Vaciló, aterrizado. En su rústica mente se formó la idea de que aquel lobo era el alma condenada de Gaurán. Por cierto que no

Las avefrias, en su desesperación, atacaron el azor.

se atrevió a expresar su sospecha y retrocedió ante la dura mirada de Juan Sin Tierra.

—¡Habla, villano! ¿Por qué te detienes?

—Nada más tengo que decir, Majestad.

—¡Vuelve a tu pocilga en el bosque! —rugió el monarca, enfurecido—.

Espero no ver más a ningún habitante de Ergil. Abandono este país y maldigo la hora en que vine a él.



Ordenó que se apresuraran los preparativos para la marcha. Iría con una escolta armada y segura.

“Desaparecido Gaurán, el pueblo se sublevará contra mí — reflexionaba inquieto—. Es preciso alejarse antes de que los rebeldes se posesionen del castillo de Ergil. Nunca imaginé que me vería obligado a huir, como un malhechor. Mi guardia es insuficiente. La prudencia me aconseja partir.”



—Regresaré a mi palacio —decidió Juan Sin Tierra.

Al rayar el alba se inició la retirada.

El cortejo avanzaba entre los altos abetos que bordeaban el valle de Carnavón. El rey y sus caballeros lanzaban recelosas miradas al bosque. Detrás de cada árbol les acechaba quizás un rebelde. Entre el ramaje, los arqueros sostenían la flecha contra la cuerda tensa.

—Más de prisa —dijo Juan Sin Tierra.

Los vasallos avivaron el paso de las mulas. En las carretas iban cofres llenos de riquezas.

La selva seguía sumida en el silencio. Pero todos presentían un peligro cercano.

—¿Falta mucho para salir de este valle del demonio? —gruñó el rey fugitivo.

—Sí, Majestad —repuso el capitán de la guardia.

Avanzaban, cada vez más inquietos. De pronto estalló el mugir de numerosos cuernos de caza. Resonaban en la montaña y en la floresta y su eco parecía crecer en el espacio. Los llamados se oían sin cesar, en la retaguardia, delante de la escolta paralizada de temor, en los flancos, sobre los árboles, en el cielo.

Los cuernos vibraban, amenazantes, implacables, pero los rebeldes permanecían invisibles, prolongando el terror y el desconcierto de la escolta real.

(CONTINUARA)

GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

\$ 300.000.-

PREMIOS MAYORES: DOS BICICLETAS, RADIOS, PELOTAS DE FUTBOL, PATINES, BLUEJEANS, JUEGO DE LUDO, LOTERIA, JUGUETES VARIOS, JARDINERAS, MUÑECAS, LAPICERAS FUENTES, PORTADOCUMENTOS, CINTURONES, PISTOLAS DE JUGUETE, PREMIOS EN DINERO, BOLSAS CON BOLITAS y muchos premios más. Para obtener cualquiera de los objetos enumerados, sólo tendrás que juntar los cupones que aparecen semanalmente al pie de esta página. Por cada serie de CINCO cupones numerados, de 1 a 5, obtendrás un BOLETO para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" EL 17 DE DICIEMBRE PROXIMO.



Y AHORA, LECTORES, A JUNTAR MUCHOS BOLETOS PARA GANAR ALGUNOS DE LOS REGALOS QUE "SIMBAD" OFRECE EN ESTE GRANDIOSO SORTEO DE NAVIDAD.

Cupón N.º 3 — Serie N.º 2
GRAN SORTEO DEL
17 de diciembre.

Cupón N.º 3 — Serie N.º 2
26 de octubre de 1955.

¿LO SABES TU?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:

¿Quién inventó la penicilina?

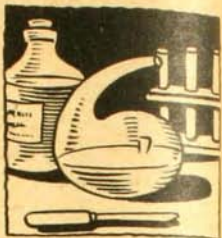
Solución a "SIMBAD" 319. Los pingüinos se encuentran en las regiones polares. Entre los niños que enviaron soluciones exactas salieron favorecidos los siguientes nombres:

CON CINCUENTA PESOS: Nicolás Marín San Martín, Loncoche; Iris Flores, Santiago; Luis A. González, Bulnes; Rubén Martínez, Santiago; Pedro Millán, Teno; Patricio Henríquez, Santiago; Juan Silva, Quilpué; Harry Hrowicz, Temuco; Victor Fuenzalida, San Fernando; Ximena Hermann, Angol.

SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Juan Luis Olivares, Viña del Mar; Guillermo Ahumada, Santiago; Sergio Mery, Los Andes; Rosa Venegas, Santiago; Alberto Rojas, Talca; María L. Miguel, Santiago.

UN LIBRO: Jorge Rojas, Viña del Mar; Edgardo Acuña, Chillán; Alejandro Cabrera, Santiago; Amapolia Ruiz, Santiago; Amalia X. Redondo, Santiago; María L. Eberhardt, Osorno; Rebeca Jerez, Santiago; María E. Cádiz, San Fernando; Ester Mardones, Concepción; Irma Gómez, Talcahuano.

Los niños de Santiago pueden retirar sus premios, diariamente, de 10 a 13 horas, en Avda. Santa María 076, 2.º piso. Los de provincias recibirán sus premios por correo.



CUPON DEL
CONCURSO
Semanal

SIMBAD N.º 321



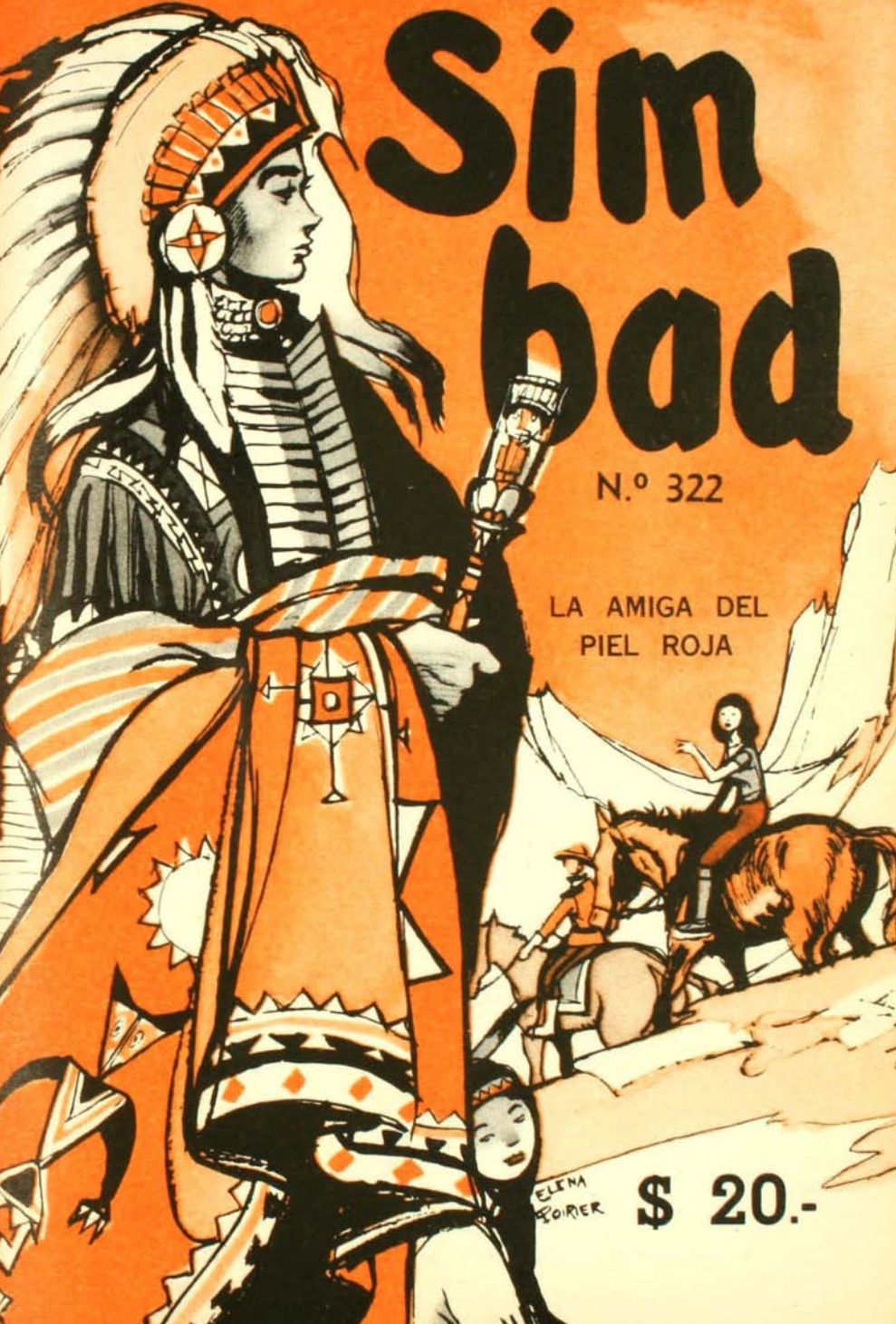
3. La policía colocó carteles en el bosque y en los poblados, ofreciendo una recompensa por la captura de Kim. El perro no podía comprender que esos avisos, en los cuales aparecía su figura, eran para él una amenaza de muerte. Los cazadores le perseguirían tenazmente.



4. Doris y Jim, hijos del sargento Donnel, divisaron a Kim. El niño susurró: "—¡Es el perro salvaje! Avisemos a papá". Doris repuso: "—Se ve cansado y triste. Lo seguiré para impedir que algún cazador dispare contra él". En vano Jim gritó, asustado: "—¡No lo sigas, Doris! Es peligroso".

(CONTINUARA)





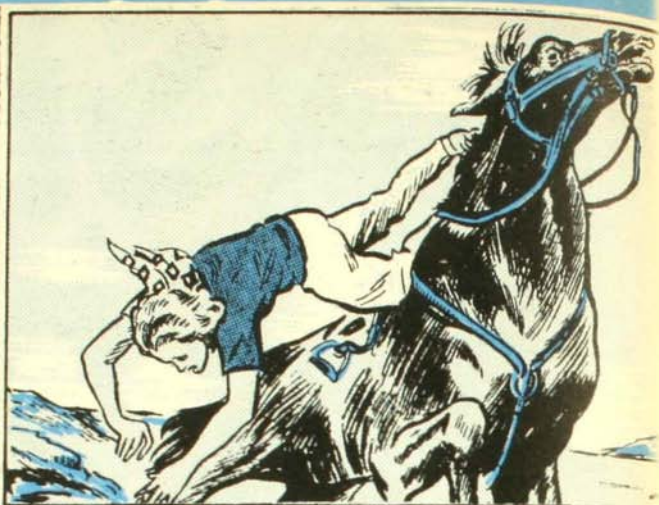
Simbad

N.º 322

LA AMIGA DEL
PIEL ROJA

ELENA
FORNER

\$ 20.-



CAPITULO XVII.—EL RUGIR DE LA TORMENTA

1. El vengativo Lisandro logró que la policía montada del Canadá colocara carteles ofreciendo una recompensa por la captura de Kim. La hija del sargento Donnel lo divisó en el bosque y decidió protegerlo. Una inesperada tormenta espantó a su caballo.



2. Kim oyó el grito de terror de la niña y acudió junto a ella. Esa voz le recordaba la de su adorada amita Alicia: “—No eres salvaje, como dicen —murmuró Doris—. Has venido para auxiliarme. Por suerte no me quebré ningún hueso con la caída del caballo. Busquemos un refugio para protegernos de la lluvia.”

(Continúa en la penúltima página.)

El país de las maravillas

CAPITULO XII.

—Aventuras del príncipe Cristián.

Los silfos habían seguido al príncipe Cristián y a su escudero Orión hasta la entrada de una aldea y allí desaparecieron.

—Ya me abandonaron los encantadores silfos —dijo tristemente Cristián.

Pero no fue así, porque al entrar en una posada tuvo el gusto de ver que una veintena de silfos le servían a la mesa, le traían platos con exquisitas viandas y le acariciaban en toda forma.

El posadero, al ver que un desconocido sentábase a la mesa y comía sus mejores provisiones, montó en cólera. De nada le sirvió enfadarse, porque los silfos se burlaron de él y por fin le encerraron en una bodega.

—Magnífico —decía Cristián a su escudero Orión—, estos inteligentes silfos me ayudarán a rescatar a la princesa Alina.

A la noche siguiente, el viajero se vio de nuevo asaltado por el maléfico *Genio de la Discordia*.

—Príncipe —dijéronle los silfos—, hasta aquí no más podemos llegar. La entrada a los bosques nos está prohibida. Esos terrenos



El príncipe Cristián debía luchar con horribles monstruos.

Año VII - 2-XI-1955 - N.º 322

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane)

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual \$ 60. Semestral: \$ 30.

Subscripción en el extranjero: Anual: US\$ 2,10. Semestral: US\$ 1,05.

Recargo por vía certificada: Anual: US\$ 0,20. Semestral: US\$ 0,10.

están destinados a las ninfas y a los enanos. Vamos a contornear el bosque y te encontraremos a la salida.

Al penetrar al sombrío bosque, el príncipe Cristián sintió terrible congoja.

—¡Oh Alina, oh hermano Claudio —murmuró inquieto—, quiera el cielo que les vuelva a ver algún día!

¿Por qué tanta congoja? Si el lebrél Mirko hubiera estado junto a él, le habría comunicado que esa tristeza se la provocaba el mirlo negro, o sea, el *GENIO DE LA DISCORDIA*.

Pronto surgieron horribles monstruos a quienes derrotó su filuda espada. Fatigado de tanto batallar, el príncipe se tendió sobre el césped. Su escudero Orión le había abandonado y su caballo blanco parecía atemorizado.

—¡Alina, Alina —balbució desesperado Cristián—, voy a morir abandonado! ¡Hermano Claudio, cómo sufrirás cuando te den la noticia de mi muerte!

El bosque se había transformado en una muralla de hielo que le rodeaba por todas partes.

En vista de tan desesperada situación, el príncipe tomó en su mano la esmeralda en forma de hiedra que le había obsequiado el hada Fidelia e invocó su protección.

Al punto apareció una ardilla blanca que traía en su hocico un par de diminutas botitas.

—¿Qué hago yo con estas botitas? —exclamó el príncipe.

La ardilla comenzó a escalar el muro de hielo como indicándole que hiciera lo mismo.

El príncipe miró de nuevo las botas y advirtió que habían crecido tanto que bien podía calzarlas.

Un momento después, el joven empezó a escalar el muro de hielo, sujetándose con su espada. A medida que trepaba, su cuerpo se iba cubriendo de un traje de piel que le preservaba del frío.

Llegó por fin a la cima de la montaña de hielo, donde le aguardaba la ardilla.

—¿Qué hago ahora? —preguntó al animalito—. ¿Hay que bajar?

—Yo no puedo bajar —dijo la ardilla—, porque un encantamiento me lo prohíbe, y tengo que vivir a este lado de la siniestra montaña. Tú puedes hacerlo y ahí tienes un cordel para descender al valle.

El príncipe Cristián se apoderó del cordel y pudo descender de la montaña de hielo con facilidad.

El enamorado de la princesa Alina tuvo la agradable sorpresa de encontrar a los silfos en el vecino valle.

—Ahora necesito mi caballo para alcanzar el cortejo del negro sultán Rurur —exclamó Cristián.

Como ya hemos dicho en capítulos anteriores, el sultán Rurur conducía a la rubia princesa Alina al centro del Africa y el príncipe Kovna se llevaba a la morena Maritza al polo norte. Estos dos magnates habían cometido un fraude para conquistarse a las princesas. Ayudados por el hada Fidelia, los príncipes Claudio y Cristián de Carelia iban a rescatarlas.

Apareció una ardilla
con un par de boti-
tas.



No sabiendo cómo proseguir su senda, Cristián acudió a la magia de la esmeralda en forma de hiedra e invocó al hada Fidelia.

—Buen hada —suplicó el príncipe—, necesito un corcel veloz para llegar donde está mi amada princesita Alina.

Se escuchó entonces un ruido atronador en el valle. . . Parecía que se había desencadenado el más violento de los huracanes. . . Las casas volaban por el aire y terribles remolinos desarraigaban las corpulentas encinas.

En medio de aquel cataclismo apareció un caballo alado, que fue a colocarse a los pies de Cristián.

Era su mismo corcel, pero ahora llevaba dos alas a ambos lados del cuello.

—Gracias, mi buen hada Fidelia —murmuró el príncipe Cristián—; con este corcel, más ligero que el CABALLO Pegaso, pronto llega-



Las botas se agrandaron cuando las calzó el príncipe Cristián.

ré a reunirme con Alina y venceré al negro sultán Rurur, que la ha raptado.

El príncipe Cristián montó en su caballo, que en ese mismo instante dejó de ser un caballo alado para recobrar su forma natural.

El real viajero prosiguió su camino lleno de optimismo, pero no iba a ser tan fácil descubrir el cortejo de la princesa Alina, porque el *Genio de la Discordia* aún no se daba por vencido y le prepararía otras emboscadas aun más terribles.

Hemos de recordar que el príncipe Cristián era delicado, sensible y bueno, pero carecía de las condiciones bélicas del fogoso príncipe Claudio, pretendiente de la princesa Alina.

Curiosamente, Maritza, la ardiente, había fascinado al buen Cristián, y Alina, la rubio etérea y perezosa, era el amor del príncipe Claudio el belicoso.

Ambos príncipes lucharían por recuperar a las hijas de los reyes Alberico y Karini.

Contaban con la protección del Hada Fidelia, pero debían afrontar el odio y la venganza del mirlo negro, que era la encarnación del *Genio de la Discordia*.

Habría cruenta lucha entre los poderes diabólicos y las fuerzas bienhechoras.



La ardilla entregó un largo cordel al príncipe Cristián.



EL BURLADOR

CAPITULO XIII.—LOS FALSOS

DE ORIENTE

ENVIADOS DE HARUM



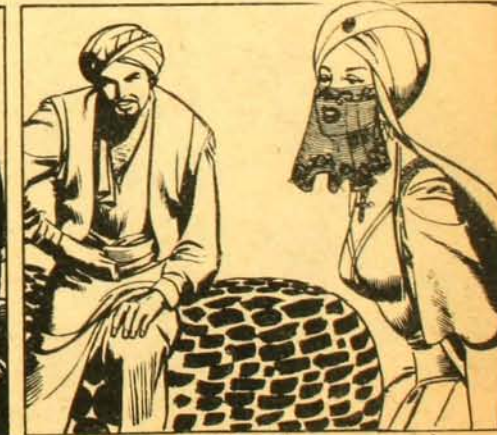
1. Nasdine Hodja tenía un plan para descubrir si la princesa Yamila era cómplice del bandido Harum. Ella, contemplando burlescamente a Nasdine y a Mechub que cepillaban con energía a los camellos, preguntó: “—¿Están muy cansados para batallar? ¿O ahora son amigos?”



3. Calló, con expresión de misterio. Yamila descubrió entonces que sus esclavas trataban de percibir las palabras de Nasdine. “—¡Guardia! —gritó entonces—. Suspendo el castigo de estos hombres. Condúcelos a mi tienda.” El soldado se apresuró a obedecer.



2. Nasdine suspiró: “—Tenemos graves preocupaciones. Harum nos dió una misión difícil”. Yamila se estremeció. “—¿Harum? ¿De quién hablas?”, exclamó. El dijo: “—No es prudente lanzar nuestros pensamientos al viento del desierto. Hay oídos indiscretos y...”



4. Cuando estuvieron solos con la princesa, Nasdine susurró: “—Harum nos sugirió que siguiéramos la caravana. Debíamos informarla que atacará en el tercer oasis...” Yamila musitó: “—¿Cómo puedo saber que dices la verdad? Tal vez eres sincero, pero desconfío”.



EL BURLADOR



5. El burlador le tendió entonces el mensaje. Yamila, después de leerlo, declaró: “—Está escrito por su propia mano. Te creo”. Nasdine Hodja, con una profunda reverencia, añadió: “—Harum nos dijo que obedeciéramos ciegamente sus órdenes, princesa. Somos vuestros humildes esclavos”.

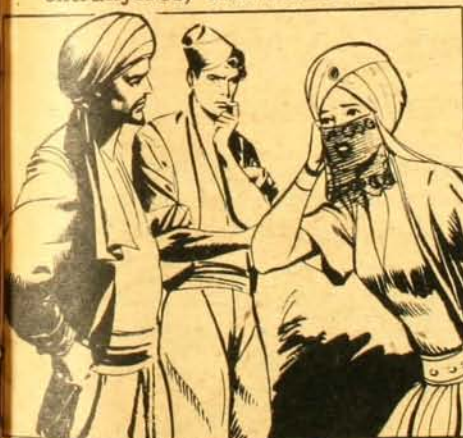


6. Yamila dispuso que los aventureros ocuparan una lujosa tienda. Les vería a la mañana siguiente. Mechub suspiró: “—Esta vez todo resultó bien. ¿Pero la próxima?” Nasdine replicó: “—La próxima vez trataré de saber por qué le interesa a la princesa que su caravana sea asaltada...”

DE ORIENTE



7. Raguar oía con ávida atención las palabras de ambos aventureros. También espía su entrevista con la princesa. El jefe de los guardias comunicó tales noticias al gran visir. Este gruñó: “—Tenemos que apoderarnos de ese mensaje. En cuanto a los extranjeros, elimínalos”.



8. Mientras tanto Yamila hacía comparecer de nuevo ante ella a Nasdine y Mechub. “—He descubierto vuestra falsía —declaró—. Me robasteis ese mensaje mientras simulabais una riña.” Nasdine Hodja, sin turbarse, dijo: “—Si no nos crees, hablaremos con el gran visir”. Yamila palideció.

(CONTINUARA)

An illustration at the top of the page depicts a circus scene. On the left, a woman in a dark, sleeveless dress and high heels stands next to a large elephant. She is holding the elephant's trunk. The elephant has a small number '3' on its forehead. On the right, another woman in a light-colored, short-sleeved dress and high heels stands with her hands on her hips, looking towards the elephant. The background is simple, suggesting a circus arena.

RIVALES EN EL CIRCO

CAPITULO IX.—Traición.

Con gran paciencia, Diana Marcy logró que el elefantito Bambino aprendiera un truco. Este consistía en que tirara una cuerda sostenida del otro extremo por la niña. Ambos medían sus fuerzas, batallando por no pasar una raya trazada en la pista. A veces Bambino era el perdedor, pero, por lo general, ganaba.

—Posees la fuerza de todos tus antepasados —reía Diana—. Tienes que aprender a ser cortés con las damas y dejarme ganar alguna vez. Si no, el público me pifiará.

El empresario Libor aprobó aquel acto y la francesita Mimí Duval aplaudía entusiasmada.

Nadie vio la astuta sonrisa que plegaba los labios del trapealista Hugo. Esa tarde sugirió a Libor:

—Diana tiene demasiado trabajo. El número con Bambino puede perjudicar su actuación en el trapecio. Debe presentarse descansada y tranquila. Sin duda Bambino está bien amaestrado, pero de todos modos exige atención y esfuerzo. La menor señal de fatiga, el pulso inseguro o agitado, pueden significar la muerte de un trapealista. Se lo digo por lealtad con una compañera de circo, aunque sé que ella no agradecerá este gesto.

—Yo te comprendo, muchacho —repuso Libor.

Minutos antes de la función se acercó a Diana. Junto a ella Bambino se balanceaba, luciendo con orgullo una gorra de colegial.

—¿Estás segura de que podrás secundar después a Mimí? Si te sintieras fatigada o nerviosa...

—¡Oh, no! —protestó Diana—. Esta presentación con Bambino es muy sencilla. Con una alegre risa añadió:

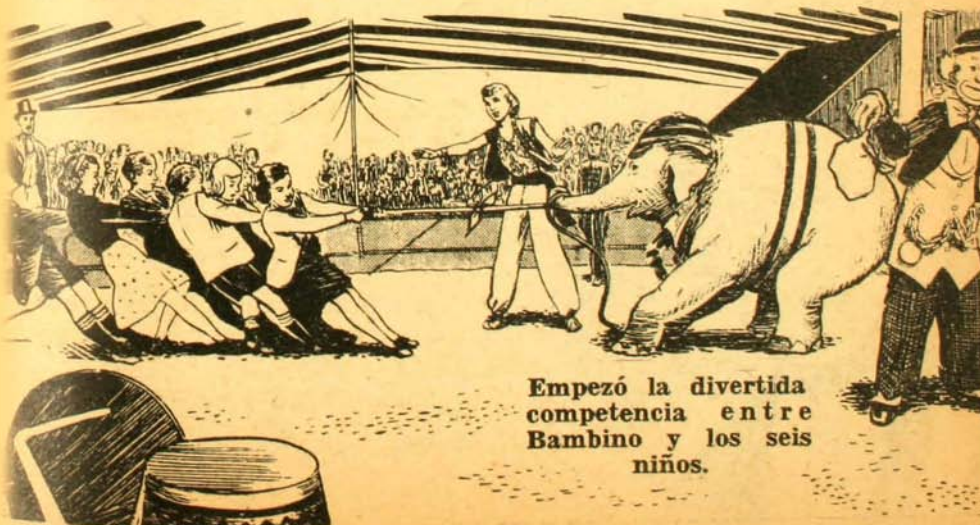
—No soy yo quien agotará sus energías luchando contra un elefante.

En seguida se dirigió a la pista. El público prorrumpió en risas y aplausos cuando vio al elefantito vestido de escolar. Con voz clara, Diana anunció:

—Tirar la cuerda es un juego que todos los niños conocen. A Bambino le agrada mucho y creo que nadie es capaz de ganarlo. Desafía a seis niños y niñas. ¿Quiénes quieren venir a probar? Se produjo un breve silencio. Después resonaron desde todos los ámbitos las vocecitas entusiasmadas. El público reía. Finalmente se acercaron los seis competidores de Bambino. El payaso declaró, mientras su nariz de goma se agrandaba en su rostro mediante un oculto bombín:



—Si te sintieras fatigada o nerviosa...
—dijo Libor.



Empezó la divertida
competencia entre
Bambino y los seis
niños.



Diana se vistió para el segundo acto.

—Hay premios para todos, ganen o pierdan. Y todos, al final, perderán el premio, porque yo me quedaré con ellos. Los niños traspasaron la raya, arrastrados por el poderoso Bambino. Mientras Diana presentaba a Bambino, Hugo examinaba los palitroques con los cuales la niña hacía juegos de malabarismo.

Terminado su acto, Diana corrió a vestir su malla de trapeicista. Agilmente bajó la escalera del carromato, sin sospechar que Hugo la acechaba desde la sombra.

“Mi querida enemiga —susurró el acróbata—, esta vez te apartaré para siempre de mi camino.”

Diana y Mimí realizaron arriesgadas pruebas en el trapecio. La francesita ejecutaba el trabajo más difícil y Diana la secundaba con agilidad. El elefante Pachá fué traído a la pista. Con él cerraban las trapeicistas su presentación. Libor observaba. Hugo, vestido de gala, murmuró:

—Van bien hasta ahora. Espero que mis temores sean infundados.

Quando Diana, de pie sobre el lomo de Pachá, lanzó los palitroques en un juego sencillo, advirtió que uno de ellos no estaba equilibrado. Pudo cogerlo, pero con dificultad.

Sintió que su corazón cesaba de latir. Con aquel contrapeso de uno de los palos, no podía dominar el juego. Le era difícil prever la lentitud, la rapidez o la desviación del palitroque defectuoso.

Su mirada se cruzó con la de Hugo y supo entonces de dónde provenía el golpe traicionero. Los ojos azules refulgían con una expresión burlona.

Hugo acechaba desde la sombra.





El elefante Pachá penetró en la pista.

—Algo le sucede a Diana. Parece insegura —advirtió Libor, en voz baja.

—Nervios —indicó Hugo—. Menos mal que esa crisis no la sufrió allá arriba.

Libor se estremeció. Lo horrorizaba la idea de un accidente. Miró a Hugo, tan seguro. Su sonrisa estaba sin duda llena de vanidad, pero también de dominio de sí mismo. Hugo, el rey del trapezio, jamás sufriría una caída ni causaría preocupaciones a su empresario.

(CONTINUARA)

Diana sintió que su corazón cesaba de latir.



* DE NUESTRO SORTEO DE * * * *
FIESTAS PATRIAS

* La lectora Renata Vergara salió favorecida con un radio. Poseía el número 5088, y reside en Collao 1851, Concepción.



El fantasmita

LIRILAY Y LOLO SON LLEVADOS A LA SALA DE TORTURAS, PARA QUE CON FIESEN DÓNDE HALLARON ORO...



¡AY! QUIERO HABLAR UNA PALABRA EN ESTA SALA MACABRA

¡JE, JE! YO SABÍA QUE LE HARÍAMOS CANTAR

LAS BOTAS SON CHICAS. ¡ANDE, BUSQUE UN NÚMERO MÁS GRANDE!

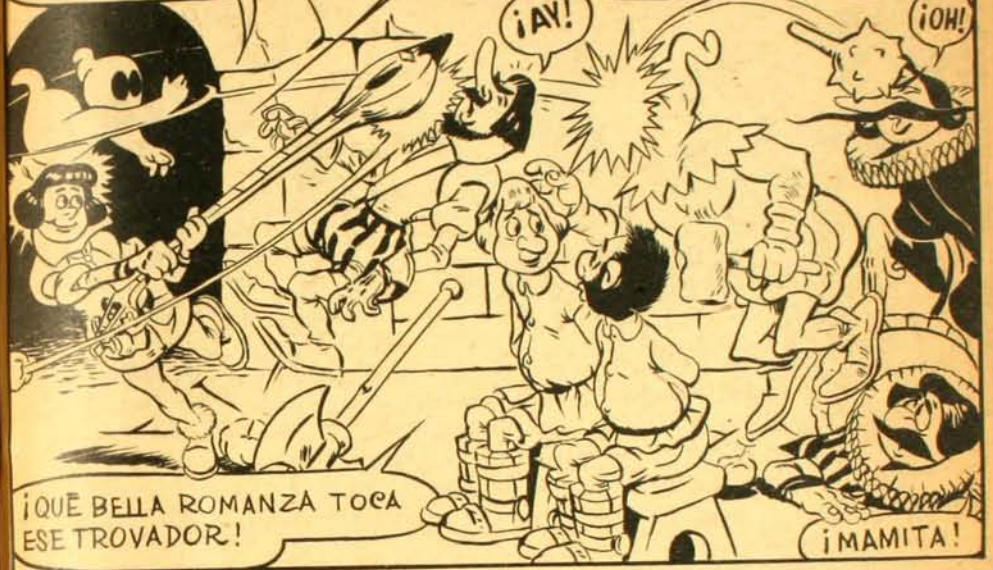


MIENTRAS TANTO EL FANTASMITA HA LIBERTADO A LUISILLO Y AMBOS ACUDEN A DEFENDER A LAS VÍCTIMAS DEL MARQUÉS



¡ALLÁ VA! ¡AL QUE LE TOCA LE TOCA!

¿QUERÍAIS QUE LOS PRISIONEROS "CANTARAN"? ¡AQUÍ ESTÁ LA MÚSICA!



¡QUE BELLA ROMANZA TOCA ESE TROVADOR!

LA SALA DEL TORMENTO SE CONVIERTE EN UNA SALA CUNA DONDE TODOS DUERMEN PLÁCIDAMENTE DEBAJO DE SUS RESPECTIVOS COTOTOS



CONTINUARÁ



BUFALO BILL

CAPITULO XIV.

PIPA DE LA PAZ



Parece Ud. un poco belicoso, amigo.



¿Me equivoco o busca pelea?

1. El gigantesco Monty, que proyectaba asaltar un banco, vio que sus planes eran malogrados por tres intrusos: Búfalo Bill, Texas Jack y Bill Hickok. "—Los aplastaré uno por uno —amenazó furioso—. A ver tú primero, cabello de señorita." Búfalo Bill rió de buena gana.



¡Maldición! Erré el golpe.



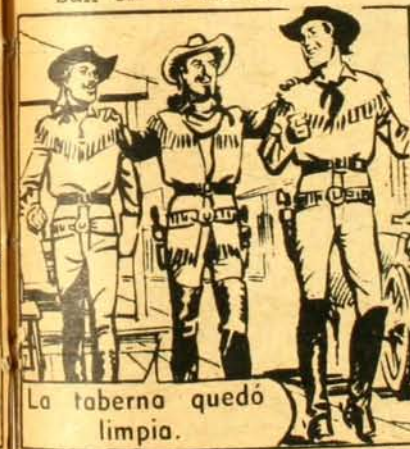
Terminemos esta pequeña discusión.

2. Los indios le llamaban Pa-E-Has-Ka o "Cabello Largo". Riendo aun, el explorador dijo: "—Mis puños no son de señorita, Monty. Ven a probarlos". El forajido lanzó un rechazazo, pero erró el golpe. El ataque de Búfalo Bill fue rápido y fulminante. Monty quedó sin respiración.



Tal vez necesites un trago para calmarte.

3. Y después, con el impulso, rodó detrás del mostrador. El tímido cantinero había desaparecido. Un ruido de vasos rotos fue la canción de cuna que arrulló al gigantón en su sueño. Sus secuaces también yacían inconscientes, y cuando despertaron estaban en la cárcel.



La taberna quedó limpia.



4. "—Buen trabajo, señor sheriff", advirtió Búfalo Bill. Permaneció algunos días junto a sus amigos, y cuando vio que Hickok mantenía sometidos a los indios y no permitía fechorías a los bandidos, decidió regresar al fuerte Lincoln. "—Aquí no hago falta, ¡oh poderoso 'Dispara Rápido'!", dijo sonriendo.

BUFAILO BILL

Ya estamos cerca del campamento pauni.

¡Malditos rostros pálidos!



5. Se reunió con el general Custer y le acompañó al reduto pauni. Llevaban el oro que cada año el presidente de los Estados Unidos ofrecía a las tribus amigas. Un indio de aviesa mirada acechó el paso de la escolta militar. "—Oro para los cobardes paunis —gruñó—. Se lo diré a Lobo Rugidor."

¡Salud, hermanos blancos!

El totem sagrado presidirá la ceremonia.



6. El jefe pauni Hijo del Trueno acudió a recibir a los visitantes. "—El Gran Manitú bendiga al general blanco y a Pa-E-Has-Ka —saludó, alzando la mano—. Venid a mi campamento y fumaremos la pipa de la paz." Instantes después se detenían junto al enorme totem de la tribu.

Te ofrezco la sal que nos mantendrá unidos.



El hacha de la guerra no será desenterrada.



7. La ceremonia de la amistad se inició en forma solemne. El Hijo del Trueno ofreció la sal a sus huéspedes, y luego, lentamente y con reverencia, la pipa india fue entregada a Custer y a Bill. Ambos aspiraron dos veces el humo y devolvieron la pipa al jefe pauni.

¡Hasta pronto, nobles amigos!



Esta noche, muchas cabelleras de blancos colgarán de nuestros cintos.



8. Después se efectuó la entrega del oro que el Gran Padre Blanco de Washington enviaba a las tribus aliadas. Cuando la patrulla se alejó, Custer dijo: "—Parece que todo está pacífico". Pero los guerreros de Lobo Rugidor les acechaban, ocultos entre las rocas.

(CONTINUARA)



LA AMIGA DEL PIEL ROJA

CAPITULO XVII y FI-
NAL.—El tesoro de Nube
Roja.

Flor de Luna y Viviana fueron descendidas del monumental ído-

lo y felicitadas por su heroica actitud.

—Me desdigo sobre todo lo que he dicho de la inutilidad de las mujeres —dijo Aliro Cortis, dando la mano a Viviana Montal—. Ustedes han salvado nuestras vidas. No comprendo, sin embargo, cómo llegaron aquí los *pawnes*.

—Sin duda, hay otras cuevas que convergen a la caverna sagrada —insinuó Juan Montal.

—Tengo otra noticia —dijo Viviana—. Flor de Luna ha descifrado parte del documento que encontramos en la caverna y dice que el tesoro fué trasladado y escondido aquí. Si es esto verdadero, se probaría la inocencia de Ciervo Veloz y...

El patrullero interrumpió a Viviana y exclamó perentoriamente:

—Por el momento no me preocupo del tesoro. Están por cumplirse las cuarenta y ocho horas que me dió mi jefe para capturar a Ciervo Veloz y debo llevarlo inmediatamente al Fuerte Alister. Ya alborea el día.

Flor de Luna se acercó a su hermano, y llorosa le cogió el brazo como para impedir su captura.

—¿Cortis —preguntó Juan Montal—, no habría otro medio de cumplir la orden de su jefe?

—No —declaró Aliro Cortis, con acento severo—. Ustedes harán lo que gusten, pero yo tengo que cumplir con mi deber.

—Aliro —balbuceó Viviana.

—El hombre blanco ha hablado y Ciervo Veloz está a sus órdenes —dijo el piel roja con altivez.

Flor de Luna tenía el semblante inundado de lágrimas.

El patrullero fué en busca de su caballo, montó en él y ordenó a Ciervo Veloz que subiera al anca. Lucían los primeros rayos del

sol naciente cuando ambos viajeros se despidieron de los Montal y de Flor de Luna.

—Adiós, Viviana —dijo Cortis—, pueda ser que nos veamos otra vez en Canadá. En todo caso buena suerte.

Ciervo Veloz habló al oído de su hermana Flor de Luna y sonrió a Viviana.

—¡Qué injusticia! —protestaba Viviana—. Cortis sabe que Ciervo Veloz es inocente y se lo lleva.

La indiecita se acercó a Viviana y dulcemente murmuró:

—Ciervo Veloz me ha ordenado que no llore. . . Dijo que volvería pronto, muy pronto.



Mientras el patrullero daba la mano a Ciervo Veloz, Flor de Luna examinaba el tesoro.

“Aliro es un hombre ambicioso y cruel —pensaba la hija de Edmundo Montal—. Olvida que Ciervo Veloz le salvó la vida. Yo le creía bueno. Nunca más será mi amigo”.

—Viviana, —llamó Juan Montal—, ocupémonos ahora del tesoro. Ha dicho Flor de Luna que cree hallar el tesoro en lo caverna de los *totems*.

—Efectivamente —replicó Viviana—, pero es posible que ya no esté en esa caverna. No me siento con ánimo para buscar tesoros...

—Efectuemos una última búsqueda —suplicó Juan Montal—. Los *pawnes* no se atreverán a volver después del pánico que experimentaron anoche. No obstante, y para precavernos del peligro, Vi-

viana y Flor de Luna podrían quedarse aquí, mientras Edmundo y yo exploramos la caverna.

—De ninguna manera —expresó Viviana—, Flor de Luna y yo podemos cavar y ser útiles.

—Deja venir a las chicas —insinuó Edmundo Montal—, ellas tienen más fuerza que este pobre viejo. Vamos todos juntos.

Los hermanos Montal, Viviana y Flor de Luna partieron en dirección a la caverna del inmenso ídolo, con herramientas propias para una excavación.

—La cuestión es saber por dónde empezar la búsqueda del tesoro —observó Edmundo Montal, alzando la linterna por encima de las cabezas de los ídolos indígenas.

—Se me ocurre que debe estar tras la estatua que ostentaba el amuleto de Ciervo Veloz arriba del trono —dijo Viviana.

—Buena idea —asintió Montal—; mi amigo el jefe *Nube Roja* llevaba un amuleto igual al que le legó a su hijo Ciervo Veloz.

Los dos hermanos Montal y Flor de Luna comenzaron a excavar junto al ídolo, hasta que descubrieron una piedra cuadrada con una argolla.

—Juan —ordenó el viejo Edmundo—, trata de alzar esa trampa. Con grandes esfuerzos destaparon una profunda cavidad y a la luz de la linterna divisaron un gran cofre. Ansiosamente lo alzaron con cordeles y, asombrados, advirtieron que el cofre contenía oro, plata y gran cantidad de joyas primorosas.

—Arriba las manos —gritó una voz desde la entrada de la caverna—, Juan y Edmundo Montal, les aseguro que no bromeo. . . Viviana volvió la cabeza y divisó al pérfido Antonio Forter con un revólver en la mano.

—Bandido, facineroso —exclamó Edmundo Montal avanzando valientemente hacia su mortal enemigo.

—Deténgase —ordenó Forter—. Nos volvemos a encontrar después de tanto tiempo. Lo lamento porque sólo los muertos no cuentan cuentos.

En seguida, Forter se dirigió a su hija Malva y le dijo:

—Arrastra ese cofre fuera de la caverna.

Pero no contaba con la oposición de Viviana y de Flor de Luna, quienes estaban resueltas a no entregar el tesoro.

—Retírate, india —gritó Malva apretando brutalmente el brazo de Flor de Luna.

Por fortuna, en ese instante ocurrió algo inesperado y sorprendente. Uno de los inmensos ídolos se tambaleó sobre su pedestal y desde su altura cayó una silueta delgada y morena que aterrizó sobre los hombros de Antonio Forter.

—Enemigo de mi padre, el gran jefe *Nube Roja* —dijo *Ciervo Veloz*, apretando con sus manos la garganta de Antonio Forter—, ha llegado la hora de la venganza. Mucho esperé este día.

—Piedad, piedad —suplicaba el cobarde Forter—. Yo no maté a tu padre. Fue un accidente.

—Adiós, *Ciervo Veloz*, adiós, *Flor de Luna* —gritaron los felices novios.



—No le sueltes *Ciervo Veloz* —ordenó *Aliro Cortis* saltando también de la gigantesca estatua—. Voy a colocarle las esposas que están esperándole desde tanto tiempo. Basta, *Ciervo Veloz*. La justicia le castigará.

—Es que soy yo quien debe vengar a mi padre —protestó *Ciervo Veloz* con acento feroz.

Flor de Luna convenció a su hermano de que si asesinaba a Forter le llevarían preso.

Aliro Cortis hizo salir de la caverna a *Malva Forter* y a su proge-

nitor y entregó ambos facinerosos a dos patrulleros que esperaban junto a la cabaña del viejo trapero.

En seguida volvió al lado de sus amigos y estrechando la mano de Ciervo Veloz exclamó:

—Ahora puedo estrechar tu mano, amigo. Antonio Forter será juzgado por los crímenes que el facineroso te atribuía. Veamos el tesoro de tus antepasados.

—Aliro, explícame tu presencia aquí —suplicó Viviana.

—Ciervo Veloz y yo fingimos partir hacia el Fuerte Alister —refirió Cortis—, pero dimos la vuelta por las cavernas, y nos introdujimos a la caverna sagrada. Yo suponía que Antonio Forter, al verles solos, se presentaría, y así ocurrió.

Antonio Forter y su hija Malva, que bien podríamos llamar MALVADA, fueron conducidos a prisión. La justicia descubrió que el culpable de todos los crímenes, y hasta de las sublevaciones de los indios, era Forter.

El patrullero Cortis regresó días después a la cabaña, donde reposaban Edmundo Montal, Juan, Viviana y Flor de Luna.

—Viviana —dijo el patrullero llamando aparte a su amiga—, deseo que esta tarde invites a Ciervo Veloz y a Flor de Luna al valle donde acamparon ustedes cuando recién llegaron a estas regiones.

—¿Qué objeto tiene esa visita? —interrogó Viviana muy intrigada.

—No me interrogues y haz lo que te pido —suplicó Aliro Cortis. A la mañana siguiente, Viviana invitó a Ciervo Veloz y a Flor de Luna a las orillas del lago donde se habían conocido.

Galoparon todo el día y al atardecer se detuvieron en una colina.

—¿Qué pasa en el valle? ¿Por qué me trae aquí la cervatilla blanca? —preguntó Ciervo Veloz.

En el valle se divisaban rucas multicolores. Un grupo de guerreros de la tribu *Choama* avanzaba por la ribera del lago con sus mejores atavíos y llevando en alto sus ídolos y *totems*. Tras de

ATENCION LECTORES. Todas las cartas para la revista SIMBAD deben enviarse a Santiago, casilla 84-D. Dirigidas a otra dirección peligran extraviarse o llegar atrasadas. Esta advertencia es para todos los lectores de SIMBAD.

ellos seguían los demás pieles rojas con sus hachas y sus arcos que agitaban como saludo al hijo del jefe *Nube Roja*.

Ciervo Veloz estaba sobrecogido de emoción. De súbito, Aliro Cortis se irguió sobre su montura y gritó a toda voz:

—Bienvenido, seas a tus tierras, Ciervo Veloz. Los documentos de tu padre *Nube Roja* han probado a la justicia que este distrito te pertenece. La tribu *Choama*, reunida aquí, te aclama como su jefe.

El hijo de *Nube Roja* entró triunfalmente al campamento lleno de fogatas, donde las mujeres le preparaban un banquete y bailes indígenas.

Aliro Cortis y Viviana Montal ocuparon los sitios de honor al lado de Ciervo Veloz y Flor de Luna.

—¿Estás contenta, Viviana? —preguntó Aliro a su amiga.

—Feliz —murmuró la joven estrechando la mano del patrullero. El rostro de Ciervo Veloz se inundó de tristeza cuando Viviana se despidió de él.

—¿La hermosa cervatilla blanca vendrá alguna vez a visitar a su amigo Ciervo Veloz? —preguntó con voz llena de emoción.

—Sin duda —se apresuró a decir Aliro Cortis—. Yo la traeré alguna vez y también ustedes irán a visitarnos... Esto es si Viviana quiere quedarse conmigo en Canadá...

—Tal vez —murmuró muy sonrojada la gentil Viviana.

Aliro Cortis sonrió alegremente y ayudó a su novia a subir al caballo.

—Adiós, adiós —gritaron Ciervo Veloz y Flor de Luna.

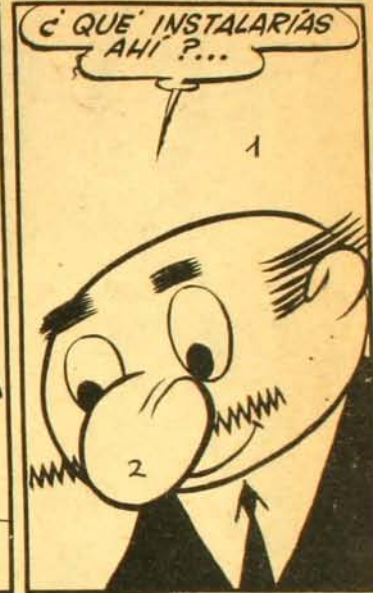
Cortis y Viviana se alejaban del campamento cuando escucharon un melancólico canto.

—*La llamada del indio*, —dijo Aliro a Viviana—. Tú lo sabes cantar, amada mía. Responde al llamado de Ciervo Veloz, y después cuando yo tarde en llegar al hogar, me enviarás este llamado.

—Espero que nunca tardarás en llegar, amado mío —dijo Viviana—, y que nada ni nadie me aparte de ti.



Ponchito



NATO-

Estos dibujos están hechos especialmente para colorear:

1. azul; 2. rosa; 3 rojo; 4. amarillo; 5. gris.

CAPITULO XXV. — *Las villanas demandas.*

Juan Sin Tierra, después de la muerte de su favorito Gaurán, decidió abandonar las tierras de Carnavón. Su vida estaba amenazada. Los rebeldes de Ergil no tardarían en dominar la región.

La escolta real apresuraba el paso a través de montes y vallados. Cruzaban la floresta cuando el peligro que presentían les cerró todos los caminos de huida.

—¡Renegados! —gruñó el monarca fugitivo—. Malditos rebeldes. Los cuernos de caza resonaban cada vez más cercanos. De pronto, por las pendientes nevadas se deslizaron los partidarios de la princesa Guenal. Frente a ellos venía Ives el Lobo.

—¡Atrás! ¡Volvamos al castillo de Ergil! —gritó Juan Sin Tierra.

Un estruendo acalló su voz. Los leñadores habían cortado los robles gigantes y éstos cerraban el paso hacia Ergil. Retembló la tierra cuando se abatieron los árboles y tembló el corazón de los cortesanos que escoltaban al rey.

Una lluvia de flechas y de piedras cayó sobre los desconcertados jinetes. Honderos y arque-

IVES EL LOBO



La escolta real apresuraba el paso.



ros, situados en la cima, atacaban sin tregua.

—¡Regresad! —insistió Juan Sin Tierra—. Los caballos saltarán sobre los árboles.

Pero los centenarios robles seguían cayendo, como si un rayo los tronchara. Las cabalgaduras de los cortesanos retrocedían, relinchando de terror. Era imposible huir por un camino sobre el cual se volcaba el bosque. El plan para detener la fuga del rey había sido trazado con inteligencia.

Cuando la comitiva real se agrupó como un asustado piño, renunciando a evadirse de aquel cerco, Ives el Lobo pronunció con voz vibrante:

—Rey Juan, no queremos atentar contra vuestra vida, sino hablaros de igual a igual. Como veis, somos numerosos.

A una señal suya, una nube de flechas obscurió el aire. Silbando, se clavaron en los robles derribados.

Juan Sin Tierra, pálido, consultó con sus consejeros. Luego de una breve deliberación, un heraldo anunció:

—Su Majestad acepta parlamentar.

Uno detrás de otro bajaron al camino los barones de Ergil. Avanzaron después, ni desafiantes ni humildes, seguros



Los rebeldes se deslizaron por las nevadas pendientes.



Los robles derribados cerraban el camino.



Era imposible huir.

del triunfo, serenamente alegres porque recobraban el reino. Se detuvieron a pocos pasos de un árbol derribado, Ives exigió:

—Rey Juan y uno de vuestros consejeros, venid hasta este lugar. Los demás permaneced donde estáis.

La insolencia de la demanda causó consternación entre los cortesanos. Pero ninguno protestó, ni llevó su diestra a la espada vengadora,

—¿Debo soportar esta villana imposición?

ni adelantó un pie. Se mantuvieron en sus lugares, tal como indicó Ives el Lobo, aquel forastero de mirada centelleante que guió a los rebeldes como un lobo conduce a su manada temible.

Juan Sin Tierra dijo:

—¿Debo soportar esta villana imposición?

Ives, con voz tranquila, indicó:

—Estamos esperando aún.

Un consejero avanzó con paso vacilante, y al advertir que el monarca le fulminaba con la mirada, retrocedió presuroso.

—Venid —accedió Juan Sin Tierra—. No tenemos otra salida. Oigamos las villanas demandas.

El barón Edgardo se había situado junto a Ives. Los cuatro hombres se enfrentaron, mientras detrás de ellos dos multitudes diferentes meditaban en los resultados de aquél consejo.



Para los habitantes de Ergil significaba el fin del destierro. Para los cortesanos equivalía a una derrota.

Juan Sin Tierra dijo con voz fría: —Oí hablar de vos, Ives el Lobo. Gaurán os odiaba y juró vuestra muerte. Pero era un cobarde y solamente logró matar a un enano. Una sombra de tristeza cruzó por el semblante de Ives.

Juan Sin Tierra sonrió con crueldad.

—Pero hablemos de la reina Guenael. Ella ocupará el trono que Gaurán dejó vacío.

—El trono que usurpó —intervino Edgardo—. Queremos que reconozcáis los derechos de nuestra princesa y que juréis no volver a perturbar la paz de Carnavón.



Los rebeldes avanzaron ni desafiantes ni humildes.

(CONCLUIRA)

Correspondencia

Hugo Rosas.—Todas las cartas para la revista "Simbad" deben enviarse a Santiago, casilla 84-D. Diríjidas a otra dirección peligran extrañarse o llegar atrasadas. Esta advertencia es para todos los lectores de "Simbad".

María Teresa González.—Digo igual que al anterior. Agradecemos las felicitaciones que nos envía por el éxito de esta pequeña gran revista "Simbad".

Pedro Alvarado.—Nos complace que tanto le gusten las lecturas de esta revista. Los "Rivales del Circo" interesan cada día más por su dramaticidad. Como usted le dice, el petulante "Hugo" es un fantoche y un intrigante. Ya verá cómo trata de hundir a la simpática "Mimi".

Simón Peralta.—Nosotros también creemos que, a pesar de que "Simbad" es muy pequeño de tamaño, aventaja en interés y hermosura a muchas otras publicaciones similares. Elena Poirier se complace con sus felicitaciones.

Samuel Eguiguren.—Sabemos que usted aprendió a leer en las páginas de "Simbad" y que tiene un gatito regalón a quien ha dado el nombre de nuestra revista. Cariños a su lindo minino.

Juan Martínez.—Hemos adelantado el sorteo que iba a verificarse en mayo del año 1956, para ofrecerlo a ustedes el 17 de diciembre de este año. Habrá numerosos y valiosos premios.

ROXANE.

GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

\$ 300.000.-

PREMIOS MAYORES: DOS BICICLETAS, RADIOS, PELOTAS DE FUTBOL, PATINES, BLUEJEANS, JUEGO DE LUDO, LOTEERIA, JUGUETES VARIOS, JARDINERAS, MUÑECAS, LAPICERAS FUENTES, PORTADOCUMENTOS, CINTURONES, PISTOLAS DE JUGUETE, PREMIOS EN DINERO, BOLSAS CON BOLITAS y muchos premios más. Para obtener cualquiera de los objetos enumerados, sólo tendrás que juntar los cupones que aparecen semanalmente al pie de esta página. Por cada serie de CINCO cupones numerados, de 1 a 5, obtendrás un BOLETO para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" EL 17 DE DICIEMBRE PROXIMO.



Y AHORA, LECTORES, A JUNTAR MUCHOS BOLETOS PARA GANAR ALGUNOS DE LOS REGALOS QUE "SIMBAD" OFRECE EN ESTE GRANDIOSO SORTEO DE NAVIDAD.

Cupón N.º 4 - Serie N.º 2
GRAN SORTEO DEL

17 de diciembre

Cupón N.º 4 - Serie N.º 2
2 de noviembre de 1955.

¿LO SABES TU?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:

¿Cuándo fue descubierto el Estrecho de Magallanes?

Solución a "SIMBAD" 320. El primer periódico de Chile fue "La Aurora de Chile".

Entre los niños

que enviaron soluciones exactas salieron favorecidos los siguientes nombres: CON CINCUENTA PESOS: Esperanza Zapata, Chillán; Sara Navarrete, Santiago; Lilia Ostete, Collipulli; Víctor González, San Fernando; G. H. Muñoz, Colchagua; Sylvia Véjar, Linares; Irene Burlé, Santiago; Doris Aliaga, Curicó; Sonia Ramírez, San Carlos; Dora Luisa Nieto, Santiago.

SUSCRIPCION TRIMESTRAL: María G. Caris, San Fernando; Nelly M. Sepúlveda, Angol; Doris Schulmeyer, Rengo; Alberto Esteyes, Los Alamos; María Villarreal, Puente Alto; Juan Giachino, Constitución.

UN LIBRO: María Cristina Olivares, Santiago; María Cisterna, Valparaíso; Maximiliano Sotomayor, Osorno; M. Eugenia Cádiz, San Fernando; Bernarda Vásquez, Linares; Juan Flores, Longaví; Lilliano Orellana, Valparaíso; Irma Sánchez, Curacautín; Carlos Moyá, Rancagua; María Alarcón, Santiago.

Los niños de Santiago pueden retirar sus premios, diariamente, de 10 a 13 horas, en Avda. Santa María 076, 2.º piso. Los de provincias recibirán sus premios por correo.



CUPON DEL
CONCURSO
Semanal

SIMBAD N.º 322



3. Kim y Doris penetraron en una caverna, mientras los relámpagos surcaban el cielo. En el bosque, los pinos se doblegaban bajo la lluvia. Un rayo se precipitó sobre la cumbre, provocando un alud. Las piedras rodaban con estruendo y cubrieron la entrada de la gruta.



4. "—Estamos atrapados", gimió Doris. Kim, sin desalentarse, empezó a cavar la tierra, buscando una salida. "—Es inútil —exclamó la niña—. Nadie nos oirá. Nadie podrá salvarnos." El sargento Donnel y sus compañeros buscaban a Kim y de pronto vieron surgir su cabeza entre las rocas.

(CONTINUARA)



Simbad

N.º 323

\$ 20.-



PONCHITO Y PELUSITA



CAPITULO XVIII.—FALSA ACUSACION.

1. El sargento Donnel y su brigada buscaban a Kim, acusado por Lisandro de ser una especie de lobo peligroso. Lo divisaron entre un derrumbe de piedras. Un policía se disponía a hacer fuego contra él cuando el sargento lo detuvo: “—¡Un momento!”, gritó.



2. Había visto que el perro tenía entre sus dientes el pañuelo de Doris. “—Remuevan las piedras —ordenó con ansiedad—. Mi hija tal vez está prisionera en una caverna. Kim parece inofensivo. No le hieran.” Minutos después los soldados de la policía montada rescataban a la niña.

(Continúa en la penúltima página.)

El país de las maravillas

CAPITULO XIII.- Maritza desea aventuras.

Mientras el príncipe Cristián sufría tan atroces aventuras, las princesas Alina y Maritza continuaban su interminable viaje: la primera hacia el centro del Africa y la segunda hacia el Polo Norte.

A ambas parecían interminable el trayecto. Alina se resignaba con mayor facilidad, porque era de carácter apacible e indolente. No así la impulsiva Maritza, que encontraba insostenible su inmovilidad en la litera dorada, la cual sólo podía abandonar cortos instantes para hacer ejercicio.

Maritza habría perdido completamente la paciencia si no hubiera creído ver entre los árboles la adorada silueta del príncipe Claudio. Un día la imprudente princesita invocó al hada Fidelia en estos términos:

—¡Oh hada bienhechora!, rompe la monotonía de mi vida y haz que no muera de aburrimiento.



La princesa Maritza envió a su escudero a investigar qué ocurría.

Año VII - 9-XI-1955 - N.º 323

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane)

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual \$ 60. Semestral: \$ 30.

Subscripción en el extranjero: Anual: US\$ 2,10. Semestral: US\$ 1,05.

Recargo por vía certificada: Anual: US\$ 0,20. Semestral: US\$ 0,10.

—¿Así lo deseas? —respondió una voz armoniosa—. Pues bien, desde mañana comenzarán tus aventuras.

Oyendo esto, la princesa Maritza se durmió muy satisfecha, sin pensar que al día siguiente sobrevendrían acontecimientos importantes que trastornarían su vida.

Apenas apareció la aurora, Maritza escuchó un ruido extraordinario.

—¿Qué ocurre? —preguntó la princesa a su escudero.

—Desde hace algunos momentos la columna se ha detenido a causa de un accidente provocado en la vanguardia del cortejo —explicó el viejo escudero—; pero como estamos a larga distancia de la cabeza de la comitiva, no puedo saber de qué se trata. Voy por noticias, noble princesa.

El cortejo del príncipe Kovna era en efecto tan grande, que resultaba imposible a los servidores que rodeaban la litera de Maritza imponerse de todo.

El escudero no iba solo, porque arqueros, ayudantes de cámara, soldados, etc., corrieron a la vanguardia, y ninguno volvió a comunicar a Maritza las ansiadas noticias.

Quedaron, pues, abandonados los carros con provisiones, las carrozas con los ricos presentes del rey Alberico y todos los obsequios que para su boda le habían regalado sus amigos.

Sólo quedaron junto a la princesa sus damas de honor, las cuales se asomaban fuera de sus carrozas y preguntaban con temor lo que ocurría.

Maritza estaba temerosa y comenzaba a arrepentirse de su imprudente deseo de aventuras.

Para comprender los sucesos es preciso remontarse a la víspera del día en que Maritza pidió al hada Fidelia que turbara el tedio y monotonía del largo viaje.

El príncipe Kovna, que había cabalgado todo el día con la vista fija en el cortejo de su amada princesa, se detuvo desilusionado y sin saber qué hacer.

“¿De qué me sirve seguir a Maritza —pensó Claudio—, si no puedo salvarla? ¿Y cómo rescatarla yo solo contra una escolta de miles de hombres? ¿Qué medios puedo emplear para vencer a ese repugnante albino? Mi deseo es provocar a duelo al príncipe Kovna; pero apenas lo mate caerán sobre mí sus soldados, y entonces perderé a la vez mi vida y la de Maritza.”

De pronto recordó la esmeralda que le había dado el hada Fidelia, y la evocó en su aflicción.

—Hada Fidelia —suplicaba el enamorado príncipe—, inspírame la mejor manera de libertar a Maritza. Haz que mi espada sea invencible y rápida y que así pueda vencer a todos los enemigos de Maritza y a los míos.

En medio de la obscuridad, el príncipe Claudio vio que la es-

Sólo quedaron junto a la princesa las damas de honor, muy inquietas y asustadas.



pada que había clavado en el suelo resplandecía de luz. Maravillado con este prodigio, Claudio comprendió que el hada Fidelity había escuchado su invocación.

Con el corazón contento y el alma en paz, el príncipe de Carelia se tendió a los pies de una encina, y antes de dormirse contempló las fogatas que los soldados del príncipe Kovna encendían cada noche para resguardarse de las fieras y de los insectos dañinos.

El canto de los pajarillos despertó a Claudio. Inmediatamente cogió su espada y montado en su brioso corcel salió al encuentro del cortejo y, arrogante, dijo a los primeros guerreros del príncipe Kovna:

—Gente de guerra y de paz que pertenecéis al séquito del príncipe Kovna, deteneos e id a decir a vuestro amo que deseo romper lanzas con él, en nombre de la bella y virtuosa princesa Maritza, a quien todos respetamos.

Al oír tan extraña misiva, el príncipe Kovna se estremeció de furia. ¿Quién era ese impertinente que se atrevía a desafiarle? Espoleando su corcel, el albino príncipe avanzó hasta el sitio donde le aguardaba el enamorado de Maritza.

—¿Sois vos, caballero, quien osáis provocarme a nombre de mi novia, la princesa Maritza? ¿Ignoráis que su padre, el rey Alberico, me la ha dado en matrimonio?

—Oídllo bien, príncipe Kovna —dijo el joven—. Yo soy Claudio de Carelia, a quien vos engañasteis adornándolos con una insignia que no os correspondía. Yo era el príncipe LIRIO, a quien la princesa Maritza iba a escoger por esposo, y vos me traicionaste. Os



La espada, clavada en el suelo, resplandecía de luz.

**El príncipe Claudio
decidió retar a duelo
al príncipe Kovna.**



acusos, pues, de felonía y traición. En guardia, señores, y comience el duelo.

—Está bien —dijo el príncipe Kovna—, crucemos nuestras espadas, imprudente joven. Pero antes debo advertiros que no hay en el mundo mejor espadachín que el príncipe Kovna.

Kovna tenía diez años más que el príncipe Claudio de Carelia; su estatura era mayor y había más robustez en su físico. Además, entre los esgrimistas tenía la reputación de ser invencible.

—Recomendad vuestra alma a Dios, joven imprudente —dijo el príncipe Kovna a su rival—. Casi tengo escrúpulos de traírmelo en un combate tan desigual.

—En guardia, traidor y felón —gritó Claudio de Carelia—. Venceré o moriré.

Se cruzaron las espadas, y desde el primer momento el príncipe Kovna trató de dar una estocada mortal al joven Claudio. Pero, ante su sorpresa y estupor, advirtió que la espada del príncipe de Carelia era rápida como el viento, fuerte como el acero y que, cual un rayo, brillaba y se multiplicaba en virajes portentosos.

(CONTINUARA)



EL BURLADOR

CAPITULO XIV.—EL



1. Cuando la princesa Yamila acusó a Nasdine y a Mechub de haber intentado engañarla, Nasdine repuso tranquilamente: “—Si desconfías de nosotros, hablaremos con el gran visir”. Yamila, pálida, suplicó: “—¡No! Te diré mi secreto. Mi padre, el emir de Ispahan, quiere casarme con el emir de Ankar”.



2. “—Jamás he visto a mi prometido, pero dicen que es feo y malvado. En vano supliqué a mi padre que desistiera de esa boda. El gran visir tiene la orden de conducirme a Ankar.” Nasdine interrogó: “—¿Y quién es Harum?” Los ojos de Yamila resplandecieron. “—Un antiguo servidor de mi padre”, contestó.



DE ORIENTE

PROMETIDO DE YAMILA.



3. “—Es a Harum a quien amo.” Esta confesión reveló todo el misterio a Nasdine. “—¿El preparó entonces el asalto a la caravana para secuestrar a su princesa? —dijo pensativamente—. Buen plan.” Luego de cruzar una alegre mirada con Mechub, añadió: “—Cuenta con dos aliados audaces y decididos”.



4. Yamila exclamó, incrédula: “—¿Es verdad? ¿Jurán guardar el secreto?” Una voz tronó: “—¿Para qué jurar un silencio inútil? Lo he oído todo, princesa”. Raguar, espía del gran visir, había aparecido súbitamente. Con maligna satisfacción, añadió: “—¡Guardias, registren a estos hombres y arresten a Michli!”





EL BURLADOR



5. Veinte brazos cogieron a Nasdine y Mechub. Un instante después el mensaje de Harum estaba en poder del jefe de la guardia. Este se lo entregó al gran visir, que lo leyó de una ojeada. La emoción del triunfo hacía bizquear sus ojos más que de costumbre. “—¿Así es que Harum atacará en el cuarto oasis?”



6. “—¿Cómo una princesa tan bella puede pensar en un pillastre como Harum?”, añadió. Yamila sostuvo serenamente la torcida mirada del gran visir y repuso: “—Harum es pobre, pero vale más que todos los visires reunidos”. El bizco personaje respondió: “—Ese chacal no la raptará, princesa”.

DE ORIENTE



7. “—El emir me confió una misión que cumpliré fielmente. La conduciré a Ankar, y Harum no podrá interponerse en mi camino. Conocemos sus planes. Por lo tanto, le prepararemos una pequeña sorpresa. En cuanto a los prisioneros —finalizó el gran visir—, les castigaré por su traición.”



8. Susurró en seguida unas palabras al oído de Raguar, mientras Nasdine, Mechub y Michli aguardaban, vigilados por los guardias. Yamila exclamó: “—¿Qué pensáis hacer con ellos? ¡Exijo una respuesta!” El gran visir respondió con siniestra sonrisa: “—No temáis, princesa. No mataré a vuestros aliados”.

(CONTINUARA)



CAPITULO X.-
A la conquista del
trapecio.

Diana Marcy advirtió que uno de los palitroques con los cuales hacía pruebas de malabarismo estaba descentrado. Este defecto podía hacer fracasar su juego. Aterrada, procuraba descubrir cuál era el palo contrapesado. De súbito, al intentar coger el que se desviaba, perdió el equilibrio sobre el lomo del elefante Pachá y cayó a la arena, justamente cuando Mimí Duval se balanceaba sobre ella para cogerla de las manos.

El número había fracasado lamentablemente. Entre el público se oyeron silbidos y algunas risas burlonas. Diana se levantó pálida y posó su temblorosa mano sobre el cuerpo gris y quieto del elefante. Pachá, tranquilo y pasivo, no advertía la angustia de su bella amaestradora. El trapecio de Mimí volvió a pasar por el aire y, con un salto doble, la francesita cayó junto a Diana. Ambas se inclinaron para saludar, y entonces los asistentes aplaudieron.

Diana murmuró:

—¡Oh, Mimí! Estoy avergonzada de haberte fallado.

—No te aflijas, querida. Todos perdemos alguna vez el equilibrio. Aunque tal vez haya una maravilla que nunca ha caído. Su burlona mirada se dirigió hacia Hugo, quien, junto al oído del empresario Libor, decía en ese instante:

—Se lo advertí. Diana se esfuerza demasiado. Debería dedicarse nada más que al número con los elefantes.

Terminada la función, Diana y Mimí se dirigieron a su carro-mato. En vano Mimí trataba de consolar a su amiga:

—¿Por qué te preocupas tanto? No ha ocurrido ninguna tragedia.

—Es que no comprendo cómo pudo suceder.

—Olvídalo. Sonríe, por favor. ¿O llamo al payaso Runrún para que con sus risas y cabriolas te espante la tristeza?

Diana se esforzó por sonreír. Después de vestirse, salió del carro-mato para caminar sola. Necesitaba calmar sus nervios. Una voz sarcástica la estremeció:

—¿Cómo te sientes? ¿Orgullosa de los aplausos de esta noche?

Diana perdió el equilibrio.



Rita la observaba con cruel alegría. Diana intentó seguir su camino. Rita insistió:

—¿No has oído los comentarios de tus compañeros?

—¿Qué dicen? —murmuró Diana.

—Descúbrelo tú misma. Están reunidos en el casino.

La niña se dirigió a la carpa donde estaban instalados la cocina y el comedor. Oyó como en sueños un tumulto de voces:

—Diana es encantadora; pero no ha nacido para ser trapicista.

—Temo que arruine la carrera de Mimí.

—Los elefantes la adoran y le obedecen. Debería seguir trabajando con ellos.

—Aunque Hugo es un pedante insoportable, conoce su oficio. Es el compañero in-

Ambas niñas saludaron al público.



dicado para Mimí. En la próxima función de gala ella se lucirá si es Hugo quien la acompaña.

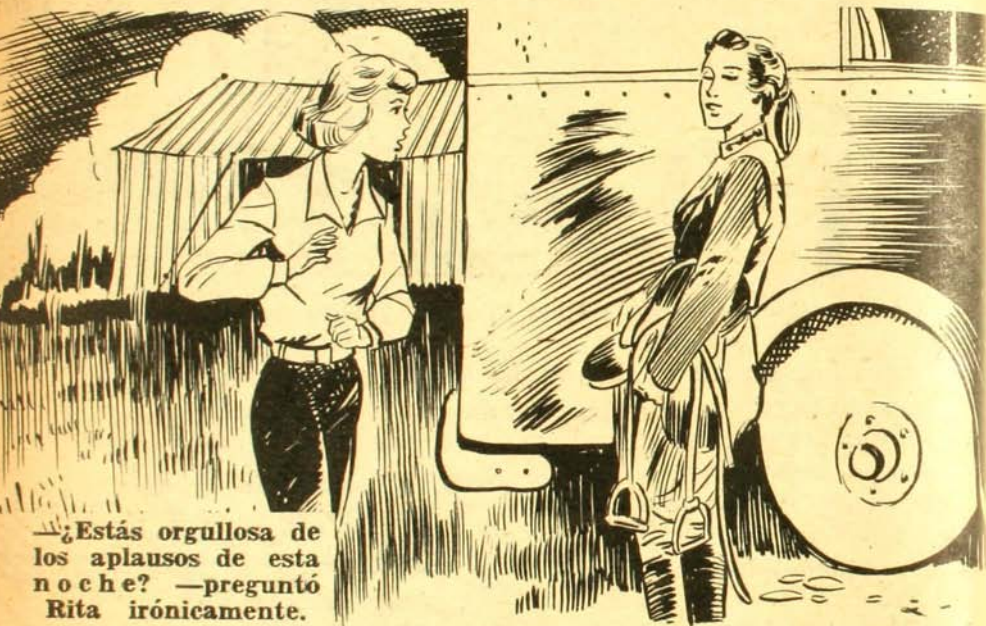
—No importa que Diana resbale sobre el lomo de Pachá. Pero si esa caída la sufre desde un trapecio colocado a treinta metros de altura...

—Diana y Mimí son muy amigas. No se separarán.

La aguda vocecilla del enano Taquito protestó:

—Con ensayo y perseverancia puede adquirir agilidad. Nada es imposible, y creo que dominaría el trapecio si...

—¡Absurdo! —interrumpió Runrún—. Yo, como los elefantes,



—¿Estás orgullosa de los aplausos de esta noche? —preguntó Rita irónicamente.

adoro a Diana. Sin embargo, no soy ciego. Debe separarse de Mimí, no sólo porque la perjudica, sino porque su vida es demasiado valiosa para que la arriesgue.

Se produjo un breve silencio, porque la voz del payaso temblaba. Este, comprendiendo que había traicionado su emoción, añadió con tono festivo:

—Doy mi voto a Hugo, el rey del trapecio, y, para castigar mi idiotéz, pido a todos los presentes que me den una coz de ungalado, lo cual en buen castellano quiere decir una patada de burro.

Se inclinó, y el tony Lechuga se encargó de asestarle un puntapié, en nombre de todos los presentes.

—¿Alguien más quiere votar por Hugo? — preguntó Lechuga, con el pie levantado hacia atrás.

Algunos rieron, pero en general reinaba un ambiente de tristeza.

Diana se alejó, con la cabeza inclinada. Las lágrimas nublaban sus ojos. De pronto alzó la frente y en su mirada brilló una firme decisión.



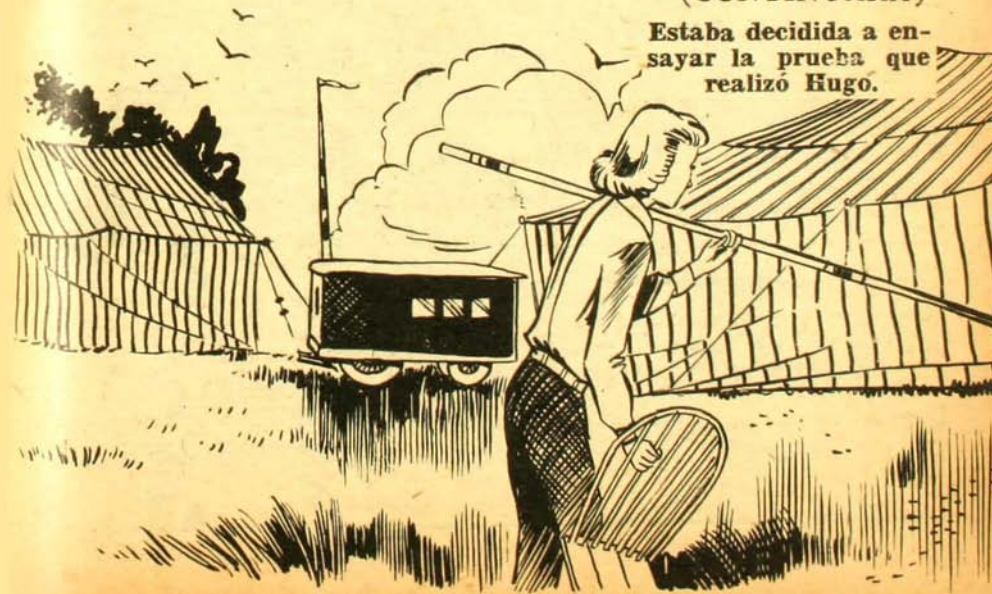
Diana oía angustiada los comentarios de sus compañeros.

“Mañana me levantaré temprano a ensayar”, murmuró.

Al amanecer abandonó su lecho. El circo estaba sumido en el silencio. La niña buscó una silla y una barra de equilibrio, dirigiéndose en seguida a la pista central. Ejecutaría la prueba con la cual Hugo intentó derrotar a Mimí: equilibrarse en el trapecio, sin más punto de apoyo que las patas traseras de una silla.

(CONTINUARA)

Estaba decidida a ensayar la prueba que realizó Hugo.



El fantasmita

TERRIBLIN Y LUISILLO LIBERTARON A LOLO Y LIRILAY, PRISIONEROS DEL CRUEL MARQUÉS DEL CAMOTE.

VÁMONOS CON LA MÚSICA A OTRA PARTE

ESTO ES "CORRER" AVENTURAS

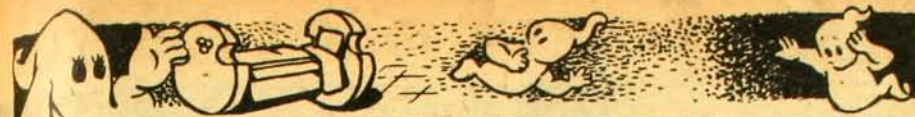
¡EH! UN MOMENTO, PLIS!

NO PUEDO IRME SIN LLEVAR CONMIGO A MI DULCE CAMOTINA

¡HABRÁSE VISTO! ESTE NO ES EL MOMENTO PARA HABLAR DE DULCE DE CAMOTES

TE COMPRENDO. LA LLEVAREMOS.

A CORRER, A CORRER, QUE NO HAY TIEMPO QUE PERDER.



MIENTRAS TANTO, LA DUQUESITA CAMOTINA...

¡AY, QUÉ TRISTEZA! MI PADRE QUIERE QUE ME CASE CON EL REY Y YO AMO A LUISILLO

¡TERRIBLE!

DESPUÉS, UNO DETRÁS DE OTRO CAEN LOS GUARDIAS, BAJO EL ATAQUE MUSICAL DE LUISILLO



EL CASTILLO RETIEMBLA

¡A LAS ARMAS!

¡PERSEGUID A ESOS FEMENTIDOS Y TRAIADORES!

SIN JUDA NO HAN ALCANZADO A HUIR.

CONTINUARÁ



BUFALO BILL



CAPITULO XV.—LOBO RUGIDOR PIERDE SUS ILUSIONES.



1. Los indios shoshones, guiados por su jefe Lobo Rugidor, se lanzaron al ataque de la patrulla de soldados americanos. El general Custer y Búfalo Bill alentaron a los soldados, mientras aquel alud de demonios se precipitaba sobre ellos, gritando: "—¡Muerte a los malditos rostros pálidos!"



2. En cerrada fila, los hombres del general Custer recibieron a los atacantes. La descarga de los rifles Winchester 73 derribó a los primeros jinetes indios. Luego ambos bandos se mezclaron en una lucha confusa y violenta. Un tomahawk (hacha de guerra) se alzó a espaldas de Custer.



3. Pero el traicionero golpe no pudo ser astestado; porque Búfalo Bill, con la fuerza de su puño, desmontó al indio y lanzó lejos el tomahawk. "—Gracias, Bill —dijo Custer—. Otra vez me salvó la vida." El explorador replicó sonriente: "—No puedo quitarme esa costumbre, señor".



4. Los aullidos de los shoshones se convertían en lamentos y maldiciones. Retrocedían y por fin se retiraron. "—Volverán —dijo Búfalo Bill—. Y en este desfiladero estamos encerrados como en una ratonera. Iré a pedir auxilio a los paunís. Ningún caballo indio puede alcanzar a Torbellino."



BUFAILO BILL



¡Corre, Torbellino, corre como nunca!



¡No lo dejen escapar!

5. Saltando sobre su potro de crines de plata y cascos que tenían la rapidez de un huracán, se alejó. Lobo Rugidor fue el primero en advertir aquella audaz fuga. “—¡Detengan a Cabello Largo! —vociferó—. No debe escapar. Antes que termine el día su cabellera de brujo colgará de mi cinto.”



No me gusta ser seguido de tan cerca.



¡Vuela, mi viejo!

6. Espoleando con los mocasines a sus cabalgaduras, persiguieron al explorador. Pero Torbellino volaba sobre el pedregoso camino. Las esperanzas de Lobo Rugidor se desvanecieron. Esa cabellera rubia que era su ambición no luciría jamás suspendida de su cinto. “—¡Manitú le maldiga!”, rugió.



¡Amigos pawnees, vengo en busca de ayuda!

7. Una hora más tarde Búfalo Bill llegaba como un ciclón al reducto pauní. El jefe Hijo del Trueno acudió a recibirle. “—Pa-E-Has-Ka llama a su hermano Hijo del Trueno —pronunció Búfalo Bill—. Los soldados cuchillos largos y su jefe blanco están sitiados por los guerreros shoshones.”



Lobo Rugidor no volverá a molestarte.



¡Llegamos a tiempo!

8. Hijo del Trueno reunió a sus bravos, y cabalgaron rápidamente hacia la hondonada. “—Lobo Rugidor envidia a mi tribu por su alianza con los rostros pálidos —dijo el pauní—. Venceremos a ese perro, aunque muchos de mis hermanos deban partir a los felices campos de caza.”

(CONTINUARA)

TRES AMIGOS en LA SELVA

CAPITULO I.—Tika, la esclava china.



Los tres amigos se afirmaban en la baranda del barco.

El gran barco surcaba los mares del Sur en dirección al puerto de Singapur. Tres amigos, acodados en la barandilla, escudriñaban el horizonte buscando los perfiles de la península malaya.

Eran éstos Roberto, muchacho de diecisiete años, de aspecto deportivo, fisonomía simpática y varonil y cabellos rubios; su hermana Lina, cara de manzanita dorada, ojos azules y bucles castaños, y Marylin, de tipo rubio clásico, amiga de colegio de Lina.

Los tres adolescentes habían estrechado amistad durante la larga travesía desde su país, y lamentaban tener que separarse en Singapur.

—La pena es de Lina y mía —suspiraba Roberto—. Tú, Marylin, pareces encantada de nuestra separación.

—Qué malo eres, Bob —replicó Marylin indignada—. Estoy infinitamente triste por tener que separarme de tu hermana.

—Pero contenta de librarte de mi compañía —insistió Roberto.

—Siempre discutiendo —protestó la encantadora Lina—. Por lo menos en el momento de la separación abandonen sus querellas.

—Eso nos entretiene —dijo Marylin—. Bien sabes tú cuánto le aprecio. Me hubiera gustado tener un hermano como Bob. Soy hija única; mi madre ha muerto...

—Tu padre te aguarda en Singapur —interrumpió la bondadosa Lina.

—En sus brazos olvidarás a todos los Bobs y a todas las Linas —insinuó Roberto—. Serás la *reina del caucho*. Te rodearán tus vasallos, te coronarán de orquídeas, correrás por la selva sobre el lomo de un elefante... Una millonaria como tú...

—¡Qué fanfarrón eres, Bob! —murmuró fastidiada Marylin—. Mejor es que nos dejes solas. Tenemos mucho que conversar. Las colegialas, aunque muy diferentes en posición social y fortuna, se sentían ligadas por sincera amistad.

Marylin, la hija del millonario Paterson, viajaba con su institutriz inglesa, miss Barclay, y ocupaba el mejor camarote del barco.

Los hermanos Mervil viajaban solos, llamados por su padre, el plantador Horacio Mervil, a pasar sus vacaciones en Singapur. Como Marylin y Lina Mervil eran compañeras de colegio, al encontrarse a bordo del mismo barco intimaron más, y Bob debió reunirse al grupo familiar; pero le fue difícil adaptarse al estiramiento que imponía la institutriz miss Barclay en sus relaciones y hábitos sociales.

Muchas veces el simpático Roberto Mervil tenía que bajar los ojos ante la mirada severa de la institutriz, que le veía llegar al comedor y sentarse a la mesa con la cabellera desgredada, sin vestón o en mangas de camisa.

—¿Con quién has peleado esta mañana? —preguntó Marylin a Bob.

—Con ese mexicano aventurero, que me amenaza con entregarme a la policía cuando desembarquemos...

—Santos cielos —exclamó miss Barclay—. Qué complicaciones...

—Mañana será otro día, miss Barclay. Ahora comamos, bebamos, dancemos y gritemos...

—*Naughty boy* —murmuró la pulcra inglesa.

—Roberto —suplicó Lina—, no pelees más con ese gordo mexicano.

—No es mexicano —dijo Bob—; es mestizo de chino, y su mujer es una china con más ínfulas que una emperatriz. Les tengo una inquina...

A mediodía ya estaba el barco surcando las islas malayas que enfrentan la inmensa bahía de Singapur.

Mientras miss Barclay y las dos colegialas reposaban en la

cubierta del buque, Roberto Mervil caminaba con las manos en los bolsillos, los cabellos al viento y en toda su figura un aire de arrogancia, cuando de pronto se presentó en su camino un cuadro lleno de colorido asiático.

Una chinita, pobremente vestida y sentada en el suelo, tenía en sus brazos a un pequeñuelo; su tez amarilla, sus ojos oblicuos y su pelo renegrido evidenciaban su origen chino. La palidez cadavérica de su rostro y su escuálido cuerpo demostraban extenuación.

En cambio el bebé era mofletudo y regordete.

La muchacha, apoyada en el muro, dormía, en tanto que el pequeño lanzaba estridentes gritos que habrían despertado a un sordo.

“Pobrecita —se dijo Roberto Mervil—; seguramente es hija de algún emigrante y ha venido a respirar aire puro en la cubierta. Si la descubren los camareros la arrojarán de aquí.”

En ese momento surgió del corredor, donde se ubicaban los camarotes, una voz chillona que gritaba:

—Tika, Tika, Tika.

La chica dormida no se movió. Roberto vio avanzar entonces a una mujer china, vestida con túnica de seda bordada. Esa dama no era una emigrante.

Sin duda sería la

Una mujer china insultaba a una chica miserable y escuálida.



mujer de algún rico comerciante que habría subido a bordo en el último puerto.

La dama china pasó como un torbellino delante de Roberto, abalanzándose sobre la miserable chiquilla, sacudiéndola e increpándola en un idioma incomprensible para Roberto.

Al muchacho le parecía imposible que esa mujer furiosa fuera la madre del bebé que le tendía los brazos.

—Tika, mala, Tika, te voy a matar —parecía decir la mujer china, golpeando sin piedad a la infeliz y escuálida niña, cuyas mejillas se colorearon con las fuertes palmadas que recibió de su ama.

Poseído de indignación, Roberto Mervil decidió intervenir, diciendo a la furibunda mujer:

—Tenga piedad, señora. Esa chica es muy débil para cargar a su hermanito. Deje que yo se lo lleve al camarote.

Y, sin aguardar respuesta, quitó el bebé a Tika y lo alzó en sus brazos.

La mujer china, que no comprendía una palabra de lo que le decía Roberto, creyó que querían robarle a su hijo y lanzó un grito estridente. Igual cosa hizo la chinita Tika.

Inmediatamente salió del camarote un chino obeso, quien, sin averiguar el caso, cogió a Tika por los hombros y la sacudió con brutalidad. El también hablaba acaloradamente, y cuando la chica quiso decir algo, la golpeó en la boca y de un puntapié la arrojó al suelo.

Esto era demasiado para el valiente y fogoso Roberto. Dejando al bebé sobre una silla, se arremangó las mangas de su blusa como un boxeador, y propinó al obeso chino una bofetada que lo lanzó contra la puerta del camarote.

El corredor se había llenado de pasajeros que acudían a la gritería.

Alguien tiró de la manga a Roberto y le dijo:

—Calma, joven. Nosotros vimos a ese bruto golpeando a la chiquilla.

Quien hablaba era uno de los oficiales del barco que ejercía de policial y venía a poner orden en la contienda.

El obeso chino, mal que mal pudo ponerse en pie, en tanto que la chinita miserable yacía en el suelo con la boca llena de sangre. Los espectadores pedían explicaciones y Roberto quería arrojarle de nuevo contra el cruel chino.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó el comisario del barco, abriéndose paso entre el tumulto.

Roberto Mervil quiso explicar, pero el comisario de la Compañía Transatlántica le detuvo y con severidad preguntó, dirigiéndose a Roberto:

—¿Una batalla entre pasajeros? ¿Golpes y heridas? Señor, me veo obligado a encerrarle en un calabozo.

Pero los espectadores, que habían visto la brutalidad del obeso chino, protestaron, en tanto que otros solicitaban un intérprete para el interrogatorio.



El obeso chino también golpeó a la pequeña esclava.

—Bien —dijo el comisario—, que hable el padre de la niña golpeada.

Tranquilamente el intérprete informó así a los oyentes:

—La chica no es hija de este señor. El la compró en Hong-Kong. Es su esclava. Quería que fuera la niñera de su hijo. El puede educarla como le plazca y corregirla si lo merece.

"La chica —continuó el intérprete— se había dormido, lo cual era una falta grave, y cuando le ordenó que se callara comenzó a gritar.

—Mírela —interrumpió el impetuoso Roberto—; ese hombre le partió el labio.

El obeso chino exigía que apresaran a su agresor.

—Silencio —ordenó el comisario—. A nadie arrestaré si os retiráis todos a vuestros camarotes. La chica será enviada a la enfermería.

En seguida, volviéndose a Roberto Mervil, agregó:

—Lamento este asunto, señor, porque puede traerle graves consecuencias. Las costumbres en esta región no son las de su país. El propietario de la pequeña esclava es un rico mercader de Singapur, que forma parte de una asociación muy poderosa. Espero que no haya mayores complicaciones.

—Señor —dijo Roberto—, yo no quiero pelear, pero le aconsejo a ese hombre que no golpee más a la chica. Por lo demás, me río de su poderosa asociación. Mi padre me espera en Singapur. Querría saber si ese bruto continuará maltratando a la chinita. —¿Cómo puede usted impedirlo? —replicó el comisario—. La única solución sería que usted comprara a la chica. Su estado físico es tan miserable, que tal vez no tendrían inconveniente en vendérsela.

—Me da usted una buena idea, señor —dijo Roberto—, y le agradezco que no me haya encerrado en un calabozo.

—Bien, joven —indicó el comisario—; pero le advierto que ese mercader, al llegar a Singapur, va a presentar querrela contra usted o a pedirle un precio exorbitante por daños y perjuicios. En cuanto a la venta de la esclava, también abusará cuanto pueda.

—Gracias, señor —dijo Roberto—. Compraré a Tika. Mi padre pagará, y la llevaremos a nuestra plantación.

(CONTINUARA)

Correspondencia

Mireya Aldunate.—No se desespere por la terminación de "La Amiga del Piel Roja". Daremos otra serial llena de misterios y aventuras.

Carmen Flores.—Usted es una de las más entusiastas admiradoras de Ponchito y Pelusita. Nato le agradece sus elogios.

Antonio González.—Lamento os que sus mesadas semanales no le

permitan comprar esta revista, cuyo precio encuentra exorbitante. Trate de enviar soluciones al concurso semanal y es posible que obtenga de premio una subscripción trimestral.

Victor Fuenzalida.—Nos regocija grandemente que tanto le agrade esta pequeña gran revista "SIMBAD", cuyas seriales forman su más entusiasta lectura.

ROXANE.

Ponchito

¡QUE LINDAS FLORES!



¡LE LLEVARE' UN RAMO A MI PROFESORA!



¡PSSSS, NO TIENEN NADA DE AROMA!



¡YA SE' QUE PUEDO HACER!

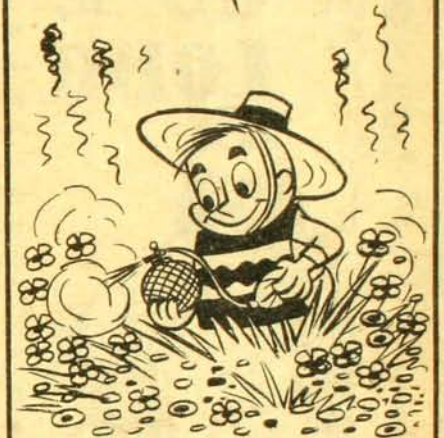


POR NATO

¡MI ABUELITA DEBE TENER!



¡MMMMMM! ¡QUE RICO!



¡AHORA SI QUE ESTAN OLOSOSITAS!

NATO.



CAPITULO XXVI.—*Hacia una nueva aventura.*

Ives el Lobo y los barones de Ergil emplazaron al rey Juan Sin Tierra para que prometiera no perturbar el reinado de Guenal. Con expresión torva, el monarca preguntó:

—¿Cuáles son vuestras villanas exigencias?

El noble Edgardo, mostrando al rey una antigua medalla de bronce, replicó:

—Pertenece a la más alta nobleza de Ergil y demandamos justicia. Guenal es nuestra reina legítima, y no reconoceremos a otro gobernante.

Juan Sin Tierra observó a sus cortesanos, que habían retrocedido y formaban un grupo intimidado y receloso. En la banda opuesta esperaban los vasallos de Guenal. Los robles derribados formaban una valla infranqueable. Con una sonrisa de desprecio, indicó:

—Extraño lugar para pedir justicia. Una ratonera cerrada.

—Si juráis, el camino quedará libre nuevamente.

Juan Sin Tierra, extendiendo la mano, pronunció el juramento exigido:

—Reconozco a Guenal, heredera de Ergil, el derecho de reinar en el país de Carnavon. Su pueblo no

IVES EL LOBO



—¿Cuáles son vuestras villanas exigencias?



será perseguido ni hostilizado por mi ejército. Los nobles destruidos volverán a sus feudos.

Los rebeldes despejaron entonces el camino. La escolta real pudo proseguir su marcha. Con esta retirada, terminaba el reinado de la crueldad y la codicia. El usurpador Gaurán había muerto y ningún otro tirano de su traza ocuparía el trono de Carnavon. Así lo juró Juan Sin Tierra, bajo la dominante mirada de Ives el Lobo.

—Y si alguna vez siente la tentación de quebrantar su real palabra, recordará que Ergil está protegida por una manada de lobos —dijo Edgardo.



La princesa Guenal regresó a su castillo:

El barón jamás sonreía, pero esta vez su rostro severo se iluminó con un rápido destello de ironía.

—No creo que sea necesaria otra ofensiva de mis hermanos —repuso Ives—. Pero si algún día Ergil y su reina me necesitan, acudiré de inmediato.

Guenal, aclamada por su pueblo, tomó posesión del castillo de Ergil. Se realizaron grandes festejos. Los prisioneros que yacían en los sótanos recobraron la libertad.

Transcurrieron los meses. La tierra florecía, cultivada por campesinos alegres. Los feudos se enriquecían. Un clima de bienaven-



Ives añoraba su vida de aventuras.

—Presentía que este momento llegaría —murmuró ella—. Es difícil retener por mucho tiempo a un caballero andante.

—Difícil retener a un lobo hurraño y solitario —dijo Ives con una sonrisa. Pero sus ojos también reflejaban la tristeza.

Los barones de Ergil demostraron sincero pesar por la partida

del héroe. Le saludaron con sus espadas en alto cuando subió al navío que le llevaría lejos. Desde una torre del castillo, Guenal observó el barco hasta que se perdió en la bruma. Luego las lágrimas nublaron su mirada.

Al segundo día de viaje, una tormenta desvió a la nave hacia el este. Combatida por la furia del viento y de las olas, siguió navegando. Finalmente los embates del mar la hicieron naufragar. Ives y algu-

El Hijo del Lobo dominó a la embarcación.



nos marineros se alejaron en una barca. En las sombras de la noche sostuvieron una tenaz lucha por salvar sus vidas. El viento rugía. Montañas de agua caían sobre la embarcación. Ives perdió el conocimiento a causa de un golpe contra el mástil.

Cuando recobró la conciencia estaba solo a bordo, sobre la quilla. Sus compañeros habían desaparecido en la tempestad.

El Hijo del Lobo abrió penosamente sus ojos, quemados por la sal marina. Vio una fila de islas, entre las cuales se abría un canal custodiado por dos torres. La fuerza del oleaje llevaba la barca a estrellarse contra la mole de piedra. Ives logró dominarla y viró de proa, mientras el timón rechinaba agudamente.

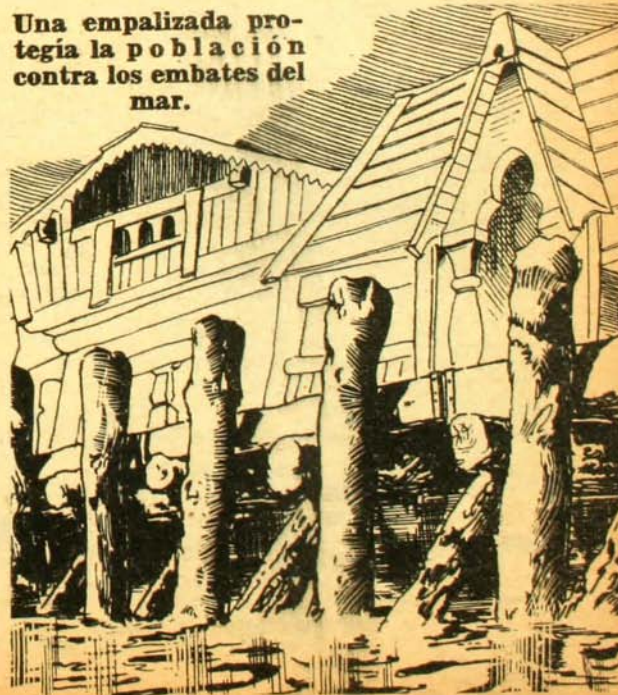
Varios isleños acudieron en sus embarcaciones a auxiliar al forastero. Le ofrecieron de beber para que se reanimara, mientras le observaban en silencio. En seguida remaron hacia la población, protegida de los asaltos del mar por una empalizada.

(CONTINUARA)

Los isleños ofrecieron de beber al náufrago.



Una empalizada protegía la población contra los embates del mar.



GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

\$ 300.000.-

PREMIOS MAYORES: DOS BICICLETAS, RADIOS, PELOTAS DE FUTBOL, PATINES, BLUEJEANS, JUEGO DE LUDO, LOTE-RIA, JUGUETES VARIOS, JARDINERAS, MUÑECAS, LAPICERAS FUENTES, PORTADOCUMENTOS, CINTURONES, PISTOLAS DE JUGUETE, PREMIOS EN DINERO, BOLSAS CON BOLITAS y muchos premios más. Para obtener cualquiera de los objetos enumerados, sólo tendrás que juntar los cupones que aparecen semanalmente al pie de esta página. Por cada serie de CINCO cupones numerados, de 1 a 5, obtendrás un BOLETO para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" EL 17 DE DICIEMBRE PROXIMO.



Y AHORA, LECTORES, A JUNTAR MUCHOS BOLETOS PARA GANAR ALGUNOS DE LOS REGALOS QUE "SIMBAD" OFRECE EN ESTE GRANDIOSO SORTEO DE NAVIDAD.

Cupón N.º 5 - Serie N.º 2
GRAN SORTEO DEL

26 de mayo

Cupón N.º 5 - Serie N.º 2
9 de noviembre de 1955

¿LO SABES TU?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:

¿Cómo se llaman los habitantes de Puerto Rico, Panamá, Honduras?



Solución a "SIMBAD" 321. La penicilina fue descubierta por Sir Alexander Fleming.

Entre los niños que enviaron soluciones exactas salieron favorecidos los siguientes nombres: CON CINCUENTA PESOS: Eugenia Cabezas, Linares; Adrián Rubio, Rengo; María E. Contreras, Santiago; Hnos. Barrios, Talca; Cecilia Llanos, Santiago; María E. Villegas, Quillota; Cecilia Labbé, Santiago; Fidel Andrade, Rengo; Patricio Morales, Santiago; María Guevara, Concepción.

SUBSCRIPCION TRIMESTRAL: Iris Flores, Santiago; Fernando Díaz, Viña del Mar; Leticia Vasquez, Linares; Ana M. Seisdedos, Valparaíso; Cristina Villanueva, Santiago; María E. Cádiz, San Fernando.

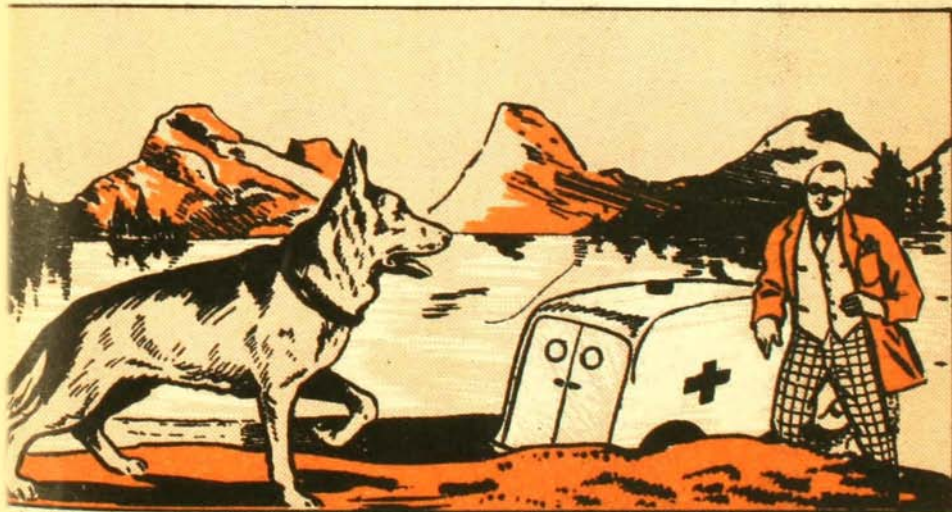
UN LIBRO: Cecilia Palacios, Santiago; Hugo Vásquez, Linares; Ester Garrido, Concepción; José A. López, Curicó; Nelly Rodríguez, Santiago; Carlos Miranda, Rancagua; Pedro L. Zapata, Linares; Sergio Mery, Los Andes; Hernán Cid, Concepción; María L. Miguel, Santiago.

CUPON DEL
CONCURSO
Semanal

SIMBAD N.º 323



3. Ella refirió la hazaña de Kim, declarando: “—No es un perro salvaje. La acusación de Lisandro es falsa”. Citado a declarar de nuevo, Lisandro se confundió. Indignado, el sargento dijo: “—Le doy dos horas para abandonar la región. Es usted un cobarde y un falsario”.



4. Kim continuó su camino, en busca de Alicia Landy. Al atardecer había recorrido una larga distancia y avanzaba penosamente. Una astilla de roca, incrustada en su pata, le causaba un agudo sufrimiento. De pronto una voz amigable lo llamó: “—Ven, perrito, para examinar tu pata. Soy el doctor Fred”.

(CONTINUARA)

¡SÍ, SÍ, CLARO TIENES RAZÓN...!



...BUENO, COMO TU DIGAS...



...MUY BIEN! ¡MUCHAS GRACIAS POR TU AMABILIDAD!...



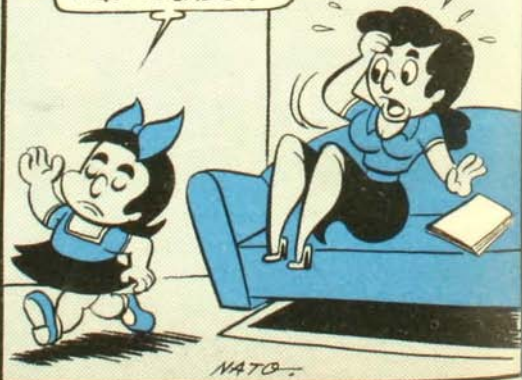
...YO TAMBIEN HE TENIDO MUCHO GUSTO EN CONVERSAR CON TI



¿CON QUIEN HABLASTE TANTO RATO, PELUSITA?



¡NO SE MAMY, ERA UN LLAMADO EQUIVOCADO!



Simbad

N.º 324

EL PAIS DE LAS
MARAVILLAS



\$ 20.-



CAPITULO XIX.—LOS CLIENTES DEL DOCTOR FRED.

1. El doctor Fred y su ayudante, que recorrían la comarca, vieron que Kim cojeaba. El veterinario llamó al perro y le extrajo de la pata una arista de roca. “—Estaba clavada como una espina —sonrió—. Ya estás libre de ella, amigo, Sigue tu camino.”



2. El agradecido Kim reemprendió la marcha. No lejos de allí vio a una niña rubia que tenía en sus brazos a un cachorrito. “—¡Oh papá! —murmuraba afligida—. Tati sufre mucho con la patita quebrada.” Kim se acercó a ellos y la niña exclamó: “—¡Qué hermoso perro! Quiere consolar a Tati.”

(Continúa en la penúltima página.)

El país de las maravillas

CAPITULO XIV.—Rapto de Maritza.

El príncipe Claudio de Carelia había retado a duelo al príncipe Kovna, contando con la ayuda del hada Fidelia, quien, por arte de magia, hizo invencible la espada del amado de Maritza.

Aunque el príncipe Kovna era el mejor espadachín del mundo, pronto advirtió que la espada del príncipe Claudio era invencible. Desesperado al ver que su enemigo le ponía a raya, Kovna intentó un golpe de fondo y, al hacerlo, la espada de Claudio le atravesó de pecho a espalda.

—Viva la princesa Maritza —gritó el victorioso doncel.

El príncipe Kovna cayó en brazos de sus servidores, y sus últimas palabras fueron éstas:

—Vengadme, amigos míos. El me ha asesinado.

Entonces, todos los guerreros de Kovna se lanzaron contra el príncipe Claudio, quien les fue derrotando uno a uno con su mágica espada.

“Mi buen hada Fidelia

La espada de Claudio atravesó el cuerpo del príncipe Kovna



Año VII - 16-XI-1955 - N.º 324

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane)

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual \$ 60. Semestral: \$ 30.

Subscripción en el extranjero: Anual: US\$ 2,10. Semestral: US\$ 1,05.

Recargo por vía certificada: Anual: US\$ 0,20. Semestral: US\$ 0,10.

ha cumplido su promesa —pensaba el joven Claudio—, y con esta espada mágica saldré victorioso de todos mis enemigos.”

Llegó un momento en que eran más de cincuenta los guerreros vencidos por el príncipe Claudio. Sus cuerpos formaban una montaña a los pies del vencedor. Mostrando su espada invencible, el joven guerrero arengó así al séquito de Kovna:

—Os he vencido porque la justicia y el derecho estaban de parte mía. Este hombre mintió y robó un privilegio que no le pertenecía; pero vosotros no debéis morir. Si queréis reconocerme como vuestro dueño y señor, os concederé la vida.

Los guerreros unieron sus voces para aclamar al vencedor, gritando:

—¡Viva el príncipe Claudio de Carelia! ¡Larga vida y salud a nuestro amo!

Los heridos se alzaron buenos y sanos, como por obra de magia, y ante este prodigio no quedó un servidor que no le rindiera vasallaje al hermoso Claudio.

—No perdamos más tiempo —expresó el feliz vencedor—. Debo presentarle mis homenajes a la princesa Maritza. Por ella he combatido, y suya es la victoria.

Lanzando su caballo a todo galope, el príncipe Claudio corrió hacia el punto donde estaba la carroza de su amada.

Como dijimos antes, todos los servidores del séquito habían abandonado sus puestos para asistir al homérico duelo de Kovna con el príncipe Claudio, y nadie había pensado que la princesa Maritza quedaba sola.

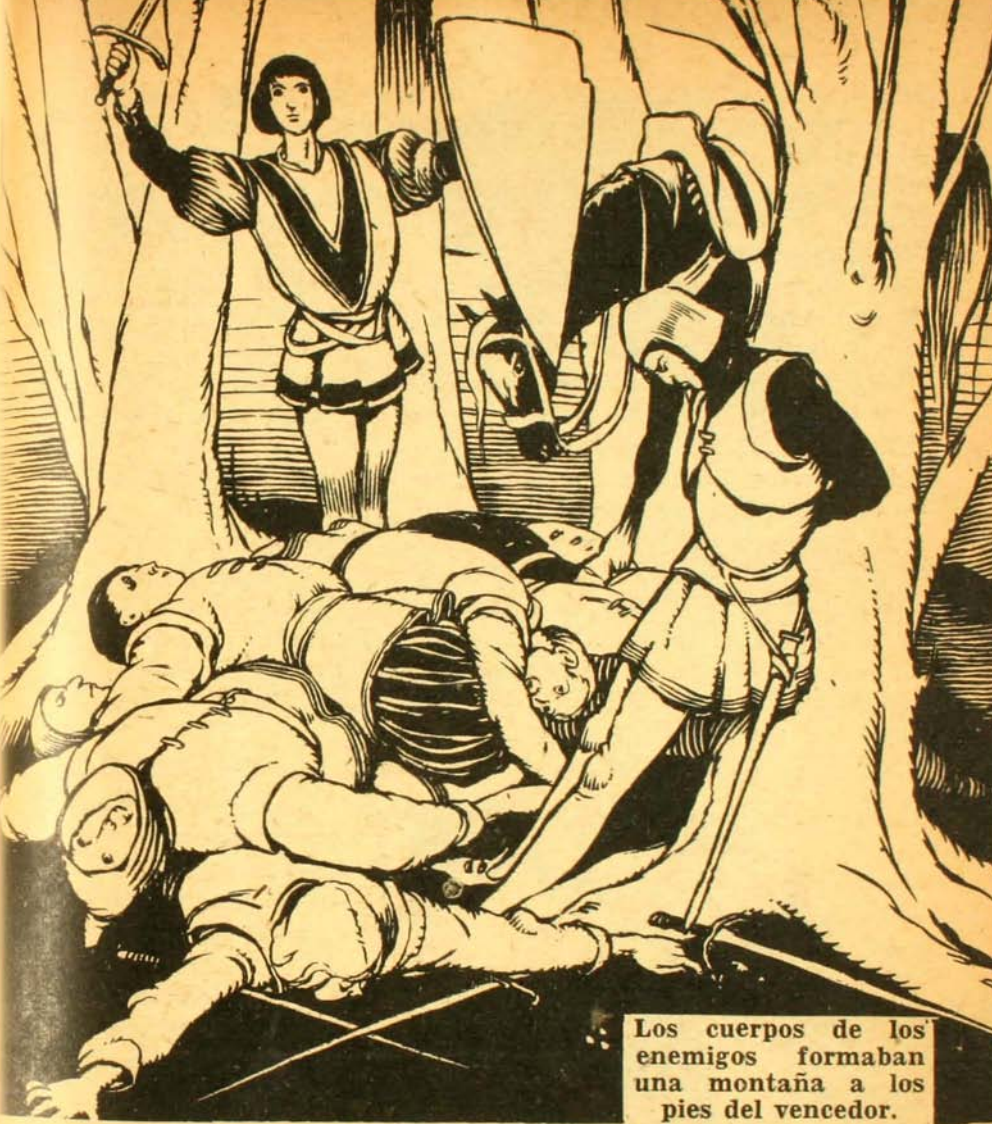
Aun las mujeres que formaban la corte de honor de la princesa, sólo tuvieron ojos para mirar el combate que se desarrollaba en la vanguardia, sin saber lo que ocurría tras ellas.

—Imprudentes —murmuró el príncipe Claudio cuando se acercaba a la litera dorada—, abandonar así a mi amada Maritza.

Pero su indignación se cambió pronto en desesperación al ver el rostro aterrorizado de la primera dama de honor.

—Los bandidos, los bandidos —sollozaba la dama.

ATENCION, LECTORES: Todas las cartas para la revista SIMBAD deben enviarse a Santiago, casilla 84-D. Dirigidas a otra dirección peligran extraviarse o llegar atrasadas. Esta advertencia es para todos los lectores de SIMBAD.



Los cuerpos de los enemigos formaban una montaña a los pies del vencedor.

—¿Dónde está la princesa Maritza? —preguntó Claudio saltando de su montura.

—No lo sé —decía llorando la dama de honor—. Tuve tanto miedo que cerré los ojos.

Con desesperado ademán, Claudio se acercó a la carroza vacía, y entre el desorden descubrió una zapatilla de Maritza y unas plumas blancas, de sus cisnes y palomas favoritas.

Maritza había desaparecido con sus aves preferidas.

—No comprendo —gemía el príncipe Claudio—; me voy a volver loco de dolor.

Y los guerreros que habían visto a ese joven luchando cual un semidiós, le vieron en ese momento abatido, lloroso y con el semblante demacrado.

—Ha desaparecido —exclamaba el inconsolable doncel—, justo en el momento que yo la creía conquistada. ¿Quién de vosotros puede darme un indicio de lo que ha sucedido aquí?

Todos se miraban confusos. Todos habían abandonado sus sitios, y nadie, salvo la primera dama de honor, había visto el pillaje y el rapto de la princesa Maritza.

—Fueron los bandidos, los bándidos —repetía la dama.

—¿Hacia dónde partieron? —preguntó Claudio.

—No sé; tenía tanto miedo —gimió la dama de honor.

El príncipe de Carelia alzó la cabeza y con voz de trueno exclamó:

—Vergüenza, vergüenza para todos... Habéis abandonado vuestra vigilancia y perdido a vuestra soberana. ¿Qué dirá el rey Alberico cuando sepa que sus escuderos y gentileshombres dejaron sola a su hija y permitieron que la raptaran los bandidos? Vergüenza, ignominia para todos.

El príncipe Claudio ignoraba que la principal culpable de esta



—La han raptado los bandidos —gemía la primera dama de honor.

tragedia era Maritza, quien, hastiada de la monotonía del viaje, había pedido al hada Fidelia que le proporcionara alguna distracción. El hada Fidelia le procuró, pues, una aventura que llegaba a los límites dramáticos más espeluznantes.

Escuderos, lacayos y gentileshombres inclinaron la cabeza ante la imprecación del príncipe Claudio, quien al verlos tan pesarosos añadió:

Un grupo de bandidos
raptó a Maritza y se
llevó sus tesoros.



—Adelante... Habéis perdido a la princesa Maritza y ahora os corresponde buscarla. Que todos se repartan por valles y montañas, por bosques y praderas. Es preciso que antes de una hora encontréis a los bandidos que la raptaron.

Todo el numeroso séquito del príncipe Kovna y de Maritza partieron en busca de la raptada princesa. El príncipe Claudio quedó solo en medio del devastado cortejo.

“¿Qué me importa estar solo? —pensó el valiente príncipe de Carelia—. Tengo una espada invencible, y perseguiré a esos bandidos aunque estén sepultados en las entrañas de la tierra.”

Recorriendo los bosques, divisó de pronto una caverna oculta entre tupidas breñas.

“Oiga voces —se dijo Claudio, acercándose a la boca de la caverna—; de seguro es ésta la guarida de los bandidos.”

El príncipe Claudio sacó de su vaina la espada invencible y avanzó hacia el antro de los forajidos.

¿Encontraría allí a su adorada Maritza? El capítulo siguiente lo dirá.

(CONTINUARA)



EL BURLADOR

CAPITULO XV.

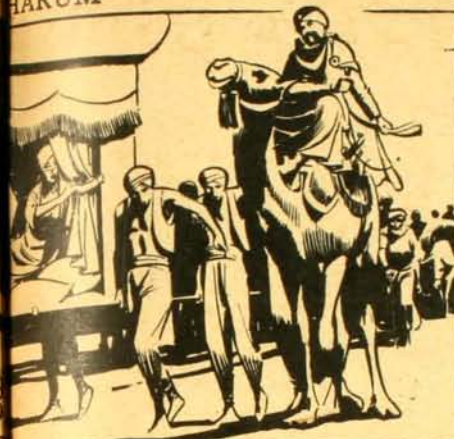
DE ORIENTE



1. El gran visir se negó a revelar a la princesa Yamila, cuál era el castigo que impuso a Nasdine, Mechub y Michli. A las primeras luces del alba, la caravana reanudó su camino. Desde su palanquín, Yamila procuraba inútilmente divisar a los prisioneros. De súbito réprimió un grito de horror.



2. Sus aliados estaban allí, sepultados en la arena hasta los hombros. La princesa llamó entonces al gran visir. El acudió y antes que los temblorosos labios de Yamila le interrogaran, declaró con un gesto de indiferencia: "—No temáis. Están vivos. Sufrirán tal vez un poco de sed".



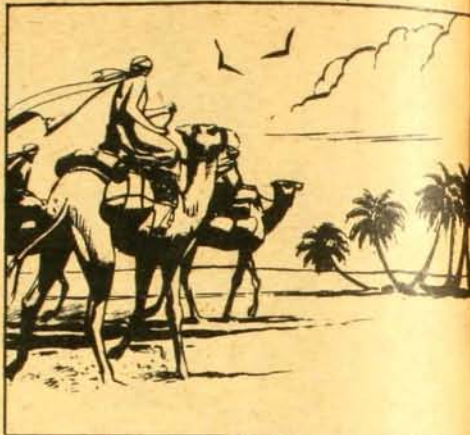
3. "—Es probable también que el sol les moleste algo con sus rayos. Esperemos que esta noche los chacales elijan otro oasis para merodear. No hay motivo de inquietud, princesa. Alguna caravana pasará por aquí... dentro de diez o quince días". Nasdine rugía: "—¡Cobardes! ¡Hienas!"



4. El joven Michli era mudo, y sólo sus ojos expresaban la angustia que lo dominaba. "—Es imposible moverse —añadió Nasdine Hodja—. Esos perros nos ataron. ¡Alá los maldiga!" Transcurría el tiempo, bajo el cielo quemante. De pronto Mechub lanzó un grito inhumano.



EL BURLADOR

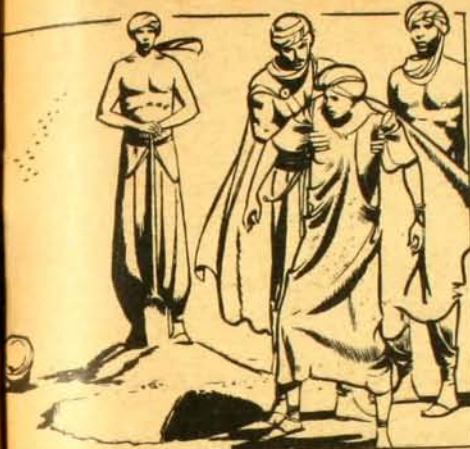


5. Nasdine y Michli comprendieron con gran dificultad las palabras que había pronunciado: ¡Una caravana! El burlador creyó en el primer instante que el pobre Mechub veía un espejismo. Luego él también distinguió el grupo de camelleros. Entonces gritó con todas sus fuerzas.



6. El viento llevó aquellas voces hasta los oídos de los lejanos jinetes. Estos desviaron su ruta y minutos más tarde un gallardo árabe desmontaba junto a los supliciados. —¡Michli!, murmuró reconociendo al servidor de la princesa Yamila. En seguida ordenó a sus hombres que le libertaran.

DE ORIENTE



7. Luego inquirió: “—¿Desenterramos también a éstos?”. El mudo asintió con energía. Nasdine y Mechub respiraron con alivio. Cuado estuvieron libres, el desconocido les dijo: “—No sé quiénes sois. Pero si Michli responde por vosotros, bien venidos a mi caravana. ¿Quién decidió vuestro suplicio?”



8. Nasdine refirió la aventura completa. Vio relampaguear los ojos oscuros del desconocido, y luego éste, con una sonora risa, declaró: “—Yo soy ese Harum que tanto te ha intrigado. Mis hombres aguardan en el tercer oasis y... ¿qué sucede?”, añadió al ver la preocupada expresión de Nasdine Hodja.

(CONTINUARA)

PIVALES EN el CIRCO



CAPITULO XI.— *La lealtad de Hugo.*

Diana Marcy estaba decidida a impedir que Hugo la desplazara. No luchaba por vanidad, sino porque temía que la trapecista Mimí Duval sufriera algún daño. Presentía que el rubio y vanidoso acróbata no era sincero en sus demostraciones de amistad y que urdía alguna intriga para ser la primera figura del circo. La francesita era hasta ese momento la estrella indiscutida. Hugo, el rey del trapecio, no se resignaba a aceptar el triunfo de Mimí.

—Es preciso que realice en el trapecio la prueba que ejecutó Hugo —murmuró Diana.

A la incierta luz del amanecer penetró en la carpa, dirigiéndose a la pista central. Subió a la plataforma más alta y atrajo hacia ella el trapecio. Abajo se distinguía vagamente la red de seguridad.

El trapecio se balanceaba. Cuando se detuvo, Diana situó la silla. Sus manos estaban húmedas de transpiración, pero no temblaban. Logró sentarse sin perder el equilibrio y sostuvo la barra. Dominó el deseo de cerrar los ojos y sus labios reseco se entreabrieron.

“Calma —se dijo, manteniendo su posición—. No pierdas la cabeza, Diana. Esto no es tan difícil. Si Hugo puede hacerlo”...

No oyó los suaves pasos de Mimí, que llegó seguida de Hugo. Aterrada, la niña francesa exclamó:

—¡Es Diana! *Mon Dieu!*

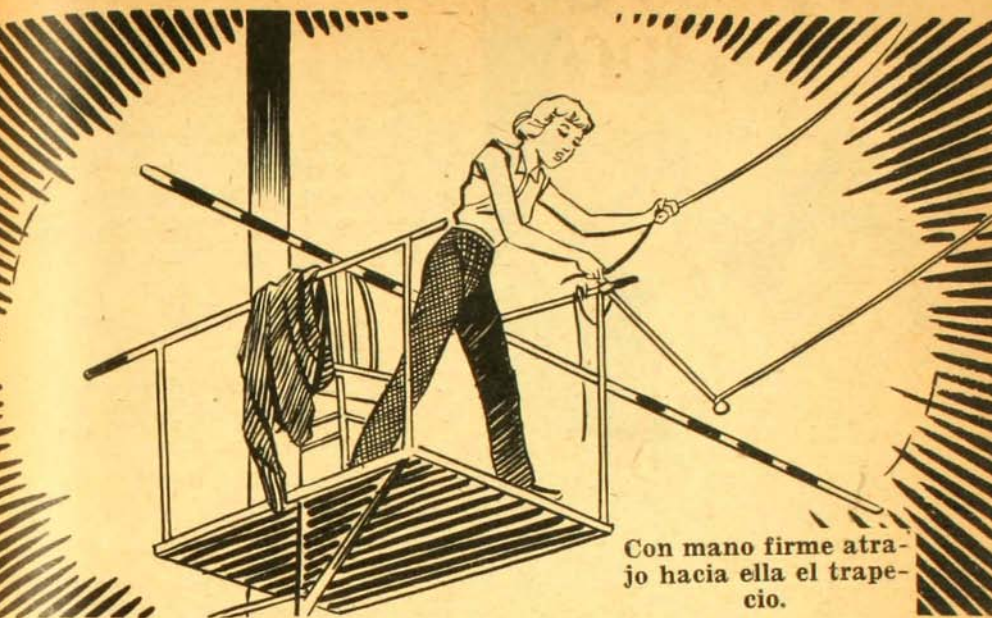
Durante cinco segundos más, la valiente Diana conservó su posición. Un estridente grito de Hugo la sobresaltó:

—¡Esa muchacha está loca! ¡Se caerá!

Un instante después la novel trapecista caía, junto con la silla y la vara de equilibrio.

—La asustaste, Hugo —protestó Mimí—. Por suerte la red está colocada. ¡Oh!, Diana, ¿por qué te arriesgas?

La rubia niña cayó sobre las sogas entretejidas y rebotó en ellas. Al oír su ahogado grito de dolor, Mimí subió rápidamente por la escala de cuerdas.



Con mano firme atrajo hacia ella el trapecio.

—¿Estás herida?

—Caí con la mano doblada y creo que la tengo dislocada. Pero no es grave. Intentaré otra vez.

—Más tarde —objetó la trapecista—. Ahora alguien debe examinar tu mano.

Se reunieron con Hugo, y él dijo burlonamente:

—¿Qué te ocurrió, Diana? Tal vez sufres ataques de sonambulismo, soñabas que eras una acróbata famosa y caminaste dormida hasta el trapecio.

Mimí, indignada, exclamó:

—¿Cómo puedes burlarte?

—No me burlo —dijo él, dulcificando su voz—. Mis palabras, aunque duras, pueden servir para que Diana renuncie a sus absurdas ideas. No me agrada verla en peligro. Si pudiera convencerla de que...

Se interrumpió, suspirando resignado.

—Es Diana —exclamó Mimí, aterrada.





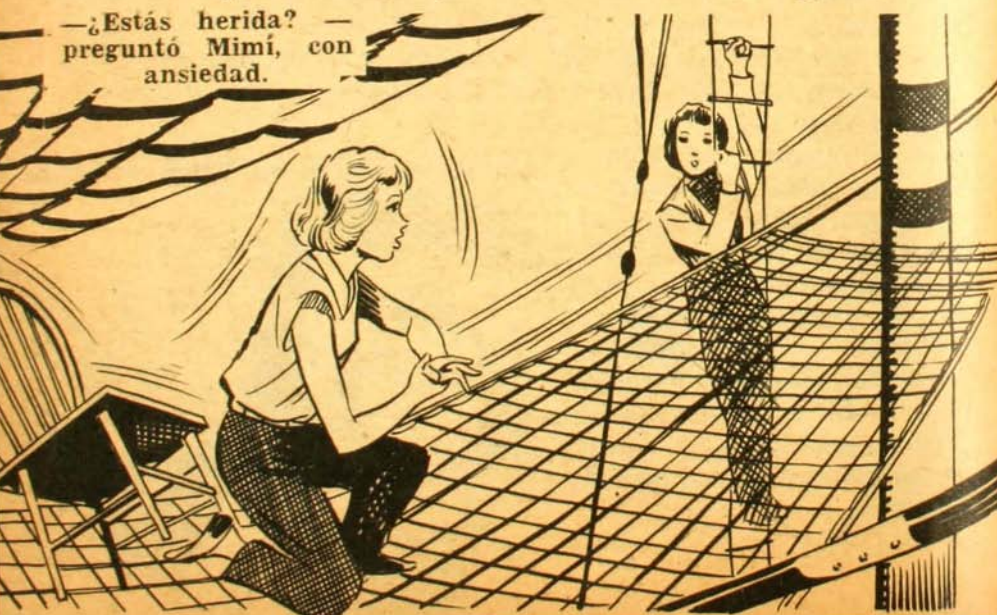
La novel trapezista
perdió el equilibrio al
oir el grito de Hugo.

y comprendas que tengo la razón, seremos excelentes amigos. Diana continuó en silencio. Si denunciaba las intrigas de Hugo para separarla de Mimí, todos pensarían que lo acusaba por envidia. Según la opinión general, Hugo era el compañero más indicado para la trapezista.

—Habla, mi pequeña —instó él—. Desahoga tu cólera. Quizás así te sientas más tranquila.

La ironía fulguraba en sus ojos azules. Su alta silueta parecía más

—¿Estás herida? —
preguntó Mimí, con
ansiedad.



—No me juzgues mal, Mimí —insistió—. Mi intención fue honrada. Los artistas de circo deben ser leales con sus compañeros. Deseo evitar a Diana no sólo una amarga desilusión, sino riesgos inútiles. Creí que agradecerías mi preocupación por tu amiga.

—Sí... la agradezco —murmuró Mimí.

A Diana no la engañaban las falsas palabras de Hugo. Fijó en él una mirada penetrante.

—No me guardes rencor —suplicó él—. Cuando reflexiones

arrogante que nunca. Hablaba con la condescendencia de un rey que consuela a una esclava. Diana creyó oír los sones estridentes de una banda de músicos resonando a espaldas del acróbata, como en el día que llegó al circo, vestido con una malla reluciente y una capa de airosos pliegues.

—Diana —susurró Mimí—. ¿Te sientes mal, querida? Vamos donde mamá Francisca. Ella te cuidará.

Diana se estremeció cuando Hugo, inclinándose sobre ella, dijo:

—Amiguita, permítame llevarla.

—¿En brazos? —interrogó una voz seca, mientras una figura estafalaria emergía de la penumbra.



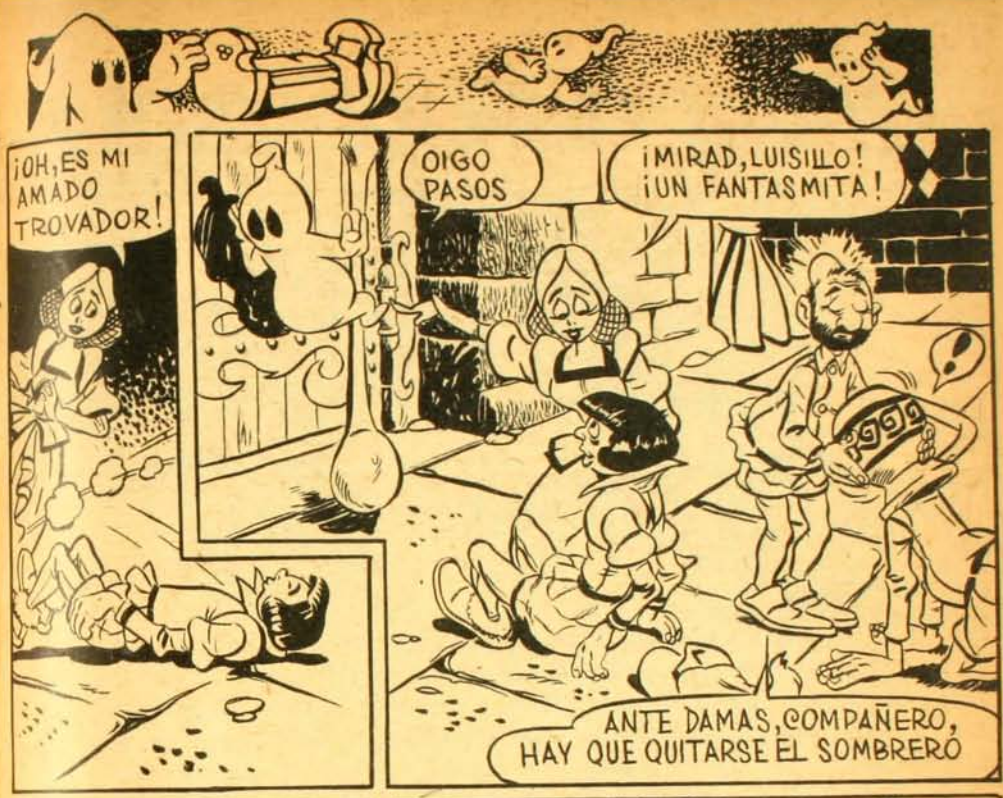
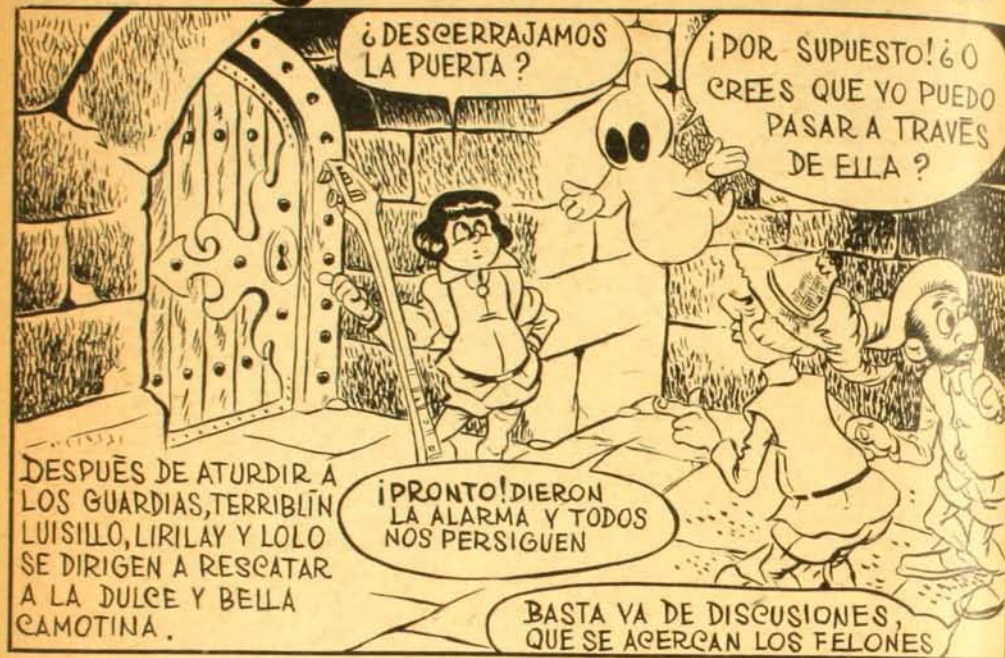
—Intentaré otra vez —decidió Diana.

(CONTINUARA)

—Mamá Francisca te vendará la mano — dijo Mimí.



El fantasmita



CONTINUARÁ



BUFA LO BILL

CAPITULO XVI.—TERRA PROHIBIDA....



1. Búfalo Bill, Hijo del Trueno, y los guerreros paunís se lanzaron contra los jinetes shoshones, acaudillados por Lobo Rugidor. Acudían a socorrer a la patrulla del general Custer. Se produjo una batalla descomunal. El detonar de las armas de fuego se mezclaba a los aullidos de odio.



3. No permitían siquiera el paso de caravanas por su territorio. Dominaban la región, y el que se atreviera a aventurarse en sus praderas o montañas desafiaba a la muerte. Cierta día una partida de colonos cruzaba la peligrosa comarca, guiada por el mestizo Malai. El colono Jonathan parecía inquieto.



2. Los bravos de Lobo Rugidor fueron derrotados. Por largo tiempo se impuso la paz. Por cierto que muchas tribus continuaban hostiles, negándose a pactar alianza con los rostros pálidos. Entre estos clanes el más temible era tal vez el de los indios bannoks, avezados guerreros.



4. Presintiendo una oculta amenaza, interrogó al mestizo: "—¿Estás seguro de que vamos por buen camino?". Malai, con un gruñido, repuso: "—Yo soy el guía, ¿verdad? Conozco el territorio palmo a palmo. Naturalmente que seguimos el camino apropiado". Un jinete apareció en la cumbre de una colina.

BUFAILO BILL



Les advertiré que están en peligro.



Vamos, Torbellino, a salvar a esos locos.

5. Era Búfalo Bill que, al avistar a los viajeros, exclamó: “—¡Truenos! Quienquiera que sea el conductor de esa caravana, es un loco de atar”. Espoleando a su caballo, bajó por la ladera. “Señales de humo —advirtió mientras cabalgaba hacia el valle—. Debo prevenir a esos imprudentes.”



Reconozco a ese jinete. Es Búfalo Bill.



No hay tiempo que perder. He visto señales de humo.

6. “—¡Alto!” gritó con voz imperiosa. Los vagones se detuvieron y Jonathan preguntó: “—¿Qué sucede?” Búfalo Bill dijo: “—¡Ignoran que éste es territorio bannok y que están en grave peligro?” Jonathan repuso: “—Nuestro guía nos aseguró que los indios de estas cercanías son inofensivos”.



Ese guía es cómplice de los indios.



¡Morirás, maldito!

7. Con una fría sonrisa, Búfalo Bill replicó: “—No es la primera vez que un guía traidor conduce a una caravana para que caiga en manos de los pieles rojas”. Con un salvaje alarido, Malai se abalanzó contra Búfalo Bill, puñal en mano. “—¡Morirás por esto, rata entrometida!” amenazó furioso.



Suelta ese cuchillo, Malai.




Esto es para que no estorbes nuestra defensa.

8. Con la velocidad de un rayo, la diestra de Búfalo Bill desenfundó el revólver. La bala hizo saltar el cuchillo de la cobriza mano del guía. En seguida un puño de hierro golpeó el rostro de Malai. “—¡Pónganse a cubierto! ¡Rápido! —ordenó después el explorador a los colonos—. ¡Vienen los indios!”

(CONTINUARA)

TRES AMIGOS en LA SELVA



RESUMEN: Roberto y Lina Mervil viajan en un barco con destino a Singapore, donde esperan ser recibidos por su padre. Otra pasajera es Marylin Paterson, hija del Rey del Caucho. Roberto se indigna al ver que un obeso chino maltrata a una chinita esclava y le castiga con una feroz bofetada. Se suscita una querrela y el chino amenaza a Roberto...

CAPITULO II.—El tío David.

Roberto Mervil era muy valiente, pero comprendía que se había colocado en una situación peligrosa, pues, como le dijera el comisario del barco, el obeso chino, a quien Roberto Mervil abofeteó, pertenecía a una asociación secreta muy poderosa.

Faltaban solamente algunas horas para desembarcar en Singapore, y esa noche el capitán del barco ofreció un baile a los pasajeros. Tratando de olvidar el molesto suceso de aquel día, Roberto, su hermana Lina y Marylin Paterson, danzaban y charlaban alegremente.

Sin embargo, Roberto disimulaba mal su inquietud, y Marylin le preguntó si sentía temor a las represalias del obeso chino.

Mientras el comisario del barco sujetaba a Roberto, el obeso chino corría tras el muchacho.

—Ninguna —dijo Roberto—; además, en el puerto nos esperan mi padre y el tío David.

—Nunca me habías hablado del tío David —observó la curiosa Marylin.

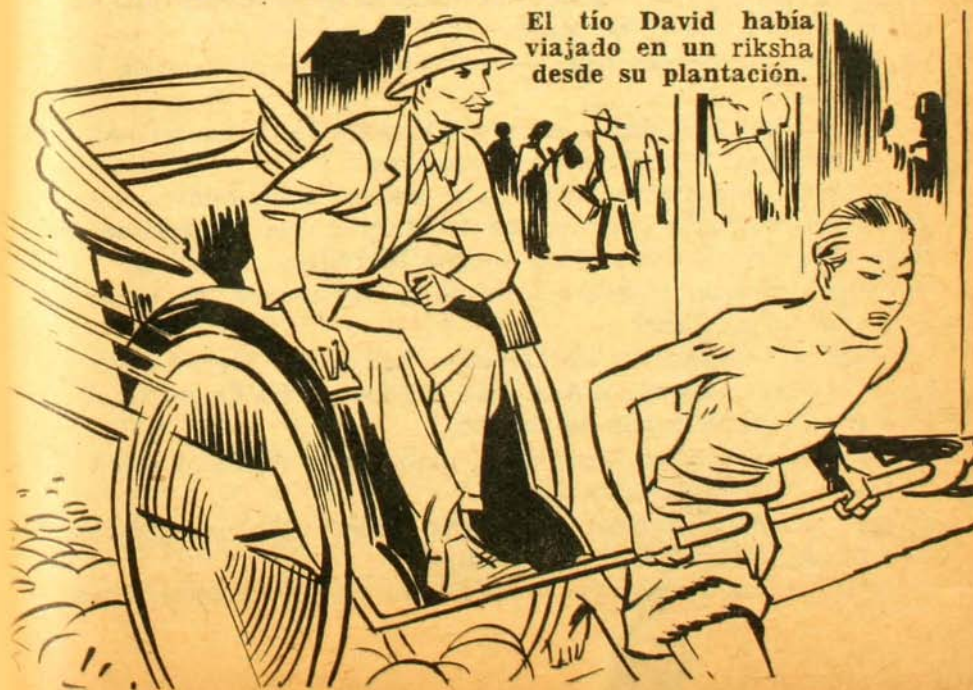
—Es un explotador de la selva —explicó Roberto—. Nosotros no le conocemos personalmente, pero todos los años recibíamos un regalo de Navidad en nombre del "Tío David".

—oOo—

En esos precisos instantes en que Roberto Mervil hablaba de su desconocido tío David, éste viajaba desde su casa en el interior de la selva para llegar a Singapore al arribo del barco inglés donde navegaban sus sobrinos Mervil.

David Taylor era un individuo alto, enjuto, de edad madura y tez bronceada por el clima malayo. Aguerrido en la lucha y en el trabajo, tenía un semblante duro cuya aspereza se dulcificaba cuando sonreía.

Mientras viajaba en el *riksha* que conducía un *coolie*, iba cavilando sobre el contratiempo que ocasionaba la ausencia de su primo Mervil, padre de los jóvenes viajeros.



El tío David había viajado en un riksha desde su plantación.

—Roberto y Lina sentirán gran pesar cuando no encuentren a su padre a la bajada del barco —suspiró el tío David.

Ya comenzaban a descender los pasajeros en el muelle de Singapore.

—Allá diviso a papá —gritó Marylin Paterson—. Tiene un nuevo automóvil. Miss Barclay, nos hace señales... Vienen dos criados a recibir nuestras maletas.

Roberto y Lina escudriñaban con ansiedad entre la multitud buscando a su padre.

—No lo diviso —gimió Lina—. ¿Qué vamos a hacer, Bob?

—No te agites, Lina; tal vez se ha retardado —dijo Roberto—. Bajemos... Ese chino obeso me ha mostrado los puños.

Iban bajando la escalera del barco cuando un señor alto y enjuto les gritó desde el muelle:

—Roberto, Lina, he venido a buscarles...

—¿Quién es usted, señor? —preguntó Roberto—. No le conocemos.

—Soy el tío David —dijo sonriendo Taylor y abrazando a sus sobrinos.

—¿Y papá por qué no ha venido? —interrogó Lina.

—La sociedad que él regenta le ordenó dirigirse a Australia cuando ya ustedes venían en viaje.

—¿Y qué será de nosotros? —murmuró Lina con los ojos llenos de lágrimas.

—Las avechitas sin nido —expresó David— se cobijarán bajo mi alero hasta que Mervil venga a buscarles.

Lina lloraba y Roberto inclinaba su cabeza tristemente.

De súbito oyeron la voz cariñosa de Marylin que, abriéndose paso entre la multitud, decía a sus amigos Mervil:

—Vengan, vengan, quiero que mi papá les conozca. ¿Qué ocurre? ¿Por qué lloras, Lina?

—Señorita —explicó el tío David—. Mi primo Mervil tuvo que partir apresuradamente a Australia. Yo soy el "tío David". Los llevaré a mis plantaciones de caucho.

—Bien, bien —indicó Marylin—, pero ahora vamos a saludar a mi padre y almorzaremos juntos.

En ese instante el comisario del barco inglés colocó su mano en el hombro de Roberto Mervil y le dijo:

—Usted no puede alejarse mientras no arregle el asunto con el

mercader chino. Piensa apresarle y allí viene corriendo con la pequeña esclava que usted prometió comprar.

—Yo creía que ese individuo se había aplacado —balbuceó Roberto muy confundido.

—¡Aplacado! . . . —exclamó el comisario—. Jura, grita y amenaza como un energúmeno. Mire cómo arrastra a la pobre chinita. En efecto, el obeso chino, con un ojo en tinta y la mejilla inflada, chillaba y alzaba sus brazos perorando en su idioma.

—¿De qué se trata? —preguntó el tío David.

El comisario le impuso de los sucesos del día anterior.

—Pero, señor comisario —expresó Roberto—, mi padre no está aquí y yo no tengo dinero para comprar a la chinita Tika.

Entonces intervino David Taylor, hablando en idioma chino con el obeso mercader. Tras de discusiones y regateos, David consiguió pagar por Tika cien dólares. Era un precio exorbitante por esta criatura flaca y escuálida, pero peor resultaría ir a los tribunales chinos. Lina cogió de la mano a la pequeña Tika, quien se apegó a ella como a su salvadora.

—La llevaremos a nuestra casa, —dijo el buen tío David—, y te servirá de camarera, Lina.

—Gracias, tío David —murmuró Lina—. Vamos a llevarla al hotel. La bañaremos y yo le compraré un traje nuevo. No llores más, Tika. Tu amita te protegerá.

La inglesa Miss Barclay se acercó muy azorada diciendo a Marylin que su padre se impacientaba.

—Vamos todos juntos —insistió Marylin—. Papá dice que nos aguarda en el Hotel Central.

Cediendo a las instancias de Marylin, los Mervil y el tío David se dirigieron al lujoso hotel de Singapore.

Un individuo corpulento, de vulgar aspecto y ceño adusto recibió a los amigos de Marylin. Tras ellos avanzó el tío David.

La pequeña esclava
Tika.



Los dos hombres se miraron a la cara con fiereza y tardaron un momento antes de estrechar sus manos en silencio.

Indudablemente eran enemigos.

Cortando el embarazoso silencio, David Taylor, dijo:

—Señor Paterson, la casualidad suele provocar encuentros extraños...

—Así lo pienso yo también —respondió el rico plantador de caucho.

—Vine en busca de mis sobrinos Mervil, y descubro que en ese mismo barco viajaba vuestra hija, y que estas dos niñas eran también compañeras de colegio.

—En efecto, así me lo ha explicado Marilyn —dijo el orgulloso Paterson.

—Llevaré por un tiempo a mis sobrinos a mi hogar, en la concesión —expresó David.

—¿No teme usted que esos niños se encuentren en peligro allá lejos? —preguntó Paterson—. Es verdad que yo también vivo en la selva, pero mi castillo está bien protegido y más distante de las aldeas de los chinos rebeldes. Sea prudente, David Taylor. La jungla tiene a veces terribles sorpresas.

—Gracias por el consejo, querido vecino —replicó irónicamente David Taylor—, pero yo también sé lo que debo hacer.

No queriendo prolongar más esa entrevista, a todas luces desagradable, David expresó que Lina deseaba hacer algunas compras en el comercio.

Lina condujo a la pequeña Tika al baño del hotel; luego la vistió con un quimono color rosa y peinó sus lacios y negros cabellos. La chinita estaba feliz, pero por ningún motivo quiso sentarse a la mesa con sus amos.

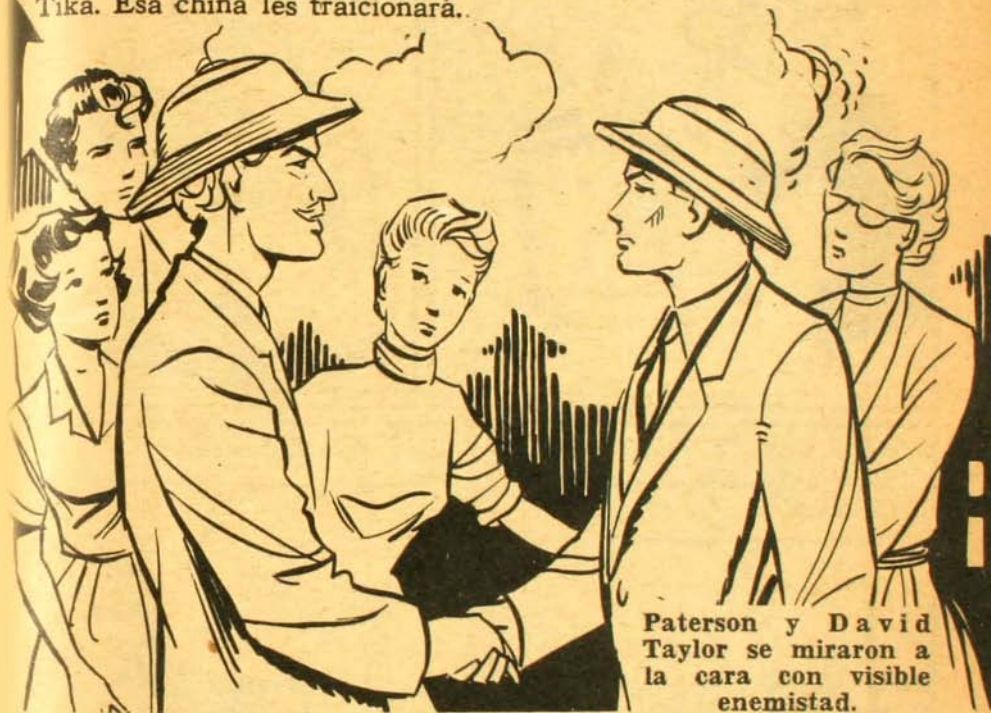
Entretanto, el magnate Paterson, que había pedido un comedor reservado, explicaba a la institutriz Miss Barclay sus nuevos deberes.

—Usted no debe abandonar, ni por un instante a mi hija Marilyn —le decía severamente.

ATENCION, LECTOR: SUSCRIBETE A "SIMBAD" Y RECIBIRAS PUNTUALMENTE EN TU DOMICILIO TU REVISTA PREFERIDA. ESCRIBE A EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A., CASILLA 84-D
Sección Suscripciones, o llama al teléfono 391101.

—¿De qué peligros hablabas, papá, con el señor Taylor? —preguntó la niña.

—La selva tiene siempre peligros, hijita —declaró Paterson—, pero en nuestro recinto fortificado estarás libre de todos ellos. No puedo decir igual cosa del rancho en que vivirán tus amigos Mer-vil. Taylor es un chiflado. No comprendo cómo se hace cargo de esos dos niños, y además de ese arestinamiento mono que llaman Tika. Esa china les traicionará.



Paterson y David Taylor se miraron a la cara con visible enemistad.

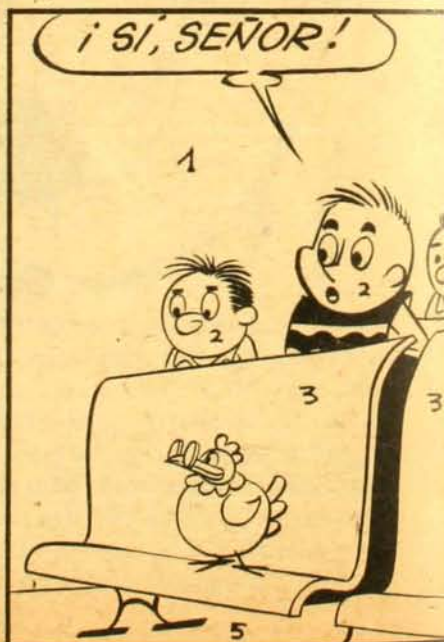
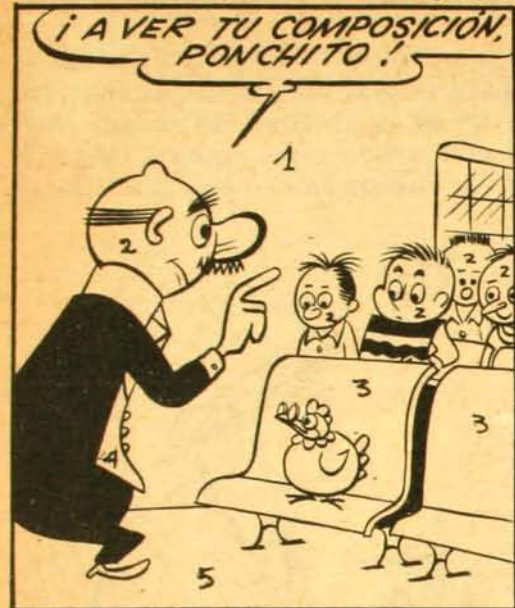
—Qué duro, eres con el señor Taylor, papá —suspiró Marylin—. Yo le encuentro tan simpático y creo que seremos muy buenos vecinos...

—Guarda tu simpatía para otra persona que no sea el enemigo de tu padre —exclamó furioso Paterson.

—¿Enemigo? —preguntó Marylin—. ¿Cómo se comprende que siendo ambos plantadores de caucho vecinos, hablando el mismo idioma y siendo de la misma raza, puedan ser enemigos en medio de la selva, donde sólo habitan salvajes?

(CONTINUARA)

Ponchito



Estos dibujos son hechos especialmente para colorear:

1. amarillo; 2. rosa; 3. rojo; 4. verde; 5. azul,



CAPITULO I.—
*Prisioneros en la
isla.*

Después de naufragar, Ives el Lobo fue recogido por unos isleños que le condujeron a tierra. Desde el muelle contempló su barca. Envuelta en llamas, parecía una antorcha agitada por el mar. Extraños salvadores aquellos, que incendiaban las naves de los náufragos.

LOS GUARDIANES ~ DEL ORO ~

Asombrado, traspuso una puerta abovedada. Rechinó detrás de él la reja al ser bajada. En un extenso patio varias puertas se abrieron para dar paso a numerosos hombres encadenados. Los prisioneros se replegaron contra las murallas. Luego desfilaron para recoger su comida de un gran caldero. Parecían bien nutridos. Algunos pidieron más raciones, y mientras las devoraban



Vio un patio desierto,
con puertas enrejadas.

hablaban animadamente entre ellos. Sus guardias les vigilaban sin severidad ni recelo, terciando a veces en las conversaciones.

Sin comprender aquella familiaridad con los presos ni el aspecto satisfecho de éstos, Ives interrogó a uno de los isleños que le escoltaban. El se limitó a sonreír y a levantar los hombros en un gesto de indiferencia.

¿Cómo era posible que aquellos hombres sin libertad, que acababan de emerger de una oscura ratonera, pudieran resignarse tan alegremente a su cautiverio? Dirigiéndoles una última y atónita mirada, Ives prosiguió su camino. Minutos después llegaba a una sala donde un hombre corpulento y bonachón se precipitó a recibirlo.

—Venid, forastero —le invitó, conduciéndole a la cocina. Allí le sirvió platos abundantes y bien preparados. Ives comió en silencio, cada vez más intrigado. No comprendía a los habitantes de la isla ni lograba captar sus intenciones. Debía mantenerse alerta.

Masticaba pensativamente un trozo de venado, cuando otro huésped fue introducido con modales algo rudos. Era un doncel moreno,

El isleño no respondió a las preguntas de Ives el Lobo.

Dirigió una última y atónita mirada a los extraños prisioneros.





Ives comía en silencio, manteniéndose alerta.

de cuerpo ágil, delgado y escurridizo, mirada burlona y una sonrisa que bien podía interpretarse como un insulto. Se desprendió de los guardias, asestándoles sonoras palmadas, y acercándose a la mesa contempló extasiado los manjares.

—Dejadle comer —indicó el cocinero, con una mueca indescifrable.

Los guardias se mantuvieron aparte, sin castigar al insolente mancebo. La frase: "Dejadle comer". les calmó, como si no fuera una invitación cordial, sino un anticipo de futuras venganzas.

Ives advirtió la reticencia de esas palabras, pero el doncel de atezado rostro y renegridos cabellos no se preocupó mayormente. Una detrás de otra quedaron vacías todas las escudillas que estaban a su alcance.

Cuando sació su hambre se limpió los labios con el reverso de la mano y dijo a Ives:

—Mi nombre es Rilo. Algunos dicen que soy un trovador. Otros juran que soy un pícaro redomado. La verdad es que recorro tierras ganándome la vida con las notas de mi laúd, la velocidad de mis piernas o la rapidez con que puedo pensar en un momento de apuro. ¿Quién eres tú?

—Ives el Lobo.

Un destello de admiración pasó por aquellos ojos burlescos.

—Como buen bardo, no puedo ignorar tu nombre. Canto proezas y gestas de héroes. Las prefiero a las lánguidas trovas de amor. Es un orgullo estar cerca de ti... , aunque sea para caer prisionero.

—¿Prisionero? ¿Crees que nos detendrán aquí?

—¿Por qué no? Los hombres de la Hanse deben tener cadenas a la medida de nuestros tobillos.

—La Hanse... —murmuró Ives, intrigado—. ¿De qué hablas?

—De una organización formada por los puertos más ricos de la

costa norte. Sus factorías se extienden desde el cabo de Inglaterra a la lejana Novgorod. La Hanse es poderosa y defiende a sus flotas contra los que envidian sus riquezas, sean reyes o piratas.

—No comprendo por qué puedan capturarme a mí. No soy un mercader codicioso ni un ladrón del mar —dijo Ives.

—¿Y crees que yo lo soy? —rió el trovador—. No me interesan los barcos ni las islas repletas de oro. Sin embargo, aquí estoy.

El cocinero miraba complacido la mesa limpia. Recogió los platos y su mirada se cruzó con la de los guardias. Estos se acercaron y



Con un gesto, los hombres rubios indicaron a Ives y a Rilo que les siguieran.

con un gesto invitaron a ambos donceles a seguirlos.

—¿A dónde? —preguntó el Hijo del Lobo.

Los hombres rubios, altos y silenciosos, no contestaron. Esperaban, seguros de ser obedecidos.

—Vamos —dijo Rilo—. Tal vez hallemos a alguien que quiera darnos una explicación. Quizás...

Con un suspiro añadió:

—Confío que me devuelvan mi laúd, si no lo han lanzado al mar.

(CONTINUARA)

GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

\$ 300.000.-

PREMIOS MAYORES: DOS BICICLETAS, RADIOS, PELOTAS DE FUTBOL, PATINES, BLUEJEANS, JUEGO DE LUDO, LOTERIA, JUGUETES VARIOS, JARDINERAS, MUÑECAS, LAPICERAS FUENTES, PORTADOCUMENTOS, CINTURONES, PISTOLAS DE JUGUETE, PREMIOS EN DINERO, BOLSAS CON BOLITAS y muchos premios más. Para obtener cualquiera de los objetos enumerados, sólo tendrás que juntar los cupones que aparecen semanalmente al pie de esta página. Por cada serie de CINCO cupones numerados de 1 a 5 obtendrás un BOLETO para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" EL 17 DE DICIEMBRE PROXIMO.



Y AHORA, LECTORES, A JUNTAR MUCHOS BOLETOS PARA GANAR ALGUNOS DE LOS REGALOS QUE "SIMBAD" OFRECE EN ESTE GRANDIOSO SORTEO DE NAVIDAD.

¿LO SABES TU?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:

¿Cuál es el nombre indígena de la Isla de Pascua?



Solución a "SIMBAD" 322. El estrecho de Magallanes fue descubierto el 1.º de noviembre de 1520.

Entre los niños que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes nombres: CON CINCUENTA PESOS: María Cristina Recart, Curacautín; María E. Candía, Puente Alto; Ricardo Oliva, Cañete; Saturnino Muñoz, Curicó; Guillermo López, Santiago; María Luz Luna, Santiago; Rosa Róling, Los Angeles; Norath Jara, Chillán; Carlos Miranda, Santiago; María Moreira, Curicó.

SUSCRIPCIÓN TRIMESTRAL: Julián Olalde, Chillán; J. Gutiérrez, Victoria; Dora L. Nieto, Santiago; Rolando Matus, Los Alamos; Angélica Espinoza, Santiago; María L. Chamorro, Concepción.

UN LIBRO: Jorge Rojas, Viña del Mar; Víctor Opazo, Concepción; Inés Orrea, Santiago; Elena Palomino, Valparaíso; Ernesto Díaz, Santiago; Dalicio Sepúlveda, Talca; Balbi Arriagada, Curepto; Orlando Amaro, Santiago; Zoila Fernández, Zapallar; Lía Chenquelof, Lautaro. Los niños de Santiago pueden pasar a retirar sus premios, diariamente, de 10 a 13 horas, en Avda. Santa María 076, 2.º piso. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Cupón N.º 1 - Serie N.º 3
GRAN SORTEO DEL

26 de mayo

Cupón N.º 1 - Serie N.º 3
16 de noviembre de 1955

CUPON DEL
CONCURSO
Semanal

SIMBAD N.º 324



3. Kim se apoderó del perrito y se alejó a grandes saltos, pero sin sacudir al herido. La dueña de Tati lloraba y su padre advirtió: “—No te muevas de aquí, Juanita. Detendré a ese malvado perro”. Kim era mucho más ágil y veloz que el granjero y muy pronto se perdió en la distancia.



4. El valiente Kim no se detuvo ni siquiera ante el río. Cruzó las correntosas aguas. Dos colonos que navegaban en una canoa quedaron asombrados al verlo nadando con un cachorro en su hocico. Finalmente Kim encontró a los que buscaba: el doctor Fred y su ayudante, que curarían a Tati.

(CONTINUARA)



Simbad

N.º 325

\$ 20.-



ELENA POIRIER

KIM



CAPITULO XX.— KIM ENCUENTRA A SU DUEÑA.

1. El doctor Fred y su ayudante entablillaron la patita quebrada de Tati. Luego el veterinario colocó en el collar de Kim una nota con indicaciones para seguir atendiendo al herido. “—Ahora puedes irte —dijo a Kim—. Tu hermanito está fuera de peligro.”



2. Juanita y su padre quedaron atónitos cuando Kim regresó con Tati. Leyeron el mensaje con el tratamiento que debía darse al perrito. “—Eres maravilloso —exclamó la niña, abrazando a Kim—. Sería muy feliz si te quedaras con nosotros.” Pero Kim no olvidaba a su amita Alicia Landy, y esa noche soñó con ella.

(Continúa en la penúltima página.)



El país de las maravillas

CAPITULO XV.

—Claudio se convierte en rata.

Muerto el príncipe Kovna por la espada invencible de Claudio de Carelia, y raptada Maritza por un grupo de bandidos, el séquito nupcial quedó deshecho y todos los servidores salieron en busca de la princesa desaparecida.

Claudio descubrió cerca del sitio donde se hallaba la vacía carroza, una caverna.

Valientemente el joven se introdujo en aquel antro de forajidos. En efecto, aquella caverna

era la guarida de los bandidos que habían saqueado el séquito de la princesa Maritza y allí habían ocultado los tesoros robados. Terminaban de almacenar el rico botín, cuando el príncipe Claudio entró en la caverna.

En cortos instantes su espada invencible puso fuera de combate a varios bandoleros. En seguida, colocando la punta de su espada en la garganta del jefe, le preguntó con tonante voz:

El capitán de los bandidos juró que ellos no habían capturado a Maritza.



Año VII - 23-XI-1955 - N.º 325

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane)

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual \$ 60. Semestral: \$ 30.

Subscripción en el extranjero: Anual: US\$ 2,10. Semestral: US\$ 1,05.

Recargo por vía certificada: Anual: US\$ 0,20. Semestral: US\$ 0,10.

—¿Dónde está la princesa? ¿Qué habéis hecho de ella?

—Misericordia, noble señor —respondió el capitán de bandidos—. Nosotros no hemos raptado a la princesa. Ignoro dónde se encuentra.

—Mientes —rugió el príncipe Claudio.

—No, señor —dijo el bandido—. Mi intención era aprisionarla a fin de obtener por ella un fuerte rescate; pero cuando nos aproximamos a su litera, ya no estaba allí la noble princesa.

—¿Quieres decir que había desaparecido? —interrogó Claudio—. Mientes, facineroso... Te cortaré la lengua..., te sacaré los ojos...

—Por mi lengua, por mis ojos, por todo lo que más aprecio en el mundo —respondió el bandido—, le juro que la princesa desapareció cómo por encantamiento, y con ella sus cisnes y sus palomas. Perdónanos, señor, y os devolveremos las riquezas que sustrajimos al séquito del príncipe Kovna. Pero os repito que la princesa no está en la caverna.

—¿Y de qué me sirven todas las riquezas del mundo —exclamó Claudio—, si es a la princesa Maritza a quien yo busco?

Sin preocuparse de los peligros que le amenazaban, el príncipe Claudio se internó por un sombrío túnel, y, escudriñando todos los vericuetos de la caverna, llegó hasta un inmenso subterráneo poblado por enormes ranas, tortugas gigantes y hambrientos ratoncillos.

Desafiando a aquellos bichos repugnantes, el príncipe Claudio se acercó a ellos y les preguntó si habían visto pasar a la princesa Maritza.

Como recuerdan nuestros lectores, en los tiempos de esta narración, los hombres entendían el lenguaje de los animales y se comunicaban con ellos en todo momento.

Las ranas y las tortugas fingieron no oír su súplica, y se burlaron del joven.

Sólo una ratita blanca tuvo piedad del desdichado príncipe, y se acercó a sus piernas.

—Ratita blanca —murmuró Claudio—, tú no eres tan vil y venenosa como esos batracios y reptiles. Ten piedad de un desgraciado. ¿Has visto a la princesa Maritza, linda ratita?

La ratita sonrió y musitó:

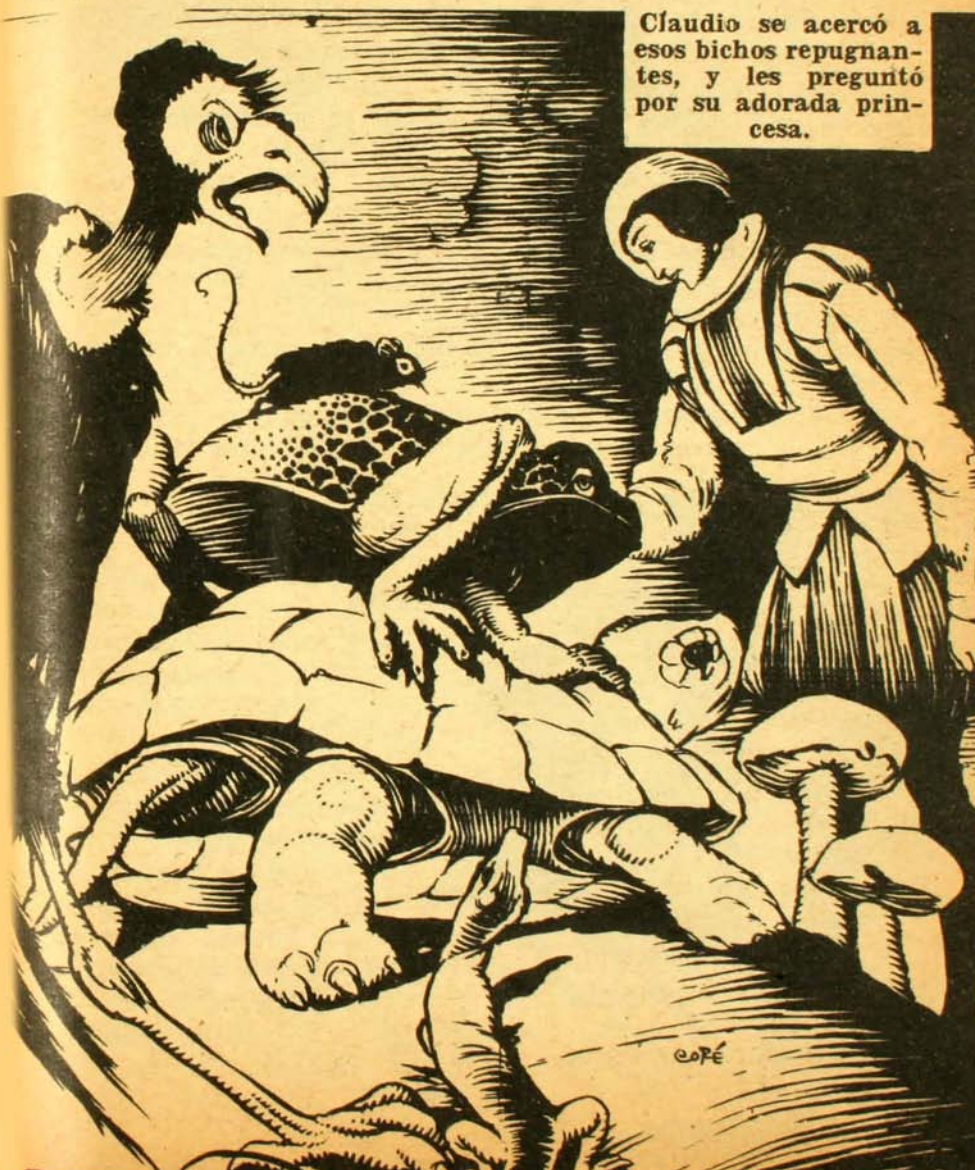
—Cui..., cui..., cui...

Y, mordiendo un tobillo del príncipe, le indicó un rincón del subterráneo.

Como la brecha que indicaba la rata era muy pequeña, Claudio volvió atrás, pero el animalito le instaba a seguir.

—¿Cómo paso? —preguntó Claudio—. El agujero es muy pequeño para mi cuerpo.

Claudio se acercó a esos bichos repugnantes, y les preguntó por su adorada princesa.



Como la ratita volviera a insistir, el príncipe exclamó enloquecido:

—Partiré con mi espada esta roca, aunque el acero se quiebre. Pero la roca resistió a la dura espada, y la ratita continuaba gritando:

—Cui... , cui... , cui... .

El príncipe en el colmo de la desesperación evocó al hada Fidelia.

—Oh, buen hada, hazme semejante a este animalito para poder traspasar la roca y llegar junto a mi adorada princesa.

Apenas formuló tan imprudente deseo, el príncipe se sintió disminuir.

“He sido un loco —pensó arrepentido—. ¿Cómo podré salvar a Maritza convertido en rata?”

Pero ya su cuerpo se transformaba, y sólo tuvo tiempo para colocar entre sus dientes la esmeralda en forma de hiedra que el hada Fidelia le había obsequiado.

Ya convertido en un ratoncillo blanco, el príncipe atravesó la brecha.

“No tendré fuerzas —se dijo el príncipe-ratón—, pero el hada Fidelia me protegerá, y estoy seguro de que al fin venceré.”

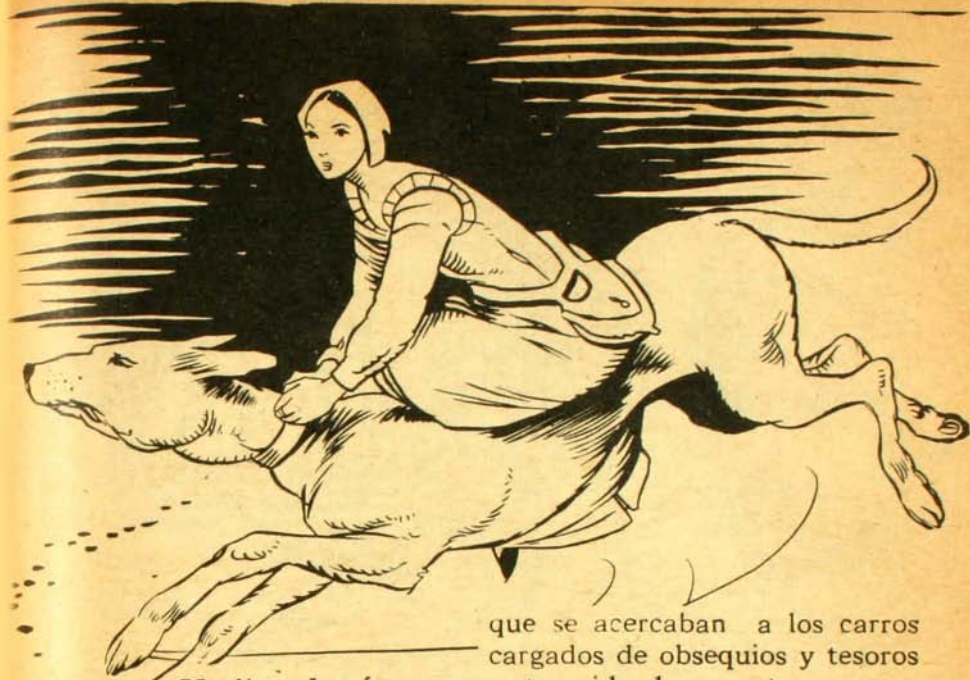
La dura roca resistió a la espada y la ratita seguía chillando.



Entretanto veamos qué suerte había corrido la princesa Maritza, tan misteriosamente desaparecida de la carroza dorada.

Cuando Maritza envió al viejo escudero a saber noticias de lo que ocurría en la vanguardia del cortejo, quedó con la cabeza fuera de la carroza y escudriñando el camino.

De pronto divisó a un grupo de bandoleros



Maritza huyó montada sobre el lebel Mirko.

que se acercaban a los carros cargados de obsequios y tesoros y, transida de espanto, murmuró:

—Esos bandidos van a raptarme.

No lo permitiré... Prefiero quedarme para siempre con el príncipe Kovna.

Recordando al hada Fidelia, la invocó en su angustia.

—Oh buen hada Fidelia, líbrame de estos bandidos.

Al punto los cisnes, las palomas y los lebreles se agruparon a su alrededor, y el lebel Mirko le dijo:

—Sube sobre mi lomo, princesita. Aún podemos huir sin que nos sorprendan los bandidos.

Y la princesita huyó montada sobre el lomo del lebel Mirko, mientras los bandidos saqueaban el cortejo del príncipe Kovna.

Por lo tanto, era verdad lo que los bandidos habían declarado al príncipe Claudio. Ellos nada tenían que ver con el rapto de la princesa Maritza ni ella se encontraba en las cavernas de los salteadores.

Maritza, seguida de sus lebreles, cisnes, palomas, pavos reales y otras aves amigas, iba camino de las montañas, buscando refugio en ellas.

(CONTINUARA)

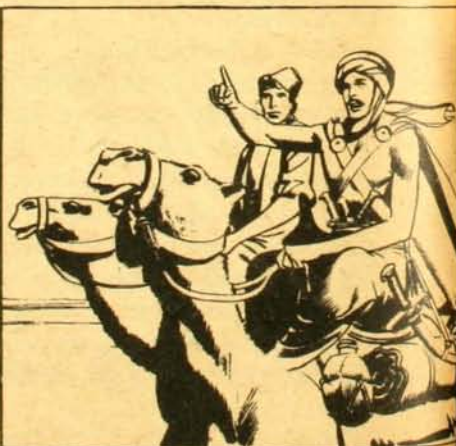


EL BURLADOR

CAPITULO XVI. — I



1. Nasdine Hodja dijo a Harum: "—El gran visir es bizco. Leyó mal el mensaje y cree que el asalto será en el cuarto oasis. De todos modos está sobre aviso, y, o ha desviado su ruta, u os prepara una celada." Harum decidió: "—Mis camellos le darán alcance. Vamos."



2. El gallardo árabe y sus hombres montaron en sus rápidos "meharis", camellos del desierto. Las veloces pezuñas parecían volar sobre la arena, mientras en el gibado lomo los jinetes se balanceaban. "—Nos llevan casi un día de ventaja —observó Harum—. Quiera Alá que les alcancemos antes de la noche."

DE ORIENTE

MONTAÑA DE FUEGO



3. La caravana avanzaba a gran distancia. El gran visir, ignorando que eran perseguidos, no ordenaba apresurar el paso. Lánquidamente marchaba la escolta de la princesa Yamila. Inmóvil en su palanquín, la princesa oriental meditaba con tristeza en el sombrío destino que la aguardaba.



4. "—¿Pensáis en vuestro prometido, el poderoso emir de Ankar?", preguntó el gran visir. Yamila desvió el rostro para que el cruel visir no viera sus lágrimas. Nunca más se encontraría con Harum, ni Michli, ni los valientes aventureros que yacían bajo el inclemente sol, enterrados en la arena.



EL BURLADOR

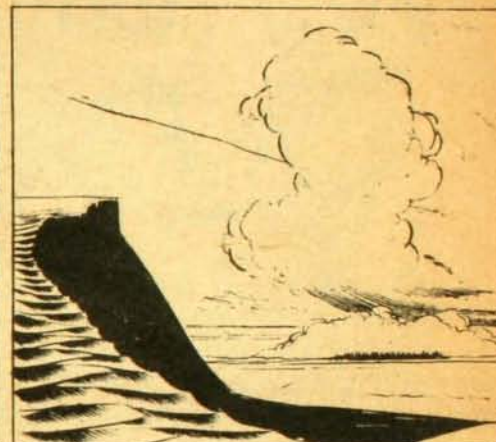


5. Si Yamila hubiera visto a los rápidos jinetes que atravesaban las dunas, habría sonreído de felicidad. Harum dijo a sus compañeros: "—Allá se divisa el tercer oasis. En él nos espera el resto de mi brigada." Con la voz entrecortada por el galope de su camello, Mechub gimió: "—Y seguiremos cabalgando"...



6. Los cincuenta hombres que acechaban desde la vispera el paso de la caravana, salieron al encuentro de su joven jefe. Este dijo a un hombre de fiera sonrisa: "—Azam, la caravana eligió otro camino y se dirige hacia el norte. La atraparemos en la Montaña de Fuego. No hay tiempo que perder."

DE ORIENTE



7. En total, eran cien hombres combativos y audaces que se lanzaban contra una caravana protegida por guardias, y a la cual acompañaban centenares de servidores y mercaderes. La cabalgata levantaba una verdadera tempestad de arena. Nasdine Hodja y Mechub se miraban entre compungidos y alegres.



8. Estaban encantados con la aventura, pero comprendían también que era peligrosa. Mientras tanto, el gran visir decía complacido: "—Hemos burlado a esos bandidos y llegaremos sin novedad a Ankar. Estamos cerca de la Montaña de Fuego. Allí acamparemos, lejos del romántico Harum."

(CONCLUIRA)

DUVALES EN el CIRCO



CAPITULO XII —La propaganda del gran Hugo.

Cuando el petulante Hugo se disponía a alzar en sus brazos a Diana Marcy, una voz agresiva preguntó:

—¿Qué papel quiere representar el gran Hugo? ¿Héroe galante o nodriza tierna? Runrún, el payaso, había surgido de la penumbra. A través de la máscara, sus ojos tenían una expresión hostil.

—Parece que todos madrugaron hoy —dijo el rubio acróbata—. Y Runrún, con su traje y su careta de payaso, dice frases graciosas.

Mimí, advirtiendo que la cólera se encendía en la mirada de Runrún, intervino:

—Por favor, piensen en Diana. Está herida.

—Una torcedura. No es grave —indicó la niña, que había olvidado su dolor ante la extraña conducta del payaso. Runrún era tranquilo y gentil. Reía y hacía reír. Los niños lo adoraban, prefiriéndolo al tony Lechuga. En ese momento aparecía como un personaje áspero, dispuesto a reñir y ansioso de propinar una paliza al sonriente rey del trapecio.

—Vamos, Runrún —murmuró, atemorizada.

El payaso la condujo al carromato de Francisca.

—Te esperaré aquí —dijo, deteniéndose junto a la escalera. Hugo también se instaló allí, dirigiendo miradas de superioridad a Runrún, que ni siquiera parecía advertir su presencia.

Francisca, luego de vendar la mano de Diana, advirtió:

—Es una torcedura seria y por varios días debes mantenerte alejada de los trapecios.

Mimí Duval exclamó:

—Eso quiere decir que trabajaré por un tiempo con Hugo. Es una lástima, pero no nos amargaremos, ¿verdad, Dianita?

Escrutaba con ansiedad el pálido semblante de su amiga. Ella trató de sonreír.



—Es una torcedura seria —dijo Francisca, vendando la mano de Diana.

—Magnifique! —gritó la francesita alborozada—. Me gusta que seas valiente. Vamos. Gracias, mamá Francisca.

Cuando dieron la noticia a Runrún, éste respiró, aliviado, mientras Hugo se erguía, orgulloso y triunfante.

—El descanso te servirá mucho, pequeña —dijo a Diana—. Y yo tendré la oportunidad de lucir mi destreza y mi agilidad junto a Mimí Duval, la estrella del circo.

Más tarde, el empresario Libor decidió:

—Te dedicarás exclusivamente a los elefantes, Diana. Hugo ocupará tu lugar junto a Mimí. Será un buen cambio.

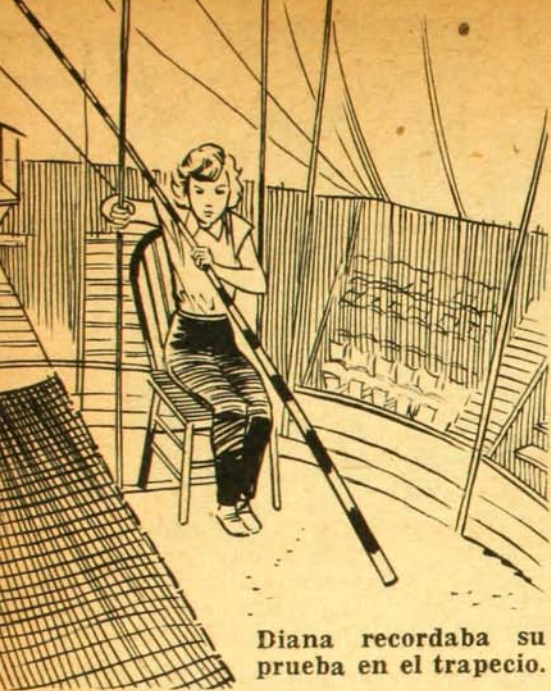
Sin que nadie lo advirtiera, Hugo se dirigió a una imprenta de la ciudad.

—Quiero que me imprimen un cartel. Se trata de un trabajo urgente. Deseo que lo envíen al circo, a mi nombre, con la orden de que me sea entregado personalmente.

Mientras tanto, Diana vagaba desorientada entre los carromatos, carpas y jaulas. Se sentía obsesionada por la idea de intentar por segunda vez la prueba en el trapecio. Había fracasado,



—Imprima este cartel —ordenó Hugo.



Diana recordaba su prueba en el trapecio.

visible, un cartel de brillantes colores, que anunciaba: "*Sensacional presentación del GRAN HUGO y MIMI DUVAL en el trapecio volador*".

Su enemigo había ordenado la impresión de ese afiche. El sentimiento de que Hugo terminaría por derrotarla, oprimió su corazón.

Observando el nombre de Mimí, reflexionó:

pero confiaba en obtener la victoria, si perseveraba en los ensayos. El estridente grito de Hugo la turbó en su primer intento, y entonces sufrió aquella caída. Pero educaría sus nervios, hasta dominarlos por completo.

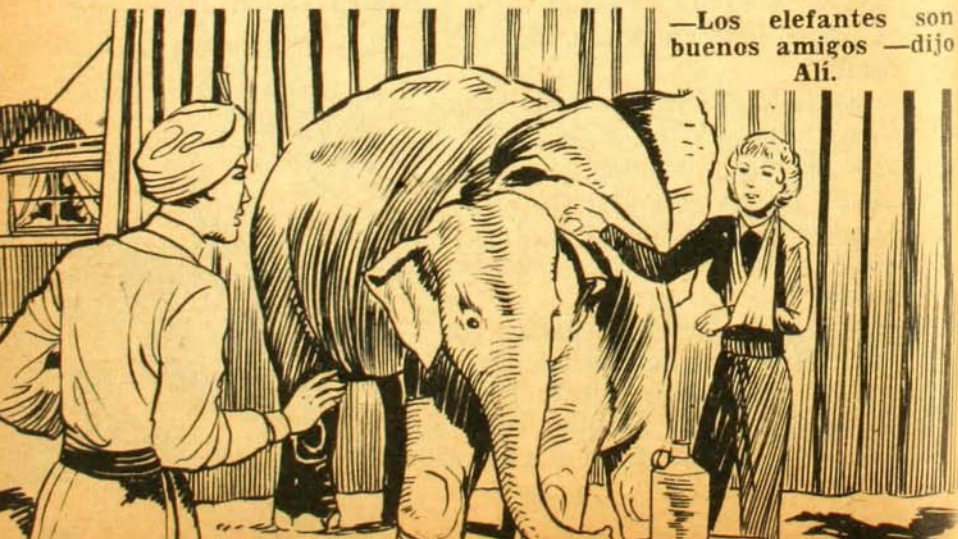
La cálida voz de Alí interrumpió sus cavilaciones:

—Los elefantes son buenos amigos. No te entristezcas, Diana.

Ella sonrió, conteniendo las lágrimas.

Minutos después regresaba al carromato. Allí descubrió, extendido y notoriamente

—Los elefantes son buenos amigos —dijo Alí.



“Quizás ella se alegre de que Hugo la acompañe. Como acróbata, es admirable, y forman una pareja perfecta. Mimí no lo dice por no herirme”...

Una voz alegre preguntó: —¿Siempre triste y alicaída? ¿No quieres reaccionar? Una vez ofrecí traerte a los payasos y tonis para que te alegraran. Ahora no sé...

Una expresión de picardía cruzó por los ojos de Mimí al añadir:

—Runrún, por ejemplo, no es el payaso apropiado para espantar tu melancolía. Lo noto abatido y nervioso. Lo tienes hechizado. La rubia niña no contestó. Mimí proseguía:

—Es un joven agradable. ¿Lo has visto sin sus pinturas grotescas? Sin narizota, ni máscara, ni pelucas, es apuesto. Sus amplios trajes de payaso ocultan una figura...

Silbó con alegre entusiasmo.

—El gran Hugo, con toda su vanidad, queda chico al lado de... A propósito del rey, ahí veo su nombre. ¿Dónde encontraste ese cartel, Diana?

—Estaba aquí. Pensé que tú lo conocías.

—No. ¿Así es que el GRAN HUGO, antepuesto a la pobre Mimí Duval? ¿Quién lo mandó imprimir? ¿Libor, o..., el propio interesado?

Con una graciosa reverencia, exclamó:

—Saludo al gran trapeceista volátil. Mientras tú sanas de tu mano, será divertido trabajar con él.

(CONTINUARA)



La niña leyó el cartel.

—:Oh!, el GRAN HUGO —suspiró Mimí, burlonamente.



El fantasmita

MI ADORADA CAMOTINA DIJO A LOS SOLDADOS QUE NO ESTÁBAMOS OCULTOS AQUÍ. POR EL MOMENTO NO HAY PELIGRO.



EL FANTASMITA SALE A RECORRER EL CASTILLO PARA VER SI HAY POSIBILIDADES DE HUIR Y SORPRENDE UN PLAN DE RICOTE EL DEL BIGOTE

HAY UNA MANERA DE AUMENTAR NUESTRAS RIQUEZAS



VACIAREMOS NARCÓTICO EN LOS POZOS Y CUANDO LOS CAMOTIENSES DUERMAN, RECOGEREMOS TODO EL ORO QUE GUARDEN



¡JE, JE! NO SERÍA MALA IDEA QUE EL MARQUÉS TAMBIÉN SE DURMIERA...

COMO QUE SOY HIJO DE TERRIBLÓN, IMPE DIRÉ TAL FELONÍA



TERMINADA LA MERIENDA, IREMOS A LA CONTIENDA

¡OH, QUÉ MIEDO! UNA BATAJLA

¡ALERTA! LOS MORDADORES DEL FEUDO ESTAN EN PELIGRO

TERRIBLÓN COMUNICA A SUS AMIGOS EL SINISTRO PLAN DE RICOTE



ESTOY DISPUESTO A SALVAR A LOS VASALLOS DE MI CAMOTINA, PERO... ¿CÓMO SALDREMOS DEL CASTILLO?



MIENTRAS TANTO LOS MALVADOS SE ALEJAN...

CONTINUARÁ

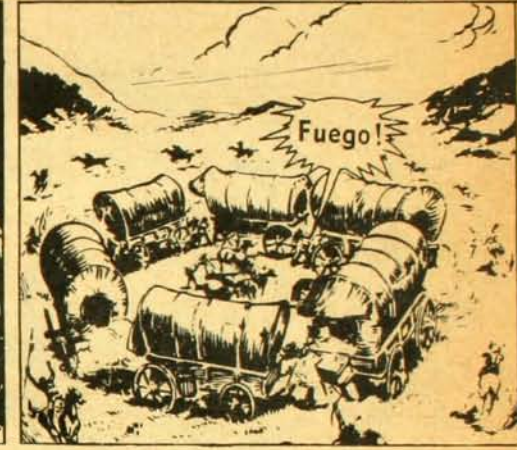


BUFALO BILL

CAPITULO XVII.— LA VENGANZA DE LOBO CORREDOR



1. El mestizo Masai guió traidoramente a una caravana de colonos a través del territorio bannok. Búfalo Bill, comprendiendo el peligro que les amenazaba, derribó de un golpe al guía, y gritó: "—¡Ya vienen los indios! Coloquen los carromatos en círculo. Al centro los caballos."



3. Búfalo Bill señaló: "No disparen hasta que el enemigo empiece a correr en cerco." Minutos después abría el fuego contra los guerreros. El humo de la pólvora se mezcló a las nubes de tierra levantadas por los cascos de los caballos.



2. La voz tranquila y poderosa del explorador evitó que el pánico se apoderara de los colonos. Obedecieron con rapidez, mientras los indios, como una aullante legión de demonios, se precipitaban por las laderas. El jefe, Lobo Corredor, gruñó: "—Masai dijo que les hallaríamos desprevenidos. ¡Perro traidor!"



4. Cuando Lobo Corredor reconoció a Búfalo Bill, su corazón se estremeció de cólera. "—Es él quien ha organizado la defensa de los rostros pálidos —masculló furioso—. ¡El Gran Manitú le maldiga!" Disparó contra el explorador, pero no logró herirlo. Un terror supersticioso dominó a sus guerreros.



BUFAILO BILL



Se han ido. No se fie, Jonathan. Volverán.



Me reuniré con los bannok.

5. —Nadie puede matar a Pa-E-Has-Ka, el brujo blanco —decían—. ¡Huyamos! En un instante se desbandaron. Jonathan, el jefe de los colonos, sugirió: —Aún podemos reanudar el viaje. Búfalo Bill repuso: —Aún no. Los bannok están al acecho. Creo que sé cuál será su próximo movimiento.



Huyó el maldito cobarde.



¡Escúchame, Lobo Corredor! No hablo con lengua falsa.

6. El guía Masai se deslizaba cautelosamente y de súbito emprendió la fuga. Jonathan se dispuso a atravesarlo con una bala, pero Búfalo Bill detuvo su gesto: "Déjelo huir. De todos modos, sus minutos de vida están contados." Cuando Lobo Corredor divisó a Masai, una despiadada sonrisa crispó sus labios.



Así caen los traidores.

7. —¡No disparen! ¡Puedo explicarlo todo!”, gritó el mestizo. Los pieles rojas le aguardaban, inmóviles. Cuando estuvo cerca de ellos, un hacha relampagueó con un rápido vuelco, y Masai cayó a los pies del implacable jefe bannok. Los colonos presenciaron, sobrecogidos de espanto, la venganza india.



Este contraataque brindará una sorpresa a los bannok.

8. Búfalo Bill observó: —No compadezca a Masai, que no vaciló en traicionarles. Además, no hay tiempo para lamentaciones. Los bannok se disponen a atacar de nuevo. Llenen de paja esa carreta, y, cuando dé la señal, abran paso para lanzarme contra los indios... llevando detrás de mí la carreta incendiada.”

(CONTINUARA)

TRES AMIGOS en LA SELVA



El tío David y sus sobrinos surcaron los ríos malayos en un sampán.

CAPITULO III.—Terrores en la selva.

Marylin al oír que el tío David era el enemigo de su padre, fijó en él sus ojitos llorosos, y murmuró:

—¿Entonces yo seré terriblemente desgraciada, papá? Si tú no permites que mis amigos Mervil me visiten lloraré todos los días...

El semblante de Horacio Paterson, a pesar de su cutis tostado, palideció y bruscamente abrazó a su hija.

Era emocionante ver a ese hombre, tan duro, apretar contra su corazón a la dulce Marylin y cubrir de besos su frente y sus cabellos de oro.

RESUMEN: Roberto y Lina Mervil viajan en un barco con destino a Singapure, donde esperan ser recibidos por su padre. Otra pasajera es Marylin Paterson, hija del Rey del Caucho. Roberto se indigna al ver que un obeso chino maltrata a una chinita esclava y le castiga con una feroz botetada. Se suscita una querrela y el chino amenaza a Roberto. Los Mervil son recibidos en Singapure por el tío de David, quien resulta ser enemigo de Paterson. Para evitar una acusación criminal, David le compra al obeso chino la pequeña esclava Tika.

—No llores, amor— balbució el magnate del caucho—; tu padre no es tan malo. Podrás visitar a tus amigos Mervil y aun ir a la concesión de mi antipático enemigo. No llores más, ¿o no amas a tu pobre viejo?

—Te quiero mucho, papá —murmuró Marylin—, y, para agradecer el favor que me haces, seré buena contigo y trataré de reemplazar a mamá.

Mientras tanto, Roberto Mervil, su hermana Lina y el tío David conversaban en un hotel más modesto, más o menos del mismo asunto que conmovía a Marylin.

—¿Tío David —preguntaba Lina—, cree usted que el señor Paterson prohibirá a Marylin que nos visite?

—Paciencia, paciencia —dijo el plantador de caucho—. Esa rubia niñita se sentirá tan sola en el caserón de Paterson, que él consentirá en que continúe con tu amistad. Ahora vamos a partir. Yo no poseo automóvil, de manera que el viaje lo efectuaremos en sampanes por el río.

Colocadas las maletas en la embarcación malaya, los jóvenes Mervil se extasiaron contemplando la maravillosa vegetación de las selvas.

Al atardecer llegaron a la casona de David Taylor, y se instalaron en las habitaciones preparadas para ellos.

Antes de una semana, Lina y Roberto ya sentían el embrujo de la jungla. Todo era novedad para los muchachos.

Dormían en hamacas rodeadas de mosquiteros para evitar la picadura de los insectos, y eran servidos por criados indígenas, que les seguían como sombras en todas sus excursiones.

La chinita Tika, constituida en camarera de Lina, se había transformado en una chica despierta e inteligente.

Roberto Mervil, con burda tela blanca y casco de lona, acompañaba a su tío David en la plantación. Con su rifle al hom-

Lina y la chinita Tika vestían como japonesas.



bro, ansiaba probar su puntería en alguna fiera de la selva. Lina, ataviada con quimono japonés, no se atrevía a salir de los corredores, y gritaba cuando veía correr por el techo de la casa enormes lagartos y moscardones que volaban sobre su plato, y se llevaban un bocado de carne u otro manjar. A sus gritos acudía el pequeño hindú, camarero de Roberto, o Tika, que pescaba al vuelo los gigantescos moscardones, o sacudía por la cola a los lagartos.

—No hacen daño, amita —decía sonriendo Tika.

—Yo he adoptado en mi dormitorio a una familia de lagartos —expresó Roberto—; los tengo muy bien enseñados y esperan que yo me sirva el desayuno con galletas para comerse lo que queda.

—¿Hás visto una cobra o un tifón? —preguntaba Lina.

—Aún no —respondía el valiente Bob—, pero mi camarero Rifo dice que anoche se acercó una serpiente a mi mosquitero.

—*Tuan* (amo) es muy atrevido —decía el hindú Rifo—. Quiere cazar panteras.

El tío David sentíase feliz con la presencia de sus sobrinos. Su vida solitaria había cambiado. Antes sólo tenía comercio con los indígenas que trabajaban en las plantaciones de caucho, y muchas veces temía olvidar su idioma patrio.

El día de pago se presentaron todos los trabajadores, en fila india, a recibir su jornal, Malayos de tez bronceada; indochinos y birmanos que parecían salidos de cuadros fantásticos.

—Parecen muy dóciles ahora —explicó David a sus sobrinos—, pero cuando se rebelan son como tigres salvajes. Hay momentos en que toda la región se subleva, y entonces son feroces. Dicen que lo hacen por orden de los espíritus sobrenaturales. Por eso, todas las casas de los blancos están rodeadas de tres o cuatro empalizadas, como lo han visto ustedes.

—¿Pero si los patrones son buenos? —preguntó Lina, algo inquieta.

—Algunos son fieles —expresó David—, pero los hechiceros y los fakires les obligan a combatir.

Los trabajadores, después del pago, fueron retirándose uno a uno, inclinándose ante los *tuanes*, con gran respeto y devoción, cómo si ejecutaran un rito sagrado.

—Ahora que ya están más o menos habituados a la temperatura cálida de mi reino —dijo David a la mañana siguiente—, y que

con la quinina están precavidos contra la malaria, voy a dar con ustedes un paseo por mi concesión.

—Sí, tío, llévenos a la jungla —suplicaron Lina y Roberto.

—Mis pobres inocentes —sonrió David Taylor—. ¿Se imaginan ustedes que van a visitar el Parque Cousiño?

—No, no —insinuó Lina—, pero quiero coger orquídeas, ver danzar a los monos en los árboles y escuchar el canto de esos maravillosos pájaros.

—Yo —dijo Roberto— quiero escuchar el rugido del tigre.

—¿Y si de pronto vieras a una de esas fieras, qué harías, pequeño fanfarrón? —preguntó sonriendo el tío David.

—Muy simple —explicó Roberto—; afinaría el oído para sentir de dónde provenía el aullido y con mi fusil le dispararía dos balas a su cabeza. Así salvaría a muchos de esos tipos amarillos o negros, y con la piel del tigre tendría usted una linda alfombra.

—Bravo, bravo, gentil cazador —sonrió David Taylor—; pero has de saber que a un tigre no se le mata como a un conejo. Si por casualidad llegas a herirle, o bien él se lanzará sobre ti y te destrozara con sus garras, o huirá para caer sobre tu espalda sorpresivamente.

—Tío David, no trate de amedrentarme —suplicó Bob—. Yo he leído casos interesantísimos sobre las cacerías...

Un agudo grito de la chinita Tika interrumpió al petulante Bob. El chico hindú Rifo alzó la mano indicando silencio.

Se escuchó entonces un gruñido sordo y violento, como de trueno o estampido de un cañón, seguido de rugidos espeluznantes.

En los semblantes de indígenas y blancos se advirtió la palidez del terror.

—¿Escucharon? —preguntó el tío David, tras un breve silencio—. ¿Qué piensan ahora?

—Que hay que cerrar las tres empalizadas, las puertas y las ventanas —balbució Lina.



La casa sobre pilotes de David Taylor.

—Y yo encuentro que esa voz es la maravilla del mundo —aseguró el porfiado Roberto—. Yo saldría inmediatamente a desafiar a ese bicho.

A diez kilómetros de la casa de David Taylor, el rugido del "Rayado" había sembrado el pánico en la bella mansión de Dick Paterson.

Construida sobre basamentos de piedra de más de dos metros de altura, aquella lujosa residencia estaba rodeada de galerías que protegían las habitaciones interiores.

Marylin y su institutriz Miss Barclay ocupaban un espléndido departamento. Dos camareras chinas y una malaya se ocupaban de ellas, y una media docena de malayos atendían al amo.

Sin embargo, la pobre miss Barclay lloraba y gemía, muy arrepentida de haber aceptado el cargo de institutriz de Marylin.

Podía soportar el calor tórrido, sumergiéndose varias veces al día en una bañera, pero los insectos, los lagartos y otros bichos la enloquecían.

—Aparten a ese bicho —gritaba cuando aparecía un mosquito—. Me voy a desmayar.

—No se desmaye, miss —suplicaba Marylin—, porque a mí me ocurrirá lo mismo, y los bichos nos matarán.

Entonces llegaba el criado malayo con una escoba y comenzaba a golpear sillas, mesas, alimentos, etc.

Los insectos, algunos de veinte centímetros, saltaban al cuello y a la espalda de Marylin.

—¡Papá, papá, sálvame! —gritaba Marylin, próxima al desmayo.

Horacio Paterson, fastidiado con tanta gritería, acudió cierta vez a tiempo que un mil-patas se posaba sobre el cuello de su hija. El plantador alcanzó a cogerle antes de que lanzara su venenoso dardo.

La institutriz lloraba como un niño.

—Miss Barclay —díjole Paterson—, yo creí darle a mi hija una compañera de edad y de carácter calmado y enérgico a fin

SUBSCRIBETE A "SIMBAD" y TENDRAS MAS BOLETOS PARA PARTICIPAR en el GRANDIOSO SORTEO DE NAVIDAD, a efectuarse el 17 DE DICIEMBRE PROXIMO.

Por cada "SUBSCRIPCION ANUAL" obtendrás 40 cupones, y 20 por cada "SUBSCRIPCION SEMESTRAL".

de facilitarle la aclimatación en este país, y advierto que es usted quien la asusta más con sus aspavientos.

—No puedo vivir aquí, señor Paterson —dijo la institutriz—. El clima, la fiebre, la visión de esos indios amarillos, me horripila. Quiero irme.

—Calma, calma —insinuó Paterson—. Yo procuraré que nada malo le ocurra, miss Barclay. Esperemos unos quince días más, se lo suplico. Marylin, ¿querías excursionar por la selva para distraerte?

—¿En un automóvil bien cerrado? —preguntó la institutriz, ya más tranquila.

—Los vehículos motorizados no pasan por los tupidos bosques —explicó Paterson.

—Entonces a caballo —indicó Marylin.

—Tampoco —respondió Paterson—. En un elefante. Guiado por un cornac, el paquidermo es fácil de conducir, y con su trompa aleja todos los insectos.

—¿Y podría, entonces, visitar a mis amigos Mervil? —interrogó Marylin, con acento suplicante—. Sería delicioso y olvidaría todos mis terrores. Te lo juro, papacito...

Y fue entonces cuando el rugido del "Rayado" se escuchó aún más fuerte en la magnífica mansión de Horacio Paterson.

(CONTINUARA)

Marylin y su institutriz gritaban cada vez que divisaban un insecto.



Ponchito



Estos dibujos son hechos especialmente para colorear:



1. celeste; 2. rosa; 3. verde; 4. rojo; 5. amarillo; 6. azul.

NATO

CAPITULO II.
—Rilo y su gigante.



LOS GUARDIANES ~ DEL ORO ~

El héroe avanzó impasible. Su único gesto fue cerrar por un instante los ojos, porque la cegadora luz del día le hirió las pupilas. Rilo se deslizó detrás de él, y la puerta se cerró de nuevo, rechinando agudamente.

Ambos donceles se hallaban en el gran recinto, donde Ives divisara a los hombres encadenados. Sobre la gruesa muralla que circundaba el patio, se veía una multitud de isleños, agitados e impacientes. Sin duda esperaban presenciar un suceso extraordinario.

La puerta se abrió, mientras los goznes rechinaban.



Ives y Rilo, desorientados, miraron en torno suyo. Sólo vieron el patio desierto. Las puertas enrejadas seguían cerradas. Pero el peligro que esperaban ver en la tierra descendió de la altura. Dos gigantes lu-

chadores saltaron desde el muro. Con sus piernas aún flexionadas, eligieron adversario.

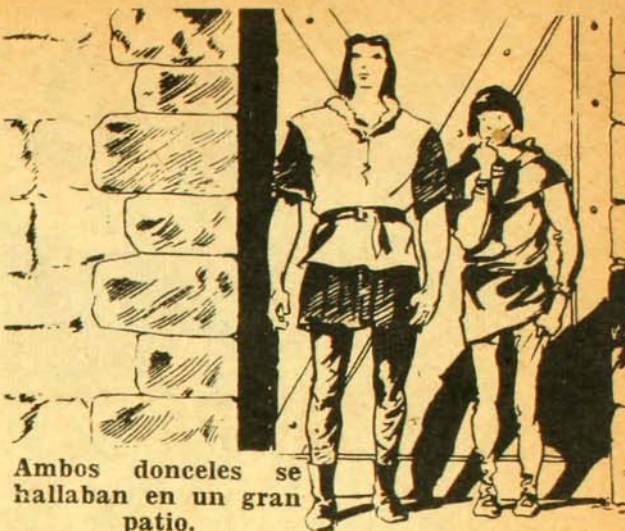
—Esclavos turcos — murmuró Rilo —. Una de esas bestias me busca. Lo invitaré a correr. Con un rugido, el luchador se lanzó en persecución del ágil bardo. Este, confiado en sus rápidas piernas, reía burlonamente.

—Amigo turco, ¿saben correr en tu país?

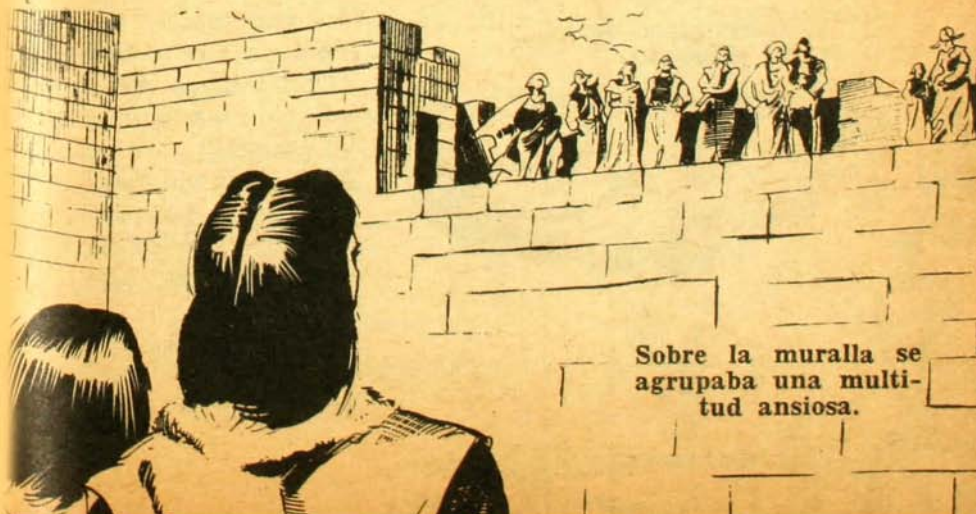
Mientras tanto Ives,

con una veloz zancadilla, hizo caer a su contendor. Sonoras aclamaciones saludaron aquel triunfo. El gigante jamás había sido derribado, y ahora los asistentes a la justa lo veían morder el polvo. Siete graves personajes, ataviados con jubones negros, presenciaban el combate. Eran los consejeros de la Hanse.

El turco se incorporó, pálido de furia. Agitó los brazos, profiriendo maldiciones y de súbito su cuerpo se extendió en el aire, con los pies hacia adelante. Aquél era su golpe favorito, que realizaba con una soltura prodigiosa, a pesar de su enorme estatura y peso. En esa forma abatió a rivales peligrosos y recios. Pero no encon-



Ambos donceles se hallaban en un gran patio.



Sobre la muralla se agrupaba una multitud ansiosa.



Los siete consejeros de la Hanse observaban el combate.

más violenta. El rostro del luchador se tornó púrpura, mientras todos sus músculos se contraían de dolor.

En tanto, Rilo seguía corriendo. Perdió uno de sus chapines en la fuga, y siguió con un pie descalzo. A su zaga, el turco resoplaba de cansancio, pero sin renunciar a alcanzarlo.

—Este bárbaro caerá agotado —decía Rilo, compadecido de su perseguidor—. Respira como un fuelle.



El luchador atacó en forma desusada.

La respiración del trovador se entrecortaba.

“Con esta carrera completo mis andanzas por el mundo”, reflexionó Rilo. Vagamente, en una de sus pasadas relámpago, vio a Ives, que mantenía de espaldas al gigante.

“Ese turco era más fácil de vencer”, suspiró, compungido.

Los marinos y los aldeanos de la isla seguían con interés el desarrollo de la doble lucha. Reían a carcajadas ante los saltos y quites de Rilo cuando el turco extendía vanamente sus brazos para cogerlo. Explosiones de risa acogían los rugidos del luchador. Sin duda aquél no era un encuentro banal, sino un torneo de alegría y agilidad.

Por cierto que Rilo ya empezaba a cansarse. Gruesas gotas de sudor corrían

por su frente, bajo las crenchas negras. Se estremeció al oír un grito que resonaba sobre la muralla.

La multitud aplaudía a Ives el Lobo, porque su adversario alzaba la mano libre, pidiendo clemencia.

Rilo ya no tenía fuerzas para seguir corriendo. Se adosó contra el muro, mientras el turco se abalanzaba contra él.

—Aquí nadie pedirá clemencia—balbució Rilo, sin aliento—. El triunfo es tuyo, turco.

Ives, luego de lanzar una mirada al gigante que se retiraba abatido, cruzó corriendo el patio para defender al trovador. Sabía que estaba detrás del descomunal cuerpo que avanzaba con los brazos abiertos y las manos crispadas. Antes que las zarpas se cerraran sobre el frágil cuerpo de Rilo, Ives debía interponerse.

(CONTINUARA)



Pero Ives no estaba desprevenido.



Mientras tanto, Rilo seguía corriendo.

GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

\$ 300.000.-

PREMIOS MAYORES: DOS BICICLETAS, RADIOS, PELOTAS DE FUTBOL, PATINES, BLUEJEANS, JUEGO DE LUDO, LOTEERIA, JUGUETES VARIOS, JARDINERAS, MUÑECAS, LAPICERAS FUENTES, PORTADOCUMENTOS, CINTURONES, PISTOLAS DE JUGUETE, PREMIOS EN DINERO, BOLSAS CON BOLITAS y muchos premios más. Para obtener cualquiera de los objetos enumerados, sólo tendrás que juntar los cupones que aparecen semanalmente al pie de esta página. Por cada serie de CINCO cupones numerados de 1 a 5 obtendrás un BOLETO para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" EL 17 DE DICIEMBRE PROXIMO.



Y AHORA, LECTORES, A JUNTAR MUCHOS BOLETOS PARA GANAR ALGUNOS DE LOS REGALOS QUE "SIMBAD" OFRECE EN ESTE GRANDIOSO SORTEO DE NAVIDAD.

Cupón N.º 2 - Serie N.º 3
GRAN SORTEO DEL
17 de diciembre
Cupón N.º 2 - Serie N.º 3
23 de noviembre de 1955

¿LO SABES TU ?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA

¿Cuáles son los nombres de las monedas de Bolivia - Ecuador - Venezuela?

Solución a "SIMBAD" 323. Los habitantes de Puerto Rico se llaman portorriqueños; de Panamá, panameños; de Honduras, hondureños.



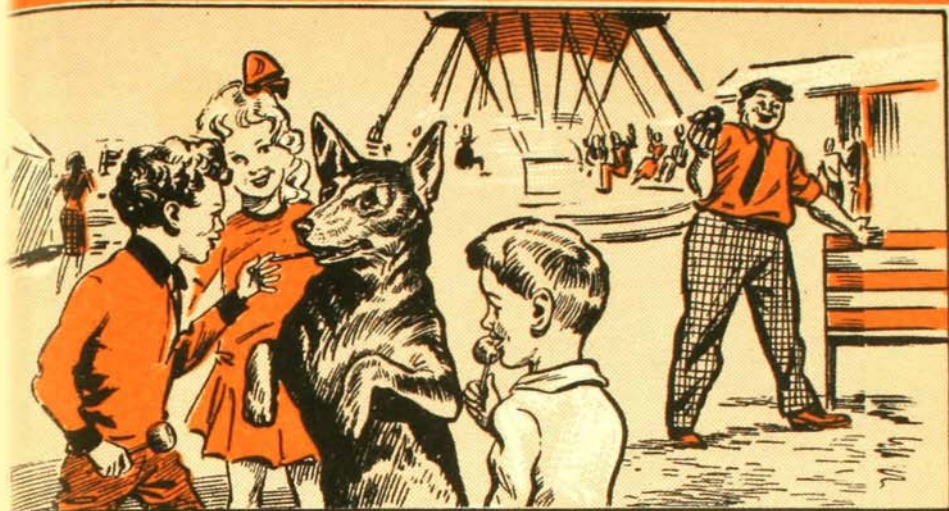
Entre los niños que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes nombres: CON CINCUENTA PESOS: Patricio Pardo, Chimbarongo; Doris Schuz, Los Angeles; Imperio Góngora, Santiago; María L. Chamorro, Concepción; Jorge Ormeño, Santiago; Carmen Villanueva, Santiago; María H. Parada, Concepción; María E. Verdugo, Victoria; Jorge González, Linares; Amalia Gaete, Santiago.

SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Edgardo Acuña, Chillán; Lucy A. Fuentes, Santiago; Ernesto Díaz, Santiago; Liliana Villegas, Quillota; Jorge Gatica, San Alfonso; Liliana Orellana, Valparaíso.

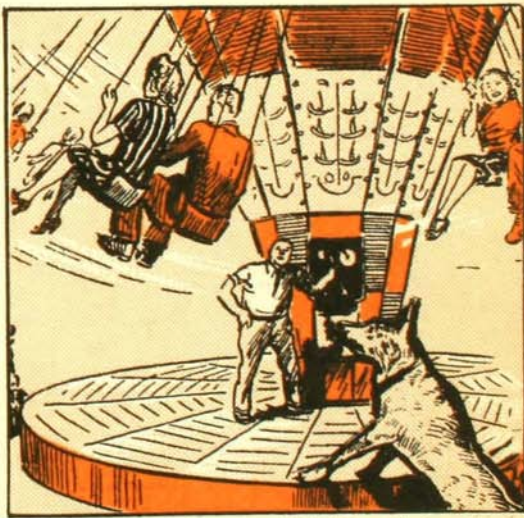
UN LIBRO: María T. Almarza, Viña del Mar; Carmen Paniagua, Los Andes; Pilar García, Santiago; Gilberto Armijo, Santiago; Gaby Medina, Concepción; Oscar Torrealba, Cauquenes; Dolly Vivanco, Santiago; Iris Muñoz, Rancagua; Yolanda Paredes, Curicó; Elías Lolás, Santiago.

CUPON DEL
CONCURSO
Semanal

SIMBAD N.º 325



3. Al día siguiente, muy temprano, partió el viajero incansable. Ya estaba cerca de su destino. Reconocía los bosques y los poblados. Llegó a la ciudad y se mezcló con la alegre muchedumbre. Los niños se sintieron conquistados por el magnífico perro y lo agasajaban con dulces y caricias.



4. De pronto, el corazón de Kim latió con fuerza. Había divisado una niña rubia que parecía ser Alicia Landy. Corrió detrás de ella, pero ya la jovencita y su padre empezaban a girar en las sillas voladoras. Kim vio que era su adorada amita y ladró, para que lo mirara.

(CONTINUARA)



Simbad

N.º 326

\$ 20.-

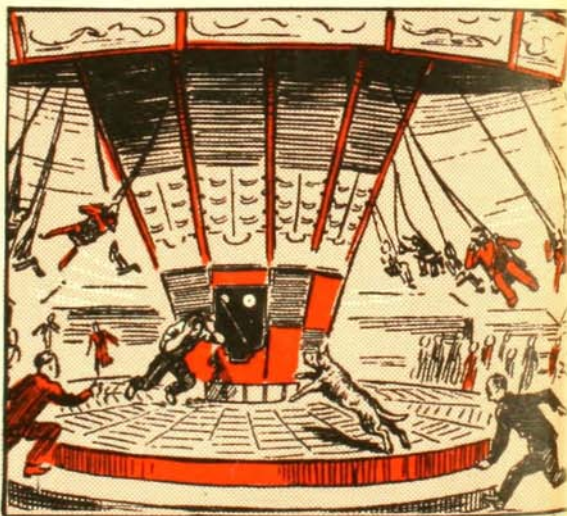
EL PAIS DE LAS MARAVILLAS





CAPITULO XXI.—KIM DESPRECIA LA PUBLICIDAD

1. Kim había hallado por fin a su adorada amita Alicia Landy. Pero no alcanzó a llegar junto a ella. La niña y su padre, luego de recorrer la feria, subieron a las sillas voladoras. De pronto la velocidad del carrusel aumentó en forma alarmante.



2. El chirrido de la máquina anunció a Kim que algo funcionaba mal. El operador intentó bajar la palanca, víctima de un repentino ataque, cayó gimiendo: “—Debo detenerla. . . , pero . . . ¡no puedo!” Los ocupantes de las sillas voladoras gritaban horrorizados, comprendiendo que estaban en mortal peligro.

(Continúa en la penúltima página.)

El país de las maravillas

CAPITULO XVI.—Los amigos de Maritza.

Mientras el príncipe Claudio, convertido en rata, atravesaba los subterráneos buscando a su adorada Maritza, la joven princesa huía de los bandidos corriendo sobre el lomo del lebrél Mirko. Después de correr muchas horas y aproximándose la noche, Maritza dijo a su fiel Mirko:

—¿Crees tú que-podríamos encontrar un refugio en este bosque, a fin de pasar aquí la noche?

Uno de los pavos reales contestó así:

—Nada temas, ilustre princesa. Nosotros te buscaremos una gruta y dormirás mejor que en un blando lecho.

La princesa dudó un poco del aserto del ave; pero para no entristecer a sus favoritos, les siguió dentro de una cueva y comprendió que su lecho sería mullido y reparador.

Los cisnes, las palomas y los pavos reales se habían despojado de sus mejores plumas y las habían esparcido sobre



Los amigos de Maritza le formaron mullido lecho.

Año VII - 30-XI-1955 - N.º 326

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane)

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.

Subscripción en el extranjero: Anual: US\$ 2,10. Semestral: US\$ 1,05.

Recargo por vía certificada: Anual: US\$ 0,20. Semestral: US\$ 0,10.

el musgo, formando con ellas un suave colchón.

—Magnífico el lecho —murmuró la princesa Maritza—. Ahora me falta comer.

Intervino entonces una ratita blanca, la cual, penetrando en la caverna por una pequeña brecha, fue transportando manjares apetitosos que hurtaba en la caverna de los bandidos.

Además de los frutos, comestibles y dulces, la ratita blanca le presentó el espejo con marco de oro que los forajidos le habían robado horas antes.

—Gracias, ratita —dijo Maritza—; este espejo servirá para peinarme, pues mi fuga ha deshecho mi peinado y estoy muy fea. La ratita contemplaba a la princesa con una admiración tan elocuente, que parecía decirle que por lo menos ella la encontraba preciosa.

—Amiga ratita —díjole Maritza—, eres encantadora. Duerme junto a mí. Tengo un gran cansancio y estoy segura de que mis sueños serán deliciosos. Buenas noches.

La princesa se durmió en su mullido lecho; pero no así los animales, que permanecieron todos en vela y cambiaron ideas sobre los proyectos que se relacionaban con el bienestar de su ama. Mirko decidió que los lebreles se dividirían en tres grupos. El primero se instalaría dentro de la gruta; el segundo defendería la entrada, y el tercero se apostaría en los alrededores. Los pa-

LECTORCITO

¡YA EMPEZO EL CANJE DE CUPONES DE NUESTRO GRANDIOSO SORTEO DE NAVIDAD! ¡RECIBIMOS MILES DE CARTAS DIARIAS! ¡NO SEAS DE LOS ULTIMOS!

Enumeramos aquí algunos de los principales premios que sortearemos el 17 de diciembre próximo.

BICICLETAS, RADIOS, PELOTAS DE FUTBOL, MUÑECAS, PATINES, PREMIOS EN DINERO, Y MUCHOS PREMIOS MAS...

Envía tus cupones a REVISTA "SIMBAD", Casilla 84-D, Stgo. Y no olvides que mientras más cupones remitas, más opción tendrás a ganar algunos de estos magníficos regalos.

vos reales treparon a un peñasco, a fin de dar la alarma si algún extraño se aproximaba a esos parajes.

En cuanto a la ratita blanca, de la cual nadie se preocupó, iba de un lado a otro, besaba la frente de Maritza, y con frecuencia llevaba su mano al costado, como si buscara un arma, que, desgraciadamente, no estaba allí.

En seguida se alisaba los bigotes con su manito y volvía a posarse junto a la cabeza de Maritza.



El pérfido mirlo negro, sembraba la discordia entre los animales.

La princesa, al despertar, vio a la ratita blanca junto a ella y le dijo con cariño:

—Buenos días, gentil amiguita, ¿has dormido bien?

Pero la ratita no sabía hablar. Con los dientes apretados, movió la cabeza e hizo un signo negativo.

Nosotros sabemos que esa ratita blanca era el príncipe Claudio y que, antes de su transformación, había colocado en su boca la esmeralda mágica en forma de hiedra.

—¿Por qué no has dormido, ratita mía? —preguntóle Maritza—. Ven acá. Déjame acariciarte. Apenas te conozco y ya te quiero mucho.

Al oír estas palabras, los lebreles y las aves se pusieron celosos. La princesa, sin quererlo, había encendido la discordia entre sus favoritos.

Para decir verdad, esta discordia fue provocada por el mirlo negro, el **GENIO DE LA DISCORDIA**, que ya había descubierto el refugio de Maritza.

La ratita blanca, sin sospechar la animosidad de todos los animales en contra suya, atravesó de nuevo la brecha y llegó con un lindo racimo de uvas negras que obsequió a su adorada princesita.

—Si permanecemos aquí algunos días —dijo una paloma—, esa rata nos suplantaré en el favor de nuestra ama. La princesa sólo tiene ojos para la intrusa...

—No me agrada el proceder de esa maldita rata —sentenció el lebrél Mirko—. Ella halaga a la princesa trayéndole manjares que nosotros no podemos obsequiarle porque no cabemos por la brecha.

—¿Qué sabemos nosotros de esa rata intrigante? —añadió el pavo real—. Ella finge no poder hablar y es solamente para despreciarnos... ¿De dónde trae esos manjares suculentos?

—Con tal que esos manjares no estén envenenados —suspiró la perrita Lizia.

—Por ese lado podemos estar tranquilos —dijo el lebrél Mirko—, porque yo he probado todo manjar antes de presentárselo a la princesa.

—No me gusta esa rata —terminó diciendo el pavo real—. Tiene modales muy vulgares.

—¿Cómo podríamos deshacernos de ella? —interrogó una paloma—. Si la maltratamos, la princesa se enojará y, además, ¿quién le trae alimentos?



La ratita blanca traía manjares y frutas a Maritza.

—Queda un medio —
expresó el jefe Mirko—. Nos llevaremos a la princesa lejos de esta gruta y aprovecharemos el momento en que la rata intrusa haga uno de sus viajes en busca de frutas o manjares.

—¿Y si la rata nos alcanza? —insinuó la paloma blanca.

—No tiene fuerzas para seguirnos —declaró Mirko—. Los lebreles podemos correr y ustedes volar. Además, dos de ustedes quedarán aquí para impedirle salir, y si resiste, le darán su merecido.

Maritza, ajena a las intrigas de sus favoritos, peinaba sus cabellos y se miraba en el espejo de oro que le había traído su ratita regalona.

Tampoco podía sospechar la ratita blanca que todos los amigos de la princesa Maritza estaban complotando contra ella. Bien sabemos nosotros que la ratita no era ni intrigante, ni intrusa, ni soberbia. Si no respondía a las preguntas que le hacían, era porque si abría su boca, tendría que caer la esmeralda en forma de hoja de hiedra que constituía el talismán mágico, donado al príncipe Claudio por el hada Fidelia.

—Ratita querida —llamó de pronto la princesa—, tengo hambre. ¿O vas a dejarme sin desayuno, mi Blanquita?

La princesa se miraba en el espejo de oro que le trajo la ratita blanca.



(CONTINUARA)

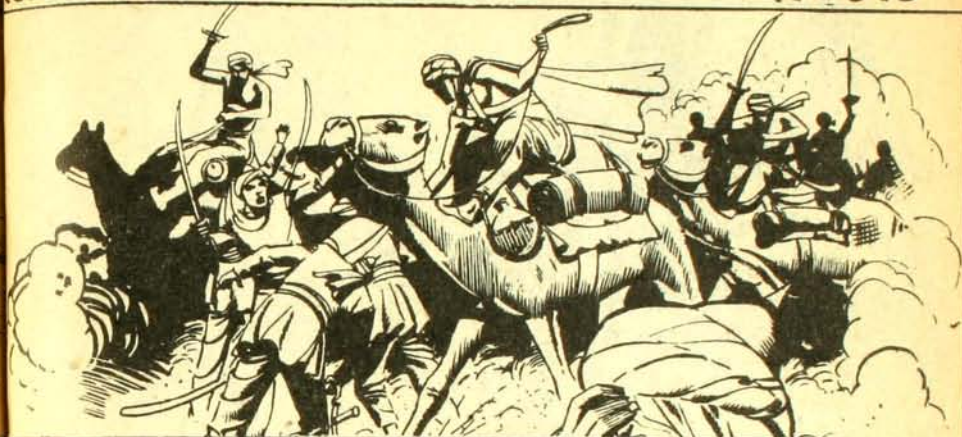


EL BURLADOR DE ORIENTE

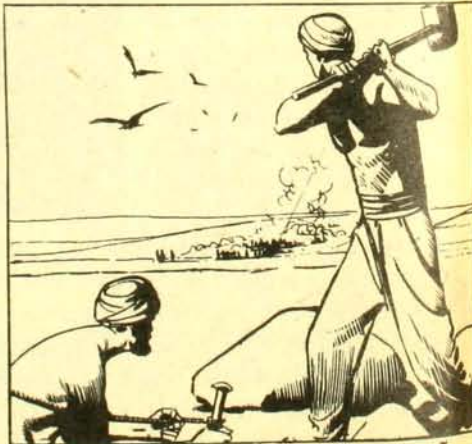
CAPITULO XVI ROMANTICO FINAL



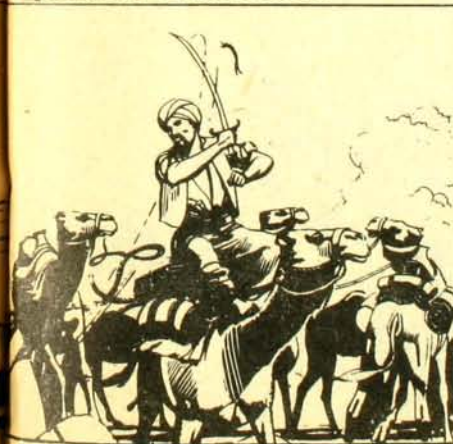
1. El gran visir de Ispahan observó la Montaña de Fuego. El sol se había ocultado ya en el horizonte, pero la montaña refulgía como una brasa. “—Princesa —dijo a Yamila—, miradla arder con los últimos rayos del sol. Esa visión calmará la tristeza que os agobia.”



3. Aquella ola arrolladora se precipitó sobre el campamento. Los desprevenidos guardias intentaban coger sus armas, pero una cimitarra amenazante, un camello tozudo que se atravesaba en el camino o un asaltante ágil les impedían avanzar y terminaban pidiendo misericordia.



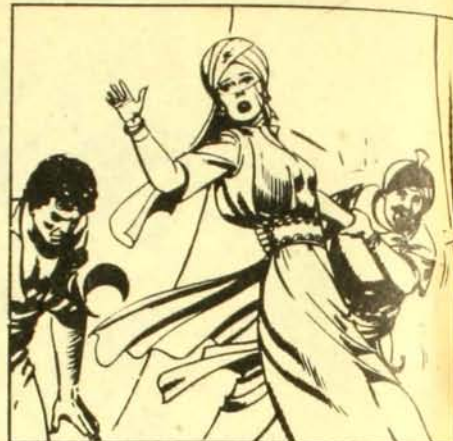
2. Lentamente desapareció el resplandor del sol, y la montaña se apagó, convirtiéndose en otra duna gris en el desierto. Los hombres de la caravana instalaban las tiendas, cuando se oyó un clamor distante. Cien jinetes se acercaban con la violencia del simún que levantaba nubes de arena.



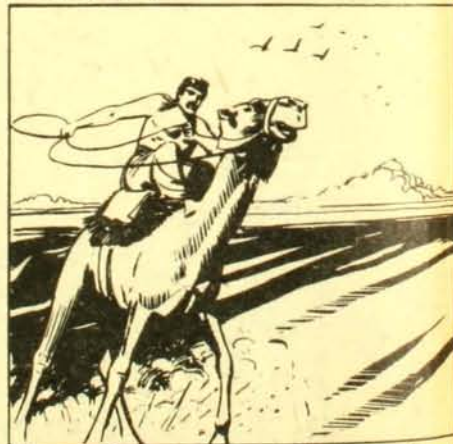
4. Nasdine Hodja cortó las amarras de los camellos que, espantados por el vocerío, huyeron en desorden. Mechub procuraba abrirse paso hasta la tienda de la princesa. Raguar, el jefe de la guardia, rugía: “—¡Son los bandidos de Harum, que Alá maldiga! ¡Muerte a los chacaes del desierto!”



EL BURLADOR

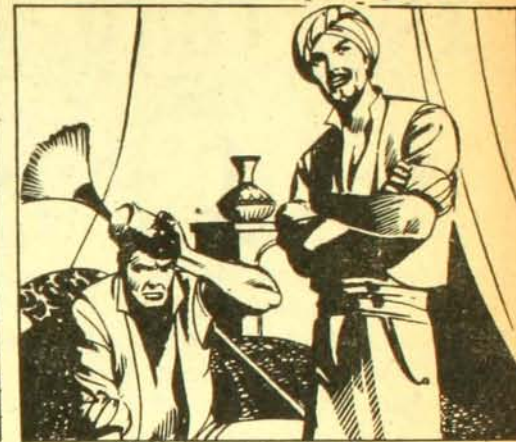


5. Por fin Mechub llegó junto a Yamila, que esperaba ansiosa y pálida. El aventurero indicó: "—Princesa, venid con..." El gran visir, que permanecía oculto, lanzó un pesado jarro de bronce a la cabeza de Mechub, y mientras éste caía desvanecido, el visir completó la frase: "—Venid conmigo".

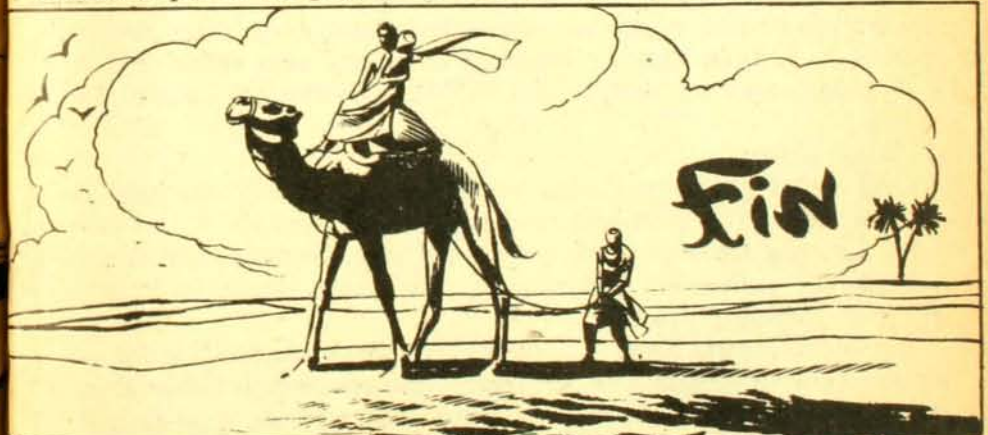


6. Harum estaba golpeando a un guardia que se resistía a dejarse aturdir, cuando vio un camello que se alejaba. El velo sutil y perfumado que se agitaba al viento reveló a Harum que Yamila iba en aquel camello, secuestrada por el pérfido visir. Entonces montó de un salto en el dromedario más cercano.

DE ORIENTE



7. Los hombres de Harum lanzaban gritos de victoria. La guardia se rindió, mientras los viajeros de la caravana se mantenían a prudente distancia. Mechub no participaba de la alegría general. Frotándose la dolorida cabeza, gimió: "—¿Cuántas veces he estado a punto de perder la vida en esta aventura?"



8. Con una alegre risa, Nasdine Hodja repuso: "—Cuando los guardias del emir te azotaban con sus cimitarras, cuando el visir te sepultó en el desierto, cuando casi te envía de un golpe al paraíso de Alá, pero..., ¡qué bello resultado! Harum y Yamila felices, y el gran visir atado como una acémila."

PIVALES EN el CIRCO



CAPITULO XIII. *Adiós al circo.*

Mimí Duval se burlaba del pedante Hugo, que había ordenado imprimir un cartel anunciando el número de ambos en el trapecio.

“¡Qué buena amiga es!

—pensó Diana Marcy—. No quiere causarme tristeza, ni hacerme sentir inferior a Hugo.”

La niña se dirigía al corral de los elefantes, cuando oyó exclamaciones de furor. Pierre, el cocinero, gritaba:

—¡Mi tortilla, Suzette! ¡Maudite bête! (¡Maldito animal!)

Todos acudían para saber la causa de aquellos gritos y vieron al chimpancé que huía con una sartén.

—¡Detengan al ladrón! —clamaba Pierre, desesperado.

Todos reían, animando al travieso mono:

—¡Bravo, Chimpi! Arrebátale a Pierre su título de “el mejor cocinero del mundo”.

Chimpi se detuvo y, con un ágil movimiento, hizo volar sobre su cabeza la tortilla. Esta no cayó en la sartén, sino sobre el pasto.

—Nueva creación: “tortilla al césped” —anunció el payaso Runrún.

El tony observó:

—¿No sería una buena idea presentar al público esa habilidad de Chimpi? Trabajaría con nosotros, los payasos.

—Y algún espectador de la primera fila recibiría la tortilla sobre su cabeza —completó Runrún, con expresión de duda.

El tony Lechuga propuso:

—La tortilla sería falsa... , de goma, por ejemplo. Diana, ¿podrías buscar algo que nos sirviera? ¿Tienes tiempo de ir al centro a comprar las tortillas y la sartén más grande que exista?

—Por cierto —accedió ella.

Antes de alejarse, dijo a una de las hermanas equilibristas Jinniver:

—Por favor, Dolly, dile a Mimí que la espero en la confitería Blanca Nieves, dentro de media hora. Tengo que hablar con ella.



Chimpi huía con la tortilla Suzette.

—Muy bien, Dianitá.

Hugo, que rondaba por las cercanías, oyó el recado de Diana y sonriendo con astucia, murmuró:

—¿Mi dulce enemiga quiere entrevistarse con Mimí y denunciarme, tal vez? Diana está buscándose dificultades y las encontrará.

Mientras la mirada de sus azules ojos se endurecía, añadió:

—Es testaruda y no se da por vencida. Tendré que eliminarla..., tal vez en forma violenta.

Diana esperó vanamente en la pastelería. Algunas colegialas que se servían helados, la reconocieron.

—Es la niña que trabajaba con Mimí Duval y que ahora es amaestradora de elefantes —susurraban excitadas—. Lástima que se haya herido la mano. Ahora anuncian a Hugo, el rey

La tortilla voló sobre la cabeza del aprendiz de cocinero.





Diana regresó al circo.

del trapecio. Parece estupendo. Rubio, alto, de ojos azules. La malla que usa parece de plata. Y la capa es un sueño.

Transcurrió una hora y Mimí no aparecía. Diana regresó al circo. —Quería hablar con ella lejos 'del circo y de Hugo, que nos espía — reflexionaba—. Deseo saber cuál es la verdadera opinión de Mimí sobre Hugo. Tal vez lo prefiere como compañero, aunque sea un fanfarrón. También es posible que Mimí no se burle sinceramente de él y, en secreto, sin saberlo siquie-

ra ella, se sienta atraída por sus jactancias.

—¿Encontraste una sartén enorme y liviana? —preguntó Runrún, acercándose a la pensativa Diana.

—Sí, Runrún. Aquí está. ¿Has visto a Mimí?

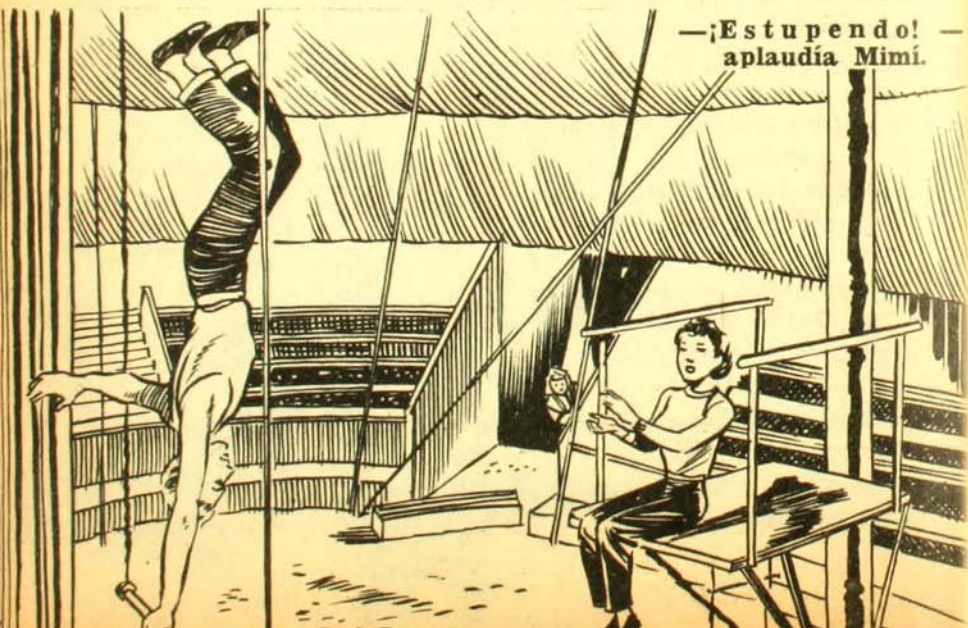
—Está divirtiéndose en el trapecio más alto, con el inefable Hugo.

Diana se encaminó hacia la pista. Mimí aplaudía:

—¡Estupendo! Eres un as del trapecio, no hay duda.

Manteniendo una difícil posición en la barra, Hugo contestó:

—¡Estupendo! —
aplaudía Mimí.



—Y tú eres adorable, Mimí, por haber accedido a presenciar mis ensayos.

—Disponía de toda la tarde —sonrió la francesita—. No tenía nada importante que hacer.

Diana contuvo las lágrimas. Para Mimí era más importante observar a Hugo que acudir a una cita con ella. La desolada niña ignoraba que Mimí no había recibido su mensaje, interceptado por el acróbata.

Se alejó y de paso oyó al empresario Libor, que decía al domador Alejandro:

—No sé cómo persuadir a Diana de que renuncie a sus pretensiones de trapecista. Hugo es el indicado para reemplazarla, en forma permanente. Sería un éxito. Mimí tendría un mayor lucimiento. En cambio, Diana arruina el número. Pero, ¿quién se lo dirá? Nadie quiere destrozar su corazón y menos que nadie Mimí.

Diana comprendió que sólo le quedaba un camino: alejarse del circo.



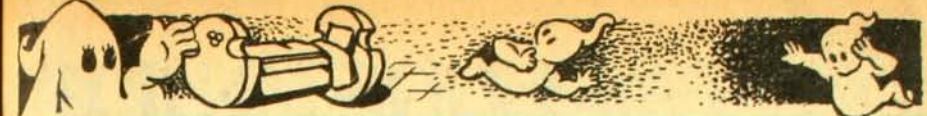
El acróbata había interceptado el mensaje de Diana.

(CONTINUARA)

Diana decidió abandonar el circo.



El fantasmita



BAJAD POR ESTA CUERDA. ¡RÁPIDO!

EL FANTASMITA DICE A SUS AMIGOS QUE DEBEN ACUDIR EN DEFENSA DEL PUEBLO, AMENAZADO POR LOS SECUACES DEL MARQUES.



¡AY! ¿QUIÉN ME PEGÓ?

ESTE...VO NO.

IMPEDIREMOS QUE EL MALVADO RICOTE NARCOTICE A LOS CAMOTIENSES



TODOS QUE DARÁN ALER- TOS, CON LOS OJOS BIEN ABIERTOS

¡QUE RARO! NO ES DE NOCHE, PERO ALLÁ ABAJO SE VEN ESTRELLAS

LAS ESTRELLAS PROVIENEN DE LA FERROZ RIÑA DE LOS GUARDIAS

¡IGNORANTE! ¡BORRICO!
¡ANIMAL! ¡ESTÚPIDO!



ESTO TIENE CARA DE SER UNA FUGA

NO YO CREO QUE ES, UNA HUIDA



HE DICHO UNA FUGA

NO, UNA HUIDA



¿SERÁN ÉSTOS LOS PRIMEROS NARCOTIZADOS?

CONTINUARÁ



BUFALO BILL

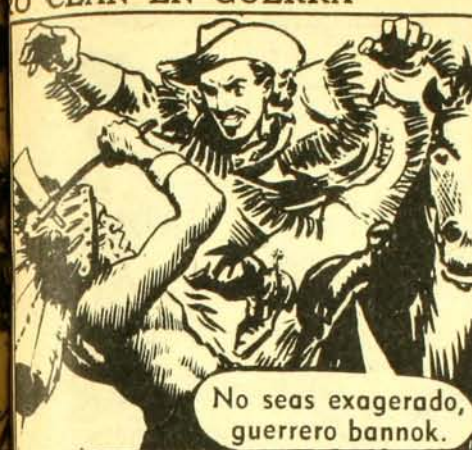
CAPITULO XVIII. — UNO CLAN EN GUERRA



Llevaré un poco de fuego a nuestros amigos.



¡Muerte al rostro pálido!



No seas exagerado, guerrero bannok.



Ahora terminará la rebelión de tu tribu.

1. Búfalo Bill, con increíble audacia, abandonó el cerco de carromatos para precipitarse contra los indios. Las varas de una carreta llena de paja incendiada estaban sobrepuestas sobre los flancos de la montura. En el momento oportuno, Búfalo Bill las dejó libres.

3. Blandió el hacha, pero ya Búfalo Bill había caído sobre él. Vio la fría sonrisa del audaz brujo blanco y se sintió dominado por el terror. "—No podrás colgar mi cabellera de tu cinturón de wampum (cuentas de nácar) —susurró Búfalo Bill—. Ríndete, Lobo Corredor."



Tu cabellera colgará de mi cinto.

2. Mientras el fuego se esparcía entre los espantados pieles rojas, el explorador cabalgó directamente hacia Lobo Corredor. El guerrero sofrenó su caballo. Sus facciones se veían contraídas de odio, bajo las pinturas de guerra. "—¡Morirás, maldito! —rugió—. Lobo Corredor te vencerá."



Gracias por salvarnos la vida, Búfalo Bill.

4. Los colonos, siguiendo el ejemplo del explorador, luchaban denodadamente y derrotaron a sus asaltantes. Algunos lograron huir y los demás cayeron prisioneros. Lobo Corredor fue también arrestado. Terminaban así las hostilidades y en el territorio bannok volvió a reinar la paz.

BUFALO BILL



Tenemos que acorralar aquí a los rebeldes.

ANA E DAKOTA



Entregaré el mensaje, mi general.

5. Pero otro clan de pieles rojas declaró la guerra. Los indios cri, dirigidos por el sanguinario Ala de Cuervo, destruían caravanas y poblados. El general Custer decidió: "—Enviaré un mensaje al coronel Drew, del fuerte Smith. Sitiaremos a Ala de Cuervo. La misión es peligrosa, Búfalo Bill".

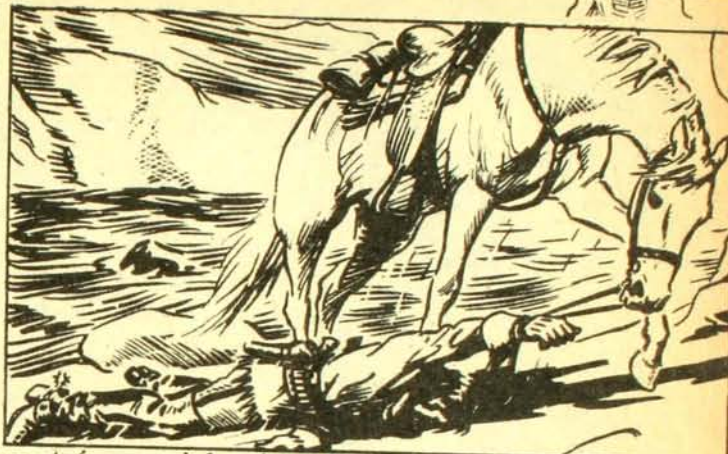


¡Hum! El río ha crecido.



Obligados a bañarnos, Torbellino.

6. Por cierto que el héroe de la frontera aceptó encantado esa misión. Llevaría el mensaje a través de una comarca erizada de peligros y acechanzas. Al llegar a la ribera, vio que la creciente del río amenazaba inundar la región. Sin vacilar, penetró en las aguas tumultuosas.



7. El torrente arrastró con violencia a Torbellino y a su jinete. Búfalo Bill se estrelló contra una roca, perdiendo el conocimiento. Las riendas estaban atadas a su puño. Torbellino, seguro de que su dueño lo seguía, nadó hacia la margen del río y salió a tierra firme.



Esto se anima.



¡Arriba, Torbellino! Ningún caballo indio podrá seguirnos por este camino.

8. Búfalo Bill recobró el conocimiento, y luego de acariciar a su fiel caballo, prosiguió viaje. Durante dos días cabalgó sin hallar indios hostiles. Mediaba el tercer día, cuando los cri surgieron, lanzando alaridos. Búfalo Bill emprendió la fuga, sin detenerse ni siquiera ante una pendiente, que era casi un muro vertical.

(CONTINUARA)

Taylor y sus sobrinos
partieron a la jun-
gla.



TRES AMIGOS

en LA SELVA

CAPITULO IV.—Primer paseo por la jungla.

El estridente rugido del Rayado (tigre) había conmovido a la institutriz Miss Barclay hasta provocarle un ataque de nervios. Paterson, conmovido por la emoción de su hija Marilyn y por los

RESUMEN: Roberto y Lina Mervil viajan en un barco con destino a Singapur, donde esperan ser recibidos por su padre. Otra pasajera es Marilyn Paterson, hija del Rey del Caucho. Roberto se indigna al ver que un obeso chino maltrata a una chinita esclava y le castiga con una feroz bofetada. Se suscita una querrela y el chino amenaza a Roberto. Los Mervil son recibidos en Singapur por el tío de David, quien resulta ser enemigo de Paterson. Para evitar una acusación criminal, David le compra al obeso chino la pequeña esclava Tika. Ambas familias llegan al interior de la selva. Roberto y Lina Mervil, a pesar del miedo a los insectos y fieras, están contentos. No así Marilyn y Miss Barclay, que viven en continua zozobra.

sollozos histéricos de Miss Barclay, cogió una botella de whisky y ofreció ese licor a la inglesa.

—¿Qué es eso? —preguntó Miss Barclay.

—La bebida de los colonos europeos —dijo Paterson—. Buen whisky escocés.

—Antes morir que beber ese licor condenado que pierde el cuerpo y el alma —gritó la quejumbrosa mujer.

Paterson lanzó una carcajada y empinó el vaso.

Por suerte los rugidos del tigre ya no se escuchaban y el plantador de caucho ordenó que cerraran las tres empalizadas y que una docena de coolíes montara guardia toda la noche.

Entretanto, en casa de David Taylor, Roberto y Lina Mervil comenzaban a aclimatarse y muy de madrugada estuvieron listos para la prometida excursión a la jungla.

A pesar del calor reinante, los dos sobrinos Mervil debieron colocarse largas botas de cuero, gruesas chombas de lana y pantalones de felpa.

—Más abrigados que para ir a esquiar —protestó Roberto.

—Efectivamente —declaró el plantador de caucho—. De otra manera el sol les quemaría la piel y la humedad les enfermaría de malaria. Antes de partir, un buen vaso de whisky...

—No, tío —replicó Roberto—. Yo sé que el vicio del alcohol mata más colonos que la malaria.

—Así dicen los que nunca han vivido en estas tierras malayas —expresó David Taylor—, pero tú verás lo que ocurre aquí y lo pedirás con ansias.

Sin embargo, Lina y Bob se negaron a beber ese licor, igual que Marilyn y Miss Barclay.

Un cuarto de hora de marcha les condujo a la primera aldea formada por cuatro grupos de cabañas, en las cuales vivían vecinos, pero separados los grupos hindúes, chinos, javaneses y malayos.

Un nauseabundo olor se esparcía por la aldea indígena.

Paterson ofreció whisky a la aterrificada Miss Barclay.



—Todos trabajan en la explotación del caucho —explicó David Taylor—. El hombre, la mujer y los niños pasan la vida en la jungla; los unos, tajeando la corteza del caucho; los otros, recogiendo la savia en tientos diversos.

Avanzando hacia la plantación, Bob y Lina pudieron ver que en los árboles más añosos se colocaban utensilios de lata junto a las heridas del tronco y de ellas destilaba un líquido lechoso. Un capataz iba recibiendo los envases llenos y pagaba con vales al hombre, niño o mujer que entregaba su tarea.

—Una faena fácil —explicó David Taylor—, si no fuera por la cantidad de insectos, víboras, arañas y reptiles venenosos.

—¿Y ese líquido lechoso es el que se convierte después en neumáticos para automóviles? —preguntó Lina.

—Sin duda —indicó David—; el caucho es el oro negro, y por eso sacrificamos aquí nuestra vida.

—Pobre gente tan miserable —suspiró Lina, advirtiendo la pobreza y escualidez de niños y mujeres—. Todos parecen enfermos, tío David. . .

—Lina y yo hicimos cursos de Cruz Roja en el liceo —insinuó Roberto—; si usted nos permitiera que visitáramos la aldea y diéramos nociones de higiene a esa pobre gente, tío David.

—Lo hemos intentado muchas veces —respondió Taylor—, pero ellos no nos escuchan. En cada grupo hay un hechicero que les guía o aconseja. El terror a los malos espíritus les impide abandonar sus viejas costumbres.

Roberto y Lina pronto se distrajeron observando el enjambre de monos que se cimbraba de árbol en árbol chillando alborozados. Al cuello de una mona se aferraban tres pequeños micos, que parecían asustados con el formidable salto que dio la madre de un árbol a otro.

—Qué lindos son —suspiró Lina—. Me gustaría llevar a casa un monito chiquitín.

Avanzando más entre la selva, y donde ya había trabajadores del caucho, los excursionistas divisaron a una vieja china montada sobre un búfalo gris, llevando a ambos costados unas árguenas que parecían repletas.

—La vieja Julia —dijo sonriendo el tío David—. Es la quincajera de la aldea. Ella vende a los caucheros cuanta pacotilla descubre en la ciudad y dicen que está más rica que un nabab.



La vieja Julia sujetaba al búfalo.

Sin duda el búfalo se espantó al ver a los forasteros, dio un brinco y arrojó a la china y a su mercadería al suelo.

Antes de que el animal huyera, la vieja Julia le sujetó de las riendas.

—¿En qué pasos andas, vieja mercachifle? —preguntó David a la quincallera—. Supongo que no llevarás opio o alcohol de maíz...

—No, mi *tuan* —respondió la vieja Julia, mientras se apresuraba a recoger sus paquetes.

—¿Y eso que se mueve dentro del saco? —preguntó David Taylor.

En ese mismo momento se oyó un grito plañidero en el interior del saco, y la china quiso ocultarlo, fingiendo terror.

—No trates de engañarme, vieja Julia —dijo sonriendo Taylor—, no es ni una bestia feroz ni una serpiente. El grito es de un *mono* recién nacido.

En efecto, quien gemía como una guagua era un monito *jibón*. Lina lo cogió en sus brazos y el monito le pasó una mano por el cabello.

—Cómpramelo, tío —suplicó la niña.

—Esos monos jibones son de carácter dulce y tierno —expresó Taylor, accediendo al deseo de su sobrina.

—Ya tiene dos compañeros mi hermanita Lina —insinuó burlándose Roberto—. La chinita Tika y...

—¡La guagua! —expresó Lina—. Así llamaré a este amor...

—Gua gua —chilló el monito caído del nido.

Durante el resto del paseo por las selvas, Lina acariciaba a su guagua y proyectaba arreglarle una cuna de pieles como las que había visto en las rucas de los malayos.

—Trata de que la chinita Tika no se ponga celosa de tu guagua —aconsejó Taylor—. Los orientales son vengativos y de pasiones muy violentas.

Roberto se desentendía de la conversación siguiendo las huellas de un animal en el fango.

—Patas de elefante —dijo el muchacho.

—Son de leopardo —explicó Taylor—, o de pantera. Es preciso advertir a los habitantes de la aldea, porque esas fieras devoran de un tarascón sus cabras y hasta sus niños.

Al entrar en el reducto habitado, un coolie se acercó a Taylor y le dijo:

—*Tuan*, una pantera...

—¿La viste tú? —preguntó el patrón.

—No, pero sus huellas están aquí...

Taylor ya no reía. Con paso ligero, recorrió las empalizadas. Las huellas eran visibles. Esta vez la fiera había salido de la jungla y merodeaba en el campamento.

—Entremos, niños —ordenó el plantador con fruncido ceño.

¿El rugido de la noche anterior se oiría ahora en las puertas de su jardín?

“Si yo tuviera un elefante —pensó David Taylor—, saldría de caza y no se burlarían de mí las fieras de la selva.”

En Singapur le habían ofrecido un elefante, pero, carente de dinero, no pudo comprarlo y rogó al dueño del paquidermo que le aguardara un mes más y que mientras tanto a nadie se lo vendiera.

* * *

Mientras Roberto y Lina Mervil se iban aclimatando en la región selvática, Marilyn y Miss Barclay vivían en continuo temor, encerradas en sus habitaciones y envueltas día y noche en mosquiteros.

Una tarde que Paterson había salido en un largo viaje, la niña y su institutriz leían a la luz de una lámpara a kerosene.

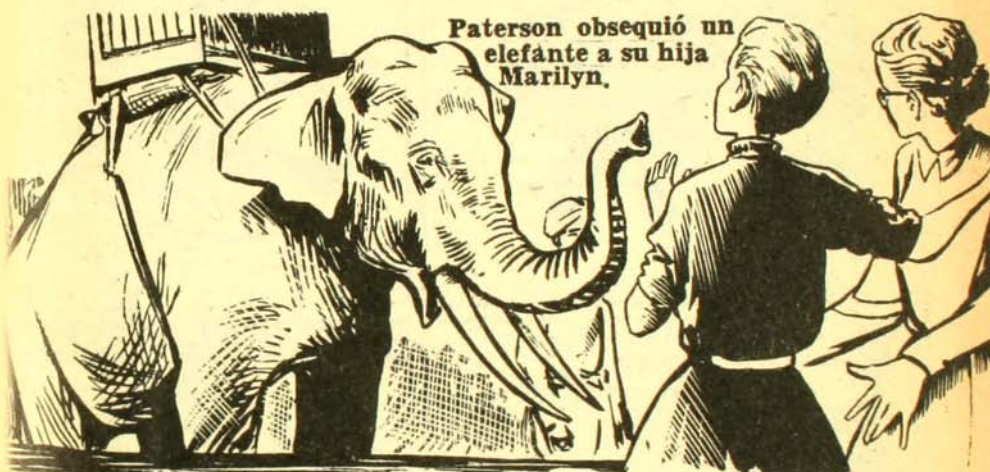
Caía a torrentes la lluvia, y el follaje, golpeando sobre el techo, les producía espanto.

Un muchacho malayo, de fisonomía radiante, levantó el transparente mosquitero y anunció que un indígena deseaba ver al patrón.

Marylin avanzó hasta la galería para responder al llamado y no pudo retener un grito. Se encontró cara a cara con un magnífico elefante.

El indígena explicó que desde Singapur enviaban al señor Paterson ese gigantesco paquidermo con su montura y su cornac.

—Es un regalo del *tuan* para la señorita —dijo el indígena.



Paterson obsequió un elefante a su hija Marilyn.

Cuando regresó el millonario Paterson, Marylin le saltó al cuello diciéndole:

—Papá, eres un amor. Bambo asegura que ahora podremos salir de paseo sin temor a las fieras.

—Me complace que tanto te haya gustado ese elefante —expresó Paterson—. Son dos satisfacciones juntas. Primero, haberle quitado el elefante al viejo Taylor, que lo tenía ya por suyo... Me imagino cómo estará de furia ese perguétano.

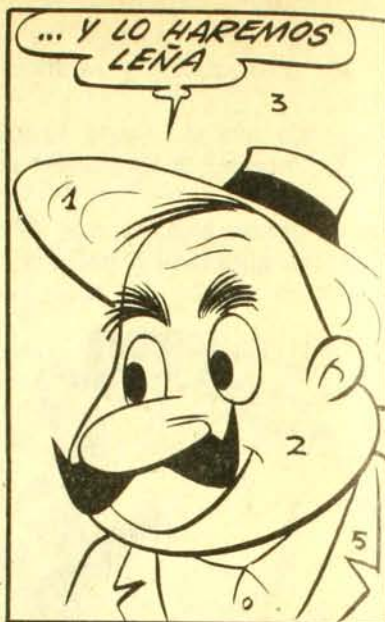
—Papá, qué malo eres —protestó Marylin.

Y perdiendo toda su alegría, Marylin se dijo para sí:

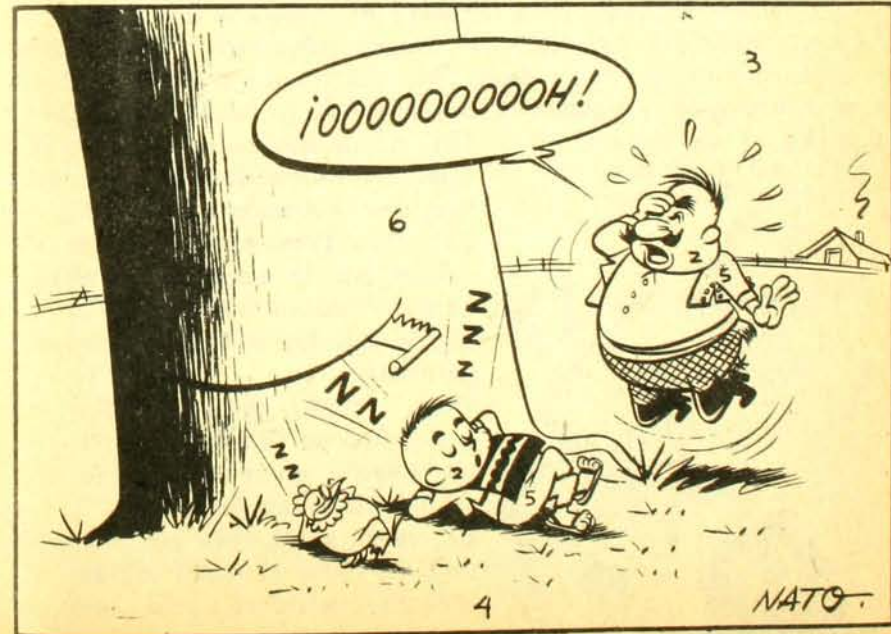
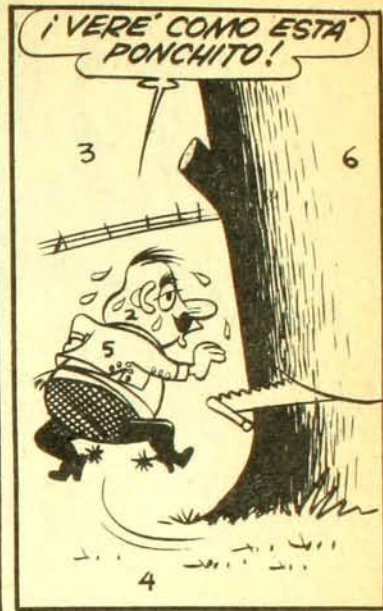
“Dios mío, aquí no sólo las fieras, sino los hombres se devoran entre sí. Papá ha cambiado mucho. A veces me da miedo.”

(CONTINUARA)

Ponchito



POR NATO



Estos dibujos son hechos especialmente para colorear:

1. amarillo; 2. rosa; 3. celeste; 4. verde; 5. azul, y 6. rojo.

NATO

CAPITULO III. *La amenaza de la Hanse.*



LOS GUARDIANES ~ DEL ORO ~

Un rugido de triunfo, se disponía a triturarlo entre sus manazas, cuando alguien se interpuso. Ives el Lobo le desafiaba en silencio. El turco, sorprendido, estudió a su nuevo adversario. Una sonrisa de menosprecio torció su boca. Ese doncel de perfilada silueta parecía dispuesto a luchar. No emprendería la fuga como el otro. El luchador se abalanzaba sobre el indefenso Rilo.



Rilo había agotado sus fuerzas huyendo del gigantesco luchador turco. Al principio se burló de él, reía con insolencia, mientras cruzaba y recruzaba el patio con ágiles zancadas. Pero no logró fatigar a su perseguidor.

—Me entrego —suspiró, adosado contra el muro.

Su enemigo, con un murmullo de asombro corrió sobre el muro donde se agrupaban los habitantes de la isla. Mientras Ives y el luchador rodaban por la arena, Rilo enjugó el sudor de su frente.

“Debo ayudar a Ives”, pensó vagamente. Pero, ¿cómo podía mediar en aquel furioso combate? Sería cual un gorrión entre dos tigres que se atacan a zarpazos.

La ventaja de Ives era su agilidad. A veces el turco lograba retenerlo contra el suelo, pero en

seguida era él quien yacía de espaldas.

Rilo observaba. ¿Cuánto tiempo resistiría el Hijo del Lobo? El se cansó de correr. Tal vez Ives se cansaría de esquivar las embestidas del luchador. Era preciso que el gorrión interviniera...

Vio que la mano del turco descansaba sobre la arena. Saltó entonces sobre ella. Con un alarido de dolor, el gigante se dejó caer y, en esa posición, Ives pudo inmovilizarlo.

El árbitro del torneo silbó, agitando, al mismo tiempo, su antorcha. El combate había terminado. Ives, sin saber cómo, se encontró vencedor. Rilo se apartó con prudencia. Un gorrión no se envanece de sus triunfos si quiere conservar sus

plumas intactas. Mientras los isleños se marchaban a sus casas o a sus barcas, ambos donceles comparecieron ante el tribunal de la Hanse. El consejero mayor declaró:

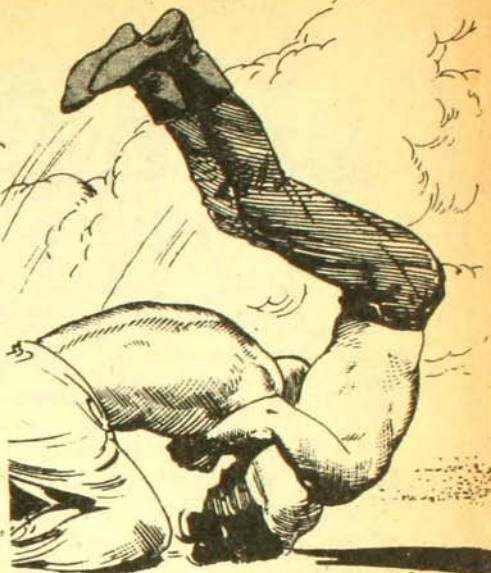
—Extranjero, te hemos visto combatir. Posees astucia y valor. Te propongo que seas capitán de nuestra Armada. En cuanto a tu compañero, no es quizás un coloso para luchar, pero no tiene la cabeza vacía, ni las piernas lerdas. Le nombraremos escriba o mensajero...

Ives permaneció en silencio.

—¿Cuál es tu respuesta?

—Me extraña que elijas capitanes entre forasteros. ¿En la isla no hay marinos avezados?

Como si hubiese recibido una injuria, el consejero se irguió, replicando:

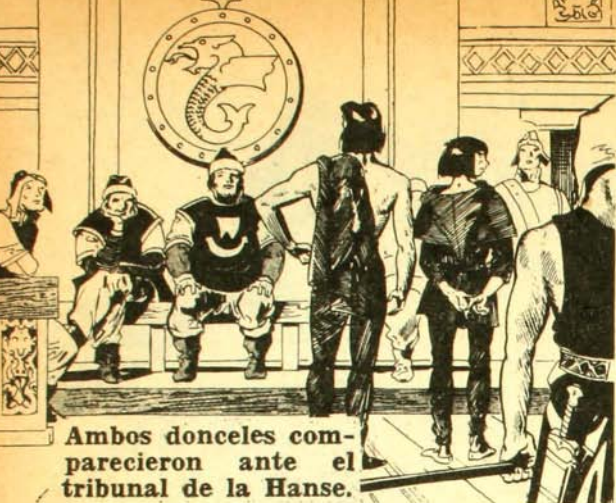


La ventaja de Ives era su agilidad.

plumas intactas.

Rilo saltó sobre la mano del turco.





Ambos donceles comparecieron ante el tribunal de la Hanse.

a Ives. El héroe dirigió una penetrante mirada al trovador, pero éste había recobrado su expresión de burla y sutileza.

—Reclutamos soldados entre los extranjeros capturados o los naufragos que el mar lanza a nuestras costas.

Ives comprendió entonces por qué los prisioneros de la isla recibían abundante comida. La Hanse no podía oponer soldados hambrientos contra los piratas y los vecinos codiciosos.

—Tú eres el primero que vence a los luchadores turcos. Si aceptas ser el jefe de la Armada...

—Si acepto guiar a vuestros cautivos a una muerte segura e inútil —interrumpió Ives fríamente—. ¿Por qué han de sacrificar ellos sus vidas? Vosotros sois los guardianes del oro. Defendedlo entonces.

—No somos soldados ni guerreros. Somos...

Vaciló un instante y su mirada recorrió el semblante impenetrable de sus seis compañeros. Vio tal vez en ellos una muda aprobación, porque añadió orgullosamente:

—Somos los guardianes del oro.

Una ahogada exclamación de Rilo sorprendió



—Tu compañero no tiene la cabeza vacía.





—Tú eres el primero
que vence a los lucha-
dores turcos...

—Cuida tus palabras, forastero. ¿Quieres ser un esclavo más en la isla?

—Ives el Lobo jamás llevará cadenas, hombre de la Hanse. Y nunca servirá a unas viejas urracas que acumulan oro.

Rilo cerró los ojos. La poderosa Hanse no perdonaría al temerario que la acusaba de avaricia y de crueldad con sus prisioneros.

“En vano derrotamos a los luchadores turcos, pensó tristemente. De nada me valdría correr ahora. La muerte me pisa los talones. Caballero Ives, has contestado por los dos y... adiós, alegre vida.”

(CONTINUARA)

—Ives el Lobo jamás
llevará cadenas —di-
jo el héroe.



GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

\$ 300.000.-

PREMIOS MAYORES: DOS BICICLETAS, RADIOS, PELOTAS DE FUTBOL, PATINES, BLUEJEANS, JUEGO DE LUDO, LOTEERIA, JUGUETES VARIOS, JARDINERAS, MUÑECAS, LAPICERAS FUENTES, PORTADOCUMENTOS, CINTURONES, PISTOLAS DE JUGUETE, PREMIOS EN DINERO, BOLSAS CON BOLITAS y muchos premios más. Para obtener cualquiera de los objetos enumerados, sólo tendrás que juntar los cupones que aparecen semanalmente al pie de esta página. Por cada serie de CINCO cupones numerados de 1 a 5 obtendrás un BOLETO para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" EL 17 DE DICIEMBRE PROXIMO.



Y AHORA, LECTORES, A JUNTAR MUCHOS BOLETOS PARA GANAR ALGUNOS DE LOS REGALOS QUE "SIMBAD" OFRECE EN ESTE GRANDIOSO SORTEO DE NAVIDAD.

¿LO SABES TU ?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:

¿Cómo se llama el Palacio de Gobierno de Chile?



Solución a "SIMBAD" 324. El nombre indígena de la Isla de Pascua es Rapa-Nui.

Entre los niños que enviaron soluciones exactas salieron favorecidos los siguientes nombres. CON CINCUENTA PESOS: Lizett Riquelme, Temuco; Emiliano Figueroa, Santiago; Eduardo Rey, San Fernando; Mauricio Palacios, Santiago; Mireya León, Santa Cruz; Ana M. Mira, Santiago; Eduardo Lira, Rengo; Oditza Brown, Angol; Jorge P. Gabella, Santiago; Mireya Bravo, Talcahuano. SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Enrique Miranda, Santiago; Luis Silva, Concepción; Eugenia Maldonado, San Carlos; Inés Gutiérrez, Santiago; Alejandro Pino, Valparaíso; Margarita Gutiérrez, Curanilahue. UN LIBRO: Mirta Praderas, Quirihue; Reinaldo Benavente, Santiago; Francisco Escudero, Santiago; Hugo Salgado, Linares; María A. Sánchez, Santiago; María I. Cartes, Lebu; Agustín Balbontín, Santiago; Pedro Letamendia, Villarrica; Raimundo Undurraga, Santiago; Patricio Aranda, Casablanca.

Cupón N.º 3 — Serie N.º 3
GRAN SORTEO DEL
17 de diciembre

Cupón N.º 3 — Serie N.º 3
30 de noviembre de 1955.

CUPON DEL
CONCURSO
Semanal

SIMBAD N.º 326



3. Instintivamente, Kim cogió entre sus mandíbulas la palanca, y la bajó con todo el peso de su cuerpo. La vertiginosa rapidez disminuyó, hasta que las sillas voladoras se detuvieron. Entre la multitud se abrieron paso los policías y enfermeros, para atender a los rescatados y al operador.



4. Todos alababan a Kim, interponiéndose en su camino. Los periodistas acudieron para fotografiarlo. Pero a Kim no le interesaban ni la fama ni los aplausos. Desesperado, vio que Alicia se alejaba. Corrió entonces derribando a los reporteros, que se preguntaban intrigados: "¿Es un héroe o un perro rabioso?"

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO



Simbad

N.º 327

EL FANTASMITA



\$ 20.-



CAPITULO XXII.—FIERAS EN LA NIEVE

1. Kim detuvo un carrusel de sillas voladoras que había perdido el control, salvando a numerosas personas y a su amita Alicia Landy. Mientras Kim era detenido por los periodistas que deseaban fotografiar al héroe, Alicia y su padre se alejaron.



2. Kim no pudo alcanzar a sus amos, pero vio la ruta que siguieron. Decidido a reunirse con ellos, siguió aquel camino. Aunque empezó a nevar, el valeroso perro no desfallecía. Un letrero a la orilla del camino anunciaba que el río Beaver no se hallaba a gran distancia.

(Continúa en la penúltima página.)

El país de las maravillas

CAPITULO XVII.—*Maritza raptada por las aves.*

Mientras Mirko, los otros lebreles, los pavos reales y las palomas se complotaban contra la ratita blanca, ésta salió por la abertura de la gruta y se puso a inspeccionar los alrededores.

Aún más, contorneó las rocas y escudriñó el horizonte tal como lo hacen los centinelas en tiempo de peligro.

Por fin volvió a la gruta y comenzó a golpear la roca como buscando una salida secreta.

—Entra, gentil camarada —díjole un lebrele.

—¡Cuán desdenosa es!
—exclamó la perrita Lizia—. No quiere hablar con nosotras de puro enterada.

La ratita blanca, que no era otro que el príncipe Claudio metamorfoseado por la magia del hada Fidelia, no podía hablar, porque guardaba en su boca la esmeralda en forma de hoja de hiedra que le había obsequiado su hada protectora.

Llegó la hora del almuerzo y Maritza dijo a la ratita:



La ratita blanca trajo una linda manzana.

Año VII - 7-XII-1955 - N.º 327

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane)

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.

Subscripción en el extranjero: Anual: US\$ 2,10. Semestral: US\$ 1,05.

Recargo por vía certificada: Anual: US\$ 0,20. Semestral: US\$ 0,10.

—Tengo hambre... Ve en busca de apetitosos manjares, Blanquita. ¿O piensas dejarme ayunar?

La ratita movió su cola y se introdujo por la pequeña brecha. En el acto, Mirko puso en obra su plan.

—Alerta, princesa —dijo a Maritza—; los bandidos han descubierto nuestro refugio. En algunos instantes nos alcanzarán. Debemos huir.

—¿Pero cómo? —interrogó la princesa—. Carezco de caballo.

—Monta en mi lomo como lo hiciste ayer —respondió Mirko—. Nosotros corremos más ligero que los bandidos, y nos ocultaremos en medio del bosque.

Maritza vacilaba aún.

—¿Y la ratita blanca? —preguntó al lebrelo Mirko—. No deseo partir sin ella, y me gustaría que nos acompañara.

—Salgan adelante —insinuó un lebrelo—, y yo me encargaré de llevarla al bosque, en compañía de Lizia. Pero partid al momento, princesa... Ya escucho el ruido de la cabalgata enemiga. La pobre princesa se dejó persuadir por sus favoritos, y en pocos instantes, lebreles y pavos reales, se enfumaban en la selva. Cuando la ratita blanca volvió a la caverna, trayendo en su hocico una linda manzana, quedó estupefacta al ver que ya no estaba Maritza en la caverna.

La perra Lizia y el otro lebrelo la miraban con hostilidad.

—Y la princesa Maritza, ¿dónde está? —preguntó la ratita blanca.

—Se marchó —respondió Lizia—. Estaba aburrida en esta caverna, y acaso también de ti, rata de alcantarilla.

—¿Y se marchó sin esperarme? —exclamó la rata—. Ingrata, mil veces ingrata e imprudente...

—Vaya, vaya, vaya —dijo con sorna la perra Lizia—; ahora puedes hablar y antes te hacías la mudita...

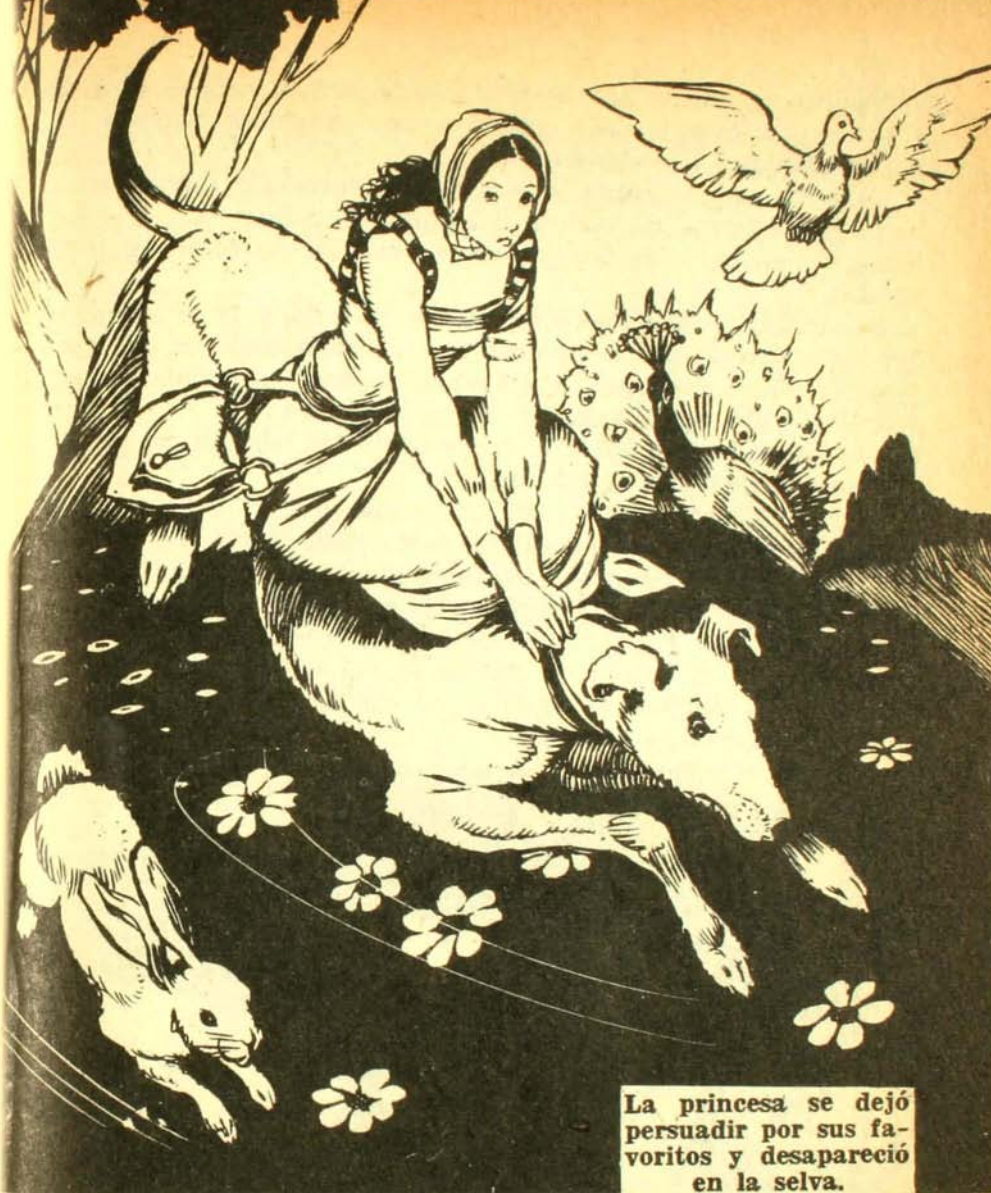
—¿De qué me sirve hablar ahora que la princesa se fue? —suspiró la rata.

—Nos divertirás con tu charla —musitó la irónica Lizia.

La ratita blanca estaba desesperada.

—He recobrado el uso de la palabra —explicó a sus amigos—, porque acabo de solicitar este favor del hada Fidelia. Yo pensaba comunicar a la princesa Maritza importantes sucesos.

—Olvida a nuestra princesa —opinó Lizia—. Es lo mejor que puedes hacer.



La princesa se dejó persuadir por sus favoritos y desapareció en la selva.

—¿Yo olvidarla? —gritó la ratita—. Jamás, por jamás. La buscaré hasta en las entrañas de la tierra o en las inmensidades del mar.

—Si antes no te destrozamos con nuestros colmillos —replicó la envidiosa Lizia.

—Ustedes no me infunden miedo —declaró la rata—. Sois dos cobardes perros que osáis atacar a una indefensa criatura. Por vuestra maldad seréis castigados.

Y diciendo esto la ratita, que apretaba entre sus dientes la esmeralda en forma de hiedra, murmuró de prisa:

—Hada Fidelia, te invoco por cuarta vez. Devuélveme mi forma natural.

Una claridad deslumbrante iluminó la caverna, y la ratita blanca quedó convertida en un gallardo doncel, bello como el día y elegante como un príncipe. En su mano derecha empuñaba una espada de acero con mango de oro y brillantes.

En medio de la estupefacción y terror de los lebreles, se escuchó una voz armoniosa que así decía:

—Príncipe Claudio, tú has merecido, más que tu hermano Cristián, y que nadie en el mundo, mi protección, porque no vacilaste en dejar tu forma natural para transformarte en una humilde ratita. Príncipe Claudio, hermoso príncipe Lirio, sigue adelante y nada temas. Sólo puedes expresar un deseo más antes que el talismán que te di pierda su efecto. No lo malgastes... Vas en camino de la felicidad si aquella que has elegido cumple con las promesas contraídas conmigo.



La ratita blanca quedó convertida en un gallardo doncel.

Poco a poco fue desvaneciéndose la celestial claridad, y sólo quedaron en la caverna el príncipe Claudio y los lebreles.

—Príncipe Claudio de Carelia, perdónanos — suplicaron a un tiempo ambos lebreles.

—Os perdono —replicó el príncipe Claudio—. Sabed que para proteger a la princesa Maritza yo no vacilé en tomar la forma de una humilde ratita. Así puede traerle alimentos por la hendidura de la roca.

—Y nosotros te despreciamos —suspiró Lizia, muy arrepentida. —Que esto os sirva de lección para nunca despreciar a los animalitos indefensos —aconsejó el buen Claudio—. Pero ahora devolvedme a mi adorada princesa.

—Te la devolvemos inmediatamente —replicó Lizia—. Monta sobre mi lomo y yo te llevaré al bosque.

Cuando llegaron al límite de la selva, el lebrél Mirko salió a recibirle muy inquieto y desesperado.

—¿Y la princesa Maritza? —preguntó el príncipe Claudio.

—¡Ay de mí! —respondió Mirko—. Los pavos reales y las palomas nos han traicionado vilmente. Cuando llegamos al bosque esas aves persuadieron a la princesa de que era peligroso huir por tierra. Entre todas le formaron una especie de aeroplano y volaron con ella por los aires.

—Qué perfidia —protestó la revoltosa Lizia—. Seguramente fue el Hada de los Pájaros, quien aborrece a los lebreles, la que les inspiró esa maldita idea.

—Y yo que ya me creía al término de mis dolorosas aventuras —suspiró el príncipe Claudio—. No puedo pedir un nuevo favor al hada Fidelia, porque sólo me resta un deseo que expresar antes que mi talismán pierda su poder.



—Sólo me resta un deseo que expresar antes que mi talismán pierda su poder —dijo el príncipe Claudio.

(CONTINUARA)

El tesoro del

CAPITULO I.—EL TIRANO

Cóndor de oro

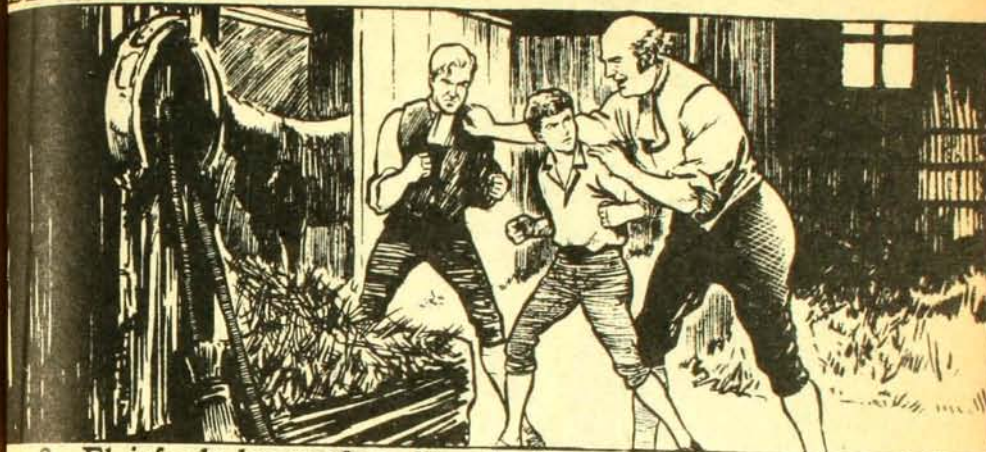
DE SAINT-MALO



1. El malvado marqués de Saint-Malo se presentó en casa del armero Pedro Champlain y dijo: “—Tu nieto Juan Pablo es mi sobrino. El rey me nombró su tutor y, por lo tanto, debe seguirme”. El niño obedeció con tristeza. “—Trabajarás en los establos —decidió el marqués—. Y ¡ay de ti si desobedeces!”



2. El caballerizo entregó a Juan Pablo una montura demasiado pesada que resbaló de sus manos, cayendo al suelo húmedo. “—¡Estúpido!”, rugió el mozo de establo, golpeando brutalmente al nieto de Champlain. Este lo enfrentó, y luchaban furiosamente cuando el buen Fontaine acudió a separarlos.



3. El jefe de las cuadras dijo al niño, que aún temblaba de coraje: “—Calma, Juan Pablo. No olvides que el marqués es tu amo y puede castigarte cruelmente. Soy tu amigo y te defenderé siempre. Serví a tu padre, el marqués más noble y justo que hubo en este feudo”.



4. Transcurrieron los años. Juan Pablo se había convertido en un joven apuesto, silencioso y altivo. María, la hija del marqués, se sentía atraída por él. Era cortejada por el conde de Bayux, a quien un día Juan Pablo ayudó a montar. El petimetre cayó por sobre la montura. “—¡Rufián!”, gritó Saint-Malo.

El tesoro del

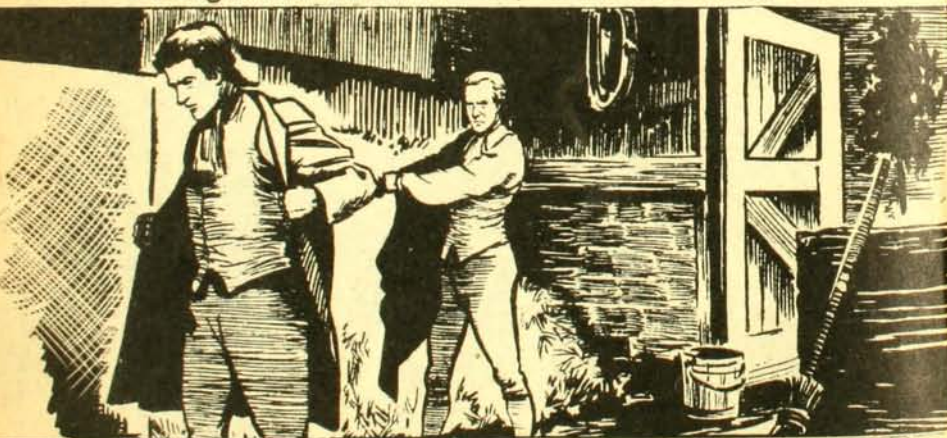
Cóndor de oro



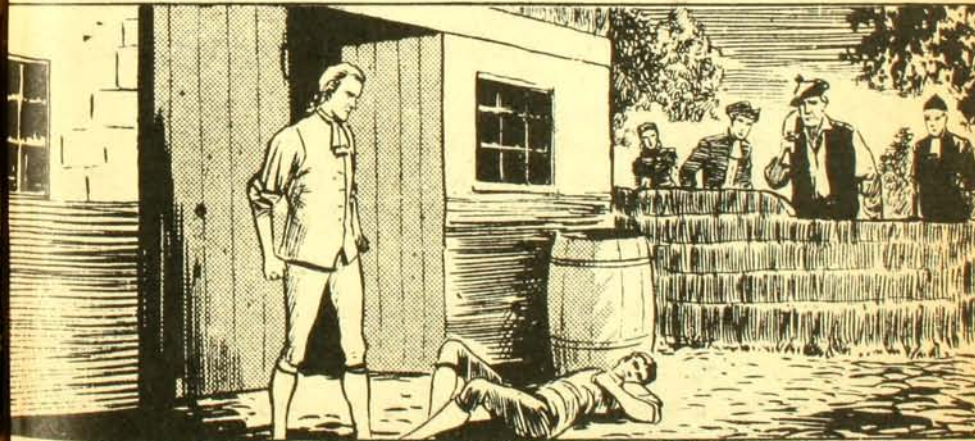
5. Hubiera azotado con su látigo a Juan Pablo, pero María le defendió. Secretamente, invitó después al joven a un baile en el castillo. A pesar de los antifaces que los invitados usaban, Saint-Malo reconoció a su odiado sobrino. “—¡Fuera de aquí! —vociferó—. Tu lugar está en el establo, entre las bestias.”



7. El marqués de Saint-Malo lanzó un traicionero golpe. Maniatado por las mangas de su propia chaqueta, Juan Pablo estaba indefenso. Eduardo de Saint-Malo dijo con sarcasmo: “—Primera regla: estar siempre en guardia. No dejes que tu adversario te sorprenda desprevenido”.



6. Cogió del brazo a Juan Pablo, obligándole a salir. En seguida le condujo a un galpón desierto y dijo fríamente: “—¿Has oído hablar del pugilismo? Es un nuevo arte que entusiasma a los nobles de Europa. Te daré una lección. Quitate la librea, lacayo”. Juan Pablo obedeció lentamente.



8. El marqués maltrató sin piedad a su sobrino, hasta dejarle inconsciente. “—Eso te enseñará a no salir de tu pocilga para entrar en el castillo de tus señores”, murmuró Saint-Malo, mientras algunos aldeanos, el padre Benoit y un forastero miraban consternados la cruel escena.

(CONTINUARA)

DUVALES EN el CIRCO



CAPITULO XIV. Voces en el bosque.

Con los ojos nublados de lágrimas, Diana Marcy escribió:

Querida Mimí: Mi decisión es definitiva. Aunque he sido muy feliz siendo tu compañera en

el trapecio, comprendo que estoy perjudicándote. Quizás tú lo reconoces, pero no quieres entristecerme. Todos opinan que Hugo es el más indicado para acompañarte en tus triunfos. Eres tan leal y buena amiga, que jamás lo aceptarías. Por lo tanto, he decidido irme del circo. Así Hugo ocupará mi lugar, porque no te quedará otra solución. Te deseo éxito y recuerda siempre que te quiero mucho. Tu amiga. DIANA.

Deslizó la carta en un sobre, cerró éste pensativamente y en seguida salió en busca del empresario. Al comunicarle que había resuelto marcharse, Libor no pudo reprimir un gesto de satisfacción.

—Lo siento, Diana —declaró—. Pero eres una muchacha sensata y sin duda has reflexionado bien.

—Le ruego que no le dé la noticia a Mimí. Espere hasta que ella reciba mañana mi carta.

—Muy bien, Diana. Buena suerte.

Minutos después Libor decía a Hugo:

—Está prohibido hablar a Mimí Duval de la partida de Diana. Pero a ti puedo comunicártela. Ahora tienes el camino libre hacia la gloria y los aplausos.

Hugo exclamó:

—¡Estupendo, señor Libor! Haré famoso al circo.

Un irónico gesto contrajo sus hermosas facciones. Secretamente pensaba:

“¡Por fin vencí a esa pequeña idiota que intentaba cruzarse en mi camino! Mimí queda en mis manos. Ahora será más fácil cumplir mi plan.”

Esa tarde, Mimí preguntó a la equilibrista Dolly:

—¿Has visto a Diana? Parece estar jugando a las escondidas conmigo.

—Debe estar con los elefantes —contestó Dolly.

Esa noche, durante la función, después de presentarse con los elefantes, Diana observó ansiosamente los demás números. No los vería ya más y deseaba llevarse su recuerdo. Percibió la voz imperiosa del domador Alexandro, entre el rugir de los



Diana comunicó a Libor que había decidido marcharse.

leones. Vio desfilar a las bailarinas ecuestres con sus sonrisas radiantes. El silbido del látigo de Rita la estremeció cuando la amazona realizaba sus pruebas con los caballos. El redoble de los tambores, anunciando un salto mortal de los trapeceistas, aceleró el latir de su corazón. Luego, vanamente, intentó reconocer entre las risas agudas o estruendosas, entre las voces de falsete, la voz profunda de Runrún.

Terminada la función, sirvió como siempre a Mimí su taza de café. La francesita no tardó en dormirse.

Al amanecer del día siguiente, Diana abandonó el carromato. Dejó la carta en un lugar muy visible, para que Mimí la viera al abrir los ojos.

—Adiós, Mimí querida —susurró con desesperación.

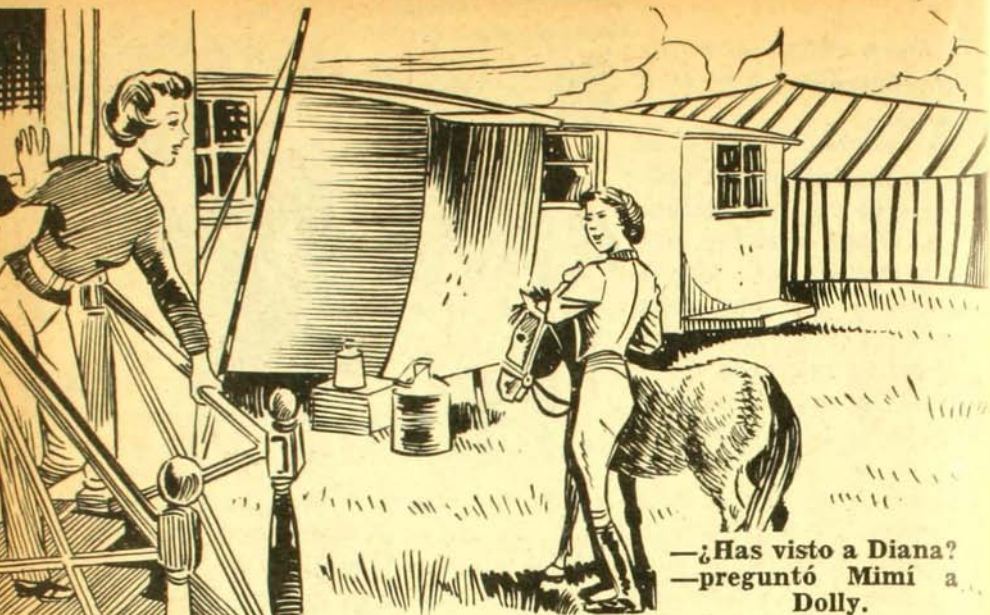
A la incierta luz del alba, se alejó. Desde el bosque miró hacia el llano donde estaba instalado el circo. Allí, bajo la extensa carpa, en los carromatos viajeros, había vivido la época más feliz de su vida.

—Adiós —repitió.

Se despedía de sus compañeros fieles y alegres. De la farándula brillante. De los elefantes, de Chimpi, de los caballos y de los perritos sabios. De todos los seres que amaba y de la amiga inolvidable: Mimí Duval.

Tras la sonrisa irónica de Hugo se ocultaban negros pensamientos.





—¿Has visto a Diana?
—preguntó Mimí a
Dolly.

Un rumor de voces distrajo sus tristes pensamientos.

—Ahora soy el compañero de Mimí Duval. Sin esa espía Diana Marcy, realizaré mi plan.

—Te felicito, Hugo. Eres un rey de la intriga.

—Del trapecio, amigo —contestó riendo el acróbata—. Se lo demostraré a todos cuando elimine a mi única rival: Mimí.

Dejó la carta en un lugar visible.



Diana se sintió desfallecer. ¿Qué significaban esas palabras?

—Interceptar el mensaje que Diana le enviaba a Mimí, fue un golpe maestro.

—En realidad. Mi dulce enemiga pensó que Mimí estaba más interesada en admirar mis pruebas que en sus mensajes. Esta desilusión la impulsó a marcharse.



Observó por última vez el circo.

Diana apartó cautelosamente las ramas. Vio a Hugo, jactancioso y sonriente. Un hombre de barba negra le observaba con una expresión entre zumbona y admirativa.

—Puedes estar seguro, Fedor —terminó Hugo—, yo triunfaré, tal como he soñado, tal como lo merezco, porque soy el mejor acróbata del mundo.

(CONTINUARA)

LECTORCITO

¡YA EMPEZO EL CANJE DE CUPONES DE NUESTRO GRANDIOSO SORTEO DE NAVIDAD! ¡RECIBIMOS MILES DE CARTAS DIARIAS! ¡NO SEAS DE LOS ULTIMOS!

Enumeramos aquí algunos de los principales premios que sortearemos el 17 de diciembre próximo.

BICICLETAS, RADIOS, PELOTAS DE FUTBOL, MUÑECAS, PATINES, PREMIOS EN DINERO Y MUCHOS PREMIOS MAS...

Envía tus cupones a REVISTA "SIMBAD", Casilla 84-D, Stgo. Y no olvides que mientras más cupones remitas, más opción tendrás a ganar algunos de estos magníficos regalos.

EL fantasmita

LOS AMIGOS DEL FANTASMITA HAN SALIDO DEL CASTILLO DESCOLGÁNDOSE POR UNA CUERDA



¿LLEGARÁN A TIEMPO PARA SALVAR A LOS CAMOTIENSES?

ASÍ LO ESPERO. ALLÁ DIVISO A ESOS MALOSOS.

EL AMBICIOSO RICOTE Y SU AMIGO MANDÓN REALIZAN SU PLAN: ECHAR UN NARCÓTICO EN LA FUENTE

CON ESTO DORMIRÁN TODOS COMO BENDITOS Y ENTONCES...



...NOS APODERAREMOS DE TODOS SUS AHORROS

¡AHÍ VAN MIS VALIENTES



¿MUUU?

SÍ, ROSALÍA, TOMA AGÜITA. DESPUÉS TOMARE YO. LAS DAMAS SIEMPRE PRIMERO.

AHORA AVISAREMOS A LA BANDA DEL COJO



A ESTA HORA LOS CAMOTIENSES SACAN AGUA DEL POZO

QUAL UN HÉROE ESTRAMBÓTICO LUCHARÉ CONTRA EL NARCÓTICO



¡NO BEBAS! ES PELIGROSO.



LUISILLO DENUNCIA EL SINISTRO PLAN DE RICOTE

Y PENSABAN ROBAROS... BLA, BLA, BLA...



¡ROSALÍA SE DURMIÓ!

CONTINUARÁ



BUFAILO BILL

CAPITULO XIX.—UNA CITACION SOSPECHOSA



1. Ala de Cuervo y sus indios perseguían a Búfalo Bill. El audaz jinete se vio de pronto

El Gran Manitú nos proteja!



Nadie nos alcanzará, Torbellino.

¡Señales de humo!



ante un muro rocoso. Torbellino trepó sin vacilar.

2. Ninguna de las jacas indias era capaz de escalar aquella pendiente. Sólo Torbellino, el caballo con crines de plata y cascos veloces y potentes como una tempestad, podía realizar la hazaña. Dejando tras él un defrumbre de piedras y un clamor de aullidos furiosos, se alejó rápidamente.

Torbellino! Te hicieron los malvados.



Tu arco y tus flechas me servirán.

3. Las tribus se comunicaban, con señales de humo, el paso del explorador. A poca distancia del fuerte Smith, los indios cris detuvieron a Búfalo Bill. Una bala rozó a Torbellino, que perdió pie. Búfalo Bill, defendiéndose heroicamente, se apoderó de las flechas de un piel roja.



Es un hombre blanco, acosado por los indios.



Ud. sera culpable de su muerte, mi coronel.

4. El coronel Drew, comandante del fuerte, era un hombre pomposo e indiferente. Sus órdenes eran no abandonar la fortaleza, y cuando sus subalternos le insinuaron que auxiliara a Búfalo Bill, dijo: "—Puede tratarse de una emboscada". El capitán Renie gritó indignado: "—¡Esto es una cobardía!"

BUFALO BILL



5. "—¿Cómo se atreve? —rugió Drew—. Capitán, queda usted arrest... ¡Ay!" La causa de aquel chillido era una flecha. En ella venía el mensaje del general Custer. Búfalo Bill cumplió su misión. Había entregado el mensaje... , aunque no precisamente en las manos de Drew. Este se lamentaba a grandes voces.

7. El no podría ocupar una montura por bastante tiempo, y fue el capitán Rennie quien dirigió la brigada contra los pieles rojas y rescató a Búfalo Bill. Torbellino sólo tenía una herida superficial y, terminada la pacificación de los rebeldes, llevó a su amo de regreso al fuerte Lincoln.



6. El capitán Rennie desclavó respetuosamente la flecha y leyó el mensaje con las nuevas órdenes de Custer: combatir a los crímenes y cabalgar hasta la región donde les aguardarían las fuerzas de Custer para sofocar la rebelión india. "—Obedezcan", gimió el coronel Drew.

8. Allí reinaba siempre una gran alegría. El más bullicioso bailarín y cantor era el capitán Miles. El y Búfalo Bill fueron llamados por el general Custer, quien les dijo: "—Caballeros, irán a una fiesta que Arco Largo ofrece en mi honor. Habrá danzas, festines, pipas de la paz y... traición".

(CONTINUARA)

TRES AMIGOS

en LA SELVA



El elefante de Marylin jugaba con el sombrero de la niña.

CAPITULO V.—Perfidias del millonario Paterson.

Toda la alegría que sintió Marylin al poseer el elefante, regalo de su padre, se esfumó cuando supo que Paterson lo había comprado en Sin-

RESUMEN: Roberto y Lina Mervil viajan en un barco con destino a Singapur, donde esperan ser recibidos por su padre. Otra pasajera es Marilyn Paterson, hija del Rey del Caucho. Roberto se indigna al ver que un obeso chino maltrata a una chinita esclava y le castiga con una feroz bofetada. Se suscita una querrela y el chino amenaza a Roberto. Los Mervil son recibidos en Singapur por el tío de David, quien resulta ser enemigo de Paterson. Para evitar una acusación criminal, David le compra al obeso chino la pequeña esclava Tika. Ambas familias llegan al interior de la selva. Roberto y Lina Mervil, a pesar del miedo a los insectos y fieras, están contentos. No así Marylin y Miss Barclay, que viven en continua zozobra. Lina adopta un monito recién nacido y Marylin recibe de su padre el obsequio de un elefante.

gapur, nada más que para molestar a su odiado vecino David Taylor.

“¿Será el clima ardiente lo que hace cambiar a los hombres y convertirles en vengativos y malos? —pensaba Marylin—. A veces creo que mi padre tiene defectos gravísimos, fuera del vicio del alcohol.”

El millonario Paterson era astuto y comprendió que sus palabras habían herido a su adorada hija.

—Montada sobre el elefante podrás llegar hasta la mansión de tus amigos Mervil —dijo Paterson a su hija—. Además, al viejo David le envié una motocicleta por si quiere reemplazarla por el elefante que tanto ambicionaba.

Marylin sólo escuchó la primera frase de su padre, y con vehemencia saltó al cuello del millonario Paterson, murmurando:

—¿Es verdad que me permitirás visitar a Lina y a Bob? Yo trataré de consolar al tío David.

—Perfectamente —dijo el plantador de caucho—; puedes ir a visitarles y le presentarás mis condolencias a Taylor, que debe estar furibundo conmigo.

—Cuando pequeña yo tenía un elefantito de felpa y lo llamaba Tobi —expresó Marylin—. Si tú no te opones, papá, este grandote se llamará Tobi también.

El cornac Bambo fue de opinión que aún no le cambiaran nombre al elefante Pahang.

—Tú tienes que amigarte primero con él —decía Bambo a su patrona—, y él contigo. Tú tienes olor a Tika, con el monito en brazos, los Mervil y criados divisaron un elefante que entraba en el jardín.



raza blanca y Pahang puede desconocerte y enojarse. En efecto, el paquidermo no miró con buenos ojos a la linda rubia. Movía intensamente la trompa y no quería recibir los terrores de azúcar de manos de Marylin. Pero al día siguiente ya Tobi aceptó a su nueva patrona y se entretuvo sacándole el sombrero y volviendo a colocárselo en la cabeza con extraña delicadeza. Marylin reía a gritos y hasta su institutriz Miss Barclay se entretuvo con el elefante. —Ya puede el ama salir de paseo con Tobi —declaró Bambo al tercer día de amistad con Marylin.

Muy hogareña era la vida de los sobrinos del tío David Taylor. Sentados en los amplios corredores de la vieja casona, Lina y Roberto aguardaban al dueño de casa ausente desde el día anterior.

Lina preparaba un biberón de leche condensada para el monito jibón, recién nacido, que días antes habían recogido en la selva. La chinita Tika se había constituido en niñera del mico y lo cargaba en brazos como a un bebé humano, sin descuidar por ello sus deberes de camarera y criada de Marylin. Era Tika quien barría, ponía los cubiertos en la mesa y recogía flores para los búcaros.

Roberto Mervil tenía por discípulo al hindú Dass, y con él limpiaba fusiles y escopetas para las cacerías de fieras.

—No he de dejar un tigre ni una pantera vivos —decía Roberto a su criado Dass—. Dicen que ayer un rayado se comió un corredo y casi arrebató de su cuna a un chico.

—Mi con puñal y el *tuan* con fusil —replicaba sonriendo Dass. Pero aquella tarde toda la familia del solar de Taylor estaba agitadísima esperando la llegada del tío David. Había partido el día antes a Singapur y volvería montado en el elefante que había prometido traer a sus sobrinos.

Por eso toda la exótica familia se situaba en corredores y techos esperando al elefante y al tío David.

Dass atisbaba desde el techo el camino abierto en la selva. De súbito lanzó un agudo grito:

—El *tuan*, el *tuan* (el amo, el amo).



David Taylor furibundo, avanzaba en una motocicleta.

David Taylor el que se alzó para responder a las ovaciones y gritos de alegría de Roberto y Lina Mervil.

Dos personas, una de pelo canoso y otra rubia agitaban sus yelmos gritando:

—Buenos días, buenos días.

Estupor y una sorpresa muy alegre.

—Lina, Lina querida, al fin aquí —decía Marilyn Paterson.

—Marylin, es increíble —respondió Lina—. Tú también tienes un elefante para pasear. Qué felicidad. Baja en seguida.

Bambo hizo doblar sus patas delanteras al elefante Tobi y ambas niñas se abrazaron.

Roberto y Dass ayudaban a bajar del elefante a Miss Barclay.

—Qué lindo y pintoresco es todo aquí —murmuró Marilyn—.

Tantas flores en el jardín. Lina, tú vendrás también a visitarme. Papá me regaló este elefante para que podamos vernos con frecuencia.

—El tío David también nos traerá hoy un elefante —expresó Lina—. Lo estábamos esperando, y cuando apareciste creímos que era él.

—¿Estás segura de que te traerá un elefante? —preguntó Marylin.

—¿Por qué lo pones en duda? —inquirió Lina.

El joven hindú divisaba algo como una roca en marcha, como un tanque último modelo avanzando por la espesura. Sobre el lomo del elefante se balanceaba un gran canasto y en él descollaban dos yelmos blancos. El cornac, vestido con un *sarong* rojo escarlata y un turbante amarillo, guiaba al paquidermo.

Dass saltó del techo y explicó a la concurrencia que el amo venía acompañado y que era preciso preparar las bebidas heladas.

Majestuosamente avanzaba Tobi por la puerta del jardín y hacía su entrada al recinto familiar.

Pero no fue el casco blanco de

—Porque papá me dijo que no había otro elefante adiestrado en Singapur y que a él le costó mucho conseguirlo...

—Ya veremos —dijo Lina—; mientras tanto entremos a la galería para beber algo fresco. Ya Roberto le está ofreciendo una taza de té a Miss Barclay.

—¡Qué país —exclamaba la institutriz—, mosquitos, quinina, milpatas, treinta y ocho grados a la sombra, tigres y serpientes!...

—Horrendo, horrendo —asintió Roberto.

—No le crean —balbuceó riendo Lina—. Bob se siente feliz y sólo piensa en cacerías de fieras. Está siguiendo las huellas de un rayado.

—¿Ustedes también oyeron los rugidos y no se mueren de miedo? —preguntó Marylin.

—Aún no estamos moribundos, Marylin —respondió Roberto—; yo prefiero divertirme cazando fieras a pasar las tardes escuchando los discos americanos en la radio. Ansío trabarme en lucha con una pantera o un tigre...

—¿Qué ruido es ése? —preguntó aterrada Miss Barclay—. Parece un bufido salvaje.

Todos salieron al corredor, y Dass, cuya vista era de lince, exclamó:

—Es el *tuan*.

David Taylor avanzaba en una motocicleta. Su rostro parecía fatigado y en su frente había un pliegue adusto.

Mientras los indígenas parecían atemorizados por la bulliciosa máquina, Lina y Roberto le saludaban.

Pero Taylor, con su mirada fija en el elefante, parecía no verles.

—¿Qué hace ese animal en mi jardín? —preguntó el amo—. Respondan... En Singapur me dijeron que era imposible entregarme un elefante, y cuando llego aquí...

—Ese elefante pertenece a alguien que nos visita, tío David —explicó Lina.

Antes de que Lina respondiera, Marylin avanzó hacia el corredor diciendo:

—Señor Taylor, no se enfade. Yo sé muchas cosas. Papá me las explicó. En Singapur le vendieron ese elefante porque...

—Fue entonces al señor Paterson a quien vendieron el elefante... Lo comprendo. Ese individuo trata de herirme cada vez que puede. Es un intrigante, un mal hombre.

—Tío David —suplicó Lina—, Marilyn no tiene la culpa.
—Pero es hija de ese infame... Que se vaya y no vuelva más a mi casa. Lévese su juguete, señorita... Yo me quedo con la moto... Villanos.

Marilyn estalló en llanto, mientras el tío David, acariciado por Lina, trataba de calmarse.

—Escucha, pequeña —dijo por fin el tío David a Marilyn—, tú le dirás a tu padre que juro...

—No, tío —interpuso Roberto, colocando una mano en la boca del furibundo Taylor—; espera tener calma y no digas cosas de las cuales puedas después arrepentirte.

El buen David miró a sus dos sobrinos llorosos y apenados; pensó que él no debía contristarles más en ausencia de su padre y murmuró casi sonriente:

—No me ahoguen, niños. Suéltenme. Ya no muerde el pobre viejo...

Sentándose en una butaca, la víctima de las perfidias de Paterson llamó al criado Dass y le pidió una botella de whisky.

Marilyn y su institutriz Miss Barclay, alejadas del grupo familiar, miraban con terror al tío David. Por fin la inglesa, con mucha cortesía, se acercó y dijo:

—Permítanos retirarnos, señor Taylor, y excúsenos...

—Muy honrado de su visita, Miss Barclay —respondió el tío David, sin despegar la vista del vaso que tenía entre sus manos. Lina Mervil trató de aplacar a su indignado tío.

—Tío David —murmuró Bob al oído de Taylor—, no podemos dejarlas marcharse a esta hora meridiana, con el sol sobre sus cabezas...

Era pedirle demasiado al indignado plantador de caucho.

Lina, más diplomática, cogió de un brazo al viejo David y murmuró:

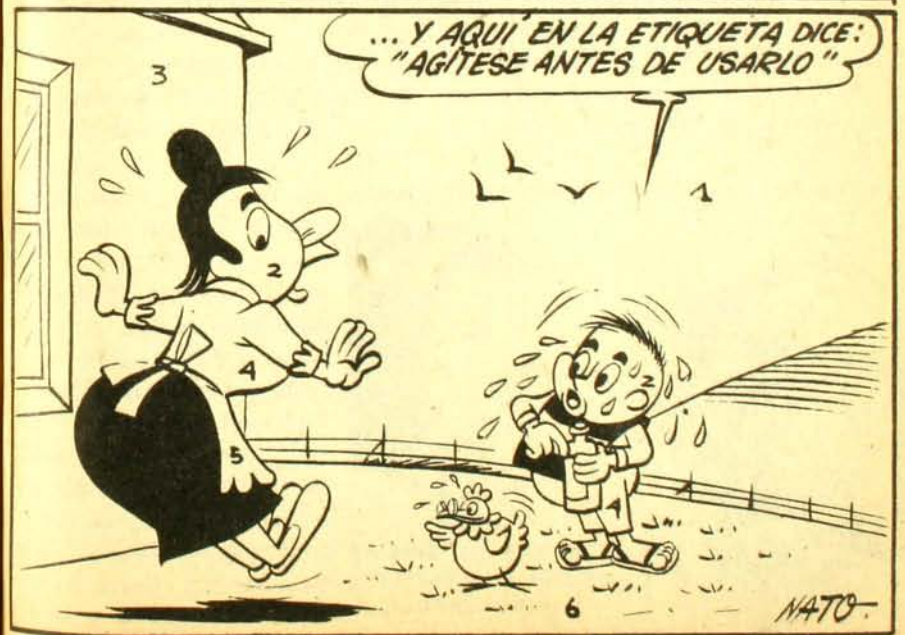
—Tika y Dass le tienen preparado el baño, tío querido. Entre en la sala mientras nosotros almorzamos.



(CONTINUARA)

Ponchito

POR NATO



Estos dibujos son hechos especialmente para colorear:

1. celeste; 2. rosa; 3. amarillo; 4. azul; 5. rojo, y 6 verde.

NATO

LOS GUARDIANES DEL ORO



CAPITULO IV Las puertas de la muerte.

El consejero mayor de la Hanse había propuesto a Ives el Lobo que dirigiera la flota de la isla para combatir a los piratas y a los mercaderes ambiciosos. El héroe contestó:

—Me niego a conducir a la muerte a vuestros infelices prisioneros. Queréis resguardar vuestro oro, pero sin riesgo para vosotros. Los cautivos desafiarán el peligro en los mares plagados de piratas.

Enfurecido por aquella respuesta, el consejero dictaminó:

—Si no quieres servir a la Hanse como un valiente, divertirás a la chusma en el circo.

—¿Más luchadores turcos? —interrogó Ives con fría sonrisa.

—Ya lo verás. Y en cuanto a ese bufón...

Señaló a Rilo, que escuchaba encogido y silencioso.

El maestro no terminó la frase, limitándose a hacer un gesto. Dos corpulentos guardias alzaron a Rilo. El se debatió inútilmente, gritando:

—¿A dónde me lleváis, verdugos? Quiero permanecer junto a mi

amigo. El me necesita para protegerme. ¡Fementidos y traidores, déjadme libre!

Eran inútiles sus protestas. Desapareció, llevado en andas.

—Extranjero, eres astuto y no careces de valentía —continuó el consejero—. Necesitarás tu astucia para elegir entre el tigre y el toro



—Elegirás tu destino —sonrió el consejero, sarcásticamente.

salvaje, y tu valor para luchar contra ellos. Sin un minuto de descanso, el héroe fue conducido de nuevo a la arena. La multitud acudió a las murallas. Con voz vibrante, el consejero pronunció:

—Puedes observar a tu derecha dos puertas iguales. Abre la que tú quieras. Allí tienes un arma.

Lanzó un cuchillo a la arena, mientras un estremecimiento de emoción recorría a los espectadores.

Ives recogió el cuchillo. Su mirada se dirigió a las puertas mencionadas. Detrás de ellas acechaba la muerte. Un toro furioso y un tigre famélico...

Sobre los muros, la multitud se agitaba, inquieta.

—¡Decídate, cobarde!

El insulto del Guardián del Oro no alteró a Ives. Una sonrisa plegó burlonamente sus labios.

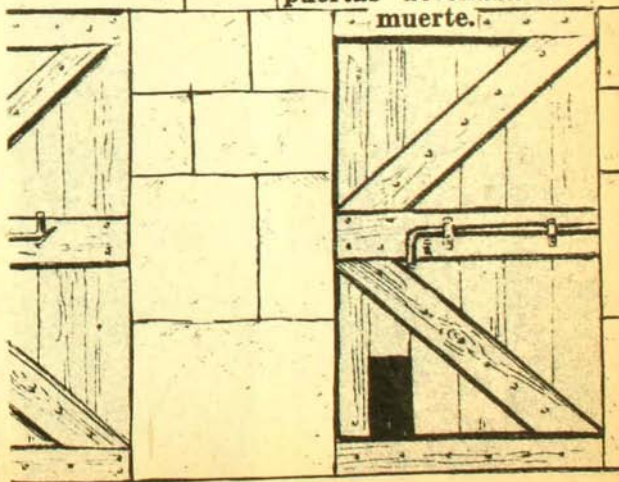
—Hombres de la isla —anunció—, deseáis presenciar un buen espectáculo. Os lo ofreceré, en mayor medida de la que esperáis.

Inconscientemente, todas las miradas se fijaron en las puertas. Dos grandes cerrojos las aseguraban. La madera era gruesa y ferrada. ¿Cuál de ellas abriría el héroe? Conteniéndolo el aliento, vieron que él avanzaba con decisión.

Ives recogió el cuchillo.



Detrás de aquellas puertas acechaba la muerte.





Envainó el cuchillo, mientras un murmullo de asombro recorría la multitud.

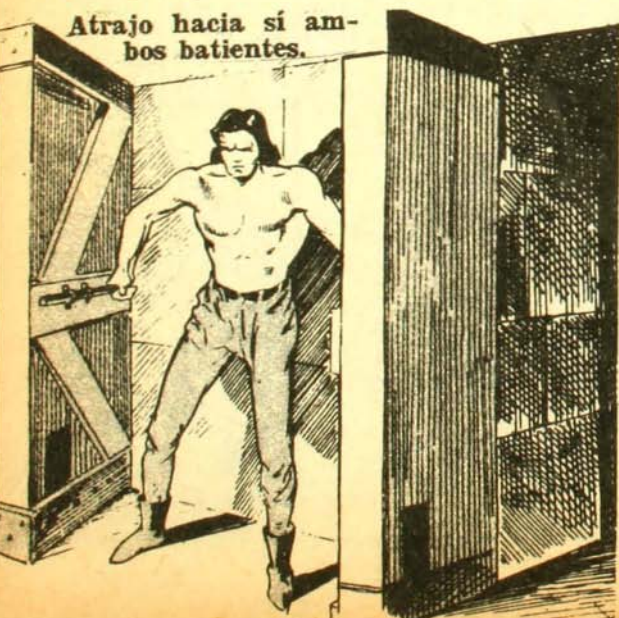
descorrió al mismo tiempo los dos cerrojos, atrayendo hacia él los batientes, que rechinaron sordamente.

Los gruesos maderos de roble le protegían así mejor que una coraza de hierro.

Un poderoso rugido vibró en los ámbitos. El bufar del toro y sus pezuñas golpeando la arena, respondieron a la estremecedora voz del tigre.

De un impulso, Ives se izó sobre las puertas. Desde su seguro refugio presenciaria el encuentro de ambas fieras.

Atrajo hacia sí ambos batientes.



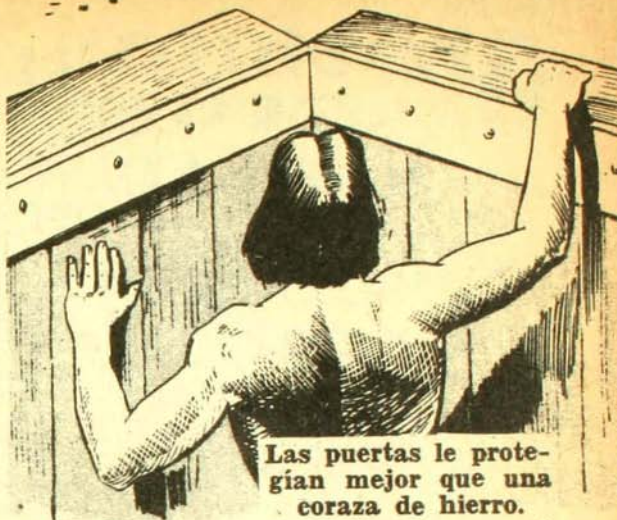
La muchedumbre miraba fascinada y atónita. Jamás habían visto una audacia semejante. El ardid era sencillo, pero para efectuarlo se requería gran dominio de sí.

El toro seguía removiendo la arena con sus pezuñas mientras el tigre, apegado a la tierra, esperaba el ataque. Sus ojos verdosos, encendi-

dos de furia, escrutaban al adversario.

La embestida del toro fue rápida y fulmínea. En un instante, ambas fieras se trabaron en violenta lucha. Los agudos cuernos rasgaron la piel estriada, mientras las garras del tigre se hundían en el lomo del taurino.

Los isleños miraban como alucinados, pero muchas veces sus ojos se desviaban hacia la figura erguida de Ives el Lobo. Tanto como el combate de las fieras, les atraía el nimbo de tranquila audacia que rodeaba a aquella silueta legendaria.



Las puertas le protegían mejor que una coraza de hierro.

(CONTINUARA)

Las fieras se trabaron en lucha mortal.



GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

\$ 300.000.-

PREMIOS MAYORES: DOS BICICLETAS, RADIOS, PELOTAS DE FUTBOL, PATINES, BLUEJEANS, JUEGO DE LUDO, LOTERIA, JUGUETES VARIOS, JARDINERAS, MUÑECAS, LAPICERAS FUENTES, PORTADOCUMENTOS, CINTURONES, PISTOLAS DE JUGUETE, PREMIOS EN DINERO, BOLSAS CON BOLITAS y muchos premios más. Para obtener cualquiera de los objetos enumerados, sólo tendrás que juntar los cupones que aparecen semanalmente al pie de esta página. Por cada serie de CINCO cupones numerados de 1 a 5 obtendrás un BOLETO para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" EL 17 DE DICIEMBRE PROXIMO.



Y AHORA, LECTORES, A JUNTAR MUCHOS BOLETOS PARA GANAR ALGUNOS DE LOS REGALOS QUE "SIMBAD" OFRECE EN ESTE GRANDIOSO SORTEO DE NAVIDAD.

Cupón N.º 4 — Serie N.º 3
GRAN SORTEO DEL
17 de diciembre.

Cupón N.º 4 — Serie N.º 3
7 de diciembre de 1955.

¿LO SABES TU?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:

¿Qué se celebra el 8 de diciembre?

Solución a "Simbad" 325. Las monedas de Bolivia, Ecuador, Venezuela, son: el peso, sucre y el bolívar, respectivamente.

Entre los niños que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes nombres:

CON CINCUENTA PESOS: Nelson Reveco, Santiago; Ana Alarcón, Santiago; Alejandro Cassi, Putaendo; Laura Véliz, Santiago; Guacolda Coquedán, Parral; Carlos Morán, Santiago; Rosa Espinoza, Valparaíso; Sonia Salas, Valdivia; Guacolda Rubilar, Santiago; Alicia Espinoza, San Fernando.

SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Teresa Sarelas, Chimbarongo; Amalia X. Arredondo, Santiago; Nancy Moya, Curicó; Juana Maqueira, San Bernardo; Margot Angelbech, Lautaro; Adrián Rubio, Rengo.

UN LIBRO: Patricio F. Cortés, Santiago; Carlos Bohringer, Santiago; Julián Rodríguez, Curicó; Luis Vásquez, Linares; Patricio Leiva, Viña del Mar; Sonia Norambuena, Santiago; Juan L. Valencia, Temuco; Emilio Herrera, Santiago; Ana Hernández, Angol; Carmen Tapia, Traiguén.

Los niños de Santiago pueden retirar sus premios, diariamente, de 10 a 13 horas, en Avenida Santa María 076, 2.º piso. Los de provincias recibirán sus premios por correo.



CUPON DEL
CONCURSO
Semanal

SIMBAD N.º 3 2 7



3. Al día siguiente, Kim avistó a dos hombres y se sintió reanimado. Su primer impulso fue correr, lanzando ladridos de alegría. Pero un oculto instinto le sugirió que avanzara con cautela. Oyó decir a uno de los hombres: “—Ahí viene la muchacha con las pieles. Será fácil robarle el trineo, Rod”.



4. El corazón de Kim latió con fuerza. Aquella niña que conducía el trineo era Alicia Landy. Sin vacilar, se lanzó sobre los cobardes asaltantes. Rod alcanzó a disparar, y luego creyó que era atacado por un lobo salvaje. “—¡Auxilio, Martín!”, gritó, debatiéndose aterrado.

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO



Simbad

N.º 328

\$ 20.-

RIVALES EN EL CIRCO





KIM



CAPITULO XXIII.—LA BALA TRAIIDORA

1. Martín y Rod, ladrones de pieles, acechaban a Alicia Landy para asaltarla. Intervino Kim, y luchó con tal furia, que ambos forajidos rodaron por la pendiente hacia un abismo. También rodó el trineo en el cual Alicia yacía inconsciente.



2. Kim se lanzó ladera abajo, hasta reunirse con su adorada amiga. Observó su pálido rostro, sobre el cual caía la nieve. No daba señales de vida. Tal vez el disparo de Rod la había herido gravemente. Kim aulló, desolado. ¿A quién recurrir en aquella soledad? ¿Cómo salvar a Alicia?

(Continúa en la penúltima página.)

El país de las maravillas

CAPITULO XVII.—Muerte del sultán Rurur.

El príncipe Claudio, que había recobrado su forma natural gracias a la protección del hada Fidelia, suspiraba tristemente y decía: —¿Qué he conseguido con abandonar la forma de la ratita blanca si mi adorada Maritza ha volado lejos de mí?

En ese instante se posó sobre la rama de un árbol un pájaro de dorado plumaje, el cual poco a poco fue transformándose en una hermosísima mujer, cuyo traje estaba confeccionado por lindas plumas de pavo real color rosa.

—Soy la reina de los pájaros —dijo el hada—, y si ordené a las palomas y a los pavos reales que se llevaran a la princesa Maritza, fue para castigar a estos orgullosos lebreles que despreciaron a la ratita blanca. Pero nada temáis, bello príncipe; Maritza está en lugar seguro y no corre peligro.

El príncipe llegó junto al navío y trepó por una escala de cordel.



Año VII - 14-XII-1955 - N.º 328

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane)

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.

Subscripción en el extranjero: Anual: US\$ 2,10. Semestral: US\$ 1,05.

Recargo por vía certificada: Anual: US\$ 0,20. Semestral: US\$ 0,10.

—¿Hacia dónde debo dirigirme para encontrarla? —preguntó el príncipe Claudio.

—Sigue en línea recta hacia el oriente —explicó el hada de los pájaros—, hasta que llegues a un laurel rosa que debe florecer en una semana más. Trata de estar junto a ese árbol misterioso antes del arribo de la princesa.

Y al decir esto el hada desapareció.

Ahora veamos lo que aconteció al príncipe Cristián desde el momento en que el hada Fidelia le facilitó un caballo alado.

El príncipe Cristián se dejaba guiar por su mágico corcel y por los silfos del bosque que se habían constituido sus más celosos protectores. Como sabemos, la linda y rubia Alina iba hacia el Africa en compañía del negro sultán Rurur, quien consiguió hacerla su novia por medio de viles intrigas.

—Animo, sutiles silfos —decía el príncipe Cristián—, valor, mi bello corcel; es preciso correr y correr antes de que el sultán Rurur se embarque en el navío que ha de conducirle a tierra africana. Pero por más que corrieron sin comer ni dormir, cuando llegaron a la costa advirtieron con profundo dolor que el navío de Rurur ya estaba en alta mar.

El valiente príncipe no se desanimó. Cogiendo la esmeralda en forma de hoja de hiedra que era su precioso talismán, hizo un cuarto voto:

—Oh buena hada Fidelia.—murmuró Cristián—, antes que el navío se aleje de este mar que tú dominas, permite que naufrague en algún arrecife y dame una embarcación para salvar a mi adorada Alina.

A lo lejos se divisaban las blancas velas del navío africano. De súbito se nubló el cielo y un viento huracanado encrespó las olas.

El príncipe Cristián divisó un barquichuelo, frágil y diminuto, atado al muelle. Sin pensar en el peligro que le amenazaba, saltó a la barquilla, mientras los silfos aterrorizados le gritaban:

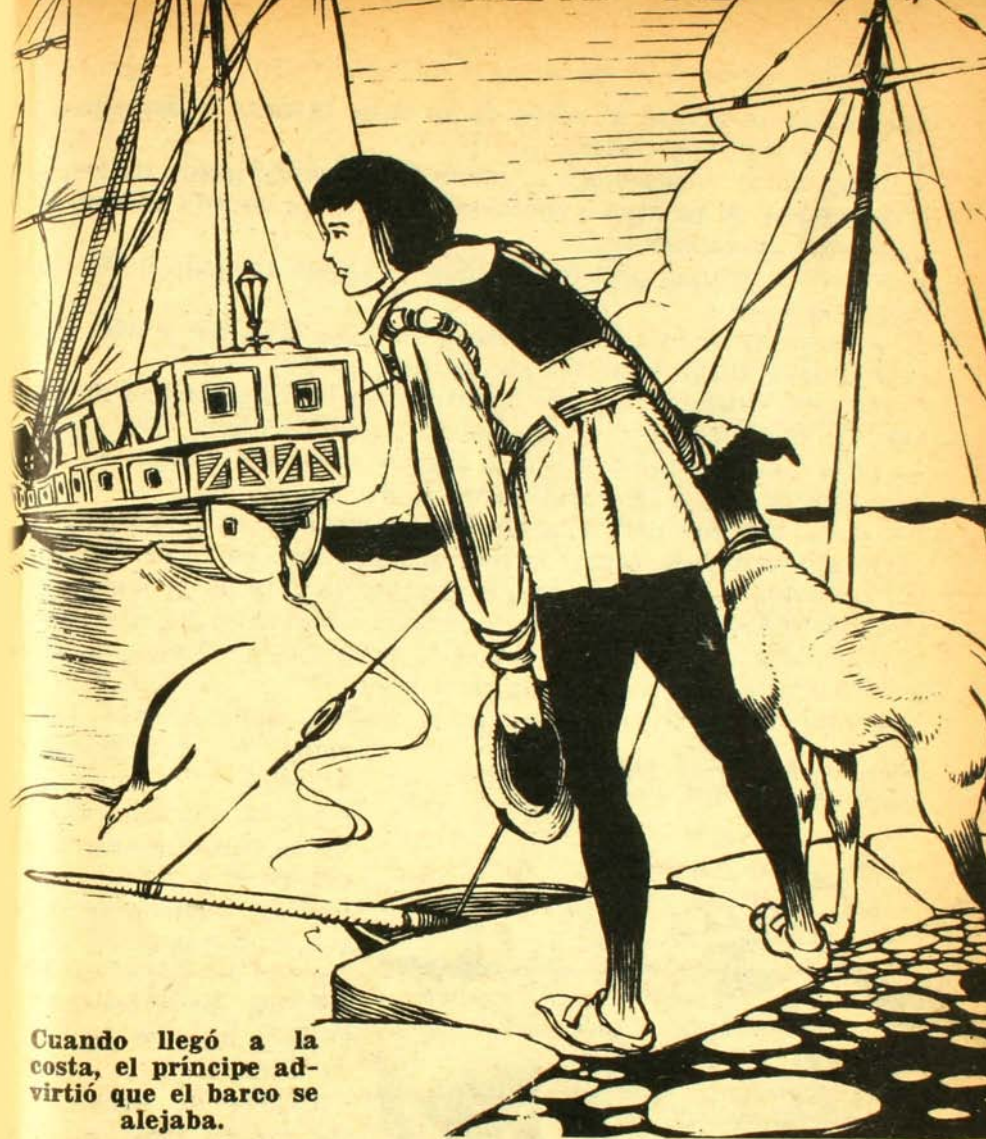
—No te embarques en esa frágil barquilla. Morirás ahogado.

—No importa —respondió Cristián—; prefiero morir antes que abandonar a la rubia Alina.

Cristián saltó a la embarcación y remó hasta el navío que había encallado en un arrecife.

—Sálvame, joven príncipe —suplicaba el negro sultán Rurur.

—Estoy pronto a salvarte —respondió Cristián— si me devuelves



Quando llegó a la costa, el príncipe advirtió que el barco se alejaba.

a la princesa Alina; pero ella será la primera que suba a mi barquilla.

El navío se hundía rápidamente y nadie podía encontrar a la princesa.

—¿Dónde está Alina? —preguntó Cristián al capitán del barco.

—Desde que comenzó la tormenta —explicó el negro capitán— la princesa tendió sus brazos al cielo y, después de una misteriosa

invocación, se abrazó al cuello de su cisne favorito y desapareció junto con los otros cisnes.

—Huyó de mí —murmuró el sultán Rurur enloquecido de temor y de rabia—. Si yo llego a capturarla, en vez de hacerla sultana, la convertiré en esclava.

—Villano —gritó el príncipe Cristián—, muere ahogado junto con todos tus negros.

El príncipe Cristián saltó a la barquilla y se alejó del navío, que pronto desapareció entre las encrespadas olas.

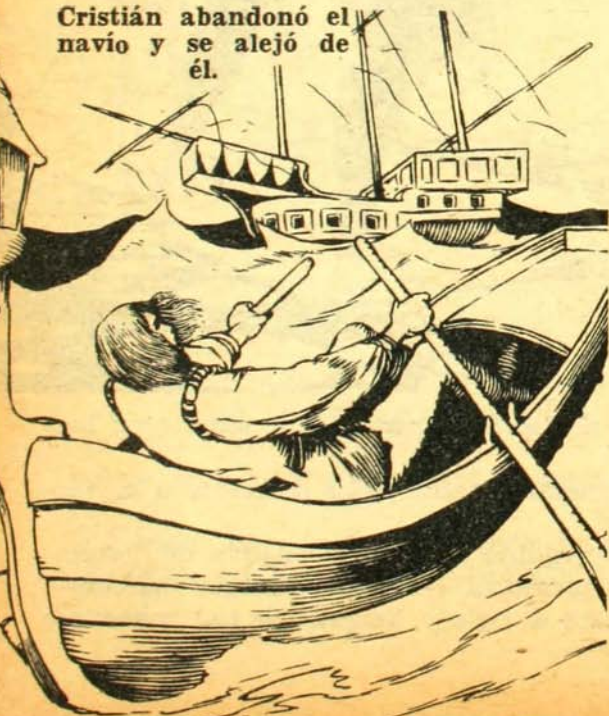
Entretanto, Cristián, bogando en su barquichuelo a merced de las olas, vio llegar la noche sin encontrar a su princesa.

La princesa Alina también sufría crueles aventuras. Como era dócil y sumisa, nunca se rebeló contra su destino.

Sin duda que fue para ella horrible el instante en que subió al navío africano, pues, separada por un inmenso océano, perdía casi por completo la esperanza de que el príncipe Cristián la rescatara. Cuando sobrevino la tormenta y encalló el navío en los arrecifes, la princesa Alina llevó a sus labios la esmeralda en forma de hoja de hiedra e invocó a su hada protectora.

—¡Oh buen hada Fidelia —suplicó la linda y rubia Alina—, sál-

Cristián abandonó el navío y se alejó de él.

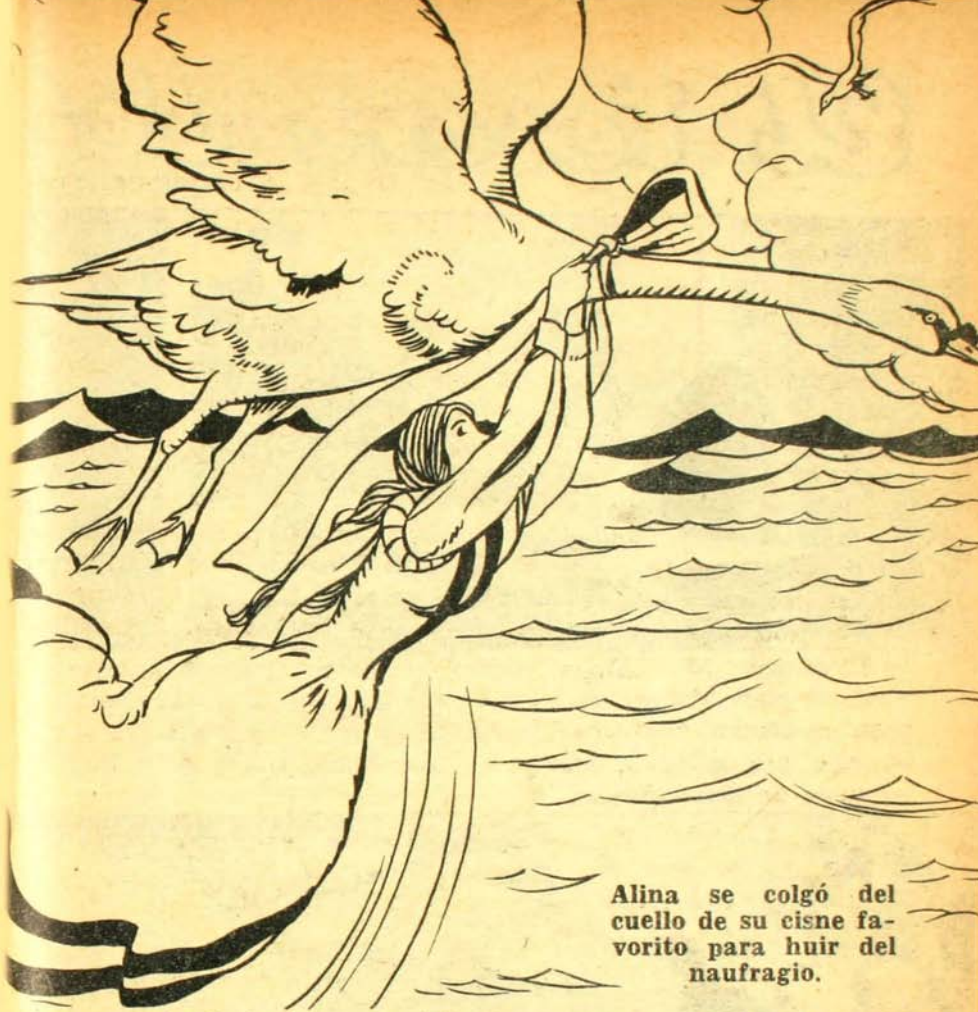


vame, tú que puedes hacerlo!

Alina no alcanzó a divisar la barquilla que tripulaba el príncipe Cristián, y cogiéndose del cuello de uno de sus cisnes, se dejó llevar por los aires, confiada en la protección del hada Fidelia.

—Cógete de esas cintas, amada princesa —dijole su cisne favorito—, y nada temas.

Sin mirar hacia atrás, Alina obedeció al mandato de los cisnes y abandonó el navío africano a tiempo que lle-



Alina se colgó del
cuello de su cisne fa-
vorito para huir del
naufragio.

gaba a estorbarle la fuga el mirlo negro, que, como sabemos, era el pérfido **GENIO DE LA DISCORDIA**.

Cuánto alivio habría sido para la gentil y buena Alina saber que su adorado príncipe flotaba dormido en una barquilla bajo la protección solícita y bienhechora del hada Fidelia.

—¡Maldita suerte —chilló el mirlo Negro—, si llego momentos antes, esa princesa habría caído para siempre en nuestros antros infernales!

Buena suerte, diremos nosotros, porque así esta historia del País de las Maravillas tendrá un bonito final en el próximo capítulo.

(CONCLUIRA)

El tesoro del

CAPITULO II

Cóndor de oro

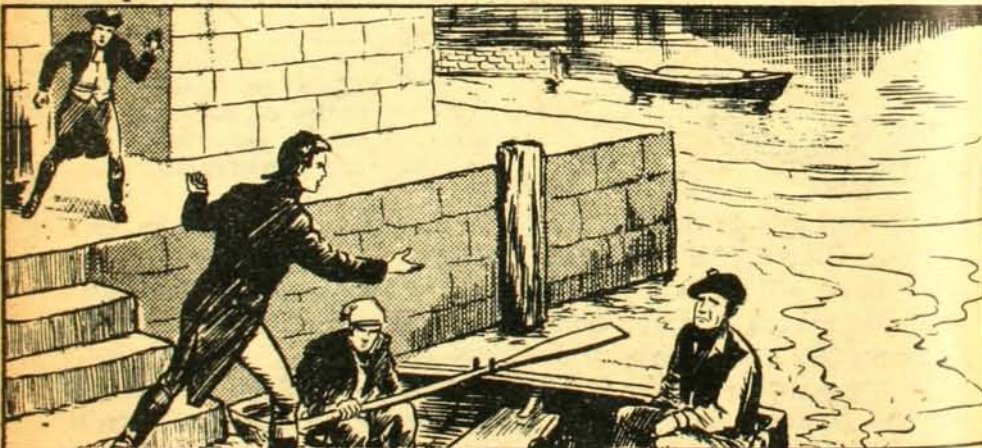
EL LAGO AZUL



1. El escocés Mac Dugal venía del lejano país de Guatemala. Traía el plano de un tesoro y un medallón de oro que tenía grabado un cóndor. El padre Benoit declaró: “—Te traduciré el mapa, hijo mío, si llevas contigo a Juan Pablo, quien debe huir del marqués de Saint-Malo”.



3. El joven se negaba a irse, pero el anciano le envió recado de que se marchara. Resistiría la prisión y los sufrimientos, esperando el regreso de su nieto. El barco enfiló hacia las Azores, rumbo a América del Sur. Al avistar las costas de Guatemala, Mac Dugal se estremeció.



2. Mac Dugal aceptó, pues sólo el padre Benoit podía leer la escritura maya del mapa. Se dispuso la fuga para esa noche. El escocés aguardaba con impaciencia cuando Juan Pablo se presentó en el embarcadero. Estaba intensamente pálido y dijo: “—El marqués ordenó arrestar a mi abuelo”.



4. Sólo distinguía ruinas y, al desembarcar, supo que la ciudad de Antigua había sido destruida por un terremoto. “—Mi hija Clara, balbució Mac Dugal, aterrado. La dejé para viajar a Francia, en busca del padre Benoit. ¿Has visto a mi Clara?”, interrogó a una mujer nativa.

El tesoro del cóndor de oro



5. Siguiendo la dirección señalada, encontraron a la joven. “—Tengo traducido el mapa del tesoro”, anunció Mac Dugal, triunfante. Clara no demostró alegría. Apartándose de su padre, murmuró: “—Ese tesoro es la causa de todas nuestras desgracias. Por él murió mi madre abandonada”.



6. “—Yo también he visto la muerte de cerca, mientras usted corría detrás de esa quimera —añadió Clara con tristeza—. ¿Quién es el forastero que le acompaña? ¿También está cegado por la ambición?”. Pero Mac Dugal y Juan Pablo convencieron a la niña de que les acompañara en su peligrosa expedición.



7. Avanzaban guiados por un indígena. De súbito, una flecha se clavó en la espalda del guía. Amenazantes figuras surgieron de la jungla. Eran indios quichés. Juan Pablo intentó desenvainar su arma, pero Mac Dugal lo detuvo: “—¡Quieto! Los conquistaremos con estas joyas falsas”.



8. Ofreció collares que destellaban al sol y lucían alegres colores. Los quichés se los arrebataron entre exclamaciones. A pesar de que conservaban su expresión hosca, dejaron pasar a los exploradores. Horas más tarde, Mac Dugal gritó: “—¡Allí está! El lago azul que figura en el mapa del tesoro”.

(CONTINUARA)

RIVALES EN el CIRCO



CAPITULO XV. Aparece "Cosquillas"

Diana Marcy oía atemorizada la voz del trapecista Hugo:

—Estoy seguro de que Diana sospechaba de mí. Era necesario eliminarla y lo conseguí. Ha

abandonado el circo y espero no verla más en mi vida.

—Ausente Diana, tienes en tu poder a Mimí Duval —observó el individuo llamado Fedor.

—Exacto. Sólo ella se interpone ahora en mi camino hacia la fama y el triunfo. La alegre Mimí también desaparecerá. Además de ser el más admirable acróbata del mundo, poseo también dotes de prestidigitador. Con un simple gesto, hago desaparecer a mis enemigos.

Su risa vibró duramente.

Diana se sentía desfallecer. Se alejaba del circo para no arruinar la brillante carrera de Mimí. No deseaba perjudicarla, pero ahora descubría que dejaba a su amiga a merced de un adversario cruel. Su primer impulso fue regresar corriendo, pero se contuvo. ¿Quién la creería si denunciaba a Hugo?

Mientras tanto, Mimí había despertado en su carromato. Vio la carta que dejara Diana y la cogió, asombrada. Al leerla, palideció. Vistiéndose apresuradamente, salió en busca del empresario Libor.

—¿Qué significa esto? —exclamó—. Diana se ha ido.

Los obreros levantaban el circo, pues se trasladaría a otra ciudad. Aunque Libor estaba vigilando los trabajos, atendió a Mimí.

—En efecto —repuso—. Comprendió que era una carga inútil.

—¿Cómo puede decir eso? Era mi compañera y mi amiga más querida. No la olvidaré y nadie, ¿comprende?, NADIE la reemplazará junto a mí.

Libor procuró tranquilizarla.

—Reflexione, Mimí. El sacrificio de Diana no debe ser en vano. Ella deseaba su triunfo, junto a un acróbata consumado. Me refiero a Hugo, el rey del trapecio.

En ese instante se acercaba el rubio trapecista. Luego de oír la

noticia, consoló a Mimí:

—Comprendo su dolor, pero recuerde el lema de los artistas de circo: la función debe seguir.

—Sí... , la función debe seguir, aunque tenga el corazón destrozado, aunque... Reprimió las lágrimas. Hugo suplicó:

—No llore, Mimí; verla sufrir es superior a mis fuerzas.

* * *

Diana Marcy se había adelantado al circo. Tenía ya un plan para impedir que Hugo causara daño a la francesita. Cuando vio venir los camiones, su corazón latió violentamente. Estaban aún en las afueras de la ciudad. Diana se ocultó detrás de un árbol y observó el paso de los carromatos, las jaulas rodantes y los elefantes.

Cuando pasaba el último carromato, la niña saltó a su interior. Nadie viajaba en él, porque servía de guardarropía.

—Volveré al circo... en secreto —murmuraba.

Pero no estaba sola. Una voz profunda la sobresaltó:

—¡Diana! ¡Has regresado!... Bendito sea Dios.

La buena Francisca se acercó a ella. Mientras las lágrimas inundaban sus ojos, Diana le confió su angustia. Al revelar las pérfidas intrigas de Hugo, temió que Francisca dudara, pero la encargada del guardarropía exclamó:

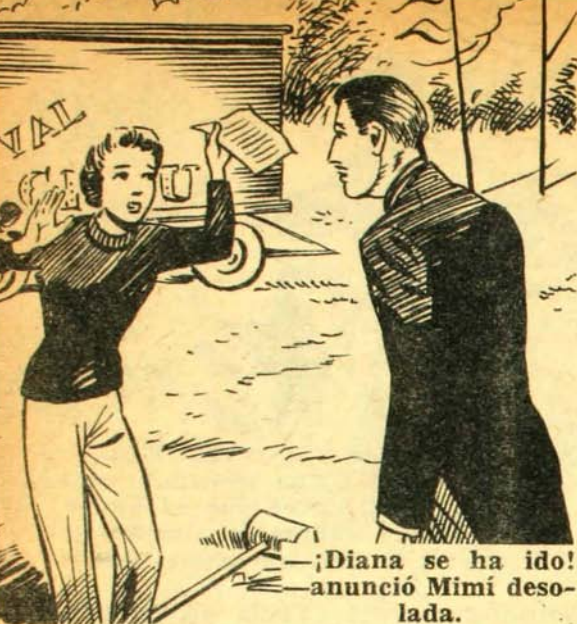
—Yo sabía que ese



Diana descubrió con horror que su amiga estaba a merced de un adversario cruel.



Al despertar, Mimí Duval vio la carta.



—¡Diana se ha ido!
—anunció Mimí desolada.

fantoche ocultaba un corazón negro. Todos en el circo saben que es un fanfarrón, pero tal vez se nieguen a aceptar tu denuncia. Pensarán que lo acusas por despecho. Tu plan de permanecer ocultamente cerca de Mimí para protegerla, es bueno, pero necesitas un disfraz.

—¿Un disfraz, mamá Francisca?

—Sí. Este traje y esta máscara de clown, por ejemplo. El circo tendrá el único payaso femenino. Espero que Runrún no se

pondrá celoso.

Ofreció a la niña el disfraz.

—Vístete, Diana. Pronto llegaremos al lugar donde se instalará el circo. Entonces te presentaré a Libor para que te dé trabajo. Quizás convenga hablar primero con Runrún.

En efecto, se dirigió al payaso para solicitar su ayuda.

—Es una jovencita, hija de una amiga mía, que necesita ocupar-

Saltó al último carro-
mato del circo.





—Pensarán que, por despecho, acusas a Hugo —dijo Francisca.

se. Si tú la apoyas, le será más fácil quedarse en el circo.

—Tú quieres que convenza al “pájaro” Libor, ¿verdad? —preguntó él, sin mirar a la cohibida muchacha—. ¿Piensas que no temo a la competencia? ¿Y si esta pequeña me eclipsa con su gracia? ¿Cómo se llama? ¿Cosquillas, tal vez?

—Exacto, Runrún. Es un buen nombre.

El chimpancé se había acercado al grupo y lanzaba chillidos de alegría, mientras daba saltos y volteretas.

“Me reconoce”, pensó Diana, alarmada.

Runrún sonrió:

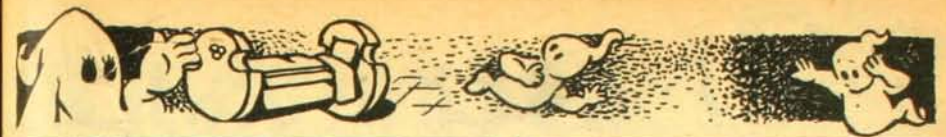
—¿Ves? Ya ha conquistado a Chimpi y así me robará también al público. Pero no importa. Soy generoso, tengo un corazón sin envidia y llevaré de la mano a Cosquillas hacia el triunfo.

(CONTINUARA)



—Con este traje y la máscara, nadie te reconocerá, Diana.

El fantasmita



LOS CAMOTIENSES ESTÁN FURIOSOS POR EL COMLOT DE RICOTE.

¡QUERÍAN ROBARNOS MIENTRAS DORMÍAMOS!

YO QUIERO DORMIR. BUENAS NOCHES LOS PASTORES

NO HAY DUDA, ESTA NARCOTIZADA

RICOTE QUERÍA ROBARNOS LOS AHORROS

¿NOS REGALARÁN GORROS?



LA POBLACION ESTÁ SALVADA. Y AHORA...



¡A LUCHAR CONTRA LA BANDA DEL COJO!

¡OH! PROTEJE A MI BELLO TROVADOR

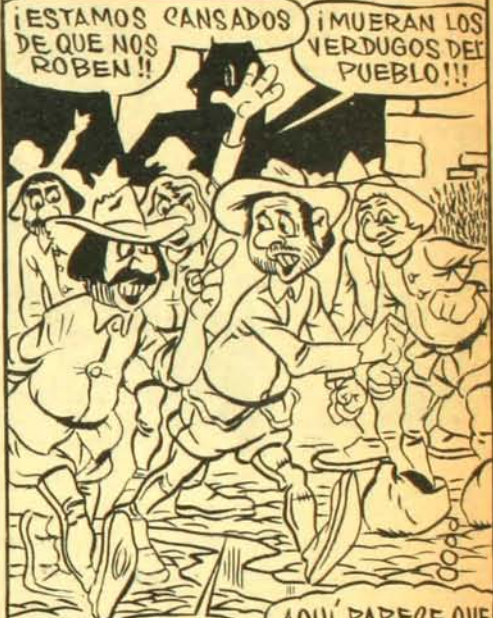
MIENTRAS TANTO LOS CONSPIRADORES REGRESAN AL CASTILLO



AL CASTILLO
AL REFUGIO SECRETO DE LA BANDA DEL COJO

NUNCA HABRÁ SIDO MÁS FACIL RECOGER MONEDITAS. LOS CAMOTIENSES DUEMEN

PERO LOS CAMOTIENSES NO DORMÍAN



¡ESTAMOS CANSADOS DE QUE NOS ROBEN!!

¡MUERAN LOS VERDUGOS DEL PUEBLO!!!

¡ABAJO EL CAMOTE!
AQUÍ PARECE QUE SE VA A ARMAR LA GRANDE. ¡CHAO!



TODO ESTÁ TRANQUILO.



OIGO UN RUMOR ALARMANTE ¿NOS HABRÁ ENGANADO EL CABALLERO RICOTE?

CONTINUARÁ



BUFALO BILL

CAPITULO XXV LA EMBOSCADA



No se preocupe, mi general. Estaremos alertas.



Donde hay danza, allí estoy yo.



Arco Largo se sentirá desilusionado cuando nos vea.



Buen sitio para una emboscada.

1. Búfalo Bill y el capitán Miles irían en representación del general Custer, al campamento de Arco Largo, jefe de los indios arapahos. "—No se fíen de Arco Largo, dijo Custer. Ofrece una fiesta en mi honor, pero..." El alegre Miles repuso: "—Me encanta bailar en las fiestas, aunque sea con música de balas".

3. Mientras cabalgaban, Miles preguntó: "—¿Por qué sólo nos acompañan el sargento Barton y dos soldados? Arco Largo es traicionero como una serpiente, y necesitaríamos más protección". Búfalo Bill contestó: "—No olvides que nuestra misión es de paz..., o por lo menos debemos fingir que así lo creemos.



Buena suerte, Bill.



¡A todo galope! No quiero llegar atrasado a la fiesta.



No disparen! Sólo vienen cinco blancos.



Estas rocas son un buen escondrijo para las víboras.

2. Búfalo Bill, jinete en su hermoso caballo blanco Torbellino, y Miles, montado en su mustango comanche, al cual adoraba, se pusieron en marcha, seguidos de una pequeña escolta. Custer les había dicho: "—Tal vez Arco Largo ofrece sinceramente la paz, no es prudente que, por desconfianza, la rechacemos".

4. Mientras la reducida escolta avanzaba por el desfiladero, Arco Largo y sus guerreros les acechaban con odio. El jefe arapaho gruñó: "—El general blanco envió sólo a cinco de sus hombres. No viene él con todo su ejército. Mi plan ha fracasado. La emboscada que preparé ha sido inútil".

BUFA LO BILL



5. Ordenó que los pieles rojas retrocedieran en silencio, abandonando su lugar de acecho. Búfalo Bill alcanzó a ver algunas plumas que sobresalían de las rocas, pero simuló ignorancia. Cuando llegó al campamento, los indios le acogieron con señales de amistad. La expresión de Arco Largo era apacible.



6. Pero los agudos ojos de Búfalo Bill veían el oculto resplandor de odio y observaron también los caballos sudorosos y cubiertos de polvo. Los pieles rojas habían cabalgado furiosamente para llegar al campamento antes que los enviados del general Custer. Un indio se inclinó al oído de Arco Largo.



7. La ira deformó el rostro del guerrero, quien rugió: "—¿Tú eres Pa-E-Has-Ka?" Búfalo Bill repuso: "—Así es, Arco Largo. No me conocías en persona, pero yo derroté a tu tribu cuando se sublevó, hace tres meses. Ahora ofreces la paz y demuestras ser sabio". El arapaho ocultó su odio con una crispada sonrisa.



8. "—Eso pasó y ahora fumaremos la pipa de la paz. Habrá armonía entre los blancos y los arapahos", dijo lentamente, acallando con su voz el amenazador murmullo de los indios. Minutos después se iniciaba la ceremonia. Las danzas y el son del tamtam entusiasmaron a Miles.

(CONTINUARA)



La moto conducía a Taylor y a sus sobrinos Roberto y Lina Mervil.

TRES AMIGOS en LA SELVA

CAPÍTULO VI.—*La pantera negra.*

La diplomacia y bondad de Lina y Roberto consiguieron aplacar la justa indignación del tío David.

—Paterson es un pícaro —decía Taylor, mientras Roberto le ayudaba a vestir un fresco sarong—. Ese elefante lo tenía ya destinado a ustedes. Paterson lo compró por molestarme y me deja con la maldita moto.

—No tan maldita, tío —sonrió el muchacho—, porque podremos internarnos en la jungla y correr tras las fieras.

RESUMEN: Roberto y Lina Mervil han llegado a casa del plantador de caucho David Taylor, y su amiga Marilyn Paterson habita con su padre en una plantación cercana. Taylor y Paterson son enemigos acérrimos...

—Bien, bien —suspiró el tío David—, vamos a atender a las visitas. La chica Marylin no tiene culpa en las fechorías de su padre.

Así fue que con semblante risueño el tío David almorzó con Miss Barclay y la hija de su enemigo.

La chinita Tika, bien enseñada por Lina, servía a la mesa y el hindú Dass presentaba majestuosamente las viandas.

Los tres amigos mantenían una animada charla, y el tío David, como hombre de mundo, trataba de olvidar sus enconos.

Al atardecer y cuando el sol no era ya tan ardiente, el cornac Bambo acercó el elefante Tobi al corredor de la casa y las viajeras treparon al lomo del paquidermo y se hundieron en la cómoda litera.

—¡Adiós, Lina; adiós, Roberto! —gritó la gentil Marylin—. Les espero pronto en casa.

—¡Maldición! —murmuró el tío David entre dientes—. Mis pobres sobrinos tendrán que contentarse con una miserable moto.

Al día siguiente, David Taylor llamó a sus sobrinos y les dijo: —Vamos a estrenar la motocicleta. No será un paseo brillante, como reyes de la India sobre el lomo de un elefante, pero ganaremos en velocidad. . .

—¿Nos lleva a los dos? —preguntó Lina.

—Sin duda —asintió Taylor—. Estrechándose un poco en el amplio portaequipaje irán bastante cómodos. La cocinera Rina ya tiene preparada la merienda y Dass ha limpiado los fusiles.

—¡Si encontráramos una fiera! —suspiró Roberto.

—Iremos a la plantación número dos, que tanto me envidia Paterston —explicó Taylor—. Esa concesión es la que lo tiene enardecido contra mí. Su maldad ha llegado hasta a excitar a la revuelta a los chinos que la trabajan y algunos dicen que les ha ofrecido dinero para que organicen una huelga.

—Nos defenderemos contra todos —declaró el fanfarrón Roberto, bajando de la terraza con un magnífico fusil de último modelo.

—Tartarín de Tarascón —dijo riendo Lina.

—No te burles, Lina —exclamó Bob—; estos días me he ejercitado en el tiro al blanco y Dass es testigo de que pocas veces erré la puntería.

En realidad, no era muy prudente atravesar la jungla en una

motocicleta por aquellos estrechos senderos donde sería preciso abrir paso y cortar lianas tan gruesas como cables.

Colocados los tres exploradores en la moto, el tío David dio explosión al gas, roncó el motor y partieron a realizar su peligrosa aventura.

La chinita Tika aplaudía batiendo las manos, el mono jibón chillaba y Rina se persignaba.

Roberto y Lina, a pesar del desagradable ruido de la moto, iban encantados surcando la selva.

—¿Dónde está la nueva plantación de caucho, tío David? —preguntó Lina.

—A la vuelta de aquella espesura —respondió Taylor—. Tomen cuenta de que hemos marchado a cincuenta kilómetros por hora. Con el codiciado elefante no habríamos avanzado tanto.

—Y sin panas... —añadió Roberto Mervil.

Nunca lo hubiera dicho...

Una detonación formidable se dejó sentir en la selva. ¿Sería un disparo de ametralladora o una invasión indígena?

No. Una rueda trasera, tal vez bajo el peso o el calor, había estallado. El neumático se desinfló y la máquina se desvió hacia un tronco de árbol.

—¡Maldición! —dijo el tío David, con su exclamación habitual. Roberto y Lina ya habían saltado a tierra; la bestia mecánica tenía aún estertores de agonizante y luego el motor se detuvo como si su corazón hubiera cesado de latir.

—¿Es grave la pana, tío? —interrogó Roberto.

—Felizmente el motor no ha sufrido —dijo Taylor—, pero como es primera vez que manejo una moto, algo nos demoraremos en arreglar el neumático.

Ya Roberto sacaba la caja de herramientas, los parches para las cámaras de caucho y con increíble pericia ayudaba a su tío.

Sin embargo, como todos lo sabemos, y acaso lo hemos experimentado muchas veces, la maniobra no era fácil ni ligera.

El temor de Taylor consistía en que esa demora les obligaría a viajar en la obscuridad, lo cual resultaba bastante peligroso.

Mientras los varones trabajaban, Lina observaba los pájaros y monos que se ocultaban temerosos entre los árboles y con una rama espantaba los mosquitos que tanto a ella como a Roberto y David molestaban terriblemente.



Una pantera negra se cruzó en el camino de la motocicleta.

David también observaba los ruidos y movimientos de la jungla y, sabiendo que el crepúsculo en Oriente es muy corto, temía un mal encuentro apenas las estrellas reemplazaran al sol en ese antro salvaje.

Por fin la moto se decidió a partir, pero ya la obscuridad todo lo invadía.

—¿Son potentes los faros? —preguntó Lina, con timidez.

—Por cierto —declaró el plantador de caucho—. Sujétense bien, hijitos, y cuidado con los virajes. Correremos como en una fuga.

—De todas maneras esto es apasionante —murmuró Roberto.

—Por suerte que no trajimos a Miss Barclay —dijo sonriendo el tío David.

La motocicleta viraba hacia la izquierda y hacia la derecha y en seguida se deslizó por un sendero pantanoso, a orillas de un riacho.

De pronto Taylor enderezó la dirección y los faros se proyectaron en un punto lejano, donde brillaban dos luces verdes, inmóviles: eran dos ojos fosforescentes. Un inmenso felino les cruzaba el camino.

Bob y Lina se estremecieron de espanto, pero el valiente jovenito ya desprendía del hombro su fusil.

—Tío David, disparo —dijo Roberto—. Lina, cógete bien de mi cintura.

El muchacho no quería perder la ocasión de apuntar a la fiera deslumbrada por la intensa luz del foco luminoso.

El tiro partió casi rozando las orejas de Taylor y los ojos verdes desaparecieron.

—¡La maté! —exclamó Roberto—. Qué fácil es para un buen tirador matar a una fiera.

—¡Bravo! —gritó Taylor, disminuyendo la velocidad de su máquina.

Ya llegaban al sitio donde presumían que yacía la fiera, cuando escucharon un rugido terrible. Ante ellos el felino saltaba a plena luz como si nada le asustase. Parecía un enorme gato poseído de locura.

David Taylor trató de desviar la ruta, pero Roberto, furioso por haber errado el tiro, volvió a disparar, y esta vez la fiera rodó por el suelo, pero volvió a levantarse con mayor furor.

Completamente enloquecida, la pantera negra se lanzó sobre el tío David con intenciones de cogerle una pierna, pero antes de alcanzarlo lanzó un ronco rugido y cayó muerta.

Su larga cola estorbaba aún el paso.

—Por fin —balbuceó el tío David, con angustiosa voz.

Roberto quiso contemplar de cerca a su enemigo, mas advirtió que los brazos de su hermana estaban yertos.

Lina Mervil, como una flor que se corta, había caído desmayada sobre el césped.

—¡Tío David, Lina se ha desmayado! —gritó Roberto.

—Pobrecita —murmuró Taylor—. Fui un imbécil al traer a esta niñita a la jungla. Pásame la botella de whisky, Bob.

—Ya abre los ojos —dijo Roberto—. Conviene que no vea el cadáver de esa fiera.

Taylor desvió las luces hacia otro lado y continuó prodigando sus cuidados a la desmayada niña.

—¿Y la pantera? —preguntó Lina, al recobrar los sentidos.

—Muerta —respondió Roberto—. Con su linda piel vas a tener una alfombra magnífica.

David y Roberto se sentaron en un tronco de árbol a fumar un cigarrillo y Lina quedó entre ambos, sintiéndose así más protegida.

Roberto ya no se atrevía a fantasear sobre su hazaña y guardaba silencio, hasta que Lina exclamó:

—¿Qué dirán Marylin y Miss Barclay cuando les muestres ese trofeo, Bob? Y Dass y Tika... Tío, yo quiero ver esa pantera... La fiera era inmensa. No podían transportarla esa noche, pues se necesitaría una carreta con cuatro búfalos para arrastrarla.

—La pantera negra de Malasia —murmuró Lina—. Yo creía que sólo en los libros de aventuras existían.

—Bueno, niños —indicó el tío David—, es preciso retornar a casa—. Estas fieras andan siempre en parejas y si llega el compañero...



La pantera herida rugía y saltaba como poseída de locura.

—Huyamos —suplicó Lina, inmediatamente.

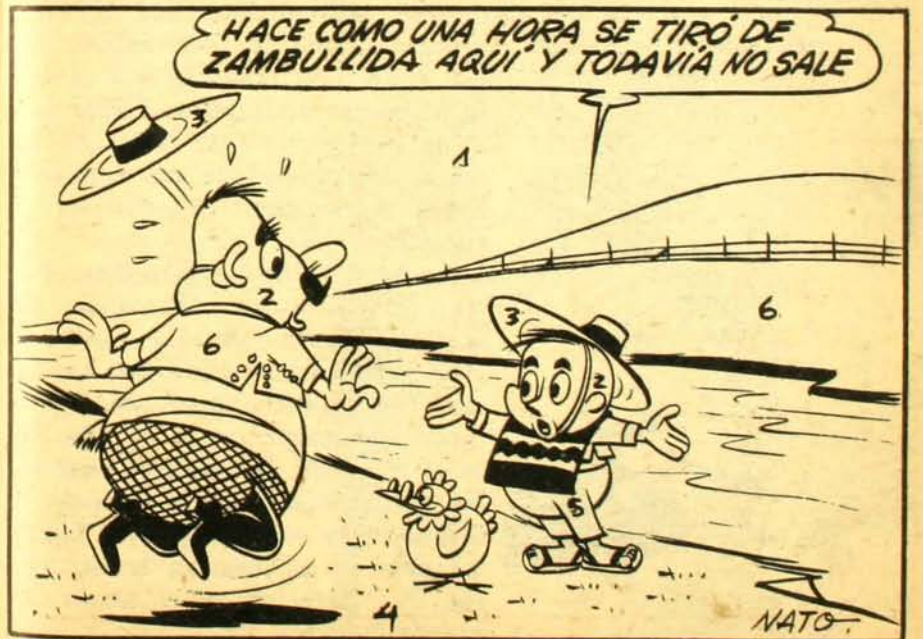
A Roberto le hubiera gustado permanecer cuidando su presa, pero comprendió que su tío no se lo permitiría jamás.

—Dass vendrá mañana con otros indígenas en busca de tu pantera, hijo mío —declaró Taylor.

Muy inquietos estaban los habitantes de la casona del plantador cuando transcurrían las horas sin que llegaran los excursionistas. Por fin les vieron aparecer agotados de cansancio y de inquietud.

(CONTINUARA)

Ponchito



NATO.

Estos dibujos son hechos especialmente para colorear:

1. Celeste; 2. Rosa; 3. Amarillo; 4. Verde; 5. Rojo; y 6. Azul.

LOS GUARDIANES

DEL ORO



CAPITULO V. El dragón.

Ives había sido condenado a luchar contra un toro salvaje o un tigre furioso. Con gran astucia, se escudó detrás de las grandes puertas, mientras las bestias se enfrentaban en una lucha a muerte. Con un bufido agónico, el toro

cayó sobre la arena, mientras el tigre rodaba exánime. Dos heridas que parecían causadas por sables rasgaban su piel. Las garras del felino y los cuernos del toro habían cumplido su tarea mortal.

Un silencio crispado y denso dominaba el recinto. Las fieras yacían sin vida y los asistentes contenían la respiración. Ives se deslizó por uno de los túneles. ¿Hacia dónde le conduciría? ¿Y por cuánto tiempo lograría rehuir la venganza de la Hanse? Humilló a los consejeros ante todos los isleños, destruyendo a dos temibles fieras sin siquiera desenvainar el cuchillo.

La galería se prolongaba bajo tierra. Distanciadas lámparas de aceite la iluminaban. Los pasos de Ives repercutían sobre las baldosas. De pronto, entre aquel eco monótono, creyó oír la voz de Rilo el trovador. Se detuvo, ansioso. Ningún rumor turbaba el silencio. Reanudó la marcha y oyó distintamente otras pisadas, leves, ágiles, que parecían tener una resonancia burlona.



El toro y el tigre yacían sin vida.



Ives se internó por uno de los túneles.

El aire era cada vez más irrespirable. Ives sintió las sienas oprimidas. Tal vez los vagos rumores no existían. Su imaginación lo traicionaba. Empezó a correr y los pasos detrás de él se tornaron sonoros y rápidos.

—Los hombres de la Hanse me persiguen —murmuró.

Extrajo de su cinto el cuchillo, cuya hoja fulguró en la penumbra. El eco se multiplicaba. Una multitud parecía correr por el túnel.

A la primera sombra que apareció junto a él, Ives la cogió con puño de hierro.

—Envaina tu cuchillo, Ives el Lobo. ¿No me reconoces?

El joven descubrió que había aprisionado a Rilo.

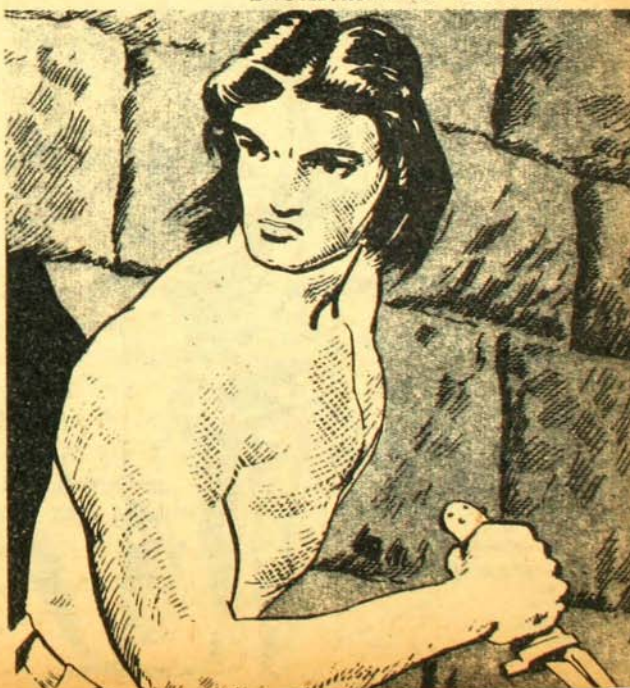
—¿Cómo lograste huir?

—Ah, es una aventura digna de contarse. Me llevaron a la sala de los esclavos, para que les sirviera. Portando sobre mis hombros un cántaro de agua, me fugué, mientras el centinela vigilaba a los prisioneros, sin preocuparse del trovador cantinero que se le escurría de las manos.

—Silencio —susurró Ives—. Mira.

Al fondo de la tenebrosa galería brillaba una luz.

Desenvainó su cuchillo.



—Ives el Lobo, ¿no me reconoces? —protestó Rilo.



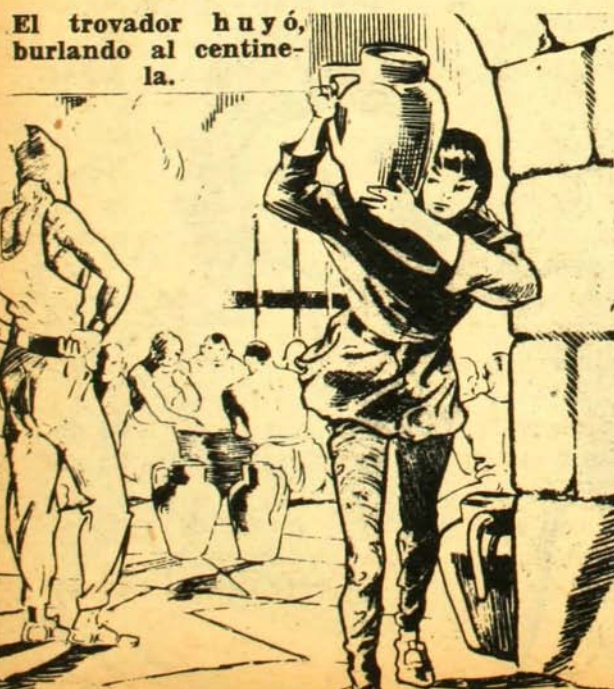
—Es el canto de las estrellas en la obscuridad —pronunció Rilo, recordando que era bardo—. No tengo mi laúd para acompañarlas. Sólo tengo mis piernas... para escapar a todo correr, porque esos que ahí vienen son los viejos de la Hanse y sus condenados esbirros. Si no nos apresuramos, caeremos en su poder. —Sí, son ellos —dijo Ives sombríamente—. Creo que será difícil esquivarlos.

—Tal vez —rebatió el trovador—. Seguidme, caballero del rey Arturo. El errante bardo os conducirá a un refugio. Habló con voz pomposa, inclinándose en una profunda reverencia.

—Rilo, no es hora de burlas.

—Siempre es hora de burla, mi heroico amigo. De lo contrario viviríamos muy tristes y aburridos. ¿Has visto mi rostro grave alguna vez? Quizás sí, cuando el luchador turco se aprestaba a deshacerme entre sus garras. Pero sólo en aquella ocasión y por un minuto fugaz. Porque le hablé risue-

El trovador huyó, burlando al centinela.



ñamente, mientras mi turquito resoplaba de furia. Mi vida de trovador ha sido muy simple: el sonido de mi laúd y una carcajada o un salto.

—Hablas mucho.

—Es verdad. Y disponemos de poco tiempo. Vamos.

—¿Hacia dónde?

—A la caverna del Dragón de Oro.

Ives dirigió una penetrante mirada al barido.

—Sigues loco, ¿verdad?

—Toda la vida, Ives. Sígueme.

Con andar decidido llegó al final de la galería, penetrando en una sala de enormes proporciones. Detrás de ellos, y no a mucha distancia, venían los hombres de la Hanse, guiados por Sjar, príncipe de los guardianes del oro.

—Pronto les daremos alcance —gruñó, mientras avanzaba cojeando.

Mientras tanto, Rilo leía en las paredes unas misteriosas leyendas trazadas con filigranas de oro. Ives contenía difícilmente su impaciencia. El trovador se internó por un laberinto de galerías y finalmente bajó a un pozo. Al término de la escala había una puerta herméticamente cerrada. Ostentaba en relieve la figura de un dragón, que parecía vigilar un milenario secreto. Rilo presionó aquel ojo vigilante y la puerta se abrió con lentitud.

—El Dragón de Oro nos da la bienvenida, caballero Ives, y nos escudará bajo sus zarpas y sus alas membranosas.

—¿Cómo se explica que conozcas este refugio? —exclamó el Hijo del Lobo, atónito.

—Más tarde lo sabrás, cuando podamos hablar con calma, lejos de nuestros perseguidores. Confío que Sjar, el cojo, no nos busque en este lugar.

Sacudió su morena cabeza, con gesto de duda, añadiendo:

—Si ha tenido la misma idea que yo, estamos perdidos.

(CONTINUARA)



Al fondo de la tenebrosa galería brillaba una luz.

GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

SE VERIFICARA EL SABADO
17 DE DICIEMBRE, A LAS 10 DE
LA MAÑANA, EN AVENIDA
SANTA MARIA 0120.

PREMIOS MAYORES: 2 bicicletas, radios, pelotas de goma y de fútbol, muñecas, patines, blue-jeans para niños y niñas, lapiceras fuentes, juguetes, juegos de dominó, ludo, lotería, portadocumentos, cartucheras, premios en dinero, etc.



Apresúrense, queridos lectores, en cambiar sus cupones por boletos de este magno sorteo que realizaremos el **SABADO 17 DE DICIEMBRE, A LAS 10 DE LA MAÑANA, EN AVENIDA SANTA MARIA 0120.**

Los boletos se canjearán hasta el viernes 16 de diciembre.

¡ATENCIÓN!

La última serie -SERIE N.º 3- es de cuatro cupones. Pueden canjearla en nuestra oficina y en las agencias de provincias.

¿LO SABES TU?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:

¿Cuáles son los departamentos de la provincia de Santiago?

Solución a "SIMBAD" 326. El Palacio de Gobierno de Chile, se llama La Moneda



Entre los niños que enviaron soluciones exactas salieron favorecidos los siguientes nombres:

CON CINCUENTA PESOS: Lucía I Davis, Vitacura; Juan A. Saavedra, Santiago; Horángel Miranda, Talca; Silvia Bahamondes, Curicó; Petronila Soto, San Carlos; Eliana Hernández, Santiago; Tomás Ovalle, Talcahuano; Guillermo Rivera, Santiago; Graciela Ordenes, Rancagua; Germán Frosser, Temuco.

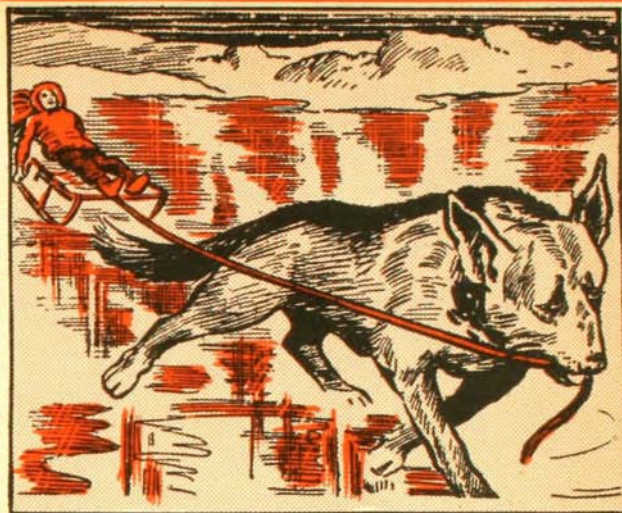
SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Amanda Briceño, Santiago; Beatriz Corral, Los Andes; Dominga González, Curicó; Jorge Campos, Valparaíso; Lucy Martínez, Recreo; Haydée Tapia, Santiago.

UN LIBRO: Angélica Román, Concepción; Raúl Fuentealba, Chillán; Víctor Ramírez, Pidima; Carmen Miranda, Talca; Sonia Berrios, Los Andes; Osvaldo Rodríguez, Santiago; Carlos A. Martínez, Chillán; Ignacio Rodríguez, Santiago; Enrique Herrera, Chillán; Juan A. García, Temuco.

Los niños de Santiago pueden retirar sus premios, diariamente, de 10 a 13 horas, en Avenida Santa María 076, 2.º piso. Los de provincia, recibirán sus premios por correo.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 328



3. La niña aún respiraba. Kim percibió su aliento, y entonces decidió arrastrar el trineo. Se había orientado, y conocía el camino del hogar. Allí, el señor Landy atendería a su desfallecida hija. Kim emprendió la marcha, y minutos después cruzaba el río congelado.



4. Avanzó con precaución sobre el hielo. Dos veces se hundió, y con grandes esfuerzos logró salir a la superficie. Los delgados témpanos crujían siniestramente. Por fin, alcanzó la ribera. Entonces resonó un disparo de rifle. Kim, herido, avanzó unos pasos, luego cayó exánime.

(CONTINUARA)



Simbad

N.º 329

¡FELICES PASCUAS A
TODOS LOS LECTORES!



20.-



CAPITULO XXIV.—LANDY DETECTIVE

1. Kim defendió a su adorada amita Alicia Landy contra dos ladrones de pieles. En seguida arrastró el trineo a través de la nieve y del río congelado. Uno de los bandidos le disparó a mansalva: “—Ahí tienes tu merecido, maldito lobo”, gruñó Rod.



2. El valeroso Kim había logrado llegar muy cerca de la casa de su amo antes de caer herido. El señor Landy, al oír la detonación, salió a investigar, y vió a su hija, que en ese instante recobrabla la conciencia: “—¡Alicia! —exclamó el señor Landy alarmado—. ¿Qué sucede?”

(Continúa en la penúltima página.)

El país de las maravillas

CAPITULO XIX y FINAL.—Las bodas de Alina y Maritza.

Alina, libre del yugo del sultán Rurur, volaba por los aires colgada al cuello de su cisne favorito.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó la princesa a su alado conductor.

—Nada temas, noble princesa —dijo el blanco cisne—. Llegarás a una pradera florida y los silfos te protegerán.

Por fin, a la caída de la tarde, el cisne se posó suavemente en la arena y la princesa, fatigada por el largo viaje, se tendió a dormir bajo un florido arrayán.

Cuando despertó se dio cuenta de que había arribado al país donde reinaba su buena hada Fidelia.

—Noble princesa —díjole el cisne blanco—, tengo buenas noticias para ti: el sultán Rurur pereció en el naufragio y estás libres. ¿A dónde quieres que te llevemos?

—Conducidme junto a mi querida Maritza —



La princesa Alina se tendió a dormir a la sombra de un arrayán.

Año VII - 21-XII-1955 - N.º 329

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane)

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.

Subscripción en el extranjero: Anual: US\$ 2.10. Semestral: US\$ 1.05.

Recargo por vía certificada: Anual: US\$ 0,20. Semestral: US\$ 0,10.

suplicó Alina— y rogad al cielo para que se cumplan mis deseos de no separarme jamás de ella.

En ese instante la joven princesa divisó una barquilla que las olas azotaban con furia.

—Debe ser algún pobre náufrago —murmuró la compasiva Alina—. Corred a salvarle, mis buenos cisnes.

Las dóciles aves volaron hasta la barquilla y la condujeron a orillas del mar.

Dentro de ella venía un doncel que parecía exánime y sin vida.

—¡El príncipe Cristián! —balbuceó Alina.

Al escuchar la voz amada, Cristián de Carelia abrió los ojos y sonrió a la princesa.

—Te he buscado por mar, tierra y cielo —dijo Cristián.

Después de referirle sus aventuras, Alina murmuró:

—Cristián, dame noticias de Maritza. ¿Dónde está mi hermana querida?

—Y yo te pregunto —dijo el príncipe Cristián—, ¿dónde está mi hermano Claudio?

Olvidando la felicidad de verse reunidos, los jóvenes sólo pensaban en sus respectivos hermanos.

—Oh, buen hada Fidelia —murmuraron ambos—, reúnenos con los seres queridos y te seremos agradecidos.

Apenas terminaron el voto, apareció el hada Fidelia radiante de claridad y hermosura, y así habló:

—Hijos míos, habéis merecido mi protección por vuestras virtudes. ¿Queréis permanecer en este país donde todos los seres son dichosos y donde no entran ni la enfermedad ni la muerte? ¿Queréis vivir dichosos en mi compañía?

—No, no —dijeron al unísono ambos príncipes—, no podríamos vivir dichosos lejos de nuestros hermanos. Llevadnos cerca de Maritza y de Claudio.

El rostro del hada Fidelia resplandeció con la más dulce sonrisa:

—Esta era la última prueba —indicó en seguida—. Por vuestra fidelidad en la amistad seréis felices.

Entonces se acercaron todos los cisnes, y arrastrando dos conchas de perla, hendieron los aires y transportaron a ambos príncipes a una pradera que Alina reconoció al punto.

—Nos hallamos en los dominios de mi padre —exclamó Alina.

Efectivamente, ya se divisaban las torres del palacio de Mármol Rosa, y, al descender del alado carruaje, Alina cayó en brazos del rey Karini.



—Corred a salvar
al náufrago —or-
denó Alina a sus
cisnes.

También se hallaba allí el rey Alberico, padre de Maritza. Los dos monarcas, advertidos por el quiltrito Fido, aguardaban, desde la noche anterior y bajo la sombra del laurel florido, a sus hijas y a los príncipes de Carelia.

Horas después llegaba el príncipe Claudio sobre el lomo del lebrél Mirko.

Los príncipes gemelos se abrazaron estrechamente, y Claudio preguntó con inquietud:

—¿Y la princesa Maritza? ¿Dónde está mi adorada novia? Se ensombreció el cielo, y entre una nube rosa apareció la morena Maritza, sentada sobre el vistoso plumaje de sus pavos reales. Alina no se cansaba de besar y abrazar a su prima querida.

Tras breves instantes apareció el hada Fidelia con su cetro de oro y su corona de esmeraldas.

—Amadas princesitas —dijo el hada Fidelia—; debéis vuestra felicidad a los príncipes de Carelia, cuyas heroicas aventuras conoceréis pronto, y vosotros, ilustres monarcas, podéis conceder a estos príncipes la mano de vuestras lindas hijas. El sultán Rurur y el príncipe Kovna han perecido en castigo de sus viles intrigas. Desde una rama del laurel florido se escuchó el agudo chillido del mirlo negro.

—Otra vez ese genio infernal —protestó la impetuosa Maritza.

—Me habéis vencido —dijo el mirlo negro— por vuestra inquebrantable fidelidad, y desde hoy renuncio a sembrar discordias en esta comarca.

Alina tendió los brazos a su novio, el príncipe Cristián.





Los reyes Karini y Alberico aguardaban a sus hijas bajo la sombra de un laurel.

Y el mirlo negro desapareció para siempre.

—Ilustres monarcas —prosiguió el hada Fidelia—, deseo que las bodas de mis ahijadas se verifiquen inmediatamente, porque debo partir a otras regiones donde se necesita mi protección.

Reyes y príncipes subieron al palacio de Mármol Rosa y en pocas horas se prepararon las reales bodas.

Maritza vistió en la ceremonia nupcial un traje color lirio y adornó su cabellera con esa flor que fue el emblema del príncipe Claudio.

Por su parte, Alina vistió de color rosa y coronó su rubia cabeza con una diadema de claveles en recuerdo de la flor escogida por el príncipe Cristián.

El pueblo aclamó a los novios, y sus amigos los lebreles, los cisnes, los pavos reales y las palomas les formaron brillante cortejo.

Terminada la ceremonia, el hada Fidelia se retiró, deseándoles eterna dicha.

El primer hijo de Cristián y Alina se llamó **CLAVEL**, y el primogénito de Maritza y Claudio fue bautizado con el nombre de príncipe **LIRIO**.

Y así termina este cuento, recomendando a nuestros lectores que sean siempre fieles en la amistad.

El tesoro del Cóndor de oro

CAPITULO III.—LOS ENVIADOS DE LOS DIOS



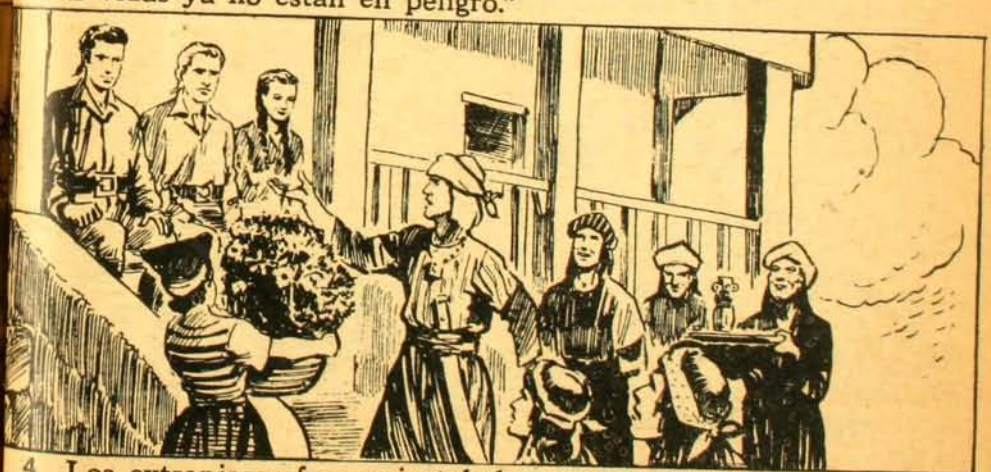
1. El escocés MacDugal, su hija Clara y Juan Pablo exploraban las selvas de Guatemala. Al avistar un gran lago azul comprendieron que estaban sobre el rastro del tesoro maya. Siguieron caminando, y de pronto el son de un tambor repercutió en el silencio. “—¡Nativos!”, murmuró MacDugal.



2. “—Estamos perdidos”, añadió sombríamente, al descubrir que habían llegado a una aldea india. Sus habitantes interrumpieron la danza que ejecutaban y, desprendiéndose las horribles máscaras, avanzaron amenazadores. Clara se sintió desfallecer de espanto. En aquellos ojos salvajes se leía una sentencia de muerte.



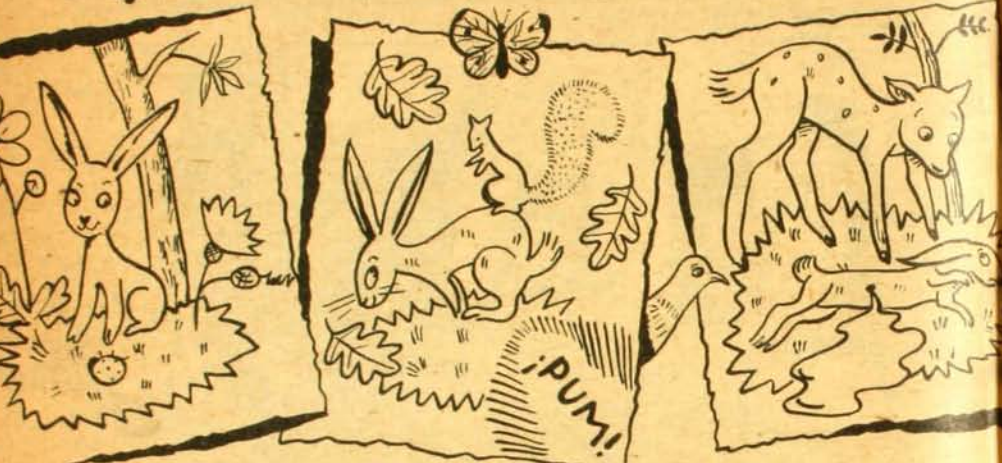
3. En un gesto instintivo, MacDugal mostró el medallón de oro que tenía grabada la figura de un cóndor. Con un supersticioso estremecimiento, los indios quichés se inclinaron ante el sello. “—Nos creen enviados de los dioses —suspiró el escocés—. Nuestras vidas ya no están en peligro.”



4. Los extranjeros fueron instalados en una amplia casa de piedra. MacDugal y Clara conocían el dialecto indio. El escocés no tardó en revelar al jefe de la tribu que buscaba el Tesoro del Cóndor de Oro. Lluma prometió: “—Te llevaremos a la caverna, pero sin penetrar en ella”.

(CONTINUARA)

LA PASCUA



1. Conejito era feliz en el bosque. Una mañana jugaba con sus amigos. Resonó un disparo y, ¡horror!, Conejito cayó herido. Todos sabían quién era el causante de la desgracia: un malvado cazador —¡Bee!, tenemos que esconderlo”, dijo el cervatillo.

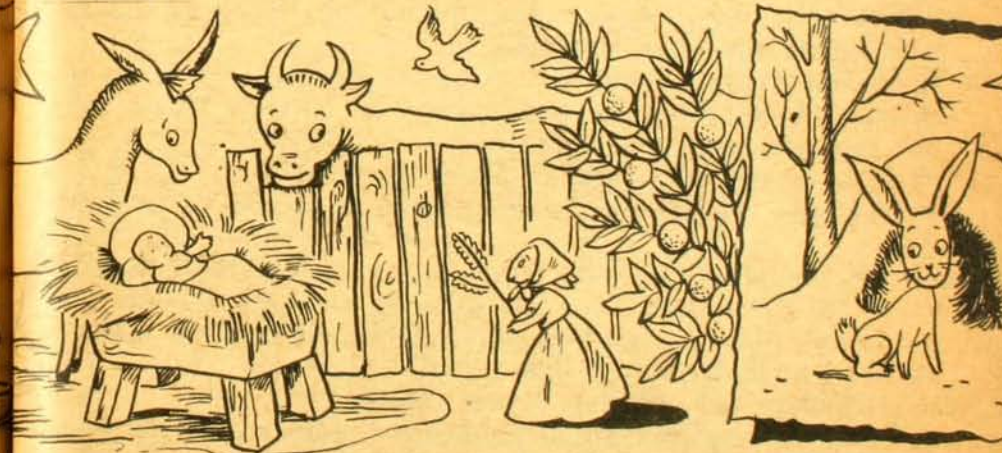


2. Rápidamente lo ocultaron detrás de piedras y ramas. El cazador buscó y rebuscó, pero no pudo encontrar a Conejito. Los amigos del pequeño roedor lo llevaron después a su casa y el sabio doctor Buho fue llamado para que atendiera al herido.

DE CONEJITO



3. Mucho lloró Mamá Coneja al ver a su hijo tan ^{grave}. Pasaron los días y no mejoraba. Llegó el 25 de diciembre y la afligida Mamá Coneja dijo a la vecina Ardilla: “—Cuide a mi hijito. Iré al pesebre, a adorar al Niño Dios, que nació en la Nochebuena”.



4. Todas las criaturas del bosque habían ido al establo; las grandes y las pequeñas. Mamá Coneja depositó una ramita en el santo pesebre. Regresó después tristemente a su madriguera, pero allí la esperaba un milagro: ¡Conejito se había salvado, gracias al Niño Jesús!

PIVALES EN el CIRCO



CAPITULO XVI. *Pasos en la noche.*

Diana Marcy, disfrazada de payaso, permaneció en el circo para vigilar a Hugo, el rey del trapecio. Había descubierto que él tramaba

una intriga contra Mimí Duval. Francisca, la encargada del guardarropa, compartía el secreto de Diana.

“Sólo Chimpi me reconoció”, pensaba la niña, observando al chimpancé que brincaba de alegría mientras lanzaba agudos chillidos.

El payaso Runrún se mostró dispuesto a ayudar a la joven desconocida, cuyo rostro se ocultaba tras una grotesca máscara de clown.

Libor, el empresario, no se opuso a que la ágil y alegre Cosquillas ingresara al circo. Le ofreció un salario reducido, que ella aceptó. La vio ensayar con Chimpi y con Bambino, el elefantito, y dijo:

—Está bien. Sabes guiar a esas bestias. Si tienes alguna idea para lucirte con ellas, ensáyala.

Mimí sonrió gentilmente a la nueva compañera. Pero sus ojos estaban oscurecidos por una sombra de tristeza. Diana temió que pudieran oirse los latidos de su corazón.

“Está triste por mi ausencia”, pensó emocionada.

Era extraño ver cómo se había apagado la alegría de la francesa.

En ese momento surgió una figura alta y deslumbrante. Era Hugo, el rey del trapecio, con sus galas de acróbata. Parecía emanar luces y destellos, porque resplandecían su capa, su malla, la sonrisa triunfante, los cabellos rubios.

—¿Dispuesta para la gran prueba, Mimí?

—Temo que desilusionaré al público —repuso ella—. Sin Diana me siento abatida.

—No te preocupes. Haré el trabajo más espectacular, mientras tú reposas. Tienes los nervios alterados. Basta que te balanceses en el trapecio y sonrías. Yo atraeré las miradas de los asistentes,

manteniéndolos fascinados con mi audacia y agilidad.

Con una débil sonrisa, Mimí observó:

—¿Para qué subo, entonces, a la plataforma? Me quedaré abajo descansando mientras tú exhibes tus habilidades. Luego añadió:

—Tenemos una nueva compañera.

Hugo dirigió a la niña una mirada de suprema indiferencia. Tal como si le hubieran dicho que había llegado un nuevo habitante a las jaulas del circo.

Los tambores, con su bronco resonar, anunciaban ya a los trapezistas. Una salva de aplausos acogió a Mimí Duval y a su acompañante. Hugo subió la escala de cuerdas y fue el primero en lanzarse al espacio. Su rubia cabeza pareció trazar un relámpago de oro. Al oír el murmullo de admiración que resonaba bajo la carpa, Hugo sonrió complacido.

Diana se ajustó la máscara del clown.

Diana estaba preparada para salir a la pista. Se ajustó bien la máscara y observó después ansiosamente las evoluciones en el aire de Hugo y Mimí. Terminado el acto, retrocedió para dejar paso a Mimí Duval. Ella se detuvo y le dijo con simpatía:

—¿Estás nerviosa? Es tu debut y te deseo un gran éxito.

—Gracias, Mimí.

—Encontrarás buenos amigos y no te sentirás sola, como yo. Mi amiga más querida abandonó el circo a causa de un error.

Su voz temblaba. Las lágrimas nu-

Mimí Duval no ocultaba su tristeza.





—No te sentirás sola, como yo —suspiró Mimi.

blaron los ojos de Diana. En un gesto incontenible extendió sus manos hacia la francesita, pero en ese instante apareció Runrún llevando una vieja cocina sobre ruedas. Lo seguían los demás payasos y tonies. A la cabeza del cocinero cortejo marchaba Chimpí con su sartén al hombro. La sonajera de latas era estruendosa. Diana se dirigió a la pista. La pantomima ya había empezado. La niña fue recibida con exclamaciones de asombro. Era un payaso de grácil figura, más ágil que ninguno, con una voz aguda y temblorosa. Cuando se

descubrió que no era un muchacho, aumentaron las risas y los gritos.

Runrún, pensativo, se sentó sobre la cocina, que echaba chispas y humo, diciendo, soñador:

—Me gustaría tener una novia. Mi corazón solitario necesita calor.

—Y esta cocina necesita un bombero —chilló el tony Lechuga, asustado.

Los payasos y tonies se afanaban alrededor de la destartada cocina.





Hugo penetró furtivamente en el carromato.

Chimpi, sin inmutarse porque la cocina parecía un volcán, ni por el romanticismo de Runrún, lanzaba tortillas a diestro y siniestro. Después de la función, Diana se refugió en el carromato de Francisca. Sólo allí podía quitarse la máscara y el disfraz.

—Tengo noticias para ti —anunció Francisca mientras le servía la cena—. Un hombre con barba deslizó un mensaje en la mano de Hugo.

—Ese individuo es sin duda Fedor, su cómplice.

Cuando el circo se sumió en el silencio, Diana salió para indagar qué tramaba el acróbata. Lo vio avanzar cautelosamente entre las cabinas rodantes y acercarse a la que servía de oficina a Libor.

Abrió la puerta y minutos después Diana advertía el resplandor de una linterna. El rayo de luz se agitaba en distintas direcciones. “Busca algo”, dedujo Diana.

Silenciosa como una sombra, se aproximó a la ventanilla. Pudo ver entonces a Hugo registrando febrilmente los cajones del escritorio.

(CONTINUARA)

EL fantasma



LA BANDA DEL COJO VIENE AL PUEBLO A SAQUEARLO, SUPONIENDO QUE ENCONTRARÁN DORMIDOS A LOS CAMOTIENSES



¡MIREN! AUNQUE SEAN SONÁMBULOS, ME PARECEN PELIGROSOS. VÁMONOS DE AQUI.

CUANDO TENGAMOS EL ORO EN NUESTRAS MANOS, ABANDONAREMOS EL PAÍS



OIGO GRITOS

VOY A LA GUERRA, DUQUE SITA CAMOTINA



BUENA SUERTE, CABALLERO FANTASMA

!?!?

¡TRAICIÓN! ¡LOS CAMOTIENSES ASALTAN EL CASTILLO!



¡¡ GUARDIA !!



¿NO OYEN QUE LLAMAN A LA GUARDIA? EN ESTE CASTILLO HAY MUY Poca DISCIPLINA.



TERRIBLIN HA VENCIDO A TODA LA GUARDIA!



RECÓRCHOLIS!



¡MUERE POLLO!

¡AY!

CONTINUARÁ



BUFALO BILL

CAPITULO XXI.—ARCO LARGO HA HABLADO



En Texas yo conocí a mi bella Valentina.

1. Búfalo Bill y el capitán Miles fumarían la pipa de la paz en el campamento de Arco Largo. Miles decidió participar en las danzas. Antes de que Búfalo Bill pudiera detenerlo, el alegre capitán se unió a los guerreros arapahos mientras cantaba a todo pulmón una canción vaquera.



¿Cómo me metí en este lío?

3. En el instante siguiente, Búfalo Bill, Miles y los tres soldados del Fuerte Lincoln se encontraban luchando contra la horda india. Aunque se defendían desesperadamente, Miles y sus subordinados cayeron bajo el número de los atacantes. Sólo Búfalo Bill seguía invicto.



¡Torbellino!



Ese perro blanco se burla de los bravos arapahos.

2. Arco Largo, enfurecido, gritó: "Los rostros pálidos se burlan de nuestra ceremonia. ¡El Gran Manítú los maldiga!" Búfalo Bill intentó explicar: "—Mi amigo es aficionado a bailar y no ha sido su intención burlarse de los bravos arapahos". Pero Arco Largo aulló: "—¡Muerte a los blancos!"



¡Manítú clama venganza!



Dejen paso libre a mi caballo.

4. Un grito frenético surgió de su garganta: "—¡Aquí, Torbellino!" El inteligente caballo acudió velozmente. Ante sus cascos amenazadores que batían la tierra con la fuerza de un temblor, los arapahos retrocedieron. De un salto, Búfalo Bill alcanzó la montura, mientras exclamaba: "—¡Salgamos, Torbellino!"



No insistan en que me quede.

BUFA LOBILLO



El cobarde huye



Morirán en la hoguera.

5. Los guerreros que osaron interponerse al paso de Torbellino rodaron contusos, lanzando alaridos de dolor y furia. Algunos pieles rojas corrieron hacia sus mustangos para iniciar la persecución, pero Arco Largo los detuvo: "—Déjenlo ir. Quiero que regrese, con el general blanco y el ejército".



Destruiré a todos los malditos blancos.

7. Un indio aplicó fuego al haz de leña colocado a los pies de Miles. Arco Largo pronunció: "—Vean morir a esos perros. Cuando el ejército venció, hace tres meses, a la tribu, los bravos arapahos pensaron que Arco Largo no era digno de guiarlos. Pero ahora les daré una victoria grandiosa".

Arco Largo no perdona.



¡Arriba esa cabeza Webb! Moriremos como valientes.

6. Lanzando una risa cloqueante como la de una hiena, añadió: "—Vendrán a rescatar a cuatro hombres y los encontrarán... muertos. Atenlos a las estacas". Los arapahos obedecieron. Arco Largo dijo: "—Después me preocuparé de guiar al ejército hacia una emboscada. El plan de Arco Largo se cumple".

Arco Largo ha hablado.



8. "—Hemos capturado a cuatro blancos y esto es sólo el principio. Después morirán todos los que pertenecen a su raza maldita y la cabellera de Pa-E-Has-Ka lucirá en el totem sagrado. Arco Largo ha hablado." No vio la sombra que surgía de su propio wigwan (tienda de los pieles rojas).

(CONTINUARA)

3 amigos en la selva

RESUMEN: Roberto y Lina Mervil han llegado a casa del plantador de caucho David Taylor, y su amiga Marilyn Paterson habita con su padre en una plantación cercana. Taylor y Paterson son enemigos acérrimos. Por ofender a Taylor, Paterson compra el elefante que el tío David tenía en trato. Este adquiere entonces una motocicleta y sale de excursión con Lina y Bob. El muchacho caza una pantera negra...

CAPITULO VII.—Desaparece la pantera negra.

—El *tuan* mató una pantera negra —gritaba el muchacho hindú que servía de camarero a Roberto Mervil—. Le disparó dos veces... El *tuan* es un gran cazador.

—¡Una pantera! —decían los demás indígenas—. No puede ser. Esas fieras son perversas y las balas no les hacen daño.

—Ya lo verán —insistía Dass—. Yo voy a buscarla esta misma noche.

—No, Dass —ordenó el tío David—; mañana llevarán una carreta para traerla. Esa pantera pesa más de quinientos kilos.



Bob y Dass no encontraron el cadáver de la pantera negra.

—Pero, tío David —suplicó Roberto—, la noche está alumbrada por la luna llena y son sólo diez kilómetros hasta el sitio donde quedó la pantera...

—Les prohibo salir esta noche —decretó Taylor—. El olor a la sangre puede atraer otras fieras o serpientes a ese lugar. Todos a dormir y mañana organizaremos la excursión.

Roberto miró al adolescente Dass con mucha pena, pero se vio obligado a recluirse en su dormitorio.

Sin embargo, no pudo dormir pensando que alguien pudiera robarle su pantera durante la noche, antes que él se la mostrara a Marilyn Paterson y a Miss Barclay.

De pronto oyó pasos furtivos en el corredor.

¿Quién andaría en ronda nocturna por allí?

Roberto saltó de la cama y divisó el blanco *sarong* del joven Dass.

Sin vacilar, bajó al corredor y sorprendió al hindú Dass empujando una carretilla de mano.

Dass también divisó el pijama claro de Roberto y se detuvo.

—¿Es usted, *tuan*? —preguntó el muchacho.

—Me parece —dijo Bob—. ¿Qué haces tú ahí en vez de ir a dormir? Anda a acostarte.

—Dass encontró una carretilla para la pantera del *tuan* y va a buscarla —explicó el hindú.

—Tú no sabes dónde quedó la fiera —indicó Roberto.

—El *tuan* me guiará —replicó Dass—. La luna está grande y nos guiará.

Tentadora era la insinuación de Dass, pero Roberto no podía desobedecer a su tío David, quien les había prohibido salir esa noche. Por ello vacilaba, a pesar de sus locos deseos de ir en busca de la pantera.

—¿El *tuan* llevará su fusil? —insistió Dass.

—Está descargado —dijo Roberto aún vacilante.

—Dass le colocó las balas —indicó el tentador.

Desechando sus escrúpulos de conciencia, Bob se vistió rápidamente y pronto ambos estaban en camino hacia la jungla.

Diez kilómetros no era gran distancia para esos valientes muchachos y menos aún cuando el violento deseo de recuperar la pantera les impulsaba a correr.

Era una noche maravillosa, impregnada de los aromas de la selva y silenciosa como un desierto.

Roberto guiaba al hindú, y pronto se detuvo en un recodo contiguo al riacho.

—Dass, detente, es aquí —ordenó Roberto Mervil.

La luna iluminaba el espacio casi tan brillantemente como de día. Pero Roberto buscaba en vano la negra y larga cola de la pantera.

—Busca en el riacho —murmuró Roberto a Dass—, tal vez se arrastró en su agonía algunos metros más.

—*Tuan, tuan* —dijo poco después Dass—, hay sangre aquí, pero nada más.

En efecto, en el suelo se distinguía un charco de sangre. Era todo lo que quedaba de la pantera negra.

—Puede habérsela comido la serpiente pitón —insinuó Dass—, pero habría quedado alguna señal. También los espíritus...

—Calla, estúpido —exclamó fastidiado Roberto—. Volvamos a casa.

El regreso fue silencioso y angustiado. Ahora el camino se les hacía largo y pesada la carretilla de mano.

—¿Qué va a pensar de mí el tío David? —balbucía Roberto—. Probablemente está preparando una carreta para trasladar la pantera. No podré engañarle.

Cuando llegaban al chalet, el tío David les divisó por la ventana y llamó a Roberto.

—¿Tan temprano en pie? —preguntó a su sobrino—. Yo recién estoy afeitándome.

Roberto, con ambas manos a la espalda, contemplaba a su tío mientras se afeitaba.

—Tío David —balbuceó el muchacho—, la pantera ya no está en la selva.

—¿Cómo lo sabes tú? Te has puesto pesimista, hijo —expresó el tío David.

—Yo fui allá...

—A pesar de mi prohibición —protestó indignado el tío David—. ¿Pensabas cargar al hombro ese pesado animal y en plena noche?

—En una carretilla de mano...

Roberto no quería envolver a Dass en el enojo del tío David y se confundía en necias explicaciones.

—Si no quieres explicarte, llamaré a Dass y sabré si tú has ido solo a la selva.

—Tío, no mezcle a Dass en mi desobediencia —suplicó Rober-



—¿Dónde has estado, Bob? —preguntó el tío David, mientras se afeitaba.

Rápidamente se despojó de su corta blusa, cogió la fusta de Taylor y se puso de rodillas ante el patrón, para que éste le azotara. Roberto Mervil intervino antes que el tío David cogiera el látigo.

—No, tío David, sería injusto castigar a Dass, quien sólo quiso darme gusto. Yo soy el jefe, yo el responsable.

La hermosa Lina, pimpollo sonriente, interrumpió la trágica escena.

—Buenos días, tío; buenos días, Bob —dijo la niña—. Les advierto que yo no les acompañaré a ir en busca de la pantera negra. Marilyn y Miss Barclay vienen a buscarnos en el elefante Tobi.

—Recoge tu blusa y desaparece —ordenó David al hindú Dass—; y en cuanto a ti, Roberto, ya arreglaremos cuentas.

—Vengan, vengan —insistía Lina, sin sospechar los sucesos recientes.

to—, yo soy el único responsable. En ese instante apareció el hindú Dass en el umbral de la puerta.

—Gran *tuan* —dijo el muchacho—, Dass ha escuchado. No castigar al joven *tuan*. Dass robó la carretilla de mano... Dass quiso ir en busca de la pantera. Tú debes castigar a Dass y no al joven Bob.

Ambos adolescentes, tan distintos en raza y educación, eran, sin embargo, igualmente generosos y leales.

—Por lo tanto, ambos se reconocen culpables —dijo severamente el tío David.

—Sí, tío.

—Sí, gran *tuan*.

—¿Y piensan que yo voy a perdonarles, así no más, o a ofrecerles un cigarrillo?

—Espera —dijo Dass con los ojos brillantes de coraje.



—Yo soy el culpable
—dijo el hindú Dass,
deteniéndose en el
umbral de la puerta.

trabajar conmigo hoy. Durante cinco días no saldrá de casa.

—¿Castigado? —preguntó Lina a su hermano—. ¿Qué has hecho, Roberto?

—Calla —murmuró el muchacho al oído de Lina—, y cuidado con mencionar la pantera negra. Alguien se la robó anoche y sospecho que ha sido gente de la otra plantación.

Intrigada y confusa, Lina Mervil trepó al gran cesto sobre el lomo del elefante y pronto las viajeras se alejaron entre gritos y risas.

Roberto quedó pensativo junto a su severo tío.

—¿En qué piensas? —preguntó Taylor, colocando una mano sobre el hombro del muchacho—. ¿Estás cavilando sobre tu pantera?

—¿Quién se la robaría? —murmuró Bob—. ¿O en realidad esa fiera fingió estar muerta y en seguida se alejó por el riacho?

—Espera, Lina —dijo Roberto—, no quiero que comuniques a Marylin la caza de la pantera negra. Prométemelo.

—Bueno, bueno —replicó la niña—, pero vengan a ver a Marylin. Parece una princesa de “Las Mil y Una Noches” en su elefante. Está haciendo señales para que se acerquen ustedes.

La simpática Marylin saludó a Taylor y le pidió permiso para llevar a sus sobrinos al castillo de su padre.

—Bienvenida sea, señorita Paterson —dijo el tío David—. ¿Quiéren ustedes bajar para servirse un refresco?

—Gracias, señor Taylor —respondió Marylin—. Estaría encantada si permitiera a Lina y Roberto acompañarnos en un gran paseo por la jungla.

—Puede llevarse a Lina, señorita Paterson, pero Roberto tiene que

—Puede ser —replicó sonriendo el viejo plantador—, o acaso un espíritu maligno se la llevó y algún día la veremos aparecer por aquí para vengarse del famoso cazador.

—Si así fuera la mataría otra vez —exclamó furioso Roberto.— Y ahora vamos a trabajar —declaró poco después el tío David—. Me ayudarás a recopiar y revisar un legajo de notas, cuentas y estadísticas que tengo en desorden.

—¿Tiene usted una tabla de multiplicación, tío David? —preguntó Roberto—. Porque ha de saber usted que yo para los cálculos numéricos soy un cero mayúsculo.

—Eso poco me importa —expresó Taylor—, pero tendrás que pasar cinco días copiando y trabajando como puedas. Yo soy responsable de la vida de ustedes, y si me desobedecen, no sabría qué decir a mi amigo Mervil cuando regrese de Australia.

Roberto inclinó la cabeza, comprendiendo que el castigo era justo y que el buen tío David sufría más que él por haberle impuesto ese castigo.

La pantera negra era la culpable de todas las desventuras de tío y sobrino.

¿Acaso la desaparición de la fiera era una nueva intriga del malvado Dick Paterson?

(CONTINUARA)



Marilyn saludaba a sus amigos, sentada en la litera del elefante Tobi.

Ponchito



LOS GUARDIANES DEL ORO



CAPITULO VI. *El escudo gigante.*

Rilo, el trovador errante, condujo a Ives el Lobo a un enorme salón.

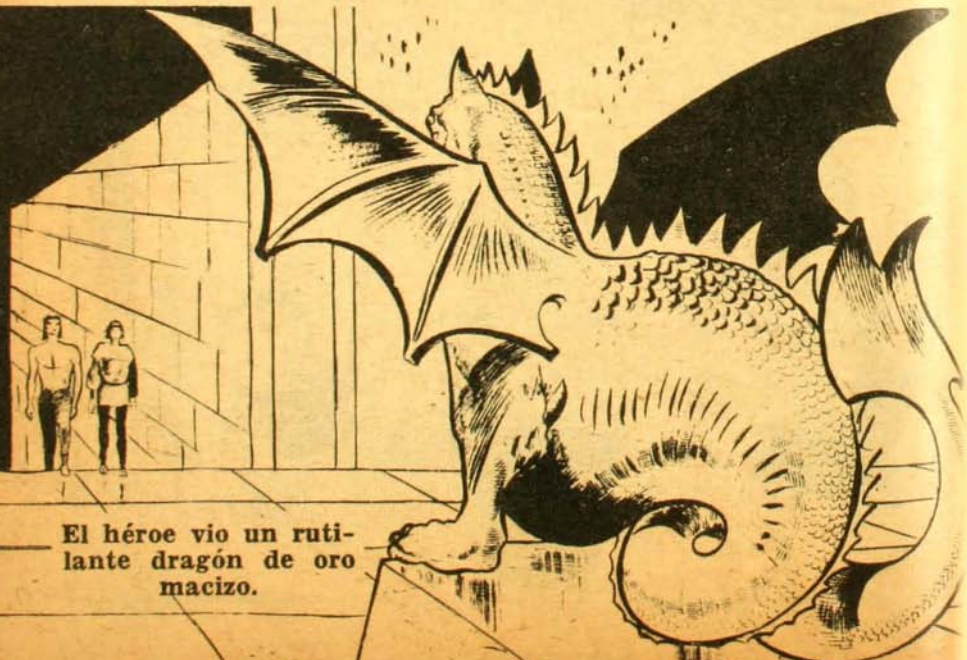
—Aquí sólo pueden entrar Sjar y los consejeros más viejos de la Hanse —anunció el bardo—. Es extra-

ño que nosotros, sin ser cojos, ni ancianos, hayamos traspuesto ese umbral.

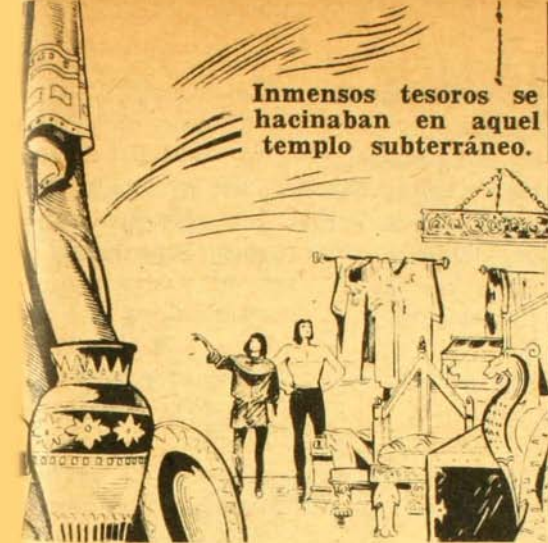
Habían subido la última grada de la escalera. Ives, dominado por el estupor, se detuvo. Ante él se alzaba un rutilante dragón de oro macizo. Medía veinte pies de altura.

—Aquí se guardan las riquezas de la Hanse.

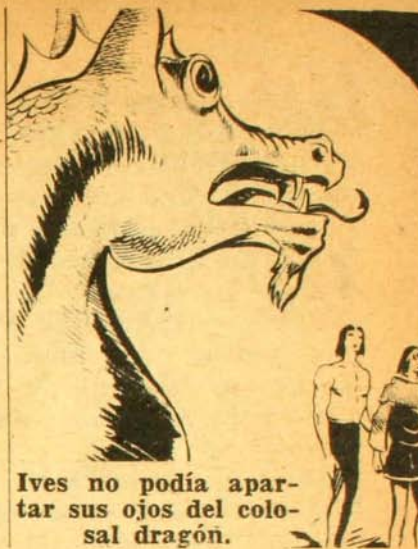
Un río de oro parecía haber bañado los objetos que allí se veían hacinados. La penumbra destellaba con mil fuegos. Todas las piedras preciosas del Oriente, el ámbar del Báltico, las sedas



El héroe vio un rutilante dragón de oro macizo.



Inmensos tesoros se hacinaban en aquel templo subterráneo.



Ives no podía apartar sus ojos del colosal dragón.

y los brocados, los metales ricos, se veían esparcidos por doquier. Pero las miradas de Ives eran poderosamente atraídas por el colosal dragón, erizado de escamas de oro y cuyos dilatados ojos de esmeralda brillaban con una luz verdosa.

¿Por qué Rilo conocía la existencia de ese templo subterráneo? Interrogó al doncel, pero éste, posando un dedo sobre sus labios, indicó:

—Silencio y prudencia. Disponemos de poco tiempo. Oigo los pasos desiguales de Sjar. Elige armas.

—Aquí tienes un cofre repleto de armas
—insistía Rilo.



Ives oyó la voz apagada y lejana de Rilo.

Con una burlona sonrisa, el héroe contestó:

—Primero una vestidura digna.

Cuando terminó de ataviarse, Rilo insistió:

—¡Armas! Aquí tienes un cofre repleto de ellas. Si tú combates, Ives el Lobo, saldremos de aquí sanos, salvos y con honor.

Se percibían los pasos de los guardias, y la aguda voz de Sjar traspasó los muros.

—Armas —repitió Rilo en un susurro.

Ives desdeñó las espadas y eligió una pesada asta de roble que terminaba en un mazo de hierro.

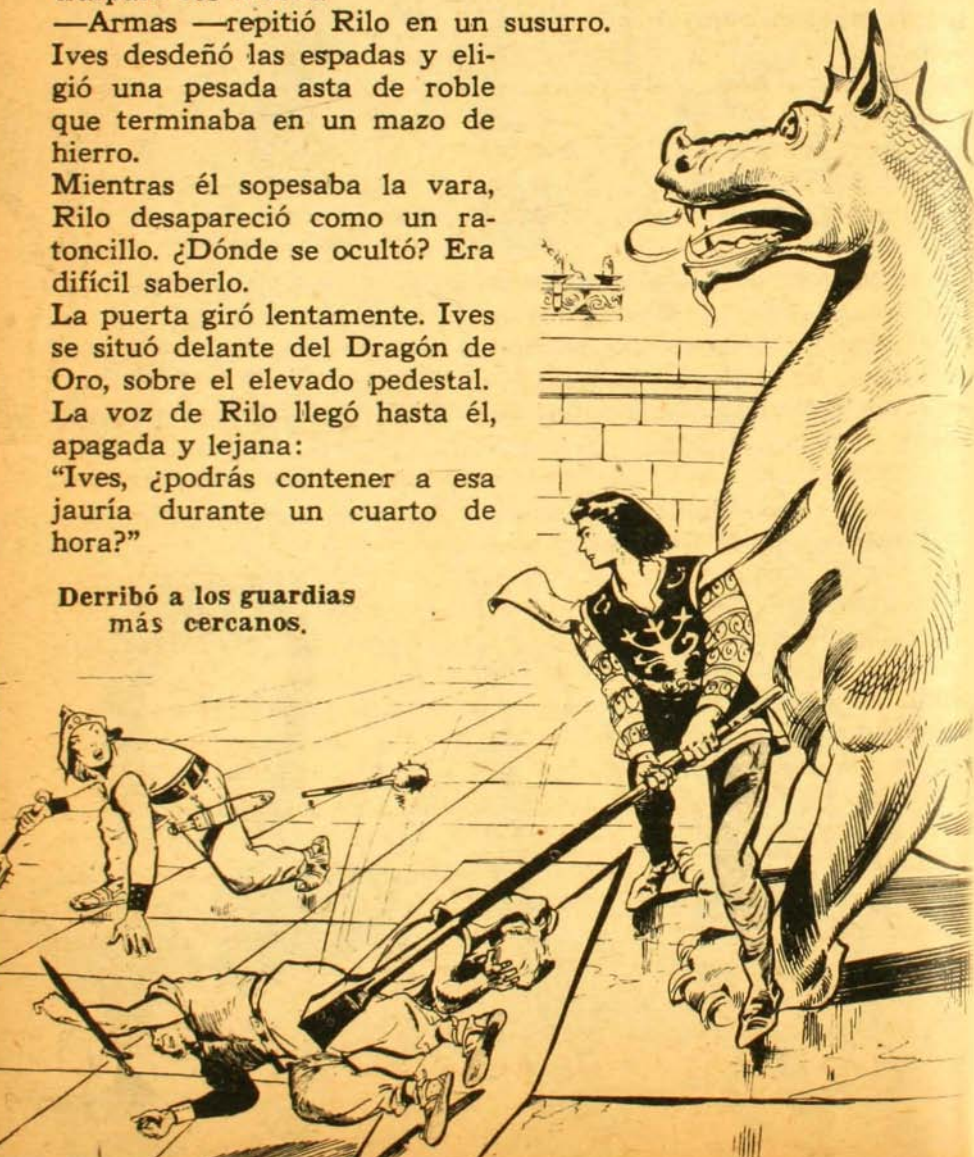
Mientras él sopesaba la vara, Rilo desapareció como un ratoncillo. ¿Dónde se ocultó? Era difícil saberlo.

La puerta giró lentamente. Ives se situó delante del Dragón de Oro, sobre el elevado pedestal.

La voz de Rilo llegó hasta él, apagada y lejana:

“Ives, ¿podrás contener a esa jauría durante un cuarto de hora?”

**Derribó a los guardias
más cercanos.**



Los esbirros de Sjar, armados de espadas y de clavos, irrumpieron en el salón. El príncipe cojo aulló: —¡Matadlo! Ha profanado el Dragón de Oro.

Vibró en el aire el asta y los dos guardias más próximos y más exaltados cayeron bajo el formidable golpe.

—¡No retrocedáis, cobardes! — rugió Sjar.

Un nuevo giro del asta y varios asaltantes fueron derribados.

—¿Quieres acercarte tú, valiente Sjar?

La sarcástica invitación enfureció aún más al príncipe. El héroe manejaba su arma como un leñador su hacha. En sus manos la vara de roble parecía animarse con el aliento de los bosques:

Ives avanzó un paso y la guardia se removió inquieta, como un hormiguero pisoteado.

—¡Lanzadle las armas! Es preciso abatirlo.

Ives dirigió una mirada a Sjar. Aquella orden revelaba astucia.

—La grasa que tienes en el cuerpo no te impide pensar, ¿verdad? Sofocado de ira, Sjar lanzó su espada como si fuera una jabalina. La hoja se quebró en el flanco del dragón, mientras Ives eludía el golpe. Sjar, rugiendo, arrojó en seguida la vaina.

Previendo que aquélla sería la señal para que todos impulsaran contra él sus armas, el Hijo del Lobo se refugió detrás del dragón.

—Escudo de oro —sonrió Ives, colocando su mano sobre las sólidas escamas.

Vislumbró el semblante congestionado de Sjar. El trovador le había revelado el nombre del príncipe. ¿Por qué lo conocía? No era un habitante de la isla y arribó a ella el mismo día en que Ives naufragó en sus costas. Ubicó, además, la sala del dragón.

—¡Ríndete! —gritó Sjar.

Con impulso terrible, Ives lanzó su arma contra sus atacantes y luego, trepando ágilmente al lomo del dragón, se situó desafiante entre las grandes alas de oro.



Erguido entre las alas del dragón, enfrentó a sus atacantes.

(CONTINUARA)

Magno Sorteo de MAYO

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

\$ 500.000.-

Correspondiendo al entusiasmo de nuestros lectores por esta revista, les ofrecemos para el mes de mayo un magno sorteo con premios de gran utilidad para colegiales y pequeñuelos.

Obsequiaremos **BICICLETAS, RADIOS, SWEATERS DE LANA, CALCETINES, SOQUETES, LAPICERAS FUENTES, LAPICES AUTOMATICOS, CUADERNOS, ESTUCHES DE GEOMETRIA, PORTADOCUMENTOS, LAPICES DE COLORES, GOMAS, PLUMAS, REGLAS, SACAPUNTAS, etcétera.**

Por cada serie de CINCO cupones numerados de 1 a 5 obtendrás un **BOLETO** para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" EN MAYO PROXIMO.

Cupón N.º 1 — Serie N.º 1
MAGNO SORTEO
DE MAYO

Cupón N.º 1 — Serie N.º 1
21 de diciembre de 1955

¿LO SABES TU?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:

¿Qué se celebra la noche de Navidad?



Solución a "SIMBAD" 327: El 8 de diciembre se celebra la Inmaculada Concepción.

Entre los niños que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes nombres:

CON CINCUENTA PESOS: Nelson Contador, Coquimbo; Cecilia Godoy, Los Andes; Ana Alarcón, Santiago; Jorge Ormeño, Santiago; Adrián Soto, San Carlos; Mireya Villagra, Santiago; Alberto Moena, Concepción; Rodrigo Caro, Santiago; Julio R. Sagardia, Chiguayante; Eduardo Dagach, Santiago.

SUBSCRIPCION TRIMESTRAL: Antonieta Gebrie, San Carlos; Santos González, Los Alamos; Germán Frosser, Temuco; Ana María Silva, Idahue; Leonel Riquelme, Los Angeles; Nadya Salazar, Santiago.

UN LIBRO: Pedro M. Mirá, Santiago; José Luis Abasolo, Chillán; Guillermo Vásquez, Santiago; Ema Suárez, Santiago; Gloria Schivo, Viña del Mar; Guillermo González, Los Andes; Esteban Briones, Tomé; Jaime Díaz Valdés, Santiago; Rosa Röling, Los Angeles; Mercedes A. Ugarte, Santiago.

Los niños de Santiago pueden retirar sus premios, diariamente, de 10 a 13 horas, en Avda. Santa María 076, 2.º piso. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**
SIMBAD N.º 329



3. “—No sé, papá —murmuró la niña—. No recuerdo.” Por cierto que Rod había huido. Kim yacía detrás de un arbusto, y no fue visto por Landy ni Alicia. Ella decía, confusa: “—Fui asaltada por dos hombres, y cuando una bala pasó rozando mi hombro, caí desmayada. Oí vagamente gruñidos y maldiciones.”



4. “—Quizás un lobo atacó a mis enemigos —continuó Alicia—. Pero, ¿cómo llegué hasta aquí?” Landy repuso: “—No puedo explicar este misterio, hija mía, ni sé quién disparó hace algunos minutos. Quizás encuentre algunas huellas. Espérame aquí, tranquila.”

(CONCLUIRA)

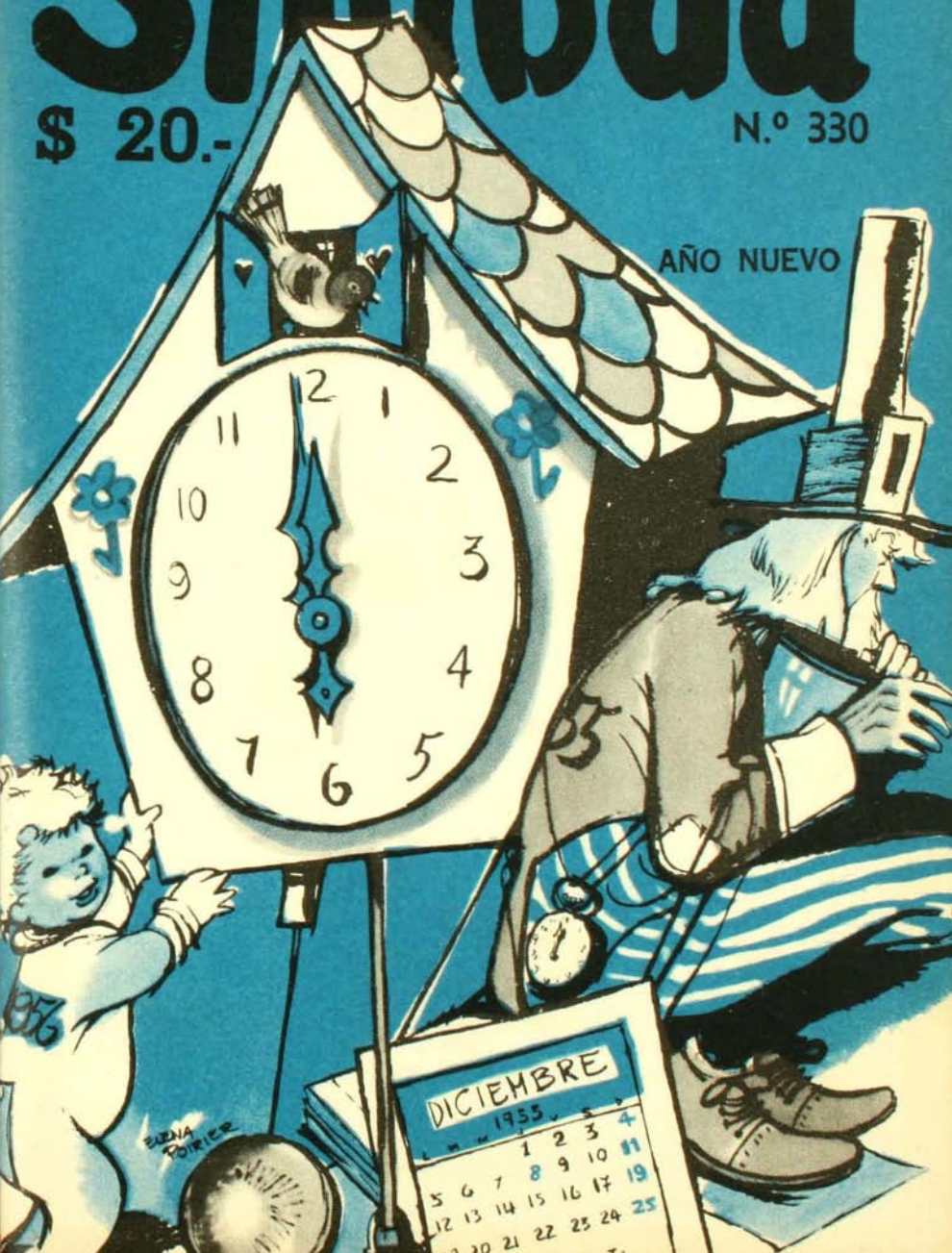


Simbad

\$ 20.-

N.º 330

AÑO NUEVO



ELENA FORNER

DICIEMBRE
1955

	1	2	3	4		
5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	19
20	21	22	23	24	25	



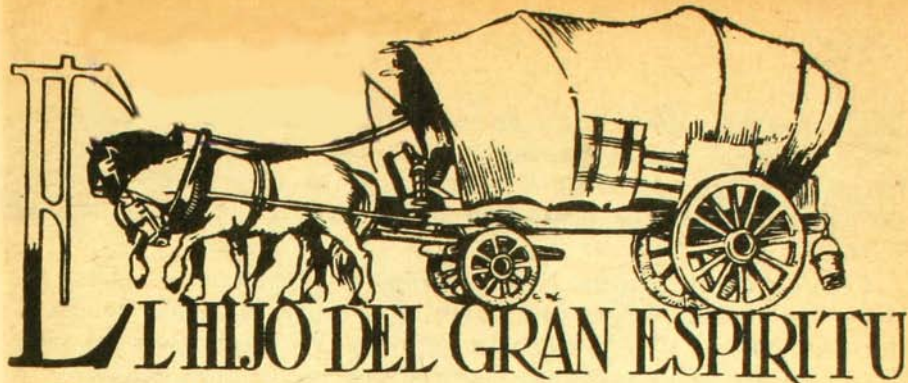
CAPITULO XXV Y FINAL.—EL REGRESO AL HOGAR

1. Alicia murmuró: “—¿Cómo llegué hasta aquí, papá?” El señor Landy repuso: “—Oí un disparo y salí a investigar. Te vi en el trineo, inmóvil y pálida. Alarmado me preocupé de traerte a casa, sin buscar huellas, ni...”



2. Un grito de su hija lo interrumpió: “—¡Kim! Ha sido él quien me salvó. Papacito, recuerdo vagamente haber sentido su aliento en mi rostro...” Landy rebatió: “—Es imposible. Kim se ahogó en el río hace varias semanas”. Pero la niña insistía: “—Salga a buscarlo. Debe estar afuera..., quizás herido”.

(Continúa en la penúltima página.)



Cuando los pieles rojas reinaban

CAPITULO I.—El hijo del milagro.

Un silencio trágico y doloroso se extendía por el campamento de los "pieles rojas". Las mujeres, inclinadas sobre el río, llenaban sus jarras llorando y gimiendo. Los guerreros, agrupados en sus carpas, cruzaban sus nervudos brazos y extendían sus miradas llenas de odio hacia el inmenso valle. El médico hechicero, el gran Chor-Na-Gok, apodado el "Buitre Negro", comenzaba a recitar el Canto de la Muerte.

Dentro de la carpa, "TORO SALVAJE", el



El gran Chor-Na-Gok pasó la noche en oración.

Año VII - 28-XII-1955 - N.º 330

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane)

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.

Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 1,70. Dos años: US\$ 3,15.

Recargo por vía certificada: Anual: US\$ 0,20. Semestral: US\$ 0,10.

jefe hereditario de la tribu de los PIES LIGEROS, agonizaba. "Toro Salvaje" era el guerrero más valiente de la tribu. Sin embargo, no miraba de frente a la muerte, ni se advertía en sus mortecinas pupilas el coraje de que había dado pruebas durante su vida.

—Cesa tu canto, Buitre Negro —dijo el moribundo—. Una terrible congoja me desespera. . . No es el miedo a la muerte. Es el porvenir de mi tribu lo que me inquieta. Yo prolongaré mi vida hasta que tú hayas visitado una vez más los Montes Sagrados y pedido consejo al Gran Espíritu. . . No puedo morir, no quiero morir hasta que el futuro de mi raza esté asegurado. Apresúrate y pídele al Gran Espíritu que te guíe y te aconseje.

—Lo haré, oh gran jefe —replicó Buitre Negro—, y seguramente el Gran Espíritu me oirá. Tú has conducido la tribu a grandes victorias. Ahora mismo estás sufriendo de las heridas que recibiste de nuestros enemigos. Perros, hienas, serpientes que cayeron sobre ti y. . .

—No pierdas tus palabras, Buitre Negro —murmuró el agonizante—. Obedece mis mandatos. Yo no puedo ir al Monte Sagrado, ni escuchar la palabra del Gran Espíritu. Qué desgracia tan enorme es que yo muera sin hijos varones que sigan mis pasos. Mi tribu necesita un jefe. Apresúrate, sabio hechicero. . .

Chor-Na-Gok salió de la carpa y llamó a su mujer.

—Le darás esta infusión de hierbas medicinales —le ordenó el hechicero— y le atenderás hasta que yo vuelva, sin moverte de su lado.

En seguida, el hechicero dijo a una linda doncella:

—Levántate, hija mía, y sígueme. Es justo que la única hija de Toro Salvaje me acompañe a la Montaña Sagrada.

El hechicero y la doncella Rayo de Luna galoparon en dirección al Monte Sagrado, donde llegaron al atardecer.

De rodillas entraron a la cueva donde se guardaban los huesos de los antepasados.

—Quédate aquí —ordenó el hechicero a Rayo de Luna—, mientras yo subo a la cima del monte a orar ante el Gran Espíritu.

La joven se quedó haciendo oración en la caverna de sus antepasados, y luego avanzó hacia el parapeto casi cortado a pique, y tendió sus miradas hasta la inmensa llanura.

De pronto, sus ojos se fijaron en algo que ardía en una quebrada.

Un niño lloraba junto a su madre asesinada.



—Parece un incendio —se dijo Rayo de Luna, descendiendo por un escarpado sendero.

A medio camino el rostro de la india adquirió una expresión de odio salvaje.

“Los rostros pálidos han venido hasta aquí —se dijo Rayo de Luna—, pero mis hermanos los han exterminado.”

En efecto, entre las carretas despedazadas se divisaban cadáveres de hombres, mujeres y niños.

—Muy bien hecho que los exterminen —mur-

muró la hija del gran jefe “Toro Salvaje”. Esos rostros pálidos vienen a cazar nuestros búfalos y a apoderarse de nuestras tierras. Guerra al invasor. . .

De pronto, en el silencio de la montaña, repercutió un llanto de niño. Rayo de Luna vaciló un instante. El llanto plañidero conmovió su corazón. Rápidamente comenzó a descender hasta la profunda quebrada. Guiada por el lastimero llanto del niño, la doncella llegó hasta el sitio donde yacía el único sobreviviente de la hecatombe.

Una mujer horriblemente mutilada sujetaba aún en sus yertos brazos al bebé.

Rayo de Luna cogió al pequeñuelo en su regazo y comprendió que el huerfanito lloraba de hambre. Con su instinto de mujer, Rayo de Luna registró un cesto que se hallaba junto a la madre asesinada y descubrió un biberón con leche. Al punto lo aplicó a los labios ansiosos de la criatura.

El niño abrió sus ojitos azules y sonrió a la doncella que le estrechaba contra su corazón.

Era ya de noche cuando la hija de “Toro Salvaje” entró de nuevo

a la cueva funeraria. Con el hijo de los rostros pálidos recostado en su regazo la doncella se durmió hasta el amanecer.

Grande fue la sorpresa del hechicero Chor-Na-Gok ante el espectáculo que se le presentó a la vista.

El hechicero cogió violentamente al niño y lo alzó en sus brazos.

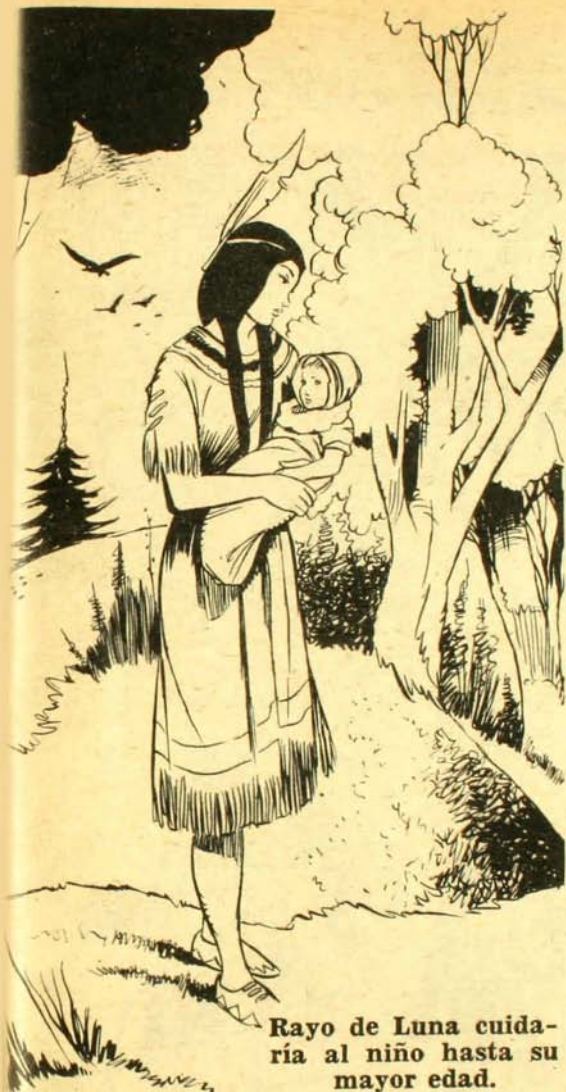
—Gracias te doy, Gran Espíritu —exclamaba el hechicero—, porque has escuchado mi oración. Rayo de Luna, bendita seas. Tú has encontrado al futuro jefe de nuestra tribu.



—EL HIJO DEL
GRAN ESPIRITU —
exclamó el hechice-
ro—. Gracias te doy,
mi Dios.

—Pero ese niño es blanco, es... —balbució Rayo de Luna.

—Calla, mujer —interrumpió "Buitre Negro"—. ¿Has olvidado que las profecías anunciaban que vendría a reinar sobre nuestra tribu un rostro pálido? El niño vivirá en nuestra cueva hasta su mayor edad. Le criaremos con leche de leona. Tú le cuidarás, tú



**Rayo de Luna cuida-
ría al niño hasta su
mayor edad.**

—Ya puedo morir en paz, Buitre Negro. Entona el Canto de la Muerte.

Hasta la lejana caverna donde Rayo de Luna quedaba oculta a las miradas de todos, en compañía del niño de ojos azules, llegó el eco de ese canto de muerte.

velarás por él y jamás saldrás de esta cueva hasta que “JOVEN BUFALO” cumpla 18 años.

—Que se haga la voluntad del Gran Espíritu —murmuró Rayo de Luna, recibiendo amorosamente al niño predestinado.

Buitre Negro bajó solo de la Montaña Sagrada y penetró en la carpa del moribundo.

—El Gran Espíritu ha obrado el milagro, ¡oh gran jefe Toro Salvaje!

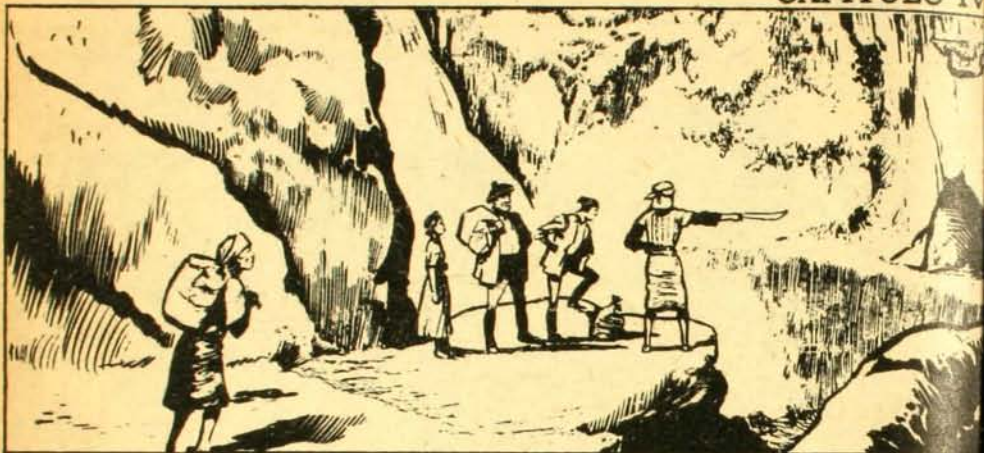
—dijo Chor-Na-Gok—. Toda la noche estuve en oración y al amanecer recibí la respuesta de nuestro Dios. Allá ha quedado tu hija Rayo de Luna, cuidando al futuro jefe de la tribu. Se cumplieron las profecías, y el Gran Espíritu nos ha enviado a su hijo.

El moribundo se incorporó por última vez en su lecho y exclamó jubiloso:

(CONTINUARA)

El tesoro del Cóndor de oro

CAPITULO IV O Y SERPIENTES



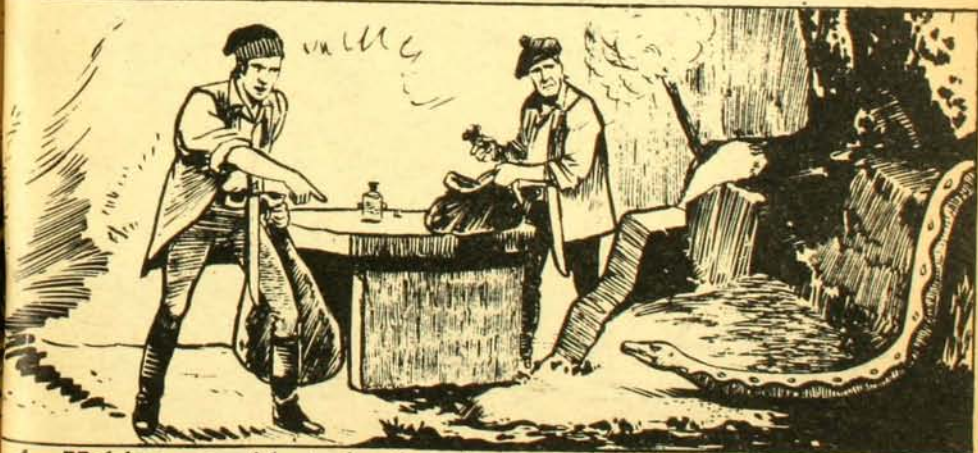
1. Juan Pablo y el escocés MacDugal buscaban el tesoro del Cóndor de Oro. Los indios quichés y su jefe Lluma les guiaron hasta una caverna. "—Ahí encontrarán el tesoro —dijo Lluma—. Ninguno de mis hombres les acompañará, porque está prohibido entrar en los secretos dominios del cóndor."



3. En la gruta más recóndita descubrieron las fabulosas riquezas. Sobre una mesa de piedra fulguraban las joyas y las figuras de oro. MacDugal veía cumplido un antiguo sueño. Juan Pablo sonrió. Ese oro le serviría para rescatar a su abuelo prisionero y vengarse del cruel marqués de Saint-Maló.



2. Dejando a Clara con los nativos, los exploradores se internaron en la caverna. Al avanzar, quemaban con sus antorchas las espesas telarañas. Durante siglos, ningún ser humano había penetrado en ese lugar que guardaba el fabuloso tesoro maya. Ahora, dos hombres audaces penetraban en el laberinto de rocas.



4. Habían recogido todas las riquezas, cuando MacDugal profirió una exclamación de alarma. Una serpiente boa se descolgaba del muro de roca. "—¡Lance contra ella su antorcha y huyamos!", gritó Juan Pablo. De las grietas emergían otras serpientes. "—Vamos, antes que nos cierren el paso."

El tesoro del



5. Lanzaron sus antorchas sobre los reptiles, que se retorcieron furiosamente. “—Tenemos el tesoro en nuestro poder —murmuraba MacDugal—. Unas serpientes roñosas no nos impedirán que lo llevemos.” Corrió en seguida detrás de Juan Pablo, distinguiéndolo vagamente en la penumbra.



6. Estaban ya cerca de la salida cuando el escoçes cayó en un profundo foso. El joven se inclinó, para intentar izarlo, pero MacDugal gimió: “—Creo que me quebré la cadera”. Juan Pablo dijo: “—Iré en busca de una sogá. Los quichés me ayudarán a rescatarlo. No se preocupe”.

Cóndor de oro



7. Los aborígenes se negaron a entrar en la gruta prohibida. Clara declaró entonces: “—No soy débil, Juan Pablo. Entre los dos salvaremos a mi padre”. Los indios, con supersticioso terror, les vieron desaparecer en la sombría caverna. MacDugal yacía pálido de dolor y respirando pensamente.



8. Juan Pablo lo ayudó a ascender, con mil precauciones. Era imposible efectuar el salvamento con rapidez. De súbito, un grito de Clara estremeció a Juan Pablo. “—¿Qué sucede?”, preguntó. La niña, incapaz de articular palabra, señaló una sinuosa figura que se deslizaba hacia ellos.

(CONTINUARA)

PIVALES EN el CIRCO

CAPITULO XVII *Cosas de payaso.*



Diana Marcy espiaba a Hugo, el rey del trapico, quien había penetrado furtivamente al carromato que servía de oficina al empresario.

A través de las estre-

chas aberturas de su máscara de clown, los ojos de la niña expresaban ansiedad. Hugo urdía una traición contra Mimí Duval. Escuchó vagamente su voz:

—Debo encontrar esa carta. La fecha es importante para saber cuándo atacaré.

Diana no pudo reprimir un gesto de alarma. Su movimiento produjo un roce que, aunque débil, fue percibido por Hugo. Este ya había encontrado la carta que buscaba tan ávidamente. Se lanzó hacia la puerta y la abrió, preguntando:

—¿Quién anda ahí?

Alcanzó a distinguir una figura que huía.

—¡Maldición! ¿Quién es?

Corrió en persecución de la sombra fugitiva. No lograba identificarla en la penumbra.

“Me espiaba, no hay duda”, murmuró furioso.

Avanzó entre los carromatos y las jaulas. No vio la silueta ágil que escaló por un costado la jaula de los leones y se reclinó sobre el techo, manteniéndose inmóvil mientras él pasaba corriendo. La cólera perturbaba en tal forma al acróbata, que la carta cayó de sus manos sin que él lo advirtiera.

Diana bajó de un salto y la recogió. A la incierta claridad, leyó: “Estimado Libor, regresaré el 25 de este mes. Viaja conmigo un importante empresario de cine. Le ruego que no comunique la noticia a nadie. Hay una razón especial para mantener esta reserva. Saludos para todos los artistas del Circo Mundial. Larosa.”

Era una carta del empresario, dirigida a su reemplazante.

“La fecha es importante”, había murmurado Hugo. Es decir, que trataría de eliminar a Mimí antes del día 25.

Minutos después, Diana refería su descubrimiento a la buena Francisca.

—Tenemos que mantener los ojos bien abiertos —dijo ella—. Mimí está en peligro. Qué lástima que no podamos enviar a la cárcel a ese muchacho criminal. Sin pruebas, ningún juez nos oiría. Saldré a dejar esa carta en el mismo lugar donde la perdió Hugo. El regresará a buscarla, para colocarla de nuevo en el escritorio de Libor. Al día siguiente, el circo recobró su animación habitual. Los artistas ensayaban sus números. Sólo Mimí Duval permanecía inactiva, con la mirada ausente.

—No ensaya como antes. Nada la entusiasma —decían sus compañeros—. Desde que Diana se fue, parece un cuerpo sin alma. Hugo se acercó a la abstraída Mimí, preguntándole:

—¿Siempre triste? Subamos a la plataforma más elevada. En las alturas, las penas se adormecen.

—No tengo ánimos para ensayar.

—Conversaremos, entonces. Te hablaré de mis viajes y de mis

triumfos. Ah, estoy ideando un nuevo acto.

En ese instante, Runrún, que caminaba apresurado y al parecer sumido en profundos pensamientos, tropezó con el tony Lechuga. Este, apartándose, saludó con una exagerada reverencia, gritando:

—¡Adiós, rey del "tropezoz"!

Con sus hermosas facciones demudadas por la ira, Hugo inquirió:

—¿Supongo que se burla de mi título?



—¿Quién anda ahí?
—preguntó Hugo.

Alcanzó a distinguir una figura que huía.



Lechuga respondió con expresión inocente:

—No, majestad.

—Si continúa con sus insolencias, me quejaré al empresario.

—Se lo prohíbo terminantemente, Hugo.

La voz restalló como un látigo. Asombrado y ocultando su instintivo temor, el acróbata miró al payaso Runrún.

—¿Cómo se atreve? —exclamó después, irguiéndose como un monarca ofendido.

—Sus arrogancias son inútiles conmigo. Basta que sea usted el fanfarrón del circo. No quiero que actúe también como una vieja chismosa.

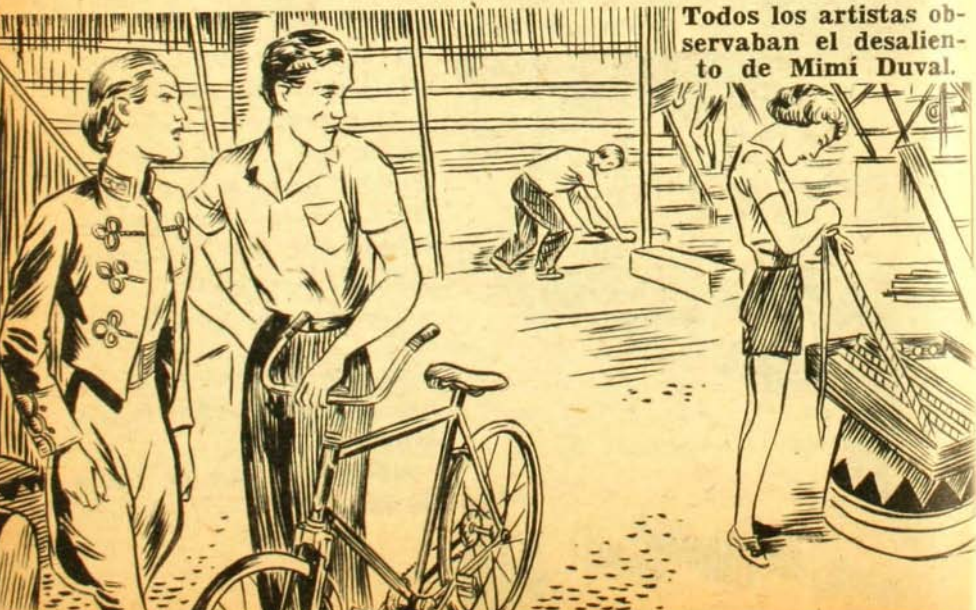
Un pesado silencio siguió a esas palabras. Mimí, alarmada, murmuró:

—No riñan, por favor.

Hugo observaba a su ofensor. Parecía medirlo. Bajo las ropas flotantes del payaso se ocultaba quizás un cuerpo ágil y vigoroso. La estatura, no disimulada, era respetable. Los puños se advertían duros. Los ojos de Runrún expresaban una fría cólera. Las pinturas



Diana leyó la carta.



Todos los artistas observaban el desaliento de Mimí Duval.

que le cubrían el rostro y la nariz grotesca y exagerada no causaban, por cierto, risa en aquel momento.

Aunque poseía fuerzas y la rapidez natural de un acróbata, Hugo consideró que un encuentro con Runrún era muy arriesgado.

Lechuga, el causante de la discusión, esperaba alegremente los resultados.

Pero el rey del trapecio no se decidía a aceptar el desafío de Runrún. Con un altivo encogimiento de hombros, dijo a Mimí Duval:

—Tranquilízate, Mimí. Soy un caballero y no te ofreceré una escena triste y vulgar.

Después agregó, mientras se retiraba llevando a Mimí del brazo:

—No demos importancia a este incidente. Son cosas de payaso...
(CONTINUARA)

LISTA DE PREMIADOS EN NUESTRO GRANDIOSO SORTEO DE NAVIDAD

1069	1 blue-jean.	3594	2 cuadernos.
1093	1 pato Donald.	3672	1 pelota de goma.
1188	1 delantal.	3757	1 blue-jean.
1190	1 delantal.	3792	1 cinturón Pecos Bill.
1208	2 cuadernos.	3794	1 servicio de té (juguete).
1347	1 blue-jean.	3815	1 MUÑECA.
1452	2 cuadernos.	4916	2 cuadernos.
1481	1 caja de lápices de colores.	5155	1 blue-jean.
1482	1 chauchera.	5724	2 cuadernos.
1512	1 muñeca de loza.	6317	1 chauchera.
1728	1 chauchera.	6380	2 cuadernos.
1811	1 blue-jean.	6389	1 billetera.
1873	1 costurero.	6700	1 blue-jean.
1910	1 sweater de lana.	6701	1 juego de dominó.
1911	1 sweater de lana.	6734	1 servicio de té (juguete).
2893	1 tablero chino.	6771	1 billetera.
3100	1 juego de ludo.	6894	1 portadocumento.
3103	1 pelota de goma.	8082	1 pelota de goma.
3209	1 RADIO PHILIPS.	8085	1 blue-jean.
3275	1 juego de lotería.	8101	1 chauchera.
3492	1 billetera.	8138	2 cuadernos.
3547	1 servicio de té (juguete).	8139	2 cuadernos.
3560	1 pelota de goma.	8232	1 corte de género.
3561	1 pelota de goma.	8300	1 caja de música.
3563	1 muñeca de loza.	8565	1 chauchera.
3564	1 muñeca de loza.	8626	1 servilitero.

(CONTINUARA)

EL fantasma



RICOTE Y SU CÓMPICE
HUYEN AL VER QUE LA GUAR-
DIA HA SIDO VENCIDA POR EL
FORMIDABLE TERRIBLÍN

¡ESTAMOS
PERDIDOS!



VAMOS A LA SALA DEL TESORO

MIENTRAS TANTO EL MAR-
QUES DUERME COMO UN
BENDITO



RON
RON

¡RÁPIDO! OIGO LOS
GRITOS CADA VEZ
MÁS CERCA



CON ESTE ORO DEL MARQUÉS
PASAREMOS UN FELIZ AÑO NUEVO

Y DE PRONTO...

¡UN FANTASMA!

TERRIBLÍN, PARA
SERVIROS, CABALLEROS

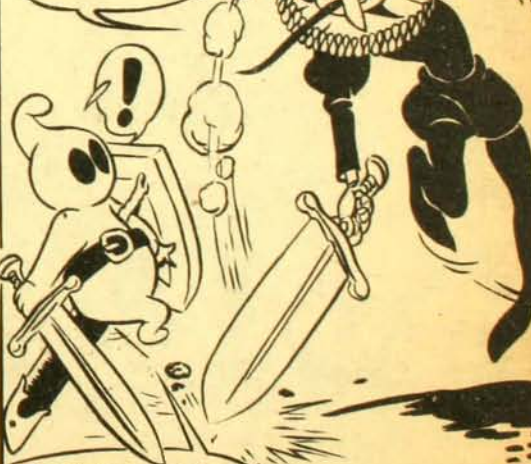


SACANDO UN SABLE DE UN
BOLSILLO SECRETO, RI-
COTE ATACA



AH, SOSPECHO QUE TÚ ERES EL
CAUSANTE DE MIS FRACASOS.
VENCISTE A LA GUARDIA, DES-
PERTASTE A LOS CAMOTIEN-
SES ETC... ETC...

¡TE
MATARÉ!



¡UF! QUE TIPO
TAN NERVIOSO

CONTINUARÁ



BUFALO BILL

CAPITULO XXII. ANO AMARILLA



1. Arco Largo, jefe de la tribu de los arapahos, capturó al capitán Miles y a tres soldados del fuerte Lincoln. Se disponía a darles muerte, cuando Búfalo Bill surgió del wigwan y con su diestra cogió la mano izquierda del guerrero, haciendo crujir sus huesos. Arco Largo se retorció de dolor.



3. Los arapahos vieron alejarse a los jinetes, sin intentar siquiera detenerlos. Miraban estupefactos a su jefe, que se contraía y temblaba bajo la poderosa mano de Pa-E-Has-Ka, el brujo blanco. "—¿Es éste el hombre que les conduciría a la victoria?", pronunció Búfalo Bill, con frío desdén.



2. Búfalo Bill dijo: "—Ordena la libertad de los prisioneros o, antes de alojar una bala en tu condenada cabeza, te quebraré las falanges". Cuando Miles y los soldados quedaron libres, el explorador indicó: "—Monten en sus caballos y abandonen el campamento. Me reuniré después con ustedes".



4. "—No es un guerrero digno de gobernar a la valerosa tribu de los arapahos. Es débil, cobarde y traidor." Los pieles rojas aprobaron esas palabras con gritos estridentes. Y mientras Búfalo Bill saltaba ágilmente a la montura de Torbellino, los arapahos expulsaron del campamento al jefe humillado

BUFAILO BILL



¿Esa es una danza arapaho, capitán Miles?

5. Al llegar al fuerte Lincoln, Búfalo Bill fue acogido con aclamaciones. El capitán Miles bailó, esta vez sin temer que una flecha india le atravesara el corazón. Pero era difícil mantener por mucho tiempo la paz. No faltaban los pieles rojas levantiscos y un nuevo nombre surgió amenazador: Mano Amarilla.



¡Adelante! El Gran Manitú nos guía.

6. Una patrulla que salió del fuerte Lincoln atravesaba la extensa pradera, cuando Mano Amarilla la divisó. "—¡Muerte a los rostros pálidos!", rugió. Alzándose sobre los estribos, indicó a sus guerreros que lo siguieran. La furiosa cabalgata hacía retemblar la tierra.



Manténganse juntos para resistir el ataque.



Los dioses de la guerra están con nosotros.

7. La batalla fue breve y trágica. Aunque los patrulleros se defendieron con desesperado valor, el número de sus enemigos y el ataque sorpresivo les venció. Cuando todos los jinetes fueron derribados, Mano Amarilla proclamó: "—Los dioses nos protegen. Nuestros odiados enemigos yacen sin vida".



¡Es Adams! ¡Viene herido!



Tal vez pueda ir yo solo a explorar un poco.

8. Pero un soldado había logrado sobrevivir a la masacre. Gravemente herido cruzó las veinte millas que lo separaban del fuerte Lincoln. "—¡Es Adams! ¡Viene herido!", anunció el centinela. Más tarde, el general Custer observaba sombríamente: "—No dispongo de fuerzas para detener a esos salvajes".

(CONTINUARA)



3 amigos en la selva



CAPITULO VIII. *En casa de Paterson.*

Un enorme tigre se cruzó en el camino del elefante Tobi.

Mientras Roberto Mervil permanecía castigado por su desobediencia, en la casona del tío David, Lina y su amiga Marilyn Paterson avanzaban por la foresta sobre el lomo del elefante Tobi. Esta vez Lina Mervil no temía ni a las serpientes ni a las fieras desde la encumbrada litera del paquidermo.

—Es maravilloso este carruaje —decía la rubia Lina—. Mira cómo el formidable Tobi aplasta con sus patas, serpientes y animalitos. Me siento como en una hamaca suspendida en el aire.

—Miss Barclay se ha dormido con el balanceo —indicó Marilyn—, y yo me siento feliz estando sola contigo, mi adorada Lina. Necesito tu amistad, me siento tan inquieta. . .

—¿Inquieta, por qué? —preguntó Lina—. Tú todo lo posees, eres rica, ¿o les temes a las cobras o a los tigres?

—No —murmuró Marilyn—, estoy inquieta por mi padre. Ha cambiado tanto en estos tres años. Era tan distinto en nuestra pa-

RESUMEN: Roberto y Lina Mervil han llegado a casa del plantador de caucho David Taylor, y su amiga Marilyn Paterson habita con su padre en una plantación cercana. Taylor y Paterson son enemigos acérrimos. Por ofender a Taylor, Paterson compra el elefante que el tío David tenía en trato. Este adquiere entonces una motocicleta y sale de excursión con Lina y Bob. El muchacho caza una pantera negra. Roberto y Dass van a buscar el cadáver de la fiera durante la noche y no la encuentran. . .

tria. Ahora en medio de esos trabajadores de diversas razas está siempre a la defensiva y terriblemente nervioso.

—Sus trabajadores le temen —insinuó Lina.

—Sí —asintió Marilyn—, pero papá les teme mucho más, y cuando visita las plantaciones lleva siempre un revólver a mano.

—Bob también sale siempre armado —declaró Lina—. Pero lleva fusil para cazar fieras, como el célebre Tartarin. No lo hace para intimidar a los *coolies*, que parecen quererle mucho.

—Mucho tardará Roberto en encontrarse frente a un tigre —sonrió Marilyn—. Se oyen sus rugidos lejanos, pero no se acercan a poblado.

Lina sintió la tentación de referir a su amiga la hazaña del joven cazador, pero se detuvo recordando la promesa hecha a su hermano.

De pronto la litera se inmovilizó; el elefante Tobi levantó su trompa y abrió el hocico.

—Tobi ha husmeado la presencia de una fiera —indicó el cornac Bambo.

Un chorro de espuma salía de la boca del elefante.

Miss Barclay despertó sobresaltada.

Marylin y Lina charlaban íntimamente.



A quince metros de distancia se divisaban los ojos fosforescentes de un tigre.

Tobi lanzó un berrido que debió conmover a todos los habitantes de la selva.

—Miss Barclay, dispere —suplicó Marilyn—. Usted tiene un revólver.

Pero la institutriz cubría su rostro con manos enguantadas y Marilyn, pálida como un lirio, se abrazaba a Lina Mervil.

El tigre, asustado con el trompetazo de Tobi, desapareció en la espesura. Sólo el cornac Bambo se había preparado para la defensa, disponiéndose a lanzar una flecha a la fiera.

Ahuyentado el tigre, Tobi se

lanzó al trote hasta el camino plano que conducía a la casa de Dick Paterson.

—Nunca volveré a salir —gemía la institutriz Miss Barclay—. Es un país insoportable. Regresaré a Inglaterra.

—Tal vez el señor Paterson —observó Lina Mervil— no permitirá que ustedes excursionen por la selva.

Pronto llegaron frente a la escalinata del castillo. Bambo golpeó las rodillas del elefante, y éste las dobló para depositar en tierra a las viajeras.

El padre de Marilyn había preparado un festín para sus invitados. Se decía que deseaba deslumbrar a los sobrinos del tío David con sus riquezas.

A la hora del almuerzo, Paterson envió a decir con un criado que, sintiéndose fatigado, almorzaría en su aposento.

—Está bebiendo —murmuró Marilyn, con tristeza—. ¡Todo el día con su botella de whisky!

—Tal vez lo necesita para evitar la malaria —sugirió la buena Lina.

—No —suspiró Lina—, bebe todo el tiempo. Es algo atroz... Escúchalo. Está castigando a un *coolie*. Yo me desespero.

Marilyn alzó la cortina y vieron a un pequeño japonés más o menos de la edad de la chinita Tika, alzando sus manitos como pidiendo perdón, mientras Paterson le golpeaba con una varilla de bambú.

Marilyn dejó caer la cortina cuando el pequeño japonés lanzó un grito.

—Le castiga porque dejó de abanicarle un momento —expresó Marilyn—. Si no fuera mi padre le odiaría. Ven al comedor, Lina... No quiero entristecerte más.

Aquella visita que Lina creyó agradable y placentera, se iba convirtiendo en un suplicio.

Marilyn no se atrevía ni a enchufar la radio porque su padre, desde días atrás, no quería oír música.

Sin embargo, las jovencitas se sobrepusieron al siniestro ambiente y, tendidas en dos hamacas, evocaban sus días de colegio.

La risa había vuelto a sus semblantes y se perdían en halagadores recuerdos...

De pronto se abrió el cortinaje, y el beodo Paterson, sin saludar a Lina, le dijo con acento burlesco:

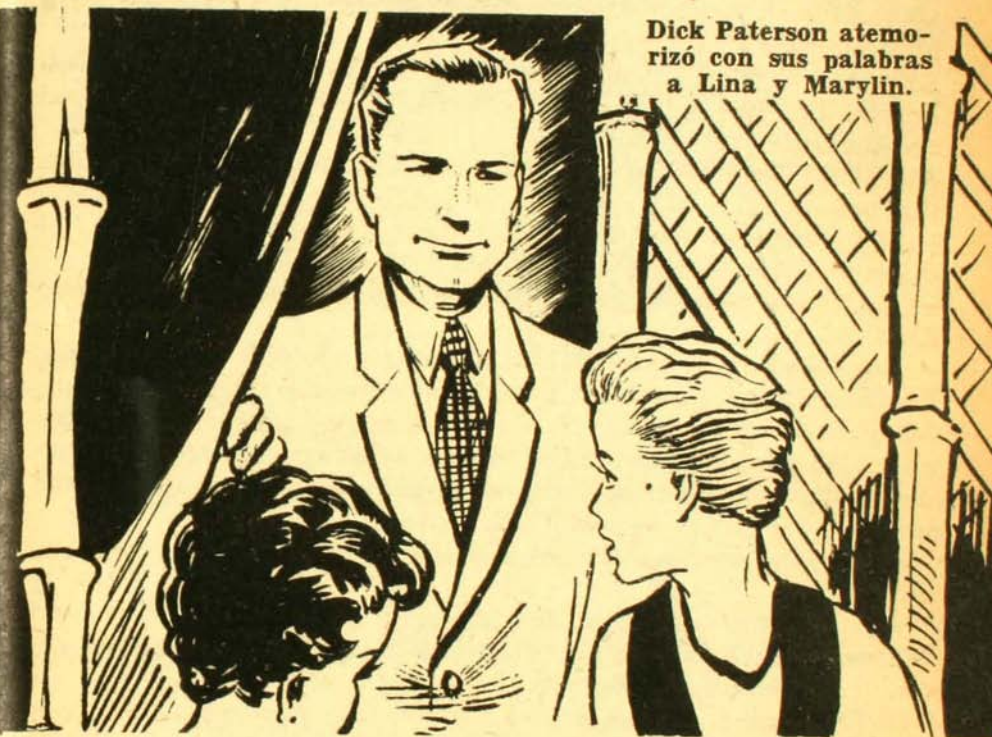
—¿Se ha consolado ya tu tío David de la pérdida del elefante?

—Sí, señor —respondió Lina Mervil—. Estamos encantados con la motocicleta que nos conduce rápidamente a través de la concesión. Hacemos huir a todas las fieras de la selva.

—¿Fieras? —exclamó Paterson lanzando una carcajada—. ¿Has visto alguna, niña fantástica?

—Sí, señor, anoche una pantera negra, y hoy un tigre...

—Sí, papá —interrumpió Marilyn—; un enorme tigre nos salió al camino, cerca de los pantanos.



Dick Paterson atemorizó con sus palabras a Lina y Marilyn.

—¿Y no se desmayaron? —preguntó burlándose Paterson—. Ese tigre azucarado es un viejísimo animal que los indígenas veneran como a un ídolo porque aseguran que es la reencarnación de un hechicero malayo...

—Señor, usted dice esto para que no nos asustemos —insinuó Lina Mervil—, pero hay otras fieras no tan inofensivas. Ayer yo fui atacada por una pantera negra en la selva.

—¿Cuando regabas las plantas de tu jardín? —preguntó el irónico Paterson.

—En plena selva y de noche —aseguró Lina—, cuando excursionábamos en la motocicleta.

—Ese loco de David Taylor les lleva a la jungla de noche y seguramente sin armas —exclamó Paterson.

—Tío David no es loco —protestó Lina Mervil—, y mi hermano Roberto es un gran cazador. El mató de dos tiros a la pantera negra.

Dick Paterson ya no reía. Con sus manos en los bolsillos miraba furioso a Lina.

—Si es verdad lo que dices, niña —dijo por fin—, podrás confeccionarte una linda alfombra con la piel de la pantera.

—Nuestra pantera desapareció en la noche —dijo tristemente Lina—. Alguien se la robó. Roberto fue a buscarla y no pudo hallarla.

El viejo beodo reía a carcajadas.

—Linda tu historia, niña —observó el antipático Paterson—. Otra vez nos contarás que tu hermano mató dos tigres y veinte panteras. . .

En ese momento se oyó ruido en el patio y ruido de voces indígenas. Dick Paterson metió su mano en el bolsillo y sacó su revólver.

—¿Quién se introduce aquí? —gritó—. He prohibido que entren a mi casa los indígenas. Yako, Resko, ¿qué ocurre?

Dos rostros amarillos asomaron la cabeza por el cortinaje e indicaron al amo que se asomara a la terraza.

Cuatro malayos traían el cuerpo rígido e inmóvil de una pantera negra.

—¡Mi pantera! —exclamó Lina.Mervil.

Paterson, con el ceño adusto, descendió hasta el patio y preguntó a un contraamaestre indígena:

—¿Tú mataste a esa bestia?

—No, *tuan*, yo no tengo fusil.

—¿Quién la encontró y cómo la mataron? —preguntó Paterson.

—Tiene dos balas en el cuerpo —explicó el malayo—. Un cauchoero la encontró junto al riacho y se la trajimos al *tuan*. Su piel es muy bella.

—Y creen que yo voy a pagársela bien —dijo Paterson—. Les recomiendo que para otra vez no me traigan bestias que no hayan matado mis peones. Es de chacales apoderarse de cacerías ajenas.



Paterson y Lina contemplaban los despojos de la pantera negra.

Lina Mervil había bajado también al patio y examinaba la pantera con ojos codiciosos.

No así Marilyn, que desde la terraza miraba con espanto el cadáver de la fiera.

—Mi hija nunca será valiente —murmuró Paterson con enojo—. Señorita Mervil, ahora advierto que la historia de su pantera negra no era un mito.

—Yo nunca miento —declaró Lina Mervil—, y me alegro por mi hermano Roberto, quien tan orgulloso se mostraba por su cacería.

—En efecto —replicó Paterson con increíble afabilidad—. Usted, señorita Mervil, y su hermano, son de buena raza. No así el pícaro David Taylor.

—Señor Paterson —protestó Lina—, creo que no es mi tío David el pícaro...

—¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! —exclamó Dick Paterson—, es usted tan valiente como atrevida, señorita Lina. En recompensa a sus impertinencias, voy a ordenar que carguen los despojos de la pantera negra sobre el lomo del elefante y así puede usted llevarse a su hermano como un regalo de lujo.

—Señor, le agradezco tanto su bondad —murmuró Lina—. ¿Oyes, Marilyn? Llevaremos la pantera negra a nuestras espaldas en el elefante Tobi. Tu papá es muy bueno.

(CONTINUARA)

Ponchito

¡ YA NO TIENE REMEDIO, COMADRE !



¡ QUE PENNA ! ¡ SE NOS FUE SIN VUELTA !



¡ LO PERDIMOS PARA SIEMPRE !

¡ HAY QUE CONFORMARSE, COMADRE !



¡ POBRE SEÑORA CHEPA, PARECE QUE SE LE MURIÓ ALGUIEN DE LA FAMILIA !



POR NATO

¡ PERDONE SEÑORA, SIN QUERER OÍ SU CONVERSACIÓN !...



... LE DOY MI MÁS SENTIDO PE'SAME !



¡ PERO, PONCHITO, SI ES EL AÑO VIEJO QUE SE NOS FUE !



NATO.

LOS GUARDIANES DEL ORO



CAPITULO VII La hora de la ver- dad.

Ives el Lobo enfrentaba a una enardecida turba de guardias y a Sjar, el príncipe cojo, que aullaba de furia. A una orden de Sjar, sus esbirros lanzaron las armas contra Ives, erguido entre las alas dora-

das del gran dragón. Una clava pasó a escasos centímetros de la cabeza del héroe que, suspendiéndose de una cortina, saltó sobre una montaña de cofres.

Una clava pasó a escasos centímetros de su cabeza.



Quando sus atacantes se aproximaron, hizo rodar una de las arcas llena de riquezas. Dos guardias fueron derribados por la imprevista lluvia de oro y los demás retrocedieron. Sonoras monedas, coronas, diademas, collares y anillos rodaron por el piso de mármol.

Sjar, comprendiendo que la fuerza no vencería al temerario Ives, decidió recurrir a la astucia, y se separó de sus rufianes, que insistían en el inútil asalto.

Al verlo alejarse, Ives le lanzó un cofrecillo de plata, que rebotó sobre la cabeza del cojo.

—¿A dónde vas, Sjar? ¿Se apagó tu espíritu guerrero?

El príncipe, lívido de furia, no contestó. Ives no pudo seguir acosándolo, porque los mercenarios proseguían el ataque. Los mantuvo





La lluvia de riquezas arrasó con los guardias.

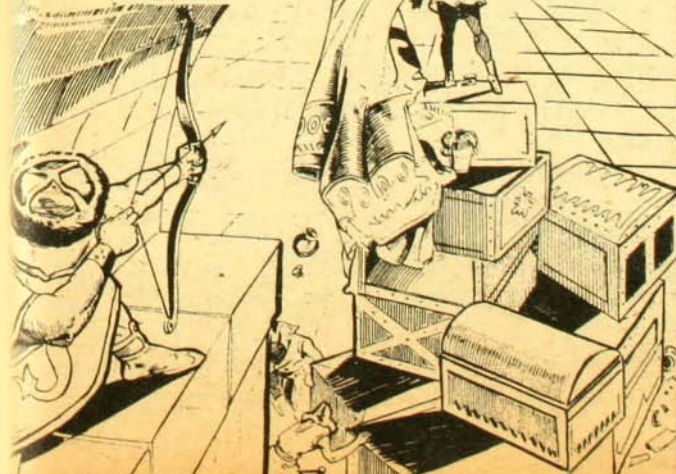


Sjar abandonó el campo de batalla.

distanciados con violentos impactos de oro, plata y piedras preciosas.

Sjar se escurrió fuera de la sala y momentos después aparecía sobre una alta cornisa, desde la cual se dominaba todo el recinto. Silenciosamente, tendió su arco, apuntando la flecha hacia la espalda de Ives. Pero no disparó. Una bizarra escena lo distrajo, causándole un ligero sobresalto.

El traidor apuntó su arco a la espalda de Ives.



Rilo leía antiguo pergaminos.





A veinte pies, debajo de él, Rilo, el trovador, extraía de una gran cátedra (sillón sacerdotal) unos pergaminos sellados con cera. Tal profanación estremeció a Sjar. Aquel bardo insolente removía los archivos secretos de la Hanse. Con lentitud, dirigió hacia él su arco.

Rilo tenía el oído muy fino, y aunque el movimiento del arquero fue muy leve, lo percibió. Sus ojos no expresaron temor cuando descubrió la agazapada figura del cojo.

—Sjar —gritó con voz clara—, no te atreverás a atravesar con esa flecha a tu hermano Krig.

—Pretendes ganar tiempo —dijo Sjar.

Sacudiendo su gruesa cabeza, Sjar replicó:

—Mientes, extranjero. Pretendes ganar tiempo. Mi hermano murió hace muchos años. El mar se tragó su cuerpo, que nunca más volvió a la superficie.

Escudándose detrás del respaldo de la cátedra, Rilo añadió:

—Sjar, ha llegado la hora de la verdad. Lo sabes y tienes miedo. En seguida, por tres veces, llamó a Ives el Lobo.

Un velo rojo oscureció la mirada del príncipe. La ira lo ahogaba.

—¡Mientes! —rugió.

—Sjar el cojo tiene miedo —canturreó el trovador.

Aquellas dos voces, la enfurecida y la burlona, parecían inundar la vasta sala.

Los guardianes del oro y el caballero del rey Arturo oyeron las palabras resonantes. Proclamaban un secreto que durante largo tiempo se mantuvo ignorado.

—Krig —musitaron los guardias—, el verdadero príncipe de la Hanse...

—¡Falso! —aulló Sjar.

—Baja a leer este antiguo pergamino —invitó el bardo, asomando por un fugaz instante, sobre el respaldo, su desgreñada y obscura cabeza.

Silbó la flecha al surcar el aire, pero ya Rilo había desaparecido detrás del baluarte.

El Hijo del Lobo se balanceó de nuevo en la cortina y cruzó el espacio, pasando sobre las cabezas de los guardianes. Descendió en la cornisa, como un halcón que cae con las alas desplegadas y las garras prestas para asir la presa. Ante ese ataque impetuoso, Sjar tembló de pavor. Temiendo caer de la cornisa se replegó contra el muro.

—Ya no necesitarás ese arco —susurró Ives lentamente—. Rilo desea hacer algunas revelaciones. Las oiremos sin provocar desorden ni desmentirlas.

La voz pausada y plácida no concordaba con la férrea fuerza de las manos ni la presión ahogadora de las piernas de Ives. El joven había caído sobre la espalda de Sjar y le cogió las orejas, como a un asno tozudo.

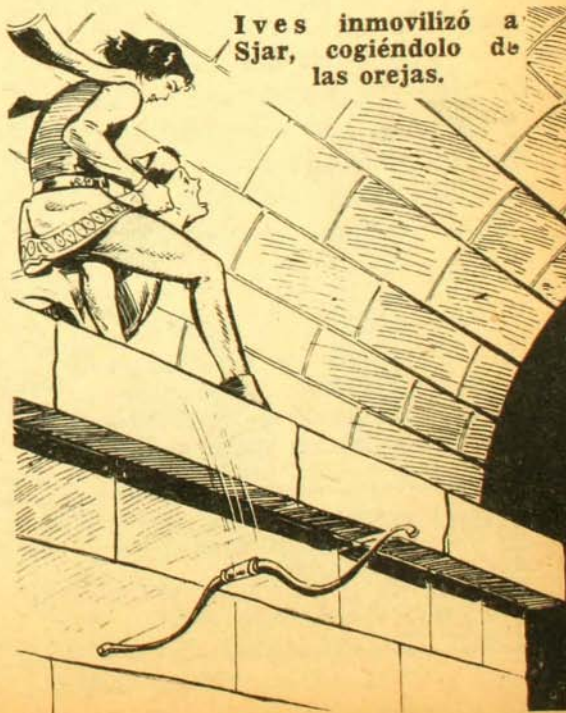
Aturdido por el alud de acontecimientos, el príncipe cojo permaneció inmóvil.

—Puedes hablar, Rilo —anunció Ives.

El trovador cogió un pergamino y lo desplegó. Ante ese gesto, Ives sintió que Sjar temblaba convulsivamente. Al comprobar el espanto del príncipe, el héroe dirigió a Rilo una mirada de asombro. ¿Qué poder desconocido poseía el trovador? Como un duende sardónico, dominaba a los guardianes y a Sjar sin más magia que una sonrisa burlesca. Nadie osaba levantar la voz. Todos contenían el aliento.

“Rilo conocía el templo del Dragón de Oro. Vino hacia aquí sin vacilar. Sabía también que en la catedral hallaría los antiguos pergaminos —reflexionaba Ives—. Ha declarado llamarse Krig y ser el hermano de Sjar. ¿Es verdad o se trata sólo de un astuto ardid?”

(CONTINUARA)



MAGNO SORTEO DE MAYO

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

\$ 500.000.-

Correspondiendo al entusiasmo de nuestros lectores por esta revista, les ofrecemos para el mes de mayo un magno sorteo con premios de gran utilidad para colegiales y pequeñuelos.

Obsequiaremos **BICICLETAS, RADIOS, SWEATERS DE LANA, CALCETINES, SOQUETES, LAMPICERAS FUENTES, LAPICES AUTOMATICOS, CUADERNOS, ESTUCHES DE GEOMETRIA, PORTADOCUMENTOS, LAPICES DE COLORES, GOMAS, PLUMAS, REGLAS, SACAPUNTAS,** etcétera.

Por cada serie de CINCO cupones numerados de 1 a 5 obtendrás un **BOLETO** para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" EN MAYO PROXIMO.

Cupón N.º 2 — Serie N.º 1
MAGNO SORTEO
DE MAYO

Cupón N.º 2 — Serie N.º 1
28 de diciembre de 1955.

¿LO SABES TU ?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:

¿Cómo se llama una agrupación de ganado?



Solución a "SIMBAD" 328. Los departamentos de Santiago, son: Santiago, Talagante, Melipilla, San Antonio, San Bernardo, Maipo. Entre los niños que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes nombres:

CON CINCUENTA PESOS: Sylvia Girón, Santiago; Fernando Romero, San Javier; Luz Teresa Carrazola, Valparaíso; Alamiro Millán, Teno; Carlos Basso, Bulnes; Guillermo Reyes, Concepción; Sara Pichara, Cabillo; María Cantos, Santiago; Eduardo Pardo, Chimbarongo; Victoria Gálvez, Valparaíso.

SUBSCRIPCIÓN TRIMESTRAL: S. Abud, Santiago; Bernardo Hoecker, Viña del Mar; Carmen Martínez, Santiago; Marco Villegas, San Fernando; Héctor Durán, Rinconada; Patricio Aranda, Casablanca.

UN LIBRO: M. Eliana Concha, Santiago; Sonia Berríos, Los Andes; Nelly Sepúlveda, Valparaíso; Juan Saavedra, Santiago; Germán Prosser, Temuco; María I. Ateaga, Quilpué; Carlos Hernández, Santiago; Iván Irrazabal, San Fco. de Lima; Eduardo P. Soto, La Unión; Luis Escobar, Penco.

Los niños de Santiago pueden retirar sus premios, diariamente, de 10 a 13 horas, en Avda. Santa María 076, 2.º piso. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 330



3. Landy obedeció y minutos después gritaba: “—Tenías razón, hijita. Aquí está Kim. Algún malvado lo hirió, pero la herida no es grave”. En efecto, el disparo del vengativo Rod solamente le hizo perder el conocimiento. Alicia Landy reía y lloraba de emoción.



4. “—Tú me salvaste de los ladrones que intentaron arrebatar-me el fardo de valiosas pieles —susurró Alicia, acariciando a su fiel amigo—. Desde hoy viviremos felices y jamás me separaré de ti.” Kim respondió con alegres ladridos. Por fin había realizado su sueño: reunirse con su adorada amita Alicia.

FIN

PELUSITA

POR NATO

¡QUE RICO! ¡ME DIERON PERMISO
PARA IR A LA MATINEE!



¡TENGO QUE
APURARME!



¡YA DEBE DE ESTAR EMPE-
ZANDO LA FUNCION!



¡AYYYYY!
¡QUE PISOTÓN!



¿QUE NO VES
MIS PIES?



¡SI NO SE QUITA LOS ZAPATOS,
NO, SEÑOR!



NATO